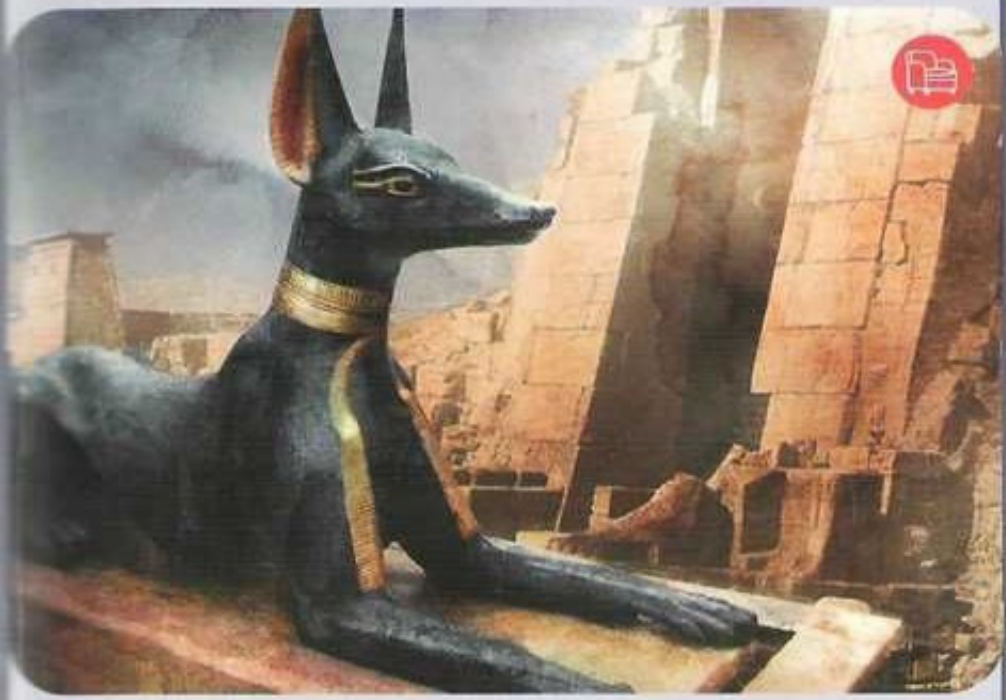
ELIZABETH PETERS



Y él hará retumbar el cielo

«Original, inteligente y en ocasiones muy divertida.» *Omaha World-Herald*

Elizabeth Peters
Y él hará retumbar el cielo

Nº 12 Serie Amelia Peabody
A mi hija Beth, con amor.

Argumento

Amelia Peabody, su marido Emerson, su hijo Ramsés y Nefret se encuentran en Egipto realizando una excavación. Poco a poco la situación internacional les hace verse envueltos en una trama de espionaje contra el imperio otomano y su aliado, el ejército alemán, que pretenden tomar el Canal de Suez. Toda la familia y sus amigos se ocultan detalles entre sí para no poner en peligro a los demás. Afortunadamente acaban entendiendo que sólo una acción conjunta obtendrá buenos resultados. Pero Sethos, un misterioso personaje, consumado ladrón y mago del disfraz, les sorprenderá con un golpe de efecto final.

Y Ra-Horajty dijo:

Dejad que me entreguen a Set para que more conmigo
y sea mi hijo. Él hará retumbar el cielo y será temido.

Papiro Chester Beatty. El Juicio de Horus y Set.

Prólogo de la autora

La editora se complace en presentar el resultado de muchos meses de arduo trabajo. No ha sido fácil ordenar los variopintos documentos que conforman los llamados Papeles de Emerson. Como en otras ocasiones, la editora ha utilizado el diario de la señora Emerson como narración principal. También ha incluido cartas y fragmentos del Manuscrito H donde le parecían oportunos, y ha eliminado los pasajes que consideraba que no aportaban ninguna información o idea nuevas a la narración de la señora Emerson. Ha sido una empresa muy exigente y la editora, cansada tanto física como emocionalmente, confía en que se aprecie en lo que vale.

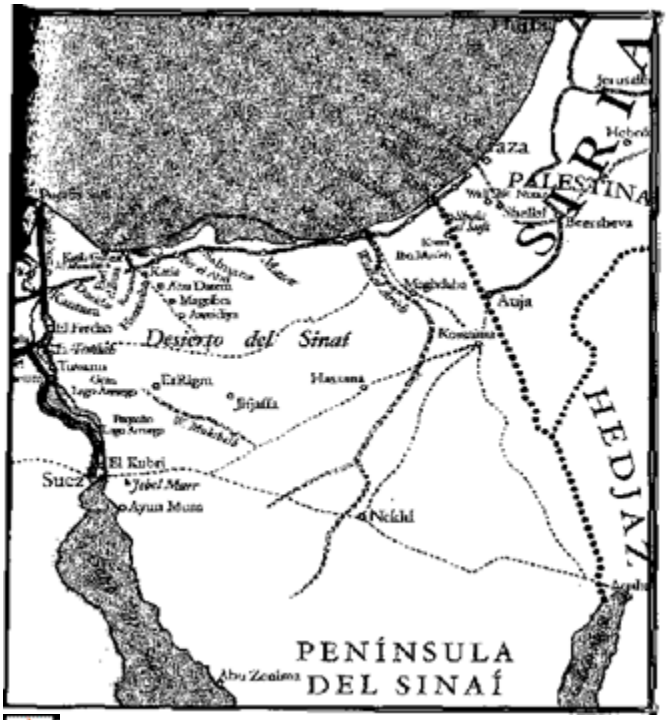
detalles importantes sus relatos coinciden con los hechos conocidos. Los hechos desconocidos hasta la fecha, en opinión de la editora, añaden un capítulo nuevo y asombroso a la historia de la Gran Guerra. La señora Emerson cree que no hay motivo para ocultarlos ya que explican, entre otras cosas, por qué los Emerson redujeron su actividad arqueológica durante esos años. Como comprobará el lector, tenían otras cosas en qué pensar.

Agradecimientos

A George W. Johnson, quien amablemente me facilitó información difícil de conseguir sobre los uniformes, armamento y otros detalles militares de la Primera Guerra Mundial. Si algún rifle va cargado con la bala equivocada, es sólo culpa mía.

Como siempre a Kirsten, mi veterana e inestimable ayudante, quien además de otras aportaciones incontables escucha mis quejas y me anima a perseverar.

DELTA DEL NILO
Damanhur
Mansura
Tanta
Zagazig
Benha
EL CAIRO
Giza
Al Oasis de Siwah
Helwan
EGIPTO
Medinet
R. Nilo
Beni Suef


Jerusalén
Hebrón
Gaza
PALESTINA
Shellal
Beersheva
Auja
Kosseima
Desierto del Sinaí
El Ferdan
Tuwama
Gaza
Lago Amargo
El Rigm
Jirjaffa
Hassana
Pequeño Lago Amargo
El Kubri
Suez
Jebel Marr
Ayun Musa
Nekhl
HEDJAZ
PENÍNSULA
DEL SINAÍ
Abu Zenima

Prólogo

El viento arrojaba la nieve contra las ventanas del carruaje donde iba tejiendo una cortina de hielo. En el interior, el aliento del niño formaba pálidas nubes en la oscuridad. No le habían dado calientapiés ni mantas de viaje, y su abrigo, raído y pequeño para su tamaño, no era de mucha ayuda contra el frío. Sintió lástima por los caballos, que se esforzaban y resbalaban en medio de la ventisca. También habría sentido lástima por el cochero, encaramado en el pescante, si no hubiera sido un canalla despreciable. Era otro de los esbirros que la servían y, como el resto de los criados, era tan egoísta y despiadado como su señora. La gélida noche no era más fría que el recibimiento que preveía. Si su padre no hubiese fallecido… Durante los últimos seis meses habían cambiado muchas cosas.

El carruaje se detuvo. El chico abrió la ventana y miró al exterior. Pudo distinguir las ventanas iluminadas de la casa entre los remolinos de nieve. El viejo Jenkins parecía tener prisa por abrir las verjas, aunque tampoco se demoraría demasiado o ella acabaría sabiéndolo. Cuando por fin se abrió la puerta de la caseta, un hombre salió arrastrando los pies. No era Jenkins. Lo habría despedido, como había amenazado hacer tantas veces. El guardés y el cochero se intercambiaron unos insultos mientras el primero desatrancaba las verjas y las abría con dificultad por la resistencia de la nieve. El cochero chasqueó el látigo y los fatigados caballos se pusieron en movimiento.

El niño iba a cerrar la ventana cuando los vio; eran sombras que se movían y que lentamente adquirían forma humana. Una era una

mujer con el rostro oculto tras una toca que arrastraba la falda. Apoyaba todo su peso en su acompañante, no mucho más alto que ella, pero avanzaba con la fuerza de un hombre y sostenía con firmeza el bulto tambaleante. Al acercarse el carruaje, sin que disminuyera la velocidad o cambiara de dirección, la apartó de su trayectoria y las luces le iluminaron el rostro. Habría sido difícil decir su edad; la nieve difuminaba los pálidos rasgos que se retorcían en un gesto demoníaco. Sus miradas se cruzaron durante un breve instante, luego el hombre frunció los labios y escupió.

- ¡Espera! -el niño sacó la cabeza por la ventana cegado por los copos de nieve-¡Maldita sea, Thomas… para! ¡Retrocede!

El vehículo dio un bandazo y el niño cayó al suelo. Furioso, se levantó y golpeó la trampilla que lo separaba del cochero. Thomas no le oyó o no quiso oír las órdenes que gritaba, lo cual era más probable. Al cabo de unos minutos, el coche de caballos se detuvo ante la puerta de la casa. El muchacho se bajó y subió los escalones con la respiración entrecortada por la ira y las prisas. La puerta estaba cerrada. Tuvo que golpearla varias veces con la pesada aldaba antes de que la abrieran. No reconoció al mayordomo. Ella se había deshecho también del pobre William que había estado cincuenta años con la familia…

El vestíbulo era semicircular y de estilo clásico: columnas de mármol, suelo de mármol y nichos con forma de concha en las paredes curvas. Mientras vivió su padre, en esa época del año, las urnas de alabastro que había en los nichos estaban llenas de ramas de acebo y de pino. En ese momento estaban vacías; tan sólo se apreciaba la monotonía blanca de las paredes y el suelo. Su madre lo esperaba en la puerta del salón.

El luto le sentaba bien. El negro resaltaba su pelo rubio y los ojos azules como el hielo. La delicada tela mate caía con elegantes pliegues hasta el suelo. Inmóvil y con las manos en la cintura, lo miraba con un disgusto evidente.

- Quítate inmediatamente esa ropa mojada -dijo secamente-. Estás cubierto de nieve. ¿Cómo has…?

El chico osó interrumpirla.

- ¡Dile a Thomas que debe obedecerme! No ha querido parar para que hablase con ellos; con una mujer y un chico…

Se quedó sin aliento. La expresión de la mujer cambió

levemente, pero él, como todos los animales jóvenes y perseguidos, había aprendido a interpretar a su enemigo.

- Tú lo sabías, ¿verdad? Estaban allí. Los has visto.

Ella inclinó la cabeza.

- ¿Los has echado en medio de una noche como ésta? Ella estaba muy débil… Quizá estuviera enferma…

- Siempre ha tenido cierta tendencia a coger la tisis.

Él la miró fijamente.

- ¿La conoces?

- Era mi mejor amiga. Como una hermana. Hasta que se convirtió en la amante de tu padre.

Las palabras fueron tan brutales y premeditadas como una bofetada. El niño palideció.

- Quería ahorrarte esa vergüenza -continuó ella sin apartar la mirada.

- ¿Vergüenza? -recuperó el habla-. ¿Me hablas de vergüenza cuando la has echado en medio de la tormenta? Debía de estar desesperada para acudir a ti.

- Es verdad. -Esbozó una leve sonrisa-. Él les mandaba dinero. Dejó de hacerlo cuando murió, naturalmente. No sé de dónde lo sacaba.

- Yo tampoco. -Intentó imitar la calma de ella, pero no pudo. Sólo tenía catorce años y sus temperamentos eran tan distintos como el hielo y el fuego-. Tú has controlado cada penique.

- En un año dilapidó mi dote. El resto era mío, gracias a la previsión de mi padre.

El chico salió corriendo hasta la puerta, la abrió de par en par y salió disparado. El mayordomo, que había observado la escena, tosió.

- ¿Quiere la señora…?

- Que lo busquen dos lacayos. Que lo encierren en su cuarto y que me den la llave.

Capítulo 1

La encontré en el pasillo que llevaba a nuestros dormitorios. Cuando Ramsés salió de su habitación me sorprendió sosteniéndola entre los dedos. Al verla, enarcó sus tupidas cejas negras y esperó a que yo hablara primero.

- Otra pluma blanca -dije-. Supongo que será tuya.

- Sí, gracias. -Arrancó la pluma de entre mis dedos-. Ha debido de caérseme del bolsillo al sacar el pañuelo. La guardaré con las demás.

Salvo por su impecable acento inglés y por algo indefinible en su aspecto (siempre he dicho que nadie es tan elegantemente desgarbado como un británico), cualquiera podría haberlo tomado por el hijo de uno de los egipcios con los que había convivido casi toda su vida. Tenía el mismo pelo oscuro y ondulado, las mismas pestañas espesas, y también la misma piel color bronce. Ello no impedía que, además, guardara un gran parecido con su padre, quien acababa de salir de nuestra habitación, justo a tiempo para oír la breve conversación. Él, como Ramsés, se había cambiado para ponerse los pantalones de franela arrugados y la camisa sin cuello que utilizaban como atuendo de trabajo. Al verlos juntos, parecían más dos hermanos separados por algunos años que un padre y un hijo. Emerson era alto y ancho de hombros y resultaba tan apuesto como Ramsés; los mechones canosos de las sienes resaltaban el color negro azabache del cabello.

En ese momento, el parecido entre ellos se difuminaba por la diferencia de sus expresiones: los ojos azul zafiro de Emerson resplandecían; los ojos negros de su hijo estaban medio ocultos tras

los párpados. Las cejas de Emerson estaban fruncidas, las de Ramsés arqueadas. Los labios de Ramsés formaban una línea fina y tensa, los de Emerson permitían ver unos dientes blancos y hermosos.

- ¡Maldita sea! -dijo Emerson-. ¿Quién ha tenido la osadía de acusarte de cobardía? ¡Espero que le hayas partido la nariz!

- Difícilmente podría haber hecho tal cosa, ya que la gentileza proviene de una dama -replicó Ramsés mientras se guardaba cuidadosamente la pluma en el bolsillo de la camisa.

- ¿Quién ha sido? -pregunté con cierto tono de exigencia.

- ¿Qué importa? No es la primera que recibo ni será la última.

Desde que en agosto estalló la guerra, más de una gallina había perdido su plumaje a manos de patrióticas damas que entregaban esos símbolos de cobardía a los jóvenes que no vestían uniforme. El patriotismo es una virtud que no desprecio, pero en mi humilde opinión sí es despreciable avergonzar a alguien hasta hacerle afrontar peligros de los que está exento por razones de sexo, edad o incapacidad física. Dos de mis sobrinos y los hijos de muchos amigos nuestros estaban camino de Francia. Yo no pediría que volvieran, pero tampoco cargaría sobre mi conciencia la responsabilidad de haberlos apremiado a marchar.

Yo no me había visto obligada a afrontar una decisión tan penosa con mi hijo.

En octubre, tomamos el barco rumbo a Egipto, ya que mí querido Emerson (el egiptólogo más grande de todos los tiempos) no habría permitido que nadie, y mucho menos el Káiser, se interpusiera en sus excavaciones anuales. No huíamos del peligro; en realidad, pronto podíamos correr peligros mayores que quienes se quedaban en Inglaterra. Nadie medianamente inteligente dudaba que el Imperio Otomano acabaría entrando en la guerra del lado de Alemania y el Imperio Austrohúngaro. El Káiser había hecho la rosca al Sultán durante años; le había prestado grandes cantidades de dinero y había construido ferrocarriles a través de Siria y Palestina. Incluso se sospechaba que las expediciones arqueológicas financiadas por Alemania ocultaban otros motivos. La arqueología ofrece una cobertura excelente para el espionaje y la subversión y a los moralistas les gustaba señalar que la bandera imperial de Alemania ondeaba en Megido, la Armagedón bíblica.

Turquía entró en guerra el 5 de noviembre, a lo cual le siguió la

anexión formal de Egipto por parte de Gran Bretaña; el protectorado encubierto se convirtió en un protectorado de facto. Los turcos controlaron Palestina, y entre Palestina y Egipto estaban la península de Sinaí y el Canal de Suez, el cordón umbilical que unía Gran Bretaña con Oriente. La pérdida del Canal sería un golpe mortal para la metrópoli. La invasión de Egipto era casi segura, ya que el Imperio Otomano no había olvidado ni perdonado la pérdida de la que había sido su provincia. Al oeste, la belicosa tribu de los senussi, armada y entrenada por Turquía, suponía una amenaza cada vez mayor para el Egipto ocupado por los británicos.

* * *

En diciembre, El Cairo vivía bajo la ley marcial, la prensa estaba censurada, estaban prohibidas las reuniones públicas (de egipcios), se había destronado al Jedive a favor de su tío, se había eliminado el naciente movimiento nacionalista y sus jefes estaban en el exilio o en prisión. Estas medidas tan reprobables se justificaban, al menos para quienes las habían impuesto, por la creciente probabilidad de un ataque al Canal de Suez. Yo podía entender que los nervios estuvieran crispados en El Cairo, pero, en mi opinión, eso no era excusa para que nadie se comportara de esa forma con mi hijo.

- No es justo -exclamé-. No he visto que los jóvenes funcionarios que hay en El Cairo hayan ido corriendo a alistarse. ¿Por qué la ha tomado contigo la opinión pública?

Ramsés se encogió de hombros. Una vez, su hermanastra había comparado su semblante con el de una estatua faraónica por lo armónico de sus rasgos y lo impasible que solían mostrarse. En ese momento, eran aún más graníticos de lo habitual.

- Me he mostrado demasiado propenso a expresar en público lo que siento sobre esta guerra inútil y sin sentido. Seguramente se debe a que no he sido educado de una forma correcta -añadió seriamente-. Nunca me enseñaron que un joven ha de mostrarse condescendiente con los mayores.

- Yo lo he intentado -aseguré.

Emerson se puso un dedo en el hoyuelo (él prefería llamarlo hendidura) de la barbilla, como solía hacer cuando meditaba o algo le molestaba.

- Entiendo tu rechazo a disparar contra individuos cuyo único delito ha sido que sus jefes los han reclutado, pero… mmm… ¿es

verdad que te has opuesto a entrar en el recién creado Servicio de Inteligencia Militar?

- Vaya -dijo pensativamente Ramsés-. De modo que esa información ha pasado a ser de dominio público… No me extraña que últimamente haya tantas damas deseosas de ampliar mi colección de plumas. Sí, señor, me he opuesto. ¿Quiere que le justifique mi decisión?

- No -dijo Emerson.

- ¿Madre?

- Mmm… no, no es necesario.

- Se lo agradezco mucho -dijo Ramsés-. Todavía quedan algunas horas de luz y quiero ir a la excavación. ¿Me acompaña, señor?

- Ve por delante -dijo Emerson-. Esperaré a tu madre.

- ¿Y tú? -Ramsés miró a un felino grande y de muchos colores que había salido con él de la habitación.

Seshat, como todos nuestros gatos, tenía el nombre de una divinidad egipcia, en este caso, la diosa de la escritura; como muchos de ellos, era muy parecida a su antecesora Bastet, y a los animales leonados de largas orejas que aparecían en las pinturas egipcias. Salvo raras excepciones, nuestros gatos solían concentrar su afecto en una sola persona. *Seshat* lo hacía con Ramsés y siempre estaba atenta a sus idas y venidas. Esa vez se sentó con gran decisión y lo miró fijamente.

- De acuerdo -dijo Ramsés-. Nos veremos luego.

Podía haberse dirigido a la gata o a mí, o a ambos. Me aparté un poco y él siguió su camino.

Emerson me siguió a nuestra habitación y cerró la puerta de una patada. Después de haber asistido a una comida en el Shepheard's, habíamos vuelto a nuestra casa para cambiarnos, pero mientras mi marido y mi hijo lo hacían yo me había visto envuelta en una discusión innecesaria y tediosa con el cocinero que estaba pasando una de sus *crises de nerves* periódicas (al menos eso es lo que habría dicho él si hubiera sido un *chef* francés en vez de un egipcio con turbante).

Me di la vuelta y Emerson empezó a desabrocharme el vestido. Nunca llevaba doncellas a Egipto; solían dar más problemas que prestar ayuda, siempre estaban quejándose o enfermas. Mi ropa de trabajo normal es tan cómoda y fácil de vestir como la de un

hombre, a la que se parece, ya que hace tiempo que he renunciado a las faldas en favor de los pantalones y las botas. Sólo necesito ayuda cuando tengo que vestirme más formal, y Emerson siempre está encantado de complacerme.

Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que él terminó su tarea. Sabía por sus movimientos que no estaba de ánimo para los juegos que solían seguir a esa actividad. Después de colgar cuidadosamente el vestido en una percha, me volví.

- Muy bien, Emerson, suéltalo. ¿Qué ocurre?

- ¿Y tú lo preguntas? Esta maldita guerra lo ha destrozado todo. ¿Te acuerdas de los viejos tiempos? Abdullah podía supervisar la excavación él solo y los niños trabajaban feliz y obedientemente a nuestras órdenes. Walter y Evelyn se unían a nosotros de vez en cuando… Ahora, Abdullah ya no está, y mi hermano y su mujer han vuelto a Inglaterra. Sus hijos están en Francia y nuestros hijos… Bueno… mmm… las cosas ya no volverán a ser iguales.

«Las cosas» nunca son iguales. El tiempo pasa y la muerte se lleva por igual a quien lo merece y a quien no, además (por ir a un terreno menos fúnebre), los hijos crecen. (No le dije esto a Emerson porque no le veía con ánimo para reflexiones filosóficas.) Dos de los hijos a los que se refería Emerson no lo eran de sangre, pero para nosotros eran tan queridos como los propios. Sus historias resultaban, cuando menos, extraordinarias. David, que ya era un consumado artista y egiptólogo, era nieto de Abdullah, nuestro querido *rais,* que ya no estaba entre nosotros. Hacía unos años, David se había casado con Lía, la sobrina de Emerson, con el consiguiente escándalo de los esnobs que consideraban a los egipcios una raza inferior. Lía esperaba el nacimiento de su primer hijo, pero el padre no estaba con ella en Inglaterra ni con nosotros; le habían confinado en la India por su implicación en el movimiento por la independencia de Egipto y tendría que quedarse allí hasta que terminara la guerra. Todos sentíamos profundamente su ausencia, sobre todo Ramsés, quien había sido su confidente y amigo más íntimo pero, por lo menos, me recordé a mí misma, estaba a salvo y no habíamos perdido la esperanza de conseguir su liberación.

Nefret, nuestra hija adoptiva, tenía una historia más extraña todavía. Era la hija huérfana de un explorador inglés intrépido pero

temerario, y había pasado los primeros trece años de su existencia en un remoto oasis del desierto occidental. En ese lugar tan aislado se conservaban las costumbres y creencias del antiguo Egipto y Nefret había sido suma sacerdotisa de Isis. Tuvo ciertas dificultades para adaptarse a las costumbres occidentales cuando la llevamos de vuelta a Inglaterra, lo cual no me sorprendió. Acabó consiguiéndolo, en términos generales, porque era tan inteligente como hermosa, y creo que puedo afirmar que nos quería tanto como nosotros a ella. También era una joven muy rica, ya que había heredado una considerable fortuna de su abuelo paterno. Desde el primer día, ella, David y Ramsés habían sido camaradas y habían conspirado juntos en todo tipo de travesuras. El matrimonio de David no hizo sino afianzar esos vínculos, ya que Lía y Nefret eran como hermanas.

Toda la felicidad se vio destrozada por el repentino y mal aconsejado matrimonio de Nefret. La tragedia con la que terminó dicho enlace la había sumido en una depresión de la que acababa de recuperarse.

Sin embargo, tras conseguirlo había terminado sus estudios de medicina y estaba con nosotros. Había que ver el lado positivo, me dije a mí misma, e intenté convencer a Emerson de lo mismo.

- Mira, Emerson, exageras -exclamé-. Echo de menos a Abdullah tanto como tú, pero la guerra no tiene nada que ver con eso, además, Selim es un magnífico capataz. En cuanto a nuestros hijos, siempre han tenido problemas o han estado en peligro. Me sorprende que no tenga el pelo blanco como la nieve por las preocupaciones.

- Es verdad -reconoció Emerson-. Si buscas un halago, querida, tengo que decir que pocas mujeres podrían aguantar la tensión como tú. No tienes ni una arruga, ni una cana en ese pelo negro como el ala de un cuervo…

Se me acercó y, por un instante, pensé que el afecto triunfaría sobre el pesimismo, pero adoptó una expresión pensativa.

- Por cierto, iba a preguntarte una cosa al respecto -continuó Emerson-. Tengo entendido que hay un tinte…

- No cambies de tema, Emerson -me aseguré de que el pequeño frasco no estuviera a la vista-. ¡Mira el lado positivo! David está a salvo y volverá con nosotros después de… más adelante y Nefret ha

vuelto, gracias a Dios.

- Ya no es la misma -gruñó Emerson-. ¿Qué le pasa a esa muchacha?

- No es una muchacha, es una mujer adulta -repliqué-. Y fuiste tú, su tutor legal, quien insistió en que tenía derecho a administrar su fortuna y a tomar sus propias decisiones.

- ¡Qué es eso de tutor! -dijo Emerson con brusquedad-. Soy su padre, Amelia. Quizá no lo sea legalmente, pero a todos los efectos importantes…

Me acerqué a él y lo rodeé con los brazos.

- Ella te quiere mucho, Emerson.

- Entonces, ¿por qué no me llama…? Nunca lo ha hecho, tú lo sabes.

- Estás empeñado en ser desgraciado, ¿verdad?

- Claro que no -contestó él refunfuñando-. Y Ramsés tampoco. Vosotras, las mujeres, no entendéis estas cosas. No es agradable que le acusen a uno de ser un cobarde.

- No es posible que nadie que conozca a Ramsés piense eso de él. Espero que no estés sugiriendo que se aliste para demostrar a sus enemigos que se equivocan. Es el tipo de cosas que hacéis los hombres, pero Ramsés tiene mejor juicio, y yo creía que tú…

- ¡No seas absurda! -gritó Emerson.

Mi querido Emerson nunca estaba más atractivo que cuando tenía esos pequeños ataques de ira. Sus ojos azules resplandecían como ascuas color zafiro, las delgadas mejillas se enrojecían ligeramente y la respiración entrecortada hacía que su ancho pecho subiera y bajara rítmicamente. Lo miré con admiración y después de un momento se tranquilizó y esbozó una dócil sonrisa.

- Intentabas alterarme, ¿verdad, cariño? Pues lo has conseguido. Sabes tan bien como yo que ni el oficial más idiota desperdiciaría los talentos de Ramsés en una trinchera. Parece egipcio, habla el árabe tan bien como un egipcio, maldita sea, ¡hasta piensa como un egipcio!. Habla media docena de idiomas, el alemán y el turco entre ellos, como un nativo; tiene facilidad para ocultar su identidad; conoce el Oriente Próximo como pocos hombres…

- Sí -dije con un suspiro-. Es el candidato perfecto para el Servicio de Inteligencia Militar. ¿Por qué no quiere aceptar la oferta de Newcombe?

- Deberías habérselo preguntado a él.

- No me he atrevido. El apodo que le pusiste durante tanto tiempo ha resultado ser acertado. No creo que los familiares de Ramsés el Grande tuvieran la osadía de hacerle preguntas.

- Desde luego que no -reconoció Emerson-. Sin embargo, también tengo ciertas dudas sobre ese departamento nuevo. Newcombe, Lawrence y Leonard Woolley fueron quienes realizaron el mapa de la península de Sinaí hace unos años; era un secreto a voces que el objetivo de esa tarea era tanto militar como arqueológico. Los mapas serán muy útiles, sin duda, pero lo que quiere realmente el departamento es provocar una revuelta de los árabes contra los turcos en Palestina. Hay una teoría que dice que la mejor forma de defender el Canal de Suez es atacar las líneas de abastecimiento turcas con la ayuda de guerrillas árabes.

- ¿Cómo lo sabes?

Emerson apartó la mirada.

- ¿Quieres que te ate las botas, Amelia?

- No, gracias; quiero que me respondas. Maldita sea, Emerson, te vi enfrascado en una conversación con el general Maxwell durante la comida. Si te ha pedido que seas un espía…

- ¡No, no lo hizo! -gritó Emerson.

Me di cuenta de que había tocado un punto sensible sin proponérmelo. A pesar de la potente voz que le había hecho merecedor del título de Padre de las Maldiciones (junto con su dominio de las imprecaciones), tenía un aire avergonzado. Le tomé la mano.

- ¿De qué se trata, cariño?

Emerson claudicó al fin.

- Me ha pedido que acepte el puesto de asesor de Asuntos Locales.

Dijo «locales» con sarcasmo. No hice ningún comentario puesto que yo sabía cuánto despreciaba él la condescendencia de los oficiales británicos hacía los asuntos egipcios, pero insistí un poco para entender mejor su malestar.

- Es muy halagador, querido.

- ¡Que se traguen los halagos! Piensa que sólo soy apto para sentarme en un despacho y asesorar a unos jóvenes idiotas y altivos que, además, no me harían ningún caso. Cree que soy demasiado

viejo para participar activamente en esta guerra.

- ¡Querido!, eso no es verdad -le rodeé la cintura con los brazos y le di un beso en la barbilla. Tuve que ponerme de puntillas ya que mide casi dos metros y yo soy mucho más baja-. Eres el más fuerte, el más valiente, el más inteligente…

- No exageres, Peabody -me atajó Emerson.

Que usara mi nombre de soltera, gesto que se había convertido en una muestra de cariño, me convenció de que estaba de mejor humor. Un poco de halago nunca venía mal, sobre todo cuando era la verdad, como en ese caso.

Apoyé la cabeza en su hombro.

- Puedes pensar que soy una egoísta y una cobarde, Emerson, pero prefiero que estés en un aburrido despacho en vez de que corras riesgos, como a ti te gustaría y podrías hacer, sin duda. ¿Has aceptado?

- Bueno, maldita sea, tenía que hacerlo, ¿no? Eso afectará a las excavaciones, pero… uno tiene que hacer lo que pueda, ¿no?

- Sí, cariño.

Emerson me dio un abrazo tan enérgico que me crujieron las costillas.

- Ahora, me voy a trabajar. ¿Vienes? -dijo él.

- No, creo que no. Esperaré a que venga Nefret y quizá tenga una charla con ella.

Emerson se fue y yo subí a la azotea, donde había puesto algunas mesas y sillas, tiestos con plantas y unos biombos para hacer una especie de salón al aire libre.

Si el día estaba despejado, se podía ver hasta una distancia de muchas en millas en todas direcciones: al este, el río y los barrios que se extendían hasta las afueras de El Cairo con el fondo calizo de las montañas Mokattam; al oeste, más allá de la tierra cultivada, el desierto infinito y el cielo que parecía arder con llamas de todos los colores en las puestas de sol. Mi vista favorita era la del sur. A poca distancia se elevaban las siluetas triangulares de las pirámides de Giza, en las que estábamos trabajando ese año. La casa estaba acertadamente situada en la orilla occidental, a pocas millas de las excavaciones y justo enfrente de El Cairo. No era tan espaciosa ni tan bonita como la anterior residencia cerca de Giza, pero ésa era una casa a la que nadie deseaba regresar. Albergaba demasiados

recuerdos tristes. Yo intentaba dominarlos, como siempre, pero los sombríos comentarios de Emerson me habían afectado más de lo que le había reconocido. Sin duda, la guerra había proyectado su sombra sobre nuestras vidas, pero algunos de nuestros problemas se remontaban en el tiempo; a la espantosa primavera de hacía dos años.

Sólo dos años. Parecía más tiempo o, mejor dicho, parecía como si un abismo profundo y oscuro nos separara de los idílicos días previos al desastre. Era cierto que no habían estado desprovistos de los desórdenes que interrumpían frecuentemente las excavaciones, pero nos habíamos acostumbrado y teníamos muchos otros motivos de felicidad. David y Lía acababan de casarse; Ramsés había vuelto después de pasar unos meses fuera; Nefret dividía su tiempo entre la excavación y la clínica que había puesto en marcha para las mujeres descarriadas de El Cairo. Ese año estaba tan radiante…

Entonces sucedió todo; fue tan repentino e inesperado como un rayo en un cielo despejado. Una mañana, Emerson y yo llegamos a casa para encontrarnos a un anciano que nos esperaba con una mujer y una niña. La mujer, estremecedoramente joven, era una prostituta y el anciano uno de los proxenetas más infames de la ciudad. La visión de la cara de la niña, que se parecía mucho a la mía, supuso una sorpresa considerable, pero fue mayor aún cuando echó a correr hacia Ramsés con los brazos extendidos y llamándolo «padre».

La impresión en Nefret fue mucho peor. Ella había visto en la clínica los maltratos que se inflingían a las mujeres del barrio de las cortinas rojas y sus intentos de ayudar a las infelices víctimas de aquel repugnante negocio habían adquirido dimensiones casi de cruzada. Siempre impetuosa y con un temperamento apasionado, llegó a la conclusión inevitable, y salió de la casa en medio de un arrebato de repulsión hacia su hermanastro.

Yo sabía, desde luego, que tal conclusión inevitable era incorrecta. No porque Ramsés no se hubiera desviado nunca del camino de la rectitud moral; se metió en problemas en cuanto pudo andar y la lista de sus aventuras fue aumentando a medida que él iba creciendo. Sabía que sus relaciones con diversas mujeres no habían sido siempre de la naturaleza que yo aprobaría. La prueba contra él era sólida. Pero yo conocía a mi hijo desde hacía veinte

intensos años y sabía que era incapaz de cometer ese delito concreto, puesto que un delito era en el sentido moral ya que no legal.

No nos costó mucho descubrir la identidad del padre verdadero: mi sobrino Percy. Nunca había tenido un concepto muy elevado de mis hermanos y sus hijos, y este descubrimiento, junto con el despreciable intento de cargar las culpas en Ramsés, supuso la ruptura definitiva con ellos. Por desgracia, no podíamos evitar del todo a Percy ya que se había alistado en el ejército egipcio y estaba acuartelado en El Cairo. No obstante, por lo menos me quedaba la satisfacción de despreciarlo cada vez que nos encontrábamos. No se ocupó lo más mínimo de su pequeña hija y a nosotros nos habría resultado imposible abandonarla. Sennia pasó a formar parte de nuestra familia desde entonces. Ya había cumplido los cinco años y, como decía Ramsés, era una distracción y un encanto. Sin embargo, la habíamos dejado en Inglaterra con los Emerson más jóvenes, ya que Lía, que languidecía por la ausencia de su marido y sus hermanos, necesitaba más distracción que nosotros. Emerson la echaba mucho de menos. El único aspecto positivo (como siempre, yo buscaba el lado bueno de las cosas) era que Horus, el arisco y mimado gato de Nefret, se había quedado con Sennia. No sería sincera si dijese que alguno de nosotros echaba de menos a Horus, excepto Nefret, seguramente.

Nefret se casó antes de saber quién era el verdadero padre de Sennia. Para mí supuso una sorpresa considerable; yo sabía el afecto que Geoffrey sentía por ella, pero no me imaginaba que ella le correspondiera. Fue un desastre en el sentido literal de la palabra, ya que al cabo de unas semanas no sólo había perdido a su marido, sino que también perdió la semilla de lo que habría sido su hijo.

Ramsés aceptó las disculpas de Nefret con su ecuanimidad habitual y, al menos superficialmente, la relación entre ellos era perfecta. Sin embargo, de vez en cuando, yo notaba cierta tensión. Me preguntaba si Ramsés le habría perdonado completamente que hubiera dudado de él. Mi hijo siempre había tenido algo enigmático para mí y, a pesar del cariño que sentía por la pequeña Sennia, y ella por él, sacó a la luz una parte de su naturaleza que yo no había sospechado antes, aún continuaba siendo extremadamente reservado.

Ésta no era la primera vez que Nefret y Ramsés habían estado juntos desde la tragedia; nuestra familia es cariñosa e intentamos estar juntos en las vacaciones, los aniversarios o en cualquier ocasión especial. La última de dichas ocasiones fue el compromiso de Johnny, el sobrino de Emerson, con Alice Curtin. Ramsés volvió de Alemania, donde estudiaba filología egipcia con el profesor Erman. De todos sus primos, sentía un afecto especial por Johnny, lo cual era bastante sorprendente si se tenía en cuenta lo diferentes que eran sus temperamentos; Ramsés era sobrio y reservado, mientras que Johnny estaba todo el tiempo contando chistes; solían ser muy malos, pero la risa de Johnny era tan contagiosa que uno no podía evitar reírse.

Me preguntaba si sería capaz de hacer chistes en ese momento, en medio de una trinchera llena de barro en Francia. Él y su gemelo Willy estaban juntos; quizá fuera un consuelo para los dos muchachos, pero para los padres era un motivo doble de preocupación.

Al oír unos tacones, me di la vuelta y vi que se acercaba Nefret. Estaba más hermosa que nunca, aunque los años pasados le habían dado madurez al semblante que había sido tan radiante y despreocupado como el de una niña. Se había puesto los pantalones y las botas de trabajo, llevaba el cuello de la camisa abierto y se había recogido en la nuca el pelo dorado rojizo.

- Fátima me ha dicho que estaba aquí -dijo Nefret mientras tomaba una silla-. ¿Por qué no está en Giza con el profesor y Ramsés?

- Hoy no me sentía con ganas de ir.

- Pero querida tía Amelia, toda su vida ha deseado entrar en esas pirámides. ¿Le pasa algo?

- Todo es culpa de Emerson -le expliqué-. No ha parado de hablar de la guerra y de cómo ha cambiado nuestras vidas; cuando conseguí animarle, sentí como si se me hubiesen terminado las reservas de optimismo y no me quedara nada para mí.

- Sé lo que quiere decir, pero no debe entristecerse. Las cosas podrían ir mucho peor.

- La gente sólo dice eso cuando las cosas ya van muy mal -murmuré-. Parece como si te sobrara el optimismo. ¿Eso que tienes en el cuello es una gota de sangre?

- ¿Dónde? -se llevó la mano a la garganta.

- Justo debajo de la oreja. ¿Has estado en el hospital?

Nefret se reclinó con un suspiro.

- No hay forma de engañarle, ¿verdad? Creía que me había limpiado bien. Sí, me pasé después de la comida; justo en el momento en que entraba una mujer con una hemorragia. Había intentado abortar por su cuenta.

- ¿La has salvado?

- Creo que sí; por esta vez.

Nefret tenía una gran fortuna y un corazón más grande todavía. La pequeña clínica que montó se había convertido en un hospital para mujeres. La mayor dificultad consistía en encontrar mujeres médico, ya que las musulmanas, fueran más o menos respetables, no permitían que las examinara un hombre.

- ¿Dónde estaba la doctora Sophia? -pregunté.

- Allí, como siempre, pero yo soy la única cirujana del hospital, tía Amelia; la única cirujana de Egipto, que yo sepa. Preferiría no hablar de ello, si no le importa. Le toca a usted. ¿No ha pasado nada especial? ¿Sabe algo de la tía Evelyn?

- No, pero seguro que también son completamente desgraciados -ella se rió y me apretó la mano-. Ramsés ha recibido otra pluma blanca.

- Pronto podrá hacerse una almohada -dijo Nefret con crueldad-. Seguro que eso no es lo que le preocupa, tía Amelia. Hay algo más.

Sus ojos, azules como nomeolvides, me miraron fijamente. Yo me obligué a espabilarme un poco.

- No hay nada más, querida, de verdad. ¡Basta por hoy! ¿Le pido a Fátima que traiga el té?

- Primero voy a lavarme el cuello -dijo Nefret con una mueca-. Podemos esperar al profesor y a Ramsés. ¿Cree que tardarán?

- Espero que no. Esta noche cenamos fuera. Debería habérselo recordado a Emerson, pero entre unas cosas y otras se me ha olvidado.

- ¿Dos compromisos sociales en un día? -Nefret sonrió-. Gruñirá un rato.

- Lo propuso él.

- ¡Que el profesor ha propuesto cenar fuera…! ¿Con quién es la cita? Si no le importa que se lo pregunte…

- Con el señor Thomas Russell, el ayudante del comisario de policía.

- ¡Ah! -Nefret entrecerró los ojos-. Entonces no es una simple reunión social. El profesor está tras la pista de alguien. ¿Quién es esta vez? ¿Un ladrón de antigüedades, un falsificador de obras de arte, un comerciante ilegal de antigüedades? O… no me diga que vuelve a ser el Maestro del Crimen…

- Parece como si desearas que fuera él.

- Me encantaría conocer a Sethos -dijo Nefret soñadoramente-. Ya sé, tía Amelia, que es un ladrón, un estafador y un canalla, pero debe reconocer que es terriblemente romántico. Además, esa pasión desesperada que siente por usted…

- Eso es una tontería enorme -la atajé severamente-. Espero no volver a ver a Sethos nunca más.

- Siempre dice lo mismo; hasta que él aparece de la nada para rescatarle de algún peligro terrible.

Se burlaba de mí y yo lo sabía suficientemente bien como para no reaccionar con la acritud que me inspiraba siempre la sola mención de Sethos. Era verdad que había acudido en mi ayuda algunas veces; que profesaba un afecto sincero por mi humilde persona; que nunca había sido insistente con sus atenciones… bueno, casi nunca. La realidad era que durante muchos años había sido nuestro adversario más formidable; que controlaba con igual destreza la compraventa ilegal de antigüedades, el robo de museos, a los coleccionistas y a los arqueólogos. Si bien más de una vez hicimos fracasar sus planes, la verdad me obliga a reconocer que la mayoría de las veces no fue así. Lo he visto unas cuantas veces y en circunstancias que podrían llamarse cercanas, pero ni aun así podría describirlo. Tenía los ojos de un color ambiguo entre gris y marrón, y su destreza en el arte del disfraz le permitía cambiarlos de color, así como el resto de sus características físicas.

- Por lo que más quieras, no lo menciones delante de Emerson -exclamé-. Ya sabes lo que siente por Sethos. No hay motivos para suponer que está en Egipto.

- El Cairo está lleno de espías -dijo Nefret. Se inclinó hacia delante muy seria cruzando las manos-. Las autoridades han anunciado que todos los extranjeros enemigos han sido deportados o confinados, pero los más peligrosos, los agentes profesionales, han

evitado que los detengan porque nadie sospecha que sean extranjeros. Sethos es un maestro del disfraz que ha pasado muchos años en Egipto. ¿Un hombre como él, no se vería arrastrado irremediablemente al espionaje? ¿No se vendería al mejor postor?

- No -dije-. Sethos es británico. Él no…

- No tiene la seguridad de que sea británico, y aunque lo fuera, no sería el primer hombre que traiciona a su país.

- De verdad, Nefret, me niego a seguir con esta discusión ridícula.

- Disculpe. No pretendía enfadarla.

- ¡No estoy enfadada! ¿Por qué iba a estarlo?

Me callé. Fátima había entrado con el servicio del té. Me acerqué a ella para tomar la bandeja y dejarla sobre la mesa.

- No tiene sentido que finjamos que este momento es normal, tía Amelia -dijo Nefret con calma-. No puede serlo; hay una guerra y el Canal de Suez está a menos de doscientos kilómetros de El Cairo. A veces me encuentro a mí misma mirando a personas que conozco de siempre y preguntándome si no usarán una máscara, si no estarán representando un papel.

- Bobadas, querida -dije con firmeza-. Permites que la guerra se adueñe de lo mejor de ti. En cuanto a Emerson, te garantizo que es exactamente lo que parece. No puede ocultarme sus sentimientos.

- Mmm -dijo Nefret-. En cualquier caso, creo que iré con ustedes esta noche, si no les importa.

Cuando se lo propuso a Emerson, éste aceptó tan rápidamente que Nefret se quedó un poco perpleja, pensando, supongo, que él no le habría permitido acudir si estuviera «tramando algo». En cualquier caso, la joven decidió acompañarnos. Ramsés declinó la invitación. Dijo que tenía otros planes, pero que a lo mejor se unía a nosotros si cenábamos en Shepheard's.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés hizo todo lo posible por llegar pronto al club para que no le negaran una mesa. Al comité le habría encantado tener un motivo para prohibirle la entrada, pero él había evitado cometer alguno de los pecados imperdonables, como hacer trampas con las cartas.

Desde su privilegiada esquina en la penumbra, observó cómo se llenaba el comedor. La mitad de los hombres llevaba uniforme, bien el caqui parduzco del ejército británico o, en mayor número, el rojo y dorado del ejército egipcio a las órdenes de los británicos. Todos eran oficiales; no se permitía la entrada de la tropa en el Turf Club. Tampoco se permitía la entrada de egipcios, independientemente del rango o posición.

Ramsés estaba a punto de terminar de cenar cuando un grupo de cuatro personas ocupó la mesa que había junto a la suya. Eran dos oficiales de mediana edad acompañados por dos damas; una de ellas era la señora Pettigrew, la que le había entregado la última pluma blanca. Ella y su marido eran de esos matrimonios que llegan a parecer gemelos, pues con el tiempo alcanzan un grado alarmante de semejanza. Los dos eran bajos y corpulentos y tenían la cara enrojecida. Ramsés se levantó e hizo una cortés inclinación; no le sorprendió en absoluto que la señora lo despreciara por completo. Una vez que estuvieron todos sentados, juntaron las cabezas e iniciaron una conversación en voz baja mientras lo miraban de vez en cuando.

Ramsés sabía que era el objeto de la conversación. Pettigrew era uno de los majaderos más pomposos del Ministerio de Obras Públicas y uno de los patriotas más vocingleros de El Cairo. El otro

hombre era Ewan Hamilton, un ingeniero que había llegado a Egipto como asesor para la defensa del Canal de Suez. Un hombre de pocas palabras e inofensivo cuya única excentricidad era la falda escocesa (del clan de los Hamilton, supuso Ramsés) que usaba con frecuencia. Esa noche iba resplandeciente con el traje de gala escocés: una chaqueta de terciopelo verde botella con botones de plata y una camisa con encaje hasta la barbilla y en los puños. Y un cuchillo en la media, supuso Ramsés. El pelo y el bigote, que debieron ser de un rojo brillante, tenían mechones grises y el hombre entrecerraba los ojos de una manera que indicaba que necesitaba gafas.

Quizá no las usara para impresionar a la atractiva dama que lo acompañaba. La señora Fortscue llevaba menos de un mes en El Cairo y ya se había convertido en una belleza reconocida por todos, si es que puede decirse eso de una viuda. Los rumores, que corrían como la pólvora entre la sociedad anglo-egipcia, decían que su marido había fallecido valientemente a la cabeza de su regimiento durante una de las espantosas campañas de agosto que habían cubierto de cadáveres los campos de Francia. Al encontrarse con la mirada descaradamente curiosa de Ramsés, permitió que sus labios, cubiertos por una discreta capa de carmín, esbozaran una leve sonrisa.

Los Pettigrew, para resaltar el desprecio hacia Ramsés, estuvieron muy atentos con otro grupo de comensales, todos ellos uniformados: dos del ejército egipcio, el otro un joven funcionario del Ministerio de Economía y miembro de la milicia local que se había creado deprisa y corriendo con el irrisorio nombre de Pie del Faraón. Se reunían todos los días para desfilar solemnemente por el patio del club con espantamoscas y palos porque no había rifles para ellos. La situación parecía prometedora. Ramsés se reclinó y escuchó con todo descaro y sin inmutarse.

Una vez que los Pettigrew terminaron de comentar con pelos y señales su historia y personalidad, elevaron las voces hasta un tono normal, que era bastante penetrante en el caso de la señora Pettigrew. La mujer hablaba de todo lo imaginable, entre otras cosas, de los pecados privados de casi todos los miembros de la comunidad extranjera.

Inevitablemente, la conversación viró hacia la guerra. La joven

dama expresó su preocupación por la posibilidad de un ataque de los turcos y la señora Pettigrew bramó con energía.

- ¡Tonterías, querida! ¡Imposible! Todo el mundo sabe los despreciablemente cobardes que son los árabes; salvo que estén al mando de un oficial blanco, naturalmente.

- Como el general von Kressenstein -dijo Ramsés elevando la voz para que fuera audible-. Uno de los mejores estrategas militares de Alemania. Tengo entendido que es asesor del ejército sirio…

Pettigrew soltó un gruñido y Hamilton lo miró con el ceño fruncido, pero ninguno dijo nada. La reacción vino de la mesa adyacente. Simmons, el funcionario, se puso rojo de ira.

- Nunca podrán cruzar la península de Sinaí con un ejército. Es un desierto, ¿sabe? No hay agua -dijo bruscamente.

Su sonrisa afectada se desvaneció cuando Ramsés habló con humildad, pero con toda claridad.

- Excepto los pozos y las cisternas romanas. La temporada pasada las lluvias fueron excepcionalmente abundantes. Los pozos están a rebosar. ¿Cree que los turcos no lo saben?

- Si no lo supieran, las personas como usted se lo dirían - Simmons se levantó y alzó la barbilla, o lo que se suponía que era la barbilla-. ¿Por qué se permite la entrada de traidores asquerosos en el club?

- Sólo quería ayudar -protestó Ramsés-. La señora había hecho un comentario sobre los turcos.

Uno de sus amigos tomó del brazo al iracundo miembro del Pie del Faraón.

- No debemos aburrir a las señoras con asuntos militares, Simmons. ¿Vamos al bar?

Simmons había tomado varios brandys y miró con furia a Ramsés mientras sus amigos se lo llevaban. Ramsés esperó unos minutos antes de seguirlos. Hizo una inclinación a los cuatro ocupantes de la mesa y tres de ellos lo desdeñaron ostensiblemente. La respuesta de la señora Fortescue fue discreta pero inconfundible: un resplandor de sus oscuros ojos y una débil sonrisa.

Había mucha gente en el vestíbulo. Ramsés, después de pedir un whisky, se retiró a una esquina junto a una palmera y localizó a su objetivo. Simmons era una presa demasiado fácil, le daba cierta vergüenza aprovecharse de él, pero parecía muy irritado;

gesticulaba y vociferaba en medio de un grupo de personas entre las que estaban sus amigos y un tercer oficial al que Ramsés conocía mucho mejor.

En cuanto vio a su primo Percy, Ramsés se acordó de una historia que había leído sobre un hombre que había hecho un pacto con el demonio que le permitía conservar el aspecto joven, a pesar de llevar una vida llena de vicios y delitos. A cambio, los pecados se reflejaban en el rostro de un retrato que tenía en la biblioteca, hasta que se convirtió en un monstruo. Percy era anodino en todos los sentidos; estatura y complexión media, pelo y bigote castaños y rasgos agradables pero nada notables. Sólo un observador atento podría haber dicho que tenía los ojos un poco juntos y que los labios eran demasiado finos, de un rosa algo afeminado y que se fruncían en el contundente marco de la mandíbula. Ramsés sería el primero en reconocer que él no era precisamente imparcial. No había nadie en el mundo a quien odiara más que a Percy.

Ramsés había preparado un par de provocaciones, pero no tuvo necesidad de utilizarlas. Tenía el vaso a medias cuando Simmons se apartó del grupo y se dirigió hacia Ramsés con los estrechos hombros muy erguidos.

- Quisiera decirle un par de cosas -empezó secamente.

Ramsés sacó el reloj de bolsillo.

- Me esperan en Shepheard's a las diez y media.

- Seré breve -dijo Simmons intentando ser despectivo-. Salga fuera.

- Ya, entiendo. Muy bien, si insiste…

No se había propuesto que las cosas fueran tan lejos, pero ya no podía echarse atrás.

El Turf Club, al revés que el Gezira Club que tenía campos de golf y de polo, estaba situado en medio de una de las calles más concurridas de El Cairo. Había una iglesia copta a un lado y una sinagoga judía al otro. Ramsés se dirigió a la parte trasera del edificio en busca de algo de soledad. La brisa nocturna era fresca y dulzona y la luna estaba casi llena, pero había zonas oscuras a la sombra de los matorrales. Ramsés fue hacia una de ellas. No había mirado a sus espaldas y cuando lo hizo vio que Simmons estaba acompañado por dos de sus amigos.

- Bastante antideportivo -comentó Ramsés con tono crítico-. ¿O

han venido a animar a Simmons?

- Dar su merecido un canalla cobarde no tiene nada de antideportivo -dijo Simmons-. Todo el mundo sabe que usted no pelea como un caballero.

- Podría decirse que eso es un oxímoron. ¡Vaya!, disculpe, no es de buena educación emplear palabras tan rebuscadas. Mírela en el diccionario cuando vuelva a casa.

El pobre diablo no sabía cómo pelear, ni como un caballero ni de ninguna forma. Fue hacia Ramsés con los brazos caídos y la barbilla tentadoramente expuesta. Ramsés lo tumbó y se dio la vuelta para enfrentarse a los otros dos. Le dio un codazo a uno en las costillas y al otro una patada en la rodilla, justo por encima de la lustrosa bota, pero Simmons se olvidó de los últimos resquicios de caballerosidad que le quedaban y le golpeó con fuerza en el pecho. Antes de que pudiera recuperar la respiración, Ramsés ya tenía encima a los otros dos. El uno cojeaba y el otro se quejaba, pero no los había dejado fuera de combate. Lamentó no haberlo hecho cuando lo agarraron y le retorcieron los brazos en la espalda para ponerlo frente a Simmons.

- Por lo menos podrían permitirme que me quitara la chaqueta -dijo Ramsés con la respiración entrecortada-. Si se rompe mi madre va a regañarme.

Simmons era una sombra jadeante. Ramsés se irguió y esperó a que se acercara un poco, pero su enemigo no iba a cometer el mismo error dos veces. Levantó el brazo. Ramsés inclinó la cabeza y cerró los ojos. No pudo evitar el puñetazo; sintió que le ardían la mejilla y la mandíbula.

- ¡Basta!

Le soltaron. Buscó a tientas algo para sujetarse y se agarró de la rama de un árbol.

Percy se había interpuesto entre él y Simmons. Ramsés pensó que era algo bastante inesperado; lo normal habría sido que también participara. Era una situación que le gustaba: tres o cuatro contra uno.

Entonces vio al otro hombre. Mezclado entre las sombras, distinguió el negro y blanco de un esmoquin y reconoció a lord Edward Cecil, el asesor económico y jefe de Simmons. Los rasgos aristocráticos de Cecil estaban rígidos por la contrariedad. Miró a su

subordinado con desprecio y se dirigió a Percy.

- Gracias por avisarme, capitán. Estoy seguro de que su primo se lo agradece también.

- Mi primo tiene derecho a pensar como quiera, lord Edward -dijo Percy-. No comparto sus opiniones, pero las respeto, como le respeto a él.

- Naturalmente -dijo Cecil lentamente-. Le honra, capitán. Simmons preséntese en mi despacho mañana a primera hora. Ustedes, caballeros -miró las flores del Ejército Egipcio que llevaban bordadas en la chaqueta- me darán sus nombres y el nombre de su comandante antes de abandonar el club. Acompáñenme.

- ¿Necesitas un médico, Ramsés? -le preguntó solícitamente Percy.

- No.

Ramsés siguió a Cecil y a los demás a una discreta distancia y supo que había perdido otro asalto con su primo. Estaba seguro de que había incitado a Simmons y a los otros dos para que cometieran un acto tan vil. Sabía insinuar las cosas para que las hicieran otros; los pobres desgraciados seguramente no se habrían dado ni cuenta de que les habían manipulado para castigar a alguien a quien Percy odiaba, pero a quien no se atrevía a castigar él mismo.

Ramsés rodeó el edificio del club y se paró en la puerta preguntándose si entrar o no. Miró el reloj y vio que ya eran las diez y media. Decidió que ya había organizado bastante lío por esa noche.

El portero le buscó un carruaje. El conductor, al reconocerlo, dejó a un lado el látigo y le saludó animadamente. Ningún Emerson permitía que se empleara el látigo con los caballos, pero lo compensaban con generosas propinas.

- ¿Qué le ha pasado, Hermano de los Demonios? -preguntó el conductor empleando el sobrenombre árabe de Ramsés.

Ramsés dio una explicación poco creíble y se montó en el carruaje. Seguía pensando en Percy.

Se habían despreciado desde que eran niños, pero Ramsés no se había dado cuenta de lo peligroso que podía ser su primo hasta que le había hecho un favor.

Eso no sirvió sino para demostrar la razón que tenía su padre cuando decía con cinismo que toda buena acción tiene su precio.

Cuando Percy recorrió Palestina, cayó preso de uno de los muchos bandidos que había por la zona y le retuvieron para exigir un rescate. Ramsés fue al campamento para liberarlo y se lo encontró en la habitación de invitados de Zaal bebiendo brandy y rodeado de comodidades a la espera de que lo rescataran. Percy no le reconoció disfrazado de beduino y Ramsés decidió no desvelar su identidad después de que Percy lloriqueara y se arrastrara como una virgen que defiende su virtud para no tener que escapar. Sin embargo, su primo acabó enterándose. Ramsés no había subestimado el resentimiento de Percy, pero tampoco había previsto el grado de maldad que podía alcanzar. Le había asestado un golpe maestro al acusarlo de ser el padre de la hija que había tenido fruto del descuido y que había abandonado tan miserablemente.

Esa noche, no obstante, lo había defendido de palabra y obra. Lo había hecho para que lord Edward Cecil se formara una opinión elevada de él, pero conocía a Percy y sabía que también ocultaba algo desagradable.

¿Qué estaría tramando?

* * *

Yo sentía verdadera curiosidad por nuestra cita con el señor Russell. Lo conocía desde hacía unos años y lo apreciaba mucho, a pesar de los intentos de convertir a Ramsés en un policía. Yo no tenía nada contra la policía, pero no me parecía la ocupación más adecuada para mi hijo. Emerson tampoco tenía nada contra la policía, pero no le gustaban las reuniones sociales y yo sospechaba, como Nefret, que había algún motivo desconocido en su propuesta de que saliéramos a cenar con Russell.

Cuando llegamos, Russell nos esperaba en el salón morisco. Arqueó las cejas al ver a Nefret.

- Espero que no le importe que venga la señorita Forth -dijo despreocupadamente Emerson.

Comprendí que la invitación había sido de Russell y no de Emerson.

Nefret se dio cuenta también y me miró con complicidad mientras le alargaba la mano enguantada a Russell. Emerson no daba ninguna importancia a las convenciones sociales y Russell no tuvo más remedio que aparentar estar complacido.

- ¡Cómo!, claro, profesor… naturalmente, estoy encantado de ver

a… la señorita Forth.

El desconcierto era comprensible. Nefret había recuperado su nombre de soltera al quedarse viuda y la sociedad de El Cairo no lo había asumido del todo. Les costaba aceptar muchos de los actos de Nefret.

Fuimos al comedor y a la mesa que había reservado Russell. Me pareció que estaba un poco incómodo, y ello confirmaba mis sospechas sobre el motivo por el que nos invitaba a cenar. Quería algo de nosotros. Quizá buscaba ayuda para encerrar a algunos de los agentes extranjeros más peligrosos de El Cairo. Miré alrededor y me pregunté si no estaría sucumbiendo a los nervios propios de la guerra. Todo el mundo, oficiales y funcionarios, señoras y señoritas, me parecían torvos y sospechosos. ¿Estaría alguno de ellos a sueldo del enemigo?

En cualquier caso, me dije con convencimiento, ninguno era Sethos.

Emerson no se andaba por las ramas y sólo esperó a que hubiésemos pedido.

- Muy bien, Russell, ¿qué le ronda por la cabeza? Si quiere convencerme para que Ramsés entre en el DIC, está perdiendo el tiempo. Su madre no quiere ni oír hablar de ello.

- Él tampoco -replicó Russell con una sonrisa forzada-. No tiene sentido intentar engañarle, profesor, de modo que si las señoras nos disculpan por hablar de asuntos…

- Prefiero que hable de esos asuntos a que hable de tonterías, señor Russell -dije con un tono seco.

- Tiene razón señora. Debería saberlo.

Russell probó el vino que le había servido el camarero y asintió con la cabeza. Miró a Nefret con el ceño fruncido mientras nos llenaban las copas. Ella era la imagen de una joven hermosa, inocente e inofensiva. El escote resaltaba su delicado cuello adornado con joyas, como el pelo dorado rojizo. Nadie sospecharía que esas esbeltas manos estaban más acostumbradas a utilizar un escalpelo que un abanico, ni que eran capaces de rechazar un ataque con más destreza que la mayoría de los hombres.

Nefret sabía lo que estaba pensando Russell y sostuvo firmemente su dubitativa mirada.

- Hay personas en El Cairo que le dirán que no soy una dama,

señor Russell. No tiene por qué andarse con rodeos. Se trata de Ramsés, ¿verdad? ¿Qué ha hecho esta vez?

- Nada que yo sepa, salvo empeñarse en disgustar a los demás -dijo Russell-. Al diablo… disculpe, señorita Forth.

Ella se rió y él sonrió dócilmente.

- Como iba a decir… puedo ser sincero con todos ustedes. Sí, he tanteado a Ramsés. No creo que haya ningún servicio secreto en Egipto, sea civil o militar, que no haya intentado captarlo. Yo no he tenido más suerte que los demás. Pero me sería especialmente útil para capturar a ese tal Wardani. Me imagino que saben de quién hablo.

Emerson asintió con la cabeza.

- El líder del Partido del Nuevo Egipto y el único nacionalista que sigue en libertad. Ha conseguido capturar a todos los demás, entre ellos al marido de mi sobrina, David Todros.

- No le culpo por su resentimiento -dijo Russell con calma-, pero había que hacerlo. Preferimos no darles oportunidades, profesor. Ellos piensan que la independencia pasa por derrotar a los británicos y estarían dispuestos a colaborar con el enemigo para conseguirla.

- ¿Qué pueden hacer? -preguntó Nefret-. Se les persigue y encarcela.

- Mientras Wardani ande suelto, pueden hacer mucho daño -Russell se inclinó hacia delante-. Es su líder. Es inteligente, carismático y fanático. Ya ha reclutado nuevos colaboradores para sustituir a los que están detenidos. Ya saben que el Sultán ha declarado una *yihad,* una guerra santa, contra los infieles. La mayoría de los *fellahin* se muestran apáticos o con miedo, pero si Wardani consigue agitar a los estudiantes y los intelectuales, podemos vernos inmersos en una guerra de guerrillas en El Cairo mientras los turcos atacan el Canal de Suez. Wardani es la clave. Sin él, el movimiento se hundirá. Quiero capturarlo y creo que ustedes pueden ayudarme.

Emerson había escuchado mientras tomaba tranquilamente la sopa.

- Delicioso -comentó-. En Shepheard's siempre hacen un *potage à la duchesse* extraordinario.

- ¿Intenta molestarme, profesor? -preguntó Russell.

- No, naturalmente -replicó Emerson-. Pero tampoco voy a ayudarle a capturar a Wardani.

No era fácil enfurecer a Russell. Miró a Emerson con detenimiento.

- ¿Se solidariza con sus objetivos? Bueno, tampoco me sorprende, pero tendrá que reconocer que no es el momento más adecuado. Después de la guerra…

Emerson lo interrumpió. A él sí se le enfurece con facilidad. Echaba chispas por los ojos.

- ¿Ése es su planteamiento? Sed pacientes, sed buenos chicos y si os portáis bien hasta que ganemos la guerra, luego os daremos la libertad. ¿Pretende que yo haga esa oferta porque tengo cierta reputación de integridad en este país? Yo no hago promesas que no puedo cumplir, Russell, y estoy convencido de que usted y el gobierno actual no la cumplirían -aliviado por haber dicho lo que pensaba, empezó a comer el pescado-. Además, no sé dónde está -añadió.

- Sin embargo, usted sí lo sabe -dijo repentinamente Nefret-. ¿Verdad, señor Russell? Por eso ha pedido al profesor que cenara con usted. Ha localizado la guarida de Wardani y piensa caer sobre él esta noche, pero teme que se le escape como ha hecho otras veces y quiere… ¿qué demonios quiere de nosotros, señor Russell?

- No quiero nada de usted, señorita Forth -Russell sacó un pañuelo y se secó la frente-. Sólo quiero que se quede aquí, que disfrute de la cena y que se mantenga al margen.

- No puede cenar sola, sería inapropiado -indiqué mientras vaciaba la copa de vino-. ¿Nos vamos?

Emerson, que comía de buena gana pero sin perder la compostura, estaba a punto de terminar el pescado. Tomó el último bocado e hizo unos ruidos inquisitivos.

- No hables con la boca llena, Emerson. No pretendo sugerir que lleves a cabo la insultante propuesta del señor Russell, pero no se debe desperdiciar la posibilidad de hablar con el señor Wardani. Podemos negociar con él. Merece la pena hacer cualquier esfuerzo que evite el derramamiento de sangre, entre otras la suya.

Emerson tragó.

- Es lo que iba a decir, Peabody.

Se levantó y me retiró la silla. Yo me sacudí unas migas y me

levanté también.

A Russell le brillaban los ojos, pero habló con un tono tranquilo y desenfadado.

- No acabo de comprender cómo he podido perder el control de la situación. Por el amor de Dios, profesor, señora Emerson, ordenen, pidan, convenzan a la señorita Forth para que se quede aquí.

- Nefret es la única de nosotros que conoce al señor Wardani -le expliqué-. Y, seguramente, esté más dispuesto a escuchar a una joven atractiva que a nosotros. Nefret, se te han vuelto a caer los guantes.

Russell se agachó con un movimiento de autómata y recogió los guantes de Nefret.

- Vamos a dejar las cosas claras, Russell -dijo Emerson-. Accedo a acompañarle para poder hablar con el señor Wardani e intentar convencerle de que se entregue por su propio bien. No prometo nada ni consentiré ninguna intromisión suya. ¿De acuerdo?

Russell lo miró a los ojos.

- De acuerdo.

Yo no había previsto que los acontecimientos tomaran esa dirección, pero sí había pensado que podría ocurrir algo interesante, por lo que había ido preparada. Comprendí que Nefret había hecho lo mismo al ver que un perplejo oficial de policía le ayudaba a ponerse la capa. Su vestimenta, como la mía, era oscura y sin adornos, sin lentejuelas ni cuentas de cristal, pero con una amplia capucha que tapaba toda su cabellera. Yo no estaba segura de que mi hija fuera armada, ya que el largo cuchillo que tanto le gustaba era difícil de esconder. La falda era larga y bastante estrecha y ya no estaban de moda las enaguas.

Mi propio «arsenal», como le gustaba llamarlo a Emerson, era limitado por el mismo motivo. Sin embargo, llevaba mi pequeña pistola en el bolso y el parasol (de seda roja para entonar con el vestido) tema un contundente mango de acero. Eran pocas las mujeres que llevaban un parasol para ir a cenar, pero casi todo el mundo se había acostumbrado a que yo lo llevara siempre conmigo; me imagino que lo considerarían como una divertida excentricidad.

- Yo conduciré -dijo Emerson mientras salíamos del hotel-. Afortunadamente, he traído el automóvil.

Por desgracia, lo había llevado. Emerson conducía como un loco y no permitía que nadie lo hiciera por él. Yo no manifesté mi aprensión porque estaba segura de que Russell lo haría. Después de echar una ojeada larga e intensa al enorme vehículo amarillo, Russell sacudió la cabeza.

- Profesor, todo el mundo en El Cairo conoce este automóvil. Queremos pasar desapercibidos. Tengo un carruaje cerrado esperándonos. Me gustaría que las damas no…

Nefret ya se había montado en el coche de caballos. Russell suspiró y subió a la cabina, junto al cochero, mientras Emerson me ayudaba caballerosamente.

Después de rodear los jardines Ezbekieh, el carruaje pasó frente al Teatro de la Opera y giró hacia Muski. Era temprano para El Cairo y las calles estaban iluminadas y abarrotadas de tráfico, desde camellos hasta todo tipo de vehículos de motor. Empezaba a disiparse la emoción que había sentido ante la perspectiva de entrar en acción. Esa parte de El Cairo no tenía ningún interés, estaba muy nueva y todo era moderno. Apenas se diferenciaba de Bond Street o los Champs Élysées.

- Nos dirigimos hacia Jan el Jalili -informé después de mirar por la ventanilla.

Pero nunca llegamos a ese punto. El coche giró hacia el sur y entró en una calle estrecha, dejó atrás el Hotel du Nil y se detuvo. Russell se bajó de un salto y se acercó a la puerta.

- Será mejor que sigamos a pie -dijo en voz baja-. No está lejos. Es allí.

Miré hacia la calle que señalaba. Parecía un callejón sin salida de unos cien metros de largo, pero no se asemejaba en nada al tentador y enmarañado laberinto de la ciudad vieja por donde me había aventurado más de una vez en busca de delincuentes. Las ventanas iluminadas de algunas casas de buen tamaño brillaban en la oscuridad.

- Su fugitivo parece estar muy confiado -dije con recelo-. Si yo quisiera eludir a la policía, tendría mi guarida en un barrio menos respetable.

- Por otro lado -dijo Emerson mientras me tomaba del brazo-, también es más improbable que te busquen en una zona tan respetable. Russell, ¿está seguro de que su informante sabía lo que

decía?

- No -contestó él lacónicamente-. Por eso le he pedido que me acompañara. Es la tercera casa. Llamen y preséntense.

- Y luego, ¿qué? -preguntó Emerson-. ¿Cree que Wardani vendrá corriendo con los brazos abiertos al oír nuestros nombres?

- Estoy seguro de que se le ocurrirá algo, profesor. Si no, se le ocurrirá a la señora Emerson.

- Mmm -dijo Emerson.

Russell encendió una cerilla y miró el reloj.

- Son las diez y cuarto. Les daré media hora.

- Mmm -repitió Emerson-. Nefret, toma mi otro brazo.

Russell se retiró a una zona en sombra y nosotros avanzamos hacia el edificio que había indicado. Las casas estaban muy cerca unas de otras y las rodeaban frondosos árboles y plantas llenas de flores.

- ¿Qué va a hacer si no salimos dentro de treinta minutos? -preguntó Nefret en voz baja.

- Bueno, querida, no habría insinuado que correría a rescatarnos si no tuviera a sus hombres perfectamente situados -contestó serenamente Emerson-. Están bien entrenados, sólo he visto a dos.

Nefret se habría parado en seco si Emerson no llega a tirar de ella.

- Es una trampa -dijo ella con la respiración entrecortada-. Nos está utilizando para…

- Para entretener a Wardani mientras la policía irrumpe. Evidentemente. ¿Qué esperabas?

Emerson levantó la pesada argolla que servía de aldaba y golpeó la puerta con fuerza.

- Nos ha mentido -masculló Nefret-. ¡El muy canalla!

- Ese lenguaje, Nefret -dije yo.

- Perdone, tía Amelia, pero lo es.

- Sólo es un buen policía, querida -dijo Emerson.

Volvió a llamar.

- ¿Qué va a hacer, profesor?

- Ya pensaré algo y si no lo hará tu tía Amelia.

Se abrió la puerta.

- *Asalamu Alaikum* -dijo Emerson al sirviente que apareció en el umbral de la puerta-. Por favor, anúncienos. Somos el profesor

Emerson, la señora Emerson y la señorita Forth.

El hombre nos miró uno a uno y el blanco de sus ojos resplandeció en la oscuridad. Era joven, tenía una barba rala y unas gafas gruesas. Parecía perplejo y petrificado por nuestra presencia. Emerson soltó un juramento sordo, lo agarró y entró con él. Sus pasos sonaron levemente en el vestíbulo.

- Cierra la puerta, Peabody -ordenó-. Date prisa, es posible que no tengamos mucho tiempo.

Naturalmente, obedecí al instante. La pequeña habitación estaba iluminada por una lámpara que colgaba del techo. Toda la decoración consistía en un arcón tallado y una hermosa alfombra oriental. En el extremo opuesto a donde nos encontrábamos había una escalera estrecha con los peldaños desnudos que llevaba hasta un descansillo cerrado por un panel de madera.

Emerson sentó al sirviente en el arcón y se dirigió al pie de la escalera.

- ¡Wardani! -vociferó-. ¡Soy Emerson! Salga de su agujero. Tenemos que hablar.

El fugitivo tuvo que oírlo si se encontraba en un radio de cuarenta metros. No hubo ninguna reacción de Wardani, si es que se encontraba allí, pero el sirviente se levantó de un salto, sacó un puñal e intentó abalanzarse sobre Emerson. Nefret se levantó la falda con un movimiento muy femenino y le arrebató el puñal de una patada. El joven era muy obstinado y tuve que golpearle las espinillas con el parasol para que cayera al suelo.

- Gracias, queridas -dijo Emerson sin darse la vuelta-. Eso lo aclara todo. Él está aquí. ¿Estará arriba?

Nada más poner el pie en el primer peldaño, ocurrieron dos cosas. Sonó el silbato de un policía, lo suficientemente penetrante como para traspasar la puerta cerrada, y un hombre apareció tras el panel que había en lo alto de la escalera. Vestía al estilo europeo, salvo por las babuchas, y llevaba descubierta la cabeza. Yo no podía distinguir sus rasgos con claridad, la luz era tenue y la sombra de una barba le cubría la parte inferior del rostro, pero de haber tenido alguna duda sobre su identidad, se habría desvanecido tan rápidamente como lo hizo él.

Se oyeron puñetazos y patadas en la puerta. En medio del alboroto, distinguí la voz de Thomas Russell que exigía que

abriéramos inmediatamente la puerta.

- ¡Por todos los demonios! -exclamó Emerson mientras subía los escalones de tres en tres.

Nefret, con la falda subida hasta las rodillas, corrió detrás de él. Yo la seguí, aunque el parasol me impedía agarrarme con firmeza la falda. Al llegar arriba oí que la puerta de la calle cedía. Me di la vuelta y enarbolé el parasol.

- ¡Alto ahí! -grité.

Ante mi sorpresa, se pararon. Russell iba en cabeza. La pequeña habitación parecía repleta de uniformes y comprobé, más o menos de pasada, que el joven que nos había abierto la puerta había tenido la juiciosa idea de esfumarse.

- ¿Qué demonios se propone, señora Emerson? -espetó Russell.

No respondí ya que era evidente lo que me proponía. Miré por encima del hombro.

Un pasillo con puertas a ambos lados llevaba a la parte de atrás de la casa. En el fondo, había una ventana abierta; delante de ella estaba el hombre que buscábamos mirando a Nefret y Emerson que se habían parado a mitad de camino.

- ¿Es él? -preguntó Emerson.

Nefret no respondió.

- Debe de ser -dijo Emerson-. Lo siento, Wardani. Me gustaría haber hablado con usted, pero Russell tiene otras intenciones. Otra vez será. Los entretendremos mientras usted huye. Cuidado al salir, puede haber más policías en el jardín.

Wardani permaneció quieto un instante. Parecía excepcionalmente alto y esbelto contra la luz de la luna. Se subió al alféizar y desapareció en medio de la noche.

Emerson corrió hasta la ventana, se asomó y empezó a gritar.

- ¡Ahí abajo! ¡Ha huido por allí!

Se oyeron voces y carreras entre los matorrales. Luego sonaron algunos disparos. Uno de ellos debió de impactar cerca de la ventana, porque Emerson metió la cabeza entre juramentos. Los policías que había en la casa salieron fuera después de unos segundos de confusión.

Yo bajé y me acerqué a la puerta que habían dejado abierta. Había mucho jaleo en la parte de atrás de la casa, pero el callejón estaba tranquilo y silencioso. La ciudad estaba prácticamente

ocupada por los militares y los cairotas no se metían en los asuntos de los demás.

Emerson y Nefret se unieron a mí después de un breve lapso de tiempo.

- ¿Dónde ha ido? -pregunté.

Emerson se sacudió un poco de yeso que tenía en el hombro.

- Al tejado. Es muy ágil, el bribón. Podemos volver al carruaje. Apostaría que en estos momentos está muy lejos.

El señor Russell llegó enseguida a la misma conclusión. No tardó en unirse a nosotros.

- Le ha dado esquinazo, ¿verdad? -preguntó Emerson-. Vaya, vaya…

- Gracias a usted.

- He servido de menos ayuda de lo que había esperado. Que le zurzan, Russell, si llega a darme cinco minutos más podría haberme ganado su confianza.

- ¿Cinco minutos? -preguntó dubitativamente Russell.

- La señora Emerson lo habría conseguido antes, pero ¿qué importa? Si va a venir con nosotros, entre. Quiero irme a casa.

Hablamos muy poco durante el camino de vuelta al hotel. Yo estaba preocupada por una idea muy extraña. Tan sólo había vislumbrado la silueta de ese hombre, pero por un instante tuve una sensación de *déjà vu,* como cuando los rasgos difusos de un bebé nos recuerdan claramente a uno de sus padres o abuelos.

Nefret me había metido la idea en la cabeza. Yo me había intentado convencer de que era absurda, sin embargo… ¿acaso no había jurado que reconocería a Sethos en cualquier momento y con cualquier disfraz?

El carruaje se detuvo delante de Shepheard's. Russell se bajó de la cabina y nos abrió la puerta.

- Todavía es pronto -dijo amablemente-. ¿Me harían el honor de acompañarme para tomar una copa de licor o brandy y demostrar así que no hay rencor entre nosotros?

- Bah -dijo Emerson.

No dijo nada más.

Nos abrimos paso entre los vendedores de flores y los mendigos, entre los charlatanes y los buhoneros que abarrotaban las escaleras y mientras subíamos distinguí una figura conocida que se acercaba

a nosotros.

- Buenas noches, madre -nos saludó -. Buenas noches, Nefret; buenas noches…

- ¡Ramsés! -exclamé-. ¿Qué has hecho esta vez?

Habría sido más exacto preguntarle qué le habían hecho. Aunque había intentado limpiarse, tenía un corte en la mejilla que le sangraba y una marca morada en el pómulo.

Russell dio un paso atrás.

- Debo pedir que me excusen. Buenas noches, señora Emerson, señorita Forth, profesor.

- Otro desaire -dijo Ramsés-. ¿Nefret? -le ofreció el brazo.

- ¡Tienes la chaqueta rota! -exclamé otra vez.

Ramsés se miró el hombro, donde se veía una línea blanca contra el negro de la chaqueta.

- ¡Vaya por Dios! Lo siento, madre. Sólo se ha descosido, espero. ¿Podemos sentarnos antes de que siga con la regañina?

Nefret no había dicho nada. Lo tomó del brazo y lo acompañó hasta una mesa.

La terraza estaba bien iluminada y pude observar detenidamente a mis acompañantes. Emerson tenía la corbata de lazo completamente torcida, siempre se la aflojaba cuando estaba tenso, y no se había quitado todo el yeso de la chaqueta. Nefret estaba despeinada y mi falda estaba rasgada.

- Vaya, vaya -dijo Ramsés mientras nos miraba de arriba abajo-. ¿Habéis vuelto a pelearos?

- A simple vista, podría preguntarte lo mismo -refunfuñó su padre.

- Un ligero accidente. Llevo esperando más de media hora -dijo Ramsés con tono acusador-. El conserje me dijo que habían dejado el hotel, pero como el automóvil seguía aquí, di por supuesto que volverían antes o después. ¿Puedo preguntar…?

- No, todavía no -le interrumpió Emerson-. Ese… accidente… ¿lo tuviste aquí, en el Shepheard's?

- No, señor. Lo tuve en el club. Cené allí antes de venir a buscarles.

Juntó los labios con firmeza, pero Emerson no apartó su penetrante mirada de él.

- Tuve una pequeña discusión -explicó Ramsés a regañadientes

después de un rato.

- ¿Con quién? -preguntó su padre.

- Padre…

- ¿Con quién?

- Con un tal Simmons. No creo que lo conozca. Y… bueno… Cartwright y Jenkins, del ejército egipcio.

- ¿Sólo tres? ¡Por Dios, Ramsés! Esperaba más de ti.

- No pelearon como caballeros -se defendió Ramsés.

Esbozó una torva sonrisa. El sentido del humor de Ramsés es realmente extraño; yo nunca conseguía distinguir del todo cuándo estaba haciendo una broma.

- ¿Intentas ser gracioso? -le pregunté.

- Sí -respondió Nefret antes de que él dijera algo-, pero no lo consigue.

Ramsés llamó la atención del camarero, que se acercó inmediatamente sin hacer caso de las llamadas de otros clientes. El desprecio que sentía la comunidad anglo-egipcia hacia Ramsés no hacía sino elevar la imagen que tenían de él los cairotas, la mayoría de los cuales le admiraba casi tanto como a su padre.

- ¿Quiere un whisky con soda, madre? -preguntó.

- No, gracias.

- ¿Nefret? ¿Padre? Yo tomaré uno, si no les importa.

A mí me importaba, porque sospechaba que ya había tomado más de los que le convenían. Capté la atención de Emerson y permanecí en silencio.

Nefret no hizo lo mismo.

- ¿Has bebido mucho esta noche? -le preguntó.

- No mucho. ¿Dónde habéis ido con Russell?

Emerson se lo explicó con todo detalle.

- ¡Ah! -dijo Ramsés-. De modo que eso era lo que quería. Lo sospechaba.

- Nos dijo que te negaste a ayudarle a encontrar a Wardani -dijo Emerson-. Ramsés, ya sé que ese bribón te gusta…

- Mis sentimientos personales son irrelevantes -Ramsés apuró el whisky-. No me importa nada en absoluto lo que haga Wardani mientras no implique a David, y no voy a emplear la influencia que pueda tener sobre él para entregarlo a Russell.

- El profesor piensa lo mismo -dijo Nefret tranquilamente-. Sólo

quería hablar con él. Intentó advertirle…

- Qué amable. Me pregunto si él se daría cuenta.

Se dio la vuelta en la silla para buscar al camarero.

- Es hora de irnos a casa -dije-. Estoy bastante cansada. Ramsés, por favor…

- Sí, madre, naturalmente.

Dejé que pasaran Emerson y Nefret y le pedí a Ramsés que me diera el brazo.

- Cuando lleguemos a casa te pondré un poco del ungüento de Kadija -le dije-. ¿Te duele mucho?

- No. Como usted ha dicho muchas veces, el efecto balsámico del buen whisky…

- Ramsés, ¿qué ha pasado? Parece la marca de una fusta o un látigo.

- Creo que fue uno de esos pequeños juncos que están tan de moda.

Abrió la puerta y entré en la parte trasera del automóvil.

- Tres contra uno -ya tenía una idea exacta de lo que había pasado-. ¡Despreciable! Quizá estén tan avergonzados de sí mismos que ni siquiera mencionen el incidente.

- Me imagino que ya lo sabrá todo el mundo que estaba en el club -dijo Ramsés.

Suspiré.

- Y mañana lo sabrá todo El Cairo.

- Seguro -corroboró Ramsés.

No pude evitar notar cierto placer en la afirmación de mi hijo.

Yo nunca había visto que Ramsés bebiera más de la cuenta ni que se viera envuelto en trifulcas. Había algo que le preocupaba mucho, pero yo no podía hacer nada por ayudarlo si él no me lo contaba.

Capítulo 2

Una podía suponer que estando en guerra, la gente tendría otras cosas que hacer aparte de dedicarse a chismorrear, pero al cabo de unos días todo El Cairo conocía lo ocurrido durante la última aventura de Ramsés. A mí me informó *madame* Villiers del impertinente interés de los demás por nuestros asuntos. Me llamó por teléfono con un tono preocupado que sólo ocultaba su verdadero motivo: la curiosidad malsana. Ella, madre de una hija soltera sin el menor atractivo, no podía permitirse el distanciarse de la madre de un hijo soltero con muchos atractivos. Podría haberle advertido de que no tenía ninguna oportunidad como Celestina, pero no lo hice, ni tampoco corregí su versión de la historia que estaba llena de inexactitudes.

Sin embargo, no era tan inexacta como había supuesto en un principio. Una de las cosas que me contó despertó tanta curiosidad en mí que decidí que debía preguntársela a Ramsés.

Estábamos todos en la azotea. Tomábamos té y cada uno estaba enfrascado en una cosa distinta: Emerson refunfuñaba con el cuaderno de notas abierto; Nefret leía el *Egyptian Gazette;* Ramsés no hacía nada salvo acariciar a la gata que estaba tumbada junto a él en el sofá. Era el mismo de siempre, poco comunicativo y aparentemente tranquilo, aunque durante un rato su rostro mostró un aspecto bastante desagradable, y estaba lleno de manchas; tenía una mejilla morena y suave y la otra verdosa, pringosa y con la barba sin afeitar. El ungüento milagroso de Kadija, como el amor o el frío, no podía disimularse. Ella, Kadija, había heredado la receta de sus antepasadas y todos nos habíamos rendido a sus poderes,

aunque ni siquiera Nefret había sido capaz de descubrir cuáles podían ser los componentes. El remedio surtió la eficacia habitual; habían desaparecido los moratones y sólo quedaba una fina línea roja sobre la delicada mejilla.

- ¿Es verdad que Percy estaba presente cuando te atacaron la otra noche en el club? -le pregunté.

Nefret bajó el periódico, Emerson levantó la mirada y *Seshat* dejó escapar un maullido de queja.

- Perdona -dijo Ramsés dirigiéndose a la gata-. ¿Puedo preguntarle, madre, quién le ha dicho eso?

- *Madame* Villiers. Normalmente suele tergiversarlo todo, pero no tiene mucho sentido que repita una historia así si no hay algo de verdad en ella.

- Estaba presente -confirmó Ramsés sin añadir nada más.

- ¡Por los clavos de Cristo, Ramsés! ¿Tenemos que utilizar un potro de tortura? -dijo su padre algo acalorado-. ¿Por qué no nos lo dijiste? Esta vez ha ido demasiado lejos; voy a…

- No, señor, no lo hará. Percy no fue uno de los atacantes. En realidad, fue quien avisó a lord Cecil justo a tiempo para… rescatarme.

- Mmm -dijo Emerson-. ¿Qué piensas que está tramando?

- Me imagino que estará intentando recuperar nuestra simpatía -dije con un gesto altivo-. *Madame* dice que ha defendido a Ramsés varias veces cuando alguien le ha acusado de cobardía. Ella dice que Percy asegura que su primo es uno de los hombres más valientes que ha conocido.

Ramsés se quedó inmóvil.

- Me pregunto por qué se le ha metido en la cabeza una idea tan extraordinaria.

- Lo extraordinario es de quién procede -dijo Emerson con brusquedad-. La afirmación en sí es verdadera. A veces se necesita más valor para adoptar una postura contraria a los demás que para ser un héroe.

Ramsés parpadeó. Fue el único gesto de emoción que se permitió, aparte de un leve ademán con la cabeza hacia su padre.

- No se preocupen por Percy, no puedo imaginar ningún motivo para que alguno de nosotros preste atención a lo que él piensa o dice de mí. ¿Hay algo interesante en el periódico, Nefret?.

Ella había estado mirándose fijamente las manos. Tenía el ceño fruncido, como si hubiera visto una mancha o una uña partida.

- ¿Cómo? ¡Ah, el periódico! Estaba buscando si decía algo sobre la fallida redada de Russell, pero sólo hay un breve párrafo en el que se dice que Wardani sigue libre y que se ofrece una recompensa por cualquier información que conduzca a su captura.

- ¿Cuánto ofrecen?

- Cincuenta libras esterlinas. No es lo suficiente como para tentarte, ¿verdad?

Ramsés le lanzó una mirada larga y penetrante.

- Wardani la consideraría insultantemente baja.

- Es una cantidad considerable para un egipcio.

- No lo suficiente como para compensar el riesgo -replicó Ramsés-. Los hombres de Wardani son fanáticos y alguno de ellos le cortaría el cuello al traidor con la misma tranquilidad con que mataría una pulga. Tampoco se podía esperar que los censores permitieran que se informara del incidente, Wardani ha vuelto a escapar y ha dejado a Russell como un idiota incompetente. No obstante, estoy seguro de que todo El Cairo lo sabe.

Nefret parecía tener la mirada fija en la gata. *Seshat* se había tumbado sobre la espalda y Ramsés le acariciaba delicadamente la tripa con sus largos dedos.

- ¿Tan estricta es la censura de prensa? -preguntó ella.

- Estamos en guerra, querida -contestó Ramsés con un exagerado tono de colegio privado-. No podemos permitir que la prensa publique nada que pueda ayudar o levantar el ánimo del enemigo -añadió, en su tono normal-. Será mejor que no le hayas escrito ninguna confidencia personal a Lía. También leen y censuran el correo; seguramente lo haga un funcionario que sea conocido tuyo.

Nefret frunció todavía más el ceño.

- ¿Quién?

- No lo sé, pero conoces a casi todos, ¿no?

- Eso sería una violación inaceptable de los derechos fundamentales de los ingleses libres -exclamé-. Los derechos por los que estamos luchando, la base…

- Sí, madre. Aun así, lo harán.

- Nefret no sabe nada que pueda ayudar o dar ánimo al enemigo -insistí-. Sin embargo… Nefret, no le habrás dicho nada a Lía de tu

encuentro con Wardani, ¿verdad?

- No he dicho nada que pueda preocuparla -dijo Nefret-. ¡Lo cual me deja muy poco que pueda contarle! El tema de conversación favorito en El Cairo es la posibilidad de un ataque al Canal de Suez, y yo, desde luego, no voy a hablarle de eso.

- Maldita guerra -dijo Emerson-. No sé por qué os empeñáis en hablar de ella.

- No hablaba de la guerra sino del señor Wardani -le recordé-. Si hubiera alguna forma de poder contactar con él… Tengo la certeza de que podría convencerle, por el bien de Egipto y el suyo propio, de que cambiara de estrategia. Sería un error imperdonable que muriera por lo que, de momento, es una causa perdida; tiene la posibilidad de ser un gran líder, el Simón Bolívar o el Abraham Lincoln de Egipto.

Nefret dejó de fruncir el ceño y dejó escapar una de sus risas musicales y graves.

- Lo siento -farfulló-. Me he imaginado a tía Amelia golpeando al señor Wardani con el parasol en la cabeza y haciéndole prisionero en una de las habitaciones de invitados donde podría darle una charla todos los días. Con té y emparedados de pepinillo, naturalmente.

- Ríete de tu chiste, Nefret -dije-. Todo lo que quiero es hablar con él. Sabes que todo el mundo considera que tengo ciertos poderes de persuasión. ¿No puedes hacer nada, Ramsés? Tú tienes tus propios métodos para encontrar a la gente; ya seguiste la pista de Wardani una vez, me acuerdo perfectamente.

Ramsés se recostó en los almohadones y encendió un cigarrillo.

- Eso fue completamente distinto, madre. Él sabía que yo no haría nada para traicionarle mientras David estuviera implicado en su lucha. Ahora no tiene ningún motivo para confiar en mí y un fugitivo suele golpear primero y disculparse después.

- Muy cierto -intervino Emerson-. No sé en qué estarías pensando al proponer una cosa así, Peabody. Ramsés, te prohíbo terminantemente… mmm… te pido encarecidamente que no hagas ningún intento de encontrar a Wardani. Si él no te corta la garganta, lo hará uno de sus seguidores.

- Sí, señor -dijo Ramsés.

DEL MANUSCRITO H

Se encontraron justo después del anochecer en una tienda-café de Tumbaki-yeh, el distrito donde estaban los almacenes de tabaco. Unas puertas enormes con goznes y remaches de hierro cerraban los edificios donde se almacenaba el *tumbak,* el tabaco persa; sin embargo, casi toda la zona estaba en decadencia, los amplios *jans* estaban abandonados y las casas de los príncipes y mercaderes estaban divididas en apartamentos.

Eran cuatro; se sentaban con las piernas cruzadas alrededor de una mesa baja en la trastienda que estaba separada por una puerta cerrada y una gruesa cortina. Una lámpara de aceite iluminaba la superficie oblonga de la mesa en la que se jugaba al *mankaleh,* aunque nadie, ni siquiera los jugadores, prestaba mucha atención al movimiento de los guijarros. La conversación era dispersa y un observador atento se daría cuenta de que no se utilizaban nombres.

Por fin habló un hombre con una gran barba gris, que iba vestido como un beduino con *galabiyya* y caftán.

- Este es un lugar estúpido para reunirse y una hora muy peligrosa. Es demasiado pronto. Las calles están llenas de gente y las tiendas abiertas…

- Los *inghzi* están bebiendo en sus clubes u hoteles o están cenando -el que hablaba era un hombre de veintipocos años; corpulento para ser egipcio, pero con la inequívoca mirada estrábica de los estudiosos-. Tú eres nuevo en el grupo, amigo; no dudes de la sabiduría de nuestro jefe. Uno llama menos la atención en medio de una multitud al atardecer que en una calle desierta a media noche.

El anciano gruñó.

- Llega tarde.

Los dos que no habían hablado todavía se cruzaron una mirada. Ambos iban vestidos como si formaran parte de la clase más pobre; llevaban una sencilla túnica de lino azul y unos burdos turbantes de algodón, pero ellos también tenían algo del aire del estudiante. Unas gafas gruesas resaltaban sobre los ojos de uno de los hombres, que no cesaba de tocar nerviosamente los pliegues del turbante, como si no estuviese acostumbrado a llevar esa prenda. El otro joven era alto y agraciado. Tenía unas mejillas redondas y delicadas y los ojos estaban enmarcados por unas pestañas oscuras y tupidas. Llevaba el *zaboot* abierto desde el cuello hasta casi la cintura y, sobre la lisa y brillante piel marrón del pecho, le colgaba un adorno de plata que era más corriente entre las mujeres: un pequeño estuche de plata que contenía algunos versículos del Corán. Él fue quien respondió al beduino.

- Viene cuando lo decide él. Mueve.

Unos minutos más tarde, la cortina se abrió y entró un hombre. Iba vestido al estilo europeo; chaqueta y pantalón de *tweed,* guantes de cabritilla y un sombrero de ala ancha que le ensombrecía la parte superior del rostro, pero que permitía ver una prominente nariz aguileña y una barbilla minuciosamente afeitada. El hombre de la barba gris se puso de pie de un salto, y, con la mano en el puñal. Los otros lo miraron y se separaron. El joven atractivo se dio una palmada en el pecho.

- ¿Os ha gustado mi pequeña broma? Es convincente, ¿verdad?

Era la voz de Wardani, como lo era la forma de acercarse a la mesa y la sonrisa lobuna. Se quitó el sombrero e hizo una inclinación irónica al beduino.

- *Asalamu Alaikum.* No tengas tanta prisa por sacar el puñal. No hay nada ilegal en esta modesta reunión; sólo somos cinco.

El estudiante de las gafas soltó una serie de exclamaciones piadosas y se pasó las manos sudorosas por la camisa.

- ¡Se ha afeitado la barba!

- Qué observador -ellos seguían mirándolo-. Es fácil utilizar una barba falsa -continuó con impaciencia-. De esta forma tengo más posibilidades de disfrazarme; no sólo por la perilla afeitada, sino por toda una serie de cosas que puedo ponerme en el rostro. Aprendí algunos trucos de David, quien los había aprendido de su

amigo.

- Pero… ¡usted no se parece a él!

- No -dijo Wardani-. Mírame de cerca -se inclinó para que la lámpara le iluminara la cara-. A cierta distancia me parezco lo suficiente al célebre Hermano de los Demonios como para que un policía me deje en paz, pero vosotros, mi grupo de héroes, no deberíais ser tan fáciles de engañar o de… intimidar.

- Ahora veo la diferencia, desde luego -dijo uno de ellos.

Un coro de murmullos avergonzados lo secundó.

- A mí me intimidaría si entrara en esta habitación -reconoció el estudiante-. Dicen que tiene amigos en todas las calles de El Cairo, que habla con los demonios y los espectros de los muertos… Pura superstición, naturalmente -añadió apresuradamente.

- Naturalmente -dijo Wardani.

Se irguió y permaneció de pie mirando a los demás.

El joven atractivo se aclaró la garganta.

- Supersticiones, sin duda, pero es un enemigo y es peligroso. Lo mismo que su familia. Emerson *effendi y* la *sitt hakim* estaban con Russell la otra noche. Quizá debiéramos hacer algo para que sean inofensivos.

- ¿Hacer algo?

La voz de Wardani era muy suave. Con un movimiento de la mano barrió el juego de la mesa. El viejo tablero de madera se partió al chocar contra el suelo y los guijarros rebotaron por toda la habitación. Wardani plantó las manos sobre la mesa.

- Me parece que abusáis de vuestra posición. Sois mis lugartenientes, por el momento, pero no dais las órdenes. Las recibís, de mí.

- No quería decir…

- Tienes menos cerebro que un mosquito. Dejadlos en paz, ¿entendido? ¡A todos ellos! Sólo hay una verdad entre todas las mentiras que se dicen del Padre de las Maldiciones. Cuando se despierta su ira es más peligroso que un león herido. No es nuestro amigo, pero tampoco es un instrumento en manos de Russell. Tocad a su mujer o a su hija y os cazará sin ninguna piedad. Hay otra cosa -Wardani bajo la voz hasta que fue un susurro-. Son amigos de mi amigo. No podría volver a mirarlo a la cara si permitiera que se le hiciera daño a alguno de ellos.

El silencio era completo. No se oía ni una respiración ni el crujido de una silla. Wardani miró el rostro abatido de sus aliados y esbozó una sonrisa.

- Ha quedado claro. Ahora a lo nuestro, ¿eh?

Sólo dos de ellos participaron en la conversación: Wardani y el hombre de la barba gris. El último acabó respondiendo a una pregunta de su líder.

- Para empezar, doscientas. Con cien cartuchos de munición para cada uno. Más tarde habrá más, si encuentras los hombres para utilizarlas.

- Mmm… -Wardani se rascó la barbilla-. ¿A cuántos más les has hecho una oferta tan tentadora?

- A nadie.

- Mientes.

El hombre de la barba gris se levantó con la mano en el puñal.

- ¿Te atreves a llamarme mentiroso?

- Siéntate -dijo Wardani despectivamente-. Hiciste la misma oferta a Nuri al-Sa'id y a ese sodomita perfumado de el-Gharbi. Sa'id venderá las armas al mejor postor y a el-Gharbi le dará un ataque de risa y se las pasará a los senussi. ¿Crees que sus mujeres o sus encantadores chicos dispararán sobre los británicos que son sus mejores clientes? No -dio un puñetazo a la mesa y miró con furia al beduino-. Escúchame en silencio. Soy la mejor y única esperanza de tus señores y quiero hablar del asunto con ellos. Con ellos, ¡no con intermediarios o subordinados! Diles a tus amigos alemanes que tienen cuarenta y ocho horas para organizar un encuentro. Y no me vengas con que no tienes tiempo; ¿crees que no sé que tienen agentes en la ciudad? Si haces lo que te pido, no les diré nada de los otros. Haz tus turbios planes y luego quédate con la sucia gratificación que te den, ¿de acuerdo?

Barbagrís temblaba de ira e impotencia. Insultó a Wardani y se dirigió hacia la puerta.

- Por la puerta de atrás, hijo de un inglés -dijo Wardani.

El pequeño panel que había al fondo de la habitación parecía una puerta diseñada para un animal, no para una persona. El beduino tuvo que arrodillarse e inclinar la cabeza, lo que no hizo que aumentara su malhumor.

- Un día te mataré.

- Algunos hombres mejores que tú lo han intentado -dijo Wardani-. De momento, ve pasado mañana a esta misma hora a la tienda de Aslimi Aziz. Alguien se reunirá contigo.

- ¿Tú?

- Nunca se sabe.

Todos esperaron hasta que se cerrara la puerta.

- ¿Crees que has hecho bien, Kamil? No volverá -dijo el hombre con estrabismo.

- Claro que sí, amigo mío. -Wardani hablaba en francés-. Tendrá que volver porque sus jefes alemanes insistirán. Estos alemanes son gente lista; saben que tengo un poder en El Cairo que no tiene nadie más y que odio a los británicos tanto como ellos. Le he dado una salida airosa para ocultar su deshonor y hacer negocio. Es la forma de tratar con los turcos.

- ¿Turco? -abrió los ojos de par en par-. Es un árabe y un hermano.

Wardani miró con condescendencia a su joven amigo y sacudió la cabeza.

- Tienes que aplicarte en el estudio de las lenguas, amigo. El acento era inconfundible. Bueno, ya hemos estado aquí demasiado tiempo. Volveremos a encontrarnos dentro de dos días.

- Pero, usted, señor… -habló el joven alto-. ¿Tiene un escondite seguro? ¿Cómo podremos encontrarle si es necesario?

- No podréis. *Merde alors,* si no sois capaces de estar dos días sin meteros en problemas, es que necesitáis una niñera, no un jefe.

Se puso el sombrero y se dirigió hacia la cortina; antes de abrirla se volvió hacia los demás con una sonrisa.

- Ramsés Emerson *effendi* no repta por agujeros, pero ésa es vuestra salida, amigos. De dos en dos como máximo.

Atravesó la tienda y salió a la calle. Andaba con grandes zancadas, pero sin prisa. Después de pasar junto a la mezquita de Beybars dejó la Ganalieh y entró en una calle estrecha, donde echó a correr. Muchas de las casas que bordeaban la calle estaban en ruinas, pero otras estaban habitadas; un farol en la puerta de una de ellas daba una luz tenue. Wardani se detuvo frente a una puerta retranqueada; dobló las rodillas y dio un salto, se agarró de un dintel y se subió a una cornisa tallada que estaba a dos metros y medio del suelo. Quizá fuera una precaución innecesaria, pero

gracias a eso seguía vivo.

No tuvo que esperar mucho tiempo. La figura que avanzaba con cautela por el callejón era inconfundible. Farouk le sacaba un palmo a todos los demás y era vanidoso como un pavo real; el chal que se había puesto sobre la cabeza y la cara era de una muselina muy delicada y sobre el pecho le relucía el adorno de plata.

Wardani, subido a la cornisa, esperó hasta que su perseguidor desapareció tras la esquina. Tras unos segundos, formó un bulto con el abrigo, la chaqueta y el cuello duro de la camisa. Al cabo de unos instantes, un anciano cargado de hombros y que arrastraba los pies abandonaba el callejón y entraba en Gamalieh. Se detuvo en el puesto de un vendedor de comida, contó unas monedas y recibió un cuenco de *fuul medemes*. Se apoyó en una pared y se puso a comer pensando en lo ocurrido. Había temido que Farouk fuera un problema; a pesar de su hermoso rostro, era algunos años mayor que los demás y lo acababa de reclutar. Además, no se le había escapado el brillo de ira en sus ojos negros cuando les prohibió que hicieran algo a los Emerson. Sólo se le ocurría un motivo por el que Farouk le había seguido, y no era precisamente porque estuviera preocupado por su seguridad.

Era lo que le faltaba, un rival ambicioso. Se preguntó cuánto tiempo podría mantener la situación. Lo suficiente, lo suficiente para hacerse con las armas… Devolvió el cuenco al vendedor con un susurro de agradecimiento y desapareció.

DEL EPISTOLARIO B

Queridísima Lía:

Estoy encantada de oír que «lo peor ha pasado» y que has vuelto a comer como Dios manda. Te pido disculpas por el eufemismo, ya sé que los desprecias tanto como yo, pero no quiero molestar al censor. Estoy segura de que Sennia te está tentando con mermelada, galletas y otras delicias que espero que te comas. Ya sé que ella te viene muy bien y me alegro. Aunque la añoramos mucho, está mejor contigo.

Os añoramos a todos. Es una forma insulsa de expresar un sentimiento muy profundo. No me fío de nadie como lo hago de ti y las cartas no son la mejor forma de dar ciertas noticias. Después de todo, no queremos asustar al censor.

Es maravilloso que por fin hayas sabido algo de David, aunque la carta fuese breve e inexpresiva. No hay duda de que los militares leen sus cartas, así que no puedes esperar que abra su corazón. Por lo menos está a salvo y eso es lo más importante. El profesor no ha perdido la esperanza de conseguir que lo liberen; si no inmediatamente, por lo menos antes de que nazca el bebé. Ha estado importunando a todo personaje importante de El Cairo, desde el general Maxwell hasta el último mono. Para eso tiene que renunciar a pasar más tiempo en su adorada excavación, lo que demuestra, como si eso fuera necesario, lo mucho que se preocupa por David.

No hemos entrado todavía en la tumba. Ya conoces al profesor: primero hay que tamizar cada centímetro cuadrado de arena. La entrada…

(La editora ha omitido la descripción porque la repite la señora Emerson.)

* * *

En esencia, toda excavación es un acto de destrucción. Para limpiar un yacimiento, tumba o templo y para llegar hasta el nivel más bajo hay que hacer desaparecer para siempre todos los niveles superiores. Por eso, es completamente esencial conservar un registro minucioso de todo lo que se ha removido. Mi distinguido cónyuge fue uno de los primeros en fijar los principios de la excavación moderna: mediciones precisas, copias exactas de todas las inscripciones y relieves, innumerables fotografías y un examen rigurosos de todos los restos. Yo no podía discutir las exigencias de Emerson, pero muchas veces deseaba que dejara de preocuparse por pequeñeces y que continuara el trabajo. Cometí el error de decir algo parecido cuando empezamos las excavaciones de esa temporada. Emerson se volvió hacia mí enseñando los dientes y con el ceño fruncido.

- ¡Tú deberías saberlo mejor que nadie! En cuanto asoma un monumento, empieza también a deteriorarse. Recuerda lo que le ocurrió a la mastaba que encontró Lepsius hace sesenta años. Muchos de los relieves que copió han desparecido arrasados por el tiempo o por los vándalos; las copias tampoco son tan precisas como cabría desear. No voy a permitir que pase nadie hasta que haya puesto todos los medios posibles para proteger esta tumba, ni pienso empezar con la próxima mastaba hasta que Ramsés haya registrado cada maldito arañazo que hay en cada maldita pared, ¡además…!

Le dije que lo había dejado muy claro.

Unos días después, dejé que todos fueran por delante porque tenía que hablar con Fátima de algunos asuntos domésticos. Después de hacerlo, estaba en mi habitación comprobando que llevaba todos los instrumentos que suelo utilizar cuando llamaron a la puerta.

- Adelante -dije mientras seguía revisando los bolsillos y el cinturón: la pistola, el cuchillo, la botella de brandy, la vela y las cerillas en una caja hermética…- ¡Ah! Eres tú, Kadija.

- ¿Puedo hablar con usted, *sitt hakim?*

- Claro, espera un segundo hasta que compruebe que lo llevo todo. El cuaderno, lápiz, aguja e hilo, brújula, tijeras, botiquín…

Una sonrisa se dibujó en su rostro oscuro mientras me observaba. Por algún motivo que yo desconocía, mis útiles, como yo

los llamaba, hacían mucha gracia a todos mis conocidos. También irritaban bastante a Emerson, a pesar de que alguno de ellos hubiera resultado providencial en más de una ocasión; puede que le enfadaran precisamente por eso.

- Ya está -dije mientras colgaba un rollo de cuerda del cinturón (muy útil para atar enemigos)-. ¿En qué puedo ayudarte, Kadija?

Todos los miembros de la extensa familia de nuestro querido Abdullah eran amigos y fieles empleados, algunos en las excavaciones y otros en la casa. Como el nieto de Abdullah se había casado con nuestra sobrina, se podía decir que teníamos una especie de parentesco, aunque había veces en que era difícil definir la relación. Abdullah se había casado cuatro veces y los demás hombres tenían más de una mujer; las sobrinas, los sobrinos y los primos de distintos grados formaban un grupo muy unido.

Kadija, la mujer de Daoud, un sobrino de Abdullah, era una mujer enorme, taciturna, modesta y fuerte como un hombre. Con mucho esmero y atención, preguntó por todos mis familiares, incluidos los que había visto hacía menos de un par de horas. Tardó un rato en llegar a Ramsés.

- Tuvo un intercambio de opiniones con alguien -dije yo.

- ¿Un intercambio de opiniones? -repitió Kadija lentamente-. Me dio la sensación de que se habían intercambiado algo más que palabras, *sitt hakim*. ¿Tiene algún problema? ¿Podemos hacer algo para ayudarle?

- No lo sé, Kadija, ya sabes cómo es; no cuenta sus secretos, no confía siquiera en su padre. Si estuviera David… -me callé con un suspiro.

- Si estuviera… -Kadija suspiró también.

- Sí. -Me di cuenta de que estaba a punto de volver a suspirar y me contuve-. No tiene ningún sentido desear que las cosas sean de otra manera, Kadija. ¡Ánimo!

- Sí, *sitt hakim* -pero no había terminado. Se aclaró la garganta-. Se trata de *nur missur*.

- ¿Nefret? -Maldita sea, debí habérmelo supuesto. Ella y Nefret estaban muy unidas-. ¿Qué le pasa?

- Se enfadará si se entera de que se lo he contado.

Había conseguido asustarme de verdad. Kadija no era de las que iba contando cosas de los demás.

- Y yo me enfadaré si le pasa algo a Nefret y no me lo dices. ¿Está enferma? O, ¡Dios no lo quiera!, ¿tiene alguna relación con un hombre que no le conviene?

La expresión de su cara ancha y honrada me dijo que esta última suposición era la acertada. Todo el mundo se sorprendía de que yo acertara; no era magia, como creían algunos egipcios aunque no lo confesaran, sino un conocimiento profundo de la naturaleza humana.

Tuve que convencer a Kadija para que lo confesara, pero era algo que sabía hacer. Cuando dijo el nombre me quedé atónita.

- ¿Mi sobrino Percy? ¡Es imposible! Ella lo desprecia. ¿Cómo lo sabes?

- Puedo estar equivocada -dijo Kadija-. Espero estarlo, *sitt.* Había un carruaje cerrado al otro lado de la calle; ella salió hacia la parada del tranvía para ir al hospital; la cara de un hombre apareció en la ventanilla del carruaje y la llamó, ella cruzó la calle y habló con él. ¡Oh, *sitt!* Estoy avergonzada; no me dedico a fisgar, dio la casualidad de que fui a la puerta…

- Me alegro de que lo hicieras, Kadija. Me imagino que no oíste lo que dijeron.

- No. Fue una conversación corta. Luego, ella se dio la vuelta y siguió su camino, y el carruaje el suyo.

- ¿Estás segura de que era al capitán Peabody?

- No podría jurarlo, pero parecía él. Tenía que decírselo. Es un hombre malo, pero si ella se entera de que la he traicionado…

- No se lo diré. Ni te pido que la espíes. Me ocuparé de ello personalmente. No digas una palabra de esto a nadie, Kadija. Has hecho lo que debías hacer. Puedes dejarlo en mis manos.

- Sí, *sitt.* Usted sabrá lo que tiene que hacer.

La verdad era que no tenía ni idea. Intenté poner en orden mis pensamientos después de que Kadija se retirara. No dudé de las palabras de nuestra amiga ni por un momento, ni de que él fuera Percy. Había sido un niño malicioso y sin principios, y se había convertido en un hombre taimado y sin escrúpulos. Ya le había pedido matrimonio varias veces a Nefret. Quizá no hubiera perdido la esperanza de conquistarla; de conquistar su fortuna, diría yo, ya que a mí me parecía incapaz de un afecto sincero. Tendría que verlo a escondidas, ya que él no se atrevería a venir a la casa…

Era imposible, mi imaginación se había desbocado. Nefret era apasionada, impulsiva y, en algunos aspectos, muy inocente. No sería la primera vez que se había enamorado del hombre equivocado, pero seguramente conocía lo suficiente a Percy como para no sucumbir a sus intentos. La miserable forma en que éste había abandonado a su hija era sólo uno más de sus numerosos actos infames. Nefret lo sabía, y también sabía que Percy había hecho todo lo posible para todos creyeran que Ramsés había sido el responsable. Kadija tenía que haberse equivocado. Quizá el hombre fuera un turista que quería saber una dirección.

No podía preguntárselo directamente a Nefret, pero sabía que no me quedaría tranquila hasta que estuviese segura. Tendría que observarla y descubrirlo por mí misma.

«Querrás decir espiarla», me corrigió mi conciencia. La palabra me produjo un escalofrío, pero no me hizo vacilar. Si tenía que espiarla, lo haría. Lo peor era que no podía contar con nadie, ni siquiera con mi querido Emerson. Mi marido tenía una forma muy directa de afrontar lo que le molestaba y Percy le molestaba mucho. Romperle la nariz y tirarlo al Nilo no iba a mejorar las cosas. En cuanto a Ramsés… temblé sólo de pensar que pudiera descubrirlo. Ninguno de los dos debía saberlo. Era un asunto mío, como de costumbre. Sin embargo, tuve un extraño presentimiento mientras guiaba a mi dócil corcel camino de las pirámides. No era raro, los tenía a menudo, y sabía lo que había provocado éste. Había estado pensando en ello desde la noche que vimos a Wardani.

¿Estaría Sethos en El Cairo haciendo alguna de las suyas? No creía que se hubiera convertido en un traidor, no podía creerlo, pero la situación era la ideal para llevar a cabo las argucias que tan bien dominaba. Las excavaciones se habían interrumpido, muchos yacimientos arqueológicos estaban abandonados o escasamente vigilados, el *Service des Antiquités* no funcionaba como solía hacerlo: Maspero ya no estaba al frente y su sucesor se encontraba en Francia arreglando asuntos militares, mientras que la policía estaba ocupada con la agitación social. Era una oportunidad magnífica para un ladrón de su categoría. La habilidad de Sethos para disfrazarse le permitía adoptar cualquier identidad. Se me ocurrieron algunos nombres disparatados: Wardani, el general Maxwell…

¿Percy?

Como podría haber dicho Emerson, la idea era demasiado extravagante hasta para mi desbordante imaginación. Estallé en una carcajada y me dediqué a pensar en cosas más agradables. Cada vez que me acercaba a las pirámides, sentía un estremecimiento.

Excavar en los cementerios de Giza era la culminación de un sueño, pero la tristeza ensombrecía la felicidad, ya que no habríamos recibido el permiso si los que un día fueron amigos no se hubieran transformado en enemigos de un plumazo, y los que habían sido colegas no hubieran pasado a ser personas *non gratas* en el país donde habían trabajado tanto y tan eficientemente. El señor Reisner, que tenía la concesión de una gran parte de la necrópolis de Giza, era estadounidense y pronto empezaría la temporada invernal, pero el grupo alemán, al mando del profesor Junker, no volvería hasta que terminara la guerra.

El propio Junker pidió a Emerson que lo sustituyera.

Dicen que la guerra habrá terminado en Navidad -le escribió-, *pero están equivocados. Sólo Dios sabe cuándo y cómo terminará este horror. Habrá quien me condene por preocuparme de unas antigüedades cuando hay tantas vidas en juego, pero usted, viejo amigo, me entenderá. Usted es uno de los pocos hombres en los que confío para proteger los monumentos y hacer el trabajo como yo lo habría hecho. Rezo con todo mi corazón para que nuestra amistad perdure a pesar de la contienda entre nuestros pueblos y para que todos nuestros colegas se guíen por la antigua máxima:* in ómnibus caritas.

Esta carta tan conmovedora hizo que se me saltaran las lágrimas. ¡Qué triste era que las pasiones violentas de los hombres pudieran destruir la razón, el afecto y los logros científicos! La carta de Junker conmovió profundamente al propio Emerson, aunque lo disimuló maldiciendo a todo el que se le ocurrió, empezando por el Káiser y continuando por algunos miembros de la comunidad británica de El Cairo para quienes la caridad tenía muy poca importancia. Tomó el relevo que le había dado Junker con el permiso del Departamento de Antigüedades y tengo que reconocer que el placer de poder excavar en el yacimiento con el que siempre había soñado aplacó en parte mi ira.

Los turistas que visitan Giza hoy en día no pueden hacerse una idea de lo espléndida que era hace cuatro mil años: los lados de las

pirámides estaban cubiertos por una capa lisa de piedra caliza y estaban rematadas con oro; los templos tenían columnas pintadas; la imponente esfinge con la nariz y la barba intactas y el turbante con franjas rojas y doradas; las pirámides estaban rodeadas de estructuras bajas y escalonadas cuyos costados brillaban por el delicado lustre de la piedra caliza. Eran las tumbas de los príncipes y de los funcionarios de la casa real y tenían capillas, estatuas y todos los objetos funerarios necesarios para nutrir el alma del hombre o mujer cuyo cuerpo yacía en la cámara que había en el fondo de un profundo agujero.

Una sólo podía esperar que la inmortalidad no dependiera de la supervivencia de todos esos objetos, ni de los restos físicos de sus dueños. Por desgracia, todos habían desaparecido hacía muchos siglos. Los ornamentos, las vasijas de aceite y las cajas con delicadas telas habían caído en manos de los saqueadores de tumbas, que destrozaron los cuerpos mientras buscaban objetos valiosos. A lo largo del tiempo, se habían añadido otras tumbas junto a, o incluso encima de, los monumentos del Imperio Antiguo y las dunas habían enterrado toda la zona; las cubiertas se hundieron y las paredes se derrumbaron. No era fácil sacar algo en claro de la confusión resultante, ni siquiera para un excavador experimentado, quien antes de ponerse manos a la obra tenía que retirar todos los restos depositados durante siglos, algunos de ellos con bastantes metros de profundidad.

Junker había encontrado la pared de la tumba el año anterior, pero la arena había vuelto a cubrirla. Emerson había sacado a la superficie la parte superior de los muros y los hombres empezaron a limpiar el interior. Algunos excavadores se limitaban a vaciar estas estructuras sin examinar el contenido, pero ése no era el estilo de Emerson: después de descubrir que las paredes interiores estaban cubiertas por unos relieves policromados muy bien conservados, insistió en que se levantara una techumbre provisional sobre la cámara. En El Cairo también hay tormentas e incluso la arena impulsada por el viento podía dañar las delicadas pinturas.

Pasé entre los carruajes, los camellos, los coches de caballos y la multitud de turistas y me dirigí hacia el yacimiento donde estábamos trabajando, pero no pude resistir la tentación de mirar en dirección a la Gran Pirámide. Las pirámides me atraen de una forma

especial. Era maravilloso estar trabajando tan cerca de la más imponente de todas y saber que era mía, aunque fuera de forma limitada y mientras durara el trabajo. No obstante, no tenía esperanzas de explorarla en un futuro inmediato, ya que Emerson se proponía concentrarse en las tumbas privadas. Además, la pirámide era una atracción turística muy importante y habría sido difícil trabajar en ella con tranquilidad; nuestras excavaciones estaban tan cerca del lado sur que constantemente teníamos que estar espantando a los visitantes que merodeaban por los alrededores.

DEL MANUSCRITO H

Cada vez que Ramsés entraba en la tumba, sentía una punzada de lástima por el arqueólogo alemán que había tenido que abandonarla. Vaciarla y levantar la techumbre llevó bastante tiempo, pero ya había aparecido lo que parecía ser la primera cámara de una tumba grande y compleja, y se habían empezado a copiar los relieves. Las pinturas de la pared occidental mostraban al príncipe Sekhemankhor y a su mujer Hatnub sentados ante una mesa de ofrendas llena de frutas y flores. Las inscripciones identificaban a la pareja, pero, hasta el momento, no se habían encontrado referencias al rey de quien decía ser hijo Sekhemankhor.

Ramsés estaba trabajando solo esa tarde. Examinaba la pared para valorar los daños que había sufrido y determinar si era posible la restauración. Aquellos días sus pensamientos no eran precisamente la mejor de las compañías, de modo que cuando apareció Selim el recibimiento no fue muy cortés.

- ¿Qué quieres?

- Es una emergencia -dijo Selim; solía hablar en inglés con Ramsés para practicar el idioma y se regodeó en esa palabra-. Creo que será mejor que venga.

Ramsés se irguió.

- ¿Por qué yo? ¿No puedes resolverlo solo?

- No es de esas emergencias.

La luz era escasa; Emerson no permitía que se emplearan antorchas o velas, así que habían estado usando reflectores, y el suministro eléctrico de las baterías era limitado. Sin embargo, pudo ver el resplandor de los dientes de Selim contra el negro de la

barba. Había algo que le divertía y quería compartirlo con su amigo.

Salieron de la tumba a la suave luz del atardecer y Ramsés escuchó voces; las graves voces de los hombres se mezclaban con los gritos nerviosos de los niños y una serie de sonidos penetrantes, como el pitido de una locomotora, se elevaban por encima de todos ellos. Los egipcios disfrutaban mucho con una buena discusión y lo hacían a voz en grito, pero la voz que mejor se oía parecía ser la de una mujer. Aceleró el paso.

Delante se erguía la cara sur de la pirámide más imponente de Egipto. La multitud se aglomeraba a sus pies; todos eran egipcios, menos unos cuantos extranjeros que eran turistas. Los gritos los profería precisamente una mujer extranjera.

Ramsés pidió silencio y una explicación. Los hombres se acercaron apresuradamente dando gritos y gesticulando. Selim, que estaba justo detrás de él, levantó el brazo para señalar algo.

- Allí arriba, Ramsés. ¿Lo ves?

Ramsés hizo visera con la mano y miró hacia arriba. El sol estaba bajo en el poniente y los rayos oblicuos teñían de dorado la pared de la pirámide. Se veían unas figuras oscuras recortadas contra la piedra resplandeciente.

Escalar la Gran Pirámide era un deporte turístico con muchos aficionados. Las piedras formaban una especie de escalera, pero casi todas medían cerca de un metro y la ascensión sería demasiado ardua para la mayoría de los escaladores si no fuera por la ayuda que les prestaban algunos egipcios que tiraban de ellos o incluso los empujaban. A veces, alguien se quedaba bloqueado a mitad de camino y sus ayudantes tenían que bajarlo. Quizá fuera lo que había ocurrido, pero no podía entender que Selim le hubiera apartado de su trabajo sólo para disfrutar del mal rato que estaba pasando un incauto… No, no era un hombre. Aguzó la vista y comprobó que la figura inmóvil correspondía a una mujer. Estaba a mitad de camino, a unos sesenta metros del suelo, sentada en una piedra y con los pies colgando. A tanta distancia no distinguía los detalles; sólo podía ver una cabeza oscura sin sombrero y un cuerpo esbelto vestido con tonos claros al estilo europeo. A cierta distancia, ni cerca ni lejos, había dos hombres con vestimentas egipcias.

Se volvió hacia el jeque Hassan, el supuesto jefe de los guías que

infestaban Giza.

- ¿Qué ocurre? ¿Por qué no la bajan?

- No les deja. -Se dibujó una sonrisa en la redonda cara de Hassan-. Los insulta, Hermano de los Demonios, y los golpea con la mano cuando intentan agarrarla.

- ¿Los ha abofeteado?

Ramsés tuvo ganas de reírse, pero la situación era demasiado grave. La mujer debía estar histérica y si los guías la agarraban en contra de su voluntad, en el forcejeo podrían acabar hiriéndola sin querer, con lo que ella podría acusarles de agresión o algo peor. Bastaría con su palabra. Ramsés lanzó un juramento en árabe.

- ¿Nadie puede hacer que deje de gritar esa mujer? ¿Quién es?

La señora en cuestión se soltó de los brazos que la agarraban y corrió hacia Ramsés.

- ¿Por qué se queda ahí cruzado de brazos? -preguntó ella-. Usted es inglés, ¿no? Vaya por ella ¡Sálvela!

- Tranquilícese, señora -dijo Ramsés-. ¿Es su madre?

Él sabía que no lo era: parecía tener la palabra «institutriz» grabada en la frente. Había conocido dos tipos: la tímida y delicada o la gritona y dictatorial. Ésta era de las segundas. Lo miraba desde debajo de unas cejas sin depilar y se frotaba la nariz con una mano enguantada.

- Muy bien, señor. Como caballero inglés…

- Dejémoslo en inglés -dijo Ramsés.

Estuvo tentado de explicarle que su nacionalidad no era mérito suficiente como para poder llevar a cabo una tarea que cualquier egipcio podría hacer mucho mejor que él, pero sabía que no tenía sentido intentar discutir con una mujer tan alterada. Se soltó la enorme mano que lo tenía agarrado del brazo y la encomendó al reticente Selim.

- De acuerdo, señora, iré por ella.

Y si intentaba darle una bofetada, pensó Ramsés, se la devolvería. Su madre siempre decía que ése era un remedio magnífico para la histeria. ¿En qué estaría pensando la estúpida institutriz al dejar que su pupila se metiera en semejante lío? O era una incompetente o la muchacha era ingobernable.

Como cierto niño rebelde cuya competente madre no pudo evitar que intentara la misma peligrosa hazaña. Al ponerse en

camino se acordó de la primera vez que escaló la pirámide solo. Tenía diez años y estuvo a punto de partirse la cabeza más de una vez. Su madre no solía inflingir castigos corporales, pero esa vez le dio unos sonoros azotes. Quizá él no fuera el más indicado para criticar la aventura de esa niña.

Fue subiendo piedra a piedra y sólo miraba hacia arriba para orientarse. Había escalado las cuatro paredes de la pirámide varias veces, pero no era tan tonto como para correr riesgos innecesarios. Algunas de las piedras se deshacían por los bordes, otras estaban rotas y tenían tamaños distintos. Oyó una voz que le gritaba.

- ¡Oh, Hermano de los Demonios! Vinimos con ella, hicimos lo que nos dijo. Luego se sentó y no había forma de que se moviera. Y nos golpeaba si intentábamos ayudarla. ¿Hablará en favor nuestro? ¿Les dirá que hicimos todo lo posible? ¿Hará que…?

- ¿Os paguen?

Ramsés llegó al mismo nivel que su interlocutor. Era un hombre bajo y enjuto. Tenía la túnica remangada y mostraba unas espinillas huesudas y unos pies descalzos. Él y su mujer vivían en una casucha en el pueblo de Giza con unas cabras, varias gallinas y dos hijos; otros dos hijos habían muerto antes de cumplir un año.

Ramsés sacó un puñado de monedas del bolsillo.

- Toma. Ahora baja, me apañaré mejor yo solo.

Los dos guías empezaron a bajar mientras bendecían a Ramsés. Se puso serio antes de volverse hacia la niña. Se había hecho una idea de ella: tendría once o doce años, costras en las rodillas y los codos, pecas en la nariz y una barbilla obstinada.

Había acertado en cuanto a la barbilla. También tenía algunas pecas. Las ropas, espantosas y nada prácticas, le corroboraron la edad. El vestido era una versión femenina de los trajes de marinero que le había obligado a llevar su madre hasta que tuvo la edad suficiente como para resistirse. La corbata le colgaba del cuello como un trapo azul; la falda le llegaba justo por debajo de las rodillas y las piernas que asomaban en un ángulo desafiante estaban cubiertas por unos calcetines altos, oscuros y gruesos. Seguramente debajo llevaría varias capas de prendas de lana, si no se equivocaba con la mentalidad de la institutriz. Le colgaban unos mechones húmedos de color marrón parduzco y tenía las redondas mejillas empapadas de sudor. Los ojos eran su rasgo más atractivo y tenían

un delicado color avellana. Le pareció que la mirada expresaba espanto y decidió que lo que necesitaba era que la tranquilizaran, no que la regañaran.

Se sentó al lado de ella.

- ¿Dónde está tu sombrero? -preguntó como sin darle importancia.

Ella siguió mirándolo y él intentó otro camino.

- Me llamo Emerson.

- No es verdad.

- Vaya, eso es terrible -dijo él con un movimiento de la cabeza-. Llevo veinte años creyendo que me llamo de una forma equivocada. Tendré que pedirle explicaciones a mi madre.

O bien no tenía sentido del humor o no estaba para bromas.

- Es el nombre de tu padre. La gente le llama así. He oído hablar de él. También he oído hablar de ti: te llaman Ramsés.

- Entre otras cosas. -Ella sonrió levemente y él le devolvió la sonrisa-. No debes creer todo lo que oyes. No soy tan malo cuando me conoces.

- No sabía que tuvieras este aspecto -dijo ella en voz baja.

Aquella mirada empezaba a preocuparle.

- ¿Tengo la nariz azul? ¿Están saliéndome cuernos?

- ¡Oh! -se ruborizó-. He sido una grosera. Lo siento.

- No importa. Pero podríamos seguir la conversación en un sitio algo más cómodo. ¿Estás preparada para bajar?

Se levantó y alargó la mano. Ella se agarró a la piedra.

- Mi sombrero -dijo con una voz ahogada.

- ¿Qué le pasa?

- Se cayó. -Notó cómo tragaba saliva-. Se debió romper la cinta. Cayó… dando botes…

El miró hacia abajo. No podía culparla por haberse puesto nerviosa. El ángulo era de unos cincuenta grados y estaba a sesenta metros de altitud. Tuvo que ser aterrador ver el sombrero botando de piedra en piedra e imaginarse que a ella le pudiera pasar lo mismo.

- El truco está en no mirar hacia abajo -dijo él con tranquilidad-. Ponte de espaldas. Yo iré delante y te bajaré de un nivel a otro. ¿Crees que puedes confiar en mí para eso?

Ella lo miró varias veces de pies a cabeza y asintió con la

cabeza.

- Eres bastante fuerte, ¿no?

- Lo suficiente como para manejar a una niña pequeña como tú. Vamos. No, no cierres los ojos eso da vértigo. Mira hacia arriba.

Le dio la mano y la ayudó a levantarse.

Al principio fueron despacio, hasta que se le relajaron los músculos tensos y se dejó llevar. Apenas pesaba. Podía rodearle la cintura con las manos. Todavía estaban a cierta distancia del suelo cuando ella se volvió y lo miró entre risas.

- Es como volar -dijo feliz-. Ahora no tengo miedo.

- Perfecto. Aguanta, casi hemos llegado.

- Ojalá no llegáramos. La señorita Nordstrom va a ponerse insoportable.

- Te vendrá bien. Ha sido una tontería por tu parte.

- Pero me alegro de haberlo hecho.

Una multitud se arremolinaba debajo. Las caras que los miraban eran óvalos de color café, ocre o rojos al estar quemados por el sol. Uno de ellos tenía un tono caoba muy atractivo; su madre debía haber mandado a su padre para que fuera a buscarlo; como de costumbre, había perdido la noción del tiempo.

Ramsés bajó el último peldaño y la tomó entre las manos para bajarla. En el preciso momento en que apoyó el pie en el suelo, la niña se agarró a sus brazos.

- ¡Mi tobillo! ¡Me duele!

Parecía que se iba a caer; Ramsés la tomó en brazos y los espectadores rompieron en una ovación. Los extranjeros les felicitaban, los egipcios vociferaban y su padre se abría paso entre la muchedumbre. Emerson tenía una expresión de aprobación afable que se convirtió en una amplia sonrisa al mirar a la niña.

- Bien hecho, Ramsés. Serías tan amable de presentarme a esta joven dama.

- Me temo que se me ha olvidado preguntarle el nombre -dijo Ramsés.

Ya estaba a salvo y él empezaba a estar cansado de la «joven dama». No le pasaba nada en el maldito pie, tan sólo quería inspirar lástima para evitar la esperada y merecida regañina. Para ganarse la confianza de la institutriz, se mostró más aliviada que enfadada.

- Fue culpa mía, señor -dijo la niña-. Yo estaba tan asustada… y

él ha sido tan amable… Me llamo Melinda Hamilton.

- Encantado -se presentó Emerson con una inclinación-. Yo me llamo…

- Ya sé quién es usted, señor. Todo el mundo conoce al profesor Emerson. Y a su hijo.

- Muy amable -dijo Emerson-. ¿No vas a bajarla, Ramsés?

- Me parece que me he hecho daño en el pie, señor -murmuró encantadoramente la joven.

- Vaya, será mejor que vengas a casa para que la señora Emerson le eche una ojeada. Yo la llevaré, Ramsés. Tú puedes venir montando en Risha con la señorita… mmm…

«Maldita la gracia», pensó Ramsés mientras la niña pasaba elegantemente de sus brazos a los de su padre. Su magnífico corcel de raza árabe no habría acusado el peso de la niña, pero la señorita Nordstrom seguramente le acusaría de intentar raptarla si la montaba a la grupa y cabalgaba con ella hacia la puesta de sol o en cualquier otra dirección.

Emerson se alejó con la niña en brazos como si se tratara de una muñeca. Hablaban alegremente del té y las galletas y de *sitt hakim,* su mujer, que tenía un remedio infalible para los tobillos torcidos, y de la casa y de los gatos. ¿Le gustaban los gatos? Entonces tenía que conocer a *Seshat.*

Ramsés se quedó un rato observándolos, dominado por la sombría e irracional sensación de culpa que le asaltaba siempre que veía a su padre con un niño. Ni su padre ni su madre le habían reprochado el que no les hubiera dado un nieto; él había llegado a pensar que no les importaba mucho hasta que Sennia entró a formar parte de sus vidas. Seguía sin estar seguro de lo que sentía su madre, pero el cariño de su padre hacia la niña era profundo y conmovedor. Ramsés la añoraba también, pero había muchos motivos para que se alegrara de que Sennia estuviera a salvo en Inglaterra.

Localizó el carruaje que había alquilado la señorita Nordstrom y le dijo al conductor que la llevara a la casa de los Emerson. Luego montó en Risha y se dirigió a su casa mientras se preguntaba lo que opinaría su madre del nuevo capricho de su padre.

* * *

Ya estaba acostumbrada a que todos los miembros de mi familia

trajeran a casa criaturas perdidas de cualquier especie. Nefret era la peor, ya que estaba constantemente adoptando animales heridos o abandonados, pero no suponían un problema tan grande como los humanos heridos o abandonados. Cuando Emerson entró en la sala con un pequeño ser humano de sexo femenino, sentí un presagio que ya me resultaba conocido. Los hombres tienen una serie de inconvenientes bastante molestos, pero, a lo largo de los años, las mujeres, sobre todo las jóvenes, me han causado más de un problema.

Casi todas se enamoran de mi marido o de mi hijo, o de ambos.

Emerson dejó a la joven en una butaca.

- Peabody, ésta es la señorita Melinda Hamilton. Se ha hecho daño en el pie cuando escalaba la Gran Pirámide y la he traído para que la vieras.

La señorita Hamilton no parecía sufrir mucho. Sonrió de oreja a oreja al ver mi mirada clínica. Tenía los dientes separados y algunas pecas, lo que le daba un aire de inocencia infantil, pero calculé que tendría unos trece o catorce años. No se había arreglado el pelo todavía ni se había adecentado el vestido; el primero estaba despeinado y enmarañado por el viento y el segundo estaba desgarrado y sucio. No llevaba sombrero.

- No eres huérfana, ¿verdad? -le pregunté.

- ¡Peabody! -exclamó Emerson.

- La verdad es que lo soy -respondió tranquilamente la niña.

- Le pido disculpas -dije-. Estaba intentando adivinar, debo reconocer que torpemente, si habría alguien preocupado que estuviera buscándole en Giza. Supongo que no ha ido sola hasta allí.

- No, señora, desde luego que no. Mi institutriz estaba conmigo. El profesor me recogió y me trajo hasta aquí. Es muy amable.

Miró con admiración a Emerson.

- Sí -dije yo-. También es bastante irreflexivo. Emerson, ¿qué ha sido de la institutriz?

- Viene con Ramsés. ¿Está listo el té? Estoy seguro de que nuestra invitada está sedienta y cansada.

Estaba recordándome las normas de educación, algo que tenía muy pocas ocasiones de hacer, así que llamé a Fátima y le pedí que trajera té. Luego me arrodillé delante de la niña y le quité el zapato y el calcetín. Ella se quejó, pero yo no le hice caso, naturalmente.

- No está hinchado -observé mientras palpaba el pequeño y polvoriento tobillo-. ¡Oh! Disculpe, señorita Melinda, ¿le he hecho daño?

El movimiento instintivo de la niña no se debió al dolor. Se volvió hacia la puerta.

- Mis amigos me llaman Molly -dijo ella.

- Vaya, ya has llegado, Ramsés -le saludó su padre-. ¿Dónde está la institutriz?

- ¿Y qué has hecho con tu salacot? -pregunté yo.

Ramsés, como su padre, perdía todos los sombreros. Se pasó la mano por el pelo revuelto para intentar ordenarlo un poco. No hizo caso de mi pregunta, seguramente porque no sabía qué responder, y replicó a su padre.

- Llegará enseguida. He adelantado a su carruaje hace unos minutos.

- Aséate un poco -le ordené-. Estás más descuidado que de costumbre. ¿Qué has estado haciendo?

- Rescatarme -intervino la señorita Molly-. No le regañe, por favor. ¡Estuvo magnífico!

Ramsés desapareció sin hacer un ruido ni un comentario, como siempre.

- Yo creía que te había rescatado el profesor -dije yo.

- No, no -dijo Emerson-. Fue Ramsés quien la bajó de la pirámide. Se había hecho daño en el pie y…

- Estaba hecha un lío. -La niña sonrió dócilmente-. Tenía miedo de subir y de bajar. Hice el ridículo. Señora Emerson ha sido usted muy amable, ¿puedo pedirle otro favor? ¿Podría lavarme la cara y las manos y adecentarme un poco?

Era una petición muy sensata que yo debería haber propuesto antes. Sin embargo, hubo otra interrupción antes de que pudiera responder; entró una mujer grande y vestida de negro que se dirigió corriendo hacia la niña mientras la abrumaba con una mezcla de preguntas y reproches. No había duda de su identidad. Tranquilicé a la mujer y me las llevé a las dos a una de las habitaciones de invitados. La señorita Nordstrom rechazó tajantemente la oferta de Emerson para llevar en brazos a Molly y le lanzó una mirada como si fuera la personificación del mal. Ella misma ayudó a la niña.

Cuando volvieron, nosotros estábamos sentados a la mesa de té.

También estaba Nefret, que había pasado la tarde en el hospital.

- Ya están aquí -dije-. Acabo de contarle a la señorita Forth vuestra aventura. Nefret, te presento a la señorita Nordstrom y a la señorita Melinda Hamilton.

La institutriz rechazó con un gesto la ayuda de Emerson y dejó a la niña en una butaca. Tenía mucho mejor aspecto. Le había recogido el pelo en la nuca con una cinta blanca y tenía la cara de un rosa pálido de tanto frotarla. Volvía a llevar el zapato y el calcetín. Naturalmente, pensé, una mujer como la señorita Nordstrom consideraría inapropiado mostrar desnuda cualquier parte de la anatomía inferior delante de un hombre.

- ¿Cree que es acertado? -pregunté mientras señalaba hacia el pie calzado-. Una bota tan apretada podría resultar perjudicial para el pie si está dañado. Quizá quiera que la señorita Forth lo mire; es médico.

- No es necesario -dijo la señorita Nordstrom que miraba a Nefret con verdadera sorpresa.

La joven sonrió. Estaba acostumbrada a que la gente reaccionara con incredulidad o desaprobación.

- Me encantaría -dijo.

No insistió después de la segunda negativa. La institutriz mejoró de humor tras tomar una taza de té y empezó a disculparse por habernos molestado.

- No se preocupe -dije yo-. Acaban de llegar a El Cairo, ¿verdad? ¿Les gusta?

- En absoluto -replicó con franqueza la señorita Nordstrom-. Nunca había visto tantos mendigos y suciedad. Los guías son unos impertinentes. ¡Y ninguno de los desgraciados habla inglés! Yo me opuse a venir, pero el comandante Hamilton estaba decidido a que su sobrina estuviera con él y el deber le ha traído aquí. ¿Le conocen?

- He oído su nombre -dijo Emerson-. Está en el Cuerpo de Ingenieros, ¿verdad?

- Le han llamado como asesor en la defensa del Canal de Suez e informa directamente al general Maxwell -puntualizó la señorita Nordstrom.

Era evidente que estaba orgullosa de su patrón y nos contó, con todo tipo de detalles, sus éxitos del pasado y la importancia que

tenía en esos momentos.

A la señorita Molly no le impresionó lo más mínimo. Es más, estaba aburrida. Sólo se animó cuando entró moviendo la cola el único miembro de la familia que faltaba. *Seshat* fue directamente a donde estaba Ramsés.

- Por fin te has despertado -le dijo-. Me alegro de que vengas con nosotros.

- ¡Es precioso! -exclamó la señorita Molly-. ¿Es tuyo, Ramsés?

- ¡Molly! -rugió la señorita Nordstrom-. Estás tomándote muchas confianzas.

- No importa -dijo Ramsés con una sonrisa tranquilizadora-. Se llama *Seshat,* Molly, y es mía, no mío.

Seshat consintió que le acariciara la espalda una vez como presentación y volvió con Ramsés. Molly mostró cierta tristeza.

- ¿Te gustan los animales? -preguntó Nefret-. A lo mejor te apetece visitar mi casa de fieras.

La señorita Nordstrom rechazó la invitación, y como yo la encontraba muy aburrida, me fui con Nefret y la señorita Molly. La pobre niña se animó en cuanto salimos de la habitación.

- La señorita Nordstrom es muy estricta -dije con compasión.

- Bueno, Nordie tiene buena intención, lo que pasa es que no me deja hacer nada interesante. Este es el mejor rato que he pasado desde que llegamos.

- ¿Qué sueles hacer para entretenerte? -le preguntó Nefret.

Molly dio un pequeño salto.

- Doy mis clases y paseamos por la ciudad mientras Nordie lee la guía. A veces viene alguien a tomar el té. Niños, quiero decir. Todavía no me he presentado en sociedad, por lo que no puedo reunirme con otras jóvenes. ¡Y los niños son tan pequeños…!

Nefret se rió.

- ¿Cuántos años tienes?

- Diecisiete. -Nos miró a Nefret y a mí y comprendió que no íbamos a creerla-. Bueno… cumpliré dieciséis dentro de unos meses.

- ¿Quince? -la corrigió Nefret con las cejas arqueadas y un hoyuelo en la comisura de la boca-. ¿Seguro que no quieres decir, catorce… o trece…?

- Casi trece -reconoció Molly al verse atrapada y mirando con el ceño fruncido a Nefret.

Se olvidó de sus penas cuando la joven le enseñó su casa de fieras. Narmer, el espantoso chucho amarillo que Nefret llamaba su perro guardián, nos recibió con los aullidos y saltos de costumbre y hubo que encerrarlo en la caseta para que dejara de poner sus pezuñas encima de todo el mundo. La señorita Molly no le prestó mucha atención (yo tampoco), pero una camada de cachorrillos hizo que se arrodillara y que nos mirara con el rostro radiante mientras los perritos se arremolinaban a su alrededor.

- Son preciosos. Me encantaría poder tener uno.

- Se lo preguntaremos a tu tío, ¿de acuerdo? -propuso Nefret-. Siempre estoy buscando buenas casas para mis animales abandonados.

- Él dirá que es una decisión de Nordie y ella dirá que no. Piensa que los animales son sucios y que dan muchos problemas.

Seguía jugando con los cachorros cuando llegó Ramsés.

- ¿Te lo pasas bien? -le preguntó con una sonrisa-. Siento interrumpir, pero la señorita Nordstrom me ha enviado para que venga a recogerte, está deseando llevarte a casa.

- Ese hotel siniestro no es mi casa -retiró a los perritos de su regazo y estiró los brazos hacia Ramsés-. Todavía me duele, ¿me llevarías?

- No hay inflamación -dijo Nefret pasando sus expertos dedos por el pie-. Creo que es mejor que vayas andando para que entre en calor. Te ayudaré.

No dio muchas alternativas a la señorita Molly. La ayudó a levantarse y la agarró firmemente del brazo.

- ¿De verdad eres médico? -le preguntó la niña.

- Sí.

- ¿Es muy difícil ser médico?

- Mucho -dijo Nefret sombría.

La señorita Nordstrom deambulaba con impaciencia por la habitación, de modo que las acompañamos hasta el coche de caballos que las esperaba y nos despedimos deseándonos lo mejor.

- ¿Por qué me habéis dejado con esa mujer horrible? -barbotó Emerson.

- Shsss… espera a que estén más lejos para insultarla -dije yo.

- No me importa si me oye. Es espantosamente exigente con la niña. Ella misma reconoce que no la lleva a ninguna parte. Era su

primera visita a Giza y no han estado en Saqqara ni en Abu Roash ¿Puedes creerlo, Peabody?

- Es una auténtica crueldad -dije entre risas-. No todo el mundo está interesado en los monumentos antiguos, Emerson.

- Ella lo estaría si tuviera la oportunidad -afirmó Emerson-. Me preguntó todo tipo de cosas mientras la traía aquí. ¿Por qué no escribes a su tío y le pides que nos visite de vez en cuando?

- Vendrá con la señorita Nordstrom.

- Maldita sea. Es verdad. Bueno, podemos invitarles a ella y su tío para la cena de Navidad, ¿eh? Es una niña muy alegre e interesante. Además, lo pasa bien con nosotros, ¿no os parece?

- ¡Oh, sí! -dijo Nefret-. Sin duda.

DEL EPISTOLARIO B

Queridísima Lía:

Tienes todo el derecho a decir que soy una pésima escritora de cartas. Aquí, la vida es tranquila y aburrida y hay muy poco sobre lo que escribir. ¡Aunque hablaría horas contigo si pudiera! Siempre hay cosas que contarse, ¿verdad? No te preocupes, la guerra no puede durar mucho y pronto volveremos a estar juntos. Además, tenemos que enseñar arqueología a una nueva adquisición. El profesor está un poco abatido; él no lo reconocería nunca porque le espanta que le consideren un sentimental, pero creo que añora a Sennia. Ya sabes cuánto quiere a los niños. Ayer pasó algo bastante divertido: volvió de la excavación con una nueva protegida. Es una niña inglesa que se había quedado a mitad de la Gran Pirámide sin poder subir ni bajar. Le entró el pánico, como le pasa a algunas personas, y no dejaba que los guías le ayudaran, de modo que alguien fue a buscar a Ramsés. Él la bajó sana y salva, pero ella aseguraba que se había hecho daño en el pie y el profesor insistió en que viniera a casa para que yo la examinara. Le acompañaba una institutriz sencillamente temible que se la llevó en cuanto le pareció que había pasado un tiempo suficiente. Pero me temo que no vamos a perderla de vista.

¿Por qué digo que me «temo»? Bueno, querida, ya sabes el efecto que tiene Ramsés en las mujeres de todas las edades, sobre todo cuando baja la guardia, como hace con los niños, y les sonríe con franqueza en vez de hacer ese gesto con los labios que suele expresar que está moderadamente contento. Tiene una sonrisa fascinante; al menos eso me han dicho algunas mujeres que se han quedado prendadas. Esta no es una mujer propiamente dicha, sólo tiene doce años, pero ¿qué chica no se rendiría si la rescatara un hombre joven, atractivo, bronceado y

atlético? En realidad, no le pasaba nada en el tobillo. Espero que no sea una fuente de problemas.

Capítulo 3

- La música es una de las armas más efectivas de los belicistas - señaló Ramsés.

Fue una observación sentenciosa que oyeron todos los que estaban en la baranda de la terraza de Shepheard's desde donde veíamos el desfile de la banda militar que iba camino de los jardines Ezbekieh. Ese día los músicos se habían parado enfrente del hotel marcando el paso y (supongo) tomando aire para atacar la pieza siguiente. Los uniformes carmesí y blanco proporcionaban un espectáculo muy colorista y los rayos del sol se reflejaban deslumbrantemente en el latón pulido de las trompetas, las tubas y los trombones.

Capté la mirada de Nefret, que estaba al otro lado de Ramsés. Ella separó los labios, pero no le dio tiempo a desviar su atención. Ramsés se inclinó sobre la baranda y siguió con el mismo tono elevado de voz.

- Estas marchas tan vibrantes se dirigen directamente a los sentimientos y enturbian el pensamiento racional. Platón tenía razón al prohibir cierto tipo de música en su república ideal. El modelo lidio…

La banda entonó *Rule Britannia* y un estallido de tambores y de metal ahogó la voz de Ramsés. Los leales espectadores intentaron acompañar la canción, pero el éxito fue moderado; como seguramente saben los lectores, la estrofa tiene una serie de arpegios que son muy difíciles de interpretar… si bien se esforzaron por remediar sus carencias musicales a base de entusiasmo. Los rostros estaban congestionados por el fervor patriótico y los ojos se

empañaron de emoción; hasta a mí se me aceleró el pulso cuando llegó el estribillo: «Los británicos, nunca, nunca, nunca serán esclavos».

Los espectadores formaban una muestra muy representativa de la sociedad anglo-egipcia. Las señoras llevaban sedosos vestidos de tarde y grandes sombreros, y los hombres iban de uniforme o con trajes con un corte impecable. Debajo, había gente de todo tipo que esperaba a que se despejara la calle para seguir con sus asuntos; algunos llevaban el fez con un traje de estilo europeo y otros túnica y turbante, pero todos tenían una expresión parecida de resentimiento o malhumor. Un individuo que estaba justo enfrente era la única excepción evidente: parecía una persona educada, tenía un hermoso rostro bronceado y era notablemente más alto que todos los que le rodeaban. Llevaba la cabeza descubierta. Le saludé con la mano, pero estaba charlando animadamente con un hombre y no me vio.

- Ahí está tu padre por fin -le dije a Ramsés-. ¿Con quién está hablando?

La banda se había alejado y podíamos hablar sin necesidad de gritar. Ramsés se volvió, acodado en la baranda.

- ¿Dónde? ¡Ah! Es Philippides, el jefe del departamento de investigación criminal; el DIC.

Observé con interés el rostro redondo y sonriente. No lo conocía, pero había oído algunas historias espeluznantes sobre él. Pachá Harvey, su superior, le había encomendado la misión de atosigar a los extranjeros hostiles y se decía que había amasado una pequeña fortuna a base de amenazar a la gente con la deportación.

Los culpables le pagaban para que hiciera la vista gorda y los inocentes para que los dejaran en paz. Él aterrorizó a una buena parte de El Cairo y su irritable mujer lo aterrorizó a él.

- ¿Por qué pierde el tiempo tu padre con un hombre como ése? -pregunté.

- No tengo ni idea -contestó Ramsés-. A no ser que crea que Philippides pueda emplear su influencia a favor de David. ¿Volvemos a la mesa? Padre vendrá cuando crea oportuno, supongo.

La verdad es que me sorprendió que Emerson consintiera sentarse con nosotros. Le disgustaba tomar el té en Shepheard's y

afirmaba que sólo lo hacían los frívolos o los turistas aburridos. Tenía razón. Sin embargo, en mi defensa, tengo que decir que los motivos que yo tenía para hacerlo ese día no eran nada frívolos.

Mi intención de espiar a Nefret sin que se me notara me había obligado a emplear métodos endiabladamente difíciles de organizar y justificar. No podía empeñarme en acompañarla allá donde fuera o exigir que me diera cuenta de todos sus movimientos, y la única vez que intenté seguirla con una túnica y un velo que había tomado prestados de Fátima, los ropajes me resultaron tan incómodos que cuando Nefret llegó a la parada y se montó en el tranvía yo aún seguía intentando soltar el velo de un espino.

Pensé en todas las alternativas posibles y llegué a la conclusión de que lo mejor sería llenar toda nuestra agenda de compromisos que implicaran la presencia de la familia al completo. Se acercaba la Navidad, con todas las festividades que ello suponía, lo cual hacía viable mi plan, y la salida de ese día era parte de él.

El otro motivo era de una naturaleza que me costaba reconocérmela incluso a mí misma. En definitiva, ¿qué teníamos que ver nosotros con los espías? Capturar a esos canallas era una misión de la policía o los militares. Sin embargo, cada vez que intentaba pisotear con la bota de la razón la semilla de la sospecha que Nefret sembrara en mí, brotaba un tallo nuevo. Si Sethos estaba en El Cairo, nosotros éramos los únicos que teníamos la posibilidad de dar con su rastro; los únicos que conocíamos sus estrategias y los únicos que lo habíamos visto cara a… bueno… que habíamos visto algunas de sus múltiples caras.

Me preguntaba si a Emerson se le habría ocurrido lo mismo. Le corroía la envidia, injustificada pero intensa, así como el desprecio profesional; nada le gustaría tanto como llevar al Maestro del Crimen ante la justicia. ¿Estaría él también tras los pasos de Sethos? ¿Por qué si no se había rebajado a charlar amigablemente con alguien como Philippides?

Estaba dispuesta a preguntárselo, aunque no esperaba que reconociera la verdad. Pensé que iba a estar muy ocupada si tenía que espiar también a Emerson.

Cuando llegó unos minutos más tarde, sus nobles cejas estaban fruncidas y tenía los hermosos dientes ocultos en un gesto que no era una sonrisa. En vez de saludarnos debidamente, se dejó caer en

una butaca.

- ¿Qué has hecho esta vez, Ramsés? -preguntó apremiantemente.

- ¿Hacer? -Ramsés arqueó las cejas-. ¿Yo?

- El majadero redomado de Pettigrew -dijo Emerson mientras llamaba al camarero- me acaba de informar de que has estado haciendo comentarios sediciosos mientras la banda tocaba canciones patrióticas.

- Sólo he hablado de Platón.

- ¡Por Dios bendito! -estalló su padre algo acalorado-. ¿Por qué?

Ramsés se lo explicó (con más profusión, en mi opinión, de lo que era estrictamente necesario); una vez metido en faena, siguió desarrollando el tema.

- Pronto veremos el resurgir de baladas sentimentales que presentan una visión romántica de la muerte y la guerra. El niño soldado que sueña con su anciana madre, la novia que sonríe valientemente mientras su amor parte hacia la guerra…

- ¡Basta! -soltó Nefret.

- Si te parece que mis comentarios son ofensivos, lo siento.

- Más bien, intencionadamente provocadores. La gente está escuchando.

- Si les parece provocadora una discusión filosófica…

- Dejadlo ya; los dos -intervine.

Las delicadas mejillas de Nefret se tornaron rosas y Ramsés apretó firmemente los labios. Yo no podía por menos que estar de acuerdo con Nefret. Ramsés había abandonado su vieja costumbre de pontificar eternamente sobre asuntos con los que sólo pretendía molestar al oyente (normalmente su madre); yo pensaba que si volvía a hacerlo era intencionadamente.

La terraza del hotel Shepheard's había sido un lugar de reunión muy frecuentado durante décadas, y esa tarde había más gente que de costumbre. Todos los hoteles de primera categoría estaban llenos a rebosar. El Ministerio de la Guerra había ocupado parte del Savoy y las tropas imperiales y británicas estaban por todos lados. No obstante, salvo por la gran cantidad de uniformes, el Shepheard's parecía casi el mismo de siempre: manteles blancos y vajillas de porcelana en las mesas; camareros que iban de un lado a otro con bandejas llenas de bebidas y comida; elegantes damas y resueltos caballeros con trajes de lino blanco. La lejana guerra apenas había

alterado las costumbres de la comunidad anglo-egipcia, que seguía divirtiéndose como lo habría hecho en Inglaterra: las mujeres asistían a compromisos sociales y cuchicheaban, los hombres iban a sus clubes y también cuchicheaban. Otras formas de diversión, entre personas de ambos sexos, quizá fueran la consecuencia inevitable del aburrimiento y los contactos sociales limitados. Creo que no tengo que decir nada más.

Miré el reloj que llevaba en la solapa.

- Se retrasa.

Emerson, al oír un comentario tan inofensivo, se detuvo a mitad de una frase y me miró como si quisiera asesinarme.

- ¿Quién? ¡Por el amor de Dios, Peabody! ¿Has invitado a alguna de esas mujeres que mariposean por todos lados? No habría venido si llego a sospechar que…

- Ahí viene.

Estaba muy hermosa con un estilo sobria y bastante latino. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso y el pelo era muy oscuro; si bien vestía de negro como correspondía a una viuda reciente, el luto era extremadamente elegante. La abertura de la cintura era de *chiffon* y *point d'espirit* y el sombrero estaba adornado con lazos de raso negro y hebillas azabache.

Iba del brazo de un hombre que también era un recién llegado a El Cairo. Me resultaba conocido; lo miré atentamente hasta que comprendí que el fino bigote negro y el monóculo me recordaban a un siniestro ruso que conocí una vez. No era el único hombre que la acompañaba; estaba rodeada de admiradores tanto civiles como militares a los que sonreía con una estudiada imparcialidad.

- ¿Es ella? -preguntó Emerson-. Espero que no hayas invitado a todos.

- No. -Levanté el parasol y lo agité, llamando la atención de la dama que, con un leve gesto de disculpa, se apartó de sus acompañantes-. Es una tal señora Fortescue, la viuda de un caballero que falleció recientemente en Francia como un héroe. Recibí una carta suya en la que adjuntaba una presentación de unos amigos comunes. ¿Recuerdas a los Witherspoon, Emerson?

A juzgar por la expresión de Emerson deduje que recordaba a los Witherspoon y que estaba a punto de darme su opinión sobre ellos, pero se le adelantó Ramsés, quien había estado observando a la

dama con curiosidad.

- ¿Por qué le habrá escrito, madre? ¿Está interesada en la arqueología?

- Eso dice. Pensé que no tenía nada de malo extender la mano a alguien que había pasado por un trance tan amargo.

- No parece que sufra mucho en este momento -comentó Nefret.

Su hermano la miró con sarcasmo.

- Silencio, se acerca -dije yo.

Ella se libró de todos sus admiradores menos de uno, un barbilampiño oficial que no parecía tener más de dieciocho años. Una vez hechas las presentaciones y dado que el joven, un tal teniente Pinckney, seguía mirando a la dama con devoción perruna, me vi obligada a invitarle a que se sentara con nosotros. Emerson y Ramsés volvieron a sentarse en sus butacas y la señora Fortescue se disculpó por el retraso.

- Todo el mundo es tan amable -murmuró-. Es imposible no atender a tantas personas que se interesan por mí. Espero no haberme retrasado mucho. ¡Deseaba tanto conocerles!

- Mmm -dijo Emerson, quien se aburre fácilmente y no es muy amigo de andarse por las ramas-. Mi mujer me ha dicho que está interesada en la egiptología.

A juzgar por la forma en que los negros ojos examinaron los bien perfilados rasgos y la boca de mi marido, me temí que la egiptología no era lo único que le interesaba. Sin embargo, su respuesta indicaba que tenía un conocimiento, por lo menos superficial, del asunto y Emerson empezó a describirle las mastabas de Giza. Yo sabía que mi marido monopolizaría la conversación mientras ella lo consintiera, de forma que me dirigí hacia el joven, que parecía algo alicaído por el abandono de la dama. Mis preguntas maternales le animaron y me contó muchas cosas de su familia, que residía en Nottingham. Había llegado a Egipto hacía una semana y tenía esperanzas de entrar en acción pronto, aunque hubiera preferido estar en Francia.

- El turco no es una gran amenaza -añadió con una risa infantil y con una mirada tranquilizadora a Nefret, que había estado observándolo atentamente con la barbilla apoyada en la mano-. Señoras, no tienen motivos para preocuparse. Nunca cruzará el Canal de Suez.

- No estamos nada preocupadas -dijo Nefret con una sonrisa que ruborizó al muchacho.

- Ni tienen por qué. Aquí hay hombres fantásticos, ¿saben?, de primera. Anoche estuve hablando con uno de ellos en el club; en un principio no me di cuenta, no es de los que hablan de sí mismos, pero luego me contaron que era un especialista en el mundo árabe. Estuvo varios meses en Palestina antes de la guerra y, es más, se dejó capturar por un desertor árabe y por su banda de rufianes para poder hacer un reconocimiento de sus posiciones. Luego escapó dejando detrás unos cuantos muertos y heridos. Pero me imagino que ya conocerán la historia, ¿verdad?

Había hablado con tanto entusiasmo que estaba sin respiración. Nadie dijo nada durante un momento. Nefret miraba hacia abajo y había perdido la sonrisa; Ramsés también había estado escuchando. Tenía una expresión tan afable que sentí un escalofrío.

- Al parecer -dijo lentamente-, le conoce mucha gente. ¿No será ese individuo que está junto a las escaleras el héroe del que nos hablaba?

Nefret giró la cabeza como impulsada por un resorte. Yo tampoco había visto a Percy. Evidentemente, Ramsés sí lo había hecho; pocas cosas se le escapaban.

- Claro, es él. -El ingenuo semblante de Pinckney se iluminó-. ¿Lo conocen?

- Ligeramente.

Percy estaba medio girado y hablaba con otro oficial, pero yo estaba segura de que nos había visto. Involuntariamente, puse la mano sobre el brazo de Ramsés. Él sonrió débilmente.

- No se preocupe, madre.

Me sentí un poco ridícula y aparté la mano.

- ¿Qué hace de caqui en vez de llevar el espléndido uniforme del ejército egipcio? Veo que también lleva hombreras rojas, ¿le han dado un destino nuevo?

- Las hombreras rojas son del Estado Mayor, ¿no? -preguntó Nefret.

- Exactamente -contestó Pinckney-. Está a las órdenes directas del general. Fue muy amable al hablar con alguien como yo -dijo pensativamente.

Tenía tantos ojos clavados en él que era inevitable que Percy se

volviera. Dudó un instante y, antes de bajar, hizo una inclinación; una inclinación general dirigida a todos nosotros, lo que incluía a un feliz teniente Pinckney.

Yo no podía soportar seguir oyendo elogios de Percy, por lo que intenté participar en la conversación entre Emerson y la señora Fortescue, pero ella no tenía mucho interés en hablar conmigo.

- ¡No sabía que fuese tan tarde! -exclamó mientras se levantaba-. Tengo que irme. ¿Puedo contar con que volveré a verles pronto? Recuerde que me ha prometido que me enseñaría la tumba.

Le ofreció la mano a Emerson, que se había levantado con ella.

- ¿Lo he hecho? -dijo él con un parpadeo-. Lo haré encantado, naturalmente. Arréglelo con la señora Emerson.

Tuvo una palabra amable para cada uno de nosotros y, no pude evitar darme cuenta, una sonrisa especialmente cálida para Ramsés. Hay mujeres a las que les gusta coleccionar todos los hombres atractivos que conocen. No obstante, rechazó firme pero elegantemente que la acompañara el señor Pinckney y pude observar que había otro caballero esperándola en la puerta del hotel. Él la miró con avidez a través del monóculo y la agarró posesivamente del brazo antes de entrar con ella en el hotel.

- ¿Quién es ése? -pregunté.

Pinckney frunció el ceño.

- Un franchute. El conde no sé cuántos. No sé qué puede ver ella en él.

- Quizá sea el título -sugirió Nefret.

- ¿Usted cree? -el muchacho la miró fijamente-. Me imagino que hay damas que son así -dijo con aire mundano-. Bueno, ya les he molestado bastante. Mmm… si algún día paso por las pirámides… a lo mejor podría… mmm…

No tuvo el valor para terminar la frase, pero Nefret asintió vigorosamente con la *cabeza y* él volvió a sentirse feliz.

- Debería darte vergüenza -le dije a mi hija.

- Es joven y está solo -replicó ella con tranquilidad-. La señora Fortescue es demasiado experta para un muchacho como él. Le encontraré una buena chica de su edad.

- ¿Qué demonios era esa historia que os estaba contando de Percy? -preguntó Emerson apremiantemente.

No tenía paciencia ni con los cotilleos ni con los jóvenes

enamorados.

- La misma de siempre -contestó Ramsés-. Lo gracioso es que todo el mundo cree que Percy es demasiado modesto como para hablar de ella, a pesar de que escribiera un libro contando su osada fuga.

- Pero es mentira de principio a fin -protestó Emerson.

- Y mejora con el tiempo -dijo Ramsés-. Ahora afirma que se dejó capturar y que tuvo que luchar para escapar.

Habíamos tardado más de lo normal en enterarnos de la verdad sobre ese capítulo concreto del miserable librito de Percy. Ramsés no había hablado de él y yo no me había molestado en leerlo; tuve suficiente con los fragmentos que Nefret nos había leído en voz alta. Emerson sí hizo el esfuerzo de abrirse paso a través de la ampulosa prosa de Percy, llevado, según él, por una creciente incredulidad e indignación. Cuando llegó a la parte del libro donde se narraba la valiente fuga de Percy y el rescate del príncipe árabe que había sido su compañero de prisión, mi inteligente cónyuge ya sospechaba algo y se lo planteó a Ramsés con la franqueza habitual en él.

- Eras tú, ¿verdad? No podía ser el príncipe Faisal, nunca habría sido tan tonto como para correr ese riesgo. ¡Y no me cuentes que Percy fue el héroe porque no me lo creería aunque me lo dijesen el mismísimo Dios y todos sus profetas! No sería capaz de escaparse de una caja de galletas, y mucho menos de rescatar a alguien.

Ramsés no tuvo más remedio que confesar y corregir la versión de Percy. Reconoció también, después de una presión considerable, que David, Lía y Nefret conocían la verdad.

- Les pedí que no dijeran nada. -Elevó la voz para que se le oyera por encima de los gruñidos de Emerson-. Y le agradecería que no volviera a hablar del asunto, ni siquiera con ellos.

Fue tan categórico que tuvimos que acceder a sus deseos. Emerson se aclaró la garganta.

- Ramsés, naturalmente es una cuestión tuya, pero ¿no crees que sería mejor que se supiera la historia verdadera?

- ¿Con qué objeto? Nadie me creería. En estos momentos, nadie.

Emerson se recostó en la butaca y miró pensativamente el impasible rostro de su hijo.

- Entiendo que hayas decidido no hacer públicos los hechos. Te honra, aunque en mi opinión, a veces, nos empeñamos en llevar

demasiado lejos lo de «nobleza obliga». Además, dado que la carrera militar de Percy se basa, al parecer, en esa serie de mentiras, alguien podría sentirse obligado a mandarle a puestos de riesgo. Podría hacer mucho daño si le asignan unas tareas que no puede cumplir.

- Ya se ocupará él de evitar esas tareas -dijo Ramsés-. Sabe bien cómo hacerlo. Padre, ¿de qué hablaba con Philippides?

El cambio de conversación fue tan brusco que quedó claro que Ramsés no tenía intención de seguir hablando del asunto. Miré a Nefret, me había parecido muy raro que no expresara su opinión; tenía los ojos clavados en la taza de té y me fijé en que tenía las mejillas un poco sonrosadas.

- ¿Quién? -Emerson simuló estar despistado-. Ah, ese canalla. Resultó que me encontré a su lado y aproveché la ocasión para decir un par de cosas a favor de David. Philippides tiene mucha influencia con su jefe; si él recomienda que deje libre a David…

- Está fuera de su alcance -dijo Ramsés-. Todo el mundo conoce la relación de David con Wardani. Se necesitaría una orden directa del Ministerio de la Guerra para que lo dejaran libre.

- No se pierde nada por intentarlo -dijo Emerson-. Me había mezclado con la multitud, quería conocer el estado de ánimo de la comunidad…

- ¡Tonterías! -exclamé.

- En absoluto, madre -dijo Ramsés-. ¿Cuál es el estado de ánimo de la comunidad, padre?

- Amargo, malhumorado, resentido…

- Naturalmente -dije.

- No me has dejado terminar, Peabody. Hay algo peor que resentimiento en el ambiente: la implantación de la ley marcial no ha terminado con el sentimiento antibritánico, lo ha soterrado. Esos idiotas del gobierno se niegan a verlo, pero acordaos de mis palabras, esta ciudad es un barril de pólvora a punto…

La palabra siguiente se ahogó en un estruendo, como si alguien hubiera querido confirmar las palabras de Emerson. A poca distancia se veía una nube de polvo y una columna de humo acompañadas de gritos, lamentos, el sonido de los cascotes al derrumbarse y el rebuzno desesperado de un burro.

Ramsés saltó la baranda y cayó ágilmente sobre la acera.

Emerson le siguió unos segundos después, pero al ser algo más pesado aterrizó directamente sobre el portero y tuvo que levantarse antes de poder seguir a Ramsés hacia el lugar de la catástrofe. Algunos oficiales, que habían optado por bajar las escaleras de forma normal, corrieron tras ellos. El lugar estaba lleno de personas que formaban una muralla de cuerpos que se empujaban, forcejeaban y gritaban.

- No actuemos precipitadamente -le dije a Nefret mientras le impedía el paso.

- ¡Puede haber heridos!

- Si te metes en esa muchedumbre la herida serás tú. Quédate conmigo.

La tomé del brazo con una mano y con la otra agarré el parasol. Me abrí paso entre las nerviosas señoras que se habían arremolinado en lo alto de las escaleras. La calle era un caos absoluto: el tráfico de vehículos y de animales se había detenido; unos intentaban dar la vuelta y retroceder y otros querían seguir adelante. La gente corría hacia todas partes, unos lo hacían en dirección al lugar de la explosión y otros se alejaban de él. Casi todos eran egipcios; aparté con el parasol a un vendedor de flores que tenía los ojos prácticamente fuera de las órbitas y esquivamos a un individuo corpulento con turbante que nos escupió al pasar a nuestro lado.

Cuando llegamos, el gentío se había dispersado. Ramsés y Emerson estaban allí junto a algunos oficiales, entre los que se encontraba Percy. Los egipcios se habían esfumado, menos dos prisioneros que forcejeaban con sus captores y un tercer hombre que yacía encogido en el suelo. De pie junto a él vimos a un individuo alto y esbelto que llevaba el uniforme de un regimiento australiano.

- Disculpe -le dijo Nefret.

El australiano se apartó mecánicamente, pero al ver que Nefret se agachaba junto al herido, se dirigió a ella.

- Señora… señorita… un momento, ¡no puede hacer eso!

Ramsés alargó una mano y el brazo del joven se elevó como impulsado por un resorte.

- No toque a la señora -ordenó Percy-. Es una médico reconocida y miembro de una de las familias más distinguidas de la ciudad.

- Oh, ya… -El joven se frotó el brazo, pero no se le intimidaba fácilmente-. Si es su amiga, llévesela de aquí. Éste no es un sitio para una dama -me miró con ojos críticos-. Para ninguna dama. ¿Ella es también amiga suya?

Percy sacó pecho.

- Sería un honor para mí poder decir tal cosa. Puede retirarse, sargento; no le necesitamos.

El joven saludó con cierta tensión y se retiró.

- ¿Qué le pasa? -preguntó Emerson desdeñando premeditadamente a Percy.

- Tiene rotas algunas costillas y un brazo y, seguramente, una conmoción.

Nefret levantó la mirada. El borde del sombrero floreado enmarcaba su rostro delicadamente sonrosado… sonrosado por la ira.

- ¿Cuántos *caballeros* lo han pateado cuando estaba en el suelo? -preguntó Nefret.

- Había que neutralizarlo -dijo tranquilamente Percy-. Iba a lanzar otra granada a la terraza del Shepheard's.

- Dios mío -exclamé-. ¿Qué ha sido de la granada?

Me acordé demasiado tarde de que había jurado no volver a dirigir la palabra a Percy. Sacó lentamente la mano del bolsillo con una sonrisa que me demostró que él no se había olvidado.

- Está aquí. No se preocupe, tía Amelia, se la arrebaté antes de que le quitara el pasador.

Nefret se negó a abandonar al herido hasta que llegó una ambulancia. Cuando lo metieron en ella, seguía inconsciente. Para entonces, la policía se había hecho cargo y los soldados habían desaparecido. Percy fue el primero en irse sin volver a decirnos ni una palabra.

Emerson ayudó a Nefret a levantarse. Tenía el vestido hecho un trapo; la calles de El Cairo están llenas de todo tipo de inmundicias, de las cuales el polvo es la menos dañina. Ramsés la observó detenidamente y propuso que la lleváramos a casa.

- ¿Quiere que conduzca, padre?

Emerson contestó que no, naturalmente, de modo que los dos jóvenes se acomodaron en el asiento trasero y yo lo hice junto a mi marido. Condujo más despacio de lo habitual, como yo le había

pedido, para que pudiéramos hablar.

- ¿Realmente le arrebató una granada de la mano a un terrorista? -pregunté.

- No lo sé -dijo Emerson mientras aporreaba la bocina y un ciclista se apartaba aterrado-. Cuando llegué se había organizado una pequeña trifulca. Ramsés, que había llegado un poco antes que yo, y Percy estaban intentando mantener a raya al supuesto anarquista y a una turba de presuntos seguidores armados con palos y ladrillos. Casi todos arrojaron las armas cuando llegaron los refuerzos, si bien…

Emerson tosió con modestia.

- La retirada empezó en cuanto te reconocieron -terminé la frase-. En realidad, no tiene nada de sorprendente, querido. Lo sorprendente es que el jefe tuviera una granada y los demás sólo palos y ladrillos.

- No creo que los demás estuvieran implicados -dijo Emerson-. Tuvieron un arrebato de solidaridad cuando vieron que los soldados atacaban a un egipcio. Fue un atentado de aficionados; la primera granada sólo hizo un socavón en el suelo e hirió a un burro -se volvió y gritó-. ¿Reconociste a ese tipo, Ramsés?

- No, señor. ¡Señor, el carruaje…!

Emerson tiró del freno.

- Yo tampoco. Parecía un comerciante inofensivo. Lo que de verdad importa es de dónde sacó la granada.

- Seguro que la policía le arranca la respuesta -dije sombríamente.

- No seas melodramática, Peabody. Ya no es el Egipto que conocimos; el *kurbash* y la tortura están prohibidos hasta en las provincias.

Emerson esquivó un camello por los pelos. Los animales no ceden el paso a nadie, ni a mi marido. Yo me agarré el sombrero y protesté levemente.

- Ha sido culpa del camello -replicó Emerson-. ¿Todo bien por detrás, Nefret?

- Sí, profesor.

Fue la única frase que dijo alguno de los chicos durante el viaje. Emerson sólo añadió una cosa más:

- En cualquier caso, Peabody, alguien tiene que enterarse de

cómo cayó una granada en manos de esos individuos. Si hay dos, puede haber muchas más.

DEL MANUSCRITO H

«Debo estar haciéndome viejo», pensó Ramsés, «cada vez me cuesta más recordar con precisión quién se supone que soy en cada reunión».

Se tranquilizó al mirarse en el largo espejo que había junto al diván donde estaba sentado: pelo gris, rostro surcado de arrugas, fez y un llamativo alfiler de corbata. Había muchos espejos en la habitación, por no decir nada de los colgantes de cristal, los mullidos almohadones y los muebles tan brillantes que resplandecían incluso con una luz tan tenue. En la distancia, amortiguadas por el terciopelo que cubría puertas y ventanas, se oían risas y voces de mujeres y una música machacona. Un olor a almizcle hacía que el ambiente fuera denso y caluroso.

Unas manos invisibles apartaron las cortinas y entró una figura.

Iba cubierta por una tela blanca y sedosa que ondeaba mientras se acercaba hacia él con un contoneo exagerado. Ramsés permaneció sentado. Era difícil determinar qué era lo correcto en ése caso, pero fuera quien fuese el-Gharbi, no era una mujer. De lo que no había duda era de que tenía el control absoluto de los burdeles de Was'a.

La enorme figura se recostó en el diván junto a Ramsés, quien arrugó la nariz involuntariamente al verse envuelto por una nube de pachulí. A el-Gharbi no se le escapaba nada. Su cara redonda se hizo más grande cuando sonrió de oreja a oreja.

- ¿Te molesta mi perfume? Es muy caro y exclusivo.

- Tenemos gustos distintos -dijo Ramsés con su verdadera voz. El-Gharbi sabía quién era; el disfraz era sólo una precaución por si le veían entrar.

Se intercambiaron las letanías de saludo y Ramsés se lo tomó con la paciencia que había adquirido después de tanto tiempo en Egipto; que Dios te conceda una buena noche; ¿qué tal tu salud?; Dios te bendiga; para terminar con un cortés y convencional: mi casa es tu casa.

- *Beiti beitak,* Hermano de los Demonios. Nunca sospeché que tendría el honor de agasajarte aquí.

- Sabes que no he venido para que me agasajes -dijo Ramsés-. Si pudiera acabaría con tu negocio.

Una risa estruendosa sacudió el diván.

- Admiro a los hombres sinceros. Conozco bien tus sentimientos y los de tu familia, pero mi querido y joven amigo, eliminarme del negocio sólo empeoraría la situación. Soy un patrón muy humano.

Ramsés no podía negarlo. ¿Por qué eran tan difusas las cuestiones morales? ¿Por qué no estaba claro el límite entre el bien y el mal? Lo bueno, lo único bueno, sería hacer desaparecer esa actividad tan repugnante. Sin embargo, dado que existía, y que seguramente existiría siempre, los pobres hombres y mujeres que la ejercían estaban mucho mejor con el-Gharbi que con cualquiera de sus desalmados predecesores.

- Mejor que algunos -reconoció Ramsés entre dientes.

- Como Kalaan, el que fuera mi rival. -El hombretón frunció los labios pintados de rojo y sacudió la cabeza-. Un sádico despreciable. Te debo su eliminación y estoy en deuda contigo. Por eso has venido, ¿no? Para pedirme un favor. Supongo que tiene algo que ver con tu primo. Últimamente no sabemos mucho de él, aunque se deja ver de vez en cuando.

- Sus hábitos no son de mi incumbencia. He venido por otro asunto. Supongo que has oído hablar del incidente que ocurrió esta tarde en la puerta del Shepheard's…

- ¡Incidente! ¡Una palabra preciosa! Todo El Cairo se ha enterado. No estarás sugiriendo que tengo algo que ver… Yo me dedico al amor, no a la guerra.

- Otra palabra preciosa para un negocio horrendo. ¿De dónde sacó las granadas? ¿Quiénes eran sus cómplices?

- Dado que ha muerto antes de hablar, nunca conoceremos la respuesta. Los otros hombres han negado su complicidad. Se cree que los liberaran pronto.

- ¿Muerto? ¿Cuándo? Estaba vivo cuando lo llevaron al hospital.

- Hace menos de una hora. ¿Te he contado algo que ignorabas?

- No me has contado lo que quería saber.

El-Gharbi parecía una estatua grotesca y se tapó los ojos.

- Yo no le di las armas. Hay cierta… mercancía que pasa por mis manos. Yo la vendo en otros mercados. Un hombre no tira piedras contra su propio tejado. Te lo digo, querido, porque, para serte sincero, no quiero que andes por aquí creando problemas. Aunque verte es un placer -añadió con una sonrisa afectada.

Ramsés se rió.

- Muy amable. Entonces, ¿de dónde la sacó?

- Bueno, querido muchacho, todos sabemos que hay agentes turcos y alemanes en El Cairo. Sin embargo, no creo que emplearan a un tipo como ése. De modo que sólo queda una posible fuente. No es necesario decir el nombre. No sé dónde está en estos momentos. El no me aprueba.

El-Gharbi se cruzó las manos regordetas llenas de anillos y suspiró profundamente.

- No, no creo que lo haga. ¿Puedo creerte?

- En cuanto a la guerra… En lo que te he dicho sobre su paradero actual, sí. Sinceramente, espero que lo captures. El patriotismo es un incordio; sólo crea problemas. Se entromete en mi negocio.

- Te creo. Bueno… -Ramsés se dispuso a levantarse.

- Espera. ¿No quieres saber nada de tu primo?

- ¿Qué te hace pensar que preguntaría por él?

- Dos cosas. O quieres vengarte de su participación en ese… desgraciado asunto de hace unos años o le has perdonado y esperas rescatarlo de mi vil influencia. -Le ofreció una caja de cigarrillos con una risa sonora e insinuante-. Se dice que quiere recuperar tu afecto y el de tu familia -continuó el-Gharbi.

Ramsés cogió un cigarrillo y se tomó su tiempo mientras lo encendía y le daba vueltas a esas sorprendentes palabras. Se sentía como si estuviera jugando una partida de ajedrez verbal contra alguien mucho más diestro que él. ¿Qué sabía el-Gharbi de ese «desgraciado asunto»? La muchacha que se había quedado embarazada de Percy no era de las que él controlaba, pero todas las prostitutas y proxenetas del distrito de las persianas rojas a buen

seguro conocían la identidad del padre de Sennia. El resto de la historia y el papel de Percy en ella no lo conocía casi nadie. Sin embargo, el-Gharbi había hablado de venganza…

Ramsés levantó la mirada y se encontró con dos ojos marrones inflexibles que tenían las pestañas oscurecidas y los párpados perfilados con *kohl*.

- No te sorprendas -dijo el proxeneta sin apenas mover los labios-. Cuando está borracho de brandy le gusta alardear de lo que hace. ¿Sabías que tu primer encuentro con la niña no fue accidental? ¿Sabías que lo organizó él? ¿Que él la enseñó a llamarte padre? ¿Que él pagó a Kalaan para que llevara a la niña y a su madre a tu casa y así avergonzarte ante tu familia y la mujer que amabas? Vaya, compruebo que ya lo sabías. ¿Sabes también que le contó lo que pensaba hacer a cierto caballero que estaba enamorado de tu amada? Gracias a tu primo, ese caballero estaba esperándola cuando ella salió corriendo de la casa ese día; la consoló, le confirmó las mentiras que se habían dicho de ti y la convenció para que se casara con él con la promesa de que no le *exigiría* nada y que la dejaría marchar cuando quisiera. La hizo ver que estaba enfermo y que, a lo mejor, no vivía muchos meses. Una historia muy poco convincente, desde luego, pero según me han contado esa joven es impetuosa por naturaleza.

- No vamos a hablar de ella.

El-Gharbi juntó las manos delante de la boca, como si fuera un niño que había hablado cuando no le correspondía. Los ojos le brillaban con malicia.

- De modo que al final he dicho algo que no sabías. ¿Por qué te odia tanto?

Ramsés sacudió la cabeza. La revelación de el-Gharbi le había dejado atónito. Si hablaba, temía decir más de lo que debía.

- Muy bien -dijo el proxeneta-. Hay muchas dagas desenvainadas a tu alrededor, Hermano de los Demonios. No bajes la guardia. Tu primo tiene menos escrúpulos todavía que yo.

Dio una palmada. Un sirviente separó las cortinas que tapaban la puerta. Ramsés se levantó.

- Gracias por la advertencia. No puedo evitar preguntarme…

- ¿Por qué me he tomado la molestia de advertirte? Porque espero que me ahorres los problemas. Y porque eres sincero, joven y

muy hermoso.

Ramsés arqueó las enmarañadas cejas grises y el extravagante personaje se rió en silencio.

- Puedo ver por debajo de la superficie de las cosas, Hermano de los Demonios. Ve con Musa; él te enseñará una salida más discreta. Confío en tu reserva como tú debes confiar en la mía. *Alá yisallimak*. Creo que vas a necesitar su protección.

Ramsés siguió al sirviente por pasillos débilmente iluminados. Estaba confundido e intentaba asimilar la información que el-Gharbi le había lanzado como si fueran flechas. Durante años había sufrido por aquel matrimonio precipitado de Nefret y había rechazado las sospechas que tenía de la participación de Percy por considerarlas injustificadas y fruto de la vanidad herida. Peor que la vanidad era el temor a que la joven se hubiera entregado a él esa noche por lástima, después de que él hubiera traicionado el amor y la necesidad que tenía de ella. Nefret no hacía nada a medias; el afecto, la compasión y la generosidad incondicional que eran parte esencial de su ser, habrían conseguido imitar muy convincentemente a la pasión, incluso para un hombre que no la hubiera deseado tan desesperadamente como él.

Sin embargo, la revelación de el-Gharbi tenía que ser cierta; su fuente directa tenía que haber sido directamente Percy. A no ser que el proxeneta mintiera por algún motivo que él desconocía…

Fuera verdadera o falsa, le había contado la historia por alguna razón, y dudaba mucho que fuera por altruismo.

Pero, ¿sería cierta? Conocía demasiado bien a Nefret como para dudar de que hubiera podido ocurrir así. Aquella mañana, cinco minutos antes de bajar, ella había estado en sus brazos y había correspondido a sus besos. Y acto seguido tuvo que enfrentarse a una trama de evidencias diabólicamente tejida y que le presentaba como culpable de un delito que para ella era peor que el asesinato. Podía recordar con toda claridad el repugnante efecto que tuvo en él aquella acusación, aunque se sabía inocente.

La dejó marchar. Tenía otras responsabilidades, la niña, sus padres, el riesgo inminente de la madre de la niña, pero había actuado tan irracionalmente como Nefret y por el mismo motivo infantil y humano: se sentía herido, furioso y traicionado. Los dos se habían comportado como unos locos enamorados, pero todo habría

acabado bien si Percy no hubiera intervenido.

¿Qué había intentado decirle el-Gharbi sobre Percy?

Le dio unas monedas al sirviente y se escurrió por el callejón que había detrás del burdel. Aminoró el paso poco a poco, hasta que se quedó parado. Una frase le daba vueltas en la cabeza «… él no le *exigiría* nada…»

¿No le exigiría nada en absoluto? ¿Era posible? Eso explicaría muchas cosas. La pérdida del bebé había sido el golpe definitivo que había terminado de quebrar su ánimo. Si ese matrimonio breve y desdichado no se había consumado; si ella había descubierto, demasiado tarde, que llevaba su hijo; si Nefret seguía queriéndolo y pensaba que él no la amaba ya por haber desconfiado de él…

Se sintió invadido por la lástima, la ternura y el remordimiento. Pensó que podría resolverlo; si era verdad; si ella se lo permitía; si no era demasiado tarde…

Sin embargo, antes tenía que resolver otro asunto.

* * *

La Navidad se acercaba rápidamente, pero yo no tenía mucho espíritu navideño. No era de extrañar, la familia estaba desperdigada, se rumoreaba que las tropas turcas se acercaban al frente del Sinaí y las listas de bajas del frente francés eran aterradoramente altas.

El ánimo se me caía a los pies cuando pensaba que esos dos jóvenes hermosos y sensibles a los que tanto quería estarían entre el barro de las trincheras enfrentándose a la muerte. Naturalmente, era peor para sus padres y para la muchacha con la que estaba prometido Johnny. ¡Cuánto estaría sufriendo!

No obstante, yo no soy de las que eluden sus obligaciones y me parecía que el pesimismo general hacía que fuera aún más importante celebrar las fiestas con los amigos que seguían junto a nosotros. Por desgracia, eran menos que otros años. Maspero se había jubilado como jefe del Departamento de Antigüedades; llevaba un tiempo enfermo y a principios de ese año habían herido a su hijo Jean, lo cual había sido un golpe muy fuerte para él. El joven, un gran erudito por derecho propio, estaba de vuelta en las trincheras. Howard Cárter se había quedado a pasar el invierno en Luxor; Lord Carnarvon, su mecenas, había recibido el permiso para excavar en el Valle de los Reyes después de que lo abandonara

Theodore Davis. Howard no estaba de acuerdo con que no hubiera más tumbas reales en el Valle, como sostenía Davis, y estaba ansioso por encontrarlas.

Nuestros amigos más íntimos, Katherine y Cyrus Vandergelt, estaban trabajando bastante cerca, en Abu-sir. Katherine iba a necesitar consuelo también; su hijo había sido uno de los primeros en alistarse. Bertie había sido levemente herido en Mons, pero ya estaba de vuelta en el frente.

Envíe mis invitaciones y acepté otras. Emerson se quejó, como siempre, porque le quitaban tiempo de trabajo y cuando le pregunté si asistiría a un baile de disfraces en el Shepheard's, su indignación alcanzó tal tono que tuve que cerrar la puerta de mi despacho, que era donde estábamos conversando.

- ¡Por el amor de Dios, Peabody! ¿Te has olvidado de lo que pasó la última vez que fui a un baile de máscaras? Si no llego a aparecer en el momento oportuno, te habrías ido con un canalla especialmente desagradable al que confundiste conmigo. Nadie reconoce a nadie más cuando están disfrazados -siguió Emerson sin hacer mucho caso de la sintaxis y llevado por la pasión.

Estaba tan atractivo con los ojos resplandecientes, el hoyuelo de la barbilla tembloroso y enseñando los dientes, que no pude resistirme a provocarlo un poco más.

- Vamos, Emerson, te divierte mucho disfrazarte. ¡Sobre todo, ponerte barba! Es muy poco probable que vuelvas a tener otra oportunidad. Además, tengo pensado un disfraz muy apropiado para ti. Tienes unas piernas tan bien formadas que había pensado en un centurión romano o en un escocés o en un faraón…

- Eso, sólo con la falda y un collar de cuentas… -Emerson me lanzó una mirada furiosa-. Y tú con uno de esos vestidos transparentes, como Nefertiti… Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

- Sí, querido -dije entre risas-. No tenemos que asistir si no quieres, todavía faltan unas semanas. Será mejor que te vayas, yo me reuniré contigo en cuanto termine con estas notas.

Creía que la conversación había terminado y me volví a mi escritorio.

- Pero me encantaría verte vestida de Nefertiti. -Emerson se puso detrás de mí y apoyó una mano en mi hombro.

- Vamos, Emerson, no me parezco en nada a una mujer tan

elegante. Soy demasiado… Cariño, ¿qué haces?

La verdad era que sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Me levantó y me abrazó con fuerza.

- Te prefiero a Nefertiti, a Cleopatra y a Elena de Troya -me murmuró al oído.

- ¿Ahora? -exclamé.

- ¿Por qué no?

- Bueno, para empezar porque son las ocho de la mañana; además, te esperan en Giza y… y…

- Que esperen.

Era como antaño, cuando Emerson estaba deseando dar muestras de su tempestuoso cariño en circunstancias y momentos que los demás podían considerar inadecuados. Entonces no había sido capaz de resistirme; tampoco lo fui en ese momento. Cuando se marchó yo estaba de mejor humor. Volví canturreando a mi despacho para terminar las cartas.

No empecé a sospechar algo hasta que remitió la euforia por el encuentro. Las demostraciones de cariño de Emerson suelen ser espontáneas y siempre resultan abrumadoras. Sabe perfectamente cuánto me afectan y es muy capaz de utilizarlas con el objeto de distraerme.

Dejé la pluma y volví a pensar en nuestra conversación. ¿No habría algún motivo para que quisiera retrasarse voluntariamente? Por lo general, siempre estaba impaciente por llegar al yacimiento y nos regañaba para que nos diéramos prisa. Habíamos hablado de disfraces y creí recordar que tenía una mirada huidiza cuando me referí a las barbas postizas… ¡Maldito fuera, estaba tramando algo! Dejando aparte sus gruñidos, yo sabía que anhelaba participar en la guerra de alguna manera. Se solidarizaba con los sentimientos pacifistas de Ramsés, pero no los compartía por completo, y yo sospechaba que lo que quería verdaderamente era callejear por El Cairo disfrazado en busca de espías y agentes extranjeros. No tenía nada que objetar, siempre que no intentara evitar que yo también lo hiciera.

Había escrito al comandante Hamilton, a propuesta de Emerson, para invitarles a él y a su sobrina a tomar el té. La tarde siguiente recibí una respuesta concisa. Nefret estaba concentrada en su propia correspondencia; la carta que leía parecía interesarle especialmente.

Estábamos en la azotea, a la espera de que los demás volvieran de la excavación. Durante los días pasados, me había encargado de atender los mensajes y las cartas que se habían recibido durante nuestra ausencia. Naturalmente, nunca habría abierto una carta dirigida a Nefret; sólo quería saber si Percy tendría la osadía de escribirse con ella. Hasta el momento, no había recibido ningún tipo de comunicación que levantara sospechas, pero ese día ella había recogido la correspondencia antes de que yo llegara.

- Espero que no sean malas noticias… -dije al ver que una arruga cortaba la delicada línea de sus cejas.

- ¿Cómo? -Levantó la mirada con un sobresalto-. Ah, no, no es nada. Una invitación que no voy a aceptar. ¿Hay algo interesante en sus cartas?

- He recibido una del comandante Hamilton, ya sabes, el tío de la jovencita que estuvo aquí el otro día. Es bastante curiosa. ¿Qué opinas?

Le pasé la misiva con la esperanza de que ella correspondiera al gesto. No lo hizo. Dobló su carta y se la guardó en el bolsillo de la falda antes de tomar la mía. Frunció los labios como si estuviera silbando mientras leía la carta.

- ¿Curiosa? Grosera, más bien. La forma de rechazar su invitación deja claro que no quiere conocernos y que no tiene intención de permitir a su sobrina que nos visite. No dice los motivos.

- Creo que puedo aventurar uno.

Nefret me miró sorprendida.

- No sabía que lo supiera.

- Saber… ¿qué?

Parecía arrepentida de haber hablado, pero mi firme mirada exigía una respuesta.

- Que Ramsés se ha interpuesto entre el comandante y la señora Fortescue.

- Qué forma tan vulgar de decirlo. ¿Quieres decir que Ramsés y esa mujer están… conociéndose? Ella podría ser su madre. ¿Qué me dices del otro admirador? ¿Del conde francés?

Nefret hizo un gesto con los labios.

- Detesto este tipo de cotilleos, pero me gustaría que hablara usted con Ramsés. El comandante seguramente no pase de

despreciarlo, pero el conde ha amenazado con desafiarlo.

- ¿Retarlo a un duelo? Qué absurdo.

- Para el conde no lo es. Es bastante galante, al estilo europeo. Besa la mano, choca los tacones…

- ¿Lo conoces?

- Ligeramente. Bueno, me atrevería a decir que no pasará nada. Hay otro motivo para que el comandante no quiera conocernos mejor. ¿Qué tutor responsable permitiría que una jovencita se tratara con un hombre que no sólo es un pacifista y un cobarde sino que es un afamado seductor de mujeres?

- ¡Nefret!

- ¡Lo siento, tía Amelia, pero es lo que se dice de él! Aunque todas las historias que se cuentan son mentiras, siguen repitiéndolas y no podemos hacer nada por evitarlo!

- Acabarán olvidándolas -dije con el deseo de que pudiera creérmelo.

Las mejillas de Nefret perdieron el color provocado por la furia que la había invadido. Sonrió y sacudió la cabeza.

- De alguna forma, él se lo busca. Es difícil culpar a la niña por volverse loca.

- Literal y figuradamente, me temo -dije-. Querida Nefret, él no se lo ha buscado; se lo pidieron y tuvo que rescatarla.

- ¡No es lo que hace, sino cómo lo hace!

No pude evitar echarme a reír.

- Sé lo que quieres decir. Bueno querida, no volverá a hacerlo; al menos a la señorita Hamilton. La carta del comandante me libera de una responsabilidad que me alegro de ahorrarme. Pero Emerson se sentirá decepcionado.

Cuando llegó mi marido, lo hizo acompañado por Cyrus y Katherine Vandergelt, con los que esa noche íbamos a cenar y a ir a la ópera. Deduje que habían ido en automóvil por los atuendos que llevaban. Cyrus era un auténtico dandi; su sobretodo era de lino blanco y la gorra tenía unas gafas incorporadas que se había levantado. Katherine empezó a despojarse de los velos que la envolvían y me saludó cariñosamente.

- Hemos parado en Giza para recoger a Emerson -explicó Cyrus.

- Una idea muy buena. Si no, seguiría allí. ¿Dónde está Anna? No la habréis dejado sola en casa, espero. Me parece que tiene

tendencia a ensimismarse. Es malsano. Quizá debiera pasar más tiempo con nosotros. La mantendríamos ocupada y contenta.

- Eres una entrometida incorregible, Peabody -dijo mi marido mientras se sentaba cómodamente en una butaca y recogía el pequeño montón de cartas-. ¿Qué te hace pensar que Katherine necesita tu consejo sobre cómo tratar a su hija?

- Siempre agradezco el consejo de Amelia -intervino Katherine con una sonrisa afectuosa.

Parecía como si ella necesitara también un poco de alegría. Tenía las mejillas más consumidas y el pelo algo más gris que el año anterior.

- Hemos dejado a Anna con Ramsés -continuó explicándonos-. El no había terminado todavía y ella decidió quedarse para hacerle compañía.

- Entonces, no les esperaremos para tomar el té -decidí-. Emerson, ¿podrías llamar a Fátima y decirle que estamos todos?

Emerson no respondió. Había tirado el montón de cartas al suelo en un arrebato de furia típico de él y miraba fijamente una de ellas. Tuve que repetir su nombre con un grito para que levantara la vista.

- ¿Por qué me gritas? -preguntó.

- No se preocupe, profesor, yo la llamaré -dijo Nefret mientras se levantaba.

- ¿Llamar? ¿A quién? -preguntó mi marido.

- No importa -dije-. Es de muy mala educación leer la correspondencia cuando tenemos invitados. ¿Qué carta te resulta tan absorbente?

Emerson me la pasó sin decir nada.

- Ah, la nota del comandante Hamilton. Espero que no te pongas de mal humor por eso.

- No hay peligro de que me ponga de mal humor -replicó mi marido, a la vez que me miraba con unos ojos penetrantes-. ¿Se te ocurre algún motivo por el que podría hacerlo?

- Bueno, querido, es una nota algo brusca y sé que querías ver…

- Bah -dijo Emerson-. No quiero comentarlo, Peabody. ¿Dónde está…? ¡Ah, Fátima! Perfecto, quiero el té.

Fátima y su joven ayudante estaban preparándolo cuando una forma flexible y ágil aterrizó en la baranda tan repentinamente que Cyrus dio un respingo.

- ¡Por todos los santos! -soltó Cyrus-. ¿Cómo ha llegado hasta ahí? Por la escalera no, o la habría visto.

Seshat lo miró despectivamente y empezó a limpiarse la cara.

- Trepa como una lagartija y vuela como un pájaro -dije entre risas-. Es bastante raro verla saltar de un balcón a otro. Todos nuestros gatos han sido criaturas muy listas, pero no hemos tenido ninguno tan ágil como ésta.

La aparición de *Seshat* anunció, con un minuto de antelación, la llegada de Ramsés; o bien lo había visto acercarse desde algún lugar privilegiado de la casa o los misteriosos instintos del animal le habían prevenido de su llegada. Anna estaba con él. La hija que Katherine había tenido de su primer y desdichado matrimonio tenía veintipocos años. La verdad me obligaba a reconocer que era una joven bastante insulsa. No se parecía en nada a su madre, que poseía un bonito cuerpo mientras su hija apenas tenía formas, y cuyos ojos verdes y el cabello salpicado de mechones grises le daban el aire de una gata atigrada y algo cínica. Los ojos de Anna eran marrones y desvaídos y tenía las mejillas delgadas y hundidas. Además, despreciaba el uso de cosméticos y prefería llevar vestidos de un corte que no resaltaba su figura. Nunca pareció interesarle nadie del sexo contrario, excepto durante un periodo extremadamente embarazoso durante el cual le gustó Ramsés. A él no le atraía la joven en absoluto, de modo que fue un alivio cuando Anna se olvidó de todo.

Me pareció que ese día, ella lo trataba con cierta frialdad. Después de saludarnos, se sentó en el sofá junto a Nefret y le hizo todo tipo de preguntas sobre el hospital.

- He decidido que me gustaría prepararme para ser enfermera.

- Ven a visitarnos cuando quieras -le ofreció Nefret con dulzura-, pero no tenemos instalaciones para formar enfermeras. Si lo dices en serio…

- Lo digo en serio. Una debe hacer lo que pueda, ¿no?

- Recibirías mejor formación en Inglaterra -dijo Nefret-. Podría darte algunas referencias.

- ¡Tiene que haber algo que pueda hacer aquí!

- Algunas señoras han formado comités -intervine yo-. Se reúnen para tomar el té y enrollar vendas.

- Desde luego, es mejor que no hacer nada -declaró Anna.

Miró a Ramsés, quien no se dio por aludido. Comprendí que ése era el problema. Su hermano, a quien ella adoraba, estaba en Francia. Esperé que Anna no aumentara la colección de plumas de Ramsés. El desprecio evidente sería más violento que las demostraciones de desafecto.

Ese año conseguimos un palco para la temporada de ópera, ya que muchos de los abonados habían abandonado el país; algunos voluntariamente y otros como consecuencia de haber sido expulsados por ser aliados del enemigo. Esa noche se representaba *Aída,* una de las óperas favoritas de Emerson. Le gustaba porque la música es algo estruendosa y porque, al desarrollarse en Egipto, tenía la posibilidad de criticar el vestuario y la puesta en escena.

No había sitio para todos en un solo vehículo, así que Nefret vino con nosotros y Ramsés con los Vandergelt. Había convencido a Emerson, muy en contra de su voluntad, para que Selim condujera esa noche. El lector no puede tener ni idea de cuánto deseaba que no condujera mi marido. Estaba especialmente atractivo vestido de frac, que era la etiqueta que se exigía a los abonados a los palcos.

- Me gustaría que Ramsés tuviese la delicadeza de tenernos al tanto de sus planes -dije mientras me hacía cargo del sombrero de Emerson antes de que se sentara encima de él o lo tirara por la ventanilla-. Pensaba que iba a venir con nosotros hasta que ha aparecido vestido con un traje normal.

- ¿Qué más te da? -preguntó Emerson.

- ¿Dónde va?

- No he tenido la impertinencia de preguntárselo, querida. Es un adulto y no está obligado a contarnos lo que hace.

- Mmm -murmuré-. Nefret, me imagino que tú no…

- No -replicó la joven-. Quizá debiera haberles dicho antes que tampoco volveré a casa con ustedes.

- ¿Tenéis algo planeado Ramsés y tú?

- Como ya he dicho, no tengo ni idea de cuáles son sus planes, salvo que no me incluyen.

- ¿Dónde…? ¡Ay!

Emerson me dio un codazo en las costillas y acto seguido empezó a hablar de Wagner.

Cuando los Vandergelt llegaron al palco, Katherine me dijo, después de que se lo preguntara, que habían dejado a Ramsés en la

puerta del Savoy. No era uno de sus sitios preferidos, de forma que iría a encontrarse con alguna persona o a llamar a alguien que se alojaba allí.

No iba a conseguir mucho a base de conjeturas, así que abandoné el asunto por el momento.

El Teatro de la Ópera fue construido por el jedive Ismail en 1869 como parte de la modernización de El Cairo para preparar la visita de la emperatriz Eugenia, que iba a inaugurar el Canal de Suez. Los rumores decían que Ismail estaba locamente enamorado de la emperatriz francesa; no sólo le había construido un palacio primorosamente decorado, sino que también hizo un puente para que pudiera llegar a él y una carretera hasta Giza para que pudiera visitar cómodamente las pirámides. El Teatro de la Ópera rebosaba de terciopelo carmesí y dorado y de brocados de oro. Ismail había encargado *Aida* para la inauguración, pero Verdi no la terminó hasta dos años después, por lo que el jedive y la emperatriz tuvieron que conformarse con *Rigoletto.* Se prepararon varios palcos para las mujeres del harén que debían permanecer ocultas a la vista del público, y que entonces se reservaban para las damas musulmanas.

Katherine y yo sacamos inmediatamente nuestros prismáticos y empezamos a mirar quién había ido y con quién y cómo iban vestidas las damas. No me avergüenzo de ello, aunque Emerson disfrute burlándose de mí. En el peor de los casos, es inofensivo; en el mejor, informativo. Esa noche, el mismísimo general Maxwell ocupaba el grandioso palco del jedive. Era la máxima autoridad de Egipto desde la declaración de guerra y la implantación de la ley marcial, y su palco estaba lleno de oficiales y funcionarios que habían ido a presentarle sus respetos (es decir, a halagar al gran hombre con la esperanza de ganar su simpatía). No me sorprendió ver a Percy entre ellos.

A nosotros también nos observaban. El general no era inmune a esa forma de relación social y al ver que tenía la mirada clavada en su palco me hizo un elegante saludo con la mano. Sonreí y asentí con la cabeza, en las narices de Percy, quien tuvo la osadía de fingir que el saludo iba dirigido a él e hizo una inclinación mientras sonreía. Lo ignoré todo lo ostensiblemente que pude, pero me molestó comprobar que Anna le respondía con la mano. Recordé

que se habían conocido cuando nuestras relaciones con Percy eran relativamente civilizadas.

Me interpuse entre ella y Percy y escudriñé al resto del público. Estaba la señora Fortescue acompañada por alguien del Estado Mayor a quien no conocía. Le pedí a Katherine que me señalara al comandante Hamilton.

- No lo veo -respondió ella-. ¿Por qué te interesa tanto ese caballero?

- Ya te conté la aventura de su sobrina en la pirámide.

- Es verdad. ¿No te ha llamado para darte las gracias?

- Al contrario. Nos ha escrito para comunicarnos que no va a permitir que la niña se trate con nosotros.

- ¡Dios mío! ¿Por qué habrá hecho tal cosa?

- No seas tan delicada conmigo, Katherine. Me imagino que habrá oído las habladurías sobre Ramsés.

Anna no se perdía ni una palabra de nuestra conversación.

- ¿Se refiere a sus ideas pacifistas o a su fama con las mujeres, señora Emerson? -preguntó con su voz ronca de muchacho.

- No creo que haya necesidad de comentarlo ni de calumniar -dijo secamente Katherine.

Las hundidas mejillas de Anna se enrojecieron.

- Es un pacifista. Decirlo no es una calumnia.

La conversación llamó la atención de Nefret.

- Yo no diría que Ramsés es un pacifista -dijo juiciosamente-. Está dispuesto a luchar si lo considera necesario. Y lo hace endiabladamente bien.

- Nefret… -murmuré.

- Lo siento -dijo ella-. Sólo quería dejar las cosas claras. ¿Te has apuntado a los comités para enrollar vendas, Anna?

El tono desdeñoso hizo que la joven se pusiera tensa.

- Quiero hacer algo más… difícil, más útil.

- ¿De verdad? -Nefret apoyó la barbilla en la mano y miró a la muchacha con una sonrisa encantadora-. Pásate mañana por el hospital. Un par de manos pueden venirnos bien.

- Pero allí no voy a atender a soldados.

- No. Sólo tratarás con mujeres que han sido heridas en otro tipo de guerra; la guerra más duradera de la historia. Una guerra que no se ganará ni rápida ni fácilmente.

- Lo lamento mucho por ellas, naturalmente -empezó Arma-, pero…

- Pero tú te ves secándoles el sudor a jóvenes y atractivos oficiales que han recibido heridas leves en el brazo o el hombro. Creo -continuó Nefret- que te vendría bien conocer a alguna de las mujeres que acuden a nosotras, escuchar su historia y ver sus heridas. Te dará una idea de lo que es la guerra en realidad. ¿Te apuntas?

Anna se mordió el labio, pero ninguna joven con un mínimo de personalidad habría resistido el reto.

- Sí -dijo desafiante-. Te demostraré que no soy tan frívola como crees. Iré mañana y haré lo que me pidas que haga, y me quedaré hasta que me eches.

- De acuerdo.

Miré a Katherine. Esperaba que se hubiera opuesto, pero tan sólo sonrió ligeramente y tomó los prismáticos.

- ¡Ah! Ahí está el comandante Hamilton, Amelia. En el centro de la tercera fila. Pelo rojo grisáceo y chaqueta de terciopelo verde.

- Válgame Dios, que colorista -dije al identificarlo sin problemas gracias al color del pelo-. ¿Crees que llevara falda escocesa?

- Seguramente, es lo propio con esa chaqueta.

Dado que los lectores conocerán la ópera, no me extenderé en los detalles de la representación. Cuando cayó el telón, acompañado por el estruendo que encerraba para siempre a los amados en su tumba, todos prorrumpimos en aplausos, menos Emerson que empezó a moverse con inquietud. Si hubiese podido, habría salido disparado en cuanto se hubiese apagado el eco de la última nota. A mí me parecía descortés y poco patriótico, por lo que le obligué a permanecer sentado durante la salida a escena de los cantantes para responder a los aplausos y entonar el *God Save the King*.

Cyrus propuso ir a cenar algo, pero era tarde y sabía que Emerson querría levantarse antes del alba, así que nos despedimos de los Vandergelt y nos montamos en nuestro automóvil.

- Puede dejarme en el Semiramis, Selim -dijo Nefret.

- ¿Con quién vas a cenar, Nefret? -le pregunté.

Esperaba que Emerson me diera otro codazo en las costillas, pero se aclaró la garganta ruidosamente.

- No tienes por qué contestar, Nefret. Mmm… a no ser que

quieras hacerlo -dijo.

- No es ningún secreto -dijo Nefret-. Con lord Edward Cecil, la señora Fitz y gente de su grupo. Creo que conocen a la señora Canley Tupper.

La conocía. Era frívola y necia, pero no era mala, como los demás del «grupo», incluido lord Edward.

- También vendrá el comandante Ewan Hamilton -añadió Nefret.

Esa noche no pude pegar ojo, aunque Emerson durmió apacible y sonoramente a mi lado. Nefret no había vuelto a la hora prevista, como tampoco lo había hecho Ramsés. ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? ¿Con quién? No paré de dar vueltas por la preocupación, no porque estuviera incómoda. En general, esos dos muchachos me habían dado menos problemas cuando eran niños. Entonces, por lo menos tenía el derecho de controlar sus actos y preguntarles por sus planes, aunque no siempre me obedecieran o me contestaran la verdad…

La entrada silenciosa del intruso no me alarmó. No me di cuenta de su presencia hasta que estuvo al lado de la cama y avanzó lenta e inexorablemente hacia mi cabeza. Noté un peso sobre el pecho y algo húmedo y frío que me tocaba la mejilla.

- ¿Qué haces? -pregunté-. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

No hubo respuesta, tan sólo una presión mayor sobre la cara. Cuando me moví, el peso se esfumó y la sombra desapareció. Me levanté sin despertar a Emerson. Me entretuve el tiempo justo para ponerme una bata y unas zapatillas y fui hasta la puerta. La gata ya estaba allí y se deslizó fuera en cuanto abrí la puerta.

Una lámpara se había quedado encendida sobre la mesa del vestíbulo. La agarré rápidamente. *Seshat* me guiaba y miraba de vez en cuando hacia atrás para cerciorarse de que la seguía.

Sólo había podido entrar en nuestro cuarto por la ventana. Uno de sus paseos favoritos era por la balconada que había debajo de las ventanas del primer piso. Se paró delante de la habitación de Ramsés, como me había imaginado que haría, y me miró.

Llamé suavemente a la puerta; no hubo respuesta. Intenté abrir; estaba cerrada con llave.

Tampoco me sorprendió. Mi hijo había sido siempre muy insistente con que se respetara su intimidad, y, naturalmente, tenía todo el derecho.

Unos días antes, yo había tenido la previsión de hacerme con una llave que sirviera para la puerta de Ramsés. Tenía otra para la de Nefret. No me pareció oportuno decírselo a las personas implicadas porque casi con toda certeza habrían encontrado otras medidas de seguridad que no me habría sido fácil esquivar. Naturalmente, nunca habría usado las llaves salvo en caso de emergencia extrema, como el que se me presentaba ahora.

Abrí la puerta bruscamente. Es lo que suelo hacer cuando presiento que voy a encontrarme con un intruso, pero debo reconocer que el portazo a veces sorprende a alguien que no lo es. Escuché un juramento sordo de Emerson, que estaba a mi lado sin que me percatara de ello; se acercó apresuradamente y me puso una mano en el brazo.

- Peabody, ¿qué demonios…?

No terminó la frase, se había quedado sin respiración.

Entraba suficiente luz por las ventanas como para poder distinguir una figura inmóvil sobre la cama. Estaba cubierta hasta la barbilla por la colcha y las sábanas y apoyaba la cabeza oscura sobre la almohada. Había otra figura boca abajo en el suelo, entre la cama y la ventana. Parecía un campesino porque llevaba los pies descalzos y tenía una túnica azul oscuro raída y rota.

Le di la lámpara a Emerson y corrí a arrodillarme junto a él.

- ¡Ramsés! ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

No hubo respuesta, lo cual era como una respuesta. Emerson dejó la lámpara en una mesa cercana mientras yo sacudía el cuerpo inmóvil de mi hijo.

- Iré a buscar un médico.

- No -repliqué enérgicamente.

Había conseguido darle la vuelta a Ramsés. Mis sacudidas dejaron al descubierto el pecho y el trozo de tela ensangrentada que llevaba torpemente atado alrededor de la parte superior del brazo y el hombro. Debió de haberlo arrancado de la camisa, ya que ésta estaba hecha jirones. La otra prenda que llevaba, aparte del cinturón y el puñal, eran unos calzoncillos de algodón hasta la rodilla, lo que completaba la indumentaria de un egipcio de la clase más pobre.

- No -repitió Ramsés.

Había abierto los ojos e intentaba sentarse. Lo apoyé en mi

regazo. Ramsés dijo algo inaudible y *Seshat* gruñó.

- ¿No? -Emerson frunció el ceño-. Entiendo. Tu botiquín, Peabody.

- Cierra la puerta cuando salgas -dije-. Y, por amor de Dios, no despiertes a los sirvientes.

Saqué el puñal de Ramsés de su funda y empecé a cortar el vendaje. Él permanecía quieto y me miraba con un aire de aprensión comprensible. El puñal era muy grande y afilado.

- ¡Santo Dios! ¡Qué cura más espantosa!

- No tuve mucho tiempo.

Me detuve un momento en lo que era evidentemente una operación delicada y lo miré de cerca a la cara. Al pasar los dedos por su mentón, noté unas manchas ligeramente pegajosas.

- ¿Qué ha sido de la barba, el turbante y el resto de tu disfraz?

- No lo recuerdo. Estaba en el agua… -Se puso rígido al notar la punta del puñal-. ¿Cómo lo ha adivinado?

- ¿Que has estado mezclado en algún asunto de los servicios secretos? No por ningún descuido tuyo, si eso es lo que te preocupa. Sabía que no eludirías tus obligaciones, por muy peligrosas y desagradables que fueran.

Ramsés apretó los labios y volvió la cabeza.

- Lo siento -dije-. Intento no hacerte daño.

- No me hace daño, pero tendrá que hacerlo. No me atrevo a correr el riesgo de que un médico vea lo que está claro que es una herida de bala.

- Estas heridas no son de bala -dije mientras me apartaba un poco y quitaba otro trozo de tela que dejó al descubierto una serie de cortes por encima de la clavícula.

Ramsés bizqueó al mirar a una distancia tan corta de la nariz.

- No, ésas no -murmuró.

- Maldita sea -dije mientras cortaba el último trozo de tela. Por desgracia, no había dudas sobre el origen del agujero que había en la parte superior del brazo-. ¿Dónde has estado?

- En teoría, en el bar del Shepheard's; los habituales sólo desprecian a quienes no les gustan, no les disparan.

- Podría haberte atacado un ladrón cuando volvías a casa.

- Sabe mejor…

Contuvo la respiración con un gesto de dolor y *Seshat* me puso la

zarpa en el brazo. Las garras me pincharon la piel.

- Lo siento -repetí (esta vez para la gata).

- No importa -dijo Ramsés (a la gata)-. Esa historia no se la creerá nadie, madre.

- No -reconocí-. Los ladrones de El Cairo no llevan armas de fuego. Los únicos que las tienen… ¿Me estás diciendo que te ha disparado un policía o un soldado? ¿Por qué?

Emerson apareció con el botiquín antes de que pudiera seguir con las preguntas, llevaba puestos los pantalones, lo cual me complació. Entre los dos subimos a Ramsés a la cama y retiramos el bulto de almohadas y la peluca negra. Emerson llenó una palangana con agua y yo empecé a limpiarle las heridas.

- Podía haber sido peor -comentó mi marido, aunque con aire serio que desmentía aquellas palabras-. ¿A qué distancia estabas cuando te dispararon?

- Todo lo lejos que pude -contestó Ramsés con una leve sonrisa-. Fue auténtica mala suerte que…

Se calló bruscamente y se clavó los dientes en el labio inferior al sentir el paño empapado en alcohol sobre los cortes.

- No te hagas el héroe -dije secamente-. Ramsés, no me gusta el aspecto que tiene esto. La bala ha atravesado la carne del brazo, pero debió golpear contra otra superficie después. Parece como si te hubieran alcanzado unas esquirlas de piedra. Una de ellas está profundamente incrustada. Si Nefret no está de camino, podría pedir que fueran a buscarla. Yo preferiría que se ocupara ella.

- ¡No, madre! Nefret no debe saberlo.

- ¡No pensarás que no guardaría el secreto! -dije con la misma vehemencia que había empleado él-. ¿Nefret?

- Madre, ¿cómo podría metérselo en la cabeza? Lo siento. Pero éste no es uno de los habituales encuentros de la familia con delincuentes. ¿Piensa que no confío en usted y en padre? No se lo habría dicho a ustedes tampoco. No estaba autorizado. La misión es parte de una operación más amplia. Alguien la ha bautizado como la Gran Partida. ¡Qué nombre tan sarcástico para un asunto que exige el engaño, el asesinato y la traición de todos los principios que nos habían enseñado como rectos! Bueno, yo no mataré si no es en defensa propia, no me importa lo que digan, pero he jurado seguir las otras reglas del juego y la más importante es que no

puedo implicar a nadie más si no tengo la autorización de mis superiores. Cuanto más sepan, mayor será el riesgo que corren. No debería haber venido esta noche, debería haber ido…

Se quedó sin respiración y no pudo continuar. Emerson, que lo había observado con el ceño fruncido, le puso la mano sobre la frente sudorosa.

- De acuerdo, hijo mío, no hables. Lo entiendo.

- Gracias, padre. Me imagino que habrá sido *Seshat* quien les llevó hasta mí…

- Sí -dije-. Gracias a Dios que lo hizo. Pero ¿cómo vas explicarle a Nefret que mañana vas a quedarte en la cama?

Ramsés apretó los labios con obstinación.

- Mañana estaré en la excavación, como siempre. No, madre, por favor, no discuta. No tengo fuerzas para dar explicaciones. ¿Por una vez no puede aceptar mi palabra de que es necesario y conformarse?

Se desmayó, aunque más tarde de lo que me habría gustado.

Capítulo 4

Después de haber extraído el último fragmento de piedra se la entregué a Emerson, quien la limpió con un trozo de gasa y la examinó detenidamente.

- Ninguna pista, es un trozo de piedra caliza normal y corriente. ¿Dónde estuvo anoche?

- No me lo dijo.

- Tenemos que conseguir que nos lo diga de alguna manera -dijo Emerson-, pero no ahora. ¿Quieres que haga yo eso, querida?

- No, puedo hacerlo yo. Si quieres, ayúdame a levantar su brazo, con cuidado.

Cuando terminé de vendar las heridas, Ramsés había recuperado la consciencia.

- El efecto de la novocaína se te pasará pronto -dije-. ¿Prefieres láudano o un poco de la morfina de Nefret? Creo que puedo acertar con la aguja en una vena.

- No, gracias -respondió Ramsés desmayada aunque decididamente.

- Tienes que tomar algo contra el dolor.

- El brandy será suficiente.

Lo dudé, pero tampoco podía taparle la nariz y obligarle a beber el láudano. Preparé una copa de brandy y Emerson lo ayudó a sentarse. Ramsés acababa de agarrar la copa cuando se oyeron unos pasos en el vestíbulo.

- ¡Por todos los demonios! -solté al reconocer esos pasos rápidos y ligeros-. Emerson, ¿has cerrado con llave…?

Emerson salió corriendo, lo que demostraba que no lo había

hecho. Mi marido puede moverse como una pantera si la situación lo exige, pero esa vez fue un poco lento. Sin embargo, consiguió esconderse detrás de la puerta cuando ésta se abrió de golpe.

Nefret se quedó en el umbral. Parecía la princesa de un cuento iluminada por la luz del pasillo, le resplandecían las joyas que llevaba en el pelo y los brazos, y los velos de gasa del vestido la rodeaban como una bruma. Tuve suficiente clarividencia como para empujar con el pie debajo de la cama las espantosas pruebas de nuestras actividades. El fuerte vaho a brandy disimulaba el olor a sangre y antisépticos. Ramsés se había tapado con la sábana hasta la barbilla; sólo sobresalía el brazo con la copa. La mitad del contenido se había derramado.

- ¡Qué amable por asomarte! -dijo con una mueca algo despectiva-. Te has perdido el sermón de madre sobre lo perniciosa que es la bebida, pero has llegado justo a tiempo para sostener la palangana mientras vomito.

Ella permaneció tan quieta que las joyas ni siquiera se movieron. Luego se dio la vuelta y desapareció. Nadie se movió hasta que oímos cómo cerraba la puerta de su cuarto.

Emerson cerró la puerta con llave. Ramsés se bebió lo que quedaba de brandy y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

- Gracias, madre. No hace falta que se quede. Váyase a la cama.

No hice caso de la sugerencia, como él sabía muy bien qué haría. Señalé la palangana y las ropas manchadas que había dentro.

- Emerson, ocúpate de eso. Encuentra un sitio seguro para esconderlas. Luego haz la ronda y…

- Sí, cariño, no hace falta que me lo expliques -me acarició el pelo.

Ramsés abrió los ojos en cuanto Emerson salió y cerró la puerta.

- Sigo odiando esta maldita guerra -murmuró confusamente.

- Entonces, ¿por qué haces esto?

Movió la cabeza con inquietud.

- No siempre es fácil distinguir lo que está bien de lo que está mal, ¿verdad? Le elección suele ser entre lo que está peor y lo que está mejor…ya veces… a veces la línea que lo separa es más fina que un pelo. Pero uno debe hacer una elección. Uno no puede lavarse las manos y dejar que los demás corran los riesgos… lo que incluye el riesgo de equivocarse. Siempre hay algo mejor… y algo

peor. Lo que digo no tiene mucho sentido, ¿verdad?

- Para mí, tiene todo el sentido del mundo -dije amablemente-, pero tienes que descansar. ¿No puedes dormir?

- Lo intento -se calló un instante-. Cuando era pequeño, solía cantarme para que me durmiera. ¿Lo recuerda?

- Lo recuerdo -tuve que aclararme la garganta antes de poder seguir-. Siempre sospeché que te hacías el dormido para no tener que oírme cantar. No es uno de mis talentos más evidentes.

- A mí me gustaba.

Puso la mano sobre la sábana con la palma hacia arriba, como si fuera un mendigo que pidiera limosna. Cuando la tomé, él cerró los dedos alrededor. Yo tenía un nudo en la garganta que apenas me dejaba hablar, y mucho menos cantar, pero el férreo dominio de mí misma que había cultivado durante años me resultó muy útil; la voz me salió firme, aunque no melodiosa.

Había tres cuervos sentados en una rama
de plumas negras, de plumas negras…

Esa vieja balada tenía diez interminables versos y no es una cancioncilla sobre pájaros, como podría pensar alguien que no la conozca. Ramsés me comunicó que encontraba muy aburridas las nanas en cuanto tuvo edad suficiente como para tener una opinión sobre el asunto. Dijo que prefería algo más fuerte. Quizá no fuera una actitud extraña en un niño que se había criado entre momias, pero yo era la primera en reconocer que Ramsés no era un niño normal.

Esbozó una leve sonrisa mientras me escuchaba y cerró los ojos. Cuando llegué al verso donde la amada del caballero muerto «levanta su cabeza ensangrentada», él ya respiraba profunda y lentamente.

Me incliné sobre él y le aparté de la frente los rizos mojados por el sudor. Me había equivocado; no estaba dormido. Abrió los párpados.

- Yo era una bestezuela sedienta de sangre, ¿verdad?

- ¡No! -dije precipitadamente-. No. Nunca hiciste daño a ninguna criatura viviente, ni siquiera a un ratón o un escarabajo. Corrías muchos riesgos para evitar que les hicieran daño, fueran los gatos, los cazadores o sus desalmados dueños. Eso es lo que haces ahora, ¿no? Arriesgarte para que la gente…

Era inútil, no pude seguir. Me apretó la mano y me sonrió.

- No se preocupe, madre. No pasa nada.

Se me desbordaron las lágrimas que había estado conteniendo y lloré como no había llorado desde el día que murió Abdullah. Me puse de rodillas y apoyé el rostro sobre la colcha para intentar sofocar los sollozos. Él, torpemente, me dio una palmada en la cabeza, lo que hizo que mi llanto arreciara más todavía.

Cuando dejé de llorar, levanté la cabeza y comprobé que estaba dormido. Las sombras le suavizaban los rasgos y la poderosa línea de la mandíbula y la barbilla; el gato estaba acurrucado junto a su cabeza y parecía el niño que había sido hasta hacía poco.

Me senté junto a la cama y Emerson apareció.

- Todo despejado -susurró.

- Perfecto.

Atravesó la habitación y se colocó detrás de mí poniendo las manos sobre mis hombros.

- ¿Has llorado?

- Un poco. En realidad, bastante. No sé si podré soportarlo, Emerson. Debería estar acostumbrada después de tantos años junto a ti, pero él se expone al peligro más temerariamente que tú. ¿Por qué tiene que arriesgarse tanto?

- ¿Lo aceptarías de otra forma?

- ¡Sí! Aceptaría que se comportara con sensatez; que tuviera cuidado; que evitara los peligros.

- En resumen, que fuera otra persona. No podemos cambiarlo, querida; intentemos pensar cómo podemos ayudarlo. ¿Qué pusiste en el brandy?

- Veronal. Emerson, no puede levantarse mañana y mucho menos trabajar en la tumba.

- Lo sé. Voy a buscar a David.

- David. -Me froté los doloridos ojos-. Claro, David está aquí, ¿verdad? Por eso Ramsés ha estado en dos sitios a la vez. David estuvo en Shepheard's y Ramsés… Lo siento, Emerson, soy un poco lenta. ¿Qué ha estado haciendo?

- Piénsalo, querida -me apretó los hombros-. Has pasado por bastante tensión, pero estoy seguro de que tu penetrante inteligencia te llevará a la misma conclusión a la que he llegado yo. No puedo quedarme si quiero traer a David antes de que amanezca.

- ¿Sabes dónde está?

- Creo que sí. Tardaré lo menos posible. Intenta descansar un poco.

Me inclinó la cabeza hacia atrás y me besó. Caminó hacia la puerta con una elasticidad que hacía mucho tiempo que no le veía y cuando se volvió y me sonrió, reconocí al Emerson que amaba: mirada encendida, hombros firmes, un cuerpo alto que vibraba por la decisión. Mi querido Emerson volvía a ser el mismo otra vez, ¡embriagado por el peligro, espoleado por la necesidad de acción!

La noche se me hizo larga. Me senté y apoyé la cabeza en el respaldo de la butaca, pero no pude dormir. Era muy propio de Emerson lanzar un amable desafío para que pusiera a prueba mi inteligencia en vez de preocuparme. Naturalmente, la respuesta se hizo evidente en cuanto puse a trabajar mi cerebro.

El asunto en el que estaba involucrado Ramsés se había preparado con mucha antelación y con la colaboración de algún personaje de la Administración. Se necesitaba a alguien como el mismísimo Kitchener para que autorizara el engaño y enviara a la India a otro hombre en lugar de David. En su día, me pregunté por qué habían enviado a David a la India en vez de a Malta, donde estaban los demás prisioneros; entonces lo entendí: nadie que conociera a David podría encontrarse con el impostor. Había formas para comunicarse con el exterior hasta desde las prisiones mejor vigiladas y si en El Cairo se enteraban de que David no estaba donde se suponía que debía estar, se preguntarían cuál era su auténtico paradero.

Las partes interesadas, que eran demasiadas, por desgracia, también acabarían por preguntarse si la abierta oposición de Ramsés a la guerra no sería sino una forma de encubrir las actividades clandestinas para las que estaba tan bien dotado. Si tenía alguna misión, la única forma para evitar las sospechas era que David ocupara su lugar en momentos clave. Yo conocía a Ramsés y sabía que su aversión hacia la guerra era sincera, pero también había sido parte del plan. Se había ganado un desprecio tan general que pocas personas le asociarían con él, o con David, como podía ser el caso.

Emerson tenía razón; la respuesta era evidente. Si se podía devolver secretamente del exilio a una persona, también se podía

enviar secretamente a otra. El militante nacionalista al que buscaban las autoridades británicas no era Kamil el-Wardani, sino mi hijo; por eso Thomas Russell había dado un paso tan poco habitual como invitarnos a acompañarle en su fallida redada, y por eso Wardani se había escapado tan hábilmente. La redada estaba preparada para fallar. Su único propósito era proporcionar unos testigos incontestables que podrían verificar que Wardani estaba en otro sitio mientras Ramsés daba el espectáculo en el club; el motivo de la sustitución debía tener algo que ver con lo que Russell dijo esa noche. Algo sobre luchar contra una guerrilla en El Cairo mientras los turcos atacaban el Canal de Suez… Wardani era la clave… sin él, el movimiento se derrumbaría.

Había llegado a ese punto en mi razonamiento cuando unos leves ruidos me sobresaltaron. Miré a Ramsés y comprobé que no se había agitado. No había sido el ruido de las sábanas. Era… tenía que ser…

Me puse de pie de un salto, palpé debajo del colchón y encontré el puñal donde mi hijo me había pedido que lo dejara. Corrí hacia la ventana y abrí las cortinas a tiempo para ver una figura oscura que se balanceaba sobre la balaustrada del balcón. Me vio.

- ¡Tía Amelia, espera! ¡Soy yo!

Mi primer impulso fue rodearlo con los brazos, pero fui lo suficientemente sensata como para ayudarle a entrar antes. Afortunadamente, había hablado, pues nunca habría reconocido al rufián barbudo cuya cara cortada tenía una sonrisa burlona. La cicatriz entraba por debajo del parche que le cubría un ojo, pero el otro era el delicado ojo marrón de David que brillaba con lágrimas de emoción. Me devolvió el abrazo con tanta intensidad que me hizo daño con la barba en la mejilla.

- ¡Oh, David!, mi querido niño, ¡me alegro tanto de verte! ¿Dónde está Emerson?

- Está entrando en la casa por la puerta. Hemos pensado que sería mejor que yo no me arriesgara.

- No deberías haberte arriesgado a venir de ninguna forma -dijo una voz crítica desde la cama.

Se oyó una llave y Emerson entró.

- Caray -exclamó-. Ha faltado poco. Fátima empezará a rondar enseguida. Peabody, baja ese puñal, ¿qué demonios haces?

- Defiende a su pequeñuelo -dijo David con una mueca que era una sonrisa espantosa-. Si no llego a hablar, me raja.

- No deberías estar aquí -insistió Ramsés.

Evidentemente no le había dado suficiente somnífero. Tenía los ojos medio cerrados, pero su furia era tal que le permitía hablar.

- No tenemos tiempo para estar de charla -le cortó tranquilamente Emerson-. David, cámbiate deprisa, y deshazte de esa barba, y… haz lo que tengas que hacer.

- No se preocupe -dijo David mientras se arrancaba la barba y se dirigía hacia la jofaina que había en el rincón de la habitación-. Últimamente he hecho de Ramsés tantas veces que engañaría a casi todo el mundo, pero Nefret no debe verme. Nos conoce demasiado como para engañarla. Necesito más luz, tía Amelia.

Me acerqué con la lámpara. Después de revolver en el aparador, sacó unos frascos y cajas y se miró la cara en un pequeño espejo.

- ¿Puedo decir algo? -pidió Ramsés, que seguía tumbado y completamente exasperado.

- No -dijo su padre-. David y yo ya lo tenemos pensado. Peabody, le dirás a Fátima que Ramsés está haciendo un experimento repugnante y que no debe permitir que nadie entre en su habitación. No sería la primera vez. Encárgate de que tenga todo lo que necesita antes de que nos vayamos esta mañana. Ahora sal para que David pueda cambiarse de ropa.

Dejé la lámpara en la mesa. David se había borrado la cicatriz y se había quitado la cinta oculta que le deformaba la boca. Vio que le observaba y sonrió de medio lado.

- El parecido no tiene por qué ser exacto, tía Amelia. Se sabe que Ramsés está aquí y yo no, así que siempre le verán a él y no a mí. Todo irá bien si consigo salir sin que me vea Nefret.

- Luego… en la excavación… -empecé a decir.

- Exactamente -dijo Ramsés-. David no puede hacerlo. Si el yacimiento fuera más grande, como Zawaiet, podría mantenerse a cierta distancia, pero sólo hemos limpiado una habitación de la tumba, y yo he estado…

- Tendremos que ampliar el campo de actuación, eso es todo -dijo Emerson tranquilamente-. Déjalo en mis manos.

- Pero, padre…

- He dicho que lo dejes en mis manos -Emerson se apoyó el dedo

en la hendidura de la barbilla-. Si he entendido bien, lo importante es que hoy se te vea normalmente y sin señales de estar herido.

Ramsés miró fijamente a su padre.

- ¿Qué sabe?

- Las explicaciones tendrán que esperar. Ahora no hay tiempo. ¿Verdad?

- Así es.

Se le suavizaron las arrugas de la tensión (y de genio) que le marcaban el rostro. Emerson producía ese efecto en la gente; sólo verlo, con los ojos azules firmes y su vigoroso aspecto preparado para actuar, tranquilizaría a cualquiera, incluso a alguien que no lo conociera tan bien como su hijo.

- La verdad -continuó Ramsés- es que vendría muy bien que en algún momento David hiciera una breve pero muy pública demostración de fuerza y salud.

- ¿Alguna sugerencia? -David añadió algunos pelos falsos a sus cejas.

- Puedes rescatarme -dije-. Haré que mi caballo salga corriendo conmigo encima y caiga en una zanja o quizá…

- Calma, Peabody -me interrumpió mi marido con cierta preocupación.

David se rió, me miró y me dio un abrazo.

* * *

Nuestro comportamiento durante el desayuno se pareció a un juego infantil, a una mezcla del juego de las sillas y el escondite. Afortunadamente, Nefret no había bajado todavía; no puedo imaginarme qué habríamos hecho si ella llega a estar en la mesa, porque yo iba y venía con cestas de comida y jarras de agua mientras David y Emerson fingían comer el doble de lo que realmente comían. David estaba sentado encorvado sobre el plato y sólo emitía monosílabos y Emerson rompió varias piezas de loza (algo bastante habitual, debo añadir) para distraer a Fátima. Mis idas y venidas enmudecieron a Ramsés (algo bastante poco habitual). Después de haberme asegurado de que tenía todo lo que necesitaba, le ordené que se durmiera, dejara a *Seshat* de guardia y cerrara la puerta con llave. Nefret llegó poco después de que me sentara a la mesa.

- ¿Dónde está todo el mundo? -preguntó.

Dejé la cuchara y la miré atentamente. Tenía las mejillas pálidas y ojeras.

- Querida niña, ¿estás enferma o has tenido una pesadilla? Creía que ya se te habían pasado.

- Pesadillas, tía Amelia. No se me han pasado.

- Si pudieras llegar a entender por qué se producen…

- Sé por qué se producen, y no puedo hacer nada para evitarlas. No me acose con preguntas, tía Amelia. Estoy bien. ¿Dónde está…? ¿Dónde están el profesor y Ramsés?

- Se han ido a la excavación.

- ¿Qué tal está esta mañana?

- ¿Ramsés? Como siempre. Un poco malhumorado, quizá.

- Como siempre -murmuró Nefret.

- Prométeme que no vas a reñirle, cariño. Ya he hablado con él y cualquier crítica, sobre todo si viene de ti…

- No tengo intención de reñirle. -Nefret apartó el plato de comida que no había probado-. ¿Nos vamos?

- No he terminado todavía. Y tú deberías comer algo.

Estaba claro que Emerson tenía pensado algo para mantener apartado a David, pero yo no sabía qué era y quería darle tiempo suficiente.

- ¿Lo pasaste bien anoche? -pregunté mientras asía la mermelada.

Nefret frunció un poco las cejas con un gesto de fastidio, pero empezó a comer un huevo.

- Fue bastante aburrido.

- Y volviste pronto a casa.

- No era muy pronto, ¿no? -dudó un instante-. ¿Por qué no me lo pregunta directamente, tía Amelia? Vi luz por debajo de la puerta de Ramsés y sentí la necesidad de un poco de conversación inteligente después de haber pasado una noche aburrida con «la flor y nata de la sociedad».

- Me lo imaginaba -dije-. No hacía falta que me lo explicaras.

- Lo siento -se apartó un mechón de la frente-. Anoche no dormí mucho.

Pensé que ella no había sido la única mientras comía la tostada. Nefret dio un pequeño respingo.

- La verdad es que conocí a alguien interesante -declaró

repentinamente animada-. Ni más ni menos que el comandante Hamilton, el mismo que le escribió esa carta tan grosera.

- ¿Es parte de la «flor y nata»? -pregunté con un tono bastante sarcástico.

- La verdad es que no. Es mayor que los demás y menos propenso a los chistes insustanciales; ellos pasan así su tiempo libre, ya sabe, gastándose bromas unos a otros y a los demás. Quizá por eso estuvo hablando conmigo. Es bastante encantador, en un estilo algo solemne.

- Por Dios -exclamé-. Nefret no habrás…

- ¿Coqueteado con él? Naturalmente que lo hice, pero no llegué muy lejos -reconoció la joven con una sonrisa-. Se comportó como un tío indulgente. Pensé que me acabaría dando una palmadita y diciéndome que había tomado demasiado champán. Estuvimos casi todo el tiempo hablando de la señorita Hamilton. ¡Todo fue de lo más correcto!

- ¿Qué dijo de ella?

- Oh, que está aburrida y que él no sabe qué hacer. No tiene hijos; su mujer murió hace muchos años y él ha permanecido fiel a su recuerdo. Yo le pregunté por qué no permitía que Molly nos visitara.

- ¿Con esas palabras?

- Sí, ¿por qué no? Él farfulló atropelladamente algo sobre que no quería que nos resultara una molestia y yo le aseguré que nosotros no se lo permitiríamos. Les he invitado para que vinieran a vernos en Navidad. Espero que no le importe.

- Bueno -dije un poco perpleja por lo que acababa de oír-, bueno, no, pero…

- Aceptó encantado. No quiero comer más, tía Amelia. ¿Está preparada para marcharnos?

No podía retenerla más tiempo y debo reconocer que el corazón me latía más rápidamente a medida que nos acercábamos a la Gran Pirámide. Ya había una buena cantidad de turistas. Casi todos estaban en la cara norte, donde se encontraba la entrada, pero había algunos diseminados, y al acercarnos a la cara sur pude oír la voz de Emerson que rugía contra un pequeño grupo que se había acercado a nuestra tumba. Algunos visitantes creían que éramos parte de las atracciones turísticas de Giza.

- Idiotas impertinentes -remachó mientras los turistas se dispersaban entre graznidos de indignación.

Desmonté y le di las riendas a Selim. ¿Habría alguien entre ellos que se hubiese acercado con un propósito más siniestro que la mera curiosidad?

- ¿Dónde está Ramsés? -preguntó Nefret-. ¿Dentro?

- No -dijo Emerson-. Esta mañana me han dado unas noticias algo inquietantes, queridas -siguió, antes de que ella pudiera preguntarle cómo las había recibido-. Al parecer, alguien ha estado excavando sin permiso en Zawaiet el'Ayran. He mandado a Ramsés para que vea los daños; se ha quedado el tiempo justo como para avituallarse un poco.

Zawaiet era un lugar donde habíamos trabajado durante algunos años, uno de los yacimientos más aburridos de Egipto, pensaba yo, por lo menos hasta que encontramos el cementerio real de la Dinastía III. En realidad, eran objetos rescatados de un antiguo saqueo de tumbas y vueltos a enterrar, pero aun así el hallazgo era extraordinario y algunas de las piezas eran únicas y muy hermosas. Y muy frágiles; necesitamos una temporada entera para extraerlas y restaurarlas. Muchas de las tumbas privadas que rodeaban la pirámide permanecían sin excavar y Emerson sentía un interés muy protector sobre ellas, aunque no formaran parte de nuestra concesión.

- Dios mío, qué angustia -exclamé-. Quizá debiera ir yo también para ver qué puedo hacer.

- Es buena idea -aprobó Emerson sin darle importancia-. Selim puede ayudar a Nefret con la fotografía. Eh… procura que no te peguen un tiro o te secuestren, Peabody.

- Eres muy gracioso, querido -dije entre risas.

Sentí alivio y admiración por la astucia de Emerson mientras cabalgaba por la llanura que llevaba hacia el sur. La excusa era válida y estaba bien explicada. Bastantes personas, entre otros algunos de nuestros hombres, habían visto a «Ramsés» montado sobre Risha; podía pasar fuera casi todo el día sin despertar sospechas y cuando volviera…

Quizá Emerson ya lo hubiera planeado con David, pero si no, a mí ya se me habían ocurrido algunas ideas.

Como no tenía prisa, permití que el caballo fuera al paso que

quisiera. Todavía era temprano y hacía fresco. El sol había salido sobre las colinas de Mokattam y resplandecía sobre el río que discurría a mi izquierda, bajo la llanura desértica. La fértil tierra que bordeaba el río estaba verde con la nueva cosecha. Desde mi posición privilegiada podía ver el tráfico que circulaba por la carretera que había abajo: los *fellahin* que iban a trabajar en los campos o las tiendas, y los turistas que se dirigían hacia Saqqara u otros puntos al sur de Giza. Una parte de mí anhelaba bajar y tomar la carretera para ir a casa, pero no me atreví; no llegaría hasta Ramsés sin que me viera Fátima o alguno de los otros criados.

Zawaiet está cerca de Giza; no tardé en divisar el montículo que fue una pirámide (aunque no muy buena). David estaba esperándome. Se acercó corriendo y yo reduje el paso para poder hablar con él sin que nos oyera el pequeño grupo de egipcios que esperaba cerca de la pirámide. Serían algunos lugareños que buscaban un trabajo.

A medida que David se acercaba, yo me preguntaba cómo era posible que dos hombres se parecieran tanto como Ramsés y él y, sin embargo, fueran tan distintos. Llevaba puesta la ropa de Ramsés y el salacot le ensombrecía el rostro, pero la silueta era casi idéntica: piernas largas, cintura estrecha y hombros anchos, aunque yo podía distinguirlos por la forma de moverse.

- Se han presentado algunos lugareños -dijo David.

- Tampoco me sorprende. Están deseando trabajar y son muy curiosos.

- La verdad es que nos viene bien. Cuantos más testigos, mejor.

- ¿Qué vas a hacer con ellos?

David sonrió.

- Ponerlos a quitar arena. Hay mucha. Quizá, tía Amelia, usted podía interrogarlos sobre las excavaciones ilegales mientras yo tomo notas con aire misterioso.

- ¿Ha habido excavaciones ilegales?

- Siempre las hay.

Siempre las había. Después de un hábil interrogatorio, uno de los lugareños reconoció que él y unos amigos habían encontrado y limpiado una pequeña mastaba durante el verano pasado. Le exigí que me la enseñara y me puse furiosa, aunque si no me mintió (lo cual era muy posible), lo más probable era que la tumba no tuviera

nada de valor, ya que era de las más pequeñas y pobres. Nosotros mismos habíamos encontrado pocas cosas, incluso en las tumbas más grandes.

Tuve que esperar a mediodía, cuando los hombres se fueron a comer y descansar, para poder hablar a solas con David. No había ningún sitio donde cobijarse, ni una sombra, de modo que abrí el parasol y nos sentamos lo más cómodamente posible apoyados en la pirámide mientras tomábamos unos bocadillos y un poco de té que había llevado David.

- Bueno -empecé-, cuéntamelo todo.

- Hay mucho que contar, tía Amelia.

- Tómate todo el tiempo que quieras.

- ¿Qué le ha contado Ramsés?

- Nada. Estaba demasiado débil. Mira, David, estoy decidida a que me lo cuentes como sea, y si no le gusta a Ramsés, lo siento por él.

David se atragantó con el té y le di una palmada en la espalda.

- Me alegro de verte aunque sea en estas circunstancias -continué con cariño- Supongo que Ramsés te habrá mantenido al tanto de cómo siguen nuestros seres queridos que dejamos en Inglaterra. Lía está muy bien.

- No, no lo está -inclinó la cabeza y vi que tenía unas arrugas nuevas-. Está sola, preocupada y asustada; yo también lo estoy, por ella. Debería estar a su lado.

- Lo sé, querido. Quizá puedas estarlo pronto.

- Eso espero. Dentro de unas semanas se habrán aclarado las cosas y nosotros habremos triunfado o fracasado.

- Es un alivio -dije intentando no pensar en la segunda alternativa-. Ahora, David, empieza por el principio.

El joven dudó, me miró y suspiró.

- Está bien, la verdad es que nunca he podido ocultarle nada. Ramsés ha estado suplantando a cierta persona…

- ¿Kamil el-Wardani? Ya, sabía que tenía razón. Pero, ¿por qué?

- Los alemanes y los turcos esperan provocar una insurrección en El Cairo que coincida con su ataque al Canal de Suez. Si hay algún hombre capaz de hacerlo, ése es Wardani. Le abordaron por primera vez en abril. Sí, sabían que la guerra era inminente y que los turcos entrarían en ella y a principios de agosto se firmó un tratado

secreto. Estos alemanes son muy previsores. Yo me enteré del plan por el propio Wardani y se lo dije a Ramsés.

- Debió resultarte difícil traicionar la confianza de un amigo. Aunque, naturalmente, tienes todo el derecho a hacerlo -añadí.

- Ramsés es algo más que un amigo. Es mi hermano. Además, hubo otros motivos. A pesar de su retórica incendiaria, cuando me uní al movimiento Wardani no era partidario de la revolución violenta. Pero cambió. No paraba de decir que la sangre debía regar el árbol de la libertad… me espantaba oírlo. Una revuelta no habría triunfado, pero antes de ser sofocada se habría asesinado a cientos, o miles, quizá, de patriotas engañados y de inocentes que estuvieran por allí casualmente. Yo quiero la independencia de mi país, tía Amelia, pero no a ese precio.

Siempre había admirado la fortaleza de la personalidad de David; en ese momento, mientras observaba su rostro delgado y sus labios sensibles aunque decididos, me conmoví y le tomé la mano.

- Cariño -dije-, en septiembre te enteraste de que Lía estaba embarazada, algo que los dos habíais deseado con toda vuestra alma. Podías haberlo dejado todo entonces. Nadie te lo habría reprochado.

- Ramsés insistió en que lo hiciera. Tuvimos una discusión muy fuerte. No se resignó hasta que le amenacé con contárselo todo a mi mujer para que decidiera ella. Él sabía que Lía habría insistido en que me quedara. Está en la cuerda floja, tía Amelia. Debajo tiene un río lleno de cocodrilos y los buitres sobrevuelan su cabeza. Además, ahora parece como si alguien estuviera cortando la cuerda.

- Muy poético, pero muy poco informativo -dije con intranquilidad-. ¿Quién le persigue?

- Todo el mundo, excepto los pocos que conocemos el secreto. Todos los policías de El Cairo quieren detener a Wardani. Los alemanes y los turcos lo utilizan para sus propios fines; lo eliminarían al instante si se enteraran de que está haciendo un doble juego. En el movimiento también hay fanáticos. Tiene que mantenerlos inactivos sin despertar sospechas. Si pensaran que ha suavizado su postura frente a los británicos… buscarían otro jefe.

- Lo matarían, quieres decir.

- Lo llamarían una ejecución. Naturalmente, si se enteran de su identidad verdadera, sería su fin.

- ¡Y el tuyo, David! -grité-. Es una locura que tú y Ramsés corráis esos riesgos. Tú mismo has dicho que Wardani es el único que podría encabezar una revuelta con éxito. Decid que ha caído preso. Sus seguidores se encontrarán sin jefe y no sabrán qué hacer; Ramsés quedará a salvo y tú podrás irte a Inglaterra para reunirte con Lía. Se puede conseguir una amnistía o un perdón…

- Es lo que ocurrirá al final, pero no se pude hacer ahora.

- ¿Por qué no?

- El enemigo ha suministrado armas a Wardani: rifles, pistolas, granadas y, seguramente, ametralladoras. Tenemos que resistir hasta que nos hagamos con esas armas y sepamos cómo han entrado en El Cairo y quién las ha metido.

Contuve la respiración.

- ¡Claro, debía habérmelo imaginado!

- Sí, debería haberlo hecho -dijo David con una sonrisa cariñosa-. Sin armas no hay revolución, sólo unos cuantos estudiantes histéricos que llaman a la *yihad*, y Ramsés está intentando evitar hasta eso. Ya sabe que no le gusta que hieran a la gente.

- Lo sé.

- Si nos precipitamos, los turcos encontrarán otras rutas de suministro y otros destinatarios. Ramsés cree que uno de sus lugartenientes intenta suplantarlo, y Farouk no es el único revolucionario con ambiciones de El Cairo. Anoche debería haberse hecho la primera entrega: doscientos rifles y la munición correspondiente.

- ¿Ramsés estaba allí?

- Sí, señora. Por lo menos doy por supuesto que lo estaba. Verá, anoche, Ramsés llevó a la señora Fortescue a cenar al Shepheard's. La idea era… le dije que no funcionaría, pero él… -David me miró de reojo-. No debería contarle esta parte.

- Creo que sí deberías.

- Bueno, tuvimos que salir a las once para llegar a la cita. Naturalmente, yo no podía ocupar su lugar con la señora Fortescue. Sustituirle en una situación tan íntima… La idea era ofender a la señora con… mmm… tentativas atrevidas, de forma que ella se fuera y le dejara, me dejara, rumiando mi desgracia silenciosa pero visiblemente en el bar. Desgraciadamente ella…

- No se sintió ofendida… David, ¿cómo puedes reírte ante una situación tan terrible? Maldita sea, me parece que Ramsés y tú disfrutáis con estas maquinaciones.

David se calmó.

- Lo siento, tía Amelia. Seguramente disfrutamos. La situación es tan malditamente, perdón, tan sumamente desesperada que tenemos que buscarle la parte divertida. Un día tiene que convencerle para que le cuente la vez que apareció en una reunión disfrazado de sí mismo.

- ¿En una reunión de los degolladores esos? No será verdad…

- Lo es. Les dio una charla sobre el arte del disfraz.

- ¡No sé qué le pasa a ese muchacho! ¿Cómo se deshizo de ella? No hace falta que entres en detalles -añadí rápidamente.

- Tendrá que preguntárselo a él. Se retrasó en la cita que tenía conmigo y no parecía con muchas ganas de contestar preguntas.

El brillo de sus ojos me recordó que, a pesar de todas sus virtudes, David era un hombre.

- Mmm… -murmuré-. Entonces es probable que Ramsés llegara a la cita sano y salvo. ¡Es un lío! El individuo que le atacó, ¿pensaba que estaba disparando a Wardani o a Ramsés?

David se apartó el salacot y se enjugó la frente con el dorso de la mano; pensé que era un buen detalle: Ramsés nunca lleva pañuelo.

- Ésa es la pregunta, ¿no? Al parecer, Ramsés teme que sea lo segundo, o, mejor dicho, que ese tipo sospechara que Wardani no era… quien parecía. La verdad sobre el paradero de Wardani es un secreto muy bien guardado, pero no hay ningún secreto que sea seguro al cien por cien. Si se llega a saber que Wardani está en India, la gente no tendrá ninguna duda sobre quién lo ha suplantado. Los talentos de Ramsés son conocidos por todos. Por eso yo he aparecido algunas veces en público como él mientras Wardani se dejaba ver en otro sitio.

- Y, por lo menos una vez, has aparecido como Wardani mientras Ramsés se dejaba ver en otro sitio. La verdad es que no puedo entender que me hayáis engañado tan fácilmente -dije visiblemente contrariada.

- No conoce a Wardani -me consoló David.

- Eso es verdad. Percibí algo que no encajaba; me parecía que tenía algo extrañamente conocido. Mi instinto acertó, como

siempre, pero me dejé engañar por… mmm… bueno, eso es irrelevante en este momento. Un día de estos voy a darme el placer de tener una charla con Thomas Russell. ¡Se ha estado riendo de mí todo este tiempo!

- Le aseguro, tía Amelia, que ahora no se ríe. Yo debería haberle informado esta mañana temprano, en cuanto hubiese sabido algo de Ramsés. Debe de estar muy preocupado.

- Tú también debiste de pasarlo mal cuando Ramsés no acudió a la cita contigo.

- Así fue hasta que apareció el profesor; aunque me dio un susto de muerte. Ramsés y yo intentamos vernos después de los intercambios de personalidad, aunque sólo sea para tenernos informados. Recuerdo que hubo una vez en que yo tenía que fingir estar borracho para evitar una conversación con el señor Woolley. Lawrence estaba con él y me temía que alguno de los dos le pidiera una explicación cuando volvieran a verlo.

- Cuando todo termine, no habrá una sola persona respetable en El Cairo que le dirija la palabra a Ramsés -dije con un profundo suspiro-. No me despistes, David; si ésa es la única consecuencia, estaré muy agradecida. Entonces, él debería haberte visto antes de volver a casa…

David asintió con la cabeza. Tenía los brazos apoyados en las rodillas y las pestañas, largas y tupidas como las de mi hijo, le velaban la mirada.

- Supongo que no pudo pensar con claridad y se dirigió a casa como si fuera ciego.

- Sí. -Saqué el pañuelo y me froté los ojos-. ¡Qué incordio, cuánta arena! Muy bien, David, al parecer mañana vamos a tener que hacer la misma representación. Pasado mañana es Nochebuena y Ramsés debería estar curado. Pasaremos unos días tranquilos en casa. Todos menos tú, querido. ¡Me encantaría…!

- A mí también.

- No me des un beso, Ramsés nunca lo hace -dije con un sollozo.

Me dio un beso.

- En fin -concluyó-. ¿Ha pensado cómo podemos conseguir que esta tarde me vea todo el mundo sin que Nefret esté presente?

- Va a ser muy difícil, pero ése no es el único motivo por el que me gustaría poder decírselo a Nefret. David, debería verle un

médico. Yo hice todo lo posible, pero no estoy capacitada para tratar ese tipo de heridas; ella sí y ella nunca…

- Tía Amelia -me tomó la mano-, sabía que saldría este asunto. En realidad, pensaba sacarlo yo si no lo hacía usted. Ramsés me dijo que temía no haberle convencido del todo sobre la importancia de evitar a toda costa que ella conozca la verdad. Hay dos motivos indiscutibles. Uno es una simple razón aritmética: cuantas más personas conozcan un secreto, más posibilidades hay de que a alguien se le escape. El otro motivo es un poco más complicado. No estoy seguro de poder explicarlo claramente, pero debo intentarlo. Verá, en este mundo del espionaje hay un extraño código de honor.

Naturalmente, sólo se aplica a los caballeros -apretó los labios-. Los pobres diablos que corren la mayor parte de los riesgos no entran en él, pero los hombres que dirigen el cotarro dejan al margen a los familiares y amigos de sus equivalentes en el bando contrario. Deben hacerlo, de lo contrario se exponen a represalias parecidas. Si se sospechara de Ramsés o de mí, no le utilizarían a usted para encontrarnos, pero si se supiera que usted o el profesor o Nefret están participando activamente, serían un objetivo más. Por eso él no quería que usted se enterara y por eso Nefret no debe saber nada. ¡Por Dios, tía Amelia! Usted sabe cómo es ella. ¿Cree que se quedaría de brazos cruzados si supiera que estamos en peligro?

- Desde luego que no -murmuré.

- Sé que está preocupada por él -dijo David amablemente-. Yo también lo estoy. Y Ramsés está preocupado por usted. Nunca le habría metido en esto si hubiera podido evitarlo, se siente terriblemente culpable por ponerles en peligro a usted y al profesor. No se lo ponga más complicado.

Siempre he dicho que en estos asuntos es fundamental saber encontrar el momento oportuno. Cuando llegamos a Giza, el sol estaba lo suficientemente bajo como para proyectar unas sombras que nos venían muy bien. Los turistas habían empezado a marcharse, pero quedaban todavía algunas personas dispuestas a darse la vuelta para mirarnos. ¡No les faltaban motivos! David me llevaba en su silla y yo apoyaba la cabeza en su hombro mientras el viento me agitaba la cabellera que llevaba suelta.

- Estoy incomodísima -le dije en voz baja-. No nos demoremos

más de lo estrictamente necesario.

- Shhh. -David intentaba no reírse.

Risha, seguido de una multitud de curiosos, se abrió camino entre los escombros que había por el suelo hasta que estuvimos cerca de la tumba. David lo detuvo con una cabriola completamente innecesaria y Emerson se acercó corriendo.

- ¿Qué ha pasado? -gritó a pleno pulmón-. Peabody, cariño…

- Estoy perfectamente, Emerson -grité yo-. Una pequeña caída, eso es todo, pero ya sabes cómo es Ramsés, se ha empeñado en traerme. Déjame bajar, Ramsés.

Forcejeé un poco y Risha giró su aristocrática cabeza para mirarme con desdén. David me sujetó con más fuerza. Tanto movimiento hizo que el parasol, que estaba junto a la silla de montar, se me clavara en cierta parte del cuerpo. Dejé escapar un quejido.

- Llévala directamente a casa -volvió a gritar Emerson-. Nosotros iremos enseguida.

- Justo a tiempo -murmuré mientras nos escabullíamos todo lo rápidamente que permitía mi seguridad-. Nefret acaba de salir de la tumba; sólo nos ha visto de refilón. David, ¿te has fijado en la mujer que hablaba con Emerson cuando hemos llegado?

El joven me colocó en una postura más cómoda.

- La señora Fortescue -dijo él-. ¿Le ha invitado a visitar la excavación?

- Habíamos hablado de ello, pero no le he hecho una invitación propiamente dicha. ¿No es una extraña coincidencia que haya aparecido hoy?

En cuanto llegué a casa ordené a Fátima que preparara una merienda opípara, lo que le mantendría alejada un rato. David y yo fuimos corriendo al cuarto de Ramsés. Cuando vi que la cama estaba vacía, el corazón se me paralizó, pero mi hijo apareció detrás de la puerta. Estaba completamente vestido, derecho como una vela y algo más pálido de lo habitual.

- ¡Dios santo! Qué susto me has dado -exclamé-. Vuelve inmediatamente a la cama. Y quítate la camisa, quiero vendarte las heridas. No hacía falta…

- Quería estar seguro de que era usted. ¿Qué tal ha ido todo?

- Creo que bien -David lo miró con atención-. Estás un poco

pálido.

- ¿Sí? -Se miró en el espejo.

Lo observé mientras destapaba un frasco y se aplicaba un líquido en la cara. Debía haberse levantado de la cama varias veces; no sólo estaba perfectamente afeitado, sino que sobre la mesa había una serie de tubos, serpentines y recipientes de cristal que soltaban un olor espantoso.

- ¿Dónde está *Seshat*? -pregunté-. Le había encargado que se ocupara de que no te levantaras.

Ramsés volvió a guardar el frasco en el armario y cerró la puerta.

- ¿Qué cree que podía hacer? ¿Golpearme y sentarse encima de mí? Salió por la ventana en cuanto les oyó llegar. Ha estado aquí todo el día.

- ¿Qué salió mal anoche? -preguntó David.

- Hablaremos de eso más tarde -Ramsés se dejó caer pesadamente en el borde de la cama-. ¿Dónde están los demás?

- De camino -dije-. Ramsés, insisto en que me dejes…

- Está bien, adelante. Mientras, David me contará qué he hecho hoy.

Me puse manos a la obra y David le resumió los acontecimientos del día. Eso le distrajo de las cosas tan desagradables que le estaba haciendo. Cuando terminé, tenía bastante pálido el contorno de la boca, pero se rió al oír cómo le contaba David nuestra llegada a Giza.

- Me habría encantado veros. ¿Fue idea suya, madre?

- Sí. Me habría gustado hacer algo más llamativo, pero me dio miedo estropearlo. Puedes estar seguro de que Nefret habría sido la primera en aparecer, ansiosa por ocuparse de mí, y entonces habría visto a David de cerca.

Ramsés asintió con la cabeza.

- Tiene razón. ¿Y dice que la señora Fortescue estaba por allí casualmente?

- ¿Sospechas de ella? -pregunté.

- He pensado -dijo mi hijo mientras miraba a David- que su… amabilidad cuando cenamos juntos podía deberse a algo más que… mmm…

- Entonces, fue amable, ¿no? -puntualicé.

- David se lo ha contado, ¿verdad? -dijo Ramsés con el mismo tono que había empleado yo-. Me lo había imaginado. No sé cómo lo hace, pero cuando está sólo con usted es como un libro abierto. No la habría mencionado si no creyera necesario aclarar ciertos malentendidos que compartís los dos. No sospecho de ella más de lo que sospecharía de cualquier recién llegado sin credenciales fidedignas, pero la verdad es que hizo todo lo posible por retenerme cuando yo tenía que asistir a una reunión importante. Aunque os resulte difícil creerlo, es posible que ella no perdiera la cabeza por…

- De acuerdo, de acuerdo, no te alteres -dije para aplacarlo-. No pretendo menospreciar el concepto que tienes de tus atractivos personales, pero creo que es posible que tenga motivos para querer conocernos sin que tú tengas nada que ver. A lo mejor persigue a tu padre.

David y Ramsés se miraron.

- Si no le importa, madre, preferiría no seguir por ese camino. David, seguramente mañana tendrás que suplantarme otra vez así que será mejor que te quedes aquí esta noche. Cuando salgamos, cierra con llave.

David asintió con la cabeza.

- Tenemos que hablar.

- Eso también.

- Ramsés -dije-. Tú…

- ¡Por favor, madre, no discuta! No tenemos tiempo. David no puede cenar en mi lugar; van a estar Nefret y Fátima. Hablaremos más tarde. Como solía llamarlo usted, comité de crisis.

Le dije a Fátima que esa tarde tomaríamos el té en el salón. Era una habitación que no solíamos utilizar para reuniones familiares porque era demasiado grande para resultar acogedora y un poco oscura debido a las ventanas pequeñas y altas. Sin embargo, así Ramsés no tendría que subir las escaleras hasta la azotea; no era gran cosa, pero sí todo lo que podía hacer por él.

Me vestí y bañé lo más rápidamente que pude, pero cuando entré en la sala ya estaba todo el mundo esperándome.

- ¿Dónde está la señora Fortescue? -pregunté-. ¿No la habéis invitado a tomar el té?

- Si la pregunta va dirigida a mí -dijo Emerson con mucho

énfasis-, la respuesta es no. ¿Por qué demonios iba a hacerlo? Se presentó esta tarde sin avisar y sin que la invitaran; encima esperaba que dejara lo que estaba haciendo y que le enseñara todas las apestosas pirámides de Giza. Cuando llegaste estaba pensado en una forma de deshacerme de ella.

- Preguntó por Ramsés -dijo Nefret.

Él se había sentado en una butaca cerca del sofá donde estaba la joven y observé que se había puesto una chaqueta ligera de tweed que le disimulaba los vendajes.

- Qué encanto -murmuró Ramsés-. ¿Cuál de sus admiradores la acompañaba? ¿El conde o el comandante?

- Ninguno de los dos -contestó Emerson-. Era el joven Pinkerton.

- Pinckney -le corrigió Nefret.

- Vaya -dijo Ramsés-. No lo vi.

- Estaba dentro de la tumba conmigo, quiso que le enseñara los relieves.

- Mmm -dijo Ramsés.

Nefret le lanzó una mirada aterradora, o más bien lo intentó; esas deliciosas cejas no podían resultar amenazadoras.

- Si estás insinuando…

- Yo no insinúo nada -dijo Ramsés.

Estaba claro que había insinuado algo. Yo había pensado lo mismo. El señor Pinckney podía haber acompañado a la señora Fortescue como excusa para ver a Nefret. O ella podía haberle acompañado a él como excusa para verse con Emerson. O…

Comprendí que estaba ante una situación más complicada que lo que hasta entonces habían sido mis contactos con el mundo del hampa. Lo único que sabía con certeza era que ni Pinckney ni la señora Fortescue eran Sethos.

Nefret volvió a mirar con odio a Ramsés y se giró hacia mí.

- El profesor me ha garantizado que su lesión no es grave, tía Amelia, pero me gustaría echarle una ojeada. ¿Qué le ha pasado?

- Se ha organizado un lío enorme por nada, querida -contesté mientras me sentaba junto a ella en el sofá-. Me tropecé en una tumba y me torcí el brazo.

- ¿Este brazo? -me agarró la mano y me levantó la manga antes de que yo pudiera abrir la boca-. No veo nada. ¿Le duele si hago así?

- No -dije sinceramente.

- ¿Y si hago esto? Mmm… no parece que esté roto ni que tenga un esguince.

- El daño de verdad está en otra parte de su anatomía -dijo Ramsés-. Se posa en ella… cuando se sienta.

Mi mirada de reproche puso fin a las preguntas de Nefret, como él, sin duda, había previsto.

- No importa -dije con un carraspeo-. Nefret, ¿le has pedido a Fátima que sirva el té?

- Sí, no puede tardar. Me gustaría empezar pronto porque ceno fuera.

- Cenas fuera… -repetí-. ¿Se lo has dicho a Fátima?

- Sí.

- Estás muy guapa. ¿Es nuevo ese traje?

- No me lo había puesto antes. ¿Le gusta?

- No mucho -contestó Ramsés antes de que yo pudiera decir algo-. ¿Es lo que se lleva en vestidos de noche? Parece la pantalla de una lámpara.

Tenía bastante razón. La sobrefalda estaba almidonada y formaba un círculo perfecto alrededor de la falda negra y ceñida. A juzgar por la expresión de Emerson, él pensaba lo mismo, pero tuvo la sensatez de no decir nada.

- Es de Poiret -dijo Nefret indignada-. La verdad es que los hombres no saben nada de moda, ¿verdad, tía Amelia?

- Una pantalla bastante bonita -corrigió Ramsés.

- No pienso hablar de moda -gruñó Emerson-. Peabody, ¿qué impresión has sacado de Zawaiet? Ramsés acaba de decirme que los bandidos de la zona han hecho estragos.

- Yo no diría tanto.

- Ni yo -dijo Ramsés-. Sin embargo, me gustaría ir mañana, con su permiso, aunque sólo fuera para que parezca que lo vigilamos. Además, habría que limpiar la tumba que hoy se ha sacado a la luz. Me extrañaría que hubiera algo, pero quiero estar seguro de que no se nos pasa nada.

Fátima entró con la bandeja del té y yo me ocupé de preparar la infusión tonificante: para Nefret, con limón; para Emerson con leche y tres cucharadas de azúcar. Ramsés se inclinó por el whisky, que se sirvió él mismo. Yo quería llevarlo a la cama y estaba decidida a

celebrar ese comité de crisis. Tenía demasiadas preguntas que me rondaban en la cabeza. Y no sólo quería interrogar a Ramsés y David. Estaba claro que mi propio marido, mi adorado esposo, me había ocultado algunas de sus actividades.

En cuanto a Nefret, sólo esperaba que no fuera a cenar con Percy o con alguna otra persona que no fuera de mi agrado. Yo tampoco podía hacer mucho más; si se lo preguntaba claramente, la respuesta podía ser sincera o no.

A ella, el comentario sobre Zawaeit parecía haberle interesado.

- ¿No queréis que saque fotografías? -preguntó.

- No creo que sea necesario -contestó Emerson-. La verdad es que espero que Ramsés termine con ese asunto mañana o pasado mañana. Ese sitio no es de nuestra incumbencia; es una concesión de Reisner.

- Quizá debiera informarle de lo que ha pasado -propuso Ramsés.

- Está en Sudán -replicó Emerson-. Puede esperar.

- De acuerdo.

Ramsés se levantó para servirse otro whisky. Nefret le siguió con la mirada, pero no dijo nada.

- Me imagino, Peabody -dijo mi marido-, que no querrás que se trabaje ni el día de Nochebuena ni el de Navidad.

- Mira, cariño, no es que quiera o no, pero el respeto a las tradiciones es parte de nuestra cultura común…

- Maldita religión -dijo Emerson, como cabía esperar.

- No hemos hablado del árbol de Navidad -dijo Nefret-. A lo mejor, tía Amelia, este año prefiere ahorrarse la molestia.

- El estado de ánimo no es el más adecuado -reconocí-. Pero creo que deberíamos hacer un esfuerzo precisamente por eso.

- Como le parezca. -Nefret dejó la taza en el plato y se levantó-. Naturalmente, haré lo que haga falta. Flores de pascua…

- ¿Muérdago? -preguntó delicadamente Ramsés.

Ella estaba camino de la puerta. Se detuvo, pero no se volvió.

- Este año, no.

Se notaba cierta tensión en el ambiente, aunque yo no sabía por qué; a no ser porque la primera y última vez que ella intentó poner esa planta tan espantosa fuera la Navidad anterior a su desgraciado matrimonio.

- No se adapta bien a este clima -dije-. La última vez que lo pusimos, las bayas se secaron y cayeron sobre la cabeza de los invitados.

- Es verdad. Tengo que irme -dijo Nefret-. No debo llegar tarde.

- ¿Con quién…?

Ella aceleró el paso y salió antes de que pudiera terminar la pregunta.

Nadie hizo los honores a la excelente cena que había preparado Mahmud. Observé que Emerson hacía auténticos esfuerzos por pasar cada bocado y yo tampoco tenía mucho apetito. Cuando hubimos terminado, Emerson le dijo a Fátima que tomaríamos el café en su despacho porque teníamos que trabajar. Él, Emerson, le arrebató la pesada bandeja de las manos, una deferencia que tenía con frecuencia, y le dijo que se fuera a la cama.

Habíamos concertado una señal con David: dos golpes suaves en la puerta, uno fuerte y otros tres suaves. Es verdad que yo podía haber abierto la puerta con mi llave, pero me parecía que no había motivo para desvelar que tenía una. Mi treta fue en vano.

- ¿Cómo entró anoche, madre? -fue lo primero que preguntó Ramsés en cuanto estuvimos en la habitación-. Cerré la puerta con llave antes de salir de casa.

- Evidentemente, tiene una copia -dijo Emerson mientras yo buscaba una respuesta convincente-. Deberías haber sabido que la tendría. Ahora, querido hijo, túmbate y descansa.

Emerson dejó la bandeja en la mesa y David le ofreció un brazo a Ramsés para que descansara. Ramsés lo rechazó con un gesto de la cabeza.

- Estoy bien, David. Te traeremos algo de comer cuando Fátima se haya acostado. ¿Dónde…?

- ¡Por el amor de Dios! -exclamé irritada-. Si no vas a tumbarte, por lo menos siéntate, y deja de distraerme. Tengo muchas preguntas que haceros.

- Estoy seguro -dijo Ramsés. Se dejó caer cuidadosamente en la butaca-. ¿Dónde está…? ¡Ah, mírala!

Se refería a la gata, que había entrado por la ventana. Ella, después de estudiar las botas con atención, saltó al brazo de la butaca y se puso cómoda con las patas dobladas debajo del pecho.

- Ha estado de guardia en el balcón -dijo David-, pero ha debido

tener un ataque de hambre, porque hace una hora me trajo una hermosa rata muerta.

Yo miré alrededor y David se rió.

- No se preocupe, tía Amelia, me he deshecho de ella. Con discreción, naturalmente. ¿Dónde está Nefret?

- Ha salido. Daría cualquier cosa por saber dónde ha ido y con quién. -Los chicos se miraron el uno al otro-. ¿Vosotros lo sabéis?

- No -dijo Ramsés.

- Déjalo por el momento -ordenó Emerson.

Emerson había servido el café y David me acercó una taza y luego otra a Ramsés.

- David me ha contado -continuó Emerson- y supongo que a ti también, Peabody, el asunto del suministro de armas. No es necesario hacer hincapié en la gravedad de la cuestión. Vuestro plan para frustrarlo estaba bien elaborado. Lo que quiero saber es: primero, ¿cuántas entregas más están previstas?; segundo, ¿qué más sabéis sobre la forma de introducirlas en El Cairo?; tercero, ¿qué salió mal anoche?

- Bien expuesto, Emerson -dije-. Yo sólo añadiría…

- Disculpe, madre -dijo Ramsés-, pero me parece que es suficiente para empezar. Según el orden de las preguntas: hay otras dos entregas previstas, pero no me han dicho las fechas. Hacia finales de enero habremos acumulado cerca de mil rifles y un centenar de pistolas Luger con abundante munición para ambos. Las Luger son del modelo 08 con cargadores para ocho balas.

- Dios mío -dijo Emerson-. ¿Cuántos de tus… bueno, de los sicarios de Wardani saben utilizar un arma de fuego?

- No hace falta tener mucha experiencia para arrojar una granada en medio de la multitud -dijo claramente David-. Además, algunos han pasado por el ejército.

- En cuanto a la segunda pregunta -continuó Ramsés-, por desgracia, no sabemos mucho. El punto de entrega de anoche estaba en el este de la ciudad, en un villorrio abandonado a las afueras de Kubbeh. El tipo que se encargaba era un turco tan digno de confianza como una hiena, de modo que me empeñé en comprobar que la entrega coincidiera con el pedido. A él no le gustó, pero no pudo hacer nada salvo llamarme de todo.

- ¿Fue él quien te disparó?

- No lo sé. Es posible. Farouk, uno de mis lugartenientes, es otro candidato. Es un canalla muy ambicioso. Todo pasó justo después de que los dejara; ellos debían llevar las armas a El Cairo…

Levantó la taza y el café se derramó. Rápidamente volvió a dejarla en el plato. Emerson se quitó la pipa de la boca.

- ¿Quieres descansar un rato? Esto puede esperar.

- No, no puedo. David debe saber esto y vosotros también; por si…

- David, hay una botella de brandy en ese armario -dije-. Sigue, Ramsés.

- De acuerdo, ¿por dónde iba?

Parecía somnoliento y desconcertado, como un niño perdido.

- No importa -dije-. Acuéstate.

- Pero no os he contado…

- Puede esperar. -Tomé la copa que tenía David y la acerqué a los labios de Ramsés-. Bebe un poco.

Se reanimó lo suficiente como para mirarme con recelo.

- ¿Qué le has echado?

- Nada, pero si no estás dormido dentro de diez minutos, tendré que tomar medidas. David, ¿te importaría quitarle las botas?

Empecé a desabrocharle la camisa. Se apartó y quiso sujetarme la mano, pero fue en vano. Yo tenía mucha experiencia con hombres tozudos.

- ¡De acuerdo, madre! De acuerdo. Haré lo que dice si se está quieta ahora mismo.

- No voy a salir de la habitación hasta que estés acostado.

Me miró con el ceño fruncido. Me complació comprobar que estaba más despierto.

- Me daré la vuelta. ¿Qué te parece?

- Evidentemente, es lo máximo que puedo esperar -dijo Ramsés-. Hay otra cosa. Las armas están escondidas en uno de los almacenes de tabaco abandonados. Por lo menos deberían estar ahí. David sabe dónde. Alguien debería acercarse para comprobarlo. Alguien debe decirle a Russell…

- Claro, hijo. -Emerson vació la pipa y se levantó-. Déjame que te ayude.

- No necesito…

- Muy bien -dijo mi marido animadamente-. Bien arropado, ¿eh?

Me di la vuelta. Ramsés se agarró a las sábanas, que Emerson intentaba remeter. Le habían quitado la ropa y decidí no seguir preguntando.

- Será mejor que tú también descanses un poco, David -dije-. Mañana seguiremos el mismo método. Vendré a las… ¡Dios mío, casi se me olvida! Si no has cenado nada. Bajaré…

- Yo lo haré -dijo Emerson-. Volveré dentro de un minuto, chicos. Peabody, tú, a la cama.

- Una última pregunta…

- Creía que querías que descansaran.

- Sí, pero…

- ¡Ni una palabra más!

Emerson me tomó del brazo y se dirigió hacia la puerta. Justo antes de cerrarla pude oír una risa amortiguada de David y un comentario de Ramsés que no entendí bien.

No dije nada hasta que llegamos a nuestra habitación.

- Muy bien, Emerson, te has salido con la tuya.

- Todavía no -dijo mi esposo-, pero le llevaré algo de comida a David. No te muevas de aquí, Peabody.

Me dejó en la cama y salió antes de que yo pudiera protestar. No tardó en volver, pero tuve tiempo para pensar lo que quería decirle.

- No te creas, querido Emerson, que puedes distraerme como tan evidentemente has intentado hacer. Hasta el momento has evitado mis preguntas, pero…

- Querida, no hemos tenido ni un momento para…

- ¡No me vengas con cariños! -grité mientras le apartaba la mano.

- ¿Por qué no? -Los ojos azules de Emerson centellearon-. Maldita sea, Peabody…

- ¡Y deja de interrumpirme!

- ¡Por Dios! -gritó Emerson.

- ¡No rujas! Podría oírte alguien.

Emerson se sentó en el borde de la cama y me agarró de los hombros. Una mueca imponente le deformaba la cara que estaba a un palmo de la mía; respiraba profundamente y tengo que reconocer que la ira había hecho que mi respiración se acelerara.

Al cabo de un instante, las impetuosas cejas se calmaron y los entrecerrados ojos recuperaron su amabilidad habitual.

- No tiene nada de raro que nos gritemos un poco -comentó-. ¿Puedo ayudarte con los botones y los cordones de las botas, querida?

- Si me contestas algunas cosas.

- Me parece justo. ¿Cuál es la primera pregunta?

- ¿Cómo sabías dónde estaba David?

Tomó mi pie entre sus manos. Las explosiones de ira aplacaban bastante a Emerson; sonreía mientras me soltaba los cordones de la bota con la delicadeza que sólo aplica a las antigüedades y a mí.

- ¿Te acuerdas de la casa de Maadi?

- ¿Qué casa? ¡Ah! ¿Te refieres a donde Ramsés llevó a la pequeña Sennia y a su madre después de que las apartara de aquel miserable proxeneta?

- Hasta que el canalla las encontró -recordó Emerson sombríamente mientras empezaba con la otra bota-. Fui un día con Ramsés; esperábamos que Rashi-da hubiera vuelto al único refugio que conocía, una esperanza vana, como sabes. Ramsés me reconoció que él y David habían utilizado ese sitio antes, durante los años que estuvieron merodeando por los zocos disfrazados de cualquier cosa. Pensé que era posible que hubieran vuelto a utilizarlo porque es un escondite excelente; la dueña es una anciana medio ciega y con una ligera demencia senil.

Para entonces, Emerson había empezado con otras maniobras y yo sentía mis miembros dominados por un abandono delicioso. Abrí la boca para decir algo, pero en vez de eso me encontré bostezando.

- Cierra los ojos -dijo Emerson con suavidad. Me pasó los dedos por los párpados y luego por la mejilla-. Anoche no pegaste ojo y mañana va a ser otro día muy ajetreado. Muy bien. Buenas noches, mi amor.

Sentí una vaga sensación de irritación entre los velos de sopor con los que me habían envuelto las manos de Emerson. La explicación había sido aceptable hasta entonces, pero… estaba demasiado cansada como para discutir. De todas las preguntas que todavía me rondaban la cabeza, una de las más intranscendentes fue la que me persiguió hasta quedarme dormida: ¿cómo demonios se había deshecho Ramsés de la señora Fortescue?

Capítulo 5

DEL MANUSCRITO H

Fue todo lo descortés que pudo y más grosero de lo que le habría gustado ser. La mayoría de las mujeres se habrían tomado como una ofensa las continuas miradas al reloj durante la cena, pero ella pareció no darse cuenta. Después de cenar la llevó a uno de los rincones más apartados del salón morisco. Él esperó alguna protesta, pero la mujer cayó inmediatamente en sus brazos y cuando la besó ella le respondió con un ímpetu tal que casi le hizo daño. Las intimidades posteriores llevaron a una reacción más ardiente todavía y él empezó a preguntarse hasta dónde tendría que llegar antes de que ella se acordara de dónde estaban y quiénes se suponía que eran. Nefret le habría roto el brazo si la hubiera tratado de una forma tan atrevida.

Nefret. El recuerdo de aquella noche, la única que pasaron juntos, estaba grabado en cada célula de su cuerpo; era una parte tan profunda de sí que no podía tocar a otra mujer sin pensar en ella. Las caricias habían empezado a ser más mecánicas, pero tuvieron un efecto que no había previsto: ella acercó los labios al oído de Ramsés y le propuso acompañarla a su habitación del Savoy.

Él sacó el reloj. Era más tarde de lo que pensaba y el fastidio, consigo mismo y con ella, dio paso al insulto directo.

- ¡Caray! Lo siento, señora, pero llego tarde a una cita con otra

mujer. Le avisaré cuando esté libre.

Huyó, recogió el sombrero y el abrigo y se escabulló por una puerta lateral. Se dijo que sería otra de las historias que corrían por los mentideros de la sociedad; ella no sería capaz de callársela, aunque seguramente la retocaría para que él pareciera más canalla todavía. ¿Un intento de violación en el salón morisco? Había más de una persona en El Cairo que lo creería.

David le esperaba en un rincón del jardín donde los clientes no podían verlo, entre un apestoso montón de deshechos y unos ladrillos abandonados que nunca se habían utilizado para construir nada. Una acacia lánguida daba sombra a la zona y tenía unas ramas que venían muy bien para colgar cosas.

- Llegas tarde -susurró David-. ¿Qué ha pasado? Te dije…

- Calla y sujeta esto.

Una rata pasó por encima de los ladrillos.

- ¿Ella ya se ha marchado?

- No lo sé, espero que sí. Ten cuidado, es peligrosa.

Se cambiaron de ropas mientras hablaban. Ramsés había simplificado todo lo posible el complicado traje de etiqueta; la camisa llevaba incorporados el cuello y los puños, y tenía botones en vez de gemelos. Debajo llevaba la amplia camisa y pantalones de campesino. David se quitó la tánica, el cinturón del puñal y las san dalias. Se puso los zapatos de Ramsés y gruñó.

- Podías comprarte unos escarpines de una talla mayor. Van a salirme ampollas.

- Deberías haberlo dicho antes. Toma, el sombrero y el abrigo. Hasta luego.

Sacó una bufanda de lana del bolsillo del abrigo y se la puso alrededor de la cara y la garganta.

- Buena suerte.

- Lo mismo te digo. Ten cuidado. Se dieron un apretón de manos, breve pero cariñoso, y Ramsés desapareció en la oscuridad.

Le habían negado la petición de ponerse en contacto con el hombre que se encargaba de las operaciones en El Cairo. Pensó que merecía la pena intentarlo, pero la verdad era que no había esperado que lo aceptaran. Ellos no se fiaban de Wardani más de lo que Wardani se habría fiado de ellos. Había sido el turco quien se presentó en la tienda de Aslimi para decirle la hora y el lugar de la

primera entrega.

Iba con retraso y se arriesgó a tomar un coche de caballos para hacer parte del recorrido. Se bajó cerca de la estación de Demerdash y siguió a pie, corriendo cuando pudo hacerlo sin llamar la atención. Tardó menos de media hora en recorrer casi cuatro kilómetros y otros cinco minutos en completar el disfraz. Lo había hecho tantas veces que no necesitaba espejo: barba, bigote, un turbante impecablemente enrollado y unas arrugas y sombras alrededor de los ojos.

El villorrio estaba apartado del camino general; llevaba años abandonado y como otros pueblos de Egipto, estaba construido con piedras saqueadas de las ruinas antiguas. Había fragmentos de muros en pie, como dientes rotos alrededor de la casa donde se había concertado la cita.

Los otros estaban allí. Podía oír murmullos y el ruido de gente que se movía. Le hubiera gustado llegar a tiempo para ver por dónde venía el carro, lo cual podía haberle dado una pista para saber de dónde procedía. Demasiado tarde. Maldita señora Fortescue.

Sus propios hombres le dieron la bienvenida con un alivio que no pudieron disimular. Farouk estuvo especialmente efusivo y le dio un fuerte abrazo mientras le preguntaba solícitamente por su salud. Ramsés se lo quitó de encima y se dio la vuelta para intercambiar un saludo breve e hipócrita con el turco. Estaba claro que tenía prisa por marcharse. Los hombres de Wardani, apremiados por las maldiciones del turco, casi habían terminado de descargar el carro y de cargar las pequeñas carretas tiradas por burros que habían traído. Ramsés subió al carro y empezó a desenvolver uno de los bultos alargados.

- ¡Eh! ¿Qué haces? No hay tiempo para…

- Hay tiempo de sobra. ¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Has tenido problemas con las patrullas del desierto?

- No he tenido ningún problema. Sé cómo esquivarlas.

Había sido una respuesta menos clarificadora de lo que Ramsés había esperado, pero no insistió. El bulto contenía diez rifles. Sacó uno y lo examinó; era un modelo turco de la guerra de 1912 y parecía estar en buenas condiciones. Lo pasó a las ansiosas manos de Bashir. ¡Cómo les gustaba jugar a los soldados a esos pobres

desgraciados! Seguramente no sabría ni por qué lado apuntar.

- Diez en cada bulto. Doscientos en total. ¿Dónde está la munición?

El turco siguió su letanía de maldiciones mientras Ramsés comprobaba los demás paquetes y encontraba las cajas de municiones y granadas. Había otra caja más grande.

- ¿Pistolas? -Ramsés abrió la tapa con la hoja del puñal.

- Una bonificación -dijo el turco antes de escupir-. ¿Estás satisfecho?

- No quiero entretenerte-contestó Ramsés educadamente-. ¿Dónde y cuándo volveremos a vernos?

- Se te notificará.

El turco subió al pescante y tomó las riendas. Las mulas se pusieron en marcha.

Ramsés se dio la vuelta y vio con fastidio que sus entusiastas seguidores se pasaban las pistolas e intentaban meter los cargadores.

- ¿Cómo funciona? -preguntó Asad.

- En la empuñadura. Así.

Tenía que ser Farouk, pensó Ramsés. Los demás le imitaron con mucha más torpeza.

- Dejad eso donde estaba y cerrad la caja -ordenó Ramsés-. ¡Por el santo profeta! Me iría mucho mejor con un grupo de muchachas de el-Gharbi. ¿Puedo confiar en que tapéis la carga y os pongáis en marcha? Tenéis mucho camino y mucho trabajo que hacer antes de que amanezca.

- ¿No viene con nosotros? -preguntó Asad.

Un rayo de luna resplandeció en las gafas cuando se volvió para mirar a su jefe.

- Yo seguiré solo, como siempre, pero sabré si habéis cumplido las órdenes. *Maasalama.*

Todavía se escuchaba el crujir de las ruedas del carro, y a él también le quedaban muchas cosas que hacer antes de que amaneciera. No había caminado ni dos minutos cuando escuchó un grito.

- ¿Quién va?

Ramsés se detuvo y miró alrededor. No se veía a nadie. ¿Se habrían asustado esos idiotas por un perro vagabundo o un chacal?

Volvió dispuesto a meterles el miedo en el cuerpo antes de que despertaran a todo el vecindario. Cuando oyó el primer disparo no se preocupó por ponerse a cubierto, pero el segundo y el tercero le pasaron tan cerca que se acordó de que había mucha gente a su alrededor que no le tenía ninguna simpatía.

Dado que el valor empieza por la prudencia, dio media vuelta y salió corriendo.

Había esperado demasiado. El impacto de la bala le hizo girar sobre sí mismo y lo tumbó. Consiguió rodar hasta un terraplén que había junto a un muro y se quedó allí incapaz de moverse, convencido de que en cualquier momento aparecería una sombra que lo miraría desde arriba con una reluciente pistola en la mano.

Pasaron los segundos y el brazo y el hombro comenzaron a desentumecerse. Sacó el puñal y se quedó paralizado al oír unos pasos que se acercaban y una voz nerviosa que lo llamaba. No pudo saber de quién era la voz, tenía un tono agudo como el de una muchacha. Otra voz, igual de nerviosa, contestó.

- ¡Farouk, vuelve, tenemos que darnos prisa!

- Había alguien entre esos árboles, con una pistola, he contestado a su disparo.

- Entonces, has fallado Ya no hay nadie

- Pero te digo que lo he visto caer. Si está muerto o herido.

- El querría que siguiéramos.

Se había acercado. Era Asad. Resultaba aterradoramente noble y pomposo, pero, gracias a Dios, lo suficientemente sensato como para obedecer las órdenes.

- Date prisa. Alguien podría haber oído los disparos.

Ramsés pensó que era casi seguro que los hubieran oído. Mientras, intentaba luchar contra las oleadas de debilidad que le sacudían. Tenía que parar la hemorragia y salir de allí de una vez, pero no se atrevía a moverse mientras Farouk anduviera cerca. Farouk podía mentir o no cuando dijo que otra persona había disparado antes, en cualquier caso, Ramsés no podía arriesgarse a que le cuidaran los seguidores de Wardani, pues podía traicionarse de mil maneras si le vigilaban tan de cerca.

Por fin, los pasos se alejaron. Se arrancó la camisa a tiras y se las ató alrededor del brazo. El dolor era terrible, pero consiguió ponerse de pie.

El resto del camino fue como un vacío interrumpido por breves intervalos de consciencia. Sin embargo, de una forma u otra consiguió mantenerse en movimiento, porque cada vez que reconocía el sitio donde estaba, se encontraba más lejos, en la estación de Kurreh, tirado en un vagón de tercera y, para terminar, boca abajo en una acequia. Eso lo despertó y se arrastró hasta subir la orilla para reconocer el terreno. Había cruzado el puente, no sabía cómo, y se encontraba en la ribera occidental, a un kilómetro de su casa. Seguía a gatas. Se limpió el barro de la cara e intentó pensar. Debía dirigirse a Maadi, donde lo esperaba David, pero sabía que le resultaría imposible llegar allí, tendría suerte si llegaba a casa.

El agua fría lo había reanimado un poco y consiguió recorrer andando el resto de la distancia. Los últimos metros los cubrió con una carrera tambaleante, se apoyó en el muro preguntándose cómo demonios podría subir hasta su habitación. El emparrado era una buena escalera cuando estaba en condiciones óptimas, pero en aquel momento le resultaba tan inclinado y largo como la galería de la Gran Pirámide.

Un leve sonido hizo que mirara hacia arriba. Era *Seshat* que se asomaba por el borde de la baranda. La gata lo miró un segundo y luego saltó a la masa de troncos retorcidos, por donde bajó con la misma seguridad que si estuviera en tierra firme. No había visto a ningún gato que pudiera hacer eso, eran escaladores magníficos, pero una vez arriba no sabían cómo bajar. Ni siquiera su adorada Bastet.

Le clavó los dientes y las garras en el tobillo desnudo y el dolor le devolvió la plena consciencia. *Seshat* había captado su atención y le empujó los pies con su enorme cabeza.

«Paso a paso», pensó confusamente, «de acuerdo».

Ella subió a su lado entre gruñidos de descontento y empujones cada vez que se paraba. Al final consiguió pasar por encima de la balaustrada y cayó al suelo. Otro empujón de *Seshat* hizo que se levantara; se asomó a la ventana y miró dentro de la habitación. Estaba oscura y silenciosa, tal y como la había dejado; allí no había dificultades, pero tampoco era un camino de rosas. Le pareció que la cama estaba a un kilómetro de distancia. No podía pensar en otra cosa que no fuera tumbarse. Tropezó tres veces y se cayó.

Cuando recuperó el sentido vio a su madre inclinada sobre él y a su padre al lado. La gata había dado la voz de alarma. No sabía si alegrarse o lamentarse.

* * *

Al día siguiente, mi estado de ánimo había mejorado considerablemente. David se había ido solo a Zawaiet y Emerson se llevó a Nefret a Giza. Cuando retiré los vendajes comprobé que alguien, seguramente David, había untado toda la zona con el ungüento verde de Kadija. Fuera por eso, por la pasta de mercurio y zinc que yo le había aplicado o por la capacidad de recuperación de Ramsés, el caso era que no se había producido la infección que tanto había temido. Sin embargo, seguía dando la lata sobre Thomas Russell, así que le dije que dejara de preocuparse y que yo me encargaría de ello. Pareció que esa idea le asustó bastante.

- No voy a regañarle -le prometí-, pero si me dijeras algunas cosas más…

No le quedaba elección. Cuando me marché, tenía la respuesta a casi todas las preguntas y sopesé la información mientras avanzaba por la carretera de Giza.

Tras oír su relato sobre lo que ocurrió en la cita y después, comprendí por qué había insistido tanto en seguir con sus actividades normales. El que intentó asesinarlo podía haber sido tanto el turco, como el ambicioso lugarteniente de Wardani o un tercero; fuera quien fuese y lo hiciera por lo que lo hiciese, seguramente sabría que «Wardani» estaba herido. Ramsés también reconoció, después de mi interrogatorio, que tenía motivos para pensar que se sospechaba de su mascarada. Se negó a decir nada más; dijo que era una sensación incómoda más que un hecho concreto, «…como una de sus famosas premoniciones, madre».

Yo no podía discutirlo porque sabía la importancia que pueden tener esas sensaciones. No sería de extrañar que la verdad sobre el paradero de Wardani hubiera acabado por desvelarse mediante toda una serie de caminos. La peculiar naturaleza del funcionariado anglo-egipcio se había complicado más todavía desde la anexión oficial del país. A Kitchener le había sustituido sir Henry MacMahon con el título de alto comisionado; el general sir John Maxwell era el comandante en jefe del ejército; la policía de El Cairo seguía al mando de Harvey pacha, con Russell de ayudante y Philippides,

aquel infame levantino, como director del CID; el nuevo departamento de inteligencia estaba encabezado por Gilbert Clayton, quien era también representante en El Cairo del *sidar* de Sudán; por debajo de Clayton estaba el señor Newcombe y su grupo de intelectuales de Oxford y Cambridge entre los que se encontraban Leonard Woolley y el señor Lawrence. Al principio, Ramsés había tratado sólo con Russell, en cuya inteligencia e integridad confiaba, porque no se fiaba de algunos otros, pero fue necesario implicar a otras autoridades superiores para llevar a cabo la supuesta deportación de David y la encarcelación secreta de Wardani. En teoría, los únicos que conocían la suplantación de Wardani eran el propio Kitchener, MacMahon, el general Maxwell y Thomas Russell.

Yo no me lo creía. En el Ministerio de la Guerra en Londres tenía que haber más funcionarios que estuvieran al tanto; el general Maxwell tenía que haber confiado en algunos miembros de su personal y en Clayton. Los hombres piensan que las mujeres somos unas chismosas perdidas, pero las mujeres sabemos que ellos también lo son. Los pobrecillos son peores que nosotras en muchos sentidos, porque no son capaces de reconocer que están chismorreando o porque dudan de la discreción de las personas en las que deberían confiar.

«En confianza, compañero, entre tú y yo…» Efectivamente, todo iba de boca en boca por las oficinas, los clubes y, si se me permite una pequeña vulgaridad, por los *boudoirs*. Yo estaba segura de que en El Cairo había agentes enemigos que podían haberse infiltrado en la policía y en los departamentos de inteligencia. Cuanto más tiempo durase la peligrosa tarea de los chicos, más riesgo había de que la verdad llegara a oídos del enemigo. Quizá ya lo hubiera hecho.

Esa conclusión tan deprimente sólo consiguió inspirarme una mayor decisión. Cuando llegué a Giza, encontré a todo el mundo con mucho trabajo; aun así, me paré un momento para recrearme en los relieves policromados, aunque era la primera en reconocer que mi mayor interés estaba en la cámara o cámaras funerarias. Dos conectaban con la mastaba; habíamos localizado el lugar donde estaban los profundos pozos que conducían hasta ellas, pero Emerson no quería cavarlos hasta que no hubiésemos terminado

con la propia mastaba. Se había limpiado la cámara exterior o capilla, pero la puerta que llevaba a la segunda habitación seguía bloqueada por escombros.

Nefret, con una lámpara en la mano, comparaba los originales con los dibujos que Ramsés había hecho a partir de fotografías, y los corregía donde veía un error. Eso llevaría con toda seguridad a una discusión, ya que Ramsés no aceptaba las correcciones con mucha deportividad y Nefret no era precisamente la crítica con más tacto. Dejé escapar un suspiro al recordar los días en los que David era el copista; nadie tenía su precisión y hasta Ramsés se remitía a él cuando había un desacuerdo. Qué ridículo y mezquino era que yo lamentara pérdidas tan insignificantes; recé un poco en silencio. Si terminaban lo que estaban haciendo vivos e ilesos, yo no me preguntaría nada sobre la Autoridad que rige nuestros destinos… por lo menos hasta la próxima temporada.

- ¿Dónde está Emerson? -pregunté.

Selim, que sujetaba un reflector para aumentar la iluminación, movió la cabeza.

Nefret se dio la vuelta.

- Dijo que quería consultar los ficheros de Harvard Camp.

- ¿Sobre qué?

- No ha tenido a bien decírmelo -dijo Nefret-. Ramsés se ha ido a Zawaiet y Daoud está con el profesor. Tía Amelia, ¿podría tomarme unas horas libres esta tarde? Quiero ir de compras a El Cairo.

- Será mejor que se lo preguntes a Emerson.

- Él me ha dicho que se lo pregunte a usted.

El tono y el aspecto eran bastante sombríos. Sopesé rápidamente las ventajas y desventajas de acceder a su petición. Si ella estaba fuera cuando volviera David, sería más fácil que David y Ramsés recuperaran sus respectivas personalidades, pero yo no terminaba de creerme que quisiera ir de compras. ¿Podría seguirla sin que me viera? ¿Podría insistir en acompañarla? El cariño de madre tiraba mucho; yo ansiaba estar con mi hijo para que hiciera lo que tenía que hacer, cosa que no haría si yo no le obligaba. ¿Y Emerson? No era propio de él abandonar el trabajo. ¿Estaba realmente consultando los ficheros del señor Reisner? o ¿se había ido sólo para hacer algún recado absurdo? Ramsés dijo que había que informar a Russell…

Todas estas ideas contradictorias y confusas me pasaron por la mente con la velocidad característica de mis reflexiones. Me pareció que apenas hubo una pausa antes de que contestara.

- Yo también tengo que comprar algunas cosas. Te acompañaré.

- Si quiere…

Siempre podría cambiar de opinión una vez que hubiera hablado con Emerson.

Tardó más de una hora en volver. Yo había renunciado a toda pretensión de hacer algo útil y estaba fuera esperándolo.

- ¿Qué demonios haces, Peabody? -exclamó-. ¿Otra vez papando moscas en la pirámide? Deberías estar retirando escombros.

Su ceño fruncido no me molestó, tan sólo intentaba confundirme.

- No vas a engañarme, Emerson -le dije-. ¿Dónde has estado?

- Quería consultar…

- No es verdad.

Un hombre salió de la pirámide con un cesto. Me llevé a Emerson aparte.

- ¿Dónde has estado?

- En casa. Quería utilizar el teléfono.

- Para llamar a Russ…

Me tapó la boca con la mano. Mejor dicho, me tapó media cara con la mano. Emerson tiene unas manos muy grandes; fui apartando sus dedos uno a uno.

- De verdad, Emerson, ¿te parece juicioso? Pensaba ir a hablar con él esta tarde, en privado.

- Supuse que lo harías. -Emerson se quitó el salacot, lo dejó caer y se pasó la mano por el pelo-. Por eso he decidido anticiparme. No te preocupes, no le he revelado nada.

- La llamada habrá pasado por varios secretarios, sargentos y…

- He cambiado la voz -dijo Emerson muy satisfecho de sí mismo.

- ¡No habrás puesto acento ruso!

Emerson me pasó su poderoso brazo alrededor de la cintura y me apretó contra él.

- No te preocupes, Peabody. La cuestión es que he hablado con él y he podido tranquilizarle sobre ciertas cosas. Así que, por amor de Dios, no irrumpas en su oficina esta tarde. ¿Habías pensado en acompañar a Nefret a El Cairo o ir sola?

- Iba a ir con ella. Todavía puedo hacerlo. Una cosa…

- ¿Qué?

- Cuando estuviste en casa, ¿fuiste a ver a Ramsés?

Emerson hizo un gesto de simulada preocupación.

- Pensé que ya que estaba allí, por qué no hacerlo. Estaba dormido.

- ¡Ah! ¿Estás seguro?

- Sí -volvió a estrujarme las costillas-. Peabody, ni siquiera tú puedes estar en dos sitios a la vez. Vuelve a tu montón de escombros.

- ¡Dos sitios! Más bien, tres o cuatro. Zawaiet, la tumba, la casa…

- Al zoco con Nefret. Ve con ella, querida, y mantenla alejada para que no tengamos que repetir las agotadoras maniobras que hicimos ayer.

- ¿Estará David cuando vuelva? Me gustaría verlo una vez más.

- No hables como si fueras a despedirte definitivamente de él -gruñó Emerson-Pronto terminaremos con este asunto, te lo prometo. En cuanto a esta noche, le dije que volviera directamente a casa desde Zawaiet; no se marchará hasta que anochezca, de modo que podrás verlo. Ahora, a trabajar.

Algunos objetos ligeramente interesantes aparecieron en el relleno que estaban sacando de la segunda cámara. Los trozos de hueso, las tiras de vendajes de momias y los fragmentos de madera indicaban que se había hecho un enterramiento posterior sobre la mastaba. Después de la Dinastía XXI, que era más o menos el periodo que le asigné al segundo enterramiento, las mastabas de Giza se abandonaron durante más de mil años y la arena debió de penetrar profundamente en las ruinas. No había sido un enterramiento muy importante e incluso había señales de que lo habían saqueado.

Emerson nos despidió a Nefret y a mí poco después de las dos de la tarde y volvimos a casa para cambiarnos. Yo hablé en voz alta y muy animadamente con Nefret mientras íbamos por el pasillo hacia nuestras habitaciones. No se oía nada al otro lado de la puerta del cuarto de Ramsés.

- ¿Qué tipo de experimento está haciendo? -preguntó Nefret.

- Creo que intenta encontrar un conservante que proteja las

pinturas murales sin estropearlas ni oscurecerlas -contesté, acelerando el paso-. Huele espantosamente mal, como casi todos sus experimentos.

Yo había esperado tener la oportunidad de verlo antes de irnos, pero apenas había terminado de vestirme cuando entró Nefret para pedirme que le abrochara la espalda. Muchas de las mujeres más jóvenes de la familia de Abdullah habrían estado encantadas de colocarse como doncellas, pero Nefret, lo mismo que yo, aborrecía esas atenciones innecesarias. La ayudé y ella hizo lo mismo conmigo. Luego bajamos y nos encontramos a Daoud que nos esperaba.

- El Padre de las Maldiciones ha dicho que debo ir con ustedes -explicó con un resplandor en su enorme y sincero rostro-. Para cuidarlas.

No podíamos tener una escolta más formidable. Daoud era más alto que mi marido y su anchura estaba en consonancia. Ya no era joven, pero casi toda su masa era puro músculo. Nada le habría gustado más que tener que pelear contra una docena de hombres para defendernos. Nefret lo tomó del brazo con una sonrisa.

- Sólo vamos a Jan el Jalili, Daoud. Me temo que no va a pasarnos nada interesante.

Daoud, que solía ser tímido y taciturno, era muy locuaz cuando estaba con nosotras. Nos preguntó por los amigos ausentes, sobre todo por Lía, a quien adoraba.

- Debería estar aquí -afirmó con el ceño fruncido-. Donde usted y Kadija y Fátima y *Sitt Hakim* pudieran cuidarla.

Durante los primeros tiempos en Egipto me gané el sobrenombre de «Señora Doctor», entonces había pocos médicos y muy dispersos; algunos de nuestros incondicionales seguían prefiriendo mis atenciones a las de Nefret, que estaba mucho más preparada que yo. Modestamente, rechacé cualquier conocimiento de ginecología.

- Se sentía demasiado mal como para arriesgarse a hacer el viaje por mar, Daoud. Además, sería una imprudencia. Puedes estar seguro de que tendrá los mejores cuidados.

Cuando llegamos a Jan el Jalili dejamos el carruaje y seguimos a pie por los tortuosos callejones con Daoud pegado a nuestros talones; yo tenía la sensación de que me seguía una montaña andante. Nefret estaba de muy buen humor y no paraba de hablar y

reírse; en un par de tiendas, la de un orfebre y la de un vendedor de telas, hizo que Daoud y yo la esperáramos a cierta distancia. Di por supuesto que querría sorprenderme con algún regalo, así que acepté sin rechistar.

- El profesor es difícil -dijo después de haber hecho algunas compras-. ¡Ya sé! Veamos si Aslimi tiene alguna antigüedad interesante.

- Ya -dijo Daoud-. ¿Se refiere a antigüedades robadas? Aslimi trata con ladrones y saqueadores de tumbas.

- Un motivo más para rescatar los objetos de sus manos.

El sol estaba poniéndose y los rayos dorados se filtraban entre los toldos que cubrían las callejuelas. Atravesamos la zona dedicada a los tintoreros y curtidores y llegamos a la tienda de Aslimi. Era más grande que las demás, que apenas consistían en un cubículo diminuto donde el cliente se sentaba en un banco mientras el propietario le enseñaba la mercancía. Cuando entramos, el establecimiento parecía estar vacío. Nefret se acercó a un estante en el que había una fila de cuencos pintados y empezó a examinarlos.

- Sólo encontrarás falsificaciones -dije-. Aslimi esconde sus mejores objetos. ¿Dónde se habrá metido ese rufián?

La cortina que había en el fondo de la habitación se descorrió, pero el hombre que salió no era Aslimi. Era alto, joven y muy atractivo y habló en un inglés excelente.

- Es un honor tenerlas en mi humilde tienda, señoras. ¿Qué puedo enseñarles?

- No sabía que Aslimi hubiera vendido la tienda -dije mientras lo observaba con curiosidad.

El joven sonrió y mostró unos dientes blanquísimos.

- Mis palabras han sido inoportunas, honorable señora; le había tomado por una desconocida. Mi primo Aslimi está enfermo. Yo me ocupo del negocio hasta que se reponga.

Yo dudaba mucho de que no me hubiera reconocido. Había estado un rato observándonos desde detrás de la cortina antes de salir, y todo el mundo nos conocía en El Cairo. El grupo que formábamos Nefret, Daoud y yo era inconfundible.

- Lamento saber que está enfermo -dije educadamente-. ¿Qué le pasa?

El joven se posó las manos sobre el estómago, eran unas manos

delicadas y con dedos largos y cubiertos por anillos.

- Siente mucho dolor cuando come. Usted es la *Sitt Hakim,* la conozco, seguro que puede decirme qué medicina puede aliviarle.

- No sin examinarlo -repliqué secamente-. ¿Nefret?

Se había dado la vuelta con uno de los cuencos entre las manos.

- Conociendo a Aslimi, podría ser una úlcera. Siempre ha sido muy nervioso.

- Ah. -El joven sacó pecho y sonrió encantadoramente. Nefret tenía ese efecto en los hombres y estaba claro que ése tenía un elevado concepto de sí mismo-. ¿Qué podemos hacer por él?

- Una dieta suave -respondió Nefret-. Nada de comidas especiadas. En cualquier caso, no puede hacerle daño -añadió mientras me miraba-, pero debería visitar a un médico, señor… ¿cómo se llama?

- Said al-Beitum, para servirle. Es usted muy amable. ¿Qué puedo enseñarle? Ese cuenco es una falsificación… como ya sabe.

- Y bastante mala. -Nefret volvió a dejar el objeto en el estante-. ¿Tiene algo que pueda satisfacer el grado de exigencia del Padre de las Maldiciones?

- ¿O del Hermano de los Demonios? -Said sonrió-. Unos nombres muy… singulares, pero apropiados. Como el suyo, *Nur Misur*.

- Nos conoce… -dije.

- ¿Quién no las conoce? Son fechas festivas para ustedes, ¿verdad? Buscan regalos para las personas amadas. Siéntense; les traeré un té y les mostraré mis mejores piezas.

Pensé que había empleado otro pronombre posesivo muy revelador. Me senté en el taburete que me indicó. ¿Era ese individuo el heredero de Aslimi? Jamás le había visto.

Sabía algo de antigüedades, ya que lo que fue sacando era bueno y, seguramente, conseguido por medios ilegales. Al final, Nefret compró varias cosas: un collar con cuentas de cornalina, un talismán con un escarabajo de serpentina enmarcado en oro y un fragmento de un relieve policromado que representaba una gacela corriendo.

Al observar que Said regateaba bastante mal y sin interés, pensé que Aslimi no duraría mucho en ese negocio si su sobrino se ocupaba de la tienda. Nos dio la mano al estilo occidental y se quedó en el quicio de la puerta mientras nosotras nos alejábamos.

- ¡Muy bien! -exclamé.

- No ha estado mal -dijo Nefret.

- ¿Tienes que hacer más compras?

- No. Vamos a casa.

Esperé hasta que estuvimos en el carruaje para retomar la conversación.

- ¿Qué te ha parecido el encargado de Aslimi?

- Muy guapo, ¿no?

Daoud gruñó y Nefret se rió.

- Te aseguro, Daoud, que no me agrada lo más mínimo.

- ¿Agrada? -repitió Daoud sin entender.

- No importa. ¿Tú qué piensas? ¿Lo habías visto antes?

- No -contestó Daoud-, pero no conozco a la familia de Aslimi. Desde luego tiene muchos primos.

- Éste es bastante culto -dije yo.

Nefret asintió con la cabeza.

- Y quizá excesivamente optimista. Aslimi no está muerto todavía. Y ahora, tía Amelia y Daoud, prometedme que no diréis a nadie lo que he comprado. Quiero que sea una sorpresa.

* * *

Esa noche, el comité de crisis no fue tan tarde como me había temido. Nefret se retiró pronto porque, según dijo, tenía que escribir unas cartas y envolver los regalos. Cuando nos reunimos con David él estaba frente al espejo aplicándose el maquillaje. No era el mismo disfraz que le había visto antes. Vestido con los harapos de mendigo y con la barba rala y gris tenía un aspecto más desagradable, pero menos imponente.

Ramsés lo miró de arriba abajo.

- Tienes las manos demasiado limpias.

- Me las ensuciaré fuera. No se verán, excepto cuando saque una y le suplique una limosna a Russell. Se ha aficionado mucho a esconder el informe en la mano.

Extendió la suya para hacer una demostración. El pequeño rollo de papel estaba medio escondido debajo del pulgar.

- ¿Así lo haces? -pregunté-. Muy interesante. Tendré que practicarlo. Pero David, ¿tienes que irte? Apenas te he visto y Ramsés debería pasar por lo menos otro día en cama. ¿No puede esperar hasta mañana por la noche?

Las dos cabezas se movieron con una negación muy rotunda.

- Ya nos hemos retrasado demasiado. Debería ser yo quien le diera el informe a Russell.

- Eso ni se plantea -le atajó David. Sacó una tira de tela sucia y se la ató alrededor de la cabeza como un turbante-. Si no te lo tomas con calma durante unos días, volverás a recaer. Regresaré después de encontrarme con Russell; volveré a ocupar tu lugar mañana.

Ramsés volvió a negar con la cabeza.

- Hemos tentado demasiado a la suerte. Es un milagro que Fátima no haya decidido que tiene que hacer la habitación y que Nefret no te haya visto.

Había estado moviéndose como un gato enjaulado y cuando se apartó el pelo de la frente vi que la tenía perlada de gotas de sudor.

- Siéntate -le ordené.

Emerson se retiró la pipa de la boca.

- Sí, siéntate. Y tú, Peabody, deja de enredar. David tiene que irse, sobre eso no hay discusión posible y no haces más que retrasarlo. Yo me ocuparé de que Ramsés no se exceda mañana.

- Tengo que estar en la entrada del club antes de medianoche, tía Amelia -explicó David-. Es cuando saldrá Russell y no puede quedarse esperándome.

- ¿Luego iréis al almacén?

- No -dijo Ramsés-. Desde el principio acordamos que David se mantendría lejos de las guaridas de Wardani y de su gente. Russell estaba encargado de vigilar el almacén. ¡Espero por todos los santos que lo haya hecho! Uno de esos tipos podría haber aprovechado que estoy fuera de la circulación para imponer su autoridad y llevarse todo a otro sitio.

- Ellos… no piensan que estás fuera de la circulación, ¿verdad? -dijo Emerson con mucha tranquilidad.

- No -dijo Ramsés-. Seguro que no. No todavía.

- Entonces no te preocupes. David, será mejor que te vayas. Eh… ten cuidado, hijo mío.

Estrechó la mano de David con tal fuerza que el muchacho hizo una mueca de dolor a la vez que sonreía.

- Claro, señor, lo tendré. Adiós, tía Amelia.

- À *bientôt* -le corregí.

Nos abrazamos.

- Te veré dentro de tres días, David -dijo Ramsés.

- O cuatro -dije yo.

- Tres -insistió Ramsés.

- Allí estaré -replicó David apresuradamente-. Las dos noches.

Seshat le siguió al balcón. Oí un leve susurro entre las hojas y, al cabo de unos minutos, el gato volvió.

- A la cama -dije mientras me levantaba. Ramsés miró al cielo.

DEL EPISTOLARIO B

Querida Lía:

Siento mucho que la carta de Sylvia Gorst te haya molestado. Es una cotilla incurable y una cabeza de chorlito. Deberías saber que no puedes creer nada de lo que dice. Si llego a enterarme de que te estaba escribiendo, le habría dicho cuatro cosas. Es más, se las diré la próxima vez que la vea.

¿Cómo has podido dar crédito a esa historia del duelo de Ramsés con el señor Simmons? Reconozco que Ramsés no goza de muchas simpatías entre la sociedad de El Cairo. La comunidad anglo-egipcia esta enloquecida hasta el patriotismo por la guerra y tú ya sabes lo que piensa Ramsés de la guerra. Incluso ha recibido algunas plumas de viejas señoronas. Pero lo del duelo es más propio de El prisionero de Zenda, *querida.*

En cuanto a mis admiradores, como los llama Sylvia, no sé por qué se ha limitado al Conde de Sevigny y al comandante Hamilton; te reirías si los conocieras, porque ninguno es mi (o tu) idea del pretendiente ideal. Las pretensiones del conde me parecen divertidas; te acecha como el malvado de una opereta con su capa y monóculo.

Efectivamente, querida Lía, a mí también. Me lo encontré hace unos días en una fiesta y me honró con sus atenciones; me habló de su château *en Provenza, de los viñedos y de los fieles criados de su familia. Ha estado casado tres veces, pero ahora es, según me aseguró mientras me devoraba con la mirada, un viudo rico y solitario.*

Le pregunté por sus mujeres, con la esperanza de que eso le aplacara, pero aprovechó la pregunta para abrumarme con halagos extravagantes.

«Todas eran hermosas y, naturalmente, de alta alcurnia. Si bien,

mademoiselle, *ninguna era tan hermosa como usted.» Estaba tan emocionado que se le cayó el monóculo. Lo recogió con bastante destreza y continuó pensativamente. «Nunca he estado casado con una mujer parecida a usted. Celeste era castaña; Aline era morena, su madre,* vous comprenez, *era una noble española; Marie era rubia, una rubia platino con ojos azules, pero, ¡ah!,* ma chère mademoiselle, *sus ojos son más azules, más profundos y…»*

Empezó a decir adjetivos, así que lo interrumpí.

«¿Han muerto las tres? Qué tragedia para usted, monsieur.»

«Le bon dieu *se las llevó.» Inclinó la cabeza y pude observar el pelo sospechosamente negro de su nuca.*

«Celeste se cayó del caballo; Aline sucumbió a una fiebre devastadora; la pobre Marie… no puedo hablar de ella, fue demasiado doloroso.»

Espero que esto te dé una idea de cómo es el conde. No me creo lo de sus mujeres ni lo del château *en Provenza ni sus declaraciones de admiración, pero es bastante divertido y sabe algo de egiptología.*

El comandante no es divertido, pero es una buena persona. Algo mayor, querida, ¡tiene, por lo menos, cincuenta años! Me parece que le gusto, pero su interés es meramente paternal. Es el tío de la niña de que te hablé y tenía curiosidad por conocerlo.

Las otras «pequeñas noticias» de las que te habla Sylvia son el colmo. NO «me he visto» con Percy, como dice ella. Bueno, naturalmente, lo he visto, *es imposible no hacerlo cuando ahora está en el Estado Mayor y es muy apreciado entre sus oficiales y las damas. Incluso he hablado con él un par de veces o tres. Te agradecería que no comentaras este cotilleo con el resto de la familia. Sólo causaría problemas. No me regañes, por favor; sé lo que hago.*

* * *

Las fiestas fueron más felices de lo que me había esperado, seguramente, porque no había esperado mucho. Además, que pudiéramos llevar a cabo nuestra farsa sin que nos descubrieran y que Ramsés se recuperara bien, fue motivo de alegría. Creo que puedo afirmar que mis habilidades médicas tuvieron parte del mérito, si bien es posible que la fortaleza de mi muchacho ayudara algo.

Ramsés, a petición de Emerson, pasó casi todo el día de Nochebuena escribiendo el informe sobre Zawaeit. Se basaba en las

notas que David y yo habíamos tomado y en lo que yo llamaría extrapolación lógica. Los demás dedicamos media jornada a nuestra mastaba; no haberlo hecho habría supuesto una desviación sospechosa de la pauta normal. Cuando en Nochebuena nos reunimos alrededor del árbol, sólo la mirada preocupada de una madre habría apreciado algo distinto en el aspecto de Ramsés; su rostro afilado estaba algo más delgado y movía con mucho cuidado el brazo izquierdo, pero tenía un color magnífico y cenó con un apetito excelente.

Nefret había disimulado lo incongruente que resultaba la pequeña acacia con motivos navideños; las velas resplandecían tenuemente y unos deliciosos adornos de arcilla o latón cubrían los espacios vacíos. Los había hecho David y durante años habían sido parte de la tradición navideña. Al verlos se me cayó el alma a los pies durante un instante; no podía soportar la idea de que fuera a pasar la fiesta solo en ese cobertizo de mala muerte de Maadi que estaba a escasos kilómetros de distancia. Por lo menos, le había obligado a aceptar un paquete con comida y una bufanda de punto que había hecho con mis manos. Mi amiga Helen McIntosh me había enseñado a tricotar y comprobé que, como ella decía, ayudaba a pensar, ya que enseguida se convirtió en algo mecánico que no exigía concentración. Yo había hecho la bufanda para Ramsés, pero él me aseguró que no le importaba renunciar a ella a favor de su amigo.

Emerson se levantó después de que se hubieran abierto todos los regalos, de que yo me hubiera puesto el precioso vestido de tarde que me había regalado Nefret y de que Ramsés hubiese fingido estar encantado con la docena de pañuelos blancos que yo le había regalado.

- Uno más -dijo Emerson mientras me miraba con una sonrisa radiante-. Peabody, cierra los ojos y extiende las manos.

No intentó siquiera envolver el objeto; habría sido un paquete muy voluminoso. Supe lo que era en cuanto llegó a mis manos.

- ¡Emerson, qué preciosidad! -exclamé-. Otro parasol, siempre viene bien uno de repuesto y éste…

- Es algo más de lo que parece -dijo mi marido-. Míralo de cerca.

Cogió la sombrilla por el asa, la giró y tiró de ella. Esa vez mi exclamación de placer fue más ruidosa y entusiasta.

- ¡Un parasol con espada! ¡Oh, Emerson, siempre había querido uno! ¿Cómo funciona?

Volvió a hacer la demostración y yo me levanté apartando con el pie los elegantes volantes de encaje.

- ¡En guardia! -grité mientras blandía el arma.

Nefret se rió.

- Profesor, ha sido un detalle precioso.

- Mmm… -dijo Ramsés-. Madre, cuidado con las velas.

- Quizá necesite algunas lecciones -reconocí-. Ramsés, me enseñarías…

- Cómo, ¿ahora? -Inclinó las cejas hasta que formaron un ángulo obtuso perfecto.

- ¡No puedo esperar! -exclamé mientras doblaba las rodillas y me ponía en posición de combate.

Emerson se apartó apresuradamente; una precaución innecesaria, ya que la punta no le había llegado por dos palmos.

- Me alegro de que te guste, Peabody, pero será mejor que aprendas a utilizarlo antes de que estoquees a alguien.

Ramsés intentaba no reírse.

- Perdone, madre -dijo con la voz entrecortada-, pero nunca había tenido un oponente armado con un paraguas que no me llegara a la barbilla.

- No sé por qué iba a ser un inconveniente, ¿verdad, Nefret?

Ella observaba a Ramsés, que se había dejado caer en una butaca entre risas. Se sobresaltó cuando me dirigí a ella.

- ¿Cómo? Bueno, tía Amelia, estoy segura de que podrá convencerlo. Aunque no con ese parasol; parece aterradoramente afilado.

- Lo está -dijo Emerson que empezaba a parecer arrepentido-. Necesitaréis unos floretes adecuados, sin puntas, y unas máscaras y petos y…

Eso hizo que Ramsés volviera a reírse. Yo no entendía por qué le hacía tanta gracia, pero me alegré de que estuviera contento gracias a mí. Como había dicho David, era necesario encontrar cualquier motivo para disfrutar en una situación que, por lo demás, era tan triste.

Ramsés, después de calmarse, me enseñó a saludar al oponente y a colocar los pies y brazos. Se mantuvo bien alejado de mí, si bien

yo ya había envainado la espada, naturalmente, y se vio obligado a hablarme con tono serio.

- Escuche, madre, tiene que prometerme que si se encuentra con alguien armado con un sable o una espada, no desenvainará ese chisme y le atacará.

- Bien dicho -exclamó enfáticamente Emerson-. Te ensartarían como a una mariposa antes de que te dieses cuenta. Es el inconveniente de las armas mortales; hacen que la gente, alguna gente, tenga una confianza excesiva.

- Entonces, ¿qué debo hacer? -pregunté mientras hacía el gesto de atacar.

- Correr -respondió Ramsés mientras me ayudaba a ponerme derecha.

Cuando nos separamos y Emerson y yo nos quedamos solos en nuestra habitación, volví a agradecérselo; con palabras y gestos.

- No conozco a ningún otro hombre que hubiera hecho un regalo tan maravilloso a su mujer, Emerson.

- Y yo no conozco a ninguna mujer a la que le hubiera emocionado tanto una espada -replicó Emerson.

A continuación, mi esposo se durmió. Yo no pude hacer lo mismo. Recordaba la cara radiante y risueña de mi hijo. Deseé poder verlo así más a menudo. Volví a pensar en David y en los peligros que había corrido por amor y lealtad. Envié a Thomas Russell al rincón más remoto y oscuro del Averno por hacer que mis hijos pasaran por semejante prueba; luego, perdone a ese canalla, porque eran días de paz y buena voluntad. Al fin y al cabo estaba cumpliendo con su obligación.

También pensé en Abdullah. De vez en cuando soñaba con él; eran sueños extraños, distintos de las vagas evocaciones del subconsciente, ya que eran nítidos y coherentes. En ellos veía a mi viejo amigo como un hombre joven, sin arrugas en el rostro ni canas en el pelo y la barba. El lugar era siempre el mismo: estaba en lo alto de los riscos que hay detrás de Deir el Bahari, en Luxor, donde tantas veces se había detenido para descansar después de subir la pendiente que lleva hasta la meseta. En esa visión me avisaba de las tormentas que se aproximaban y de que necesitaría de todo mi valor para atravesarlas, pero que al final…

- Las nubes se disiparán -dijo él en una ocasión- y el halcón

volará a través del pórtico del amanecer.

Empleaba a menudo esas parábolas irritantes y se negaba a explicármelas aunque yo intentara obligarlo. No tenía ninguna duda sobre los nubarrones de los que me hablaba; en ese momento se cernían sobre medio mundo. El resto parecía esperanzador, pero cuando estaba desanimada necesitaba algo más que elegantes metáforas literarias. Su tranquilidad podría haberme venido bien, pero esa noche no soñé con Abdullah.

Cuando me desperté, la luz del amanecer brillaba en el cielo. Había mucho que hacer, ya que los Vandergelt venían a cenar y luego llegarían muchos invitados. Sin embargo, no pude resistir la tentación de probar mi parasol nuevo. Estaba atacando y parando los golpes con una destreza considerable (había visto a James O'Neill en la película *El conde de Montecristo)* cuando un comentario de Emerson hizo que diera un traspié y que casi perdiera el equilibrio. Después de una breve discusión y una interminable digresión sobre otra cosa, aceptó darme clases si Ramsés no lo hacía. Él había estudiado esgrima hacía unos años, pero no lo había practicado porque había descubierto que podía doblegar a cualquier atacante con las manos.

- No estoy seguro de que Ramsés se preste a ello -comentó-. Para un caballero es muy difícil atacar a una mujer, sobre todo cuando esa mujer es su madre. Te tiene mucho respeto, querida.

- La verdad es que anoche no parecía respetarme demasiado - dije yo mientras me abotonaba la enagua.

Emerson seguía recostado con las manos detrás de la cabeza y me observaba con una aprobación somnolienta.

- Fue bonito verle reírse tan francamente.

- Sí. Emerson…

- Sé lo que está pensando, pero olvídate de esas preocupaciones, por lo menos hoy.

Se levantó y fue hacia la jofaina para lavarse.

- Fátima ha vuelto a poner pétalos de rosa -gruñó mientras intentaba quitarlos con los dedos-. Como decía, la situación está controlada por el momento. Hemos informado a Russell de lo que ha pasado y vigilará el almacén.

- Sigo pensando que deberíamos haberle invitado a la fiesta. Podríamos haber encontrado la ocasión para tener una breve charla.

Emerson dejó un puñado de pétalos mojados sobre la mesa y agarró los utensilios para afeitarse.

- No, querida. Cuanto menos se vean Ramsés y él, mejor.

Ese año cenamos sólo los miembros de la familia, entre los que contaba a Cyrus y Katherine, que eran tan íntimos como unos parientes más. Nos trajeron unos regalos, de forma que hubo otra ceremonia de apertura de regalos. Era difícil encontrar regalos para Cyrus y Katherine, ya que eran más ricos y tenían de todo, pero yo había dado con unos dijes que parecieron gustarles y Cyrus lanzó una complacida exclamación al ver la pintura de la gacela que le regaló Nefret.

- Parece de la Dinastía XVIII -comentó-. ¿Dónde la has encontrado? Si no es indiscreción.

- Sin duda, en el tenderete de alguno de esos detestables traficantes de antigüedades -farfulló Emerson-. Como el maldito talismán con un escarabajo que me ha regalado a mí. No es que no agradezca el detalle -se apresuró a añadir.

Nefret se limitó a reírse. Había oído demasiadas veces lo que pensaba Emerson sobre comprar a los traficantes como para ofenderse.

- Tengo que reconocer que se los compré a Aslimi. Tenía algunas cosas muy buenas.

- Me imagino que no te molestarías en preguntarle a ese canalla de dónde las había sacado… -dijo Emerson.

- Lo habría hecho si hubiera estado él, aunque dudo mucho que me hubiera dicho la verdad.

Ramsés, que había estado observando el trozo de piedra con gesto de aprobación, levantó la mirada.

- ¿No estaba?

- Está enfermo. El profesor diría que lo tiene merecido -Nefret se rió-. El nuevo encargado es mucho más atractivo que Aslimi y no regatea tan bien.

Nefret hizo un relato muy divertido de nuestra visita. Cyrus declaró su intención de visitar al inepto encargado lo antes posible y Katherine pidió una descripción del hermoso joven. El único que no participó de la conversación fue Ramsés.

La mesa estaba preciosa, el cristal centelleaba y las velas resplandecían, pero al mirar al reducido grupo, me pareció ver las

figuras espectrales de quienes habían estado con nosotros: el gesto serio de Junkers, cuyo rígido comportamiento ocultaba el corazón más cariñoso del mundo; el rostro sonriente de Karl von Bork, con los bigotes en punta; Rex Engelbach y Guy Brunton, quienes habían cambiado las palas por rifles; y los más queridos de todos: Evelyn y Walter y David y Lía. Afortunadamente, Cyrus había traído varias botellas de su champán favorito y los ánimos se elevaron después de brindar por los amigos ausentes y de un rápido repaso a las hostilidades y a todo lo que se le ocurrió a Cyrus. Hasta Anna sonrió. Ese día estaba muy atractiva con un vestido de muselina rosa cuyos volantes favorecían su figura algo aniñada; también observé, con asombro, que se había pintado los labios y dado colorete en las mejillas.

Había ido todos los días al hospital desde que Nefret la retó en la opera, además, según Nefret, lo hacía mucho mejor de lo que nadie hubiera esperado.

- No se lo he puesto nada fácil -reconoció Nefret-. No tiene conocimientos de enfermería y hace los trabajos más desagradables: vacía las cuñas, cambia las sábanas y quita las larvas de las heridas. El primer día vomitó tres veces y pensé que no volvería a aparecer por allí, pero a la mañana siguiente estaba dispuesta a seguir. Empiezo a admirar a esa muchacha, tía Amelia. Le he dado algunas pequeñas ideas sobre su aspecto y las ha aceptado con más elegancia de la que me esperaba.

Hubo un breve lapso entre el final de la cena y la llegada de los invitados. Uno de los primeros en aparecer fue el joven teniente Pinckney, quien fue derecho hasta Nefret y se la llevó aparte. La señora Fortescue intentó hacer lo mismo con Emerson, pero pude adelantarme y lo retuve conmigo para que saludara a los invitados. Sus admiradores debían haberla abandonado porque llegó sola. A mí no me cabía la menor duda de que el brillante color de sus mejillas y labios se debía a la intervención humana y no a la naturaleza, pero estaba muy atractiva vestida de encaje negro y con una especie de mantilla que le cubría la cabeza.

Muchos de los hombres, demasiados, por desgracia, iban vestidos de caqui. Entre ellos estaban el señor Lawrence y Leonard Woolley. Observé cierto alboroto cuando trabaron conversación con Ramsés y me acordé de lo que David me contó de su encuentro

«alcohólico» con ellos, pero las pocas palabras que escuché indicaban que sólo hablaban de arqueología. Me hizo cierta gracia comprobar que el señor Lawrence se ponía inconscientemente de puntillas para hablar con Ramsés; su tamaño diminuto y el pelo rubio y despeinado le daban el aspecto de un niño hablando con su tutor.

Yo estaba deseando conocer al comandante Hamilton, pero su sobrina llegó acompañada por su imponente institutriz.

- El comandante me ha pedido que le transmita sus disculpas más sinceras -me explicó esta última-. Una emergencia le obligó a salir hacia el Canal de Suez anoche.

- Lo siento mucho -repliqué-. Es una pena que la celebración del nacimiento del Príncipe de la Paz se interrumpa por la preparación de la guerra, ¿no le parece?

Emerson me lanzó una mirada que reflejaba claramente lo trillado que le parecía ese sentimiento. No obstante, a la señora Nordstrom pareció impresionarle bastante.

La señorita Molly ni siquiera lo oyó. Iba vestida con la muselina blanca que se consideraba apropiada para las jovencitas y un lazo blanco enorme en la cabeza; se detuvo lo justo para agradecernos que la invitáramos y se fue corriendo. Fueron de los últimos en llegar, y después de presentar a la señorita Nordstrom a Katherine y a Anna, decidí que me merecía un momento de respiro. Eché una ojeada por la habitación para asegurarme de que ningún invitado estaba solo o descuidado, como debe hacer cualquier anfitriona. Todo el mundo parecía pasarlo bien; la señorita Molly había conseguido apartar a Ramsés de Lawrence y Woolley, y la señora Fortescue hablaba con Cyrus, quien respondía con evidente regocijo a sus sonrisas y miradas coquetas. Según él, siempre había sido «un admirador del encanto femenino en el sentido más respetuoso de la expresión», pero yo sabía que su interés era meramente estético. Adoraba a su mujer y, si por algún motivo existiera el riesgo de que lo olvidara, ahí estaba Katherine para recordárselo.

Me volví hacia mi marido y lo encontré con la mirada perdida en el infinito y sin expresión alguna. Tuve que dirigirme a él dos veces antes de que me contestara.

- ¿Cómo dices, Peabody?

- Te he preguntado si quieres tomar una taza de té conmigo,

querido. ¿Qué te tiene tan abstraído?

- Nada importante. ¿Dónde está Nefret? No la veo; ni al joven oficial tampoco. ¿Habrán salido al jardín?

- No necesita una carabina, querido. Si el joven intenta excederse, cosa que dudo, ella lo pondrá en su lugar.

- Es verdad -confirmó Emerson-. No tomaré té; quiero hablar con Woolley sobre los objetos egipcios que encontró en Karkemish.

Después de un rato, creo que fue el señor Pinckney quien preguntó si no íbamos a bailar, pero su ingenuo rostro mostró una desilusión enorme cuando Nefret se dirigió al pianoforte.

- No tenemos gramófono -le expliqué-. Emerson los odia y yo tengo que reconocer que esos discos chirriantes me parecen un sustituto muy malo de la verdadera música.

- ¡Oh! -dijo el señor Pinckney-. Pero es una molestia para la señorita Forth, ¿no? No lo habría propuesto si llego a saber que ella no podría bailar.

La señorita Nordstrom, que debía haber tomado bastante del champán de Cyrus y miraba con ojos tiernos al joven, se ofreció a ocupar el lugar de Nefret. El señor Pinckney la tomó con fuerza de la mano.

- La verdad -exclamó-, la verdad es que es muy amable, señorita… mmm…

De esa forma, el señor Pinckney pudo bailar. Como suele ocurrir en mis fiestas, había más hombres que mujeres y él tuvo que compartir a Nefret. La señora Nordstrom tocaba con una exuberancia que no habría esperado de una mujer tan contenida, pero su repertorio se limitaba, más o menos, a los clásicos: polcas, mazurcas y valses. Ni siquiera el señor Pinckney se atrevió a preguntarle si podía tocar un *ragtime,* pero ella, después de otra copa de champán, y apremiada por Cyrus, se arrancó con una polca endiablada y Pinckney, que también se había refrescado la garganta entre baile y baile, giró como un loco por toda la habitación con Nefret y acabó dándole una vuelta en el aire. Emerson lo miró como el padre de un melodrama, pero Nefret se rió y los demás aplaudieron. La voz de soprano de la señorita Molly se elevó sobre las demás.

- ¡Tócala otra vez, Nordie!

Fue corriendo donde estaba Ramsés y extendió los brazos.

- Dame vueltas así, ¡por favor! Sé que puedes, me bajaste en brazos toda la pirámide.

La señorita Nordstrom había empezado a repetir la canción.

- ¡Cyrus, ni se te ocurra intentarlo conmigo! -se oyó decir a Katherine.

Puede creer, lector, que mi ansiedad de madre no se había mitigado. Me dirigí hacia Ramsés con cierta vaga intención de interferir, pero él negó con la cabeza.

Por desgracia, eran el centro de atención. Ella era tan pequeña y él tan alto que formaban una pareja bastante cómica y conmovedora; la niña tenía la cabeza echada hacia atrás y su cara redonda y pecosa resplandecía con una risa infantil mientras él le guiaba los pasos. Él la tomaba por la cintura y la hacía girar con el brazo derecho, pero sentí un escalofrío al ver la fuerza con la que ella se agarraba de la otra mano. La canción llegaba al final y él apretó los labios y la hizo girar varias veces en el aire. La dejó en el suelo y ella le agarró de la manga.

- Ha sido maravilloso -exclamó sin apenas poder respirar-. ¡Hazlo otra vez!

- Debes darle una oportunidad al profesor -dijo Nefret mientras la apartaba de Ramsés-. Baila el vals de maravilla.

- No lo hago mal -dijo Emerson-. ¿Le apetece bailar un vals, señorita… mmm… Nordstrom?

Me acerqué a Ramsés, que estaba apoyado en el respaldo del sofá.

- Sube al piso de arriba -le dije en voz baja.

- Manténgame el brazo en alto -dijo Ramsés-. No hay muchas mujeres a las que se lo pediría -añadió con una leve risa-. Estaré bien dentro de un minuto.

Él me había rodeado la cintura con el otro brazo y como no tenía ninguna alternativa juiciosa, le seguí el paso.

- ¿Sangras?

- Estoy bien, de verdad.

- ¿Tenías que hacer eso?

- Yo creo que sí, ¿no le parece?

- Condenada niña -dije yo.

- No hace falta que me lleve, madre.

Después de eso di por terminado el baile. Nefret sustituyó a la

señorita Nordstrom en el piano y terminamos la velada como lo hacemos siempre: con unos villancicos. El señor Pinckney se empeñó en pasarle las hojas a Nefret y se inclinó tan cerca de ella que su respiración movía los mechones sueltos que le caían por la mejilla. La señora Fortescue fue la sorpresa de la noche. Tenía una voz de contralto muy bonita que, evidentemente, había educado. Además, observé que adoptó inconscientemente la postura de una cantante de conciertos: las manos cruzadas sobre la cintura y los hombros rectos. Sin embargo, cuando alabé su forma de cantar y le pedí que nos ofreciera un solo, sacudió la cabeza con fingida modestia.

- Tomé algunas lecciones en mi juventud -murmuró-, pero preferiría cantar con todos ustedes; en familia, como corresponde a estas fechas.

Pensé que estaba claro que había tomado lecciones, aunque, naturalmente, no insistí. En algún momento había cantado como profesional. No había nada de malo en ello, ni ningún motivo por el que semejante cosa debiera arrojar una sombra de duda sobre su historia. En cualquier caso, decidí que quería saber algo más sobre la señora Fortescue.

Nunca me había sentido tan aliviada porque terminara una fiesta. Katherine y Cyrus siempre se quedaban un rato más, y por primera vez lamenté ese momento con mis queridos amigos. Por lo menos pudimos sentarnos con los pies en alto y reconocer que estábamos cansados. Emerson se quitó la chaqueta antes de que se cerrara la puerta tras los últimos invitados. No tardó en deshacerse de la corbata y el chaleco y en soltarse el primer botón de la camisa, en arrancarlo, para ser más exactos, porque la briosa forma que tiene mi esposo de quitarse la ropa posee un efecto devastador sobre los botones. Lo recogí del suelo.

- ¿Quieres un whisky, querida? -me preguntó.

- Ya que lo dices, creo que lo tomaré -dije, y me recosté en una butaca.

Emerson, Ramsés y yo fuimos los únicos en tomarlo. Cyrus y los demás declararon que terminarían el champán, del que no quedaba mucho. No se podía negar que había tenido un efecto interesante. Más de una lengua se había soltado y bastantes personas se habían olvidado, aunque fuese brevemente, de conservar las máscaras

puestas.

- Ha sido una fiesta fantástica -dijo Anna.

El champán también le había afectado; casi parecía hermosa y una sonrisa suavizaba la severidad de sus rasgos.

- Me alegro de que te hayas divertido -dije, algo distraídamente.

- Oh, lo he pasado muy bien. Aunque, en cierto sentido, ha sido un placer agridulce; todos esos jóvenes de uniforme que tendrán que enfrentarse tarde o temprano…

- Esta noche no, Anna -la cortó secamente Katherine.

- Si estás pensando en el señor Pinckney, no va a ir a ninguna parte por el momento -comentó Nefret mientras daba una palmada amistosa en la mano de la muchacha-. Esta tarde me ha dicho que lo han destinado como mensajero del Estado Mayor. Está emocionado. Eso significa que podrá montar en una de esas motocicletas.

Anna se sonrojó y negó cualquier interés en un hombre concreto.

- Pero me gustaría aprender a montar en una de ellas -declaró-. No hay ningún motivo para que una mujer no pueda hacerlo tan bien como un hombre, ¿no?

Alzó la barbilla y miró a Ramsés desafiantemente.

- No es mucho más difícil que montar en bicicleta -replicó él.

- Me sorprende que no tengas una.

- Hacen demasiado ruido y sueltan una peste repugnante - Ramsés se puso ligeramente rígido; irguió la espalda sobre la butaca y cruzó las manos-. A lo mejor puedes convencer a Pinckney para que te dé un paseo en el sidecar. Pero no te gustará.

Dejé que mi mente divagara. Pensé que Katherine parecía cansada y me reproché no pasar más tiempo con ella. Necesitaba distracción. Sin embargo, era condenadamente difícil llevar nuestra vida normal.

Cyrus también se había dado cuenta del cansancio de su mujer y dijo que debían irse. Antes de marcharse le repitió a Emerson la invitación que le había hecho para que fuera a la excavación de Abusir.

- He encontrado algo que puede interesarte -dijo mientras se acariciaba la perilla.

La expresión absorta de Emerson se transformó en súbita

atención. La arqueología puede distraerle de cualquier otra cosa.

- ¿Qué?

- Tendrás que verlo con tus propios ojos. -Cyrus sonrió-. ¿Por qué no venís todos un día y os quedáis a cenar?

Dijimos que lo haríamos, aunque no nos comprometimos a ninguna fecha concreta, y ellos se marcharon. Nefret manifestó su intención de retirarse y yo dije que nosotros también lo haríamos para que Fátima y los demás pudieran recoger.

Yo tenía bastantes ganas de comentar la noche con Emerson y estaba más ansiosa todavía por saber las consecuencias de la imprudente actuación de Ramsés. Estaba claro que le había producido algún daño; subió las escaleras con paso un poco inestable. Nefret se dio cuenta también y le lanzó una mirada ceñuda, pero no comentó nada y lo atribuyó, seguramente, a un exceso de alcohol. Se había servido bastantes copas de champán, aunque casi todas acabaron en uno de mis tiestos. Noté que la planta había empezado a marchitarse.

Dimos tiempo para que Nefret se acostara antes de ir al cuarto de Ramsés, donde lo encontramos sentado en el borde de la cama. Como me había temido, la herida se había vuelto a abrir. Había dejado de sangrar, pero el vendaje estaba empapado y la manga de la camisa no estaba mucho mejor.

- Otra camisa destrozada -dijo Emerson mientras sacaba la pipa.

- Debe ser una costumbre hereditaria -murmuré sombríamente.

- ¿Por qué no me ha dicho nada de su visita a la tienda de Aslimi? -dijo Ramsés.

- ¿Por qué iba a haberlo hecho? -repliqué-. Inclínate hacia delante, si puedes, estás manchando de sangre la almohada.

- ¡Por el amor de Dios, madre, es importante! Yo… -se calló de golpe, se mordió el labio y siguió con un tono más sereno-. Le pido disculpas. Usted no lo sabía. Aslimi era uno de los nuestros. De Wardani, mejor dicho. Es un maldito conspirador incorregible, pero estaba implicado desde el principio y su tienda nos ha sido muy útil. En términos técnicos es lo que se llama punto de encuentro. Dejamos los mensajes ocultos en objetos que luego recogen compradores aparentemente inofensivos.

- Y al revés…

Ramsés asintió con la cabeza. Intentaba por todos los medios no

jurar ni gruñir y no habló más hasta que terminé de limpiarle la herida.

- Un comprador puede ojear distintos objetos antes de decidirse por uno o no comprar nada en absoluto. Puede meter fácilmente algo en una vasija o en la base hueca de una estatua sin que le vea nadie excepto Aslimi, quien luego aparta ese objeto hasta que lo reclama la persona adecuada.

- No son buenas noticias -dijo Emerson muy serio-. ¿Qué crees que le ha pasado a ese granuja?

- Lo que importa no es lo que le ha pasado a Aslimi, sino qué hace Farouk en la tienda.

- Dijo que se llamaba… -empecé.

- Mintió. Tiene que ser Farouk, la descripción coincide y Aslimi no tiene primos que se llamen Said. ¡Maldita sea!

- Ahora no puedes hacer nada -dije con inquietud-. Quizá haya una explicación muy sencilla. Si Aslimi está enfermo, puede que tu gente, la de Wardani, no haya permitido que un desconocido se haga cargo de la tienda. Esperemos que sea así, porque las cosas ya están bastante complicadas. Muy bien, ya he terminado; puedes dejar de apretar los dientes. Me parece que no es grave, pero el incidente ha sido bastante desafortunado, ¿fue accidental?

- No puede haber sido otra cosa. La niña no podía saber nada -dijo él lentamente.

- ¿Con quién estaba hablando antes de ir corriendo hacia ti? -pregunté.

- No me fijé. Pudo ser la señora Fortescue. Ella es lo que tú llamarías un personaje muy sospechoso. Me pregunto si alguien ha pensado en investigar su pasado.

- Ha sido cantante profesional -dije.

Ninguno de los dos puso en duda mi afirmación; yo no había sido la única en darme cuenta de las pistas.

Emerson sonrió.

- Y todos sabemos que las cantantes son mujeres de virtud dudosa. -La sonrisa se convirtió en una mueca-. Pinckney está destinado en el Estado Mayor. Woolley y Lawrence en el departamento de inteligencia. Algunos otros tienen contactos con el estamento militar. Ha habido una filtración de información, ¿no? Hay alguien que está a sueldo del enemigo.

Ramsés dijo una palabrota, se excusó, y miró a Emerson con ojos interrogadores.

- ¿Es una suposición fundada, padre?

- Una deducción lógica. No conseguirías mantener tu farsa si no sospecharas que hay un espía entre nosotros.

- Debemos suponer que hay una serie de agentes enemigos sueltos por ahí -convino Ramsés-. Por lo menos uno de ellos ha tenido acceso a información que sólo conocían unos pocos. Ha habido más de una filtración; algunas relativas a la defensa del Canal de Suez.

- ¿No tienes ninguna idea sobre quién pueda ser? -preguntó Emerson.

- Russell sospecha de Philippides. El se entera de todo lo que llega a Harvey Pacha, por eso yo no… Madre, ¿qué está haciendo?

- Tú no te preocupes -dije mientras le quitaba un zapato y empezaba a deshacerle el nudo del otro.

- ¿Cómo es posible que el jefe del DIC local sepa algo de la defensa del Canal? -preguntó Emerson.

Ramsés suspiró.

- Lo malo del asunto es que todos estos departamentos están interconectados de una forma u otra. Tienen que estarlo porque sus funciones se solapan, pero eso hace que sea muy difícil seguir el rastro de la fuente. Philippides está en una posición especialmente privilegiada; él es el responsable de identificar y neutralizar a los enemigos infiltrados. Si es tan venal como dicen los rumores, el agente enemigo en cuestión podría estar pagándole para comprar su silencio.

- ¿Crees que hay una sola persona encargada de las operaciones? -preguntó Emerson con la mirada clavada en el rostro de Ramsés.

- Si se tratara de nuestra gente, diría que no. Mantenemos un estúpido orgullo sobre nuestro famoso desorden, pero creo que los alemanes se organizan mejor. Han estado planificando esto desde hace años mientras nosotros nos dedicábamos a arrestar radicales inofensivos y a discutir si debíamos dar carácter oficial a nuestra estrafalaria posición respecto a Egipto. Su agente seguramente lleve años aquí; habrá mantenido una vida normal y habrá estado preparado para actuar cuando fuera necesario. El pequeño espectáculo de Wardani es secundario; aunque no despreciable, sólo

es una de las distintas operaciones, entre las que están la recopilación de información y la subversión.

- Mmm… -dijo Emerson-. Si pudiéramos identificar a ese individuo…

- Sí, señor, sería muy útil.

Los ojos negros de Ramsés se suavizaron con un gesto divertido que se tornó enseguida en consternación.

- ¡No, padre! Ni se le pase por la imaginación. Podemos dar con él en el curso de esta misión, pero buscarlo no es mi trabajo ni el suyo. Déjelo para Maxwell y Clayton.

- Claro, hijo mío, claro. Será mejor que descanses un rato. Vamos, Peabody.

- ¿Puedo traerte algo más, Ramsés? -pregunté-. ¿Whisky con soda? ¿Unas gotas de láudano para ayudarte a dormir? Un paño mojado para…

- No, gracias, madre. No necesito nada para dormir y no quiero whisky. Puedo lavarme la cara y quitarme la ropa yo solo.

- Entonces te dejamos, con una condición.

- ¿Cuál, madre? -pregunto Ramsés con impaciencia.

- Prométenos que no saldrás esta noche. Quiero tu palabra de honor.

Ramsés lo meditó.

- ¿Se fiaría de mi palabra de honor? De acuerdo, madre, no frunza el ceño; era una broma. Esta noche no saldré de casa. Pierdo una oportunidad, pero creo que podré esperar un día o dos.

- Una oportunidad… ¿de qué? -pregunté con la mirada fija en él.

- De que mi entusiasta joven amigo Farouk convenza a los demás de que Wardani está muerto y de que él es su sucesor natural. Aunque él no haya sido quien me disparó, estaría más que feliz de aprovecharse de mi supuesta defunción -hizo una mueca horrible que pretendía ser una sonrisa-. Estoy deseando ver la cara que pone cuando aparezca, dolido pero impertérrito y, lo que es peor, vivo. Quizá debiera dejar a la vista mis heridas. Es el tipo de gesto teatral que Wardani sabría apreciar.

Capítulo 6

Emerson no fue nada sincero cuando dijo que no esperaba que trabajásemos en el día después de Navidad. No fuimos a Giza, pero pasamos casi todo el día ordenando papeles. Pocos profanos se dan cuenta de lo necesario que es pero, como siempre dice Emerson, mantener unos ficheros precisos y ordenados es tan importante como la propia excavación. No puse objeciones, ya que eso servía para evitar que Ramsés hiciera esfuerzos. También conseguí que no saliera esa noche. Intentó discutir, pero, naturalmente, me impuse y añadí un poco de veronal en el café que tomó después de cenar para asegurarme de que se quedara en casa cuando yo me fuera a la cama.

La mañana siguiente, después del desayuno, me llevé aparte a Emerson.

- ¿No se te ocurre alguna tarea que Ramsés pueda hacer en casa? Creo que no debería entrar en esa tumba polvorienta.

Emerson me miró lleno de curiosidad.

- ¿Qué te ronda por la cabeza últimamente, Peabody?

- No sé de qué hablas.

- Te has convertido en una gallina clueca. Nunca lo habías protegido de esta manera, ni cuando era niño y se hacía unas heridas espantosas. No lo niegues; no paras de intentar que se quede en la cama o sentado y que tome las medicinas. Cuando esta mañana rechazó el segundo plato de harina de avena, pensé que ibas a levantarte y a metérselo tu misma en la boca.

- Mmm… -dije-. ¿Es verdad que hago eso? Qué extraño. Me pregunto por qué…

- Se parece terriblemente a ti, ¿lo sabías?

- ¿A mí? ¿En qué? Te ruego que me lo digas.

- Valiente como un león, astuto como un gato, tozudo como un camello…

- ¡Vamos, Emerson!

- Oculta su lado cariñoso y vulnerable debajo de una concha tan dura como la de una tortuga -dijo poéticamente Emerson-. Como haces tú, querida, con todo el mundo menos conmigo. Lo entiendo, Peabody, pero, por el amor de Dios, domínate. Todo lo que tiene que hacer hoy es sentarse en una silla y copiar textos. Debería resultarle especialmente descansado después de sus otras actividades.

No podía negarlo. Sin embargo, los planes mejor trazados de los hombres y los ratones a menudo se tuercen (como dicen los escoceses). Cuando llegamos a Giza, Selim estaba esperándonos. Nuestro joven *rais* tenía un rostro franco y cándido y la magnífica barba que se había dejado para inspirar más respeto a sus hombres no conseguía disimular sus emociones. Emerson sólo tuvo que mirarlo.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó-. ¿Se ha caído una pared? ¿Hay alguien herido?

- No, Padre de las Maldiciones -Selim se retorció las manos-. Es algo peor. Alguien ha intentado robar la tumba.

Emerson corrió hacia la entrada entre todo tipo de juramentos. Con las prisas no se agachó lo suficiente al pasar por debajo del dintel así que oí un golpe y más improperios antes de que desapareciera.

Los demás lo seguimos. Selim no paraba de parlotear, como hacía cuando estaba molesto.

- Es culpa mía. Debería haber puesto un guarda, pero ¿quién iba a suponer que un ladrón sería tan osado? Aquí, junto a la Gran Pirámide; con tantos turistas y guardas y…

Tanta audacia resultaba sorprendente, pero tampoco era la primera vez. Los excavadores ilegales que infestan todos los yacimientos antiguos son extremadamente diestros y sigilosos. Las tumbas como aquélla eran relativamente fáciles de saquear una vez que estaban al descubierto; los relieves tenían mucha demanda entre los coleccionistas y las paredes estaban cubiertas por grandes

bloques separados que se podían retirar uno a uno. Al hacerlo se deterioraba considerablemente la escayola, pero a los ladrones no le importaba, y, al parecer, a los coleccionistas tampoco. La arqueología sustituyó temporalmente a las demás preocupaciones y entré en la tenuemente iluminada cámara en un estado de profunda agitación profesional.

Una mirada rápida me mostró, primero, a Emerson en medio de la estancia, rígido y muy tieso; además, las paredes seguían tal cual estaban la última vez que las vi. El príncipe Sejemanjor y su mujer, que miraban con serena satisfacción la mesa de ofrendas que tenían ante ellos y a las largas filas de sirvientes que se acercaban portando vasijas y flores, ganado y espigas, permanecían intactos. Dejé escapar un suspiro de alivio. Emerson dejó escapar un grito de furia atronador.

- ¿Qué demonios quieres decir, Selim? No ha pasado nada. Tienes visiones, o… -entrecerró los ojos, agarró al joven por el cuello de la túnica y le atrajo hacia sí-. No habrás fumado hachís, ¿verdad?

- No, Padre de las Maldiciones.

Selim parecía ofendido, pero no muy preocupado. Los hombres estaban acostumbrados a los arrebatos de ira de Emerson. Lo que temían eran sus palabras en voz baja y mesurada.

- Se ha precipitado -continuó Selim con un tono de dignidad-. No me ha dejado que se lo explicara. No han entrado en esta parte de la tumba. Es en el pozo del enterramiento.

- Ah -Emerson lo soltó-. Enséñamelo.

Como ya he explicado, las tumbas de este periodo consistían en una o más habitaciones sobre el suelo que servían para el culto funerario del fallecido. La momia y los objetos que la acompañaban estaban en un profundo pozo que se excavaba a través de la superestructura hasta la roca que había debajo. Los ladrones de la antigüedad, como no tenían ni museos ni turistas deseosos de adquirir obras de arte, sólo robaban lo que podían utilizar ellos mismos o vender a sus coetáneos: telas, aceite, joyas y cosas de ese tipo. Por lo tanto (como habrá deducido el lector), iban directamente a la cámara donde se enterraba al difunto. De todas las que habíamos encontrado hasta la fecha, sólo una no había sido saqueada.

¿Sería esta la siguiente? Habrá quien lo niegue pero ese pensamiento está presente en la cabeza de todos los arqueólogos. Amelia P. Emerson no era una hipócrita. Yo quería encontrar un enterramiento intacto, sobre todo por mi querido Emerson, con todos los objetos enteros: collares de oro, loza, brazaletes y amuletos, un féretro con inscripciones, vasijas de cobre y piedra; un enterramiento más hermoso todavía que el que encontró el señor Reisner dos años antes. Había motivos para ser optimistas. Los reputados saqueadores de tumbas de Giza habían considerado que merecía la pena investigar ese pozo.

Estaba completamente lleno de arena y Emerson se proponía dejarlo para el final, ya que, como he explicado, no solía haber nada allí abajo. Sin embargo, sí que habíamos descubierto la boca del pozo y hacia allí nos dirigimos.

Estaba claro que alguien había intentado algo. Donde antes había un pequeño agujero en el suelo, ahora aparecía un socavón de un metro de profundidad. Estaba rodeado por piedras y había arena repartida por todos lados, los signos inequívocos de una excavación apresurada.

Emerson miró el agujero con las manos en las caderas y el ceño fruncido.

- ¡Condenados! -soltó enérgicamente.

- ¿Por qué dices eso, Emerson? -le pregunté-. Seguramente es un signo esperanzados Los saqueadores de tumbas de Giza…

- Pueden haber encontrado lo que buscaban -dijo Emerson.

- ¿Tan cerca de la superficie? -preguntó Ramsés.

Alargó una mano para sujetar a Nefret que se balanceaba en el borde del agujero.

Emerson se animó.

- Es posible que no. Un guarda ha debido asustarlos. Pero yo se lo puse fácil a esos canallas al hacer esa techumbre que los ha ocultado. Ahora deberemos vaciar esta maldita cosa antes de que vuelvan a intentarlo.

- Uno de nosotros se quedará aquí por la noche -dijo Selim.

- Ejem… -Emerson se llevó un dedo al hoyuelo de la barbilla-. Muy amable tu oferta, Selim, pero creo que no es necesario. Le diré cuatro cosas al jefe *gaffir*.

- Como que vas a arrancarle el hígado… -dijo Nefret.

Los ojos azules le echaban chispas y un rubor le coloreaba las mejillas. Pensé que, efectivamente, la fiebre de la arqueología se había adueñado de todos nosotros. Quizá este suceso mantendría a los chicos alejados de sus andanzas por un tiempo. Emerson la miró con cariño.

- Es posible que le mencione algo parecido. Quiero que tú y Ramsés volváis a la tumba; cuanto antes terminemos de fotografiar y copiar los relieves, más contento estaré. Selim puede ocuparse de que los hombres empiecen a vaciar al pozo. Parad inmediatamente si os topáis con cualquier objeto y aseguraos de que…

Siguió dándole instrucciones innecesarias durante un rato; el joven se había formado junto a su padre, el mejor *rais* que ha conocido Egipto, y junto al propio Emerson. La barba de Selim se movía sin parar, pero yo no sabía si las muecas que hacía Selim eran para contener la risa o por impaciencia. No se atrevía a interrumpirlo, pero cuando Emerson hizo una pausa para respirar, el joven intervino.

- Sí, Padre de las Maldiciones, haré lo que dice.

Esa mañana yo habría deseado ser tres personas: la arqueóloga quería estar junto a Selim y sus hombres y ver los objetos; la detective, porque creo que puedo reclamar un poco de ese título, habría preferido vigilar a los visitantes sospechosos; la madre anhelaba cuidar a su impulsivo hijo para que no hiciera ninguna tontería. La última identidad fue la que se impuso. Mientras descendía por la pendiente de arena hacia la entrada de la tumba oí voces que discutían acaloradamente. Eran las de Ramsés y Nefret que se peleaban con la energía de siempre.

- ¿Qué pasa aquí? -pregunté al entrar en la cámara.

Estaban de pie, el uno al lado del otro y frente a la pared. Nefret se volvió y esgrimió la hoja con la copia. Apenas había luz, pero pude observar que la ira le había encendido las mejillas.

- ¡Me ha dicho que no hace falta repasar mis correcciones!

- Están todas mal -Ramsés parecía un niño enfurruñado.

- ¡No es verdad! Mire, tía Amelia…

- Madre, dígale…

- Por todos los santos -dije-, yo pensaba que habíais dejado de pelearos como chiquillos. Dame la copia, Nefret, y lo repasaré yo misma mientras sigues con las fotografías.

Daoud, que estaba junto a uno de los espejos que utilizábamos para iluminar el interior, lo movió un poco. El reflejo, dirigido por sus expertas manos, se centró en un trozo de la pared. Era la forma una puerta cuidadosamente tallada y pintada a través de la cual el espíritu del fallecido podía pasar para disfrutar de las ofrendas. Los dinteles y arquitrabes tenían escritos los nombres y los títulos del príncipe y una forma cilíndrica sobre la falsa abertura representaba una estera enrollada, que en las puertas reales se bajaba y subía según fuera necesario. La pasión por la arqueología superó momentáneamente a las demás preocupaciones; contuve la respiración.

- Es una de las puertas falsas más hermosas que he visto y queda una cantidad sorprendente de pintura. Es una pena que no podamos conservarla.

- ¿Qué hay del nuevo conservante en el que estás trabajando? -preguntó Nefret a su hermano-. Si su efectividad es proporcional a su espantoso olor, debe funcionar muy bien. Cada vez que paso por delante de la puerta de tu cuarto, tengo que taparme la nariz.

Los tensos rasgos de Ramsés se suavizaron.

- Lo siento. Tengo muchas esperanzas, pero no quiero probarlo sobre algo tan bueno como esto. La verdadera prueba es ver cómo resiste el paso del tiempo sin oscurecerse o estropear la pintura.

Ella también le sonrió. Me alegré de haber conseguido una tregua.

- De vuelta al trabajo, ¿eh? -dije enérgicamente.

Me dirigí hacia la pared con la copia.

Sin embargo, al poco tiempo oí un grito de Emerson, quien, después de todo, no había dejado la excavación del pozo a cargo de Selim. No pude distinguir las palabras, pero el tono era perentorio. Salí corriendo de la tumba, me debatía entre el temor a que se hubiera hundido el pozo encima de Emerson y la esperanza de que hubiera descubierto algo interesante.

El temor se adueñó de mí cuando no pude distinguir la imponente figura de mi marido entre los hombres que se apiñaban alrededor del agujero.

- ¿Qué ha pasado? -dije con la voz entrecortada-. ¿Dónde está Emerson?

Como debí haber supuesto, estaba dentro del pozo, que ya

estaba vacío hasta una profundidad de casi seis metros. Los hombres me abrieron paso y Daoud me agarró del brazo mientras yo me asomaba al agujero.

- ¿Qué haces ahí dentro, Emerson?

Mi marido miró hacia arriba. -Te agradecería que dejaras de echarme arena encima, Peabody. Será mejor que bajes y lo veas tú misma. Bájala, Daoud.

Daoud me tomó firme y respetuosamente de la cintura y me bajó hasta los brazos de mi esposo.

Emerson me dejó en el suelo, pero siguió sujetándome con fuerza.

- No te muevas; tan sólo mira, ahí abajo.

Desde arriba no lo había visto porque tenía un color muy parecido al de la arena.

- ¡Dios bendito! -exclamé-. Es una cabeza esculpida; ¡la cabeza de un rey! ¿Está el resto de la figura?

- Por lo menos los hombros. -Emerson frunció las cejas-. Tendremos que esperar para ver si está el cuerpo. Llevará bastante tiempo quitar la arena y afianzarlo. Muy bien, Peabody, arriba.

Daoud volvió a sacarme a la superficie. Ramsés y Nefret ya estaban allí; les comenté el descubrimiento mientras Selim bajaba junto a Emerson. Yo sabía que mi marido no confiaría a nadie más la delicada misión de desenterrar la estatua. Había que tratarla con mucho cuidado para que no se desmoronara. Todas las piedras pueden romperse ante la presión de la arena compacta, y la arcilla es un material relativamente blando.

Nefret daba saltos de nerviosismo y la obligué a que se retrasara unos pasos.

- ¿Qué rey es? -preguntó-. ¿Ha podido averiguarlo?

- Es imposible, querida. Si hay alguna inscripción con su nombre, estará en la parte de atrás de la base. Por la forma y la técnica, podría ser del Imperio Antiguo.

- ¿Está segura de que es una estatua real? -preguntó Ramsés.

- Sí, estoy segura de eso. Lleva el tocado de Nemes y un áspid en la frente.

- Mmm… -dijo mi hijo.

- No soporto que hagas esos sonidos enigmáticos -dijo Nefret-. ¿Qué se supone que quieres decir?

Ramsés la miró con las cejas arqueadas; una respuesta igual de enigmática y exasperante. Emerson asomó la cabeza antes de que ella pudiera decir algo.

- ¡Ramsés! -gritó.

- ¿Señor?

Ramsés se acercó corriendo y le ayudó a salir.

Podía adivinar, por la cara congestionada de Emerson y el destello de sus ojos, que se había olvidado de todo menos del descubrimiento. Empezó a gritar órdenes y los hombres salieron corriendo en todas direcciones.

Cuando paramos para comer, sabíamos que el descubrimiento era más notable de lo que habíamos esperado. Era una figura sentada, casi de tamaño natural y en un magnífico estado de conservación.

- Es Kefrén -dijo Nefret que había insistido en bajar para verla con sus propios ojos.

- ¿Por qué lo dices? -pregunté.

- Se parece a Ramsés.

Su hermano, que tenía la boca llena de pan y queso, puso los ojos en blanco con un gesto de burla silencioso pero muy elocuente.

- Se parece a la estatua de diorita de Kefrén que descubrió Mariette -reconocí-. ¡Emerson, siéntate y deja de ir de un lado para otro! Tómate otro emparedado de pepino.

Emerson esquivó mi intento de retenerlo, se levantó de un salto y lanzó una sarta de insultos a unas personas que se habían acercado al pozo. Eran cuatro, vestidos como turistas, con gafas de sol azules y parasoles verdes; los hombres llevaban salacots y las mujeres muchos velos, y todos ellos intentaban franquear la guardia que habían montado Selim y Daoud. El rostro furioso de Emerson y sus palabras claramente enunciadas hicieron que se retiraran a toda velocidad.

- Son la peste del arqueólogo que intenta trabajar -dijo mi marido mientras volvía a sentarse-. Me pregunto cuántos idiotas más querrán echar una ojeada.

- Las noticias de los descubrimientos se difunden con rapidez -dije, a la vez que me hacía con otro emparedado-. Y todo el mundo quiere ser el primero en verlos. Es algo consustancial con la naturaleza humana, querido. Tómate otro emparedado de pepino…

- Te los has comido todos -dijo Emerson mientras inspeccionaba el relleno de los emparedados sobrantes.

* * *

Mi conjetura había sido acertada; la noticia del descubrimiento se había difundido y tuvimos que apostar a varios hombres para disuadir a los curiosos. A última hora de la tarde, el propio Emerson tuvo que reconocer que no podríamos sacar la estatua ese día. Nos estábamos quedando sin luz y habría sido una tontería intentarlo. Selim volvió a ofrecerse como vigilante. Esa vez Emerson no lo dudó.

- Tú, Daoud y seis o siete hombres más -ordenó.

- ¿Crees que es suficiente? -le pregunté.

- Además de mí. Sí será suficiente.

- Sí, sí -asintió Daoud vigorosamente con la cabeza-. Nadie se atreverá a robar al Padre de las Maldiciones.

- Ni a Daoud, famoso por su fuerza y justamente temido por los malhechores -dijo Ramsés en su árabe más florido-. No obstante, yo me quedaré también, si me lo permiten.

- Y yo -dijo rotundamente Nefret.

- Desde luego que no -replicó Emerson a quien aquella oferta sacudió de su abstracción arqueológica.

- Querido profesor… -empezó a decir Nefret que clavó sus ojos azul aciano en los Emerson.

- ¡He dicho que no! Quiero que esas placas estén reveladas esta noche. Tú, Peabody, puedes ayudarla y poner al día el diario de la excavación.

- Muy bien -dije.

- Es completamente imperativo que… -Emerson se calló de golpe-. ¿Qué has dicho?

- He dicho que muy bien. Ahora, ven a casa y a recoger el material de acampada. Selim, os mandaré comida para todos cuando vuelvan el profesor y Ramsés.

Habíamos dejado los caballos en Mena House, donde había establos para ellos. Mientras caminábamos por el camino hacia el hotel, me agarré del brazo de Emerson y dejé que los chicos se adelantaran.

- Sé que este descubrimiento es apasionante, querido, pero no permitas que te ciegue, haciéndote olvidar otros asuntos urgentes.

- Apasionante -repitió-. Mmm… es verdad. ¿Qué quieres decir?

- ¡Por el amor de Dios! ¿Te has olvidado de que esta noche Ramsés pretende encontrarse con la banda de asesinos? Quiero que lo retengas contigo.

- No lo he olvidado. -Emerson puso su mano sobre la que yo tenía apoyada en su brazo-. Y no hay ni una condenada cosa que pueda hacer para evitarlo. David estará esperándolo y él también corre peligro. Las cosas han llegado demasiado lejos para los dos y no pueden echarse atrás. Le relevaré de la guardia y Selim y Daoud pensarán que se ha ido a casa.

DEL MANUSCRITO H

La ayuda de su padre hizo que le resultara más fácil ausentarse sin despertar sospechas. Él había esperado una discusión con su madre, cuyo reciente arrebato de protección le había sorprendido tanto como le había agradado íntimamente; sin embargo, ella cedió después de hacer una serie de sugerencias absurdas que su padre vetó firmemente. Ramsés no comprendió hasta más tarde que su madre le había sugerido esos disfraces disparatados en broma. ¡Seguro que ni su madre creía que podría caminar por las calles de El Cairo a esa hora con un *burka* y una túnica negra, ni merodear por los callejones con un fez y una *galabiyya* cosidos deprisa y corriendo!

La cita original se había concertado para la noche anterior, en el mismo café donde se habían encontrado con el turco. Como eran unos chicos obedientes, seguro que volverían ese día. Esa vez, cuando entró por la puerta trasera, Farouk le habría cortado el cuello si él no llega a prever algo parecido.

Miró a un niño que estaba tumbado en el suelo acariciándose la espinilla.

- Veo que no me esperabais.

El único de los otros que se había movido era Asad, que estaba por los suelos completamente borracho. Hubo un coro de suspiros y de gracias a Alá y Asad se levantó completamente avergonzado.

- ¡No sabíamos qué pensar! ¿Dónde se había metido? Farouk dijo que le habían disparado y temíamos que…

- Farouk tenía razón.

La expresión de alivio que tenían se tornó en sorpresa. Ramsés dijo primero en broma que tenía intención de mostrar las heridas,

pero, de repente, se vio dominado por uno de esos impulsos melodramáticos tan propios de su familia. Lenta, premiosamente, sacó el brazo de la manga de la túnica, se desató el cordón que le cerraba la camisa y se la bajó a la altura de los hombros. El ungüento verde de Fátima daba una nota de color a la carne amoratada y los cortes sin cicatrizar.

Asad se tapó la boca con la mano como si fuera a vomitar.

- ¿Quién de vosotros disparó?

Farouk había empezado a levantarse, pero volvió a sentarse de golpe con las manos en alto.

- ¿Por qué me mira? ¡No fui yo! ¡Yo disparé al hombre que intentó matarle! Estaba escondido; tenía un rifle. El…

- Tranquilízate -dijo Ramsés irritado. Volvió a atarse la camisa y metió el brazo en la túnica-. ¡Menudos revolucionarios! Si quisieras arrastrarte hasta un centinela, seguro que te oía desde diez metros antes y, además, acabarías matando al hombre equivocado. ¿Alguno de vosotros vio quién era el supuesto asesino?

- No. -Asad dio la vuelta a sus manos delgadas y manchadas de tinta-. Pensamos… en el turco. No se enfade. Lo buscamos, y a usted también. Y trajimos las armas. Están en…

- Lo sé. ¿Sabéis algo de la próxima entrega?

- Sí -Asad asintió vigorosamente con la cabeza-. Farouk ha estado en la tienda de Aslimi…

- Lo sé. ¿De quién fue la brillante idea?

Asad adoptó un aire de culpabilidad, pero siempre lo hacía. El nombre de guerra que había elegido significaba «león». No podía ser más inadecuado.

- ¡Alguien tenía que hacerlo! -dijo con voz trémula-. Aslimi estaba en cama. Es por el estómago. Tiene…

- Dolores después de comer -le interrumpió Ramsés-. También lo sé. Alguien tenía que ocupar su lugar, os lo concedo. ¿Por qué Farouk?

- ¿Por qué no? -preguntó Farouk-. Conozco el negocio, el…

- Cállate. ¿Cuándo es la entrega?

- Dentro de una semana a partir de mañana; a la misma hora; la mezquita en ruinas al sur de cementerio donde está la tumba de Burkhardt.

- Allí estaré. Farouk…

- Sí, señor…

- La iniciativa es una virtud admirable, pero no la lleves demasiado lejos.

- ¿Qué quiere decir?

- Creo que sabes lo que quiero decir. No tengas la tentación de hacer apaños por tu cuenta con nuestros aliados circunstanciales. Nos utilizan para alcanzar su objetivo, y ese objetivo no es el nuestro. ¿Crees que el Imperio Otomano va a consentir un Egipto independiente?

- Pero han prometido… -empezó Bashir.

- Han mentido -dijo Ramsés secamente-. Siempre lo hacen. Si los turcos vencen, sólo cambiaremos de gobernantes. Si vencen los británicos, sofocarán la revuelta sin piedad y casi todos nosotros moriremos. Nuestra mejor y única forma de alcanzar nuestra meta es enfrentar a un lado contra el otro. Yo sé cómo hacerlo; vosotros no. ¿Ha quedado claro?

Los movimientos de las cabezas y los murmullos confirmaron que los había convencido. Ni siquiera Farouk tuvo el valor de pedirle que lo explicara. Ramsés decidió que lo mejor sería marcharse antes de que alguien se lo pidiera. No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

- ¿Nos abandona? -Farouk se levantó precipitadamente-. Permítanos que le acompañemos, para velar por su seguridad. Es nuestro jefe, debemos protegerle.

- ¿De quién? -Sonrió a la hermosa cara que lo miraba conmovedoramente. Farouk bajó la mirada-. No me sigas, Farouk. Tampoco lo haces muy bien -dijo amablemente Ramsés.

Esa noche no estaba en condiciones de hacer muchos ejercicios gimnásticos, de modo que esperó que aquel comentario surtiera efecto. Los demás recelarían de Farouk, se lo merecía el canalla, pero antes de llegar a la parada de tranvías se cercioró de que nadie iba tras él. A esa hora pasaban pocos tranvías, pero tampoco le apetecía darse un paseo de quince kilómetros. Volvió a pensar en otros medios de transporte mientras iba en cuclillas en un rincón de un apestoso de vagón de tercera, pero los desechó todos. Las motocicletas hacían mucho ruido y Risha era demasiado conocido.

Tardó casi una hora en llegar a Maadi. Se acercó a la casa por la parte trasera. Estaba apagada, como todas las demás de ese

amontonamiento de viviendas de clase baja que era lo que quedaba del antiguo pueblo y que estaba rodeado por elegantes y nuevas villas. Las calles apenas estaban iluminadas, incluso en la zona nueva, y esa parte en concreto estaba oscura como la boca del lobo. No habría visto la figura inmóvil, algo más oscura que la pared contra la que se apoyaba, si no fuera porque iba buscándola.

David le estrechó la mano y se dirigió hacia una ventana abierta.

- ¿Qué tal ha ido todo?

- Perfectamente. Confío en que anoche no me esperaras.

Hablaban en una voz tan baja que se oía menos que un susurro. Entraron en la habitación.

- Te busqué, pero me imaginé que no habrías podido librarte de tía Amelia. ¿Ha estado Farouk esta noche?

- Mmm… Inocente como un querubín y se aferra a su historia. La próxima entrega es el martes en la vieja mezquita que hay cerca de la tumba de Burckhardt. David, se me ha ocurrido, un poco tarde quizá, que deberías buscarte otro escondite. Si padre conoce este sitio, otros pueden conocerlo también.

- Un hombre vino ayer. Un desconocido.

- ¡Maldita sea! ¿Cómo era?

- Yo no estaba aquí y Mahira no ha podido darme una descripción; la pobre anciana está ciega como un topo y cada día más senil.

- Eso es suficiente. Nos vamos ahora, esta noche. Deberías haberte ido en cuanto te enteraste.

- No habrías sabido encontrarme.

- Y querías cerciorarte de que no habría nadie esperándome cuando yo llegara, ¿no? David, hazme el favor de intentar que no te maten por mi culpa. Ya tengo bastante con mi conciencia tal y como está.

- Hago todo lo que puedo. -Su amigo le puso una mano en el hombro-. ¿Dónde voy?

- Eso lo decides tú. Me imagino que a algún cuchitril piojoso de El Cairo antiguo o Boulaq. Detesto hacerte esto.

- No tanto como lo detesto yo. -David había juntado sus exiguas pertenencias y estaba haciendo un hatillo con ellas-. ¿Sabes lo que más echo de menos? Un baño como Dios manda. Sueño con meterme en la bañera de tía Amelia con agua caliente hasta la

barbilla.

- ¿Y la comida? Madre quería que te trajera un paquete con el pavo que sobró y pudin de ciruela.

- ¿El pudin de ciruela de Fátima? -David suspiró soñadoramente-. ¿No podías haberte escondido un poco debajo de la camisa?

- Claro. Imagínate el rato que habría pasado si se me llega a caer y tengo que explicarlo mientras le estoy parando los pies a Farouk.

David se detuvo en seco, con medio cuerpo fuera de la ventana, y se volvió para mirarlo.

- Creía que habías dicho que no había pasado nada.

- Nada importante. Sigue, estoy poniéndome nervioso.

Cruzaron el río en el pequeño bote que habían comprado para tal fin. De camino, Ramsés le contó lo que había pasado con Farouk.

- Un comportamiento normal, supongo -reconoció David mientras remaba-. Debían estar preocupados.

- Sí. Farouk es el único de todos que tiene instinto de lucha. El pobre Asad estaba petrificado. Espero sacarlo de esto algún día y hacerle entrar en razón. Es más valiente que Farouk. Pasa miedo constantemente, y aun así persevera.

«Y tú eres más valiente que yo», se dijo Ramsés mientras miraba a su amigo doblarse y estirarse sobre los remos. «Si yo tuviera una mujer que me adora y un hijo en camino, no me habría arriesgado en una proeza como esta.»

Durante unos segundos, sólo se oyó el leve chapoteo del agua. Hasta que Ramsés habló pensativamente.

- Esta noche, Farouk ha tenido un pequeño resbalón. Ha dicho que el hombre que disparó primero usó un rifle, pero no fue un rifle, fue una pistola, como las que se entregaron, y si Farouk apuntaba a alguien que no era yo, fue un disparo espantosamente malo. No puedo demostrarlo completamente, pero creo que deberíamos entregar a Farouk a los acogedores brazos de la ley. Intentaré organizar un encuentro con Russell. Sé que no deben vernos juntos, pero tendremos que correr el riesgo.

- ¿Por qué? -preguntó David-. ¿No puedes decirme lo que estás pensando y que yo se lo transmita?

- Es tan arriesgado para ti como para mí -respondió Ramsés-. Pero te lo contaré por si acaso no doy con él o… Es una

oportunidad perfecta de deshacernos de Farouk sin implicarme a mí. Si la policía hace una redada en la tienda de Aslimi, podré convencer fácilmente a mis colaboradores de que Aslimi se ha derrumbado y ha confesado.

- Entonces, habría que poner a Aslimi bajo custodia.

- Sí, es parte del plan. -Ramsés se rió débilmente-. Seguramente se sienta muy aliviado. Cuando vea al turco el martes, buscaremos un punto de encuentro alternativo.

La corriente los llevó río abajo, de forma que cuando llegaron a la otra orilla no estaban lejos de Giza. Se quedaron un rato sentados en silencio. La despedida se hacía difícil cuando existía la posibilidad de no volver a verse. «Por si acaso» era una expresión que había aprendido a detestar.

- ¿Hay algo más que deberías contarme? -preguntó David.

- Creo que no. -El mero silencio de David era una pregunta. Después de unos instantes, Ramsés continuó-. De acuerdo. Es posible que la otra parte nos haya infiltrado a Farouk. Es lo que yo habría hecho si no me fiara plenamente de mis «aliados». Si es así y se le puede convencer para que hable, podría conducirnos a la persona encargada de las operaciones en El Cairo.

Sabes lo que eso significaría, ¿verdad? Podríamos terminar con este asunto en unos días.

David contuvo la respiración.

- Sería hacerse demasiadas esperanzas.

El dolor y la añoranza que se reflejaba en la voz de su amigo fue como otra punzada de remordimiento para Ramsés.

- No esperes nada -dijo bruscamente Ramsés-. No tengo pruebas, sólo lo que madre llamaría una premonición sólida. En cualquier caso, Farouk es peligroso y cuanto antes nos deshagamos de él, más seguros estaremos. Será mejor que me vaya antes de que me quede dormido. Dime dónde puedo encontrarte. Usa el método de emergencia: los jeroglíficos. Firma como Cárter y mándamelo con un mensajero.

David sujetó el bote mientras Ramsés se bajaba.

- Te lo diré el martes.

Ramsés se resbaló en el barro de la orilla, se agarró y se dio la vuelta para mirar a su amigo.

- No malgastes saliva -dijo David-. ¿Crees que iba a dejarte solo

después de lo que pasó la última vez? Encontraré un sitio y estaré a salvo antes de que anochezca. Nadie sabrá que estoy ahí. Y a lo mejor consigo una pista sobre la procedencia de tu amigo el turco.

- No puedo detenerte, ¿verdad?

- No en tu estado actual. -David parecía divertido-. Me pondré en contacto contigo durante tu camino de regreso a casa. Busca una bailarina con pantalones de gasa.

* * *

Después de que Nefret y yo reveláramos las fotografías, la mandé a la cama y me fui a mi habitación.

Huelga decir que seguía despierta en la oscuridad y con la puerta entreabierta cuando oí el ruido que estaba esperando; no eran pasos, porque Ramsés camina con el sigilo de un gato, sino el leve chasquido de la cerradura al abrir la puerta de su dormitorio.

Me puse la bata, pero no las zapatillas. No creo que hiciera ningún ruido. Sin embargo, cuando llegué a su puerta, él estaba esperándome. Me tapó la boca con la mano, me metió y cerró la puerta.

- No se mueva. Voy a encender una lámpara -susurró.

- ¿Cómo has sabido que yo…?

- Shhh.

Tiró encima de la cama el bulto con la túnica y el turbante que había llevado. *Seshat* lo olisqueó con curiosidad. El tufo era realmente penetrante.

- Supuse que me esperaría -dijo Ramsés en voz baja-. Aunque confiaba que no lo hiciera. Vuelva a la cama, madre. No ha pasado nada.

- ¿David?

- Se ha enfadado conmigo por no llevarle el pudin de ciruelas. Será mejor que duerma un poco. Padre nos levantará al alba.

- He estado pensando en la casa de Maadi. Si tu padre la conocía…

- David la ha dejado esta noche.

- ¿Estaba en la reunión ese hombre atractivo… Farouk?

- Sí. -Empezó a desabrocharse la camisa.

Era una indirecta, que pasé por alto.

- En mi opinión, deberían hacer una redada en la tienda y encerrar a Farouk.

Ramsés me miró. Tenía los ojos muy abiertos y oscuros.

- Hay veces que me aterra, madre -dijo con un hilo de voz-. ¿Quién le ha convencida de eso?

- Es un razonamiento lógico -le dije con satisfacción por haber captado su atención-. El enemigo no tiene motivos para confiar en Wardani. Si son juiciosos, y los alemanes tienen fama de serlo, meterían una persona en la organización. El comportamiento de Farouk ha sido muy sospechoso. Si lo detienen, por lo menos se eliminará una fuente de posibles peligros para ti y, en el mejor de los casos, se puede conseguir que traicione a su jefe, que casi seguro que es…

- Sí, madre. -Ramsés se sentó pesadamente en el borde de la cama-. Lo crea o no, yo he llegado a la misma conclusión.

- Perfecto. Entonces, lo único que debemos hacer es contarle el plan a Russell e insistir en que lo lleve a cabo.

- ¿Insistir? -Se acarició la mejilla sin afeitar y esbozó una débil sonrisa-. Supongo que ha elaborado un plan para ponernos en contacto con Russell.

- Sí, claro. Lo organizaré todo para vernos mañana en Giza, déjalo en mis manos.

Ramsés se levantó lentamente. Se había desabrochado la camisa, pero no había seguido. Se acercó a mí y me tomó por los hombros.

- De acuerdo, lo haré. Gracias. Por favor, tenga cuidado.

- Claro. ¿Alguna vez me has visto correr riesgos innecesarios?

Separó los labios con una de sus infrecuentes y francas sonrisas. Por un momento pensé que iba a darme un beso en la mejilla, pero no lo hizo. Me dio un ligero apretón en los hombros y me volvió hacia la puerta.

- Buenas noches, madre.

Ya estaba más tranquila, al menos por el momento, y pude conciliar el sueño. Tuve la sensación de que apenas había cerrado los ojos cuando volví a abrirlos y vi una cara conocida que me miraba de cerca.

- Ah -dijo Emerson complacido-. Estás despierta.

Me besó. Emití un sonido de agrado, pero él dejó de besarme y fue a asearse.

- Arriba, querida. Tengo la impresión de que nos van a abrumar los curiosos y quiero que los mantengas a raya con tu parasol.

- Ramsés está en casa; sano y salvo.

- Lo sé. Lo comprobé antes de venir aquí.

- No le habrás despertado, ¿verdad?

- Ya estaba despierto. -Emerson terminó de salpicar agua por todos lados y sobre sí mismo y agarró una toalla-. Date prisa. Quiero sacar la estatua y dejarla en un sitio seguro antes de que anochezca.

Accedí rápidamente, porque la verdad era que no me disgustaba nada la idea de hacer de guardián. Tendría la oportunidad de observar de cerca a todo el que se acercara. Si había algo que podía interesar al Maestro del Crimen, ese hallazgo lo era; una nueva obra maestra del arte egipcio que no estaba todavía en un lugar seguro. Tenía la certeza de que si estaba en El Cairo no podría resistir la tentación de echarle una ojeada. Yo lo reconocería en cuanto lo viera, se disfrazara como se disfrazase.

Por lo tanto, me esmeré en hacerme con todas mis armas. Cuando entré en el comedor, parasol en ristre, cuatro pares de ojos me miraron.

- He oído que revolvías todo el vestíbulo -dijo Emerson mientras se levantaba para acercarme una silla.

Ramsés, que se había levantado también, me miró de arriba abajo.

- El mero hecho de verle armada hasta los dientes debería disuadir a los ladrones -dijo-. Supongo que lleva más en los bolsillos.

- Sólo unas esposas, un calcetín, que llenaré de arena, y mi pistola -repliqué-. Lo que me recuerda, Emerson, que el parasol se atasca.

- Oh, *sitt.* -Fátima alzó las manos-. ¿Qué va a pasar? ¿Corre peligro?

- No va a pasar nada -dijo Nefret con firmeza. -Seguramente no, pero conviene estar preparados -casqué el huevo con una cuchara y le quité la tapa-. ¿Llevas tu puñal?

Ella, sonriente, se apartó la chaqueta. Llevaba el arma a la cintura. -¿Ramsés?

Él había vuelto a sentarse.

- No. Estoy seguro de que padre y yo podamos contar con que vosotras nos defendáis. ¿Fátima, hay más pan?

Fátima salió con pasos nerviosos mientras sacudía la cabeza y farfullaba algo.

A mi marido no le hizo ninguna gracia enterarse de que había invitado al señor Quibell a que se pasara esa mañana. Había enviado un mensajero la noche anterior porque sabía que Emerson no iba a hacerlo y nuestra obligación era comunicar el descubrimiento al Departamento de Antigüedades. Quibell era el egiptólogo de mayor rango en El Cairo mientras el nuevo director estuviera en Francia, y además un buen amigo.

Se lo recordé a Emerson entre bocado y bocado. -¿A quién más has invitado? -gruñó. -Al general Maxwell.

Nefret se atraganto con el café y me pareció que Emerson iba a reventar.

- No vendrá, está muy ocupado -dije rápidamente- Ha sido una mera cortesía.

- ¡Santo cielo! -Emerson se levanto de un salto.

- Y al señor Woolley.

- ¡No sigas! No quiero oír nada más. Toda la condenada ciudad de El Cairo va a reunirse en mi tumba.

Estaba segura de que me interrumpiría antes de terminar la lista. Ramsés y yo nos miramos, sonreí y guiñé un ojo.

- Entonces, ¿nos vamos? -propuse.

El sol asomaba tras las colinas del desierto oriental cuando montamos en los caballos. Emerson, como de costumbre, había propuesto llevar el automóvil. Como de costumbre, yo me había impuesto. Esas cabalgadas por la mañana eran una forma deliciosa de empezar el día, la brisa fresca te acariciaba el rostro y la luz del sol bañaba delicadamente los campos. Mi inteligente corcel, uno de los hijos de Risha, se conocía el camino tan bien como yo, de modo que no me ocupé de las riendas y disfruté de la vista, algo que no habría podido hacer si llego a ir sentada junto a Emerson en ese cacharro.

A pesar de que era temprano, el primer visitante apareció cuando acabábamos de llegar a la tumba. Visitantes, más bien, porque Quibell había llevado a su mujer Annie. Era una artista con mucho talento que había trabajado con Petrie en Saqqara. Fue entonces cuando conoció a su futuro marido. Recordaba perfectamente el día en que el pobre James llegó sin resuello a

nuestro campamento de Mazghuna para pedirnos medicinas para él y las «jóvenes damas». La gente de Petrie siempre padecía problemas de estomago debido a sus especiales hábitos alimenticios, las raciones medio podridas que esperaba que comiera todo el mundo a él no le afectaba lo más mínimo

Emerson recibió a su colega con un gruñido. James, que estaba acostumbrado, le respondió con una sonrisa y una sincera felicitación. Selim y Daoud lo ayudaron a bajar al pozo mientras Emerson se cernía sobre él como una gárgola.

- ¿Piensas que es Jafre? No veo ninguna inscripción.

- Es posible que haya una en la base -replico Emerson-. Como verás no la hemos desenterrado del todo. Si sales, Quibell, podremos continuar.

Annie no quiso imitar a su mando, la falda corta y las resistentes botas eran muy adecuadas para caminar por el desierto, pero no para bajar a pozos La acompañamos a la zona que yo había acondicionado para descansar en un claro delante de la tumba y dejamos que los hombres siguieran con lo suyo. Estaba impresionada por la calidad de los relieves y comentó que la puerta falsa sería una acuarela maravillosa.

- Por desgracia no tenemos a nadie que pueda hacerla -dijo Ramsés.

- Claro, debéis echar de menos a David. Qué lástima que… -no terminó la frase.

- Más bien, una tragedia. Una pequeña parte de la tragedia más amplia que asola el mundo. En fin, todos debemos hacer lo que podemos, ¿no?. Me parece oír a un grupo de turistas despistados que se acerca. Si me perdonas, Annie, estoy de guardia y no debo eludir mis obligaciones.

A media mañana, cuando paramos a tomar el té, ya había expulsado a por lo menos dos docenas de personas, ninguna de las cuales me resultó conocida. Annie y James se habían marchado después de haber comentado con Emerson la futura ubicación de la estatua. Emerson había rechazado la sugerencia de James de llevarla directamente al museo con el desprecio que semejante propuesta se merecía.

- Acabarás teniéndola, sin duda, pero creo que será mejor que la custodiemos nosotros hasta que hagamos la clasificación definitiva

de los hallazgos. Las medidas de seguridad del museo son un auténtico desastre.

Al poco tiempo de volver al trabajo, llegaron otras visitas que no podíamos expulsar. Clarence Fisher, quien estaba a punto de empezar los trabajos en el cementerio del este, apareció para echar una ojeada; sir Henry MacMahon, el alto comisionado, llegó con un grupo de acompañantes ilustres deseosos de ver «cómo se desenterraba algo». Se aburrieron pronto del lento y tedioso proceso, pero su lugar lo ocuparon Woolley, Lawrence y algunos oficiales con conocimientos arqueológicos. Emerson envió a Ramsés para que se ocupara de ellos (es decir, para que los mantuviera alejados de él) mientras seguía con el trabajo. Como era natural, les ofrecí refrescos, que ellos aceptaron encantados.

El lecho rocoso estaba varios metros por debajo de la parte del cementerio sin excavar, de modo que mi zona de descanso estaba rodeada de arena por dos lados, todos nosotros, menos Emerson, nos retiramos a ella y yo serví el té.

- Espero que nuestro descubrimiento no les haya distraído de sus obligaciones -dije-. Como sabrán, contamos con que ustedes, caballeros, nos defiendan de los turcos a nosotros y al Canal.

A Woolley no le pasó desapercibido mi toque de amistoso sarcasmo y se rió sinceramente.

- Afortunadamente, señora Emerson, su seguridad no depende sólo de tipos como nosotros. Lo único que hacemos es estudiar mapas con atención. Nos viene bien salir del despacho de vez en cuando. Yo echo de menos estar sobre el terreno.

Lawrence estaba comentando dialectos árabes con Ramsés, quien le permitía llevar casi todo el peso de la conversación, aunque pareciera extraño. Una no podía por menos que admirar el celo del muchacho, aunque no su aspecto; no llevaba cinturón y su uniforme estaba tan arrugado que parecía como si hubiera dormido con él puesto. Me pareció que Ramsés estaba aburrido.

Nefret fue la primera en ver a los recién llegados. Le dio un codazo a Ramsés.

- Prepárate -le dijo.

- ¿Para qué?

Miró en la dirección que indicaba la joven y tuvo el tiempo justo para levantarse y agarrar entre sus brazos a un montón de pelos y

faldas que revoloteaban por la ladera de arena.

La señorita Molly se apartó un poco y sonrió de oreja a oreja.

- ¡Hola!

- Buenos días -dijo Ramsés-. ¿Dónde está la señorita Nordstrom?

- Enferma -dijo la niña con un tono en el que no pude evitar percibir cierta satisfacción-. El estómago.

- Me imagino que no habrás venido sola -exclamé.

- No, ha venido con ellos.

Dos rostros nos miraban desde arriba. Uno coronado por un salacot; el otro por un gran sombrero y un velo.

- Son el señor y la señorita Poynter. Oí que le decían a Nordie que iban a venir a ver la estatua, así que le dije que podíamos venir nosotras con ellos, pero se puso enferma, del estómago, y he venido tan sólo yo.

Intenté que los dientes no me chirriaran. Les indiqué una bajada más fácil a los Poynter y fui más amable con ellos de lo que habría sido si no hubieran venido acompañados por la jovencita. Cuando la señorita Poynter se apartó el velo y mostró un semblante que consistía básicamente en dientes y barbilla, parecía tan satisfecha consigo misma que comprendí que debía haberse aprovechado de la niña para conseguir una presentación. Habíamos alcanzado cierta notoriedad en El Cairo y se sabía de nuestra poca hospitalidad con los desconocidos.

Se acomodaron con la clara intención de quedarse indefinidamente y la señorita Poynter empezó a contarme los contactos de su familia y cómo estaba introduciéndose en la sociedad cairota. Me aburría como una ostra; escuché a Molly que le pedía a Ramsés que le enseñara la estatua y la respuesta, bastante seca, de él.

- Como verás, tenemos otros invitados. Tendrás que esperar.

No sé cuándo pudo escabullirse, pero unos minutos después aparté mis incrédulos ojos de los dientes de la señorita Poynter para responder a la despedida de Woolley.

- Ya hemos hecho bastantes novillos -comentó-. Gracias, señora Emerson por…

- ¿Dónde está? -exclamé mientras me levantaba-. ¿Dónde se ha metido la niña?

Todos, excepto los Poynter, nos dispersamos para buscarla. Yo

tenía mucho miedo porque sabía que los jóvenes podían ser muy imprudentes y había zanjas y pozos por todos lados. Después de unos minutos de búsqueda, oímos un chillido agudo. Miramos hacia una zona donde se amontonaban los escombros al oeste de la hilera de tumbas. Nuestra expedición no era la única que depositaba allí arena y cascotes. El montón tenía más de seis metros de altura. En la cima, un pequeña figura saludaba triunfalmente con la mano.

- Es ella -dijo Lawrence que se había puesto la mano a modo de visera. Se rió-. Diablillo… Nefret parecía nerviosa.

- Puede hacerse daño. Alguien debe ir a buscarla.

- Es perfectamente capaz de bajar -dijo Ramsés mientras se cruzaba de brazos.

Nefret se había quitado la chaqueta hacía un rato. Era delgada, y con los pantalones y la camisa de franela parecía un muchacho. Empezó a subir al montículo. Llegó arriba sin contratiempos y le tendió la mano a la niña. La señorita Molly se apartó con unos saltitos juguetones. Nos llegó el sonido de una risa estridente.

- ¡Basta, Molly! -grité con todas mis fuerzas-. ¡Baja de una vez! ¿Me oyes?

Me oyó. Se paró y miró abajo. Nefret se abalanzó sobre ella, y entonces… no pude ver lo que pasó; sólo vi que Nefret perdió el equilibrio y cayó. No había nada que pudiera detenerla; rodó hasta el suelo en medio de un estruendo de piedras y arena. La risa de la niña se convirtió en un grito.

Corrí hacia donde mi hija yacía de costado, como una maraña de cabellos dorados y miembros torcidos, pero no fui la primera en llegar. Ramsés ya le había limpiado la arena de la cara. Tenía los dedos manchados de sangre.

- Su cantimplora -dijo él.

- No la muevas -le advertí.

- No. ¿Nefret? -Vertió el agua sobre los ojos y la boca. Ella se agitó y murmuró algo-. Estate quieta. Te has caído. ¿Te has roto algo?

Woolley y Lawrence llegaron apresuradamente.

- ¿Voy por un médico? -preguntó el último-. Seguro que hay alguno entre todos los turistas.

- Yo soy médico -dijo Nefret sin abrir los ojos-. ¿Molly está bien?

- Está bajando por sus propios medios y sin ningún problema -

dije mientras miraba alrededor.

Había encontrado una pendiente muy suave y bajaba dejándose caer sentada y, a juzgar por su expresión, bastante divertida. Sin embargo, en cuanto llegó abajo y vio a Nefret, se puso a gritar.

- ¡La he matado! ¡Es culpa mía! ¡Lo siento! ¡Lo siento!

Se acercó a toda velocidad y se habría arrojado sobre Nefret si Ramsés no la detiene. Se aferró a él llorando amargamente.

- ¡No quería hacerlo! ¿Está muerta? ¡Lo siento!

- Más vale que lo sientas -dijo Ramsés. Se la llevó aparte-. Woolley, acompáñela con los Poynter.

- No seáis severos con la niña. -Nefret estiró prudentemente los miembros y se sentó. Le corría un reguero rojo por la mejilla procedente de una herida en el costado de la cabeza-. No estoy herida, Molly. No me he roto ningún hueso ni tengo conmoción -añadió a la vez que me sonreía débil pero tranquilizadoramente.

Ramsés se agachó y la tomó en brazos. Me pareció que ella se puso un poco rígida; luego apoyó la cabeza en el hombro de mi hijo y cerró los ojos. Él se puso de camino hacia la tumba, pero apenas había dado unos pasos cuando apareció Emerson. Estaba muy nervioso y desaliñado. Arrebató a Nefret de los brazos de Ramsés y la estrechó contra su enorme pecho.

- ¡Por Dios! No deberíais haberla movido. Está sangrando; inconsciente…

- No, profesor, no estoy inconsciente -murmuró Nefret entre dientes-, pero usted está lleno de arena y se me mete en los ojos.

- Llevadla al cobertizo -ordené-. Sólo está un poco impresionada.

- Está sangrando, te lo digo yo -gritó Emerson mientras la apretaba con más fuerza.

Ella tenía toda la cara estrujada contra la pechera de la camisa, pero oí su risa nerviosa y un murmullo tranquilizador.

- Las heridas en la cabeza siempre sangran mucho -dije-. No te quedes parado, Emerson, llévatela.

Me volví hacia Molly. Parecía tan desolada y culpable que mi enfado se disipó. En realidad, la niña no había querido hacer daño a nadie y nadie había resultado gravemente herido. La tomé de la mano y la llevé al cobertizo. Se dejó llevar con la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo.

- Ha sido un accidente -dijo ella-. Yo no quería…

- Empiezas a repetirte demasiado -repliqué-. Si de verdad estás arrepentida, lo mejor que puedes hacer es volver a El Cairo con los Poynter.

Los Poynter se habrían quedado, pero no les di la oportunidad de hacerlo. Una vez que ellos, Woolley y Lawrence se hubieron marchado, lavé la cabeza de Nefret e iba a aplicarle tintura de yodo cuando me pidió que le pusiera alcohol en su lugar.

- Ese color rojo desentona espantosamente con el color de mi pelo -explicó ella- Gracias, tía Amelia, eso será suficiente. ¿Volvemos al trabajo?

- Deberías volver a casa para descansar -le apremió Emerson con ansiedad-. ¿Qué ha pasado?

- Me he tropezado -dijo Nefret-. Ella estaba jugando y riendo y nos tropezamos. Estoy completamente recuperada. Profesor, usted está deseando volver con la estatua.

Ella le tomó el brazo y le sonrió.

Esperé a que se hubieran alejado y me volví hacia mi hijo.

- ¿Estás bien?

El se sobresaltó.

- ¿Cómo dice?

- ¿Te has hecho daño? No debiste llevarla en brazos.

- No me he hecho daño.

- ¿Te duele el brazo?

- Sí, supongo que me dolerá una temporada. Pero puedo usarlo y eso es lo más importante. No ha aparecido. ¿Está segura de que vendrá?

Yo sabía a quién se refería.

- No sé por qué no iba a venir. He mandado invitaciones parecidas a bastantes personas, pero él debe saber que tengo un interés especial en su presencia. Es pronto todavía. Vendrá.

Ya no me preguntaba cómo era posible que las pirámides se hubiesen levantado con las herramientas más elementales. La creación de nuestra estatua demostraba la destreza y la fuerza que emplearon los antiguos egipcios en empresas parecidas. El riesgo de que la estatua se cayera aumentaba a medida que se profundizaba el pozo y se la liberaba de la arena que la había encorsetado durante tanto tiempo. Si se golpeaba contra la pared de piedra, podría dañarse o incluso romperse. Emerson estaba decidido a que

eso no ocurriera. La mitad superior de la estatua estaba envuelta en alfombras, lienzos y cualquier otra tela que pudimos encontrar; el envoltorio estaba bien atado y algunos de nuestros trabajadores más fuertes tiraban de otras cuerdas con la esperanza de que eso evitara la caída.

Era un proceso fascinante, pero yo sabía que no podía permitir que la pasión por la arqueología me distrajera de mis otras obligaciones. La multitud de curiosos había aumentado a primera hora de la tarde. Algunos llevaban cámaras y se empeñaban en sacar fotografías, a pesar de que, gracias a mis esfuerzos, estaban a una distancia desde la que sólo podían ver a un grupo de trabajadores egipcios. Tuve que emplearme a fondo porque no se podía prescindir de ningún hombre para que me ayudara, y empezaba a sentirme como una profesora desdichada que intentara mantener el orden con un grupo de niños muy activos y revoltosos. Al final se me ocurrió una estratagema muy astuta. Me subí a un bloque de piedra, reuní a casi todos los turistas alrededor y les di una especie de conferencia en la que hice mucho hincapié en lo delicada que era la operación y luego les prometí que podrían sacar todas las fotografías que quisieran cuando la estatua estuviese fuera. No era una mentira propiamente dicha ya que no especifiqué que sería lo que podrían fotografiar. Siempre intentaba evitar la falsedad a no ser que fuera completamente necesario.

Mientras hablaba o gritaba, para ser más exactos, miré detenidamente las caras de los espectadores. Algunas de las personas a las que había invitado habían aparecido, pero otras no. Me pareció ver a Percy entre el grupo de militares que había llegado del campamento cercano a Mena House, pero tampoco tenía seguridad absoluta; el individuo en cuestión estaba rodeado de australianos altísimos.

Empezaba a ponerme un poco nerviosa por la ausencia de Russell cuando por fin lo divisé. Estaba montado en un camello, como otros turistas, pero su porte y la forma de dominar al animal no se parecía en nada a la torpeza de los aficionados. Me di la vuelta para buscar a Ramsés y me lo encontré pegado a mi espalda.

- Padre ha pensado que a lo mejor necesitaba ayuda para controlar a la masa -explicó.

- La necesito.

Agarré con fuerza el parasol y miré a un estadounidense corpulento que intentaba esquivarme. Se alejó algo asustado ante la aparición del camello de Russell. Todos los camellos tienen un genio de mil demonios y éste, además, tenía los labios levantados y mostraba unos dientes enormes y sucios. Resopló, se arrodilló y Russell desmontó. Se quitó el sombrero.

- En El Cairo todo el mundo habla de su descubrimiento -dijo-. No he podido resistir la tentación de venir a verlo.

Entregó las riendas a Ramsés como lo habría hecho con un mozo de cuadra.

- Venga para verlo más de cerca -lo agarré del brazo y lo llevé hacia el pozo.

- No me lleve demasiado cerca. Conozco el genio del profesor -bajó la voz-. Supongo que ha sido Ramsés quien le ha propuesto invitarme. ¿Cómo puedo hablar con él a solas?

- Sería imprudente e innecesario. Yo puedo decirle lo que hay que hacer.

Nos quedamos a cierta distancia de los hombres que tiraban de las cuerdas y más lejos todavía del grupo de turistas. Le expliqué la situación. Intentó interrumpirme un par de veces, pero no se lo permití y acabó frunciendo los labios como si estuviera silbando.

- ¿Qué le hace pensar que Farouk es un espía?

- ¡Por el amor de Dios! -dije con impaciencia-. Ya le he explicado su… nuestro razonamiento. No perdamos el tiempo, señor Russell. Quiero que encierre a ese hombre. Ha intentado matar a mi hijo una vez y no estoy dispuesta a darle otra oportunidad. Si no se ocupa usted, lo haré yo.

- Estoy seguro de que lo haría -dijo Russell-. De acuerdo, señora Emerson, su… razonamiento me ha convencido. No puede hacernos ningún daño y a lo mejor sacamos algo en claro.

- ¿Cuándo puede actuar?

Russell sacó un pañuelo y se secó la frente.

- Organizarlo llevará un poco de tiempo. Quizá mañana.

- Tiene que ser antes.

El porte erguido de Russell se desmoronó.

- Señora Emerson, no entiende que hay algunas dificultades. Mi jefe me ha leído la cartilla por no informarle de ciertas actividades. Intento dar con una manera de hacerlo sin tener que informarle.

- Para que no se entere Philippides.

- Así es. Ése es el quid de la cuestión -Russell apretó los labios-. Le he echado el ojo encima y algún día… le pillaré *in fraganti.* Hasta entonces, cuanto menos sepa, mejor.

- ¿Por eso no ha vigilado la tienda? A mí me parece…

- A mí también, se lo aseguro. Es un problema de efectivos, señora Emerson. No tengo suficientes hombres que estén a mis órdenes en los que pueda confiar y que mantengan la boca cerrada. Le prometí a Ramsés que no implicaría a otros servicios.

- El general lo sabe, ¿verdad?

- Sí, naturalmente; hay que informarle. Lo que me preocupa es ese grupo variopinto de Clayton; él es un buen hombre, de los mejores, pero intenta aglutinar una organización con restos de su antigua unidad y ese grupo de intelectuales.

- ¿No dudará de la lealtad de gente como Woolley y Lawrence? -exclamé.

- Ninguno de ellos tiene experiencia práctica en la investigación de la delincuencia y eso es lo que se necesita para que el contraespionaje sea efectivo. Es un desorden tal…

- De acuerdo, señor Russell, lo siento mucho, pero no tengo tiempo para escuchar los problemas que le acucian. La redada tiene que ser esta noche. Un retraso puede ser fatal. Póngase manos a la obra. Cuanto antes empiece, antes podrá actuar.

Russell se dejó acompañar hasta su camello. Parecía un poco perplejo, pero quizá sólo estuviera concentrado.

- ¿Sabe algo el profesor? -dijo después de un rato.

- Todavía no. No me gusta distraerlo cuando está centrado en actividades arqueológicas de esta magnitud, pero estoy segura de que estará encantado de venir con nosotros.

Russell se paró en seco y clavó los talones en la arena.

- ¡Espere un minuto, señora Emerson! Maldita sea, perdone mi lenguaje, pero es usted la más…

- No es el primero que me lo dice -dije con una sonrisa-. Ah, éste es su encantador camello; está esperándole para marchar.

Russell le arrebató las riendas a Ramsés y lo miró fijamente a los ojos. El joven asintió con la cabeza. Fue una confirmación suficiente de lo que yo había dicho y, en mi opinión, no debería haber seguido con la conversación, pero parecía desconcertado. Quizá fuera por el

sol.

- Que pretende estar allí… -dijo con un susurro nervioso-. Podría…

- Yo puedo intentarlo. -Ramsés contrajo nerviosamente los labios-. ¿Cuándo?

Russell me miró y se enjugó la frente.

- Esta noche.

- Fantástico -dije en voz alta-. Corra, señor Russell; yo tengo que volver al trabajo.

Obedeció, como no podía ser de otra forma. Ramsés se irguió y se aclaró la garganta.

- Madre…

- Tampoco voy a discutir contigo. Más tarde comentaremos los aspectos logísticos. Quiero ver qué hace tu padre.

Nos reunimos todos alrededor para mirar. Por fin llegó el momento en el que toda la estatua estuvo a la vista, excepto la base. Emerson se calló después de haber estado soltando toda una letanía de maldiciones e improperios. Luego soltó un profundo suspiro. Se volvió hacia Daoud, que sujetaba una de las cuerdas, y le dio una palmada en la espalda.

- Ya sabes lo que hay que hacer, Daoud.

El gigante le sonrió de oreja a oreja y asintió con la cabeza. Emerson bajó por la escalera que estaba apoyada en la pared del pozo. Le siguió Ibrahim, el carpintero. Sólo había espacio para dos personas y yo había adivinado que Emerson sería una de ellas.

Me había olvidado de mis obligaciones como guardián. Era vagamente consciente de que nos había rodeado un grupo de curiosos, pero tenía toda la atención fija en mi marido, quien estaba arrodillado y retiraba la arena de la base. A medida que él lo hacía, Ibrahim introducía un tablón en el espacio que iba quedando libre. La estatua se tambaleó y se volvió a estabilizar cuando Daoud dio unas órdenes a los hombres que tiraban de las cuerdas. Emerson acabó levantándose y miró arriba.

- Por el momento todo va bien.

La parte delantera de la estatua descansaba sobre una sólida plataforma de madera. Emerson e Ibrahim repitieron el proceso con la parte de atrás de la base. Las cuerdas se tensaban y destensaban según las órdenes de Daoud. Se bajaron más tablones cortados a

medida e Ibrahim los colocó en el ángulo preciso para sustentar la estatua.

A veces, un peso así se podía levantar moviéndolo hacia delante y atrás y colocando cuñas debajo del lado levantado, pero en aquel caso no había espacio para hacerlo. Habría que subir la estatua y su base de madera mediante fuerza bruta mientras se intentaba estabilizarla tirando de las cuerdas. Emerson ató unas maromas a los tablones y arrojó fuera los extremos. Veinte hombres agarraron cada una y empezaron a tirar de ellas.

Selim que había estado saltando de un lado a otro como un saltamontes, se quedó quieto con los ojos clavados en su tío Daoud, cuyo ancho rostro estaba inmóvil. No sudaba por el calor o el esfuerzo físico, sino por la responsabilidad. A mí me preocupaba Emerson, quien había hecho subir a Ibrahim y seguía abajo.

- Sal de ahí -grité mientras ascendía la mole.

- Sí, sí-dijo Emerson-. Sólo quiero…

- ¡Emerson!

Seguramente no subió por mí alarido, sino porque decidió que podría dirigir mejor la operación desde arriba. Las cámaras se dispararon cuando apareció la despeinada cabeza de mi marido; los disparos se convirtieron en un auténtico fusilamiento a medida que la estatua iba surgiendo lentamente. Cuando la base estuvo al nivel de la superficie, los hombres pusieron unos tablones enormes debajo y formaron una plataforma que cubría la boca del pozo y en la que se posó la estatua como si fuese un pajarillo que descansaba en una rama.

Emerson suspiró y se secó la frente con la manga de la camisa.

- Bien hecho, Daoud y todos los demás.

Ramsés se inclinó y examinó la base.

- Nefret tenía razón. Es Kefrén. El buen dios, Horus dorado.

Nefret no dijo «ya os lo había dicho», pero parecía muy orgullosa. El rostro del faraón se asemejaba a Ramsés en el aire pétreo, aunque en ese momento parecía muy afable; todos sonreíamos y nos felicitábamos unos a otros. Sin embargo, por una vez, la pasión por la arqueología no superó por completo a mi preocupación principal. ¿Mantendría Russell su palabra? ¿Saldría bien la redada en la tienda de Aslimi? Había decidido hacer todo lo que estuviera a mi alcance para que así fuera.

Capítulo 7

El regreso a casa fue como un desfile triunfal. Daoud no quería saber nada del transporte mecánico; una vez que la plataforma estuvo firmemente fijada a las vigas, cuarenta hombres cargaron toda la estructura y cruzaron la planicie. Cuando llegaron al camino de las pirámides, empezaron a cantar una canción tradicional para trabajar en la que Daoud gritaba una estrofa y los demás hombres la repetían como un coro atronador. Casi todo el camino era cuesta abajo, pero la casa estaba a más de cuatro kilómetros y Emerson hacía que se pararan con frecuencia para que descansaran y se ajustaran las almohadillas que les protegían los hombros. Si un hombre se tambaleaba, otro le sustituía inmediatamente. Daba la impresión de que el tiempo no había pasado y me sentía una privilegiada por poder disfrutar de una escena del pasado. Así debieron de transportar los trabajadores del faraón la imagen de su rey divino hasta su emplazamiento original y así debieron de cantar.

Lo cierto era que no había ninguna representación de ese momento en ninguno de los relieves de las tumbas. En cualquier caso, era una imagen impresionante que no olvidaría jamás, como creía que no la olvidaría ninguna de las personas que se alineaban al borde del camino para mirarnos y vitorear a nuestro paso. Los turistas consiguieron hacer fotografías hasta hartarse.

Cuando llegamos a la casa, todos los hombres que habían hecho su turno como porteadores, excepto Daoud, estaban extenuados. Emerson los llevó a través del patio a la habitación más cercana, que resultó ser la sala. Yo estaba demasiado emocionada como para

poner objeciones, pero la plataforma no cabía por la puerta y tuvieron que dejarla en el patio, entre dos pilares. Una vez la estatua estuvo sobre tierra firme, me encontré con cincuenta hombres tirados por todos lados y completamente agotados. Cuarenta y nueve, para ser exactos, ya que Daoud, sudoroso pero impasible, nos ayudó a socorrerlos con abundante líquido y salpicándolos con agua. El sol estaba poniéndose cuando los enviamos a casa entre agradecimientos y promesas de una celebración por todo lo alto.

- Creo que nosotros deberíamos celebrarlo también -propuse-. Cenaremos en El Cairo. Le había dicho a Fátima que no preparase cena porque no sabía cuánto tardaríamos en terminar. Es un éxito tuyo, querido Emerson, de modo que te permito que elijas el restaurante.

En general, Emerson es conmovedoramente fácil de manipular. No soportaba cenar en los hoteles. Yo sabía qué sitio elegiría: un pequeño restaurante muy agradable y antihigiénico en cuyo menú se encontraban sus especialidades egipcias favoritas y cuyo dueño habría sacrificado un avestruz y la habría cocinado si Emerson se lo hubiese pedido. En ese ambiente, los trajes y las corbatas habrían estado fuera de lugar, por no decir nada de los vestidos de noche, y eso era otro punto a su favor, por lo menos en lo que se refería a Emerson.

Estaba en el límite de Jan el Jalili.

Emerson dudó un instante, sobre todo porque no quería abandonar su estatua, antes de responder lo que yo había previsto. Miré a Ramsés, que estaba más inexpresivo que de costumbre. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada. Me volví hacia Nefret y le aparté un mechón de la frente.

- Quizá debieras quedarte para descansar -dije-. Tienes un buen chichón y un corte.

- No es nada, tía Amelia. Me encuentro muy bien y por nada del mundo me perdería una cena en Bassam.

Se retiró antes de que yo pudiera contestar. Me encogí de hombros al encontrarme con la oscura mirada de Ramsés, en la que me pareció percibir cierta censura.

- Bañaros y vestiros rápidamente -ordené-. No podemos retrasarnos.

- Sí, madre -dijo Ramsés.

Evidentemente, habría querido decir mucho más, pero subió las escaleras después de un momento de duda.

- Muy bien, Peabody -dijo mi marido-. ¿Qué tramas ahora?

Pensaba habérselo dicho en cualquier caso.

Recibió las noticias con más tranquilidad de la que me había imaginado, aunque sí consiguieron que se diera más prisa. Entró y salió del baño en un abrir y cerrar de ojos.

- Bueno, bueno -comentó mientras tiraba la toalla al suelo para secar el charco que estaba formándose a su alrededor-. ¿De modo que se te ha ocurrido que Farouk puede ser un infiltrado en la organización de Wardani?

- Mira, Emerson, si vas a decir que ya se te había ocurrido a ti primero…

- No voy a decir que ya se me había ocurrido a mí primero. Pero lo había pensado.

- ¡Siempre dices lo mismo!

- Tú también. Supongo que el plan es viable, pero me habría gustado que me lo hubieras dejado a mí.

- ¿Qué habrías hecho? -pregunté acaloradamente.

Emerson se puso los pantalones.

- Pasar por la tienda de Aslimi y capturar a ese canalla yo mismo. Pensaba hacerlo mañana.

Empezó a revolver todos los cajones para buscar una camisa. Siempre estaban en el mismo sitio, pero Emerson, que era capaz de recordar sin esfuerzo cualquier mínimo detalle de una secuencia de estratos, no se acordaba jamás de cuál era el cajón en cuestión. Al observar los músculos que se le marcaban en la espalda y los brazos, me arrepentí de haber hablado con Russell. Me habría encantado ver cómo Emerson capturaba a Farouk; podría haberlo hecho con una mano y luego habríamos (porque, naturalmente, yo le habría acompañado) registrado la tienda en busca de pruebas incriminatorias y habríamos llevado al prisionero a casa para interrogarlo.

Sin embargo, tenía la sensación de que a Ramsés no le habría gustado. Estaba claro que aunque no le gustaba lo que estaba haciendo, lo otro le habría gustado mucho menos. Cuando Emerson se enfurecía era como un elefante en una cacharrería y este asunto

era bastante delicado. Me sentí obligada a decírselo.

- No debemos vernos mezclados en ningún ataque directo a Farouk o a la tienda, Emerson; nuestra participación activa podría despertar más recelos del enemigo hacia Ramsés.

- Entonces, ¿para qué vamos esta noche?

- Sólo quiero estar allí -dije mientras volvía a doblar las camisas que había desdoblado él-. Cerca de allí, más bien. Por casualidad. Por si acaso.

Me di la vuelta y saqué del armario un vestido de algodón ligero pero apropiado. Emerson se puso detrás de mí y me rodeó la cintura con sus brazos.

- Para ti es importante, ¿verdad?

Dejé caer el vestido y me volví hacia él.

- ¡Oh, Emerson! Si acertamos, puede ser el final de este espantoso asunto. No puedo soportarlo mucho más. Cada vez que él sale, temo que no vaya a volver. Y David… podría desaparecer. Podrían arrojar su cuerpo al río o enterrarlo en el desierto y nunca sabríamos lo que le había pasado.

- Por Dios bendito, querida, esa desbordante imaginación tuya se te escapa de las manos. Ramsés se ha visto en apuros peores que estos y David solía acompañarle.

Empecé a negarlo, pero no pude. Toda una serie de escenas espeluznantes cruzaron mi mente: Ramsés enfrentándose al Maestro del Crimen y exigiéndole a ese imponente caballero que le devolviera su tesoro; Ramsés en la guarida del perverso Riccetti a quien había perseguido con la única compañía de David y la gata Bastet; Ramsés penetrando en un campamento de bandidos solo y desarmado… Estaba segura de que habría otras muchas situaciones que, afortunadamente, yo desconocía. Efectivamente, había pasado por apuros mucho mayores, pero algún día la suerte podría darle la espalda.

No era tan egoísta como para recordarle eso a Emerson. No quería parecer una de esas mujeres quejicas que necesitan apoyo y mimos constantes. La desesperanza disuelve la fuerza, no sólo la de quien la expresa, sino también la de quien la escucha.

- Lo siento, Emerson -dije adoptando un aire de rigidez, tanto figurada como físicamente-. No volveré a hacerlo. Y nos hemos retrasado por mi culpa. Debemos darnos prisa.

El vestido que había pensado ponerme estaba arrugado y húmedo. Elegí otro mientras Emerson volvía secarse los pies y secaba el charco por exigencia mía.

- ¿Qué hacemos con Nefret? -preguntó.

- Yo preferiría que no viniera con nosotros, pero no hay forma de evitarlo. En realidad, su presencia hará que parezca una de nuestras típicas salidas familiares. Actúa con normalidad y déjalo todo en mis manos.

Temía tener que pasar por lo mismo con Ramsés, quien estaba esperándome al pie de las escaleras.

- Te falta un botón de la chaqueta -dije con la esperanza de evitar una discusión-. Iré por el costurero…

- Se pincharía en un dedo -replicó Ramsés que había suavizado su gesto impresionante con media sonrisa-. Le espanta coser, madre, y, con todos los respetos, lo hace muy mal. Además, he perdido el botón. ¿Qué demonios…?

- Shhh. Compórtate con normalidad y sígueme la corriente. ¡Nefret, querida! Estás guapísima.

Ella, como todos los demás, vestía de manera informal; llevaba una falda de *tweed* y una chaqueta a juego. La tela color tabaco jaspeada de azul y verde resaltaba el rostro ligeramente tostado por el sol y el pelo rubio que se había recogido en la nuca.

- Te falta un botón en la chaqueta -dijo en cuanto vio a Ramsés- y tienes pelos de gato en los hombros. Estate quieto mientras te los cepillo.

- No creo que puedas criticar mucho mi aspecto con ese moratón en la frente -replicó burlonamente Ramsés.

- ¡Maldita sea! Creía que había conseguido taparlo con el pelo.

Se arregló los mechones ondulados que le enmarcaban la frente.

- No. -Él la miró un instante y alargó la mano-. Déjame.

La joven se quedó mirándolo como una niña obediente, con la barbilla levantada y los brazos en los costados, mientras él ahuecaba los mechones dorados rojizos con sus dedos delgados y diestros. Un mechón se le enredó en la mano, y él tuvo que desenredarlo antes de poder apartarla.

- Lo he terminado de estropear -dijo-. Lo siento, perdóname un segundo.

- Dile al profesor que estamos preparados -le pedí a Nefret.

Esperé que empezara a subir las escaleras antes de ir a buscar a Ramsés, que había desaparecido detrás de la estatua. Lo encontré apoyado en la pared y mirando fijamente a un punto que yo no podía distinguir.

- Estás blanco como la cera -le dije-. ¿Qué te pasa? Siéntate. Puedo…

- No me pasa nada. Un mareo pasajero -volvió a enfocar la mirada y los ojos recuperaron algo de brillo-. Tengo hambre -dijo con una indignación sorprendente.

- No me extraña -contesté muy aliviada-. Sólo has comido un par de emparedados y ha sido un día agotador. Dame tu brazo.

- Pensé que quería que nos comportáramos con normalidad. Madre, ¿por qué…? Agradezco que se preocupe, pero no entiendo qué…

Yo sabía lo que pretendía decir y por qué no lo decía. Quizá nos pareciéramos más de lo que yo había pensado.

- Me ha costado mucho esfuerzo físico y mental conseguir que llegaras hasta este momento -le expliqué-. No podría soportar que tanto esfuerzo hubiese sido en vano.

- Ya, lo entiendo.

Un alarido de Emerson acabó con la charla.

- ¡Peabody! ¿Dónde te has metido? ¡Maldita sea, estamos esperando!

- Sólo estoy echando una ojeada a la estatua -dije mientras salía con Ramsés pegado a mis talones.

Era un trío lo que nos esperaba: Emerson, Nefret y la gata. Tenían un aspecto bastante cómico los tres en fila. *Seshat* estaba tan expectante como los demás; permanecía sentada bien tiesa con el rabo alrededor de las patas delanteras.

- Me parece que quiere venir con nosotros -dijo Nefret.

Seshat confirmó la suposición al acercarse a Ramsés. Lo miró a la cara y dejó escapar un maullido suplicante.

- Tendrás que llevar collar -le dijo.

La respuesta fue como si se hubiese encogido de hombros.

- Yo lo traeré -dijo Nefret-. ¿Dónde está?

Ramsés pareció desconcertado.

- No lo sé -respondió.

- Lo tiene Fátima -dije yo-. Se lo di para que lo guardara porque

tú lo perdías constantemente.

Nefret salió disparada.

La verdad era que el collar estaba casi sin usar ya que a *Seshat* no le gustaba salir. Cuando no estaba en el jardín cazando incautos roedores o trepando por la fachada de la casa, pasaba casi todo el rato en el cuarto de Ramsés. Parecía como si considerara que su obligación era velar por sus pertenencias; tal vez (lo cual era más probable) la consideraba su habitación y a Ramsés un compañero agradable y bastante incompetente que necesitaba que alguien cuidara de él. Nunca llegué a entender qué le había impulsado a salir de la casa y me tomé su decisión de acompañarnos esa noche concreta como un presagio. ¿Sabría algo que nosotros ignorábamos?

Nefret volvió con el collar y se lo dio a Ramsés. Él se arrodilló y lo puso alrededor del cuello de *Seshat.* Emerson se colocó a mi lado.

- Peabody, si se te ocurre simplemente formar la palabra con tus labios -me dijo en voz baja-. Te… mmm…

No terminó la amenaza porque no se le ocurrió nada que pudiera hacer.

- ¿Qué palabra? ¿Premonición? ¿Presagio? -pregunté en el mismo tono.

- Ninguna de las dos ¡Por todos los demonios!

- Tú también has debido sentirlo, si no…

- La superstición no está entre mis defectos. Me gustaría que dejaras…

- ¿Por qué discuten? ¿Podemos participar? -preguntó Nefret.

- Emerson está un poco protestón -le expliqué-. Le pasa siempre que quiere cenar o tomar el té o desayunar o…

- Ejem -carraspeó Emerson.

Salió de la habitación con paso digno y con la seguridad de que yo le seguiría. Ramsés se colocó el gato en el hombro derecho y me ofreció el otro brazo.

- Ve por delante, bastante tienes con ocuparte del gato. Nefret y yo os seguiremos como las obedientes mujeres que somos. ¡Intenta impedir que tu padre conduzca el automóvil!

- No creo que eso sea posible -dijo Nefret mientras Ramsés se dirigía hacia la puerta con el gato en el hombro-. Tía Amelia, ¿no ha pensado nunca que esta familia es un tanto excéntrica?

- ¿Porque vamos a cenar con el gato? Supongo que alguien

puede considerarlo excéntrico, pero ya sabes que lo hemos hecho siempre; la gata Bastet no se separaba de él.

- También la llevaba siempre en el hombro -dijo Nefret con un gesto pensativo.

- Entonces necesitaba los dos hombros -dije yo con una sonrisa.

- Sí. Ha cambiado mucho desde entonces.

- Tú también, querida.

- Sí.

Percibí algo en su voz que hizo que me parase y la mirara con curiosidad.

- Nefret, ¿hay algo que te preocupe? ¿Algo que te gustaría contarme?

La joven miró a otro lado. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja que apenas pude oírla.

- ¿Qué me dice de usted, tía Amelia? Me gustaría ayudar, ayudarla con lo que le preocupa, si me permitiera hacerlo.

No me gustaba nada la dirección que estaba tomando la conversación. Estaba claro que se había dado cuenta de que algo me ponía nerviosa. ¿Me había fallado mi famoso dominio de mí misma? ¡Eso no podía ocurrir!

- Eres muy amable, querida -contesté sinceramente-. Si me ocurre algo así, no dudaré en pedirte ayuda.

Ella no dijo nada, sino que aceleró el paso. Había que intervenir; podía oír una discusión, más o menos amistosa, entre Emerson y Ramsés sobre quién debía ser el conductor. Nefret intervino con todo su entusiasmo habitual; estaba tan radiante y risueña que me pregunté si no me habría imaginado su aire apesadumbrado y suplicante.

Nefret tenía sus métodos para dominar a Emerson; esa vez lo desarmó al decirle que ella pensaba conducir el automóvil. Si bien Emerson era un firme partidario de la igualdad entre el hombre y la mujer, mantenía algunas reservas al respecto, una de las cuales era el automóvil. (Esas máquinas tienen algo que hace que los hombres se aporreen el pecho y rujan como gorilas, lo digo en sentido figurado, naturalmente.)

Al final, el propio Emerson propuso, como solución de compromiso, que fuera Ramsés quien condujera el automóvil. Nefret aceptó con un gruñido dirigido a Emerson y una mirada

triunfal dirigida a su hermano. Se llevó la mano al costado de la cabeza fingiendo un saludo militar.

Fue un trato muy aceptable que nos dejó contentos a todos. Emerson pensó que él había ganado y los demás sabíamos que habíamos ganado nosotros.

Una vez que atravesamos Musik y su continuación, Sik-keh el-Gedideh, empezamos a avanzar más lentamente, ya que las calles (cuyos nombres no voy a detallar para no abrumar al lector) eran más estrechas y estaban abarrotadas de gente. El sol estaba poniéndose y yo estaba ansiosa por llegar a nuestro destino, pero no apremié a Ramsés para que fuera más rápido. Avanzábamos relativamente deprisa ya que la gente se apartaba a toda velocidad al reconocer el automóvil. Emerson correspondía a los saludos de los peatones con movimientos de cabeza, como un monarca. Me preguntaba si habría alguien en El Cairo a quien él no conociera. Desde luego, casi todos le conocían a él.

- Quizá deberíamos haber venido andando -le susurré al oído-. Nuestra presencia no va a pasar desapercibida.

- La notarían en cualquier caso -dijo Emerson-. ¿Crees que podríamos dar un paso sin que nos observaran? Mira eso.

Ramsés aminoró la velocidad hasta quedarse casi parado para permitir que el jinete de un camello especialmente tozudo tuviera tiempo de apartarse. Un grupo de chiquillos andrajosos se colgó de las puertas para charlar con Ramsés y piropear a Nefret. Tengo que reconocer que los piropos tenían cierto propósito interesado. «Oh, hermosa dama, cuyos ojos oscurecen el cielo, tenga lástima de un desgraciado y hambriento…».

Ramsés comentó algo en árabe que fingí no entender y los moscones se retiraron con una sonrisa comprensiva.

Dejamos el automóvil en Balt el Kadi, ya que no podíamos entrar con él en las callejuelas que rodeaban el pintoresco barrio de Jan al Jalili. Emerson me ayudó a bajar y se fue sin preocuparse por los demás; dio por supuesto, con razón, seguramente, que ninguno de los vagabundos se atrevería a tocar algo que le pertenecía. Ramsés se entretuvo brevemente para hablar con un hombre que había salido de los soportales situados en el lado este de la plaza. Algo pasó de una mano a otra y el individuo asintió con la cabeza y sonrió. Dios, pensé, qué suspicaz podía ser ese muchacho. Debía

haberlo heredado de mí.

- Espera un momento -dije a la vez que tiraba de la manga de Emerson-. Convendría que fuéramos todos juntos.

- ¿Cómo? Ah, claro, desde luego. -Se dio la vuelta-. Ramsés, hazte cargo de Nefret y daos prisa.

- Sí, señor.

El arco que había en el lado este de la plaza conducía a las callejuelas de Hasaneyn y a una de las entradas de Jan el Jalili. Emerson se movía por ese laberinto sin vacilar ni equivocarse lo más mínimo, a pesar de que cada vez estaba más oscuro. Las casas tenían balconadas que colgaban de los pisos más altos y que casi cerraban las estrechas calles. Ello hacía que durante el día fueran frescas y agradables y por la noche oscuras como la boca del lobo. Apenas había ventanas en los pisos más bajos y la única iluminación procedía de los faroles que algunas almas caritativas habían colgado en las puertas de sus casas.

- ¿No has traído la linterna? -pregunté agradecida por haber llevado unos zapatos consistentes y no unas zapatillas bajas.

- ¿Realmente quieres saber lo que estás pisando? -replicó Emerson-. Agárrate a mí, querida, ya estamos cerca.

El restaurante estaba cerca de la mezquita de Hussein y enfrente de la entrada este a Jan el Jalili. El señor Bassam, el propietario, salió corriendo para abrazarnos y abrumarnos con reproches. ¡No habíamos ido a su establecimiento ni una vez desde que habíamos llegado a El Cairo! ¡Todas las noches había esperado poder atendernos! ¡Todas las noches había preparado nuestros platos favoritos!

- Es la voluntad divina -dijo Emerson para cortar la perorata-. Ya estamos aquí, Bassam. Ahora danos de comer, estamos hambrientos.

Dio la casualidad de que esa noche fue la única en la que no había preparado nuestra comida predilecta. Se había resignado, después de tanto tiempo en El Cairo sin visitarlo…

- Danos lo que tengas -dijo Emerson-. Cuanto antes, mejor.

Primero tuvo que preparar una mesa junto a la puerta. Eso me convenía mucho. También le convenía al señor Bassam, que quería que todo el mundo viera a unos clientes tan distinguidos. Incluso limpió las sillas con un trapo. Yo recé para que no fuera el mismo con el que secaba los platos, pero decidí que lo mejor era no

preguntar.

- ¿Qué va a tomar? -preguntó a Ramsés mientras dejaba a *Seshat* en una silla.

- Es omnívora -dijo Nefret con mucha seriedad, en inglés.

- ¿Eh? ¡Ah!, claro… mmm… se lo prepararé ahora mismo.

- No le tomes el pelo, Nefret -la reprendí.

Seshat se sentó e inspeccionó la mesa. No encontró nada de interés, salvo un par de migas, y saltó al suelo.

- Ponle la correa, Ramsés, y dile que debe quedarse en la silla -le ordené-. No quiero que cace bichos por la calle.

- Come ratones constantemente -dijo Emerson.

Ramsés volvió a sentarla y se hurgó en los bolsillos; un gesto puramente simbólico, ya que me había olvidado de mencionar la correa y a él no se le habría ocurrido jamás. El collar servía sobre todo como identificación; llevaba inscrito nuestro nombre y el de *Seshat*.

- Son *nuestros* bichos -dije yo.

- Usa esto -Nefret se quitó el fular y se lo pasó a su hermano.

Seshat aceptó la humillación sin rechistar, después de que Ramsés le hubiera explicado la situación. El resto de comensales nos miraba boquiabiertos y con la admiración que siempre provoca nuestra presencia.

El señor Bassam nos llenó la mesa de platos, entre los que había un pollo especiado. *Seshat* no era omnívora, pero tenía unos gustos más eclécticos que la mayoría de gatos; dio un lametazo para probarlo y luego se devoró el pollo con más delicadeza que la que mostraban muchos de los otros clientes. También se apuntó al postre de melón y sorbete.

Cuando terminamos de cenar, la oscuridad era completa. La entrada al Jan estaba oculta entre las sombras, pero se veían luces al otro lado que provenían de las innumerables tiendas y puestos callejeros. Entre los compradores y los paseantes que la franqueaban había bastantes con ropas europeas y algunos de uniforme.

- Nada todavía -dije en voz baja a Emerson mientras Ramsés y Nefret discutían amigablemente sobre la cantidad de melón que debía tomar *Seshat*-. No está muy lejos. Oiríamos el alboroto, ¿no?

- Seguramente. Posiblemente. ¡Yo que sé! -Los comentarios

breves y contradictorios de Emerson me indicaron que estaba tan agitado como yo. No soportaba quedarse al margen-. Vamos allá.

- ¿Dónde? -dijo Nefret.

- Al Jan -contesté con mi rapidez habitual-. Propongo dar un paseo antes de volver a casa. ¿Hemos terminado?

Hubo un tiempo en el que las entradas al Jan se cerraban antes de la oración de la noche. Pero cada vez había más comerciantes «infieles», griegos o coptos, y los cairotas musulmanes con mentalidad más mercantil apreciaban la ventaja de que se prolongaran las horas, sobre todo cuando la ciudad rebosaba de soldados deseosos de encontrar regalos y recuerdos exóticos (algunos se gastaban la paga en otro barrio de El Cairo y volvían a casa con «recuerdos» menos inofensivos, pero es un asunto en el que no voy a entrar).

El Jan el Jalili no es un zoco cerrado, sino un laberinto de tiendas desvencijadas y edificios y puertas ruinosas. Los jans antiguos, los almacenes de los ricos mercaderes de El Cairo medieval, eran tesoros arquitectónicos, o lo habrían sido si se hubieran conservado debidamente. Se habían restaurado algunos, pero no la mayoría. Los puestos y las tiendas ocupaban los pisos inferiores y se apiñaban contra las desconchadas paredes, pero todavía podían vislumbrarse algunas ventanas con exquisitos arcos y puertas enmarcadas con azulejos.

Los olores no eran menos notables. Fuegos de carbón, excrementos de camellos y burros, cuerpos humanos sin lavar, especias y perfumes, pan recién horneado y carne a la parrilla. Todo ello formaba una mezcla indescriptible. Se podría enumerar cada uno de los ingredientes, pero eso no daría una sensación exacta al lector. Resultaba más fascinante de lo que uno podía suponer, y en realidad, no era peor que lo que podía encontrarse en muchas ciudades viejas de Europa. Hubo momentos en los que yo habría cambiado una bocanada de esa parte de El Cairo por toda la brisa que atravesaba las praderas del condado de Kent cargada de aromas de rosas y madreselva.

Mientras paseábamos entre los diminutos cubículos en los que se exponían sedas y babuchas, vasijas de cobre y adornos de plata, yo sabía que Russell no había entrado en acción. Si la policía hubiese irrumpido en alguna tienda del Jan, todo el lugar sería un hervidero

de comentarios. Muchos comerciantes estaban cerrando; habían echado las contraventanas y las lámparas estaban apagadas, ya que empezaba a hacerse tarde y los compradores volvían a sus hoteles o cuarteles. Yo no podía aguantar mis nervios ni un minuto más y me adelanté a los demás camino de la tienda de Aslimi. ¿Habría podido organizarlo todo Russell? ¿Me habría fallado? Pensé que no debía haber confiado en él; que debía haberme ocupado personalmente, con un poco de ayuda de Emerson.

Luego se me ocurrió que a lo mejor Russell estaba esperando a que hubiera menos gente. Como estrategia, era una decisión sensata. Cuanta menos gente en los alrededores, menos posibilidades había de herir a alguien o de que los comerciantes tuvieran la tentación de ayudar a Aslimi. Aceleré dispuesta a no perderme la cacería. Emerson me alcanzó y aminoré el paso. La verdad es que fue él quien me obligó a hacerlo al agarrarme del brazo y tirar de él.

- No corras o lo echarás todo a perder -lo dijo con el tono de un malvado de opereta.

- ¿Por qué tiene tanta prisa, tía Amelia? -preguntó Nefret.

Me di la vuelta. No estábamos lejos de la tienda de Aslimi, sólo teníamos que doblar la esquina. Yo había aguzado el oído y según pude observar, también lo había hecho *Seshat,* que seguía en el hombro de Ramsés. Los ojos le relucían como topacios por el reflejo de las luces.

- Querida… ¿por qué dices que tengo prisa? Es mi paso normal.

Seshat empezó a menear el rabo y se inclinó hacia delante olisqueando el aire. Sus ojos habían perdido el brillo. Alguien apagó la lámpara que había detrás de mí y cerró con un estruendo; las contraventanas de la tienda de al lado se cerraron también; todas las luces del callejón fueron apagándose y las puertas cerrándose.

- ¿Qué pasa? -preguntó Nefret.

Se acercó a Ramsés y lo agarró de la manga. Él se soltó rápida pero delicadamente y sujetó a *Seshat* antes de que saltara del hombro. La dejó en el suelo y le pasó el fular a Nefret.

- Ocúpate de ella.

- Desgraciados -dijo Emerson entre dientes-. Lo saben, pero ¿cómo lo saben?

Parecía arte de magia, era la percepción del peligro que se

extiende como una mecha encendida entre un grupo de personas que vive en medio de la incertidumbre y el temor a la ley. Les bastaba con ver un uniforme o una cara demasiado conocida.

- ¿Saber? -dijo Nefret. Yo apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad-. ¿Qué saben?

- Que se está gestando un problema -dijo tranquilamente Emerson.

Se oyó un repentino alboroto en el que no faltó un disparo.

- Que ha estallado, más bien -añadió-. Seguidme.

Otro hombre podría haber ordenado que nos quedáramos donde estábamos, pero Emerson sabía que ninguno de nosotros acataríamos esa orden, y era preferible estar juntos hasta que supiéramos con certeza lo que estaba pasando. Encendió la linterna y encabezó la marcha por el callejón.

La única puerta abierta era la de la tienda de Aslimi. Fuimos corriendo hacia allí y un hombre se dio la vuelta mientras exclamaba algo y levantaba un arma. Emerson se la arrebató.

- No sea idiota. ¿Qué está pasando?

- ¡Es usted, Padre de las Maldiciones! -exclamó el individuo-. Lo teníamos acorralado; a Wardani; o a uno de sus hombres. ¡Hay una recompensa de cincuenta libras!

Nefret jadeó.

- ¿Dónde está? -preguntó Ramsés.

- Se ha metido en el cuarto de atrás. La puerta está atrancada, pero la tiraremos abajo.

Estaba claro que lo harían, y que destrozarían todos los objetos. Pensé que no se iba a perder gran cosa al ver a un hombre que empuñaba un hacha y barría un montón de falsificaciones de uno de los estantes. Pero…

- ¡Por todos los demonios! -exclamó Emerson mientras retrocedía a tal velocidad que tuve que correr para poder seguirlo.

En Jan el Jalili no hay pasadizos ni las tradicionales puertas traseras. Casi todas las tiendas eran meros cubículos que sólo se abrían por el frente. Seríamos unos de los pocos europeos que sabían que la tienda de Aslimi tenía otra entrada; en este caso, salida. Daba a un espacio entre dos edificios contiguos, tan pequeño que un observador poco atento no lo habría tomado por un pasadizo y nosotros, aun conociendo su existencia, no lo habríamos

encontrado de no haber sido por la linterna de Emerson.

- Apague la linterna -dijo apremiantemente Ramsés.

La única respuesta de Emerson fue un movimiento con el brazo que arrojó a Ramsés y Nefret contra la pared. El permaneció erguido en medio de la apertura y se iluminó el rostro. Luego dirigió el haz de luz hacia el pasadizo. Pude ver por debajo de su brazo y vislumbré una figura que se detuvo un instante antes de desaparecer.

- Creo que me ha visto -dijo Emerson con satisfacción-. Sígueme, Peabody. Ramsés, cubre la parte de atrás, por favor.

- ¿No deberíamos avisar a la policía? -pregunté.

- Ya no sirve de nada. No podrían encontrarlo en este laberinto.

- ¡Pero nosotros sí! -exclamó Nefret que estaba congestionada por la emoción.

- Quizá no tengamos que hacerlo -dijo Emerson.

Emerson creía que estaba siendo enigmático y misterioso, pero, naturalmente, yo sabía lo que se proponía. Siempre lo sé. Él se había dejado ver premeditadamente, de forma que el fugitivo quisiera tratar con él, al menos eso era lo que Emerson esperaba. Como siempre he dicho, la integridad y la honradez tienen ventajas prácticas. Todos los hombres de El Cairo sabían que si el Padre de las Maldiciones daba su palabra, la cumpliría.

La esperanza de Emerson estaba justificada, como pudo comprobarse. Después de haber rastreado el pasadizo, por el que Ramsés y Emerson tuvieron que pasar de costado, salimos a una calle más ancha y vimos una sombra que se escabullía entre las sombras de lo que parecía una puerta pero resultó ser otro callejón.

El distrito de Hoshasheyn era de lo poco que quedaba de El Cairo medieval y era, como debían ser todas las ciudades de esa época, oscuro, hediondo y laberíntico. La persecución fue como un baile febril; el fugitivo se dejaba ver, pero no permitía que nos acercáramos. *Seshat* nos obstaculizaba ligeramente el avance. Su ansia por ir tras el desconocido (o tras una rata) hacía que nos enredáramos constantemente con su improvisada correa. Al final, Ramsés volvió a ponérsela en el hombro y la agarró del collar con una mano. Acabamos en una plazoleta en la que el rumor de una fuente sonaba como gotas de lluvia en la oscuridad.

- Allí -exclamé al divisar una puerta entreabierta que dejaba ver

un haz de luz.

- Mmm… -dijo Emerson mientras se rascaba la barbilla-. Tiene todo el aspecto de ser una trampa.

- Lo es -corroboró Ramsés en voz alta-. Está detrás de la puerta y tiene un arma.

Farouk salió a la luz. Efectivamente, tenía un arma.

- De modo que es cierto lo que dicen. El Hermano de los Demonios puede ver en la oscuridad. Estaba esperándole.

- ¿Por qué? -preguntó Ramsés.

- Quiero llegar a un acuerdo.

- Perfecto -dije yo-. Ven con nosotros y…

- No, no, *Sitt Hakim,* no soy tan tonto -empezó a hablar en inglés, como si quisiera demostrar su amplia cultura-. Entren, cierren la puerta y atránquenla.

- ¿Qué opinas? -dijo Emerson con la mirada fija en Ramsés.

- En mi opinión… -empecé a decir.

- No te he pedido tu opinión, Peabody.

Farouk empezaba a dar muestras de inquietud.

- ¡Dejen de hablar y hagan lo que digo! ¿Quieren la información que puedo darles o no?

- Sí -dijo Nefret.

Había entrado en la habitación antes de que pudiéramos detenerla. Farouk retrocedió unos pasos y mantuvo la pistola a la altura del pecho de Nefret.

Los demás la seguimos, claro. Era una estancia pequeña, con el techo bajo y muy sucia. Una lámpara daba una luz humeante. Emerson cerró la puerta y puso la tranca.

- Díganos su propuesta -dijo Emerson con tranquilidad-. Pierdo rápidamente la paciencia cuando alguien amenaza a mi hija.

- ¿Piensa que no lo sé? -la luz era tenue, pero pude ver que Farouk tenía el rostro brillante por el sudor-. No soy tan tonto como para hacerle daño, ni a ninguno de ustedes, a no ser que me obliguen. Tampoco soy tan tonto como para seguir con un juego que empieza a ser peligroso para mí. Escuchen. Quiero dos cosas a cambio de la información que puedo ofrecerles: dinero e inmunidad. Traerán el dinero la próxima vez que nos veamos. Mil libras en oro.

- Una cantidad considerable -dijo pensativamente Emerson.

- Les parecerá poco cuando oigan lo que tengo que decirles. Ella las tiene. ¿Las pagará, *Nur Misur?*

- Sí -accedió Nefret inmediatamente.

- Un segundo -intervino Emerson-. Antes de aceptar un trato tienes que saber lo que te dan a cambio. El paradero de Kamil el-Wardani no vale mil libras ni para nosotros ni para la policía.

- Tengo una pieza más grande para su anzuelo. Wardani es una sardina, pero yo tengo un tiburón.

- Un individuo muy poético, ¿no te parece? -me preguntó Emerson.

- ¿Aceptan o no? -insistió Farouk-. Si intentan retenerme hasta que llegue la policía…

- Eso está fuera de mi alcance -dijo Emerson.

- Aceptamos -exclamó Nefret-. ¿Dónde y cuándo debemos entregar el dinero?

- Mañana por la noche… No, pasado mañana. Una hora antes de medianoche. Hay una casa en Maadi…

Seshat dejó escapar un maullido sordo y miró a Ramsés con ojos acusadores. Él la dejó en el suelo y se irguió para enfrentarse a Farouk que había separado los labios con una sonrisa de satisfacción.

- Conoce el sitio -dijo Farouk.

- Lo conozco -asintió Emerson.

La sonrisa de Farouk se hizo más amplia.

- Vendrá solo, Padre de las Maldiciones.

- Yo creo que no -dijo Ramsés-. ¿Por qué íbamos a confiar en usted?

- ¿De qué iba a servirme matarlo, aunque pudiera? Me quedaré con el dinero y su promesa de que no le dirá nada a la policía hasta pasados tres días. Confiaré en su palabra. Tiene fama de ser un hombre de palabra.

- Halagador -dijo Emerson-. De acuerdo, estaré allí.

- Perfecto.

Nefret era la que estaba más cerca de él. Le bastó con alargar el brazo para agarrarla y estrecharla con fuerza contra su pecho. Apreté la mano sobre brazo de Emerson, pero por una vez fue Ramsés quien se dejó llevar por el genio. Aunque se movió con rapidez, el otro hombre estaba esperándolo. Le golpeó con el cañón

de la pistola en el costado de la cabeza y lo tumbó.

- ¡Quietos! -gritó Nefret-. Iré con él. ¡Por favor, profesor! Ramsés, ¿estás bien?

Ramsés se sentó. Un reguero de sangre oscura le recorría la mejilla.

- No, pero me lo merezco por hacer tonterías. Si le hace daño…

- Si resulta herida será por su culpa -gruñó Farouk-. Sólo la quiero como rehén. Por si me acorrala la policía. Será mejor que recéis para que no ocurra eso.

- Si es necesario, nosotros los distraeremos -dijo Emerson. Tenía el brazo duro como una piedra, pero la voz le salió con una tranquilidad sobrenatural-. Si no ha vuelto dentro de una hora…

- ¡No había conocido a nadie que hablara tanto! -gritó histéricamente Farouk-. ¡Deje de hablar! Vaya a la entrada oeste de Jan el Jalili y espere. Ella estará allí. ¡Dentro de una hora! En nombre de Dios, no diga nada más.

Desapareció con la muchacha por detrás de las colgaduras que había en el fondo de la habitación.

- Ni se te ocurra seguirles -dije al ver que Ramsés se levantaba.

- No -me apoyó Emerson-. Está al borde de la histeria. Ramsés, eso que has hecho ha sido una estupidez, aunque tampoco puedo reprochártelo. Yo lo habría hecho si tu madre no llega a tenerme agarrado.

- No, no lo habría hecho. Usted es más juicioso.

Se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano. Le ofrecí mi pañuelo y él lo tomó sin apenas darse cuenta de lo que hacía y sin agradecérmelo.

- ¿Dónde está *Seshat?* -pregunté mientras miraba por la habitación.

- ¿Crees que ha ido tras ellos? -preguntó Emerson.

- No lo sé -contestó Ramsés-. Y tampoco me importa mucho en este momento. Vámonos.

Tardamos un buen rato en llegar a la entrada oeste del Jan, que ya estaba cerrada. Las calles estaban inusualmente vacías, incluso para esa hora de la noche. Estaba claro que la policía se había ido en otra dirección o había abandonado la cacería. Entramos en un café bajo los soportales. No sentamos en el banco de madera que había fuera. Sus ocupantes lo habían abandonado educada o

prudentemente en cuanto nos vieron aparecer. Emerson me preguntó qué quería tomar.

- Whisky -dije sombríamente-, pero me conformaré con té.

- A Nefret no le pasará nada -dijo Ramsés.

La sangre seca parecía una cicatriz. Le quité el pañuelo de la mano y lo mojé en el vaso de agua que había llevado el camarero.

- No me ha parecido un asesino -dije.

- Pues es un asesino, pero no le hará nada a alguien que le ha prometido mil libras.

Emerson sacó el reloj. Era la tercera vez que lo miraba desde que nos habíamos sentado y le dije que lo machacaría si volvía a hacerlo. Ramsés permaneció como una estatua de piedra mientras le limpiaba la herida.

- Mientras esperamos -dijo de repente-, podemos aclarar la historia. ¿Creen que Nefret sospecha que nuestra presencia en la tienda de Aslimi no fue accidental?

- Seguramente -contestó Emerson mientras metía la mano en el bolsillo. Al ver mi mirada sacó la pipa en vez del reloj-. Aunque es muy lista, pero que ella sepa la policía sólo buscaba a Wardani. Cuando Farouk nos ofreció una pieza más grande… ¡Santo Dios! No pensarás que era un intento indirecto de soborno, ¿verdad? Realmente merecería la pena pagar mil libras para mantenerlo callado si él supiera que eres…

- ¡No lo digas! -exclamé.

- No iba a hacerlo -dijo Emerson a la vez que me miraba con aire ofendido.

- No sé cómo iba a saberlo él -masculló Ramsés.

La única luz venía de una lámpara que colgaba de un arco enrejado que teníamos detrás. Yo no podía distinguir sus rasgos, pero veía sus manos. Me había quitado el pañuelo de la mano y lo estaba rasgando metódicamente en tiras.

- Supongamos lo peor -dije-. Que él sospecha… eh… la verdad de ti y… eh… del otro. No puede ser más que una sospecha y no puede haberla transmitido a… eh… su patrón o él no habría…

- ¡Maldita sea, Peabody! -gruñó Emerson-. No tartamudees y no supongas lo peor. ¿Cómo puedes estar ahí sentada y… y suponer cosas con esa sangre fría, cuando ella está… cuando ella puede estar? ¿Qué hora es?

- Padre, por favor, no vuelva a mirar el reloj -dijo Ramsés con una voz tan tensa y controlada a la vez que pensé que iba a quebrarse-. Ha pasado menos de media hora. Creo que no tenemos que suponer nada que no sea evidente. Su propuesta fue todo lo clara que él se atrevió a expresar y Nefret, evidentemente, captó también el significado. Ella estaba con usted cuando Russell le dijo que creía que Wardani estaba colaborando con el enemigo. El asunto de mi identidad es otra cosa completamente distinta. No hay motivo para pensar que Farouk esté al tanto y Nefret desde luego no lo está.

- Me gustaría poder decírselo -murmuré.

- Sabe que no podemos -mantenía la mirada fija en la puerta que estaba al otro lado de la calle-. Madre, Nefret entró en ese cuchitril repugnante con una pistola apuntándola. No lo dudó, no se paró a pensar antes de actuar. Ella siempre se ha dejado llevar por el corazón y no por la cabeza, y siempre lo hará. Si se deja llevar por ese genio espantoso que tiene, puede acabar diciendo lo que no debe y a quien no debe…

Se le quebró la voz. Yo le cogí la mano.

- Hay algo más, ¿verdad? -dije-. Algún motivo concreto por el que temes que hable más de la cuenta. Nunca nos has contado cómo se enteró Percy de que fuiste tú quien le sacó del campamento de bandidos. ¿Fue Nefret quien te descubrió?

Él me apretó la mano. -Madre, por favor, ahora no.

- Mejor ahora que más tarde o nunca. Dijiste que sólo había tres personas que lo sabían: David, Lía y Nefret. No pudieron ser ni Lía ni David; ellos no llegaron a Egipto hasta después de que Percy hubiera urdido su ruin plan para que te acusaran de ser el padre de su hija. Percy había ido detrás de Nefret…

- No fue su intención -habló con un hilo de voz y con los ojos clavados en la entrada al Jan-. Ella no podía saber lo que él era capaz de hacer.

- Claro que no. Querido muchacho…

- No pasa nada. -Había recuperado el tono de voz-. No la culpo, ¿cómo iba a hacerlo? Fue una de esas malditas e impredecibles cadenas de acontecimientos imposibles de dominar ni de prever. Lo que quiero decir es que no hay ninguna necesidad de que sepa más de lo que ya sabe. Sólo se preocuparía y querría ayudar, y yo

tendría que preocuparme por ella.

- Estás siendo injusto -dije-. Y quizá un poco excesivamente protector.

- Si hubiera sido más protector o un poco más rápido de reflejos, ella no estaría en uno de esos callejones siniestros de El Cairo con un hombre de quien te puedes fiar tanto como de un escorpión.

Encendió otro cigarrillo.

- Estás fumando demasiado -le advertí.

- Desde luego.

- Dame uno, por favor.

Arqueó las cejas, pero obedeció y me lo encendió. El sabor acre fue como una penitencia.

- Fue culpa mía -dije-. Tú no querías que viniera esta noche pero a mí me pareció una buena idea.

- No puedo aguantar ni un minuto más -estalló Emerson-. Voy a buscarla.

- No hace falta -dijo Ramsés mientras soltaba todo el aire que tenía en los pulmones-. Ahí está.

Salió de la oscuridad arrastrando un poco los pies y mirando a todos lados. La silla de Emerson cayó con estrépito. La joven, al verlo correr en su dirección, se volvió hacia él y se arrojó en sus brazos.

- Gracias a Dios -susurré.

- ¡También está la maldita gata! Cómo demonios ha…

- No maldigas -le reconvine.

Nefret se negó a volver a casa.

- No hasta que haya bebido algo -dijo mientras se sentaba en la silla que le había acercado Ramsés-. Tengo la garganta seca.

- Son los nervios -dijo su hermano que ya había llamado a un camarero.

- No seas arrogante. ¿Vas a decirme que tú no estabas nervioso por mí?

- Estaba nervioso por lo que podrías hacerle a él -replicó Ramsés.

Nefret lanzó una mirada cargada de intención al montón de colillas que había junto a la silla de Ramsés. Tenía la cara cubierta de polvo y telas de araña y el pelo recogido con un trozo de tela que era parte del fular que había empleado como correa de *Seshat*. La

gata se sentó junto a su silla y empezó a limpiarse.

- ¿Qué te ha…? -empezó a decir Emerson.

- Yo lo contaré -dijo Nefret.

Bebió con ansia del vaso de té que le había llevado el camarero. Eramos los únicos clientes; hacía tiempo que había pasado la hora en que solían cerrar esos sitios, pero nadie se atrevería a decirle semejante cosa a alguien como nosotros.

- No me ha hecho daño -empezó con una sonrisa tranquilizadora dirigida a Emerson-. Después de convencerle de que no escaparía, sólo me agarró del brazo para guiarme. Intenté preguntarle algunas cosas, pero sólo me contestaba con un bufido. Para que me callara, quiero decir. También intenté orientarme para saber dónde me llevaba, pero fue inútil; ya saben cómo son esas callejuelas que dan vueltas y más vueltas. Cuando se paró por fin, yo intuí que él debía sentirse fuera de la zona peligrosa. Parecía más tranquilo y le pregunté quién era esa pieza tan grande…

- Por el amor de Dios, Nefret, no debiste arriesgarte -exclamó Emerson-. Mmm… ¿te lo dijo?

- No, se rió y dijo una ordinariez sobre las mujeres. Que sólo servían para dos cosas y que esperaba que yo pudiera proporcionarle una de ellas. Se refería al dinero, profesor -añadió rápidamente al ver la cara congestionada de Emerson-. Le dije que lo conseguiría mañana y que nos encontraríamos con él como habíamos prometido. Entonces dijo que podía marcharme, a no ser que yo quisiera… entonces fue cuando *Seshat* le mordió.

Ramsés se agachó y le acarició la cabeza al animal.

- ¿Os siguió todo el rato?

- Debió hacerlo. Yo oía ruidos, pero di por supuesto que serían ratas. Quise preguntarle dónde estábamos, pero desapareció a toda velocidad y tardé bastante en encontrar el camino. Hasta que decidí seguir a *Seshat,* que no paraba de empujarme, y me trajo hasta aquí.

Emerson ya no estaba congestionado, su color era grisáceo como la lavanda.

- Te preguntó… si querías…

- ¿Preguntarme? -recalcó Nefret-. Fue bastante directo, pero no insistió. Sobre todo después de que *Seshat* le mordiera. Pero, profesor, prométame que no perderá la cabeza cuando se encuentre con él. Es de una importancia vital que lleguemos a un acuerdo.

¡Maldita sea, no debía habérselo dicho!

- ¿Perder la cabeza? -repitió Emerson-. Nunca lo hago.

- ¿Le entregará el dinero?

- Naturalmente.

- ¿Y mantendrá la promesa de darle tiempo para escapar?

- Desde luego.

Ramsés había permanecido pensativo y en silencio.

- ¿Voy a por el automóvil y lo acerco hasta aquí? -preguntó.

- Eh… -dijo Emerson-. ¿Cómo? Ah, sí.

Pagamos generosamente al somnoliento propietario del café y nos alejamos mientras él apagaba las luces. Emerson había rodeado a Nefret con el brazo y ella se apoyaba en él. Ramsés y yo íbamos detrás. El llevaba la gata sobre el hombro; le acaricie el flanco y ella respondió con un ronroneo.

- Tenemos que pensar en una recompensa adecuada para ella -dije yo.

- Es inútil recompensar a un gato. Ellos piensan que se merecen lo mejor hagan lo que hagan.

- Pero su comportamiento ha sido extraordinario.

- El normal para una descendiente de Bastet. Aunque tengo que reconocer que es especial.

Seguimos un rato en silencio.

- ¿Vas a acompañar a tu padre cuando entregue el dinero?

- Creo que será lo mejor. Sabe lo que pretende hacer, ¿verdad?

- Sí. Me sorprende un poco que Farouk no concertara la cita para mañana por la noche.

- Tiene otra cita mañana por la noche -dijo Ramsés-. La misma que yo.

Capítulo 8

Después de los esfuerzos y los éxitos del día anterior, nadie, ni siquiera Emerson, tenía ganas de volver al trabajo. Pudimos desayunar sin que nos recordara varias veces que estábamos retrasándonos. El pelo de Nefret brillaba y ondeaba como cada vez que se lo lavaba. La noche anterior había pasado un buen rato en el cuarto de baño para intentar limpiarse no sólo el polvo y el sudor, sino una suciedad más intangible. El contacto con un hombre como ése resultaba insoportable para una mujer tan sensible como ella y yo tenía la sensación de que le había quitado importancia, por razones evidentes, a las partes más desagradables del encuentro.

Sin embargo, ya no tenía rastros visibles de la aventura y, en cuanto se retiró Fátima, volvió al asunto que habíamos dejado en el aire la noche anterior.

- Le prometí a Sophia que pasaría la tarde en la clínica. Hay algunos casos que hay que operar. Pasaré por el banco antes de ir y…

- No, no lo harás -le interrumpió Emerson mientras se ponía mermelada de grosella sobre un trozo de pan-. Yo iré al banco esta tarde.

- Pero señor…

- La responsabilidad es mía -dijo Emerson.

Por una vez, Nefret no siguió discutiendo. Apoyó los codos en la mesa, puso la barbilla con las manos y miró directamente a Emerson.

- Entonces, ¿qué es lo que va a pagar exactamente? Es una cantidad considerable, como usted mismo dijo.

Emerson estaba preparado para la pregunta y pudo dar una respuesta sincera, aunque no del todo comprensible.

- ¿Recuerdas lo que dijo Russell la noche que cenamos con él? Al parecer tenía razón. Wardani está colaborando con el enemigo. Said, o como quiera que se llame, debe ser uno de los lugartenientes de Wardani. Lo que espero obtener a cambio de mi dinero es el nombre del agente turco o alemán con el que han estado negociando.

- Es lo que me imaginaba. -Nefret asintió con la cabeza-. Él sería una pieza grande, ¿verdad?

- O ella -dijo Ramsés-. Me sorprende, Nefret, que estés dispuesta a desechar tu propio sexo.

- Una mujer nunca tendría un puesto tan importante. -Nefret frunció los labios-. Los turcos y los alemanes, como el resto de los hombres de este mundo, creen que sólo valemos para sacar información a los hombres que seducimos. Excepto la aquí presente -añadió después de unos instantes.

- Mmm… -murmuró Emerson-. Hemos conocido algunas mujeres que valían para algo más que eso. ¿Qué sentido tiene hacer conjeturas? Mañana lo sabremos. Échame una mano, Ramsés, quiero volver a ver de cerca la estatua antes de que nos vayamos a Giza.

La estatua seguía donde la habían dejado los hombres, cubierta por el envoltorio. Lo quitamos y todos nos quedamos un rato admirándola en silencio. Era la imagen idealizada de un hombre que también era dios e irradiaba dignidad. Los contornos firmes de los ojos y la boca y la proporción perfecta del torso y los brazos estaban dentro de la mejor tradición de la escultura del Imperio Antiguo. Algunos especialistas creen que el arte egipcio alcanzó su perfección máxima en ese periodo. Al contemplarla, no pude por menos que estar de acuerdo con ellos.

- Es maravillosa -murmuró Nefret-. Supongo que irá al museo.

- Sin duda -confirmó Ramsés-. A no ser que encontremos algo mejor que convenza a Quibell para quedárselo a cambio.

- Imposible -gruñó Emerson-. Si tuviéramos media docena él nos dejaría una. Además, no vamos a encontrar más.

- ¿Quiere que saque unas fotografías? -preguntó Nefret.

- Más tarde. Peabody, recoge tu arsenal y vámonos.

Tuve que recuperar mi parasol de manos de Jamal, el jardinero, que también era una especie de hombre para todo. Era sobrino segundo o tercero de Selim; un hombre esbelto y atractivo como Selim, pero menos ambicioso. Le había comentado que el parasol se atascaba y él me aseguró que arreglarlo sería un juego de niños para alguien con su experiencia. Lo probé, naturalmente, y me sorprendió tanto como me agradó comprobar que funcionaba perfectamente.

Cuando llegamos al yacimiento, Selim y el resto de los trabajadores ya estaban allí. Nefret se fue poco después de mediodía, justo cuando los hombres alcanzaron el lecho de roca. Allí terminaban las piedras sueltas que rellenaban el pozo, pero éste seguía a través de la roca.

- No puede estar muy lejos -apuntó Selim con esperanza.

Él, como yo misma, estaba cansado de sacar cestos llenos de arena y cascotes que sólo contenían algunos trozos de cacharros de barro.

- Bah -dijo mi marido-. Puede estar a dos metros, o a tres o a cuatro…

Selim farfulló algo.

- Además -continuó implacablemente Emerson-, tendrás que poner guardia esta y todas las noches hasta que hayamos terminado con la cámara funeraria. Después del hallazgo de ayer, todos los ladrones de la zona querrán tener su oportunidad.

- Pero no hemos encontrado nada más -dijo Selim-. Sólo la estatua.

- Sí -asintió Emerson.

Seguimos unas horas más sin alcanzar el fondo del pozo. Emerson miró el sol y paró el trabajo. Podía determinar la hora según la posición del sol casi con la misma precisión que si miraba el reloj. Cuando le manifesté mi sorpresa, pues no podíamos estar lejos de la cámara, me miró con amargura.

- Tenemos que hacer un recado en la ciudad, por si se te había olvidado. Me encantaría pasar una jornada entera sin estas malditas interrupciones.

Pasé por alto la queja, que había oído infinidad de veces.

- ¿Y después del recado? -lo miré intencionadamente.

- No sé qué demonios quieres decir -dijo Emerson

malhumoradamente.

- Yo sí -intervino Ramsés, quien acaba de acercarse a nosotros-. Y la respuesta es no, madre. Ya le he dicho a Fátima que esta noche cenaré fuera. Solo.

- Ah, era eso… -Emerson me miró amenazadoramente-. La respuesta es no, Peabody.

Naturalmente, no estaba dispuesta a que me avasallaran. Sin embargo, esperé el momento oportuno hasta después de que nos hubiéramos bañado y vestido. Nefret no había vuelto. Conseguí hablar con el hospital después de los habituales chirridos, pitidos y conexiones erróneas. Seguía en el quirófano, donde había pasado toda la tarde. Era lo que había esperado oír. Regresaría cuando terminara y era improbable que volviera a salir. Los días con muchas operaciones la dejaban agotada física y, a veces, emocionalmente.

Cuando me uní a Emerson y Ramsés, comprobé que habían llegado a un compromiso, como lo llamó mi marido. Cenaríamos juntos y luego Ramsés se iría donde tuviera que ir.

- Verás, eso es lo más sensato -dijo Emerson.

- ¿En qué sentido? -pregunté yo.

Fingió no oírme y se sentó en el asiento del conductor. Yo ordené a Ramsés que se sentara en el asiento de atrás junto a mí y le sometí a una inspección minuciosa. Estaba muy guapo, excepto por un bulto que le hacía el traje. No podían ser los vendajes, ya que se los había reducido ante su insistencia y dado que las heridas se estaban curando bien.

- ¿Llevas una pistola? -le pregunté.

- No. ¡Por Dios, lo último que querría es matar a alguien!

- Entonces, toma la mía -busqué en el bolso de mano.

- No, gracias -me sujetó de la muñeca-. Esa cosa de señoritas es el arma menos efectiva que he visto en mi vida. No puedo entender como consigue acertar a nadie con ella.

- No suelo hacerlo -tuve que reconocer-, pero si alguien te amenaza de muerte…

- Un puñal es más efectivo. En cualquier caso, lo mejor es dejarle fuera de combate antes de que te agarre. Madre, ¿qué más lleva en ese bolso? Es cuatro veces más grande que su bolso de noche habitual. -Metió la mano en el bolso antes de que pudiera evitarlo-.

Me lo temía -dijo mientras sacaba una tela negra cochambrosa- No va a venir conmigo esta noche, así que quítese la idea de la cabeza. ¿Cómo quedaría Wardani si llega acompañado de una mujer?

- Entonces, dime dónde vas y lo que esperas que vaya a ocurrir.

- De acuerdo.

Mi sorpresa fue tal, que al aspirar me entró un trozo del velo en la boca y tuve que sacarlo antes de hablar.

- Cómo… ¿sin discutir?

- Dado que sabe más de lo que debería, lo sensato es decirle lo que es importante que sepa. Los tres cenaremos a la vista de todo el mundo y abandonaremos juntos el hotel. Yo me separaré, y usted y padre volverán a casa. La cita es en la mezquita en ruinas que hay junto a la tumba de Burckhardt. Padre conoce el sitio. Y no hace falta que vengan para protegerme. David estará oculto; se negó a dejarme ir solo.

- Que Dios le bendiga -murmuré.

- Esperemos que lo haga -dijo Ramsés.

Primero fuimos al banco, que estaba en Sharia Qasr el-Nil. La transacción se hizo rápidamente. Como todas las de Emerson. Cuando salimos, Emerson llevaba la «bolsa», como la había llamado Ramsés. Mil libras en oro pesan bastante.

Tardamos poco en recorrer el trayecto entre el banco y el hotel Savoy, que era donde íbamos a cenar, según tuvo la amabilidad de comunicarme Emerson en ese mismo momento. No le pregunté el motivo porque me contaría una sarta de mentiras y estaba segura de que lo sabría antes o después. El Savoy era frecuentado por la flor y nata del funcionariado y de los oficiales británicos.

Estaba segura de que ninguno de los presentes olvidaría jamás la entrada de Emerson en el Savoy llevando un gran bolso de satén negro con cuentas de azabache. Pocos hombres que no fueran mi marido lo habrían hecho con tanto aplomo. Una vez sentados, dejó el bolso debajo de la mesa y puso los pies encima.

- ¿Intentas provocar a alguien para que nos lo robe? -le pregunté-. Podías haber sacado un cartel que anunciara que llevamos algo de valor en el bolso.

- Sí -dijo Emerson mientras abría el menú.

- No me parece que tuviera muchas probabilidades -comentó Ramsés-. Ningún ladrón se atrevería a robar al Padre de las

Maldiciones.

- Eh… -dijo Emerson-. ¿Otro de los dichos de Daoud? No me parece de los mejores.

Llamó imperiosamente al camarero, y después de pasar el trámite de pedir la cena, apoyó los codos en la mesa y miró alrededor con curiosidad.

Había algunas mesas vacías. Era temprano para la «flor y nata». Sólo reconocí a lord Edward Cecil y a algunos de sus acompañantes. Le saludé con la cabeza y el caballero borró apresuradamente la sonrisa del rostro.

- ¿Quiénes son esas personas que están con Cecil? -preguntó Emerson.

Le dije los nombres, pero le dirían tan poco al lector como a Emerson.

- ¿Y el individuo que sonríe afectadamente a Cecil? -preguntó.

- Se llama Aubrey Herbert -dijo Ramsés-. Es uno de los colaboradores de Woolley y Lawrence. Fue agregado en Constantinopla.

- ¿Lo conoces? -quiso saber Emerson.

- Lo he conocido. -Los oscuros ojos de Ramsés brillaron burlonamente-. Me han dicho que me considera un maleducado espantoso.

- Las opiniones de esa gente no deberían afectarte -dije con indignación.

- Le aseguro, madre, que no lo hacen. Puedo preguntarle, padre, qué le produce esa curiosidad.

- Busco a alguien.

- ¿A quién?

- Al tal Hamilton. Lo conoces, ¿no? ¿Podrías indicarme quién es?

- No lo veo -dijo Ramsés-. ¿Qué le hace suponer que estaría aquí?

- Vive en el Savoy, ¿no? ¡Ya sé! -Emerson empujó la silla-. Le mandaré mi tarjeta de visita.

Salió a toda velocidad mientras rebuscaba en los bolsillos.

- ¿Por qué tiene ese interés repentino en Hamilton? -pregunté a Ramsés.

Hice un gesto con la cabeza al camarero para que nos sirviera la sopa. No tenía sentido esperar a Emerson, que volvería cuando

quisiera, si lo hacía.

- No lo sé.

- Espero que no se proponga discutir con el comandante.

- ¿Por qué iba a hacerlo?

- Al principio, el comandante se mostró algo grosero, pero luego Nefret dijo que fue encantador con ella. Dios mío. ¿Crees que tu padre se propone advertirle de que se aleje de ella o…?

- No, no lo creo.

- Quizá sea la niña. Puede que a lo mejor quiera…

- Madre, hacer conjeturas es una pérdida de tiempo. ¿Por qué no toma la sopa antes de que se quede fría?

- Las conjeturas -repliqué- nunca son una pérdida de tiempo. Limpian de rastrojos el campo de las deducciones.

Ramsés se tapó la cara con la servilleta.

- ¿Te has atragantado? -dijo su padre mientras volvía a sentarse.

- No señor. ¿Está el comandante? -Ramsés estaba un poco congestionado. Esperaba que no tuviese fiebre.

- Lo sabremos a su debido tiempo -dijo Emerson antes de probar la sopa.

Mi marido come muy rápidamente, aunque sin perder la compostura; terminó antes que yo y volvió a hablar.

- Le he enviado un mensaje en el que le decía que estoy aquí y que quiero verlo.

La respuesta al mensaje no fue la que él esperaba. Ramsés fue el primero en verla; dijo algo entre dientes y me señaló la puerta.

- Sólo es la señorita Molly -dije-. ¿Por qué dices esas palabrotas?

- Empiezo a pensar que es gafe -contestó Ramsés.

- Bobadas -dijo Emerson mientras se volvía hacia la niña con una sonrisa.

Nos vio y se dirigió hacia nosotros contoneándose. Su forma de andar y su cara de felicidad me dejaron claro que se veía muy mayor; el vestido de seda rosa estaba tan planchado que debía habérselo puesto en ese momento y los rizos que le enmarcaban el rostro estaban recogidos en la nuca con un pasador de rosas artificiales. Como siempre digo, el vestido hace a la mujer; con ese conjunto, más propio de una jovencita que de una niña, parecía mayor de lo que era en realidad. Debió ser su indulgente tío quien le había autorizado a comprarlo.

La señorita Nordstrom le pisaba los talones. Tenía una cara más severa que la primera vez que la conocimos y me pareció muy cansada.

- Espero que se haya recuperado -dije amablemente.

- Gracias, señora Emerson. Sólo fue una ligera… indisposición. Discúlpennos por interrumpir su cena. Vamos, Molly y no mantengas de pie a los caballeros.

- ¿Podemos sentarnos con ustedes? -me preguntó.

- Como habrás visto, casi hemos terminado de cenar -contesté.

- Ah, yo también. He terminado de cenar, quiero decir. Nadie me ha dicho que podía bajar a tomar un postre si me bebía toda la leche. La leche aquí sabe espantosamente mal -le hizo una mueca a Emerson, quien le sonrió desde su imponente altura.

- Claro, querida, y usted también señorita… mmm. ¿Vendrá el comandante?

El camarero trajo otras dos sillas y nos apretamos para incomodidad de todos. Molly se sentó entre Ramsés y yo con un aire de enorme satisfacción.

- No puede -contestó la niña.

- Espero -dijo Ramsés- que no sufra una indisposición por la comida.

Molly dejó escapar una risita.

- ¿Quiere decir un trastorno estomacal? No, ésa fue…

- El comandante estaba a punto de salir a cenar cuando recibió su mensaje -intervino la señorita Nordstrom, que estaba poniéndose colorada-. Les envía sus disculpas y espera verles en otra ocasión.

- Ya -dijo Emerson.

Si estaba decepcionado, lo había disimulado muy bien. En realidad, si yo no lo hubiera conocido tan bien, habría pensado que estaba contento.

La señorita Molly se tomó su tiempo para elegir el postre y preguntó la opinión de todo el mundo. Dividía su atención entre Emerson y Ramsés, aunque no le sacó muchas palabras a este último. Yo tuve que hacerme cargo de la señorita Nordstrom. Una tarea ardua, pues sólo sabía hablar de cuánto le disgustaba El Cairo y de lo que deseaba volver a casa.

- La comida no me va, señora Emerson, y es imposible llevar un horario normal con la niña. Ya sabe, en casa una puede tener un

control y un programa preciso para las horas de clase, el ejercicio y las visitas a los familiares. Los horarios del comandante son tan dispares que nunca sé cuándo vendrá al hotel, y cuando lo hace quiere estar con Molly.

- Muy natural -dije.

- Desde luego, no lo dudo, pero no ayuda a mantener una disciplina adecuada -bajó la voz-. Le aseguro que yo no le habría permitido venir a importunarles si el comandante no hubiera cedido a sus súplicas. No soy partidaria de que una niña esté levantada a estas horas ni que tome cosas tan pesadas.

La verdad era que el *gâteau au rhum* que estaba tomando Molly entraba de pleno en esa categoría. Sin embargo, la niña lo estaba disfrutando con tantas ganas que no pude evitar una sonrisa.

- Un poco de condescendencia de vez en cuando no le hará ningún daño a la niña -dije.

La señorita Molly, que estaba hablando con la boca llena, no me oyó, pero Ramsés sí y me dirigió una mirada de reojo.

Empecé a sentirme un poco intranquila por la hora mientras la muchacha no paraba de hablar alegremente. La señorita Nordstrom rechazó el postre, pero aceptó un café. El comedor estaba lleno y algunos conocidos se pararon a saludarnos mientras iban a sus mesas o volvían de ellas. Uno de ellos fue lord Edward.

El hijo de lord Salisbury era, por linaje, el más distinguido de todos los jóvenes que había llevado Kitchener al servicio civil egipcio. No tenía la formación que exigía su puesto en el Ministerio de Economía, pero había hecho un trabajo excelente en todos los sentidos y gozaba de la plena confianza del gobierno. También tenía cierta reputación de ser el hombre más ingenioso de El Cairo. Reírse de los demás es la forma más fácil de conseguir esa reputación. Podía imaginarme lo que él y sus acompañantes dirían de nosotros a nuestras espaldas; nunca habrían tenido el valor de decírnoslo a la cara.

Felicitó seria y amablemente a Emerson por su descubrimiento; me dijo lo bien que me encontraba; dio un pellizco en la mejilla a la señorita Molly y preguntó por Nefret. Saludó condescendientemente a la señorita Nordstrom con la cabeza.

- Creo que te agradará saber que Simmons ha recibido una reprimenda y se le ha advertido para que se comporte

adecuadamente en el futuro -dijo a Ramsés.

- No fue sólo culpa suya -replicó mi hijo.

- ¿No? -lord Edward arqueó las cejas-. Se lo diré. Buenas noches.

- Nosotras también debemos dar las buenas noches -dijo la señorita Nordstrom después de que el caballero se hubiera alejado-. Es extraordinariamente tarde.

La señorita Molly no parecía muy dispuesta.

- No he terminado mi *gâteau.*

- Has tomado más de lo que te conviene -dije enérgicamente-. Vete con la señorita Nordstrom. Buenas noches a las dos.

- Y saluda al comandante de nuestra parte -añadió Emerson.

- Empieza a ser una pesadilla -comenté mientras observaba cómo se alejaba de la mano de su institutriz-. ¿Qué hora es?

Ramsés sacó el reloj.

- Las diez y media.

Emerson agitó la servilleta como si fuera una bandera blanca para llamar la atención del camarero.

- Emerson, por favor, no hagas eso.

- Tú me has dicho que no debo gritarle, ¿qué otra cosa puedo hacer para que me haga caso? Termina el café y no me regañes.

Di un sorbo.

- Debo decir que la cocina del Savoy no supera a la del Shepheard's. El café tiene un sabor extraño.

Emerson estaba ocupado con la cuenta y no hizo caso de mi queja.

- El mío estaba bueno. ¿No habrá puesto sal en lugar de azúcar? -me preguntó Ramsés.

- No tomo azúcar, como deberías saber.

- ¿Me permite? -Tomó la taza y probó el café-. Muy malo -convino antes de limpiarse los labios con la servilleta-. ¿Quiere otra taza?

- No hay tiempo -dijo Emerson que ya había terminado de pagar.

Nos sacó del hotel apresuradamente y nos montó en el automóvil. Mientras rodeábamos los jardines Ezbekieh y nos dirigíamos hacia el norte por el bulevar Clos Bey, Ramsés sacó un bulto de debajo del asiento y empezó a quitarse la ropa. No era de extrañar que la ropa le hiciera arrugas; debajo llevaba la tradicional camisola y calzones anchos.

Terminó de vestirse y yo miré hacia atrás para ver si nos perseguían. Sólo otro automóvil o una motocicleta podría haber ido a nuestra velocidad y cuando llegamos a Suq-el-Jashir estaba segura de nadie nos había seguido. Me volví hacia Ramsés y vi una forma confusa envuelta en harapos. El olor ya me había llamado la atención. Me tapé la nariz.

- ¿Por qué tiene que ser tan repulsivo tu disfraz?

- Nefret me preguntó lo mismo una vez. -Se puso una peluca que parecía un seto sin podar. Tenía un color grisáceo o blancuzco y olía tan mal como las ropas-. Como le dije a ella, lo repulsivo mantiene alejadas a las personas fastidiosas. Me imagino que usted y ella preferirían que cabalgara románticamente con una capa blanca de seda y que una cinta de oro sujetara mi *jafiyya*.

- No le veo la utilidad. Pero la *jafiyya* te sentaría bien con tus ojos oscuros y rasgos aguileños…

- Siento haberlo planteado, madre -dijo con la voz entrecortada por la risa-. Buenas noches.

Desapareció antes de que pudiera contestar. El automóvil redujo la velocidad y él saltó por el costado. Emerson volvió a acelerar inmediatamente. Doblé bien el traje que se había quitado Ramsés y me incliné hacia delante para hablar con Emerson.

- ¿Tiene que ir muy lejos?

- Algo más de cinco kilómetros. Le sobra tiempo.

DEL MANUSCRITO H

El turco llegó tarde. Ramsés estuvo un buen rato tumbado junto a uno de los sepulcros antes de oír los chirridos de las ruedas de un carro. Esperó a que pasara el lento vehículo y se levantó; debido a cierto temor inconsciente avanzaba con la mayor cautela, pero se acercó por un costado pisando con cuidado sobre las lápidas caídas. Farouk y los demás ya habían llegado, en parejas o solos, como él les había enseñado.

Observó la escena a través de un agujero en la pared. El turco tenía prisa, tanta que echó una mano para descargar. Se asustó y blasfemó ante la aparición de Ramsés.

- No te molestes en comprobar la mercancía -dijo refunfuñando-. Está toda.

- Eso es lo que tú dices.

- No hay tiempo. -Le pasó a Ramsés un bulto cubierto por una lona y éste se lo dio a Farouk.

- ¿Lo abro, señor?

- No -dijo secamente Ramsés-. Seguid adelante. -Se colocó al lado del turco-Ha habido problemas. ¿Te lo ha contado Farouk?

- Pensé que debía hacerlo usted, señor -dijo Farouk melosamente.

Ramsés retrocedió un paso.

- No podemos volver a utilizar la tienda de Aslimi. Anoche, la policía hizo una redada. Todo el mundo habla de ello en Jan el Jalili.

El turco soltó un rosario de obscenidades en distintos idiomas.

- ¿Quién nos ha traicionado?

- ¿Quién iba a ser sino Aslimi? Llevaba semanas a punto de

derrumbarse. ¿Cómo lograste escapar, Farouk?

- ¿Le ha sorprendido verme aquí?

- No. En el Jan todos saben que la policía no hizo prisioneros. ¿Te habían avisado?

- No, simplemente fui astuto. -Dejó escapar un gruñido cuando el turco le pasó una caja-. Conozco las callejuelas de Hoshasheyn como un amante conoce el cuerpo de su amada. Ellos nunca se acercaron a mí.

- ¿Ellos? -repitió Ramsés.

- La policía. ¿Quién si no? Nadie se acercó a mí.

Eso lo dejaba todo claro. Si Farouk fuese fiel a Wardani, le habría mencionado su encuentro y habría alardeado de su inteligencia al sacarle mil libras en oro al gran Padre de las Maldiciones. Era lo suficientemente vanidoso como para pensar que podía conseguir el dinero sin dar nada a cambio.

- Bien hecho -murmuró Ramsés-. Aslimi no puede decir mucho a la policía porque nosotros tampoco le hemos dicho a él gran cosa, pero debemos encontrar otro punto de encuentro. ¿Conoces la mezquita de Qasr el-Ain? No está muy frecuentada, excepto los viernes, cuando los derviches giran, y hay una pequeña apertura en una de las losas de mármol de la pared de la izquierda según se entra. Es la que está justo debajo del texto de Ayet el-Kursee. Conoce el Corán, ¿verdad?

- Encontraré el sitio. Una entrega más, la última.

- ¿Tan cerca está el momento?

- Lo suficientemente cerca -el carro estaba vacío. El turco se sentó en el pescante y agarró las riendas-. Se te comunicará cuándo debes presentarte.

Esa vez, Ramsés no intentó seguirlo. Se quedó observando a sus hombres que tapaban los bultos con rastrojos, Wardani nunca se habría dignado ayudar en las tareas manuales. Se le acercó Asad.

- ¿Se ha recuperado, Kamil? ¿Está bien?

- Como puedes comprobar -puso una mano amistosa sobre el menudo hombro de Asad, que se irguió con orgullo.

- ¿Cuándo volveremos a verle?

- Yo os buscaré. *Maasalama.*

Apoyó la espalda en la pared y escuchó los quejidos de las ruedas de la carreta. Luego oyó otro ruido: unas imprudentes

pisadas sobre los guijarros. Tenía medio puñal fuera de la funda cuando vio el contorno de una figura; demasiado bajo para ser Farouk y demasiado delgado para ser uno de los otros: Asad. Se quedó indeciso, movía la cabeza de un lado a otro y no podía ver en la oscuridad con su escasa vista.

- Aquí -dijo Ramsés en voz baja. -¡Kamil! -Avanzó entre tropiezos y tambaleos y con los brazos extendidos-. Tenía que volver. Tenía que decirle…

- Despacio, despacio… -Ramsés lo agarró del brazo para sujetarlo. «Menudo conspirador», pensó sombríamente: torpe, medio ciego, tímido y leal-. ¿Decirme qué?

- Lo que dicen Mukhtar y Rashad. Ellos no se atreverían a decírselo a la cara. Yo les dije que eran tontos, pero…

- ¿Qué dicen? El hombrecillo tragó saliva.

- Que debería dar las armas ya a nuestra gente. Que es peligroso conservarlas en un solo sitio. Que nuestra gente debería aprender a usarlas y practicar…

- ¿Sin llamar la atención de la policía? Sería más peligroso y un desperdicio de munición.

Ramsés soltó una maldición para sus adentros, aunque tranquilizó a su nervioso colaborador. Siempre había temido que alguna mente lúcida pensara en eso. Creía saber quién había sido.

- ¿Qué dijo Farouk?

- ¡Farouk es leal! Dijo que usted era el jefe y que usted sabría lo que había que hacer.

«Sí, claro», pensó Ramsés.

- Me alegro de que me lo hayas dicho. Ahora, vete, amigo, y cerciórate de que las armas llegan al almacén. Cuento contigo.

Asad se alejó a trompicones. Ramsés esperó otros cinco minutos. Cuando se fue de la mezquita lo hizo a gatas y por entre las sombras más oscuras que pudo encontrar. El cementerio no era uno de los que salen en las guías con tumbas principescas; estaba en uso todavía y casi todos los sepulcros eran pobres y pequeños. Se escondió detrás de una de las tumbas más grandes y se cambió los harapos y la peluca andrajosa por una túnica y un turbante. Envolvió las ropas apestosas en varias capas de tela para reducir el olor hasta unos límites aceptables. Tuvo la tentación de abandonar el hatillo, pero le había costado mucho tiempo conseguir que

adquirieran el grado de repugnancia adecuado.

Se colgó la bolsa en el hombro para tener las manos libres, se ató el cinturón con el puñal sobre la túnica y se puso en camino. La aparición de David le sobresaltó aunque la había esperado. Echó mano a la empuñadura del puñal.

- Un poco nervioso, ¿no? -preguntó su amigo con una sonrisa deformada por el disfraz.

- ¿Qué pasó con los pantalones de gasa?

- No pude encontrar unos que me quedaran bien.

Avanzaron un rato en silencio.

- Pensé que seguirías al turco -dijo Ramsés.

- Decidí que sería una pérdida de tiempo. Tenemos que saber de dónde viene, no adonde va después de haberse deshecho de su carga. Probablemente alquile un carro distinto cada vez y no creo que viva en el mismo sitio todo el tiempo.

- Pones muchos reparos -dijo Ramsés con una leve sonrisa-. Pero no me importa reconocer que te agradezco que estuvieras de guardia. Farouk me pone extremadamente nervioso.

- A mí me pasa lo mismo. Sobre todo después de saber lo que pasó en la tienda de Aslimi.

- ¿Te has enterado?

- Sí. La historia corre de boca en boca por los bazares.

La voz de David era inexpresiva, pero Ramsés captó con dolor la decepción de su amigo.

- Eso no es todo -dijo-. Nos encontramos con Farouk y llegamos a un acuerdo con él. Quiere mil libras en oro a cambio de lo que llamó una pieza mayor que Wardani. Padre va a encontrarse con él mañana por la noche.

- Podría ser una treta. -David intentaba no hacerse demasiadas esperanzas.

- Podría ser, pero Farouk sería un majadero si piensa que puede engañar a un perro viejo como padre. Padre mantendrá la palabra de darle el dinero y tres días de inmunidad para que escape, pero antes ese inocente muchacho tendrá que pasar un tiempo bajo nuestra vigilancia hasta que verifiquemos la información.

Era típico de David que pensara en el peligro antes que los demás.

- El profesor no debe acudir solo. Ese tipo no se lo pensaría dos

veces antes de acuchillarlo o dispararle por la espalda. ¿Dónde y cuándo es la cita? Estaré allí.

- No, tú no. -Ramsés siguió con la explicación-. No eligió el sitio por casualidad. No sé cuánto sabe ni qué les ha contado a los demás, pero si algo sale mal mañana por la noche tú no puedes estar cerca de la casa. Yo iré con padre. Entre los dos deberíamos ser capaces de lidiar con Farouk. El muy canalla no disparará a nadie antes de estar seguro de que tenemos el dinero.

* * *

La zona entre el cementerio y la ciudad era un descampado que a veces se utilizaba para festivales pero que en ese momento estaba desierto. Al caminar entre las malas hierbas, levantaban unas ligeras nubes de polvo que se iluminaban tenuemente por un gajo de luna. No se veía un alma, pero se escuchaban todo tipo de ruidos y movimientos: los ladridos de los perros callejeros y las carreras de las ratas; una gran sombra alada paso por encima de sus cabezas y un breve y agudo lamento certificó el fallecimiento de un ratón o una musaraña. Ramsés había crecido entre esos ruidos y olores intensos y variados, excremento de burro, vegetación putrefacta, y más de una vez había caminado con David por senderos como ése; no quería romper ese silencio tan grato, pero cada vez estaba más cerca el resplandor de aquellas zonas de El Cairo que no dormían, los burdeles y las casas de placer, y tenían que comentar algunas cosas antes de separarse.

Le resumió lo que había sacado en claro de la cita de esa noche, y David le describió su nuevo alojamiento en los suburbios de Boulaq.

- Hay las cucarachas más grandes que he visto en mi vida. Estoy pensando en hacer una colección. Por cierto, ¿qué es eso que he oído sobre una estatua de oro macizo?

Ramsés se rió.

- Ya sabes cómo exageran los rumores. Pero es un tesoro.

Describió la estatua y respondió a las preguntas de David.

- Un sitio muy raro para encontrar algo así -dijo David cuando se le hubo pasado la emoción inicial.

- Sabía que pensarías algo parecido.

- Pero seguro que también se le habrá ocurrido al profesor. ¿Una estatua real de la Dinastía IV en el pozo de una tumba privada? Ni

siquiera el funcionario más privilegiado tendría algo parecido; debió hacerse para un templo.

- Seguramente. -Pasaron entre las majestuosas torres de Bab el-Nasr, una de las escasas puertas que quedaban de la fortificación del siglo XI, y entraron en la ciudad-. No la arrojaron dentro -continuó Ramsés-. Estaba sobre la base y no había sufrido ningún daño, además, estaba cerca de la superficie. La arena que la rodeaba estaba suelta y los supuestos ladrones habían dejado una cavidad bien visible que señalaba su posición.

David se quedó pensativo un momento.

- ¿Estás insinuando que la han dejado ahí recientemente; que querían que la encontrarais? ¿Por qué? Es una obra de arte excepcional que vale mucho dinero en el mercado de antigüedades. Tanta amabilidad por parte de un ladrón… ¡Por todos los santos! No estarás pensando que ha podido ser…

- Creo que eso es lo que piensa padre. Él ve la mano oculta de Sethos por todas partes, como dice madre, pero esta vez podría tener razón. A mí no me extrañaría que Sethos hubiera reaparecido; los hombres como él merodean como buitres cuando hay guerras o revueltas. Lleva años comprando antigüedades ilegales y, según madre, él se queda con las mejores.

- Pero, ¿por qué iba a dejar uno de sus tesoros en vuestra tumba? -David soltó una risotada-. ¿Un regalo para tía Amelia?

- Una distracción, más bien -rectificó Ramsés-. A lo mejor espera que un hallazgo extraordinario haga que madre se concentre en la excavación en vez de buscar agentes enemigos.

- ¿Ha estado haciendo eso?

- Bueno, creo que más bien buscándole a él. Es una relación más que especial, David; no dudo que adora a padre, pero siempre ha tenido debilidad por ese granuja.

- Él la ha rescatado varias veces -señaló David.

- Sí, desde luego; sabe muy bien cómo manipularla. Si madre dice la verdad sobre sus encuentros, Sethos no ha dado un solo paso en falso. ¡Es una romántica incorregible!

- Quizá él se preocupe sinceramente por ella.

- Tú eres otro maldito romántico -dijo Ramsés con amargura-. No me importan los motivos de Sethos; en cierta forma, espero estar equivocado sobre ellos, porque me espantaría que mi mente

siguiera los mismos derroteros que la de él.

- Él podría ser uno de los pequeños espías que nos rodean, o… incluso, el jefe. No es una perspectiva muy prometedora. -David parecía preocupado-. Tiene contactos en todo Oriente Próximo, sobre todo en los bajos fondos de la delincuencia de El Cairo, y si se disfraza tan bien como tú…

- Lo hace mejor. Puede convertirse casi en cualquier persona. Excepto en la señora Fortescue -añadió Ramsés con una voz intencionadamente inexpresiva.

- ¿Acaso te consta? Ella podría ser una de sus colaboradoras. Tiene mujeres en su organización.

Ramsés sabía que David se refería a una en concreto: la diabólica criatura que fue la responsable de la muerte de su abuelo. En cualquier caso, esa mujer estaba fuera de la circulación; cayó fulminada por una docena de manos vengativas.

- Es posible.

- ¿Qué me dices del extravagante francés que la acompaña? ¿No podría ser Sethos?

Ramsés sacudió la cabeza.

- Demasiado evidente. ¿Has visto alguna vez a alguien que se parezca más a un malvado? Sería más probable que adoptara la personalidad de alguien conocido: Clayton, Woolley o… No, Lawrence, no, Sethos es demasiado alto.

Rodearon el barrio de las persianas rojas. Un par de hombres uniformados se acercaban hacia ellos agarrados del brazo y cantando a voz en grito. Hacía tiempo que habían tocado retreta, pero algunos preferían arriesgarse al castigo a cambio de los placeres que ofrecían los burdeles y las tiendas de licores. Ramsés y David se apartaron y cuando pasaron junto a ellos oyeron un lamento, una extraña referencia a la querida y anciana madre de alguien. David pasó a hablar en árabe.

- ¿Por qué no le preguntas al profesor de quién sospecha?

- Podría hacerlo -reconoció Ramsés.

- Va siendo hora de que trates a tus padres como adultos responsables -dijo David con seriedad.

Ramsés sonrió.

- Lo que dices es muy sabio, como siempre. Debemos separarnos, hermano. Hemos llegado al puente.

- Me dirás…
- Desde luego. Ten cuidado. *Maassalama.*

* * *

Cuando llegamos a casa, nos enteramos por Fátima, que se había quedado levantada para esperarnos, de que Nefret había llegado una hora antes. La muchacha había rechazado la comida que quiso servirle Fátima y se fue directamente a su habitación porque estaba muy cansada. Sentí una punzada en el corazón ya que sabía que estaba muy preocupada por uno de sus pacientes.

Me paré ante la puerta de su dormitorio, pero no vi luz por la cerradura ni oí ruidos, así que seguí adelante.

Yo estaba sufriendo una ligera indisposición. Lo achaqué a los nervios y a la comida demasiado pesada. Como me había deshecho de esta última al borde del camino, acepté la taza de té que me ofreció Fátima. Ni que decir tiene que no dormí hasta que escuché un suave golpe en la puerta, era la señal que Ramsés, a regañadientes, había convenido qué haría cuando volviera. Yo había prometido no retenerlo, de modo que reprimí mi impulso natural y me di la vuelta en la cama. Me encontré con dos manos cálidas y enormes. Emerson había estado despierto también. Me abrazó en silencio y me tuvo así hasta que me dormí.

Ante mi considerable sorpresa, porque no era muy madrugadora, me encontré con Nefret a la mesa del desayuno cuando bajé a la mañana siguiente. Sólo con mirarla a la cara comprendí que mis suposiciones eran acertadas. Las mejillas no lucían el precioso color que solían tener y los ojos estaban rodeados por unas profundas ojeras. Como la conocía bien, ni la consolé ni la compadecí; cuando le comenté su diligencia en levantarse me contestó lacónicamente que tenía que volver al hospital, que una de sus pacientes estaba en peligro y quería estar allí.

Sólo una cosa podía quitarme de la cabeza lo que se estaba fraguando para esa noche, y no dimos con ella. La cámara funeraria que había al fondo del pozo había sido saqueada hacía mucho tiempo. Sólo quedaban unos huesos y fragmentos de los objetos del ajuar funerario. Ramsés se quedó para catalogarlos y recogerlos y los demás subimos las toscas escaleras para salir a la superficie.

- Hay otro enterramiento, quizá encontremos algo más interesante -dije a Emerson que subía detrás de mí.

- ¿Vas a empezar hoy? -gruñó Emerson.

- No.

Me detuve y lo miré.

- Lo entiendo, cariño -dije comprensivamente-. Es difícil concentrarse en las excavaciones cuando hay tantas cosas que dependen de nuestro encuentro de esta medianoche.

Emerson describió dicho encuentro con una serie de adjetivos cuidadosamente elegidos y añadió que sólo a mí se me ocurriría pararme en medio de una escalera desvencijada para charlar un rato. Me dio un empujoncito cariñoso. Cuando estuvimos fuera, Emerson retomó la conversación.

- Estoy firmemente en desacuerdo con una de las palabras que has empleado, Peabody.

- «Medianoche» no era completamente precisa -reconocí.

- Pero era más romántica que «las once de la noche», ¿no? -La sonrisa de Emerson se convirtió en un gesto que no era nada amistoso-. Ésa no era la palabra. Has dicho «nuestro». Creí haber dejado muy claro que en este caso no se puede emplear la primera persona del plural. ¿Debo repetírtelo?

- ¿Aquí y ahora? ¿Mientras Selim espera instrucciones? -Señalé a nuestro joven *rais,* quien estaba de cuclillas en el suelo fumando un cigarrillo y fingiendo no oír nada.

- Maldita sea.

Daoud ordenó a los hombres que se pusieran en movimiento y Selim bajó al pozo para relevar a Ramsés, eso siempre y cuando mi hijo consintiera en que lo relevaran. Me había estado evitando después de haberme asegurado que David estaba bien y en un lugar seguro; que la entrega de las armas se había hecho sin incidentes; que nadie había intentado asesinarlo. Yo, naturalmente, sabía por qué lo hacía. Al verse herido y debilitado, había tenido que confiar en mi ayuda y en la de su padre; y en ese momento se lamentaba de su debilidad y deseaba no haber tenido que implicarnos. En otras palabras, estaba pensando como un hombre. A Emerson le pasaba lo mismo; siempre me costaba convencerlo de que me necesitaba para protegerlo. Iba a ser arduo tener que lidiar con dos hombres con tanta personalidad.

Llevé a Emerson a la zona de descanso, donde no tardó ni un segundo en empezar a regañarme. Dio unos sorbos de té y le dejé

hablar hasta que no le quedó ni respiración ni paciencia.

- ¿No tienes nada que decir?

- Oh, ¿tengo permiso para hablar? Bien, estoy de acuerdo en que, si ese canalla va sin compañía, Ramsés y tú seguramente podréis manejarlo solos… siempre dando por supuesto que no asesine a uno, o a los dos, en una emboscada por el camino. No obstante…

- ¿Seguramente? -repitió Emerson estruendosamente.

- No obstante -continué-, tampoco sería extraño que estuviera acompañado por una banda de hampones como él, dispuestos al robo y el asesinato. No permitirían que salierais vivos, porque sabrían que…

- ¡Calla! -gritó Emerson-. Esas conjeturas sin fundamento…

- Limpian de rastrojos el campo de las deducciones -dijo Ramsés, que había surgido de la nada como el espíritu diabólico, el *afrit,* con el que le habían comparado tantas veces. Emerson lo miró sin salir de su asombro-. Padre, ¿por qué no le cuenta lo que vamos a hacer exactamente? A lo mejor se queda más tranquila.

- ¿Cómo?

- He dicho…

- Te he oído. También he oído un aforismo más absurdo que los que intenta hacer tu madre de vez en cuando. No empieces, Ramsés; no puedo con los dos.

- Lo cierto es que era un aforismo de madre -dijo Ramsés mientras se sentaba en una caja de embalaje-. Padre…

- Está bien, díselo tú -accedió Emerson-. Aunque no va a detenerla durante mucho tiempo -añadió con pesimismo.

- Madre, no va a pasar nada -dijo Ramsés. Me sonrió; ese aire de tranquilidad tan conocido y las facciones relajadas, me desarmaron, como, sin duda, él sabía que iba a ocurrir-. Farouk no está colaborando con los alemanes por motivos ideológicos. Lo hace por dinero. Le hemos ofrecido más de lo que puede sacar de la otra parte, de modo que vendrá a la cita. No querrá compartirlo, de modo que vendrá solo. No disparará contra padre desde detrás de un muro porque no sabrá si lleva el dinero con él. Le asustaríamos si recurriéramos a la fuerza, de modo que no nos arriesgaremos. - Quise interrumpirle, pero Ramsés elevó la voz y continuó-. Iré dos horas antes que padre y vigilaré. Si veo algo que no encaja con lo

previsto o que me inquiete, me llevaré a padre. ¿Le parece eso aceptable?

- Me parece…

- Otra cosa. -Ramsés me clavó los ojos. Estaba muy serio-. Contamos con que mantendrá a Nefret alejada de todo esto. Querrá ir con nosotros y no puede hacerlo. Si ella estuviera presente, padre estaría preocupado por ella y no pensaría en su propia seguridad.

- Ni tú tampoco -dije yo.

Emerson había escuchado a su hijo sin intentar interrumpirlo.

- Ramsés tiene razón -lo miró-. Aunque, para ser justo, tengo que señalar que él actuó con la misma precipitación que Nefret y que tuvo suerte de salir sólo con un golpe en la cabeza.

Ramsés se ruborizó.

- ¡De acuerdo, fue una estupidez! Pero si llega a dejarme entrar a mí primero, puede estar completamente seguro de que no le habría puesto una mano encima. Probablemente, volvería a hacer algo igual de estúpido si la amenazaran de nuevo, y usted también, padre. En el caso de que hubiera una pelea, ¿no se metería ella para intentar ayudarnos? ¿No haría usted todo lo que fuera necesario para alejarla de allí?

- He oído decir que esas cosas pasan -dijo Emerson. Me miró-. Estoy seguro de que vas a acusarnos de ser paternalistas y excesivamente protectores…

- Lo sois. Siempre lo habéis sido, pero…

Emerson percibió el tono de duda y por una vez en su vida tuvo el buen juicio de no decir nada. Tenía los azules ojos inmóviles y el afilado y tostado rostro lleno de decisión. Miré a Ramsés, al que el rebelde pelo moreno le caía en rizos por los costados de la cabeza y cuyas facciones perfectamente definidas se parecían tanto a las de su padre. Los quería mucho. ¿Correrían más riesgos si yo insistía en tener un papel en la aventura de esa noche?

Tenía que reconocer que a lo mejor sí. Como tenía que reconocer también que el análisis que Ramsés había hecho de la personalidad de Nefret no era inexacto del todo. Al principio me pareció injusto y lleno de prejuicios, pero medité un momento y fui acordándome de distintos incidentes que lo confirmaban. Algunas de sus primeras escapadas podían excusarse por el exceso de confianza propio de la juventud, como la vez que se dejó capturar

deliberadamente por uno de nuestros oponentes más vengativos para intentar rescatar a su hermano; pero no había cambiado mucho con la madurez. Era una mujer adulta cuando entró en un burdel de Luxor e intentó convencer a las chicas para que lo abandonaran. Tampoco me olvidaba de la vez que chantajeó a Ramsés para que la dejara ir con él y David a una de las zonas más miserables de El Cairo en busca de una antigüedad robada; o la vez que atacó con sus manos a un ladrón armado con un cuchillo… La lista era mucho más larga. La descripción que hizo Emerson de Ramsés podía aplicarse también a Nefret; era valiente como un león, astuta como una gata y tozuda como un camello; además, cuando las pasiones se apoderaban de ella golpeaba con la velocidad de una serpiente. Incluso su matrimonio, precipitado y mal aconsejado…

- Muy bien -admití-. Sigo pensando que eres un poco injusto con Nefret; sabes perfectamente que os ha sacado a David y a ti de más de una situación comprometida.

- Sé cuánto le debo -dijo tranquilamente Ramsés.

- Sin embargo -continué-, estoy de acuerdo con tu propuesta. No porque crea que Nefret no puede comportarse con sensatez, sino porque sé que tu padre y tú no podríais hacerlo si ella estuviera.

El gesto de Ramsés se suavizó.

- Me parece correcto.

- Ejem -carraspeó Emerson.

Cada uno se dirigió a sus distintas obligaciones.

Nefret apareció después de mediodía. Yo había estado examinando detenidamente un montón de escombros especialmente improductivo y no me importaba mucho que me interrumpieran. Me levanté y me estiré. Ella se había puesto la ropa de trabajo y adiviné por su paso animado que estaba de mejor humor que por la mañana. Llevaba un cesto tapado que dejó en el suelo junto a mí. -¡No será más comida! -exclamé-. Hemos traído una cesta.

- Ya conoce a Fátima -dijo Nefret-. Piensa que ninguno de nosotros come lo suficiente. Ha hecho *kunafeh* para Ramsés mientras yo me bañaba y cambiaba; dijo que está en los huesos y que tiene que engordar. ¿Dónde está? Si se niega, se lo meteremos a la fuerza, como hacen con las ocas.

- Y como ya hacían en la antigüedad -dije con una sonrisa-. En

ese caso, ve a buscarle a él y a Emerson para la comida. Están en la capilla.

Fátima también había mandado unos melocotones en almíbar y una sandía cortada en trozos que había llegado bastante fresca. Todos comimos con buen apetito; Ramsés también. El *kunafeh* era uno de sus platos favoritos; son fideos de harina de trigo fritos en mantequilla clarificada y endulzados con miel. Nefret le tomó el pelo con el comentario de Fátima y él contestó con un dicho árabe bastante vulgar sobre la belleza femenina, que, evidentemente, no se le podía aplicar a ella. Emerson sonrió cariñosamente a los dos.

- ¿Ha ido todo bien hoy? -preguntó.

Nefret asintió con la cabeza.

- Anoche creía que la perdía, pero esta mañana está mucho mejor. -Escupió delicadamente una pepita de la sandía en la mano-. Nunca os podríais imaginar quién me ha venido a ver esta mañana.

- Entonces, lo mejor es que nos lo cuentes -dijo Ramsés.

La siguiente pepita le pasó rozando la oreja. Él entrecerró los ojos y tomó un trozo de sandía.

- Te prohíbo terminantemente que hagas eso, Ramsés -dije-. Nefret y tú sois muy mayores para ese tipo de juegos.

- Déjalos que disfruten, Peabody -intervino Emerson indulgente-. Bueno, Nefret, ¿quién ha sido tu visitante?

La respuesta borró la sonrisa del rostro de mi marido.

- Ese degenerado, rastrero, despreciable, miserable, pringoso, pervertido, abominable…

- Estuvo muy educado -le interrumpió Nefret-. ¿O debo decir educada?

- Que a el-Gharbi le guste llevar ropa de mujer no le cambia el sexo… mmm… el género -dijo Ramsés. Parecía tan inexpresivo como siempre, pero yo había notado un ligero sobresalto de sorpresa-. ¿Qué hacía en el hospital?

- Preguntaba por una de «sus» chicas -Nefret puso énfasis en el posesivo-. La misma que operé anoche. Dijo que él la había enviado al hospital y que el hombre que la hirió… había pagado por ello.

Emerson había recuperado el resuello.

- Ese reptil, gusano, traficante de seres humanos, ese repugnante…

- Sí, querido profesor, yo también conozco todos esos adjetivos.

¡Y su gusto en materia de joyas y perfume es espantoso! -Nefret comprobó que Emerson no estaba de humor para chistes, así que le pasó un brazo por el hombro y le dio un beso en la mejilla-. Adoro su indignación, queridísimo profesor, pero he visto y he tratado con casos peores desde que puse la clínica. La buena voluntad de el-Gharbi puede servirme para ayudar a esas mujeres. Eso es lo importante.

- Muy cierto -dije.

- Bah -protestó Emerson.

- Bien hecho -aprobó Ramsés. Esa vez la pepita le dio de pleno en la barbilla.

Después de comer no podía concentrarme en el montón de cascotes. No paraba de darle vueltas a la forma de impedir que Nefret acompañara a Ramsés y Emerson. Se me ocurrieron algunas cosas, pero las deseché por impracticables. Hasta que me llegó la inspiración y pensé en algo tan sencillo que me tuve que preguntar cómo no se me habría ocurrido antes.

Cenamos antes de lo habitual, ya que quería estar segura de que Ramsés comía bien antes de marcharse. Tardaría una hora en llegar a Maadi si daba los rodeos que tenía pensado para que nadie le viera ni sospechara de él. Cuando nos retiramos a tomar el café, él se escabulló, pero, naturalmente, Nefret notó su ausencia y quiso saber dónde estaba.

- Se ha ido -le contesté.

Yo había decidido decirle la verdad en vez de contarle algo que ella nunca se creería.

- ¿Se ha ido? ¿Ya? ¡Es increíble! Me prometió…

- Querida, vas a tirar la bandeja. Siéntate y sirve el café, por favor. Gracias, Fátima, no necesitamos nada más.

Nefret no se sentó, pero esperó hasta que Fátima se hubo retirado.

- ¡Cómo ha sido capaz, tía Amelia! Profesor, ¿le ha dejado marchar solo?

El más valiente de los hombres, me refiero a mi marido, naturalmente, tartamudeó ante esa aterradora mirada azul.

- Eh… mmm… Cuéntaselo, Amelia.

Nefret dijo una palabra cuyo significado yo desconocía por completo y se fue hacia la puerta. Yo no tenía ni idea de dónde iba,

quizá pensara que podía alcanzar a Ramsés o (era lo más probable) quizá no pensara nada en absoluto. Emerson se movió con la velocidad felina que había inspirado uno de los dichos más memorables de Daoud «El Padre de las Maldiciones ruge como un león, camina como un gato y ataca como un halcón». Agarro a Nefret con un brazo, como si no pesara más que una pluma, y la dejo en su butaca.

- Gracias, Emerson -dije- Nefret, eso ha sido suficiente. Entiendo tu preocupación, querida, pero no me has dado la oportunidad de darte una explicación. La verdad es que deberías dominar esa costumbre de actuar sin meditar las consecuencias.

Yo me temía que pudiera volver a estallar en otro ataque de furia. Sin embargo, bajó la mirada y el delicioso rubor fruto de la ira se desvaneció de sus mejillas.

- Sí, tía Amelia.

- Eso está mejor -dije con satisfacción-. Bébete el café y te contaremos el plan

Se lo conté. Nefret escuchó en silencio, mirando al suelo y con las manos cruzadas sobre el regazo. Sin embargo, se dio cuenta de que Emerson intentaba salir de la habitación de puntillas. La verdad es que mi marido no es muy ducho en andar de puntillas.

- ¿Adónde va? -preguntó con furia.

- A prepararse -a mí no me importaba que se fuera. De esa forma podría hablar con más sentimiento-. Por el amor de Dios, Nefret, ¿crees que yo no estoy deseando ir con él. He aceptado quedarme contigo porque creo que es lo mejor.

Su mirada rebelde me decía que ella no estaba tan convencida. Yo tenía otro argumento, detestaba tener que emplearlo, pero la sinceridad me obligaba a hacerlo.

- En el pasado hubo alguna ocasión, no muchas, una o dos, en que mi presencia distrajo a Emerson de la batalla que estaba librando y como consecuencia el corrió un peligro considerable.

- ¡Que me dice, tía Amelia! ¿Es verdad?

- Solo una vez o dos.

- Entiendo -desarrugó la frente- ¿Le importaría contármelas?

- No veo el interés. Fue hace mucho. Ya he aprendido la lección. Además -continué antes de que ella se aferrara a un asunto que le interesaba mucho y que yo no quería recordar-, estoy ofreciéndote

la ventaja de mi experiencia. Su plan es bueno, Nefret. Me han jurado que se retiraran si las cosas no marchan como estaba previsto

Dejo caer los delicados hombros.

- ¿Cuánto tenemos que esperar?

Supe que había ganado.

- Volverán en cuanto terminen, estoy segura. Emerson sabe que si no ha vuelto a una hora aceptable, yo iré a buscarlo. ¡Y hará cualquier cosa por evitarlo!

DEL EPISTOLARIO B

Querida Lía

¿Conservas mis cartas? Supongo que sí, aunque te pedí que las destruyeras, no solo estas últimas, sino también las que te escribí hace algunos años. Dijiste que te gustaba volver a leerlas cuando estabas lejos porque era como volver a escuchar mi voz. Y yo dije siento mucho lo que dije, querida Lía. Me porte fatal contigo. Me porte fatal con todo el mundo. Te doy mi permiso, permiso formal y por escrito, para conservarlas si quieres. Me gustaría que lo hicieras. Es posible que algún día quiera leerlas, espero que quiera leerlas. Había una en concreto… Creo que sabes a cuál me refiero.

Esta noche estoy un poco fatalista, como seguramente habrás adivinado. Me he puesto a escribirte porque hay muchas cosas que quiero decir y que no puedo. No me quito de la cabeza la idea de que algún desconocido, o peor, alguien conocido, pueda leer estas cartas; es como si alguien escuchara detrás de la puerta nuestros pensamientos íntimos y nuestras confidencias.

De modo que me ajustaré a los hechos.

Esta noche, tía Amelia y yo estamos solas. El profesor y Ramsés han salido. Las lámparas están encendidas y las cortinas echadas, lo que da un aire casi acogedor a esta sala cavernosa, sobre todo al mirar a tía Amelia que está zurciendo calcetines. Como lo oyes, ¡está zurciendo calcetines! A veces le dan estos ataques de ama de casa, vaya usted a saber por qué. Zurce con tanto esmero, como lo hace todo, que los calcetines acaban teniendo unos bultos en los talones y las puntas que hacen ampollas al pobre usuario. Creo que Ramsés los tira con mucho cuidado, pero el profesor, que nunca se fija en lo que se pone, acaba cojeando y maldiciendo.

Me retracto. Esta habitación no es acogedora. Algún animal peludo y esponjoso podría ayudar a mejorarla, pero no puedo tener un perrito; muerden las patas de los muebles y hacen sus necesidades en las alfombras orientales. ¡Hasta añoro a esa bestia de Horus! No habría podido traerlo conmigo porque se negaba a separase de Sennia, pero me gustaría tener un gato propio. Seshat pasa casi todo el tiempo en la habitación de Ramsés.

Algún día, cuando volvamos a estar todos reunidos, encontraremos una casa mejor o construiremos una. Será grande y laberíntica; con patios, fuentes y jardines y espacio para que podamos estar todos juntos, ¡pero no demasiado juntos! Si quisieras, podríamos sacar a la vieja tía Amelia del dique seco para que os ayude a David, al niño y a ti. Algún día ocurrirá. Tiene que ocurrir.

¡Dios mío! Parezco una anciana en una mecedora que recuerda su juventud. A ver qué noticias puedo contarte.

Me preguntabas por el hospital. Hay que tener paciencia, me llevará algún tiempo convencer a las damas «respetables» y a sus conservadores maridos de que no ofendemos su decencia ni sus principios religiosos. Ha habido un avance muy esperanzador. Esta mañana he tenido un visitante: ni más ni menos que el-Gharbi, el proxeneta más poderoso de el-Was'a. Se dice que no sólo controla la prostitución, sino todas las actividades ilegales del distrito. Lo había visto un par de veces cuando yo trabajaba en la clínica antigua; era un personaje inolvidable. Estaba siempre sentado en un banco en la puerta de una de sus «casas», vestido de mujer y cubierto de adornos de oro. Cuando apareció esta mañana en una litera y escoltado por un grupo de jóvenes hermosos elegantemente vestidos y armados hasta los dientes, el pobre y anciano portero casi se desmaya. Vino corriendo a buscarme. Al parecer, el-Gharbi preguntó por mí. Cuando salí, lo encontré sentado en la litera con las piernas cruzadas; era como una estatua inclasificable de ébano y marfil, llena de velos y adornos. Se podía oler el pachulí a diez metros de distancia.

Cuando se lo conté a la familia, creía que el profesor iba a explotar. Les repetí la conversación mientras él maldecía y juraba. La chica que yo había operado la noche anterior era una de las suyas y me la había enviado él. Había venido en persona porque había oído hablar mucho de mí y quería ver cómo era yo con sus propios ojos. Extraño, ¿no? No me imagino qué interés puedo tener para él.

¿Que si le puse a caldo (sé unas cuantas palabras árabes para las personas corno él) y le dije que nunca más volviera a hacer sombra a mi puerta? No, Lía, no lo hice. En otro tiempo quizá lo hubiera hecho, pero he aprendido. No tiene sentido quejarse de que el mundo no es como debería ser. Es un patrón mucho más amable que otros muchos. Le dije que agradecía su interés y que estaría encantada de atender a cualquiera de sus mujeres que necesitara mis servicios.

El profesor no fue tan tolerante. El comentario menos exaltado fue: «¡Qué descaro tan inadmisible!». Cuando se quedó sin resuello, fue el turno de Ramsés.

Alguien que no le conociera podría pensar que estaba aburrido por la conversación. Estaba sentado en el suelo, apoyado contra una caja de embalaje, con las rodillas en alto y devorando la comida que había preparado Fátima. Como sabes, Ramsés nunca ha sido un ejemplo de elegancia en el vestir; no paraba de pasarse la mano por la cabeza y de apartarse el flequillo de la frente, tenía todo el pelo enmarañado. Sudaba por la frente, el cuello y los brazos, y tenía la camisa pegada a los hombros. Levantó la cabeza y abrió la boca.

- Necesitas un corte de pelo -le dije-y no me regañes.

- Sé que lo necesito. No iba a regañarte. Iba a decirte: «Bien hecho».

¿Puedes creértelo? Que Ramsés me halague… Sé la mala opinión que tiene de mi buen juicio y de mi dominio de mí misma. Ojalá…

No puedo seguir escribiéndote. Es muy tarde y me duele la mano de sujetar la pluma. Tía Amelia está recogiendo su labor. Te quiero, Lía.

Capítulo 9

Cuando Nefret me preguntó cuánto tiempo pensaba esperar, yo no sabía la respuesta. Farouk podía retrasarse (aunque alguien que espera recibir una gran cantidad de dinero no suele hacerlo) y era seguro que se produciría una discusión acalorada cuando Emerson quisiera conocer la información antes de hacer el pago. Yo no dudaba de la extraordinaria capacidad de mi marido para doblegar a un oponente, incluido a uno tan traicionero como ése, pero Emerson y Ramsés tendrían que atarlo y amordazarlo para cruzar el río y transportarlo a casa. El viaje podía llevar entre una hora y dos, según el medio de transporte que encontraran, y una acción precipitada por mi parte y la de Nefret sólo confirmaría la injusta (en su mayoría) opinión que Emerson tenía de las mujeres.

Para imponerme una disciplina, me dediqué a una tarea que me disgusta especialmente, el zurcido. Nefret leyó un rato, o fingió hacerlo, y al final me comunicó su intención de escribir a Lía. Yo debería haberla imitado; todavía no había escrito mi carta semanal a Evelyn, pero me resultaba endiabladamente difícil escribir algo animado y dicharachero cuando yo no me encontraba ni animada ni dicharachera, y no podía comentarle el asunto que me abrumaba. Las dos ocultábamos nuestros verdaderos sentimientos; cuando Evelyn me escribía, no mencionaba sus preocupaciones por los dos hijos que tenía en las trincheras ni por su otro chico, tan querido como un hijo, que estaba exiliado tan lejos. Debía dar evasivas y andarme con rodeos; si ella llegara a enterarse de que Ramsés y David estaban jugándose la vida por la causa, sólo conseguiría aumentar su ansiedad. Tampoco me había olvidado de que Ramsés

le había advertido a Nefret de que, con casi toda certeza, las autoridades militares leían el correo, ni de la insistencia que puso en la necesidad de ser discretos. Me preguntaba qué demonios podía escribir Nefret. Quizá sus cartas a Lía fueran tan asépticas como las mías a Evelyn.

Sobre la una y media de la noche, había zurcido ocho pares de calcetines. Luego tuve que desechar todos los pares menos el primero; no había prestado ninguna atención y había cosido las puntas con los talones y las partes superiores con las inferiores. Después de haberme pinchado diez veces el pulgar, mordí el hilo y dejé a un lado el costurero. Nefret levantó la mirada de la carta.

- He terminado -dijo-. ¿Es la hora?

- Esperaremos otra media hora.

Nefret inclinó la cabeza en un gesto de silenciosa aceptación. La luz de la lámpara se le reflejaba en el pelo e iluminaba las manos sin anillos que tenía sobre el regazo. Se quitó la alianza al día siguiente de la muerte de Geoffry. Nunca le pregunté qué había hecho con ella.

Estaba pensando en algo reconfortante que decir cuando Nefret levantó la mirada.

- Están bien -susurró-. Estoy segura de que no les ha pasado nada.

- Yo también -dije.

Quedaban veintisiete minutos. Empecé a trazar un plan. Emerson, ante mi insistencia, me había descrito el lugar donde estaba la casa, que yo no había visto nunca. ¿Deberíamos tomar el automóvil aun a costa de la discreción, o sería mejor buscar un bote para cruzar el río?

Veinticinco minutos. ¡Qué despacio pasaba el tiempo! Decidí que el automóvil sería más rápido. Mandaría a Alí que fuera a buscar a Daoud y Selim…

A las dos menos veinte se oyó un ruido en las contraventanas. Me levanté de un salto. Nefret se abalanzó sobre las ventanas y las abrió. Oí un golpe y vi un movimiento; era Seshat, que estaba sentada en el alféizar.

- Maldita sea -dije-. Es la gata.

- No -Nefret miró hacia la oscuridad del jardín-. Están llegando.

Seshat, como un mayordomo que anuncia la presencia de unos

invitados, esperó que llegaran a la ventana y luego bajó al suelo. Emerson entró primero. Ramsés lo hizo después y cerró las contraventanas.

- ¿Y bien? -grité-. ¿Dónde está? ¿Dónde lo habéis dejado?

- No ha acudido -dijo Emerson-. Lo hemos esperado durante más de una hora.

Habían tenido tiempo de asimilar la decepción de nuestras esperanzas, pero yo podía adivinar el peso que significaba para ellos. Me volví para que Nefret no viera el golpe que había supuesto para mí. Su expresivo rostro había reflejado la desilusión, pero ella no sabía, no podía saber, cuánto estaba en juego.

- Entonces, ¿ha sido un engaño? -dije.

Emerson se soltó el pesado cinturón donde guardaba el dinero y lo dejó sobre la mesa.

- Ojalá lo supiera. Él podía habernos despistado la otra noche, entonces, ¿por qué nos hizo una oferta para luego echarse atrás? Siéntate, querida. Sé que lo habéis pasado muy mal. ¿Quieres un whisky con soda?

- No. Bueno…

Ramsés fue a la mesa donde estaban las bebidas.

- ¿Quieres algo, Nefret?

- No, gracias. -Se sentó y se puso a *Seshat* en el regazo.

- Dijo que Emerson fuera solo -dije mientras cogía el vaso que Ramsés me ofreció-. Si te ha visto…

- No me ha visto.

Ramsés no solía interrumpirme. Le perdoné al ver que tenía los ojos entrecerrados y que la tensión se le marcaba en las comisuras de los labios. Llevaba un traje corriente color marrón anodino que se había comprado hacía poco en El Cairo; cuando lo vi colgado en su armario (mientras recogía ropa para lavar), me pregunté por qué habría elegido un tono tan poco favorecedor, tan parecido al color de su rostro bronceado. Debería habérmelo imaginado. Con la chaqueta abotonada hasta el cuello, sería casi invisible por la noche.

- Te pido disculpas -dije-. Por favor, siéntate.

- Gracias, pero prefiero no hacerlo.

Se quitó la chaqueta. Dejé escapar un grito de sorpresa.

- Llevas una pistola. Creía que nunca…

- ¿Cree que iba a sacrificar la seguridad de padre por mis principios? -se desabrochó las correas que le sujetaban la cartuchera debajo del brazo izquierdo y dejó cuidadosamente toda la parafernalia encima de la mesa-. Le aseguro que no fue una fanfarronada cuando dije que Farouk no me había visto. Cuando llegué a Maadi, la oscuridad era total y me pasé las tres horas siguientes subido en un árbol. Había el tráfico nocturno habitual; los vecinos de las nuevas villas que iban y venían en sus carruajes y los residentes menos distinguidos que lo hacían a pie. Cuando llegó padre, nadie se había acercado a la casa desde hacía una hora. Mahira se acuesta cuando se pone el sol y la oía roncar.

Emerson continuó con la historia.

- Yo sabía que Ramsés me avisaría si Farouk nos la hubiera jugado y me quedé debajo del árbol con la espalda apoyada en la pared de la casa. Como no podía encender una cerilla para mirar la hora, no tenía ni idea de la hora que era; me pareció que había pasado una eternidad hasta que Ramsés bajó al suelo.

- ¿Cómo supiste la hora? -pregunté a mi hijo, que daba vueltas por la habitación.

- Mi reloj tiene los números y las manecillas pintadas de radio. Resplandece levemente en la oscuridad.

Nefret había estado acariciando a la gata, que le permitía esa familiaridad con su característico aire condescendiente.

- Quizá esta noche fuera sólo una prueba para estar seguro de que acataríais sus exigencias -dijo Nefret.

- Es posible -afirmó Ramsés-. En ese caso, volverá a comunicarse con nosotros.

Se tambaleó un poco y se agarró al respaldo de una butaca. Nefret dejó a la gata en el suelo.

- Me voy a la cama. Deberían hacer lo mismo.

Esperé a que se cerrara la puerta y me dirigí a Ramsés.

- Dime la verdad. ¿Te han herido? ¿Han herido a tu padre?

- Le he dicho la verdad. -El tono fue de una indignación tan verosímil que no pude evitar una sonrisa-. Ha ocurrido como le hemos dicho, madre; sólo estoy un poco cansado.

- Y decepcionado -dijo Emerson que había encendido la pipa y fumaba con deleite-. ¡Ah! Todas esas horas sin el reconfortante veneno de la nicotina no han hecho sino aumentar mi desgracia.

Que el demonio lo confunda, Peabody. Ha sido un fiasco.

- Para David va a ser también un fiasco -añadió Ramsés-. No me siento con ganas de contárselo… ¡madre deje eso! Tiene una bala en la recámara.

- No tenía el dedo en el gatillo -protesté.

Ramsés me quitó el arma y Emerson, que se había levantado bruscamente, volvió a sentarse con un estruendoso suspiro.

- Ni sueñes con tomar ese arma prestada, Peabody. Es demasiado pesada para ti.

- Un artefacto muy ingenioso -dije mientras examinaba la pistolera-. ¿Tiene un resorte dentro? ¡Ay!

- Como habrá comprobado -dijo Ramsés.

- ¿Es un invento tuyo?

- He mejorado el invento de otro.

- ¿Te importaría…?

- No -exclamó Emerson en voz alta.

- ¿Cómo sabías lo que iba a preguntar?

- Te conozco demasiado bien, Peabody -dijo mi marido-. Ibas a pedirle que adaptara un resorte parecido a esa pistolita tuya. Te lo prohíbo terminantemente. Ya estás armada y eres bastante peligrosa.

- Por cierto, Emerson, tengo problemas con el parasol. Jamal dice que lo ha arreglado, pero el cierre sigue atascándose.

- Si quiere yo le echaré una ojeada, madre -se ofreció Ramsés.

Su momentánea animación se había desvanecido y parecía terriblemente cansado.

- No te preocupes, cariño, le diré a Jamal que vuelva a intentarlo. Vete a la cama. En cuanto a David, déjale que conserve la esperanza un poco más. No está todo perdido, a lo mejor recibimos un mensaje.

Lo dije con confianza y con ganas de levantarle el ánimo, pero yo también notaba una sensación de desaliento cada vez mayor que me alteró el sueño y me ensombreció los pensamientos durante el día siguiente. La esperanza frustrada es más difícil de soportar que la falta total de esperanza.

* * *

Al día siguiente, durante el desayuno, Emerson le pidió a Nefret que sacara una fotografía de la estatua. Me quedé para ayudarla con

la iluminación. Empleamos los mismos reflectores de espejo que usábamos para iluminar las tumbas; daban una luz más sutil y se controlaba mejor que los destellos de magnesio. Nos llevó algún tiempo, ya que, naturalmente, se necesitaban unas exposiciones largas.

- Me sorprende que el profesor no haya puesto una guardia armada para vigilarla día y noche -comentó Nefret cuando terminamos e íbamos camino de Giza.

- Querida, niña, ¿cómo iba a hacerse un ladrón con algo tan grande y pesado? Nosotros necesitamos cuarenta trabajadores de los más robustos para levantarla.

Nefret se rió.

- Fue una escena bastante absurda, lo reconozco. Cuarenta ladrones, como en Alí Baba, portando la estatua a hombros por el camino e intentando pasar desapercibidos.

- Sí -dije entre risas.

Sonó bastante hueco. En ese momento, la estatua era la menor de mis preocupaciones.

La noche anterior, antes de separarnos para irnos a dormir, acordamos una serie de pasos que había que dar al día siguiente. Ramsés, que seguía teniendo la manía de dar la información con cuentagotas, nos explicó que él y David habían establecido distintas formas para comunicarse. Por ejemplo, una vez le había pasado un mensaje a David estando yo presente. Uno de los personajes de David era el de vendedor de flores en la puerta del Shepheard's. Yo lo recordaba bien; las flores estaban bastante marchitas. Si Farouk no había dado señales de vida a media tarde, iríamos a tomar el té al hotel y Ramsés, después de que se hubiera encontrado con David, iría a buscar a Farouk. Se negó a dar ni una gota más de información sobre cómo pensaba hacerlo, pero di por supuesto que los conspiradores tienen formas de ponerse en contacto en casos de emergencia.

No pensaba decirle nada de todo esto a Nefret. Si nos acompañaba al Shepheard's, yo me encargaría de distraerla mientras Ramsés se acercaba al vendedor de flores; el disfraz de David me había engañado, pero quizá la incisiva mirada de la joven no fuera tan fácil de despistar.

Sin embargo, mi plan resultó ser innecesario. Poco después de

mediodía, recibimos un mensaje que tiró por tierra todos los preparativos. En vez de utilizar hombres con cestos, como habíamos hecho siempre, Emerson había tendido unos raíles entre la tumba y el vertedero por los que podían avanzar unas vagonetas. Yo estaba mirando cómo iban de un lado a otro cuando vi que se acercaba un hombre a caballo; estaba a punto de decirle que se alejara, pero vi que llevaba el uniforme de la policía de El Cairo. Fui a su encuentro. Después de insistir bastante, conseguí que me diera una carta que iba dirigida a Emerson Yo no habría abierto la carta, pero Emerson se unió a nosotros. Él también había reconocido el uniforme y supuso que algo grave debía estar pasando.

Era como si Thomas Russell hubiera mandado un pregonero para anunciar a voz en grito que el mensajero iba de su parte. Todos los cairotas reconocían el uniforme.

- Me han ordenado que espere una respuesta, señor -dijo el hombre haciendo un saludo militar-. Es urgente.

- ¿Eh? Mmm… Claro.

Emerson sacó el papel con una parsimonia desesperante. Me puse de puntillas para leerlo por encima de su hombro.

Profesor Emerson:

Creo que podría servir de ayuda para la policía en un caso que he conocido a primera hora de esta mañana. También se necesita la presencia de su hijo. Por favor, venga a mi despacho lo antes posible.

Un cordial saludo,

Thomas Russell

PD. No traiga a la señorita Forth.

- Estaré allí dentro de dos horas -dijo Emerson al oficial.

- No, Emerson. ¡Iremos ahora mismo! ¿Cómo puedes soportar la incertidumbre? Él no habría…

- ¡Dos horas! -gritó Emerson por encima de mi voz.

El policía se sobresaltó, saludó, golpeó el borde del casco con la mano y se marchó al galope.

- Lo siento, Emerson -murmuré.

- Ya… A veces eres tan impulsiva como… Ah, Nefret ¿Habéis terminado las fotografías?

- No, señor, no del todo. -Llevaba la cabeza descubierta, tenía las mejillas rosadas por el calor y sonreía de oreja a oreja-. Selim ha aparecido corriendo en la tumba y ha dicho que había un policía

que preguntaba por usted. ¿Le ha arrestado o ha sido a tía Amelia?

Ramsés estaba detrás de ella, tan cerca que la dorada cabellera de Nefret le acariciaba la barbilla.

- Yo apostaría por madre.

- No tengo ni idea de lo que quería -gruñó Emerson-. Podía haber tenido la delicadeza de decírmelo. ¡Ayudar a la policía! Será mejor que vayamos.

- ¿Vayamos?

- Tú y yo.

- Debe ser por lo que pasó la otra noche en el Jan -exclamó Nefret-. Me preguntó por qué no nos habrá interrogado la policía. Debemos ir todos. ¡Nuestra obligación como buenos ciudadanos es ayudar a la policía!

Emerson miró con optimismo a su hijo. Ramsés se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

- ¿Qué piensas que debemos decirles exactamente?

- Ah. -Nefret se acarició la barbilla en una imitación inconsciente de Emerson, ¿o fue consciente?-. Es una buena pregunta, muchacho. No soy partidaria de contar a la policía nuestro acuerdo con Farouk. Son unos metepatas…

- En estos momentos, no tenemos ningún acuerdo con Farouk -le interrumpió Emerson-. Además, querida, esto no es una consulta. Yo tomaré una decisión después de que haya oído lo que tiene que decirnos Russell. ¡Selim! Que los hombres sigan otras dos horas. Ya sabes lo que hay que buscar. Para inmediatamente si…

- Querido, sabe perfectamente lo que buscamos -dije-. ¿Por qué se lo vuelves a decir?

- ¡Maldita sea! -gritó Emerson.

Se fue con pasos majestuosos, la cabeza descubierta, sin chaqueta, solo y sin ataduras. Enseguida me di cuenta de que se dirigía hacia Mena House, donde habíamos dejado los caballos. Nefret soltó una exclamación algo vulgar y echó a correr detrás de él.

- No te olvides de las cámaras -dijo Ramsés.

- Tráelas tú. ¡Maldita sea, no puede creerse que se va a ir sin mí!

Ramsés, con los dientes apretados, entró en la tumba y empezó a guardarlas. La arena y el polvo eran muy dañinos para el delicado mecanismo; no convenía dejarlas descubiertas más tiempo del

estrictamente necesario. Dudé un instante y lo seguí.

- No puede acompañarnos -dijo él sin levantar la mirada.

- El señor Russell especificaba concretamente que no la lleváramos, pero tanto él como tú estáis siendo bastante tontos. Ella es cirujano: ha visto heridas espantosas y ha operado.

- Compruebo que estamos pensando lo mismo. -Ramsés cerró con fuerza las correas y se echó la caja al hombro.

- Es una posible explicación para que no acudiera a vuestra cita, pero a lo mejor no es la acertada. ¡No nos pongamos en lo peor!

- Es difícil no hacerlo tal y como van las cosas -me dijo por encima del hombro.

Se había marchado; aceleré el paso y lo alcancé.

- No hay prisa, tu padre no se irá sin nosotros.

- Perdón. -Aminoró el paso. Anduvo un rato con el ceño fruncido por la concentración.

- ¿Estaba usted incluida en la invitación? -me preguntó.

- No expresamente, pero…

- Pero va a venir en cualquier caso.

- Naturalmente.

- Naturalmente.

Salimos hacia El Cairo en cuanto nos hubimos cambiado. Russell nos recibió en la sala de espera del edificio de la Administración, si es que un cuarto polvoriento que sólo tenía dos sillas desvencijadas podía llamarse así. Tenía un gesto de desaprobación que estalló por un momento cuando vio a Nefret.

- ¡No! -gritó-. Profesor, le dije…

- No ha podido impedir que viniera -dijo Nefret. Le sonrió embaucadoramente y le alargó la mano enguantada-. No iba a ser tan grosero de excluirme, ¿verdad?

Por una vez, Nefret se encontró con la horma de su zapato. Russell le tomó la mano, la aguantó menos de dos segundos y se apartó.

- Voy a serlo, señorita Forth. Lo que el profesor decida contarle después a usted y a la señora Emerson, es asunto suyo. Los asuntos de la policía son asunto mío. Siéntese. Ordenaré que les traigan té. Caballeros, pasen a mi despacho.

DEL MANUSCRITO H

- Les he pedido que vengan -dijo Russell con una voz tan fría y solemne como todo él- porque uno de mis hombres me ha informado de que estaban presentes cuando hicimos la redada en la tienda de Aslimi. ¿Vieron al individuo que perseguíamos?

- Sí -dijo Emerson.

- Lo siguieron, ¿no es así?

- Sí, y lo alcanzamos -añadió Emerson.

- ¡Por todos los santos, profesor! ¿Tiene el descaro de decirme que lo dejaron escapar?

- La primera vez que comentamos el asunto, le dije que no iba a ayudarle a capturar a Wardani, pero que intentaría hablar con él para convencerlo de que se entregara.

La voz de Emerson era tan fuerte como la de Russell. Ramsés estaba convencido de que todos los policías del edificio estarían en el pasillo escuchando la conversación.

- ¡No era Wardani!

- Bueno, yo no lo sabía, ¿o sí? -preguntó Emerson indignado-. No lo supe hasta que acorralé a ese individuo. Resultó ser uno de los lugartenientes de Wardani. Nosotros… mmm… llegamos a un acuerdo.

- ¿Le importaría decirme a cuál?

- Sí. Quizá lo haga cuando haya hablado con él.

- Demasiado tarde -dijo Russell-. Acompáñenme.

Le siguieron por el pasillo y bajaron varios tramos de escaleras. Al estar bajo tierra, la habitación estaba algo más fresca, pero no mucho. Les llegó un olor espantoso incluso antes de abrir la puerta. Sólo había unas toscas mesas de madera. Todas menos dos estaban

vacías. Russell señaló uno de los bultos.

- Condenada ineficiencia -dijo-. Deberían haber enterrado a ése esta mañana, no se conserva bien. Aquí está nuestro hombre.

Levantó la sábana que cubría el otro cuerpo.

El rostro de Farouk no tenía marcas, excepto una línea morada que le rodeaba la boca y le atravesaba las mejillas. Si había muerto con dolor, algo indudable, no habían quedado huellas en los rasgos de la cara, que tenían la inexpresividad sobrenatural propia de la muerte. El cuerpo desnudo no tenía señales de heridas, excepto en las muñecas que eran una visión bastante desagradable. Las cuerdas se habían clavado casi hasta el hueso por la fuerza con la que intentó liberarse.

Russell hizo un gesto y dos hombres dieron la vuelta al cuerpo. La espalda, desde los hombros hasta la cintura, estaba cubierta por sangre seca que apenas dejaba ver las partes en carne viva.

- Un *kurbash* -dijo Emerson al cabo de un rato.

- ¿Cómo lo sabe?

Emerson enarcó sus imponentes cejas.

- ¿No lo sabe usted? Es una vieja costumbre turca. Las marcas que deja el látigo hecho con piel de hipopótamo son muy distintas de las que deja un látigo de siete colas o una caña de bambú. Ya las había visto antes.

Ramsés también las había visto. Una vez. Aquel hombre, como Farouk, fue azotado hasta la muerte. No lo amordazaron, al revés que a Farouk. Gritó hasta quedarse sin voz y su cuerpo siguió convulsionándose con cada latigazo incluso después de perder la consciencia. Una vieja costumbre turca que Ramsés habría conocido en su propio cuerpo si su padre no hubiera irrumpido antes de que empezaran con él. Se estremecía con sólo recordarlo y era uno de los motivos por los que había aceptado hacerse pasar por Wardani. Haría cualquier cosa por ayudar a expulsar a los otomanos de Egipto.

Emerson apoyó un dedo en la barbilla.

- Imponer la autoridad mediante el *kurbash*… También es corriente en Egipto.

- Prohibimos el *kurbash* hace años -dijo secamente Russell.

Emerson soltó una ristra de preguntas.

- ¿Tiene más marcas en el cuerpo? ¿Cuánto tiempo lleva

muerto? ¿Dónde lo encontraron?

- Conteste primero a mi pregunta, profesor.

- ¿Qué pregunta? Ah, esa pregunta. -Emerson frunció el ceño-. Si vamos a entrar en una discusión larga, preferiría tenerla en otro lado.

Él mismo encabezó el camino de vuelta al despacho de Russell. Se sentó en la silla más cómoda, que resultó ser la que estaba detrás de la mesa de Russell. El policía volvió a dejar la puerta entreabierta. El diálogo consiguiente, en el que Ramsés no habría podido meter baza ni aunque lo hubiese querido, fue más cáustico y más ruidoso que el anterior. Emerson consiguió la información que había pedido y contó a regañadientes las actividades que habían llevado a cabo aquella noche.

- ¿Por qué no comunicó a mis hombres la existencia de una puerta trasera? -gritó Russell.

Emerson le miró a los ojos.

- ¿Por qué no tuvieron la inteligencia mínima como para buscarla?

- ¡Maldita sea, profesor! -Russell dio un puñetazo en la mesa-. Si no se hubiera entrometido…

- Si no lo hubiera hecho, ese tipo se habría escapado tranquilamente. Accedió a encontrarse conmigo porque confiaba en mi palabra.

- Y porque le ofreció un soborno.

- Desde luego -admitió Emerson con cierta sorpresa-. Como dice mi querida esposa, es más fácil atrapar una mosca con miel que con vinagre. Por desgracia, parece ser que los otros se enteraron de sus intenciones. No tengo la culpa si fue imprudente. Muy bien, me parece que ha sido suficiente. Vamos, Ramsés, ya hemos perdido bastante tiempo «ayudando» a la policía… intentando hacer su trabajo, más bien.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

- Sólo un condenado segundo más, profesor -Russell se levantó de un salto y se acercó a él-. Debo advertirle…

- ¿Advertirme? -rugió Emerson mientras se giraba.

Ramsés decidió que era el momento de intervenir. Su padre estaba disfrutando enormemente y corría el peligro de entusiasmarse demasiado con su papel.

- Por favor, señor -exclamó-. El señor Russell sólo cumple con su deber. Le dije que no debíamos implicarnos.

- Esperaba que dijera eso -dijo despectivamente Russell-. Gracias por venir, profesor. Es usted una de las personas más exasperantes que he conocido, pero admiro su valor y su patriotismo.

- Bah -dijo Emerson.

Empujó la puerta y se oyeron una docena de pares de botas batirse en retirada precipitadamente. Ramsés se quedó el tiempo justo para decir unas palabras y conseguir que Russell asintiera con la cabeza.

Emerson, todavía furioso, entró bruscamente en la sala de espera, recogió a las mujeres y salió con todo el grupo del edificio de la Administración.

- ¿Y bien? -preguntó Nefret.

- Era él -contestó Emerson-. Lo que quedaba de él. Lo encontraron a primera hora de esta mañana en una acequia cerca del puente. Llevaba muerto unas doce horas.

- ¿Cómo murió?

Emerson se lo dijo. No entró en detalles, pero Nefret tenía una imaginación excelente y mucha experiencia. Palideció.

- Es espantoso. Han debido enterarse de que quería traicionarlos, ¿pero cómo?

- La explicación más probable -dijo lentamente Ramsés- es que él mismo se lo dijera y les pidiera más de lo que le había ofrecido padre. Ya sé que no parece muy sensato, pero Farouk era muy arrogante y pudo pensar que era capaz de negociar con ellos y salir indemne. Ellos se limitaron a deshacerse de un aliado innecesario y en el que no podían confiar. Además, eso tendría un efecto aleccionador en cualquiera que pudiera tener las mismas tentaciones.

- Una costumbre turca -repitió Emerson-. No tienen compasión ni con los traidores ni con los enemigos.

Entre juramentos, apartó a algunos chiquillos harapientos del coche y abrió la puerta para que entrara Nefret. Ramsés hizo lo mismo con su madre y observó que tenía los ojos clavados en él. Ella había estado inusualmente silenciosa; no le hizo falta el poco delicado comentario de Emerson para entender todas las implicaciones que tenía la muerte de Farouk. Al encontrarse con la

mirada fija de su madre, Ramsés se acordó de una descripción que hizo Nefret: «Cuando está enfadada, sus ojos parecen bolas de acero pulido». Ramsés supo que ella ya había tomado una determinación; que les sacaría a él y a David de esa situación aunque tuviera que acabar con todos los agentes alemanes y turcos de Oriente Próximo.

La esperanza brota siempre en el pecho de las personas, sobre todo en el mío, ya que soy optimista por naturaleza. Mientras nos dirigíamos hacia El Cairo, me dije que la reunión con Russell no tenía por qué significar el final de nuestras esperanzas; quizá la policía hubiera capturado a Farouk y el final de la farsa de Ramsés podía estar cerca.

Intentaba prepararme para lo peor mientras esperaba lo mejor (una tarea difícil hasta para mí). Sin embargo, la repugnante realidad me golpeó con más fuerza de la que había esperado. Me resultaba igual de difícil ocultar a Nefret la intensidad de mi ira y desesperación. Ella pensaba que hacíamos un servicio a nuestro país al acabar con una red de espías, pero no podía saber que teníamos un interés personal en ello. Me mordía el labio superior para dominar mi furia: contra Farouk por haber sido tan estúpido de hacerse matar antes de que pudiéramos interrogarlo y contra los desconocidos que lo habían asesinado tan cruelmente. ¿Qué habría dicho antes de morir?

La peor de las respuestas era que Farouk hubiera descubierto el doble juego de Ramsés y se lo hubiera dicho a aquellos que no dudarían en deshacerse de mi hijo como habían hecho con él. La más optimista era que sólo les hubiera hablado de nuestro acuerdo. Podíamos dar por seguro que los enemigos sabían que andábamos tras ellos. La conclusión era evidente: ¡debíamos pasar al ataque!

Me quedé pensando en silencio y di vueltas a algunas alternativas. Eran lo suficientemente atractivas como para que por una vez me olvidara de la conducción de Emerson.

- ¿Vamos a tomar el té en el Shepheard's? -preguntó con sorpresa Nefret-. Pensé que preferiríais ir a casa para comentar este desagradable giro que han dado los acontecimientos.

- No hay nada que comentar -dijo Emerson que había parado en seco ante la puerta del hotel.

- Pero, profesor…

- El asunto está zanjado -prosiguió Emerson-. Lo hemos

intentado y hemos fracasado, aunque no fuese por nuestra culpa; no podemos hacer nada más. Maldición, hay más gente en la terraza que de costumbre. ¿Esos idiotas no tienen nada mejor que hacer que vestirse con sus mejores galas y beber té?

Embistió escaleras arriba seguido de Nefret.

Nunca teníamos problemas para conseguir mesa en el Shepheard's, independientemente de lo lleno que estuviera. El *maître* se había percatado de la llegada del automóvil; cuando entramos en la terraza, ya había desalojado a un grupo de furiosos turistas americanos de una privilegiada mesa junto a la baranda y unos camareros la estaban limpiando.

Me recosté en la butaca y miré con aparente indiferencia a los vendedores que se amontonaban junto a la escalera. No podían entrar en la terraza ni en el hotel, una regla que se encargaba de hacer cumplir el portero montenegrino, pero se acercaban todo lo que podían. Había dos vendedores de flores, pero David no era ninguno de ellos.

Pobre David. Casi deseaba no tener que hacerle partícipe de nuestra desesperanza. Pero era imposible; a esas alturas podría haberse enterado por otros medios. Esos chismorreos se difunden con rapidez, no hay nada tan interesante para el mundo en general como un horrible asesinato.

Uno de los inconvenientes de aparecer en público es que uno tiene que ser educado con los conocidos. Me atrevería a decir que el ceño fruncido de Emerson consiguió que algunos de ellos no se acercaran, pero los puntos de vista pacifistas de Ramsés no le habían hecho *persona non grata* para las mujeres más jóvenes de El Cairo. Como dijo una vez Nefret (con bastante crudeza, en mi opinión): «Se parece bastante a la caza del zorro, tía Amelia; las jóvenes casaderas lo acosan como una jauría de sabuesos mientras las madres las jalean». No pasó mucho tiempo antes de que una bandada de jovencitas empezara a revolotear y cayeran sobre nosotros; algunas se dirigieron directamente a Ramsés y otras, que preferían la aproximación indirecta, saludaron a Nefret con gritos y algunas cursiladas.

- Querida, ¿dónde te has metido? Hace años que no te vemos.

- He estado muy ocupada -dijo Nefret-, pero me alegro de verte, Sylvia. Pensaba haberte llamado. ¿Qué demonios te propones al

escribir esas mentiras a Lía?

- ¡Caramba! -exclamó una de las jóvenes.

Sylvia Gorst se puso roja por la vergüenza y luego pálida por el pánico; el brillo que había en los ojos azules de Nefret habría asustado a una mujer mucho más valiente que ella.

- Conoces la situación de Lía -dijo Nefret-. Una amiga intentaría no preocuparla o asustarla. Le has escrito un montón de chismorreos, casi todos falsos y todos maliciosos. Si me entero de que vuelves a hacerlo, te abofetearé en público y… y…

- ¿Proclamaré a los cuatro vientos tu perfidia? -sugirió Ramsés.

Tenía las comisuras de los labios contraídas por la tensión.

- No es lo que yo habría dicho, pero la idea es la misma -dijo Nefret.

Sylvia rompió a llorar y sus agitadas amigas se la llevaron.

- Alabado sea Dios -dijo Emerson-. ¿Qué ha pasado?

- Has estado muy desagradable, Nefret -la reprendí con la intención de parecer severa, aunque no lo conseguí-. ¿Qué le ha contado a Lía?

- Me imagino que algo sobre mí -dijo Ramsés-. No hay duda de que tu intención era buena, Nefret, pero ese genio que tienes…

Nefret se encogió como si hubiera recibido un golpe y él se paró a mitad de la frase. Ella apartó la butaca y se levantó.

- Lo siento. Disculpadme.

- No debiste haberla regañado, Ramsés -le dije mientras veía cómo Nefret se dirigía apresuradamente hacia la puerta del hotel con la cabeza gacha-. Ya había empezado a arrepentirse de su irreflexión; lo hace siempre que pierde los nervios.

- No quise decir lo que ella ha creído que quería decir. -Parecía tan afligido como la propia Nefret-. ¿Por qué digo siempre lo que no debo?

- Porque las mujeres siempre se lo toman todo al revés -gruñó Emerson.

Nefret volvió repuesta y sonriente, y acompañada. El teniente Pinckney, que parecía muy satisfecho de sí mismo, estaba con ella. Naturalmente, la presencia de alguien que no era de la familia hizo que nadie se refiriera a los pequeños disgustos. Emerson no habría tenido inconveniente en hacerlo, pero seguía sin saber por qué se había organizado tanto jaleo.

Después de saludar al teniente, permití que los jóvenes siguieran con su conversación. Mientras recorría con la mirada los rostros de los demás clientes, me acordé de algo que había dicho Nefret: «Me parece como si todo el mundo llevara una máscara; como si interpretara un papel». En ese momento yo tenía la misma sensación. Todos esos rostros vacíos y bien alimentados (o no tan bien alimentados)… ¿Sería uno de ellos una máscara que ocultara los rasgos de un enemigo mortal?

Allí estaba la señora Fortescue; vestida de negro, como siempre y, como siempre, rodeada de admiradores. Muchos eran oficiales y muchos estaban en puestos muy altos. A juzgar por su encuentro con Ramsés, la dama (por darle el beneficio de la duda) no era mejor de lo que parecía ser. Philippides, el corrupto jefe del DIC, también estaba entre los presentes. ¿Sería un traidor además de un villano? La señora Pettigrew estaba mirándome, y su marido también; las dos caras redondas y coloradas tenían la misma expresión de altanera desaprobación. No, seguramente los Pettigrew no podrían serlo; no eran lo suficientemente inteligentes como para ser espías. Una capa negra que se arremolinaba; era el conde de Sevigny que avanzaba como el malvado de una opereta hacia la puerta de hotel, tenía un parecido asombroso con otro malvado que había conocido, pero Kalenischeff había muerto hacía tiempo a manos del hombre al que intentó traicionar.

Ramsés se excusó y se levantó. Lo observé mientras bajaba las escaleras y se mezclaba con el torbellino de vendedores que lo rodeó de inmediato. Como era una cabeza más alto que casi todos ellos, no me resultó difícil seguir sus pasos. Examinó la mercancía de algunos vendedores y se acercó a otro hombre, encorvado y tembloroso por la edad. En cuanto Ramsés hizo su compra, el individuo inclinó la cabeza y se marchó.

Los ramilletes de flores estaban bastante marchitos. Ramsés me dio uno a mí y otro a Nefret. Ella lo miró con una expresión especialmente amable; estaba claro que consideraba las flores como una disculpa tácita y que lo había perdonado. Nefret había estado enfrascada en una conversación con Pinckney, y yo estaba segura de que no había visto la maniobra de Ramsés. Emerson estaba impaciente. Había ido al Shepheard's con la única intención de permitir que Ramsés se comunicara con David; una vez hecho,

empezó a expresar abiertamente su aburrimiento.

- Es hora de irse a casa -anunció a la vez que interrumpía un halago de Pinckney.

Yo no me opuse, había encontrado la inspiración que buscaba.

* * *

Era imposible meditar un poco mientras Emerson conducía. Yo tenía puestos los cinco sentidos en agarrarme a cada volantazo; avisarle de los camellos y demás obstáculos e intentar evitar que insultara a los conductores de los otros automóviles. Por lo tanto, tuve que esperar hasta que llegamos a casa para poder pensar un rato en la idea que se me había ocurrido en el Shepheard's. Un largo y balsámico baño me proporcionó el ambiente adecuado.

Sethos estaba en El Cairo. Partí de esa premisa porque estaba segura de que así era. No tenía una formación en egiptología propiamente dicha, pero me había dedicado muchos años a ella y no se me habían escapado las circunstancias tan especiales que habían rodeado el descubrimiento de la estatua. Estoy segura de que no hace falta que explique mi razonamiento al lector informado (y como tal considero a la mayoría de mis lectores) porque él o ella habrán llegado a la misma conclusión. La estatua se había colocado en el pozo unos días antes de que la descubriéramos, y sólo había un hombre que podía hacer algo así.

Los motivos de Sethos estaban igual de claros. Estaba provocándome; me anunciaba su presencia; me desafiaba a que lo detuviera antes de que robara el museo, el polvorín o el propio yacimiento. Hacía tiempo que me había dado cuenta de que la confusión reinante en el Departamento de Antigüedades y en todo Egipto sería irresistible para un hombre con la profesión de Sethos. Alguien podría preguntarse por qué había dejado como tarjeta de presentación uno de sus tesoros más valiosos. Yo estaba segura de que era una de sus bromas. Tenía un sentido del humor muy peculiar y la broma se volvería contra nosotros si conseguía volver a robar la estatua. ¡Sería una bofetada en la cara para Emerson!

Me tumbé en la bañera y observé el tenue reflejo del agua en los azulejos del techo. No dudé un segundo que Emerson había llegado a la misma conclusión. Se le escapaban pocas cosas que tuvieran relación con la egiptología. Naturalmente, el querido e inocente Emerson suponía que yo no era lo suficientemente inteligente como

para pensar en ello. Él no me lo había dicho por el mismo motivo por el que yo había permanecido en silencio. Hablar de Sethos era un asunto muy delicado. Mi marido sabía que yo no le había dado motivos para estar celoso, pero los celos, querido lector, sí escapan al control del intelecto. ¿Acaso no había sentido yo su ponzoñosa picadura en mi corazón?

Sí, la había sentido. En cuanto a Sethos, él no ocultaba sus sentimientos. Al principio de conocernos, había intentado varias veces derrotar a su adversario, que era como consideraba a Emerson cuando estaba en mi presencia. Más adelante, me juró que nunca haría daño a nadie a quien yo quisiera. Evidentemente, en esa categoría estaba Emerson, y yo esperaba que Sethos lo aceptara. Para asegurarme, decidí que lo mejor era que yo encontrara a Sethos antes de que lo hiciera Emerson. Estaba segura de que podría hacerlo. Mi marido no le conocía tanto como yo. Emerson no lo reconocería con cualquier disfraz, como yo podría hacer… como yo había hecho… como yo creía que había hecho…

Tendría que prestar más atención al hombre del que sospechaba.

Puede que el lector se pregunte por qué si yo creía que Sethos no era culpable de nada más grave que de robar antigüedades, iba a concentrarme en encontrarlo en vez de intentar dar con el peor de los villanos, el agente enemigo que también podía ser un traidor a su patria. Contestaré a esa pregunta: en tiempos, la red de Sethos se había infiltrado en el submundo de la delincuencia de Egipto. Él conocía a todos los asesinos, a todos los ladrones, a todos los traficantes de drogas, a todos los hampones de El Cairo y podía utilizar por tanto ese conocimiento para identificar al hombre que yo estaba buscando, y vive Dios que lo haría, ¡yo le obligaría a hacerlo! Elevé el puño para dar fuerza a mi decisión y Emerson lo esquivó por los pelos; se había acercado sin que yo lo notara debido a lo profundamente concentrada que estaba.

- Madre mía, Peabody -dijo mientras se apartaba-. Si quieres intimidad no tienes más que decirlo.

- Te pido disculpas, querido -repliqué-. No sabía que estuvieras ahí. ¿Qué quieres?

- A ti, naturalmente. Llevas aquí casi una hora. Y -añadió mientras me miraba los dedos de los pies- estás tan arrugada como una uva pasa. ¿Qué estás tramando?

- Estaba disfrutando del agua fría y se me ha ido el santo al cielo. ¿Me ayudas a salir?

Sabía que lo haría y esperaba que la distracción evitara que siguiese haciendo preguntas. Lo hizo.

Cuando estuvimos vestidos y preparados para bajar, ya era bastante tarde. Di por supuesto que los demás ya lo habrían hecho, pero me paré delante de la habitación de Ramsés para escuchar. La puerta se abrió tan repentinamente que me encontró inclinada y con la oreja pegada al ojo de la cerradura.

- ¿Está escuchando detrás de las puertas, madre? -preguntó Ramsés.

- Es una costumbre que me avergüenza, pero muy útil -dije repitiendo una frase que él había dicho una vez, lo cual mereció una de sus escasas y cautivadoras sonrisas-. ¿Estás listo para bajar a cenar?

Ramsés asintió con la cabeza.

- La estaba esperando. Quería hablar un momento con usted.

- Y yo contigo -dijo Emerson-. No tuviste ocasión para escribir una nota, ¿qué le dijiste a David?

- Que se encuentre conmigo más tarde. Tenemos que comentar los últimos acontecimientos.

- Tráelo aquí -le apremié-. Me muero por verlo.

- No es una buena idea -dijo Emerson.

- No -Ramsés hizo un gesto para que nos moviéramos-. Hay un café en el pueblo de Giza al que voy de vez en cuando. Están acostumbrados a verme y no les extrañará que hable con un desconocido.

El plan era el mejor de todos los males. Me dirigí a la sala mientras pensaba cómo se podían reducir más los riesgos.

Nefret había estado escribiendo cartas.

- ¡Qué tarde bajáis todos hoy! -exclamó a la vez que dejaba la pluma-. Fátima ha venido dos veces para anunciar que la cena estaba preparada.

- Entonces, será mejor que vayamos directamente -dije-. Mahmud siempre quema la comida cuando nos retrasamos.

Nos sentamos a la mesa justo a tiempo para salvar la sopa. Me pareció apreciar un ligero sabor a quemado, pero los demás parecieron no darse cuenta.

- Me alegro de pasar una noche tranquila -dijo Emerson-. ¿No vas al hospital, Nefret?

- He llamado a Sophia y me ha dicho que no me necesitan.

Nefret se había cambiado, pero no se había puesto un vestido de noche. Llevaba uno viejo de muselina azul con flores verdes y blancas. Quizá lo hubiera conservado por razones sentimentales; una vez, Emerson le comentó lo guapa que estaba con él.

- Tenía pensado revelar algunas de las placas esta noche -continuó Nefret-. Voy algo retrasada. ¿Me echarías una mano, Ramsés?

- Voy a salir -contestó él bastante bruscamente.

- ¿Toda la noche? -Ella lo miró con candidez; una mirada del mismo color que el vestido.

La inocente pregunta tuvo un efecto muy extraño en Ramsés. Yo conocía ese semblante enigmático lo suficientemente bien como para captar la apenas imperceptible tensión en la boca.

- Iré un rato al pueblo. Quiero enterarme de lo que dicen de la estatua.

- ¿Crees que piensan robarla? -preguntó Nefret entre risas.

- Estoy seguro de que a más de uno le gustaría hacerlo -contestó Ramsés-. No tardaré mucho. Si me esperas unas horas, te ayudaré encantado.

Yo ofrecí mis servicios en su lugar y Nefret los aceptó. Toda la conversación fue muy extraña; hablamos, como solíamos hacer, de nuestro trabajo y de los planes para el futuro, pero me di cuenta de que hasta el propio Emerson tenía que hacer un esfuerzo para mostrar interés. Aunque quizá no fuera tan extraño si teníamos en cuenta que tres de los presentes estábamos ocultando algo al cuarto.

Después de cenar fuimos a la sala a tomar café. Habían llegado algunas cartas mientras estábamos fuera; muchos de nuestros conocidos seguían conservando la costumbre de enviar los mensajes en mano, a pesar del buen funcionamiento en general del servicio de correos. Había uno para mí de Katherine Vandergelt, el cual leí con un remordimiento renovado.

- No hemos visto casi a los Vandergelt -comenté-. Katherine no para de recordarnos nuestra promesa de visitarlos en Abusir.

Emerson se sobresaltó como si le hubiera pinchado con una aguja.

- ¡Maldición!

- ¿Qué pasa Emerson? -exclamé asustada-. ¿Dice algo esa carta?

- No. Eh… sí -Emerson arrugó la carta y se la guardó en el bolsillo-. En parte. Es de Maxwell, me pide que asista a una reunión mañana; ¡otro ejemplo de las espantosas distracciones que se dan en esta temporada! Tenía intención de ir a Abusir desde hace unos días.

- Una guerra es algo más que una distracción -dijo secamente Nefret-. Usted probablemente sea la única persona de ese comité que sabe de lo que habla, profesor. Está haciendo un gran servicio a Egipto.

- Mmm… -dijo Emerson.

- No puede durar eternamente. Algún día… -añadió Nefret.

- Tienes toda la razón -dije-. Cumplirás con tu obligación, Emerson, como lo haremos nosotros; algún día…

Nefret y yo pasamos varias horas revelando las placas. Cuando salimos, tanto Emerson como Ramsés se habían ido.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés podía recordar un tiempo en el que los carruajes, los camellos o los burros transportaban a los turistas a las pirámides por un camino polvoriento flanqueado de verdes campos. Pero los taxis y los automóviles habían conseguido que los peatones circularan en medio de todo tipo de peligros y el pueblo de Giza, antaño completamente aislado, había sido prácticamente absorbido por las casas y las villas nuevas. La guía *Baedeker,* la biblia del turista, lo despreciaba como carente de interés, pero todos los visitantes que iban a las pirámides debía atravesarlo por carretera o bajarse en su estación de tren, y sus habitantes los asaltaban como habían hecho siempre: vendiéndoles antigüedades falsas o alquilándoles burros. Al caer la noche, el pueblo se sumía en la somnolencia. Sus diversiones eran más bien escasas: unas tiendas, unos cafés y unos burdeles.

El café al que acudía Ramsés estaba a escasos minutos al oeste de la estación. No era tan pretencioso como los de El Cairo: el suelo era de tierra prensada, no de azulejos o ladrillo, y la entrada estaba formada por unas vigas de madera. Mientras se acercaba, Ramsés oyó una voz que subía y bajaba con una cadencia premeditada que a veces se interrumpía por las risas o las exclamaciones. Era un recitador, un contador de historias.

Debía llevar bastante tiempo con esa historia, ya que estaba en los más intrincado de un relato interminable llamado *La vida de Abu-Zayad.*

Unas lámparas colgadas de las vigas de madera mostraban al poeta subido en una banqueta que habían puesto encima del banco de adobe que había en la entrada del café. Era un hombre maduro

con una barba negra perfectamente recortada; sus manos sujetaban una especie de violín de una cuerda con el que se acompañaba. Los espectadores estaban sentados en el banco o en unas banquetas y fumaban sus pipas mientras lo escuchaban embelesados.

La narración, parte en prosa y parte en verso, contaba las aventuras de Abu-Zayad, comúnmente conocido como Barakat, el hijo de un emir que lo había abandonado porque el color oscuro de su piel arrojaba dudas sobre el honor de su madre. El emir había cometido una injusticia con su mujer; la piel oscura se la había dado un dios que siguió al pie de la letra las plegarias de la mujer:

«Raudo, del cielo descendió
un enorme pájaro de negro plumaje
se arrojó sobre las demás aves y las mató.
A dios clamé; ¡Oh Misericordioso,
dadme un hijo como ese pájaro!».

Ramsés, entre las sombras, escuchó complacido la voz melódica y bien modulada. Era una historia hermosa, tan picaresca y sangrienta como cualquier relato de la épica occidental y estaba convenientemente dividida en secciones o capítulos que terminaban con una oración. Cuando el narrador llegó al final de esa sección, Ramsés avanzó y se unió al público para recitar la oración de cierre.

Él y su padre estaban entre los pocos europeos a los que los egipcios se dirigían como si también fueran musulmanes; seguramente, porque las creencias religiosas de Emerson, o su falta de ellas, hacían que fuera difícil clasificarlo. «Por lo menos», había comentado filosóficamente alguien, «no es un perro cristiano». A Emerson eso le pareció muy gracioso.

Ramsés intercambió saludos con los demás parroquianos y saludó respetuosamente al recitador, a quien ya conocía. Un admirador que tomaba café se lo había presentado; el poeta hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza.

Ramsés se apartó lentamente del público y entró en la sucia habitación. Sólo dos criaturas se habían resistido al encanto del narrador. Una era un perro que estaba profundamente dormido y que tenía convulsiones. La otra estaba tirada en un banco y también parecía estar dormida. Ramsés le retiró bruscamente los pies del banco y se sentó.

- ¿No te conmueve la poesía? -le preguntó.

- No en este momento. -David se sentó-. Me he enterado.

- Me lo temía.

Ramsés le contó a David lo que había ocurrido, o dejado de ocurrir, la noche anterior.

- No sé cómo pudieron enterarse de sus intenciones, a no ser que él quisiera chantajearlos.

David asintió con la cabeza.

- Así que eso es el fin. ¿Qué hacemos ahora?

- Volver al plan original. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

David no respondió. Estaba inclinado hacia delante y cabizbajo.

- Lo siento -dijo Ramsés.

Decidió que podía arriesgarse a hablar en inglés; la voz del narrador era potente y nadie les prestaba atención.

- No seas ridículo.

- Gracias por el piropo. Hay una cosa que no hemos intentado.

- ¿Seguir la pista del turco?

- Sí. La primera vez que me encontré con él me… impidieron hacerlo. La segunda, tu preocupación por mí te lo impidió. Habrá otra oportunidad por lo menos, y esta vez haremos algo más que seguirlo. Como tú dijiste acertadamente, no tenemos que saber adónde va, sino de dónde viene. Sólo es un conductor contratado y seguramente se le podrá sobornar o persuadir. Pero eso significa que tenemos que cogerlo vivo, y eso no será fácil.

- El profesor estará encantado de echarle el guante -murmuró David-. ¿Vas a meterlo en esto?

- No, si puedo evitarlo. Tú y yo podemos manejarlo.

- Una entrega más.

- Eso me han dicho. Tiene que ser pronto. Por lo menos, Farouk está fuera de la circulación. Si intentan sustituirlo, sabremos quién es el espía.

- ¿Intentas animarme?

- Parece ser que no lo consigo.

- No puedo dejar de preguntarme qué les habrá dicho -dijo inexpresivamente David-. El *kurbash* sí que es persuasivo.

- ¿Qué puede haberles dicho aparte de que el poderoso y magnífico Padre de las Maldiciones intentó sobornarlo? No sabía nada de ti ni… ni del resto de la historia.

- Sabía lo de la casa de Maadi.

Ramsés soltó un juramento para sus adentros. Había tenido la esperanza de que la despierta mente de David hubiera pasado por alto ese dato tan interesante; un detalle cuya importancia, al parecer, sí había pasado por alto su padre. Aunque con Emerson nunca se sabía…

- Escúchame -dijo apremiantemente-, el acuerdo de padre con Farouk era algo que estaba completamente al margen de nuestro objetivo. No nos hemos comprometido a acabar con una red de espionaje entera, tan sólo estamos intentando evitar una pequeña revolución. Si lo conseguimos y no perdemos el pellejo, seremos muy afortunados. Me niego a implicarme en nada más. No pueden esperar que lo hagamos.

- Será mejor que bajes la voz.

Ramsés respiró profunda y regularmente.

- Y será mejor que tú te vayas. Lo digo en serio, David.

- Desde luego. -David se levantó y fue silenciosamente hacia la puerta. Luego se dio la vuelta con una exclamación sorda.

Ramsés fue donde estaba su amigo y miró afuera. No había duda sobre quién era la imponente figura que ocupaba el lugar de honor en el centro del público. Emerson fumaba su pipa y escuchaba atentamente.

- ¿Qué hace aquí? -susurró David.

- Hace de niñera -dijo Ramsés-. Me gustaría que no me tratara como…

- Tú hiciste lo mismo con él anoche.

- ¿Eh…?

David dejó escapar una risotada silenciosa.

- Me ha ahorrado tener que seguirte a casa. Hasta mañana.

Inclinó la cabeza para disimular la estatura y se abrió paso lentamente entre los hombres que lo rodeaban.

Ramsés avanzó un paso y se apoyó en el marco de la puerta como si llevara mucho tiempo allí.

Sabía que su padre lo había visto. Seguramente, Emerson habría visto también a David, pero no hizo nada por interceptarlo. Esperó educadamente a que un lamento del violín anunciara el final de otro capítulo, luego, se levantó y se acercó a Ramsés. Se alejaron camino de casa.

- ¿Alguna novedad? -le preguntó su padre.

- No. No hacía falta que me siguiera.

Emerson no hizo caso de ese comentario tan poco agradecido y cambió de tema.

- Estoy preocupado por tu madre.

- ¿Madre? ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

- No, no. Pero la conozco muy bien y esta tarde he notado un brillo especial en sus ojos. Ella no tiene mi don de la paciencia -dijo con pesar Emerson-. ¿Qué ha sido eso? ¿Has dicho algo?

- No, señor -Ramsés contuvo la risa-. Sobre madre…

- Ah, sí. Creo que está a punto de desbocarse y de ponerse en pie de guerra.

- A mí me ha dado la misma impresión. ¿Le ha dicho qué es lo que tiene entre ceja y ceja? Rezo para que no vaya a ver al general Maxwell y le diga que tiene que acabar con todo el asunto.

- No, eso voy a hacerlo yo.

- ¿Cómo? ¡No puede!

- La verdad es que podría. -Emerson se paró para rellenar la pipa-. Tranquilízate, muchacho, empiezas a tener el mismo genio que tu hermana. Hay veces que pienso que soy el único de esta familia que mantiene fría la cabeza.

Encendió una cerilla y Ramsés tuvo que hacer un esfuerzo para no decirle que a lo mejor no había sido una buena idea; que si alguien los había estado siguiendo…

Al parecer nadie lo había hecho. Emerson dio una profunda calada.

- Pero no lo haré. Mañana no hay ninguna reunión del comité; ha sido una excusa para visitarlo. ¡Qué demonios! Todo está muy turbio en este maldito asunto. Quiero saber lo que sabe Maxwell y decirle lo que creo que debe oír. No te preocupes, seré muy discreto.

- Sí, señor.

Era inútil discutir; sería como ponerse delante de una avalancha y decirle a las rocas que dejaran de caer.

- No crees que pueda ser discreto, ¿verdad? -rió Emerson-. Confía en mí. En cuanto a tu madre, creo que sé lo que le ronda por la cabeza. Cree que ha visto a Sethos. Pienso dejar que siga con sus inocentes investigaciones porque está sobre la pista equivocada.

- ¿Cómo lo sabe?

- Porque… mmm… lo sé. Porque sé que la persona de la que sospecha no es él.

- ¿De quién sospecha?

- Del conde.

- Estoy de acuerdo con usted. Es demasiado evidente.

- Desde luego.

Habían llegado cerca de su casa.

- Tengo que ir un rato a El Cairo -dijo Ramsés.

- Te acompañaré.

Él se lo había esperado y había previsto una excusa.

- No. No es uno de mis viajes habituales. Tengo que ver a alguien. No tardaré. Me llevaré unos de esos caballos, no a Risha, es demasiado conocido. Volveré dentro de una hora o así.

Emerson se quedó parado como un monolito.

- Por lo menos, dime dónde vas.

Por si acaso. No tenía por qué decirlo. Pero tenía razón.

- A ver a el-Gharbi.

Emerson pareció reventar. Ramsés se apresuró a dar una explicación.

- Lo sé, es un gusano traficante de carne humana y todo eso, pero tiene contactos con el hampa de El Cairo. Ya lo visité una vez; cuando quise saber de dónde había sacado las granadas ese pobre diablo a quien mataron delante del Shepheard's. Me dijo… algunas cosas interesantes. Creo que quiere verme otra vez. No pasó por el hospital porque estuviera preocupado por la chica.

- Ya me extrañaba a mí -Emerson se frotó la barbilla-. Mmm… Puede que tengas razón. Me imagino que merece la pena intentarlo. ¿Estás seguro de que no quieres…?

- Estoy seguro. No pasará nada.

- Siempre dices lo mismo.

- No siempre. Además, ¿qué diría madre si se entera de que ha estado en el Was'a?

* * *

Ramsés dejó el caballo, un tranquilo animal castrado que Emerson había alquilado para la temporada de excavación, en el Shepheard's y siguió a pie chapoteando entre el lodo fétido e informe hasta llegar a la puerta trasera que le mostraron la otra vez. Llamó y le abrieron inmediatamente, pero le hicieron esperar un

rato antes de que el-Gharbi lo recibiera.

El-Gharbi estaba envuelto en su túnica blanca favorita y sentado sobre un montón de almohadones brocados; con una mano se metía en la boca dátiles confitados mientras extendía la otra para que se la besara la muchedumbre de admiradores y pedigüeños que llenaban la sala de audiencias. Dio un teatral saltito de sorpresa al ver a Ramsés, quien sólo se había puesto un bigote y unas gafas; había llegado a la conclusión de que el mejor disfraz es el cambio de actitud y de gestos. El-Gharbi dio unas palmadas para expulsar a los aduladores y ofreció a Ramsés un sitio junto a él.

- Es una perla -proclamó-. Una gema de belleza excepcional, una gacela con ojos de paloma… Querido, no me mires con esa cara. ¿No te gusta que alabe la belleza de tu dama?

- No.

- Tenía curiosidad. ¡Tanta devoción de tantos admiradores! Ahora lo entiendo. Además tiene fuerza y es valiente. Esas virtudes en una mujer…

- ¿Por qué querías verme?

- ¿Yo? -El *kohl* que le perfilaba los ojos se cuarteó de tanto como los abrió-. Eres tú quien ha venido a verme.

Cuando Ramsés salió de allí un cuarto de hora más tarde, no estaba seguro de lo que el-Gharbi había querido que supiera. Era difícil intentar encontrar algo a lo que agarrarse en las lóbregas aguas de las insinuaciones de aquel chulo. Una vez más, el asunto central de la charla había sido Percy: sus idilios con distintas mujeres «respetables», el escondite secreto (excepto para el-Gharbi al que nada se le escapaba) al que las llevaba, la forma brutal con que trataba a las chicas del distrito de las persianas rojas. Ramsés pensó que seguramente nunca llegaría a saber con certeza qué había hecho o que estaba haciendo Percy para molestar de esa forma a el-Gharbi, quizá el daño que hacía a su «mercancía» era motivo suficiente, pero había una cosa clara: el-Gharbi quería a Percy muerto o sumido en la ignominia y quería que Ramsés le hiciera el trabajo.

Capítulo 10

Había decidido confiar en Nefret… hasta cierto punto. Estábamos terminando con la última placa fotográfica cuando le expliqué mis intenciones, y por un momento temí haberme precipitado. Sin embargo, Nefret consiguió sujetar la placa antes de que se rompiera.

- ¿Sethos? -exclamó-. ¿El conde? ¡Tía Amelia!

- Deja la placa, querida. Vamos a la otra habitación y te explicaré mi razonamiento.

No me sorprendió comprobar que Emerson había desaparecido, pues sabía que habría seguido a Ramsés para protegerlo, yo misma lo habría hecho. Nefret no comentó su ausencia; dio por sentado que habría ido al café.

Senté a Nefret en una butaca y le expliqué mis deducciones sobre la estatua. Comprobé que la idea tenía sentido para ella; en realidad, intentó decirme que también lo había pensado. Emerson y Ramsés hacen lo mismo siempre, de modo que sencillamente elevé la voz y seguí contándole el proceso de mis deducciones.

- Las pocas veces que lo he visto, me ha llamado la atención el parecido del conde con otro granuja que conocí una vez llamado Kalenischeff. Era de la banda de Sethos y un canalla de los pies a la cabeza; cuando intentó traicionar a su temible jefe, Sethos lo mató.

- Lo sé, tía Amelia.

- ¿Ah? ¿Te lo había contado?

- Tú nos has contado bastantes aventuras tuyas y Ramsés nos ha contado otras a David y a mí -se le suavizó el rostro con una sonrisa pensativa-. Solíamos reunimos en la habitación de Ramsés o en la

mía a fumar cigarrillos a escondidas y a sentirnos como pequeños diablos mientras comentábamos sus hazañas. Eran mucho más emocionantes que las leyendas populares.

Me enorgullecí.

- Con la ventaja de que, además, eran ciertas -tuve que añadir.

- Claro.

- Sethos ya ha adoptado la apariencia de personas reales otras veces -continué- Creo que le parece divertido. El hecho de que el conde me haya evitado repetidamente también me parece sospechoso. No pretendo presumir, pero creo que puedo alardear de que muchos recién llegados a El Cairo quieren trabar conocimiento conmigo o con Emerson.

- A mí no me ha evitado -murmuró Nefret.

La miré fijamente. Ella jugueteaba con un mechón de pelo; le brillaba como un anillo de oro alrededor del dedo.

- Mmm… Eso hace que mi plan sea más factible. Me gustaría que le pidieras al conde que te llevara a cenar mañana; a un hotel, naturalmente, en ningún caso debes estar a solas con él. Puedes pensar una excusa creíble, como… mmm…

- Puedo pensar una excusa -dijo Nefret-. Habla en serio, ¿verdad?

- Querida, no pensarás que iba a pedirte que te rebajaras tanto si no fuera en serio. No me sorprende que no hayas sospechado del conde; no has conocido a Sethos.

Nefret esbozó una sonrisa.

- Siempre he querido hacerlo.

La sonrisa me hizo presagiar algunas cosas que me vi obligada a manifestar.

- Debes olvidar cualquier idea romántica e infantil sobre Sethos. No intentes ser más lista que él. Limítate a ir con él (propuse el Shepheard's) para que yo pueda observarlo largo y tendido. Naturalmente, iré disfrazada.

- Ya -dijo Nefret-. Disfrazada, ¿cómo?

- De eso me ocupo yo. Oigo los ladridos de ese condenado perro. Deben ser Emerson y Ramsés. ¿Estamos de acuerdo?

- Haré cualquier cosa que me pida, tía Amelia. Cualquier cosa. Si sirve para algo…

Dejó que la frase se desvaneciera en el silencio.

- Sabía que podría contar contigo. No le cuentes a nadie nuestro plan.

- ¿No se lo va a decir al profesor por lo menos?

- Eso depende… Por fin habéis llegado, queridos. ¿Lo habéis pasado bien? Hemos tenido bastante trabajo mientras vosotros os divertíais.

* * *

Emerson nos puso en marcha al alba y así conseguimos aprovechar unas horas en el yacimiento antes de que él tuviera que asistir a la reunión con el general Maxwell. Me había repetido lo que Ramsés le había contado de su conversación con David; no me aportó nada nuevo, pero por lo menos me consoló saber que a las diez de la noche anterior, David estaba sano y salvo.

No era suficiente consuelo. El peligro aumentaba cada día que pasaba, y yo estaba más decidida a terminar de una vez con ese asunto tan horrible. Una vez que hube pensado una forma de proceder que me parecía que podía alcanzar su objetivo, pude concentrarme con más o menos éxito en nuestras actividades arqueológicas. Emerson se había ido y yo me quedé al mando. Expliqué mis intenciones a Nefret, Ramsés y Selim. Nunca tenía que explicar nada a Daoud, ya que él siempre hacía exactamente lo que yo le decía.

- Nadie admira más que yo la metodología de Emerson, pero me parece que hemos perdido mucho tiempo en esta mastaba. Selim, quiero que hoy la segunda cámara esté completamente limpia.

- Madre… -dijo Ramsés.

- Pero *Sitt Hakim*… -dijo Selim.

Nefret sonrió.

Su sonrisa se desvaneció cuando elevé la voz para silenciar a Ramsés y a Selim.

- Nefret y yo examinaremos el relleno. Ramsés, tú puedes ayudar a Selim a etiquetar los cestos según vayan llenándose. Cercioraos de que identificáis el estrato y el sitio exacto de dónde se sacan. De esa forma…

- Me parece, madre, que tanto Selim como yo conocemos el método -dijo Ramsés.

Tenía las cejas fruncidas hasta un punto muy notable.

Se abrió una rendija mínima en la barba de Selim.

- Sí, *Sitt Hakim.*

Sonreí a Daoud, que nos miraba con su cara afable de siempre.

- Entonces, ¡a trabajar!

Me atrevería a decir que mis palabras los espolearon para poner más energía. Daoud mantuvo funcionando las vagonetas y Nefret y yo estudiamos todos los cestos, pero apenas encontramos algo. Como yo quería impresionar a Emerson con nuestra eficiencia, los tuve trabajando hasta mucho después de la hora en la que solíamos parar para comer. Caí en la cuenta de mis otras responsabilidades cuando Ramsés vino donde estábamos nosotras; cuando ya era tarde.

Naturalmente, se había quitado el sombrero. Si bien pasa menos calor que la mayoría, se le habían rizado los espesos mechones y la camisa empapada se le pegaba al pecho y los hombros. Se notaba cierta falta de simetría en su musculatura, a pesar de mis esfuerzos por reducir el vendaje. Sólo esperaba que Nefret no fuera tan perspicaz como yo. No había dicho nada sobre la costumbre que tenía Ramsés últimamente de no quitarse la camisa en la excavación.

- Hemos encontrado algo bastante interesante -anunció-. Tendrás que sacar unas fotografías, Nefret.

Ella se puso de pie de un salto con el rostro radiante. Mi hijo me alargó la mano para ayudarme; la habría rechazado, pero tengo que reconocer que estaba un poco entumecida. Le pasa a cualquier persona, incluso a alguien en magnífica condición física como yo, después de pasar varias horas sentada en la misma posición.

La cámara estaba vacía casi hasta el suelo; había algunos relieves y otra puerta falsa, pero no fue eso lo que me llamó la atención. Un poco más allá del muro sur, los hombres habían sacado a la luz los muros de otra cámara más pequeña cuya existencia no habíamos sospechado. Comprendí inmediatamente que debía ser un *serdab,* una habitación en la que se depositaba la estatua del fallecido; así el alma del hombre o mujer enterrados podía comunicarse con el mundo exterior y participar de las ofrendas a través de una rendija en la pared que separaba el *serdab* de la capilla.

- ¿Cómo lo habéis encontrado? -pregunté mientras gateaba por la superficie hasta llegar a un punto desde donde pudiera mirar

hacía la cámara.

Se había retirado suficiente relleno como para poder distinguir el lado interno de las paredes. Sólo se conservaba una de las piedras originales que servían de cubierta. Los trozos que había sobre el montón de escombros indicaban que las demás se había derrumbado y se habían roto.

- Me di cuenta de que lo que parecía ser una grieta en la pared era demasiado regular, de modo que excavé un poco y me encontré con la sillería. -Se pasó los dedos por el pelo-. Los planos de la mastaba son más complejos de lo que pensábamos; se extiende hacia el sur con un tamaño que no podemos saber todavía. En cuanto al *serdab,* puede ver por qué quiero hacer fotografías antes de seguir vaciándolo.

- ¿Crees que hay una estatua?

- Sólo puedo esperarlo.

- Claro, claro -exclamé-. Nefret, trae la cámara.

Pusimos postes de medición a lo largo de las paredes y apoyados en ellas y Nefret obtuvo algunas placas. Yo estaba dispuesta a continuar, pero una protesta general me disuadió de hacerlo.

- Debemos esperar a padre -dijo Ramsés.

- ¡Tengo hambre! -añadió Nefret imitando perfectamente un lamento de la señorita Molly.

Selim expresó su opinión con un estruendoso suspiro, así que cedí. Apenas había empezado a abrir las cestas de comida cuando vi que Emerson se acercaba.

Su aspecto era muy raro, para empezar, seguía llevando la chaqueta y los pantalones de *tweed* que yo le había obligado a ponerse. Ver a Emerson con la chaqueta puesta a esa hora del día en la excavación indicaba un estado de preocupación que no tenía precedentes. La mirada perdida y el tambaleo no eran sino otras muestras de insólita inquietud. Parecía un sonámbulo y me pareció que corría un peligro grave de caer en una tumba. Le di un grito.

Enfocó la mirada.

- Ah, estáis ahí. La comida, fantástico.

- Emerson, hemos encontrado el *serdab* -le comuniqué.

- ¿El qué? Ah. -Tomó un emparedado-, fantástico.

Nefret, claramente asustada, le agarró de la manga e intentó sacudirlo. No consiguió que la monumental figura de Emerson se

moviera lo más mínimo, pero el gesto y la exclamación hicieron que prestara atención.

- Profesor, ¿ha oído? ¡Un *serdab* ¡Estatuas! Por lo menos es lo que esperamos. ¿Le pasa algo? ¿Le ha dado malas noticias el general?

- No sé por qué supones que no estoy escuchando -replicó secamente Emerson-, ni qué te hace pensar que ha habido malas noticias. Un *serdab.* Extraordinario. En cuanto al general, no ha sido más pesado de lo habitual -se metió en la boca lo que quedaba de emparedado y lo masticó.

Tuve la impresión de que estaba aprovechando que tenía la boca llena para inventarse una historia. Cuando le llegó la inspiración, tragó sonoramente y continuó.

- Los muy idiotas hablan de un *corvée,* de un batallón de trabajos forzados.

Ramsés no había apartado los ojos de su padre.

- Sería un desastre, sobre todo en estos momentos.

- Y una violación directa de lo que Maxwell había prometido. Dijo que Gran Bretaña no pediría ayuda a los egipcios en esta guerra -corroboró Emerson-. Espero haberle convencido de que no lo haga.

- ¿Eso es todo? -preguntó Nefret.

- ¿Te parece poco? Toda una mañana desperdiciada por unos burócratas rimbombantes. -Emerson se quitó la chaqueta, el chaleco, la corbata y la camisa. Los recogí del suelo junto con algunos botones-. A trabajar. ¿Habéis sacado fotografías? Ramsés déjame ver tus anotaciones. ¡Peabody, vuelve a tus escombros!

La desesperación de Emerson por haberse dado cuenta de que se había equivocado con el plano de la mastaba era tan grande que no pude hablar con él a solas durante un buen rato. Sólo conseguí llevármelo aparte después de que la excavación sacara a la luz la cabeza de la estatua y de que Nefret hubiera tomado unas fotografías.

- Maldita sea ¿Qué ha pasado? -le pregunté.

- ¿Qué ha pasado dónde? -Emerson intentó soltarse.

- Sabes dónde -dije mientras apretaba los dientes-. ¿Te han dicho algo sobre Ramsés? ¡Dímelo, Emerson, puedo soportarlo todo menos la ignorancia!

- Ah -las tupidas cejas de Emerson se relajaron y su mirada se suavizó-. Estás en la pista equivocada, cariño. La situación no ha empeorado; en realidad, ha mejorado con la eliminación de ese desgraciado. Maxwell me ha asegurado que la policía actuará dentro de quince días, en cuanto se haga la última entrega de armas.

- ¡Quince días! Otras dos semanas igual…

- A lo mejor podemos conseguir que sea menos tiempo.

Esperé que continuara, pero por toda respuesta él me rodeó con sus brazos y me besó en la frente, en la nariz y en los labios.

«Sí, profesor», pensé, «y si crees que vas a mantenerme al margen estás en un lamentable error».

Sin embargo, no soy tan infantil como para responder de la misma manera cuando alguien intenta engañarme. Aproveché el tiempo hasta que dejamos de trabajar.

El *serdab* no tenía una estatua sino cuatro; todas apretadas en un espacio muy pequeño. Representaban a unos particulares, el propietario de la tumba y sus familiares, por lo que no eran de una calidad tan extraordinaria como la de Kefrén, pero tenían un encanto ingenuo y estaban en excelentes condiciones. Las dejamos medio enterradas para protegerlas y nos fuimos a casa, mientras algunos de los hombres de confianza se quedaban de guardia. Ramsés se quedó también para comentar con ellos las medidas de seguridad. Iría a su cita directamente desde Giza.

Lo cierto era que no había forma humana de que yo pudiera ocultar completamente a Emerson mis planes para esa noche. Si no se daba cuenta antes de mi ausencia y de la de Nefret, lo haría al encontrarse solo en la mesa para cenar. Por lo tanto, decidí darle una versión ligeramente modificada de la verdad cuando estuviésemos solos. Siempre da buen resultado pasar al ataque cuando la posición de uno es algo vulnerable, por lo que empecé preguntándole qué quería decir con eso de que se podía acabar con la farsa de Ramsés antes de lo que había dicho Maxwell.

En ese momento, mi marido estaba en el baño. Debo puntualizar que mi elección del momento no fue un intento de socavar su confianza en sí mismo. La mayoría de las personas se encuentran indefensas e intranquilas cuando están desnudas. Ese no había sido jamás uno de los puntos débiles de Emerson. Se podría decir

incluso…

Me temo que empiezo a desviarme del asunto que nos ocupa. Una vez vestida, entré en el cuarto de baño, que era de estilo turco, y me senté en uno de los almohadones que había dispuesto alrededor de la bañera. Luego, me dirigí a mi marido.

Se desvaneció la sonrisa de satisfacción con la que me había recibido.

- Debí haber imaginado que no dejarías de darle vueltas al asunto -puntualizó.

- Efectivamente. ¿Entonces?

Emerson agarró el jabón.

- Como habrás comprendido, si localizáramos las vías de entrada, podríamos interceptar y capturar a quienes están introduciendo las armas en El Cairo. Conozco francamente bien el desierto oriental y tengo una teoría sobre la ruta más probable. Había pensado que podía dar una cabalgada por allí y echar una ojeada.

Era una idea que no se me había ocurrido.

- ¿Cuándo?

- Mañana.

- Muy bien -dije lentamente-. Mmm. No puedes llegar hasta Suez y volver en el mismo día.

- No había pensado hacer todo el camino. Pero tendré que salir pronto y volver tarde.

- No irás solo…

- Claro que no, querida. Iré con Ramsés, si él quiere venir.

- Emerson, ¿piensas gastar toda la pastilla de jabón?

Todas las partes de su cuerpo que sobresalían del agua, menos la cabeza, estaban cubiertas de burbujas de jabón. Emerson sonrió.

- Pulcritud se parece a virtud, querida. Agárrala.

La pastilla de jabón se me resbaló entre las manos y para cuando conseguí recuperarla, Emerson ya se había sumergido y estaba saliendo de la bañera.

- Muy bien -dijo mientras se cubría con una toalla-. Yo te he desvelado mis secretos. Te toca a ti. Estás tramando algo, Peabody; lo sé. ¿De qué se trata?

Le expliqué mi plan. Esperé objeciones, pero sólo obtuve una risotada.

- ¿Crees que el conde es Sethos?

- No he dicho eso. He dicho…

- Que era un personaje sospechoso. La mayoría de la gente te lo parece, pero no te preocupes. ¿Nefret ha consentido participar en ese absurdo… mmm… apasionante plan?

No correspondí a su sonrisa.

- Está desasosegada, Emerson. Conozco los síntomas y conozco a Nefret. No podemos confiar plenamente en ella, pero podemos darle una vía de salida segura para esa energía que la consume.

- Muy bien, Peabody, es posible que tengas razón -Emerson hinchó el ancho pecho al dejar escapar un suspiro impresionante-. Es muy desagradable tener que ocultarle las cosas a Nefret. Se lo contaremos todo cuando haya terminado.

- Naturalmente, querido. ¿Estás de acuerdo con mi plan?

- Lo acepto. No puedo hacer nada más.

DEL MANUSCRITO H

Cuando Ramsés volvió a casa, encontró a su padre en la sala. Emerson levantó la mirada del periódico que estaba leyendo.

- ¿Y bien?

Ramsés contestó con otra pregunta.

- ¿Dónde están madre y Nefret?

- Fuera. Puedes hablar tranquilamente. ¿Qué tal ha ido todo?

- Nadie ha intentado asesinarme, lo cual puede interpretarse como una buena señal -Ramsés se soltó la corbata y se dejó caer en una butaca-. Pero esos tipos no están nada contentos. Asad se me arrojó a los brazos temblando de alivio y los demás exigen entrar en acción. Las pasé canutas para tranquilizarlos.

- ¿Se han enterado de lo de Farouk?

- Todo el mundo en El Cairo se ha enterado; todo el mundo sabe también lo de nuestro encuentro con él.

- Ya -dijo Emerson- Bueno, entraba dentro de lo posible que las noticias se difundieran.

- Sobre todo después de que usted se peleara a gritos con Russell -Ramsés se frotó la frente-. Una de las acciones que propuso Rashad fue matarle a usted. Se presentó voluntario.

Emerson se rió entre dientes.

- Espero que lo hayas disuadido.

- Yo también lo espero. Es uno de los inconvenientes que tienen estos jóvenes agitadores. Cuando se apasionan, quieren echarse a la calle a por todo el mundo. Esta vez he conseguido imponerme, pero no sé hasta cuándo lograré dominarlos.

- ¿Cuándo es la última entrega?

- Ése es otro problema. Asad recibió ayer el mensaje. No supo lo

que decía hasta que lo descifré. El código es muy elemental, pero soy el único que tiene la clave. No nos entregarán la mercancía directamente a nosotros: la esconderán en alguna parte y nos dirán cuándo y dónde recogerla.

- Condenados -masculló Emerson sin excederse-. ¿No tienes ni idea de cuándo puede ser?

- No. Tuve una breve conversación con…

Un golpecito en la puerta hizo que se callara. Era Fátima que les ofrecía café y comida. Tuvieron que aceptar un trozo de pastel de ciruelas para que se fuera.

- ¿Con David? -preguntó Emerson.

Ramsés asintió con la cabeza.

- Nos encontramos en el andén de la estación. Él tomó el tren en una dirección y yo en la contraria. No había mucho de qué hablar. -Terminó el trozo de pastel-. ¿Dónde ha ido madre?

- Ha seguido a Nefret. Disfrazada. -Emerson se rió.

- ¿Cómo?

- ¿Quieres un whisky con soda?

- No, gracias. Durante las últimas semanas he bebido más que suficiente como para convertirme en abstemio…, aun teniendo en cuenta que he tirado la mayoría por una ventana o en un tiesto.

- La embriaguez es una buena excusa para muchas aberraciones. -Emerson se deleitó con un sorbo de su whisky-. En cuanto a tu madre, se le ha metido entre ceja y ceja ir a cazar espías. Ha convencido a Nefret para que vaya a cenar con uno de los sospechosos.

- ¿El conde?

- ¿Cómo lo has sabido?

- Es muy propio de madre fijarse en un personaje tan aparatoso. No creo que sea un agente enemigo, pero tampoco lo dejaría solo con una mujer que me importa.

- No estarán solos -replicó Emerson-. No pensarás que tu madre va a perderlos de vista, ¿verdad?

La preocupación de Ramsés se tornó en la terrible fascinación que le producían las actividades de su madre.

- ¿De qué se ha disfrazado? -preguntó imaginándose una serie de imágenes estrambóticas.

- Bueno, ha tomado prestada esa peluca amarilla que llevabas

cuando no eras tan alto y podías pasar por mujer. También se ha puesto gafas y una buena capa de pintura… -Emerson esbozó una sonrisa que acabó extendiéndose por todo el rostro-. No te preocupes, Selim ha ido con ella. Debo decir que el fez le da un aspecto más ridículo que a la mayoría de las personas, pero él estaba encantado.

- Alabado sea Dios. ¿Por quién se hace pasar? ¿Por uno de esos árabes delgaduchos a los que les gustan las mujeres extranjeras?

- Se podría discutir -dijo pensativamente Emerson-. ¿Quién gusta a quién? Nadie obliga a las mujeres. En cualquier caso, van a pasarlo muy bien y eso ha servido para alejar a Nefret y que podamos hablar a solas. Acércate una butaca.

Abrió el periódico que había estado leyendo y lo extendió sobre la mesa. Era un mapa de la península de Sinaí y del desierto oriental.

- Si pudieras enterarte de cómo se introducen las armas y capturar a quienes las traen, tus problemas se acabarían, ¿no?

- Seguramente. Tardarían en encontrar rutas alternativas, pero…

- No disponen de tanto tiempo -Emerson se quitó la pipa de la boca-. Va a haber un ataque al Canal de Suez dentro de unas semanas. Se ha sabido que hay movimientos de tropas en Siria; se dirigen hacia Ajua y Koseima, en la frontera egipcia. Esos idiotas de El Cairo, tan pagados de sí mismos, han decidido no defender la frontera; piensan que los turcos no pueden cruzar la península de Sinaí. Creo que se equivocan. Esos mismos idiotas han concentrado nuestras fuerzas al oeste del Canal; si se lo propusiera, un pastor de cabras podría tomar las escasas defensas que hay en la orilla oriental. Mira esto -la boquilla de la pipa señaló la línea de puntos que delimitaba la gran hazaña de Lesseps-. Nuestras tropas han cruzado el Canal y han ocupado casi cuarenta kilómetros hacia el norte, pero hay que defender otros ochenta. Hay barcos que patrullan los lagos; sin embargo, el resto está vigilado por algunas trincheras y unos cuantos campesinos de Lancashire.

- También hay artillería egipcia y una división de infantería india.

- Todos ellos musulmanes. ¿Y si responden a la llamada de la *yihad?*

- No les gustan tanto los turcos.

- Esperemos que no. En cualquier caso, no son suficientes. Hay más de cien mil enemigos acampados cerca de Beersheba.

- No le preguntaré cómo lo sabe.

- Lo sabe casi todo el mundo. Demasiada gente. Apostaría a que el Estado Mayor turco sabe tanto de nuestras defensas como nosotros. En cuanto a tu problema, creo que no hay grandes dificultades para transportar armas a través de la península de Sinaí hasta el Canal de Suez o el Golfo de Suez. La cuestión es cómo las traen a El Cairo. Conoces el desierto oriental. ¿Lo conoces bien?

- Lo suficiente como para saber que hay pocas rutas practicables entre el Canal y El Cairo. -Ramsés se inclinó más para acercarse al mapa-. Las rutas del norte son las que usamos nosotros y hay mucho tráfico en ellas, tanto por carretera como por ferrocarril. Si dejamos a un lado la dificultad que supone cruzar los lagos, la zona al sur de Ismailia presenta muchas dificultades para los camellos y los carros. No es un desierto de arena, es montañosos y rocoso y está lleno de barrancos. Algunas de las montañas tienen dos mil metros de altura.

- ¿Entonces? -preguntó Emerson como si fuera un profesor cargado de paciencia que animaba a un estudiante algo torpe.

Al menos eso le pareció a su hijo.

- Entonces, la ruta más evidente es ésta. -Señaló una línea de puntos que iba de El Cairo a Suez-. El antiguo camino de las caravanas y los peregrinos que iban a La Meca. Es también la ruta más directa.

- Estoy de acuerdo. ¿Por qué no vamos mañana a echar una ojeada?

- ¿Lo dice en serio?

- Desde luego. -La firme línea que marcaba la mandíbula de Emerson se endureció-. Antes o después, tendrán que decirte la fecha exacta del ataque para que tengas tiempo de preparar tu pequeña revolución y hacer que coincidan, pero si son tan juiciosos como yo pienso, esperaran hasta que sea lo más tarde posible. Quiero que David y tú salgáis de este asunto. Es algo que… mmm… es algo que preocupa a tu madre.

- A mí tampoco me hace gracia -dijo Ramsés-. Merece la pena intentar su idea, supongo.

Ramsés estaba menos entusiasmado de lo que dejó ver; le parecía casi imposible que fueran a descubrir algo. Sin embargo,

entendía los motivos que impulsaban a su padre a intentarlo. La gente de Wardani no era la única a la que le resultaba difícil esperar.

Después de haber fijado los detalles, Emerson tomó un libro y Ramsés se dirigió a la ventana. El jardín sombrío, tan sólo iluminado por las estrellas, era una vista preciosa; lo habría sido para alguien que no viera merodeadores en cada sombra ni oyera pisadas sospechosas en cada rumor del follaje. Se preguntó con melancolía si alguna vez sería capaz de disfrutar de una vista hermosa sin pensar en esas cosas, pero conocía a su familia y la respuesta más probable era que no. Aunque no hubiera guerra; su padre y su madre atraían a los enemigos como la miel a las moscas.

Había cosas que hacer, como repasar las copias de las inscripciones de la tumba y cotejarlas con las fotografías de Nefret. Su padre debería estar trabajando en el diario de la excavación, pero él sabía por qué estaba allí fingiendo que leía. Sabía lo mucho que le costaba dejar a su mujer sola, que se buscara problemas y que, seguramente, los encontrara. Ramsés sabía la respuesta, él sentía lo mismo, era como un dolor de cabeza sordo que le cubría todo el cuerpo.

Era casi medianoche cuando volvieron. Por una vez, el oído de su padre fue más agudo; Emerson se levantó de la butaca antes de que Ramsés hubiera oído el automóvil. Selim y su madre entraron juntos y Ramsés volvió a dejarse caer en la butaca. Una risa nerviosa se abrió camino entre los puros nervios. Su madre estaba horrorosa, pero Selim…

- ¿De dónde habéis sacado esas ropas?

Selim se quitó el fez y adoptó una pose. Se había puesto aceite en la barba y se había alisado el pelo; la chaqueta negra con solapas con brocados en oro le quedaba estrecha en el pecho y larga. Ramsés miró a su madre sin dar crédito a lo que estaba viendo. Tenía las gafas en la punta de la nariz y la peluca rubia platino se le había caído sobre la frente. ¿Qué demonios se había hecho en las cejas? Ella lo miró y se colocó bien la peluca.

- Selim conducía muy rápido -explicó.

- Sentaos y contádnoslo todo -dijo Emerson, que se sentía demasiado aliviado como para ser crítico-. Tú también, Selim. Quiero oír tu versión.

De buena gana, Selim acercó galantemente una butaca a su compañera de aventuras.

- Ha ido muy bien -dijo con una sonrisa de satisfacción-. No nos ha reconocido nadie, ¿verdad *sitt?*

- Desde luego que no -replicó la madre de Ramsés-. Hemos tenido una cena muy tranquila. Nefret estuvo con el conde.

- Él le besaba la mano muchas veces -dijo Selim.

- ¿Qué hizo ella? -preguntó Emerson.

- Ella se reía.

Emerson miró el reloj involuntariamente.

- No pareció que fuera aconsejable esperarla para seguirla. Estaban tomando café cuando nos marchamos, pero no creo que tarde.

- ¿Y si tarda? -la voz de Emerson subió de tono.

- Entonces le diré cuatro cosas.

- Y yo -dijo Emerson- le diré cuatro cosas al conde.

- No va a ser necesario. Ya está aquí.

Nefret entró. Tenía el rostro radiante y los ojos le brillaban en la penumbra.

Ramsés estuvo a punto de explotar por un ataque de celos puros y primitivos. Cómo había permitido que ese canalla con monóculo la besara…

- ¿Se ha atrevido ese gusano a abrazarte en el taxi? -preguntó con furia Emerson.

Nefret soltó una carcajada.

- Lo intentó, pero no lo consiguió. Es muy divertido. ¿Qué le ha parecido, tía Amelia?

- Estaba equivocada.

La confesión dejó a Emerson a mitad de un improperio. Miró a su mujer con la boca abierta.

- ¿Qué has dicho?

- He dicho que estaba equivocada, pero te agradezco, Nefret, que hicieras el esfuerzo.

No había amanecido cuando dejaron la casa a la mañana siguiente. Ramsés montado en Risha y su padre en el enorme caballo castrado que había alquilado. Cruzaron el río por los puentes que llevaban a la isla de Roda. Los primeros rayos de sol se divisaron detrás de las colinas cuando llegaron al barrio de Abbasia,

en el límite del desierto. Allí sólo había algunos hospitales, un manicomio, le escuela militar del ejército egipcio y cuarteles. Emerson dirigió el caballo hacia los cuarteles.

- El camino está por allí -dijo Ramsés.

- Lo sé, hijo, lo sé -replicó pacientemente su padre.

Ramsés se arrepintió de haber abierto la boca. Al cabo de un rato, Emerson consintió en darle una explicación.

- Maxwell me recordó que los militares no quitan los ojos de encima a quienes se dirigen hacia el desierto oriental. Informaremos al oficial de guardia y cumpliremos con las normas.

Era una explicación sensata, lo que hizo que Ramsés empezara a sospechar. La reacción habitual de su padre era no hacer caso de las normas.

Era pronto y los oficiales estaban todavía en el comedor. Emerson envió a un soldado para que los anunciara. El caballo resultaba un animal imponente, como lo era el mismo Emerson. Algunas personas salieron del edificio, pero él no desmontó, se limitó a mirarlos desde las alturas con un aire de amable condescendencia. Ramsés conocía a algunos, entre ellos a un hombre alto que llevaba falda escocesa y que le dirigió un gesto seco con la cabeza. Se presentó a Emerson.

- ¡Hamilton! -gritó con tono militar.

- ¡Emerson!

- He oído hablar de usted.

- Y yo de usted.

Hamilton se estiró, sacó pecho y se atusó el tupido bigote pelirrojo. Se encontraba en desventaja al estar a pie y se comportaba como un gallo frente a otro gallo más grande.

- No esperaba verlo por aquí.

- Naturalmente, ¿por qué iba a hacerlo? Sigo las normas, señor, sigo las normas. Estamos de expedición arqueológica. Hay unas ruinas a unas millas al sudoeste del pozo de Sitt Miryam. Llevo años deseando verlas de cerca.

El comandante analizó a Emerson con los ojos entrecerrados. Se detuvo en el rostro sonriente y en los brazos desnudos, oscuros como los de un árabe y muy fuertes. Pareció gustarle lo que vio, ya que se le relajó el gesto.

- Probablemente romanas -dijo lacónicamente.

- Ah. -Emerson sacó la pipa y la llenó-. ¿Conoce el lugar?

- He ido de caza por la zona. Hay restos antiguos por todos lados. Casi todos son apeaderos y campamentos. No creo que le interesen.

- Casi todos -repitió Emerson-. Sin embargo, nunca se sabe, ¿verdad? Caballeros, debemos continuar nuestro camino.

- Un momento, señor -dijo Hamilton-. Van armados, ¿no?

Emerson lo miró inexpresivamente.

- ¿Armados? ¿Para qué?

- Nunca se sabe, ¿verdad? -El otro hombre sonrió levemente-. Permítame que les preste esto; sólo por hoy.

Sacó un revolver de debajo de la chaqueta y se lo acercó a Emerson, quien ante la sorpresa de Ramsés lo aceptó.

- Muy amable. Intentaré no estropearlo.

Se lo iba a meter en el bolsillo del pantalón, pero se le cayó, lo agarró en el aire y acabó metiéndolo en el bolsillo de la chaqueta.

Uno de los subalternos lo miraba asombrado.

- ¿Sabe usarlo, señor? -dijo.

- Se apunta y se aprieta el gatillo, ¿no?

Ramsés, que sabía que su padre era un excelente tirador tanto con revólver como con rifle, esbozó una sonrisa al ver la cara del joven

- Bueno, señor… eh… sí, más o menos.

- Muy amable -repitió Emerson-. Buenos días, caballeros.

Cuando estaban a una distancia prudencial, Emerson sacó el revolver, lo abrió y giró el cilindro.

- Cargado y en perfecto estado.

- ¿Pensó que no lo estaría?

- Ya me pasó una vez -dijo ecuánimemente Emerson-. Tengo una mente repugnantemente recelosa. Especialmente cuando una persona que apenas conozco me hace un favor.

- Parece amable -dijo Ramsés-. Incluso a mí me lo ha parecido.

- Muy sospechoso -dijo Emerson con una risotada-. En fin, es posible que quedara seducido por mi extraordinario encanto.

Ramsés pensó que si algún encanto le había seducido no era ni el de Emerson ni el suyo. Sólo podía esperar que Nefret no le hubiera dado esperanzas al comandante. No sería el primero en cometer ese error.

- Un Webley tampoco sirve de mucho -siguió diciendo Emerson mientras se metía el arma debajo del cinturón-. Estos condenados cacharros no dan una. ¿Qué tipo de pistola llevas?

Era inútil preguntarle por qué lo sabía. Quizá hubiera notado el bulto que tenía debajo del brazo. La pistola Mauser semiautomática era grande y pesada, pero también resultaba imbatible en cuanto a velocidad y precisión. Ramsés se la pasó.

- Si uno tiene que llevar uno de estos cacharros infernales, debe ser el mejor.

Emerson lo examinó y se lo devolvió.

- Supongo que es una contribución de los turcos… Vaya, un bonito toque paradójico.

Cuando llegaron a lo alto de la meseta, el terreno se hizo más llano. El viejo sendero sólo era un poco más duro y más claro que el desierto que lo rodeaba y que no era de dunas y arena, como el occidental, sino de tierra árida y rocas. Había señales de circulación: excrementos de camello y burro; los huesos pelados y calcinados de animales devorados por depredadores; alguna colilla; los restos de cerámica basta que podía llevar allí tres mil años o tres horas. No había señales de que el hombre que buscaban hubiera pasado por allí, pero tampoco de que no lo hubiera hecho. A medida que el sol se elevaba, el color marrón de la tierra y de las rocas se iba haciendo cada vez más blanco. Emerson se puso el sombrero ante la insistencia de Ramsés. A mediodía habían avanzado poco más de cincuenta kilómetros y Ramsés distinguió un grupo de árboles entre la trémula neblina que levantaba el calor.

- Ya era hora -dijo Emerson, que lo había visto también.

Su caballo, como Risha, se había criado en el desierto y no eran muy exigentes, pero se merecían un descanso y agua.

Estaban muy cerca del pequeño oasis, cuando una voz les gritó y un grupo de hombres montados en camellos apareció en una elevación al norte del camino.

- ¿Beduinos? -preguntó Emerson que había entrecerrado los ojos.

- Creo que es una patrulla del desierto. Espero… -puntualizó.

Fueran quienes fuesen, los hombres iban armados con rifles.

El grupo uniformado hizo una maniobra que les cerró el camino y los rodeó. Sus caras oscuras y barbudas los habrían identificado aunque no hubieran llevado distintivos; eran punyabíes y

pertenecían a uno de los batallones indios.

- ¿Quiénes son y qué hacen aquí? -preguntó el *jemadar*-. Enséñenme sus documentos.

- ¿Qué documentos? -dijo Emerson-. Maldita sea, ¿no ve que somos ingleses?

- Algunos alemanes hablan inglés. Hay espías por esta parte del desierto. Deben acompañarnos.

Ramsés se quitó el salacot y se dirigió a uno de los patrulleros que tenía unos hombros casi tan impresionantes como los de Emerson.

- ¿Me recuerdas, Dalip Singh? -preguntó lo mejor que pudo en indio-. Nos conocimos en El Cairo el mes pasado.

Su indio no era muy bueno, pero surtió el efecto deseado. El soldado abrió los ojos de par en par y la cerrada barba se dividió por una sonrisa.

- ¡Ah! Eres el que llaman Hermano de los Demonios. Disculpe, pero no le veía la cara con claridad.

Ramsés presentó a su padre y después de que todos, excepto los camellos, se intercambiaran efusivos halagos, siguieron el camino hacia el oasis escoltados por sus nuevos amigos.

El aljibe conocido como el pozo de Sitt Myriam estaba rodeado de un murete de ladrillos medio derruido.

Casi todos los puntos de descanso que había en el desierto tenían nombres bíblicos y una leyenda propia; según los creyentes señalaban la ruta de la huida a Egipto, o el Éxodo, o los vagabundeos de José.

La sombra era escasa, pero aprovecharon la que había. Los camellos se arrodillaron con sus irritantes gruñidos y Ramsés dio agua a los caballos con el salacot. Emerson y el *jemadar* se sentaron juntos y se pusieron a hablar en una mezcla de inglés y árabe. Ramsés sabía que podía dejar que su padre hiciera las preguntas y se fue con la tropa para recibir una clase de idiomas.

Todos ellos, menos Dalip Singh, le trataron con cierta distancia, pero sus intentos por hablar su idioma y la disposición a aceptar las correcciones que le hacían rompieron el hielo enseguida. Tenían que explicarle las bromas, algunas de los cuales eran a su costa.

Al final, las risas resultaron demasiado ruidosas y el *jemadar,* como cualquier buen oficial, los llamó para cumplir con sus

obligaciones. Desaparecieron en medio de una nube de arena. Emerson se reclinó y sacó la pipa.

- ¿Cuándo aprendiste hindú?

- El verano pasado. Todavía no lo hablo bien.

- ¿Por qué te sonrió con tanta confianza ese individuo?

- Bueno, supongo que nos ganamos esa confianza mutuamente. En realidad, acabamos el uno en brazos del otro -Emerson lo miró con ojos interrogadores-. Alardeó de poder… tumbar de espaldas a cualquier hombre, yo acepté el reto. Él me enseñó un truco o dos y yo le enseñé otro. ¿Qué ha dicho el *jemadar?*

Emerson aspiró el humo de la pipa.

- Empiezo a pensar… que estamos… en el camino equivocado.

- ¿Por qué?

Emerson terminó de encender la pipa.

- Esos tipos y otros patrullan día y noche la zona que hay entre el pozo y el Canal. El *jemadar* asegura insistentemente que es imposible que haya pasado algo tan grande como un carro de ésos. Ya sabes cómo se oyen los sonidos en medio de la noche.

- A lo mejor utilizan camellos.

- Los camellos también hacen ruido, sobre todo cuando no quieres que lo hagan. Esas bestias pardas… -añadió Emerson.

- Entiendo lo que quiere decir. -Ramsés encendió un cigarrillo-. Empieza a ponerse demasiado complicado, ¿no? Un transporte terrestre desde la frontera siria, luego pasarlo a botes o balsas para descargarlo y volver a cargarlo para cruzar el desierto con toda la zona vigilada.

- Hay otras rutas. Son más largas, pero más seguras.

- Desde la costa occidental del Delta.

- O desde Libia. Los otomanos han armado y entrenado a las tribus senussi durante años. Los senussi odian a Gran Bretaña porque apoyó a los italianos para que conquistaran la zona donde viven. Estarían encantados de ayudar a pasar armas para los enemigos de Gran Bretaña. Además, tienen simpatizantes en todas las rutas de caravanas desde Siwa al oeste.

Fumaron un rato en silencio.

- Podemos volver -dijo Ramsés.

- Ya que hemos llegado hasta aquí… -empezó a decir Emerson.

- ¡Esas malditas ruinas no, padre!

- No están lejos; a unas pocas millas.

- Si no volvemos antes de que anochezca, madre vendrá a buscarnos.

- No sabe dónde estamos -dijo Emerson con una satisfacción perversa-. No tardaremos. Podemos volver a dar de beber a los caballos cuando regresemos.

Vació la pipa y se levantó. Ramsés no tuvo valor para discutir, aunque no le gustaba la decisión de su padre. El sol empezaba a bajar hacia el oeste. El aire seguía siendo abrasador y parecía como si las moscas se hubieran multiplicado por mil.

Como había temido, las pocas millas de su padre se habían convertido en una distancia considerable. De frente y a la derecha, los impresionantes riscos de los montes Araka se recortaban contra el cielo. Al norte del camino se veía otra cordillera mayor aún. Por fin, Emerson giró al sur y rodeó las laderas con más pendiente de una de las colinas más pequeñas.

- Allí -dijo señalando.

A primera vista, el montón de piedras parecía un accidente natural más. Luego, Ramsés pudo distinguir unas formas tan regulares que sólo podía haberlas hecho la mano del hombre: muros bajos, una masa de piedras derrumbada que alguna vez debió ser una torre o un pilón. También había una forma cilíndrica y larga medio enterrada en la arena que podía ser una columna caída. Los ojos de Emerson no podían engañarlo; aquello no era un apeadero.

Ramsés siguió a su padre, quien había obligado a trotar a su remiso corcel. Iba un poco detrás de su padre cuando oyó el chasquido seco de un rifle. El caballo de Emerson relinchó, se encabritó y cayó al suelo. Ramsés detuvo a Risha y desmontó. No fue consciente de haber desenfundado la pistola hasta que la vio en su mano; esquivó las coces del animal herido, le disparó una bala a la cabeza para acabar con su sufrimiento y unas cuantas más en la dirección de donde había venido el primer disparo antes de arrodillarse junto a su padre.

Emerson había saltado o lo habían derribado. Seguramente fue lo primero, porque tuvo el tiempo y el sentido común suficiente como para evitar que el caballo le cayera encima. Estaba inmóvil sobre un costado, con los brazos y las piernas encogidos y los ojos cerrados. Ramsés se debatía entre la necesidad de ponerlo a

cubierto y el miedo a moverlo, hasta que le estiró las piernas para ver si tenía algún hueso roto. La respiración de Emerson cambió de ritmo y Ramsés lo miró a la cara. Tenía los ojos abiertos.

- ¿Le has alcanzado? -le preguntó.

- Lo dudo -contestó Ramsés con un suspiro de alivio-. Espero haberle hecho comprender que será mejor que no asome la cabeza. ¿Le ha dado?

- No.

- ¿Tiene algo roto?

- No. Vamos a ponernos a cubierto detrás del muro.

Se sentó, palideció y se cayó de espaldas. Ramsés lo sujetó antes de que su cabeza, que había perdido el salacot, se golpeara contra el suelo. Se había puesto enfermo al pensar que su padre podía haber muerto o estar gravemente herido. Consiguió pasar el nudo que tenía en la garganta y estalló en un torrente de palabras llenas de furia.

- ¡Por el amor de Dios, padre! ¿Podría dejar de comportarse como si fuera omnipotente y omnisciente? ¡Ya sé que tenemos que ponernos a cubierto! Me ocuparé de eso cuando sepa la gravedad de las heridas.

Emerson lanzó una mirada de reproche a su hijo.

- No hace falta que grites, muchacho. Me he dislocado el hombro, nada más.

- ¿Eso es todo? -Los dos agacharon la cabeza y un disparó pasó silbando-. De acuerdo, vamos. Cuélguese de mí.

Después de un esfuerzo que los dejó exhaustos, llegaron al muro en ruinas, con Risha pisándoles los talones. Ramsés dejó a su padre en el suelo y se secó las manos sudorosas en los pantalones.

- Vuelve a recordarle que no debe asomar la cabeza -sugirió Emerson.

- Padre -dijo Ramsés intentando no levantar la voz-, si vuelve a hacer una sugerencia innecesaria, insultante e insensata…

- Mmm, es verdad, lo siento -replicó mansamente Emerson.

- No quiero gastar munición, no tengo más. Dentro de poco anochecerá y aquí estaremos seguros, a no ser que él cambie de posición. Si se mueve, lo oiré. Antes de nada volveré a meterle el hombro en su sitio. ¿Debo continuar?

- Tu brazo. No está… -Sus ojos se encontraron con los de

Ramsés-. Ejem… lo que tú digas, hijo.

Ramsés había oído la historia de cómo se había dislocado el brazo Emerson la primera vez. La versión de su madre era muy romántica y poco veraz; según ella, una roca arrolló a Emerson cuando la protegía de un desprendimiento. Hasta ahí todo era factible, lo que no se creía era que ella le hubiera vuelto a meter el hombro es su sitio. Era una operación que exigía fuerza, sobre todo cuando la víctima era tan fornida como Emerson. Nefret hizo una demostración una vez con Ramsés como supuesto herido; la hizo con tanto entusiasmo que él juraría que le había dejado grabada para siempre la huella del pie debajo del brazo.

Durante unos segundos interminables, Ramsés pensó que no sería capaz de hacerlo. Sin embargo, tenía el brazo derecho en perfecto estado y el izquierdo podía servirle de alguna ayuda. Un tirón y un giro, acompañados de un alarido de Emerson, hicieron el resto.

El trámite había sido mucho más doloroso para su padre que para él. Emerson se había desmayado. Ramsés le echó agua por la cara y entre los labios, luego se mojó la mano y se la pasó por la boca. Tenía la misma temperatura que el aire, pero se agradecía. La cara de su padre se secó inmediatamente y volvió a arder. El agua se evapora casi instantáneamente en el desierto.

- ¿Padre? -susurró.

Una vez resueltas las urgencias más elementales, tuvo tiempo para recapacitar. Había chillado a su padre y le había llamado…

- Bien hecho -dijo débilmente Emerson.

- En cualquier caso, está hecho. Tome un poco de agua, siento que no sea brandy.

Emerson se rió.

- Yo también. Tu madre nos dirá, como hace tantas veces, que debemos imitar su costumbre de no salir de casa sin esas cosillas tan útiles.

Dio un trago de la cantimplora y la apartó.

- Ahórrala. Mi cantimplora está debajo de ese desdichado animal y no merece la pena arriesgarse… eh… ¿puedo fumar?

- ¿Me lo pregunta? Supongo… que sí. Mejor que lo haga ahora que no después de que anochezca.

- No pensarás que nos vamos a quedar hasta que anochezca,

¿verdad?

- ¿Qué otra cosa podemos hacer? -Ramsés tomó la pipa de la mano de su padre y se la devolvió después de llenarla-. Risha no puede con los dos y sería una locura exponernos a un tirador como ése. Alcanzó a su caballo con el primer disparo y los demás nos pasaron rozando.

El rifle volvió a dar señales de vida. La bala se incrustó en la arena al lado del cuerpo del animal. La segunda bala entró en el cuerpo con un sonido sordo.

- Está en algún sitio de ese risco al sudeste -dijo Ramsés. Emerson abrió la boca, pero el joven se anticipó-. Olvídese de los binoculares, un reflejo del sol le daría la posición exacta de su diana. He disparado tres… no, cuatro veces. Sólo me quedan seis balas y…

- Un rifle tiene mucho más alcance que una pistola -dijo Emerson-. No debes extenderte en lo evidente, hijo mío. Me parece que vamos a pasar un rato aquí.

Ramsés miró alrededor. Unos metros a su derecha, el terreno hacía una hondonada con unos restos de muros a los lados. Señaló el lugar a su padre y éste estuvo encantado de reconocer que ofrecía una protección mejor para todos. Incluso aceptó el brazo que le ofreció Ramsés. Llevar a Risha a la hondonada fue algo más desesperante, pero acabó transigiendo.

Lo celebraron con otro trago de agua caliente y fumando un poco más. Los rayos oblicuos del sol empezaban a ser dorados por detrás del muro que los protegía.

- Por la mañana, alguien vendrá a buscarnos -dijo Ramsés.

- Seguro.

Parecía resignado a esperar hasta que los rescataran. No parecía él. A Ramsés se le ocurrieron otras ideas, pero no tenía intención de proponerlas. Aparte de golpearle en la cabeza, no habría forma de evitar que su padre quisiera colaborar, y él no quería ayuda de un hombre herido que resultaba ser…

Alguien a quien amaba.

Emerson apoyó la cabeza en la chaqueta doblada de Ramsés y se quedó dormido. Ramsés observó las sombras que atravesaban el rostro sereno de su padre y se preguntó por qué a todo el mundo le resultaba tan difícil pronunciar esa palabra. Él amaba a sus padres,

pero no se lo había dicho nunca y dudaba que fuera a hacerlo jamás. Ellos tampoco se lo habían dicho a él.

¿Era tan importante una palabra? Nunca había visto llorar a su madre hasta la otra noche y sabía que las lágrimas habían sido por él: lágrimas de preocupación y alivio y, quizá, de algo de orgullo. Había sido un reconocimiento de sus sentimientos más profundo que los abrazos, los besos o las palabras vacías. Daba igual…

Emerson abrió los ojos y Ramsés se sobresaltó, como si temiera que su padre pudiera leer sus pensamientos más íntimos. Emerson no había estado dormido; había estado pensando.

- Después de todo, ¿estaban equivocadas nuestras brillantes deducciones sobre la ruta?

- Creo que no -dijo Ramsés-. No habría tenido sentido matarnos para evitar que dijéramos a las autoridades lo que hemos encontrado; ¡no hemos encontrado absolutamente nada! Es más bien como si alguien hubiera aprovechado la ocasión de encontrarnos solos en este lugar recóndito para deshacerse de… Padre, me buscan a mí. Siento haberle metido en esto.

- No seas majadero -gruñó Emerson.

- No, señor.

Su padre miró al suelo. Ramsés tardó unos segundos eternos en interpretar correctamente esa expresión; nunca le había visto con aspecto… culpable. Abatido, los labios apretados, cabizbajo.

- No -repitió-. Yo no le he metido en esto, ¿verdad? Usted fue directamente a buscar a Hamilton esta mañana. Usted le dijo que vendríamos aquí. Usted…

Su padre tosió como pidiendo disculpas.

- Adelante -dijo-, llámame cualquier cosa que se te ocurra. Yo fui el majadero; yo pensaba que entre los dos podríamos lidiar con unos asesinos que nos tendieran una emboscada, pero no contaba con caerme del maldito caballo. Si te pasara algo por mi torpeza o mi estupidez, no me lo perdonaría jamás. Ni tu madre tampoco -añadió sombríamente.

- No pasa nada, padre. -Notó una sensación incongruente de placer-. Entre los dos… (¿de verdad tenía su padre un concepto tan elevado de él?). En realidad, no hay nadie con quien preferiría… mmm… sabe lo que quiero decir.

«Demasiado británico», habría dicho David. Ambos. Emerson

levantó la cabeza.

- Ya… sí… mmm… a mí me pasa lo mismo.

Después de haber dado rienda suelta a ese arrebato sentimental, aceptó un cigarrillo de la pitillera que le ofreció Ramsés y dejó que se lo encendiera.

- ¿Por qué sospechó de Hamilton?

- ¿Hamilton? -Emerson parecía sorprendido-. No, no, hijo mío, me malinterpretas. No sospecho de él, lo más que sospecho es que sea espantosamente aburrido.

- Pero la otra noche dejó entrever que conocía la identidad de Sethos. No lo niegue, padre, no habría estado tan seguro de que madre estaba sobre la pista equivocada si usted no hubiera sospechado de alguien. Yo creía…

- De acuerdo, maldita sea, era muy sospechoso que Hamilton nos evitara de esa forma, ¿no? En cuanto le puse los ojos encima, supe que no era nuestro hombre. Le dije dónde nos dirigíamos por si nos pasaba algo; para que alguien supiera dónde estábamos.

- Ah.

- Hubo una serie de oficiales que oyeron nuestra conversación. Alguno de ellos ha podido comentar nuestras intenciones con otra gente. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Hablamos de un círculo limitado de personas; todos británicos, oficiales y caballeros. Uno de ellos trabaja para el enemigo. Tuvo tiempo de llegar aquí antes que nosotros.

- O de enviar a alguien para que nos esperara.

- O de ponerse en contacto por radio.

Emerson se movió; estaba incómodo. Era evidente que le dolía, pero habría preferido morirse antes de reconocerlo. Ramsés se soltó la pistolera, se quitó la camisa y la rasgó en tiras.

- Déjeme que le vende el hombro. Nefret me enseñó a hacerlo.

- No creo que vayas a hacerlo peor que tu madre -dijo Emerson con una sonrisa pensativa-. Ella rasgó sus enaguas. Las mujeres llevaban docenas. Muy útiles como vendas, pero condenadamente desesperantes para otros propósitos.

Ramsés dejó caer la tira de tela por la sorpresa. ¿Había sido un doble sentido subido de tono? La verdad era que no tenía nada de doble, pero oír a su padre decir esas cosas de su madre…

- Aunque me imagino que se apañaría… -dijo Ramsés con cierta

osadía.

Emerson se rió.

- Mmm, sí. Gracias, hijo. Me siento mejor.

- ¿Por qué no intenta dormir? No tenemos nada mejor que hacer.

- Despiértame dentro de cuatro horas -murmuró Emerson-. Haremos turnos para vigilar.

- Sí, señor.

Cuatro horas después sería noche cerrada. Había luna nueva, pero las estrellas darían algo de luz. Ramsés no sabía bien qué, pero tenía que hacer algo. Las noches en el desierto eran terriblemente frías. No tenían mantas y les quedaba poca agua. Emerson había dejado la chaqueta, la cantimplora, el arma, todo, excepto su adorada pipa, en la silla del caballo. Risha permanecía quieto con la orgullosa cabeza inclinada. Él también pasaría hambre y sed esa noche; de no haber necesitado el agua para su padre, se la habría dado a él. Sobrevivirían, todos ellos, y no le importaba aguantar hasta el final si lo peor que podía pasarles era que estuvieran un poco incómodos.

¿Abandonaría el asesino cuando llegara la oscuridad? Era muy improbable. Si le hubiera enviado él, habría querido una prueba de que había hecho su trabajo. Se imaginó una escena espantosa: soldados egipcios que apilaban los trofeos de guerra después de una batalla. Unas veces cortaban las manos de sus enemigos; otras veces eran otras partes de cuerpo.

Ramsés empezó a soltarse las botas.

* * *

El sol se puso y la oscuridad del crepúsculo lo desdibujaba todo. Oyó el ruido que había estado esperando. Fue muy leve, tan sólo el rodar de un guijarro, pero se escuchó claramente en medio del extraño silencio del desierto. Aguzó el oído, pero no oyó nada más. No era un animal. Sólo un hombre que había cometido un error se tomaría tanto trabajo para moverse tan silenciosamente.

Se levantó y se movió con la máxima cautela a lo largo del muro. Iba descalzo y podía sentir cualquier irregularidad del terreno. Aquel bastardo sabía dónde estaban, pero un traspiés le avisaría de que estaban despiertos y alerta. Entonces, oyó otro ruido que lo paralizó por la sorpresa.

- Eh, ¿hay alguien?

Un destello de luz iluminó a quien dijo esas palabras: un oficial británico con chaqueta caqui y pantalones cortos, gorra y polainas. Levantó el brazo para taparse los ojos.

- Ya veo que sí -dijo tranquilamente-. Será mejor que apague eso, amigo. El tipo que le disparaba seguramente se habrá largado, pero no conviene correr riesgos.

Emerson estaba de pie. Era capaz de moverse tan silenciosamente como una serpiente estuviese herido, enfermo o medio muerto. Era evidente que no se había dormido.

- Nos estaba buscando, ¿verdad?

- Sí, señor. ¿Es usted el profesor Emerson? Uno de los soldados de la patrulla del desierto oyó disparos y como no habían vuelto, algunos de nosotros salimos a buscarlos.

- ¿No está solo?

- Hay otros tres compañeros que me esperan en la boca del cauce seco del río, donde dejé mi caballo. ¿Está su hijo con usted?

Ramsés se mantuvo quieto y pegado al muro. Pudo ver el distintivo del hombre: las dos estrellas de teniente y la insignia del cuarenta y dos de Lancashire. No tenía nada en la mano y la pistolera estaba cerrada. La caracterización era perfecta, pero era más que improbable que los militares hubieran enviado una patrulla a esas horas para buscar a unos excursionistas perdidos. Además, si bien su acento era irreprochable, la entonación no era perfecta. Ramsés tuvo que admirar la sangre fría de aquel hombre. La emboscada había fallado y quería dejar el asunto zanjado antes de que se hiciera de día y alguien fuera a buscarlos.

Emerson divagaba, hacía preguntas y contestaba las que le hacían a él, como un hombre al que el alivio le ha soltado la lengua. Mantenía la linterna apuntando a los ojos del recién llegado, aunque no había dicho nada sobre el paradero de Ramsés.

- Me temo que voy a tener que pedirles prestado uno de sus caballos -dijo con tono de disculpa-. Me he dado un buen golpe, ¿sabe? Si me diera su brazo…

Durante un segundo o dos, Ramsés pensó que iba a funcionar. El oficial asintió amablemente con la cabeza y dio un paso adelante.

No llevaba la pistola en la pistolera. Se la había puesto en el cinturón, en la espalda. Ramsés vio el destello fugaz y siniestro que

le llegó del cañón del arma que se giraba en su dirección. Él le apuntó con su pistola, pero antes de que pudiera disparar, Emerson dejó caer la linterna y se abalanzó sobre el alemán.

Cayeron a los pies de Ramsés. Por puro milagro, la linterna no se había apagado; Ramsés vio que el hombre más ligero cayó al suelo bajo el peso de Emerson, pero tenía libres los brazos e intentaba usarlos a la vez. Dio un puñetazo a Emerson en la mandíbula y Ramsés le quitó la pistola de la otra mano con una patada. Su padre dejó escapar un alarido de furia y agarró al alemán de la garganta con una mano. Ramsés le dio otra patada y el individuo dejó de sacudirse.

Emerson se sentó en los muslos de cuerpo yaciente y se frotó la mandíbula.

- Discúlpeme por haber sido tan lento -dijo Ramsés.

Emerson sonrió y lo miró desde abajo.

- Entre los dos juntamos un buen par de brazos, ¿eh?

- Me ha salvado la vida. Otra vez. -dijo Ramsés.

- Yo diría que estamos empatados. Intenté cegarlo, pero su visión nocturna debe ser casi tan buena como la tuya. Fue por ti primero porque debió verme desarmado e incapacitado. ¿Qué hacemos con él?

Ramsés se puso de cuclillas mientras se preguntaba si alguna vez tendría la calma de su padre.

- Atarlo, supongo. Aunque no tengo ni idea de con qué.

- Esas polainas tienen metros de un tejido magnífico y resistente. Me parece que está despertándose. Métele la pistola en la oreja. Es bastante irritable y no me gustaría tener que volver a discutir con él.

A Ramsés le pareció una buena idea y la puso en práctica. Emerson recogió la linterna y la colocó más eficientemente mientras desenrollaba las tiras de tela de las piernas del individuo. Ramsés estudió aquella cara con curiosidad. Era un rostro enérgico, estrecho en la frente, se ensanchaba en la mandíbula y en una barbilla protuberante, aunque la boca, relajada por la inconsciencia, tenía una forma casi delicada. Era más joven de lo que parecía. El pelo, el bigote y las escasas cejas eran rubios, casi blancos por el sol. Movió los labios y abrió los ojos. Eran azules.

- *Sind Sie ruhig* -dijo Ramsés-. *Rühren Sie sich und ich schiesse.*

Verstehen Sie?

- Entiendo.

- ¿Prefiere hablar en inglés? -preguntó Emerson mientras le ataba tiras de tela alrededor del los tobillos-. No lo ha hecho muy bien, ¿sabe? Se descubrió cuando sacó la pistola.

- Lo sé.

- ¿Está solo?

Dirigió los ojos hacia Ramsés y luego los bajó al suelo. Emerson había conseguido hacer el nudo sujetando un extremo entre los dientes. Tenía los labios levantados y parecía un lobo rasgando la ropa de su víctima. El alemán tragó saliva.

- ¿Qué van a hacer conmigo?

- Llevarlo a El Cairo -dijo Ramsés. Emerson seguía atando nudos-. Pero antes tenemos unas cuantas preguntas que hacerle. Le recomiendo fervientemente que contesté la verdad. Mi padre no es una persona muy paciente y está bastante molesto con usted.

- ¿Torturan a los prisioneros? -El muchacho intentó mostrarse despectivo.

Ramsés pensó que no tendría mucho más de veinte años. La edad justa para llevar a cabo una empresa como esa; estaría dispuesto a morir por la Madre Patria o cualquier causa igual de vaga, pero también estaría convencido de que la muerte no podría ni rozarlo a él. Debió de haber ido al colegio en Inglaterra.

- Dios mío, no -dijo Emerson-, pero no podemos garantizarle lo que le pasará en El Cairo. Lleva puesto un uniforme del enemigo, muchacho, y ya sabe lo que significa eso. Colabore con nosotros y a lo mejor no se ve ante un pelotón de fusilamiento. Primero quiero su nombre y el nombre de la persona que lo envió.

- Mi nombre es… -dudó- Hienrich Fechter. Mi padre trabaja en un banco en Berlín.

- Fantástico -dijo animadamente Emerson-. Espero sinceramente que algún día vuelva a verlo. ¿Quién le ha enviado?

- Yo… -se pasó la lengua por los labios-. Comprendo que debo rendirme. Han ganado. Les felicito.

Levantó la mano izquierda. Ramsés vio el movimiento, pero la fracción de segundo que tardó en comprender la verdadera intención del muchacho fue demasiado larga. Tenía los músculos del brazo y de la mano en plena tensión para evitar que le

arrebataran el arma; antes de que pudiera apartar la pistola, el pulgar del chico alemán encontró el gatillo y lo apretó. La bala de gran calibre le voló la cabeza en medio de una horrorosa nube de sangre y cerebro, huesos astillados y pelos.

- ¡Dios! -Ramsés se levantó de un salto y se dio la vuelta a la vez que dejaba caer la pistola.

La noche era fría, pero no tanto como el gélido espanto que estremeció su cuerpo. Su padre le puso la chaqueta sobre los hombros desnudos y la sujetó con manos firmes.

- ¿Estás mejor?

- Sí, padre. Lo siento.

- Nunca te disculpes por sentir compasión. No ante mí. Bueno, manos a la obra.

Fue una tarea vil y terrible. La búsqueda dio como fruto unos documentos diestramente falsificados, entre los que había una fotografía desgastada de una anciana de pelo gris y rostro encantador que seguramente no era su madre. Emerson se los guardó en el bolsillo.

- ¿Intentamos encontrar su caballo?

- No vamos a dejarlo que se muera de hambre y sed.

- No, pero buscar de noche en este terreno supone arriesgarnos a rompernos una pierna. Mandaremos a alguien que lo busque por la mañana, y que busque el campamento.

Había que hacer otra cosa. Ninguno de los dos la mencionó. Se pusieron a trabajar en silencio y agrandaron un hoyo que había en el extremo del muro. Ramsés le envolvió la cabeza destrozada con la chaqueta antes de mover el cuerpo. Un empujón derribó lo que quedaba del muro sobre la tumba.

- ¿Te acuerdas de su nombre? -dijo Emerson.

- Sí.

No era probable que fuera a olvidarlo jamás, ni que desatendiera la petición que iba implícita en la única respuesta que les dio a sus preguntas. Algún día, ese hombre que trabajaba en un banco de Berlín sabría que su hijo había muerto como un héroe, por si le servía de algún consuelo.

«Otra muerte, otro final estéril», pensó Ramsés. No parecía que hubiera una solución fácil.

Recuperó la cantimplora del cuerpo del caballo de Emerson y

dio de beber a Risha antes de dirigirse a su padre.

- ¿Quiere ir por delante? Avanzará más si va solo. Yo volveré enseguida.

- No, por todos los santos. ¿Si vuelvo a caerme? Ve tú, yo esperaré aquí.

Ramsés sabía perfectamente lo que tramaba su padre y esa vez no dudó en decírselo.

- Quiere explorar las malditas ruinas, ¿verdad? Si cree que voy a dejarlo dando tumbos en la oscuridad sin agua ni medio de transporte, está equivocado. Iremos juntos; usted montará a Risha y yo caminaré.

Habían apagado la linterna para ahorrar las pocas pilas que quedaban. No pudo distinguir la expresión de Emerson, pero oyó una leve risotada.

- Terco como un camello. Muy bien, hijo, ayúdame a levantarme. Cuanto antes volvamos, mejor. Sabe Dios lo que estará haciendo tu madre.

Capítulo 11

El piso estaba en el elegante barrio de Ismailiaya. Me quedé en un carruaje que había alquilado y lo vi entrar en el edificio poco después de las tres. Había almorzado fuera.

Yo no mentía a no ser que fuera absolutamente necesario, esa vez lo había sido. Si Emerson hubiera sabido lo que me proponía, no me habría quitado la vista de encima. Si hubiera dicho la verdad a Nefret, habría insistido en acompañarme. Ninguna de las dos cosas habría sido aceptable.

Di media hora a mi presa para que se acomodara y me miré en el espejo de mano para ver cómo estaba. ¡El disfraz era perfecto! Nunca había visto a nadie que se pareciera más a una mujer que iba a una cita galante. El único problema era el sombrero, que tendía a inclinarse porque las agujas no atravesaban la peluca hasta alcanzar mi pelo. Me lo coloqué bien, bajé el velo y crucé la calle. El portero estaba dormido (los porteros siempre suelen estarlo). Tomé el ascensor al segundo piso y llamé con la campanilla. Un sirviente apareció; el color oscuro y el fez eran egipcios, aunque llevaba un traje de mayordomo europeo de corte inmaculado. Cuando me preguntó mi nombre, me puse el dedo en los labios y sonreí con complicidad.

- No tiene que anunciarme. Está esperándome.

Evidentemente, el conde estaba acostumbrado a recibir mujeres que no daban su nombre. El hombre se inclinó y me condujo a la sala. Abrió la puerta y me hizo un gesto para que pasara.

La habitación era pequeña, pero estaba elegantemente decorada. Un hombre, de espaldas a mí, escribía en un escritorio junto a las

ventanas. Al parecer, coincidía con Emerson en que las prendas ajustadas interferían en las ocupaciones intelectuales. Se había quitado la chaqueta y el chaleco y tenía las mangas remangadas.

Agarré con fuerza el parasol, me coloqué el sombrero y entré. El sirviente cerró la puerta. El pelo negro, el bigote y las gafas eran los del conde de Sevigny. La elegancia flexible de la postura, el cuerpo bien proporcionado y los ojos, de un tono ambiguo entre gris y marrón, eran de otra persona.

- ¡Por fin! -exclamó-. Estaba esperándote para tomar el té, querida. ¿Serías tan amable de servirlo?

Señaló hacia una mesa con un elegante servicio de plata y un carrito con emparedados y pasteles glaseados.

- Por favor siéntate para que yo pueda hacer lo mismo -dijo educadamente Sethos-. Tenía la idea de que te gustaban los emparedados de pepino.

- ¿Emparedados de pepino? -dije una vez recuperado el dominio de mí misma-. En este momento no me apetecen. No nos entretengamos con ceremonias. Siéntate y pon las manos donde pueda verlas.

Dio una zancada y se colocó a mi lado.

- La peluca no te favorece -dijo mientras me quitaba con destreza el sombrero y la peluca que iba sujeta (bastante precariamente) a él-. Si me permites una crítica, el parasol no entona con el vestido.

Di un paso a atrás y cayó la mano que había apoyado en mi hombro. No intentó detenerme. Se limitó a cruzar los brazos y a mirarme con un gesto burlón de lo más irritante mientras yo luchaba en vano con el mango del parasol. Seguía atascándose. ¡Tendría que hablar seriamente con ese bribón de Jamal cuando volviese a casa!

Si es que volvía.

- ¿Puedo ayudarte? -preguntó Sethos.

Alargó la mano. La sonrisa y el gesto despectivo me dieron las fuerzas que necesitaba. El cierre cedió. Desenvainé la hoja y la esgrimí.

- ¡Ja! -grité-. Ahora veremos quién da las órdenes. Siéntate en esa butaca.

Parecía bastante imperturbable para tener una punta afilada a

un dedo de la yugular, pero obedeció la orden.

- Un pequeño aparato de lo más curioso -comentó-. Apártalo, querida. No vas a utilizarlo; eres incapaz de cortarle el cuello a un hombre a sangre fría y no tengo intención de calentarla.

Sus ojos grises, o marrón avellana, brillaron con malicia. ¿De qué color eran? Sethos dejó escapar un pequeño grito de dolor.

- Por favor, Amelia -dijo lastimeramente.

Un hilillo de sangre le corría por el cuello desnudo.

- Ha sido un accidente -dije algo perpleja.

- Lo sé. Te perdono. Siéntate y sírveme una taza de té. No hay motivo para que tengas una actitud tan combativa. Has ganado. Me rindo.

- ¿Te rindes? ¿He ganado?

Sethos se reclinó y apoyó las manos en los brazos de la butaca.

- Me imagino que habrás dejado el mensaje habitual para que lo abran si no vuelves a casa, de modo que no puedo retenerte indefinidamente; tu marido y tu hijo tardarán unas horas en volver, pero hay otras personas que podrían venir a buscarte, entre otras esa tigresa tan atractiva, tu hija. Aunque no sea fruto de tu cuerpo. A veces, Amelia, me maravillo de que seas tan inteligente para tantas cosas y que no veas otras que están delante de tus narices.

- ¡Maldita sea! -grité realmente desconcertada-. ¿Cómo sabes…? ¿Qué quieres decir…? Intentas cambiar de tema. Estábamos hablando de…

- Mi rendición -Sethos sonrió-. Te pido disculpas. La conversación contigo es tan agradable que siempre quiero prolongarla.

- Acepto tu rendición. Acompáñame. Tengo un carruaje esperándome.

Me puse en posición de ataque; las piernas separadas y la espada adelantada. Sethos hizo una serie de gestos con la boca. En vez de levantarse, se inclinó hacia delante con las manos cruzadas. Eran unas manos cuidadas y de dedos largos y los brazos que las movían tenían unas proporciones que muchos jóvenes envidiarían.

- No me has entendido, querida Amelia. Ya te has adueñado de mi corazón y puedes disponer del resto de mi cuerpo, pero no para depositarlo en una celda. Lo que quería decir era que has acabado con la utilidad de este personaje. Nadie volverá a ver al conde en El

Cairo. Ahora, siéntate, toma el té y hablaremos como amigos de toda la vida. Quién sabe, a lo mejor consigues engañarme para que te dé una información que te permita acabar conmigo de una vez por todas.

Hizo otra mueca. ¡Se reía de mí! Pensé que era mejor así; era tan arrogante que pensaba que yo no sería capaz de pillarlo con la guardia baja. ¡Ya lo veríamos!

Me senté en el sofá que había detrás de la mesita de té, dejé el parasol, sin envainarlo, apoyado en uno de los almohadones y el bolso de mano a mis pies. Mi posición había mejorado, ya que tenía las dos manos libres. No había podido sacar las esposas ni la pistola ni la cuerda mientras sostenía la espada. Lo derrotaría, pero antes de hacerlo prisionero quería que me respondiera a algunas preguntas.

- ¿Por qué sabes que Emerson y Ramsés no volverán hasta dentro de unas horas? -pregunté mientras servía el té-. ¿Leche? ¿Limón? ¿Azúcar?

- Limón, por favor. Sin azúcar.

Se inclinó para tomar la taza de mi mano y nuestras miradas se encontraron. ¿Seguro que eran marrones?

- ¿Cómo te atreves a hablar de Nefret con esa confianza? -continué mientras me servía té.

Los nervios me habían dado sed y sabía que el té no podía tener una droga porque había servido las dos tazas de la misma tetera.

- ¿Qué insinuabas al informarme de algo que yo sabía perfectamente…?

- ¡Un momento! -Sethos levantó las manos-. Un poco de orden y método, querida, si no te importa. Déjame que conteste a las preguntas una a una.

- Te lo ruego.

Él señaló la bandeja de emparedados. Yo los rechacé con un movimiento de cabeza. Su sonrisa se hizo más amplia.

- No les he puesto ningún veneno. -Tomó uno, aparentemente al azar, y lo mordió.

- Sin embargo, me esperabas. ¿Por qué sabías que vendría hoy?

Sethos tragó.

- ¡Otra pregunta! Son unos emparedados excelentes, por cierto. ¿Estás segura de que no quieres? Muy bien, te esperaba hoy porque

sabía que anoche me reconociste.

- Te dije que te reconocería en cualquier sitio, llevaras el disfraz que llevases.

- Sí. Es conmovedor, ¿verdad? Te creí cuando me lo dijiste y he tenido cuidado de alejarme de ti, aunque no he podido evitar darte una muestra de mi afecto. ¿Vas a agradecérmelo adecuadamente?

La mirada arrebatadora que me lanzó habría sido más efectiva si no hubiese sabido que estaba tomándome el pelo.

- Fue un gesto estúpido -dije con seriedad.

- Sí, me imagino que lo fue. Una iniciada en psicología como tú podría decir que lo hice porque, subconscientemente, quería que me encontraras. No previ que fueras a seguir a la joven, ¿lo hiciste o fue un plan conjunto?, pero te reconocí al instante, a pesar de esa peluca infame. Funciona en los dos sentido, ¿sabes? Los ojos del amor…

- Déjate de monsergas.

- Te pido disculpas. De modo que como sé que tienes la costumbre inveterada de entrar en acción inmediatamente sin pararte a pensar en las posibles consecuencias, me imaginé que vendrías hoy. Mi seguridad aumentó cuando me enteré, de fuentes que no voy a revelar, de que tu marido se había ido al desierto oriental a ver unas ruinas. Al menos eso es lo que él ha dicho. ¿Qué busca realmente?

Esbocé una sonrisa irónica.

- No pensarás que voy a reconocer algo que nos perjudique, ¿verdad? No hay nada que reconocer. Emerson es arqueólogo; no espía.

- ¿Como tu hijo?

La expresión de esos ojos camaleónicos me produjo un escalofrío. Lo disimulé con una pequeña carcajada.

- Qué absurdo. Todo el mundo conoce la opinión de Ramsés sobre la guerra. Tú también debes conocerla.

- Sé mucho sobre ese muchacho. Como lo saben otros. Las personas de las que hablo dudan mucho de la sinceridad de las opiniones de Ramsés.

- Persona, quieres decir. Te refieres a ti mismo, ¿no? Alguien que se dedica a una actividad tan vil como la tuya siempre piensa que los demás también hacen un doble juego.

El insulto le dio de pleno. Endureció el gesto y se puso en tensión.

- Sirvo fielmente a mis actuales patrones. Puedes no aprobar mis métodos, pero no estás en la mejor posición para criticarlos.

- ¿Qué quieres decir? -exclamé horrorizada.

- Cómo… pues que tú harías exactamente lo mismo si tuvieras mi preparación. Por suerte, no la tienes, pero si la tuvieras, no dudarías en arriesgar sólo la vida sino el honor también.

- No entiendo.

Sin embargo, había entendido y me sentí aterrada y consternada. Trabajaba para el enemigo y estaba avisándome de que sus «patrones», como él los llamaba, sospechaban de Ramsés. Esas referencias sarcásticas al devenir de la vida y al honor describían a la perfección la farsa de mi hijo. Sethos me prometió una vez que nunca haría daño a alguien que yo amara; esa advertencia indirecta era una forma de cumplir su promesa.

Metí la mano en el bolso que tenía a mis pies y noté que él se ponía rígido a la vez que seguía con la mirada el movimiento de mi mano; tenía el cuerpo tenso como un resorte y supe que había cometido un error fatal. Pensaba que su único delito era traficar con antigüedades ilegales y había dado por sentado que… noté que me ruborizaba por la vergüenza. Sí, había dado por sentado que podría aprovecharme de ese aprecio que decía tenerme para que hiciera lo que yo le pidiera. ¡Qué tonta había sido! Era más despreciable que un ladrón; era un espía y un traidor y no iba a arriesgarme a que se escapara en ese momento, no cuando la vida de mi hijo dependía de lo que él sabía. No podría vencerle. No podía atarlo o esposarlo si no lo dejaba inconsciente primero, y dudaba que fuera a ser tan amable como para darse la vuelta y permitirme que le golpeara. Eso me dejaba la pistola como único recurso. Pero, ¿qué pasaría si fallaba el primer disparo o si sólo lo hería? Conocía su fuerza y su agilidad; él ya estaba preparado para un ataque y se abalanzaría sobre mí antes de que pudiera sacar el arma. Sí, había sido una estúpida, pero todavía podía remediarlo.

Tomé el bolso y me levanté. La tensión desapareció de los músculos de Sethos. Me sonrió amigablemente.

- ¿Te vas tan pronto? ¿No quieres conocer la respuesta a las otras preguntas?

- Desde luego. -Agarré el parasol y rodeé la mesa-. Me parece que hemos llegado a un punto muerto. No puedo obligarte a que me acompañes y deseo creer tu palabra de que abandonarás El Cairo. Buenas tardes, y… gracias por el té.

- Tu educación es exquisita. -Sethos se rió-, pero me temo que no puedes irte en este momento.

Se acercó a mí con ese paso ligero y ágil que yo conocía tan bien. Retrocedí.

- No irás a decirme que vas a retenerme.

- Diría que no indefinidamente, pero, querida, tampoco imaginarás que voy a dejar que vayas corriendo a la policía. Tardaré unas horas en preparar mi marcha. Resígnate a esperar un poco. Te prometo que vas a estar muy cómoda y lo dejaré todo preparado para que te dejen ir cuando yo esté seguro.

Levanté el parasol y él me lo arrebató con un rápido movimiento del brazo.

- Has puesto algo en el té -dije con un hilo de voz mientras él me agarraba.

- No. Si tu mano no estaba firme debía de ser por otro motivo. -Me rodeó con un brazo y me puso la otra mano en la mejilla-. ¿Te acuerdas de que una vez me hablaste de un nervio que hay detrás de la oreja?

- Sí. ¡Hazlo! Déjame inconsciente, cumple tu amenaza… ¡sinvergüenza!

Se rió entre dientes.

- Oh, queridísima Amelia, todavía no he empezado a ser un sinvergüenza. ¿Me permites?

Me pasó los largos dedos por el pelo y me inclinó la cabeza hacia atrás. Tenía su cara casi pegada a la mía. Miré intensamente ese semblante enigmático. Los ojos eran grises con un ligero toque verde. Me pareció ver una levísima marca a lo largo del puente de la nariz en la que había añadido alguna sustancia para deformar el apéndice. Los labios, largos y flexibles, no eran tan finos como parecían…

Se apretaron hasta formar una línea muy delgada y me estrechó más contra sí.

- Por el amor de Dios, Amelia, lo menos que podías hacer era prestar atención cuando estoy intentando decidir si me aprovecho

de ti o no. Después de todo, ¿por qué no? ¿Cuántas veces has estado en mi poder y no he pasado de besarte las manos? Nunca he amado a otra mujer como te he amado a ti. Son tiempos muy azarosos; podría no volver a verte. ¿Qué me impide hacer lo que siempre he anhelado?

A mí tampoco se me ocurría nada.

- Mmm… tu sentido del honor -sugerí.

- Según tú, no tengo -dijo amargamente Sethos-. ¿No crees que las lágrimas podrían disuadirme?

- No pienso llorar.

- No, no lo harás. Ése es uno de los motivos por los que te amo tanto.

Sus labios rozaron los míos. Noté que Sethos estaba temblando, luego me abrazó con más fuerza y me besó apasionadamente.

Me resistí, naturalmente. La dignidad y el respeto a mi adorado marido no exigían menos. En términos prácticos fue un esfuerzo inútil. Con la fuerza de sus brazos me dominaba como si fuese una niña. Posó los labios en mi mejilla y tomé aire.

- No luches, Amelia, sólo conseguirás hacerte daño y la resistencia hace aflorar lo peor de los hombres con un temperamento tan espantoso como el mío. Si sigues, no me hago completamente responsable de mis acciones. Perfecto, así está mucho mejor…

Volvió a cubrir mi boca con la suya.

No podría decir cuánto tiempo duró aquel beso abrasador. Tampoco noté la presión que me privó de la consciencia.

Cuando recuperé el sentido, me sentía como si hubiera despertado de un sueño reparador; me sentía muy cómoda y tranquila. Luego lo recordé todo. Me senté con un vago estremecimiento y miré alrededor.

Estaba sola. La habitación estaba oscura, sólo se veía el resplandor de una lámpara de mesa. Era una alcoba. El sofá sobre el que me encontraba era suave, estaba lleno de almohadones y adornado con colgaduras de seda color azul celeste y plata. Era típico del conde, y de Sethos, que tenía gustos exquisitos. En la mesilla junto a la cama había una jarra de agua, una copa de plata y… y… una bandeja de emparedados de pepino que empezaban a levantarse por los costados. El sirviente por lo menos podía haberlos

tapado con una servilleta húmeda… aunque seguramente tuviera cosas más urgentes que hacer. La reflexión y la investigación (sin entrar en más detalles) me convencieron de que Sethos no había pasado de esos besos ardientes y prolongados. Y ya estaba bien, como diría Emerson cuando se lo contara… si se lo contaba.

Mi preocupación inmediata era escapar. La puerta estaba cerrada con llave, claro. Me lo había esperado. Las ventanas estaban tapadas por las contraventanas que habían sido bloqueadas por algún mecanismo que no pude encontrar. El reloj me confirmó que habían pasado varias horas desde que entré en el piso. Iban a dar las siete. Al mirar en el bolso, que me habían dejado en el sofá, comprobé que faltaban las esposas, la cuerda, las tijeras y la pistola. El tocador estaba vacío; no había nada en los cajones y tampoco artículos de aseo encima. No pude encontrar nada en la habitación que pudiera servirme como arma o ganzúa.

Me quité una horquilla de mi maltrecho peinado y me puse de rodillas ante la cerradura.

En otra ocasión ya había comprobado que las horquillas no sirven de mucho para abrir cerraduras. No obstante, pegué el oído a la puerta y distinguí ruidos en la habitación contigua: pasos apresurados, objetos pesados que eran arrastrados de un lado a otro, una orden de vez en cuando que provenía de esa voz conocida y detestable. Evidentemente, Sethos estaba terminando de preparar su marcha. La última orden lo confirmó.

- Trae el carruaje y empieza a bajar el equipaje.

Los pasos se acercaron a la puerta. ¿La abriría? ¿Querría despedirme por última vez o terminar ese ruin acto con el que me había amenazado? El corazón se me salía del pecho; me levanté dispuesta a resistir con todas mis fuerzas.

Sólo oí un largo y profundo suspiro. Los pasos se alejaron.

Seguía de pie junto a la puerta con una mano en el pecho cuando un grito de Sethos me sobresalto.

- ¿Qué demonios…?

Se oyó un portazo, el sirviente gritó y Sethos se echó a reír.

- Te ha mordido, ¿verdad? Yo me ocupo de ella. Mira, querida no hay ninguna necesidad de que te pagaran así. Ella está bien, no le ha pasado nada y si tú te comportas, os permitiré que os hagáis compañía mientras termino con los preparativos que has

interrumpido tan bruscamente. Si no lo haces, te encerraré en un armario con las bayetas, las escobas y las cucarachas. Muy bien. Veo que atiendes a razones. Hamza, abre la puerta. Amelia, apártate; sé que tienes el oído pegado a la puerta y no tengo mucho tiempo.

Obedecí. La puerta se abrió de golpe y vi, como me había imaginado, a mi hija y a mi temido enemigo. La sujetaba firmemente con un brazo; con la otra mano le tapaba la boca. Estaba despeinada y los ojos le echaban chispas, pero tuvo el sentido común de dejar de debatirse.

- Gritar o maldecir sería una desperdicio de saliva, señorita Forth -dijo Sethos mientras la empujaba dentro de la habitación-. Puede hacerlo si le sirve para descargar su ira, pero antes deme el puñal que estoy seguro que esconde en alguna parte de su cuerpo. La alternativa sería registrarla, y no me tomaría esa libertad a no ser que me obligara a hacerlo. Amelia no lo aprobaría.

Cuando le quitó la mano de la boca, le quedaron las marcas de los dedos en la mejilla. Ella tragó saliva.

- Dale el puñal, Nefret. No es el momento de heroísmos ni de ataques de genio -dije sin respirar.

Me miró, luego miró a Sethos y por último al sirviente. Estaba calculando las posibilidades y comprendiendo que eran mínimas. Metió la mano en el bolsillo de la falda. Tenía la costura abierta y le permitía alcanzar el puñal que tenía atado a la extremidad inferior. Lo sacó lentamente, dudó, y lo dejó en la mano expectante y serena de Sethos.

- ¿Por qué sabías que estaba aquí? -pregunté-. Y ¿por qué has sido tan tonta de venir sola, como supongo…?

- Discúlpenme -interrumpió Sethos-. Tendrán tiempo para charlar cuando me haya ido. Tengo un poco de prisa, pero ya que estoy aquí…

Se me acercó, pero se paró y miró burlonamente a Nefret.

- Dese la vuelta, señorita Forth.

Nefret abrió los ojos de par en par.

- Hazlo -dije con los dientes apretados.

Se dio la vuelta.

Podría haberlo esquivado un momento, pero qué humillante y bochornosa habría sido esa breve y frenética persecución con Sethos

alargando los brazos para agarrarme. Él, seguramente, se reiría y el resultado habría sido el mismo. Era preferible doblegarse y terminar de una vez.

Volví a sentir sus brazos que me rodeaban y sus labios que exploraban los míos. Se tomó su tiempo para ser un hombre que decía tener tanta prisa. Había perdido el equilibrio y me habría caído cuando me soltó, pero me sujetó y me dejó suavemente a los pies del sofá.

- Adiós Amelia -dijo en voz baja-. Y a usted también, mi querida señorita Forth… -La tomó de los hombros y la giró para mirarla a la cara. Estaba ruborizada y tenía los labios separados. Él se rió y la besó ligeramente en la frente-. Sea buena, delicada doncella, y ríndase a quien es más inteligente. Sobre todo en este momento. Amelia, recuerda lo que te he dicho.

Cerró dando un portazo y echó la llave.

Nefret se dejó caer en una butaca.

- ¿Qué ha querido decir?

- Decir, ¿con qué? Ese canalla es un especialista en enigmas. Querida, ¿te ha hecho daño?

- No. -Nefret se frotó el brazo-. Me ha humillado, que es peor. Estaba esperando en el descansillo, no sabía si llamar o no, cuando salió y me capturó. Lo siento, tía Amelia, pero no sabía qué hacer. Cuando volví del hospital, no había nadie. Fue haciéndose cada vez más tarde y más oscuro y ellos no daban señales de vida y yo no sabía por dónde empezar a buscarlos, pero tenía una idea bastante de clara de dónde podía estar usted porque sospechaba que había mentido acerca del conde y yo no podía soportar más la espera… ¡lo siento!

- ¿No habían vuelto cuando saliste?

- No. Ha ocurrido algo.

- Bobadas. Se me ocurren una docena de motivos por los que han podido retrasarse. A Emerson se le va el santo al cielo cuando ve unas ruinas. No te preocupes por eso ahora, no podemos hacer nada hasta que salgamos de aquí. ¿Tienes algo con lo que pueda forzar la cerradura o abrir la contraventana?

- Sólo tenía el puñal y ya sabe donde está.

Me levanté y empecé a ir de un lado a otro.

- Meditemos la situación racionalmente. Acabaran sacándonos

de aquí; he dejado una nota para Emerson en la que le decía dónde estoy y…

- Yo también le he dejado una a Ramsés. Pero si no…

- Lo harán. Quizá ya hayan vuelto y vengan de camino. Si… se han retrasado, alguien acabará liberándonos.

Me acerqué a la puerta y pegué la oreja.

- No oigo nada. Creo que Sethos se ha ido. Querrá disponer de unas horas para escapar. A medianoche…

- ¡Medianoche! -Nefret dio un salto-. ¡Por Dios, tía Amelia, no podemos esperar tanto! ¿Qué le hace pensar que Sethos se tomará la molestia de decir a alguien dónde estamos?

- Lo hará -lo dije con más convicción de la que sentía. Había que tranquilizar a Nefret; se parecía a Medusa con el pelo sobre los hombros y los ojos casi fuera de las órbitas-. Pero estoy de acuerdo en que no podemos esperar a que nos rescaten. Volveré a ocuparme de la cerradura, tengo montones de horquillas. Tú inténtalo con las contraventanas. Pero primero… ¡Nefret! Querida, no es el momento de dejarse llevar por el desánimo ni de desmayarse.

Se había tapado la cara con las manos. Se tambaleaba, la agarré y la dejé en una butaca.

- No voy a desmayarme -dijo con un hilo de voz. Se quitó las manos de la cara- Estoy bien.

- ¡Tómate un emparedado de pepino! -Fui a por la bandeja y le ofrecí uno.

- No, gracias. -Tenía la cara un poco congestionada y sudorosa, pero estaba tranquila. Respiró profundamente y sonrió-. ¿Emparedados de pepino, tía Amelia?

- Tenemos que reponer fuerzas.

- Sí, claro. Estoy muerta de sed. ¿Cree que podemos fiarnos del agua?

Había dado un cambio asombroso. Había impuesto su voluntad a otra muy superior y pasado a ser una aliada en la que podía confiar.

- Creo que sí. Como verás, nos ha dejado una nota.

Seguramente no me creas, querida Amelia, pero no hay ninguna droga en el agua ni en los emparedados de pepino.

Se la di a Nefret que se rió cuando la leyó.

- Es un individuo asombroso. Le ha… Si no le importa que le

pregunte…

- No lo hizo.

- Ah. Pero sí le besó… Cuando me dijo que me diera la vuelta…

No contesté. Nefret tomó un emparedado.

- A mí me besó en la frente -murmuró ella-. ¡Como si fuese una niña! Es fuerte, ¿verdad? Y alto, y…

- Es un espía y un traidor -dije yo-. Debemos detenerlo antes de que abandone El Cairo. Si te has recuperado plenamente, Nefret, volvamos al trabajo.

Tomamos un emparedado o dos, estaban bastante buenos, aunque el pan estuviese empezando a quedarse seco, y un sorbo de agua y nos pusimos a investigar con más detenimiento de lo que había hecho yo antes. Nefret puso la habitación patas arriba; tiró los colchones y los almohadones por el suelo, dio la vuelta a las butacas y acabó golpeando repetidamente la pared con una mesita de latón hasta que la partió en dos. Se hizo con una de las patas metálicas y empezó a hacer palanca en las contraventanas con ella. Era un esfuerzo grande pero controlado; parecía más tranquila que antes; más tranquila que yo. Lo que había dicho de que Emerson y Ramsés no habían vuelto cuando ella se fue me había asustado más de lo que había reconocido. Emerson se distraía fácilmente con las ruinas, pero que Sethos conociera sus intenciones me hacía presagiar lo peor.

Nefret lo consiguió. Dio un grito triunfal. Una de las contraventanas había cedido. Me acerqué corriendo a ella y nos asomamos a la ventana.

No daba a Sharia Suleiman Pasha, sino a una calle mucho más estrecha que tenía menos tráfico. Sin embargo, nuestros gritos acabaron por llamar la atención de un mozo de carga que estaba inclinado bajo el peso de unas vasijas y cazuelas. Se detuvo y nos miró. Me dirigí a él en un árabe muy enfático. Cuando le dije lo que quería, él nos pidió dinero antes de dar un paso. Regateamos un poco y acabé convenciéndole de que recibiría una recompensa mucho mayor cuando terminara el encargo. Desapareció un rato y Nefret ya estaba anudando las sábanas de seda cuando volvió acompañado por un policía.

Ser conocido tiene ciertas ventajas. En cuanto me identifiqué ante el policía, se mostró dispuesto a obedecer mis órdenes. Sin

embargo, para cuando nuestros rescatadores golpearon en la puerta del piso, yo ya estaba dispuesta a probar la cuerda de Nefret.

Mis gritos de ánimo e impaciencia los dirigieron hacia la alcoba. Abrieron la puerta y me precipité fuera para dirigirme a los hombres que habían entrado en la sala. Conocía a uno de ellos, pero por desgracia el suyo no era el rostro que yo esperaba ver. Thomas Russell llevaba traje de etiqueta, lo que me molestó en grado extremo. Lo agarré de las solapas.

- ¿Lo pasa bien mientras otros se juegan la vida? -le pregunté-. Maldita sea, Russell, ¡el Maestro del Crimen se ha escapado mientras usted hacía el ganso! ¿Dónde está mi marido?

Russell se mantuvo sereno, lo cual, tengo que reconocer, fue muy digno de elogio dadas las circunstancias. Me llevó otra vez al dormitorio y cerró la puerta.

- Por lo que más quiera, señora Emerson, ¡no cuente sus asuntos a todos los policías de El Cairo! ¿Qué es todo eso de maestros del crimen?

- Él es el conde de Sevigny. El conde es Sethos. Sethos es el Maestro del Crimen.

- Permítame que le sirva un brandy, señora Emerson.

- ¡No quiero un brandy! ¡Quiero que persiga a Sethos! A estas alturas estará en Alejandría o en Trípoli… o en Damasco… o en Jartum. No me sorprendería enterarme de que puede pilotar uno de esos aeroplanos. Debe derribarlo antes de que alcance las líneas enemigas.

Nefret me rodeó con el brazo y me murmuró unas palabras tranquilizadoras, pero fue la incrédula pregunta de Russell la que hizo que comprendiera que quizá no hubiera planteado bien las cosas.

- ¿Me está diciendo, señora Emerson, que usted y la señorita Forth han venido solas al piso de un hombre que sabían que era un espía y un… mmm… Maestro del Crimen?

- No hemos venido juntas -dije-. La señorita Forth vino a rescatarme al comprobar que yo no volvía a casa.

- ¡Vaya si lo ha hecho!

- Desde luego que no lo hice -dijo Nefret con ironía burlona-. Rescatarla, me refiero. Reconozco que ninguna de las dos nos comportamos con sensatez, señor Russell. No nos regañe y mande a

sus hombres tras él. Nuestro encierro y su desaparición demuestran que es culpable de algo.

Russell asintió a regañadientes con la cabeza.

- Muy bien, señoras. Váyanse a casa y desaparezcan de mi… Es decir, váyanse a casa. Les acompañará uno de mis hombres.

- ¿Y qué pasa con Emerson? Él y Ramsés deberían haber vuelto hace horas.

- ¿Ramsés ha ido con él? -Los gélidos ojos de Russell se hicieron más fríos todavía-. ¿Dónde?

- Al desierto oriental. Iban a buscar…

Entonces fue el señor Russell quien estuvo a punto de dejarse llevar por la ira. Interrumpí sus incoherentes anatemas con una frase tranquilizadora.

- Me llevaré a la señorita Forth a casa como me aconsejó. Usted nos los comunicará inmediatamente si… cuando sepa algo.

- Sí. Y ustedes me informarán si… cuando vuelvan. No tenían asuntos… Está bien, señoras. Buenas noches.

Al pasar por la sala oímos a uno de los policías.

- Mire, señor. ¡Era un delincuente! Con las prisas se olvidó las pruebas del delito.

Sobre la mesa de té estaban las esposas, la cuerda, una pequeña pistola y un puñal largo.

- Eso es mío -dije mientras alargaba la mano-, menos el puñal que es de la señorita Forth.

Por algún motivo, ese inocente comentario acabó con la paciencia del señor Russell. Nos empujó fuera de la habitación y ordenó a un subordinado que nos montara en un carruaje.

Durante todo el camino a casa estuve buscando un automóvil amarillo conducido de forma diabólica que fuera en dirección a la casa del conde. Mi búsqueda no se vio recompensada. Cuando llegamos a casa no nos encontramos con Ramsés y Emerson, sino con Fátima, Daoud, Selim y Kadija. Todos estaban bastante agitados, menos la imperturbable Kadija. Nos abrazaron uno a uno y nos bombardearon a preguntas mientras Fátima sacaba fuentes y más fuentes de comida. Nos costó un buen rato convencerlos de que estábamos bien y tuvimos que disculparnos por no haberles dicho dónde habíamos ido.

- Usted no vino a cenar -me dijo Fátima con una mirada

acusadora-, Ramsés y el Padre de las Maldiciones no han vuelto. Luego, *Nur Missur* se fue. ¿Qué podía hacer yo? Mandé a buscar a Daoud y Selim…

- Sí, ya lo veo. Te agradezco tus desvelos, pero no hay motivo de preocupación. Es muy tarde; buenas noches y gracias a todos.

Selim y Daoud se miraron.

- Sí, *Sitt Hakim* -dijo el primero.

Salieron de la habitación.

- No se irán hasta que Emerson y Ramsés hayan vuelto -dijo Nefret-. Váyase a la cama, tía Amelia. Ya sé que no pegará ojo, pero por lo menos túmbese y descanse. Si se han perdido, pueden haber decidido esperar hasta que se haga de día.

Acepté con la esperanza de que ella descansara también y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones. Estaba quitándome mi arrugado vestido cuando Nefret llamó a la puerta.

- Mire quién estaba durmiendo en mi cama. He pensado que a lo mejor quería que le hiciera compañía esta noche.

Llevaba a *Seshat* en brazos. Era muy raro que la gata estuviera en la habitación de Nefret a no ser que estuviera buscando algo o a alguien. No parecía ser el caso en esa ocasión. Cuando la dejó a los pies de la cama, la gata se hizo un ovillo y cerró los ojos. Me sentí bastante tranquilizada y un poco tonta y me tumbé en la cama, aunque sabía que no pegaría ojo.

Mientras me acercaba a lo más alto del cortado, miré hacia arriba y vi la silueta de una figura conocida contra el cielo azul de primera hora de la mañana. Estaba otra vez en Luxor y ascendía por una pendiente hacia la meseta que había detrás de Dier el Bahari; Abdullah estaba esperándome. Alargó una mano para ayudarme y se sentó a mi lado mientras yo me apoyaba jadeando contra una roca.

Tenía el mismo aspecto con el que siempre aparecía en esos sueños; la figura vigorosa de un hombre en la flor de la vida con unos atractivos rasgos aguileños enmarcados por una barba y un bigote negros cuidadosamente recortados. Los rasgos permanecieron impasibles, pero los ojos brillaron por el afecto.

- ¡Por fin! -exclamé cuando recuperé el aliento-. Abdullah, tenía tantas ganas de verte… Hacía tanto tiempo…

- Quizá haya sido mucho tiempo para usted, *sitt.* En este lado del

Pórtico no hay tiempo.

- Esta noche no tengo paciencia para escuchar tus vaguedades filosóficas, Abdullah. Afirmas conocer todo lo que me pasa; debes saber lo asustada que estoy y cuánto necesito un consuelo.

Alargué las manos hacia él y las tomó entre las suyas.

- Los dos que más ama están bien, *Sitt Hakim.* Los verá poco después de que se despierte.

Sabía que estaba soñando, pero la afirmación era tan convincente como si estuviera viéndolo todo con mis propios ojos.

- Gracias -dije con un profundo suspiro de alivio-. Son buenas noticias, pero sólo son una parte de lo que quiero oír. ¿Cómo terminará, Abdullah? ¿Vivirán y serán felices?

- No puedo decirle los finales, *Sitt.*

- Lo hiciste otra vez. Me dijiste que el halcón volaría a través del pórtico del amanecer. ¿Qué pórtico, Abdullah? Hay muchas puertas y algunas pueden llevar a la muerte.

- O salir de ella. Uno puede salir o entrar a través del pórtico, *sitt.*

- ¡Abdullah!

Intenté soltarme las manos. El las sujetó con más fuerza y se rió un poco.

- No puedo contarle los finales porque no los sé todos. Las acciones de cada uno pueden modificar el futuro, *sitt,* y ustedes no tienen cuidado. Hacen cosas estúpidas.

- ¿No lo sabes? -repetí-. ¿Ni siquiera el de David? Es tu nieto ¿No te preocupa?

- Me preocupo por todos ustedes. Y me gustaría que mi nieto viviera para ver a su hijo. -Su rostro sereno se iluminó-. Lo llamarán como yo -añadió con aire satisfecho.

- Ah, entonces será un niño.

- Eso está decidido; en cuanto al resto… -Su mirada se detuvo en mí rostro-. No debería decirle esto, pero recuerde bien mis palabras. Llegará un momento en el que tendrá que confiar en la palabra de quien ha dudado y creer una advertencia que no tiene más fundamento que estos sueños suyos. Cuando llegue ese momento, actué sin vacilar.

Se levantó y se llevó mis manos a los labios.

- Puede contarle a Emerson este beso -dijo con un brillo burlón

en los ojos-, pero si yo fuera usted, *sitt,* no le contaría los otros.

Esa vez, no se desvaneció en los sueños como otras veces; se dio media vuelta y se marchó. Avanzó por el largo sendero que lleva al valle donde descansan los reyes de Egipto sin detenerse ni mirar atrás.

Cuando abrí los ojos, la habitación estaba inundada por la luz nacarada del amanecer. *Seshat* estaba sentada junto a mí con un hermoso ratón en la boca. Yo todavía estaba adormecida y no me dio tiempo para evitar que me lo dejara sobre el pecho.

Me levanté de un salto. *Seshat* recuperó a su presa del rincón donde había ido a parar, me miró con desprecio y salió por la ventana. Nefret entró corriendo en mi habitación al oír mi grito involuntario, hasta la mujer con los nervios más templados puede asustarse si se encuentra un ratón muerto a un palmo de su nariz. Después de explicárselo y de que ella terminara de reírse, me tomó por los hombros.

- Tiene mucho mejor aspecto, tía Amelia. Ha dormido.

- He soñado.

- ¿Con Abdullah? -Nefret era la única persona que conocía mis sueños y mi creencia medio vergonzante en ellos-. ¿Qué dijo?

- Que el hijo de Lía es niño.

La sonrisa de Nefret fue amable pero escéptica.

- Tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar.

- Emerson y Ramsés están bien. Dijo que los vería al poco tiempo de despertarme. Y no me digas que esa predicción tiene las mismas posibilidades.

- No. Estoy segura de que con eso acertó.

- No hace falta que me tomes el pelo, Nefret. Ya sé que no hay nada de cierto en esas visiones, pero…

- Pero le confortan. Me alegro. Ojalá yo también soñara con el querido anciano. -Me dio un abrazo-. Fátima está haciendo el desayuno. Daoud, Selim y Kadija siguen aquí y también han venido algunos más.

Sin embargo, antes de que llegáramos al comedor, resonó unos de los ruidos más espantosos que había oído en mi vida. Cada vez se oía más fuerte. Se paró cuando estaba a punto de taparme los oídos con las manos. En el silencio pude oír otro sonido, un sonido tan delicioso como la música celestial: la voz de Emerson que decía mi

nombre.

Nefret debió reconocer el significado del alboroto antes que yo y salió corriendo hacia la puerta. Alí la había abierto y estaba paralizado y sin parpadear.

No me extrañó. El Padre de las Maldiciones no se había presentado jamás en un artefacto como ése. Las motocicletas siempre me habían parecido unos insectos mecánicos de tamaño gigante. Ésa, que iba pilotada por un joven pálido y vestido de caqui, tenía un aditamento abultado en un costado. Emerson iba en el sidecar, que era como llamaban a ese trasto. La sonrisa de oreja a oreja indicaba que había disfrutado mucho con la experiencia.

Tuvimos que intervenir los tres, Alí también, para que Emerson pudiera salir de allí. Era tan grande que entraba muy justo y, como observé rápidamente, no podía usar el brazo izquierdo. Conseguimos sacarlo y le di las gracias al joven que seguía sentado en la motocicleta. Se volvió y me miró.

- ¿Hemos llegado? -preguntó un poco estúpidamente.

- Usted qué cree -repliqué-. Desmonte o bájese o como se diga y desayune con nosotros.

- No, gracias, señora. Me han ordenado que vuelva inmediatamente -sacudió la cabeza-. No paraba de gritarme que fuera más deprisa, señora. Nunca había oído…

- ¿Un lenguaje parecido? -sugerí-. No me extraña. Está seguro de que no quiere…

La motocicleta rugió y desapareció en medio de una nube de polvo.

- Una máquina extraordinaria -dijo Emerson mientras la miraba con melancolía-. Quise conducirla, pero ese tipo no me dejó. Tenemos que comprarnos una, Peabody. Te llevaría en el sidecar.

- No lo harás mientras viva -le comuniqué-. ¡Emerson maldito seas! ¿Cómo has podido tenerme tan preocupada? ¿Qué ha pasado?

Nefret no había hablado, pero dejó escapar una sola palabra.

- ¿Ramsés?

- Está de camino -contestó Emerson-. Se empeñó en traer a Risha. Esa criatura tan valiente merece un par de días entre mimos; ha tenido un día agotador.

- Por lo que veo, tú también -dije mientras lo observaba con más detenimiento.

No llevaba chaqueta. Tenía un brazo en cabestrillo. La camisa estaba rasgada y sucia, tenía un moratón en la cara y las manos desolladas.

- Te pido disculpas por mi aspecto -dijo animadamente Emerson-. Nos ofrecieron un baño, vendajes, comida y todo eso, pero yo sólo quería que dejaras de preocuparte lo antes posible.

- Muy considerado -dije-. Vamos arriba.

- Ni hablar. No he comido nada decente desde ayer por la mañana. Ya me limpiarás después del desayuno. Espero que sea abundante.

Lo era y Emerson se lo comió casi todo. Nefret intentaba examinarlo, pero no podía hacer gran cosa si él se negaba a tumbarse y no paraba de gesticular. Seguía comiendo cuando llegó Ramsés. Desmontó y le dio las riendas a Selim, que cantó una canción a la noble criatura mientras lo llevaba al establo.

- No tienes mucho mejor aspecto que tu padre -protesté-. ¿Qué le ha pasado a tu camisa? ¿Y a tu chaqueta de *tweed* nueva? ¡Ésa que llevas te sienta muy mal!

- Déjale que coma algo, tía Amelia -intervino Nefret con un tono de cierta irritación.

- Gracias -dijo Ramsés-. Me pondré una camisa limpia antes de desayunar; esta chaqueta es de padre, y tiene razón, me sienta muy mal.

No obstante, ocultaba los vendajes y las cicatrices de su reciente herida. Decidí que lo mejor sería acompañarle para asegurarme de que no necesitaba atención médica inmediata, ya que él no parecía muy dispuesto a decírmelo.

Toda la familia, incluido Emerson, lo rodeó en el patio. Daoud lo abrazó.

- Me iré a casa -dijo-. Me alegro de que estén de vuelta.

- Ejem -carraspeó Emerson algo indignado-. ¿Y yo?

Ramsés miró a su padre y separó tanto los labios que yo habría dicho que ese gesto era una sonrisa si hubiera creído que el semblante de mi hijo era capaz de expresar semejante cosa. Luego se dio la vuelta y subió las escaleras. Yo fui detrás. Emerson me agarró del brazo.

- No le preguntes por su chaqueta.

Los susurros de Emerson se oyen en un radio de cuatro metros.

Todo el mundo que estaba en el patio lo escuchó, entre otras, Nefret.

- ¿Por qué no? -preguntó

- Se la ha dejado, sabes… -farfulló Emerson-. La ha olvidado. Una chaqueta nueva. Regañarlo ahora…

Le dejé diciendo mentiras y seguí a Ramsés.

Tenía la puerta abierta. Me sorprendió bastante oírlo hablar.

- Muy amable -dijo-, pero voy a desayunar. A lo mejor podríamos dejarlo para más tarde -estaba de pie junto a la cama y tenía un ratón sujeto por el rabo.

- Así que eso es lo que ha hecho con él -comenté-. Yo fui la primera destinataria, pero me temo que no acepté el regalo con la misma elegancia que tú. Preferiría que no hablaras con la gata como si fuera un ser humano, es bastante desconcertante. Quítate la chaqueta y déjame echarte una ojeada.

Ramsés dejó el ratón en el escritorio. *Seshat* se sentó y empezó a lavarse la cara.

- Déjelo, madre. -Tenía el pecho y la espalda intactos, salvo por las heridas que ya estaban medio curadas-. Estoy hambriento. Padre necesita sus atenciones más que yo. Me sorprende que no se haya ocupado de él todavía.

- Tenía hambre. -Lo observé mientras sacaba una camisa de la cómoda y se la ponía-. Me ha dicho que se cayó del caballo cuando el pobre animal se tropezó con un agujero y se rompió la pata. ¿Qué ha pasado?

- Se cayó, es verdad. Y el caballo también, pero lo derribó una bala. -Terminó de abrocharse la camisa-. ¿Puede esperar para oír el resto? Me imagino que no. Nos tendieron una emboscada. El individuo en cuestión nos tenía acorralados, y con padre herido lo más sensato era esperar hasta la noche. El hombre era un espía alemán. Salió de su escondite y tuvimos una pequeña pelea. El se pegó un tiro antes de dejarse capturar. Nos pusimos de camino para volver. Al llegar a la senda de las caravanas, hice unos disparos al aire que atrajeron a la patrulla del desierto, que nos acompañó hasta al cuartel de Abbasia.

La exposición fue tan aséptica y precisa como un informe oficial. Yo sabía que no me lo había dicho todo y que se lo acabaría sacando.

Ramsés se metió la camisa dentro del pantalón.

- ¿Puedo irme ya?

Todo el mundo estaba desayunando por segunda vez, para satisfacción de Fátima; lo que más podía gustarle era dar de comer a tantas personas como fuera capaz. En cuanto vio a Ramsés se concentró en él y le impidió decir una palabra mientras lo atiborraba de huevos, pan y mermelada.

Emerson estaba contando a Selim y Daoud, que no se había ido a casa, cómo eran las ruinas.

- Un templo -dijo dogmáticamente-. De la Dinastía XIX. Vi el nombre de Ramsés II. Selim, pasaremos unos días allí cuando terminemos la temporada.

«Claro», pensé, «unos apacibles días en el desierto infestado de espías alemanes mientras lo turcos atacan el Canal de Suez y las patrullas del desierto disparan contra todo lo que se mueve». ¿Qué habrían hecho con el cuerpo del espía alemán? Sería fantástico encontrarlo durante la excavación.

Insistí en que Emerson fuera a bañarse y descansar y acabé poniendo fin a las celebraciones. Selim dijo que volvería a Atiyah y esperaría las órdenes de Emerson.

- Mañana… -empezó a decir.

- ¿Mañana? -exclamó Emerson-. Selim, espero verte en Giza dentro de dos horas o menos. ¡Por todos los santos! Hemos perdido media mañana.

Me llevé a Emerson. Teníamos mucho de qué hablar.

- Dos camisas más destrozadas -puntualicé mientras cortaba lo que quedaba de las prendas-. Quiero que Nefret te vea el hombro, Emerson. Estoy segura de que Ramsés hizo todo lo que pudo, pero…

- Nadie lo habría hecho mejor, ¿te ha contado lo que pasó?

- Un resumen. Estaba preocupado por algo, lo sé.

Emerson me hizo un resumen algo más largo.

- Ese muchacho no era mayor que Ramsés, si es que llegaba a su edad. Nadie podría haberlo evitado, pero Ramsés tenía el dedo en el gatillo cuando se disparó la pistola.

- No me extraña que esté trastornado.

- ¿Trastornado? Tienes un don especial para los eufemismos, querida. ¡Fue algo espeluznante y terriblemente innecesario! Espero

que los malditos bastardos que llenan las cabezas de esos chicos con tópicos vacíos y luego los mandan a morir ardan eternamente en el fuego del infierno.

- Amén, pero Emerson…

Un golpecito en la puerta me interrumpió.

- Debe de ser Nefret -dije.

- Déjala entrar -murmuró Emerson-. Es tan… obstinada como tú.

El examen de Nefret fue breve.

- Me alegro de que Ramsés prestara atención a mi lección. Le dolerá unos días, profesor. Me imagino que no hará falta que le diga que debe cuidar el brazo. Se lo vendaré bien.

- No, no lo harás -dijo Emerson-. Quiero darme un baño, así que fuera, jovencita. ¿Por qué sigues vestida de calle? Cámbiate, salimos hacia la excavación en cuanto esté preparado.

Le animé a que saliera. Yo tenía que hacer todavía unas cuantas preguntas a Emerson. Algunas sólo pudo responderlas con suposiciones bien elaboradas, pero estaba claro que la emboscada la había organizado alguien con un rango elevado en los círculos militares u oficiales y que estaba en contacto con el enemigo por radio u otros medios.

- Eso ya lo sabíamos -dije mientras iba de un lado o otro del cuarto de baño y Emerson chapoteaba en la bañera-. Y no hemos avanzado para saber su nombre. Dices que hubo una serie de oficiales que oyeron vuestra conversación.

- Sí. Maxwell también conocía nuestras intenciones; él pudo comentar algo con alguien de su equipo.

- Maldita sea.

- Exactamente -concedió Emerson-. Demasiada condenada gente sabe demasiadas condenadas cosas. ¿Me imagino que no sabrás nada de Russell?

- Mmm…

Emerson se incorporó y se quedó de pie como un Coloso de Rodas después de una tormenta; con el agua chorreándole por el cuerpo bronceado y musculoso.

- Suéltalo, Peabody. Sabía que eras culpable de algo, tenías una mirada…

- Tenía la intención de contártelo, Emerson.

- ¡Ja! -se mofó él-. Acércame la toalla y empieza a hablar.

Había decidido no ocultar nada a mi heroico marido y le conté toda la historia de principio a fin. Estoy bastante orgullosa de mi estilo narrativo. Emerson lo encontró absorbente. Escuchó sin interrumpirme, seguramente porque estaba demasiado estupefacto como para hacer un comentario coherente. La única señal de emoción que mostró fue cuando se puso rojo al contarle los avances de Sethos.

- Te besó, ¿verdad?

- No pasó de ahí, Emerson.

- ¿Más de una vez?

- Eh… sí.

- ¿Cuántas veces?

- Eso depende de dónde se pongan los límites y de cómo se defina…

- ¿Te abrazó?

- Muy respetuosamente, Emerson. Mmm… en general.

- Es imposible -me contradijo- abrazar respetuosamente a una mujer casada con otro hombre.

Empecé a pensar que debería haber seguido el consejo de Abdullah.

- Olvídalo, Emerson -dije-. Ya ha pasado, ya ha terminado. Lo más importante es que Sethos se ha ido. Me temo, estoy casi segura, que sabe lo de Ramsés.

- ¿Tú crees?

- Te he dicho lo que comentó.

- Mmm, es verdad.

Me había empeñado en ayudarle a vestirse, porque es difícil ponerse los pantalones y las botas con un solo brazo útil. Frunció el ceño con un gesto de introspección más que de enfado, metió el brazo por la manga de la camisa que yo sujetaba y no puso ninguna objeción cuando empecé a abrochársela.

- ¿Qué vamos a hacer? -pregunté.

- ¿Respecto a Sethos? Dejárselo a Russell. ¡Ay!

- Perdona, cariño. Levántate, por favor.

Se levantó con la mirada perdida y la misma animación que una momia. Yo terminé de vestirlo y le pasé unas tiras de vendas a través del hombro y el pecho para sujetarle el brazo.

- Emerson.

- ¿Mmm? Sí, cariño, dime.

- Me gustaría que me abrazaras, si no es demasiada molestia para ti.

Emerson puede hacer más con un brazo que la mayoría de hombres con dos. Me dejé abrazar con fuerza y correspondí a sus besos, y creo que le convencí de que ningún otro hombre podría ocupar nunca su lugar en mi corazón.

Había tres estatuas en el *serdab*. La más atractiva representaba al príncipe y su esposa en una postura que me resultaba conocida por muchos ejemplos; uno de ellos nunca había dejado de complacerme. Estaban el uno junto al otro y ella le pasaba a él el brazo por la cintura. Eran de una estatura parecida; la mujer era un poco más baja, como podía haber sido en vida; ella llevaba un sencillo traje recto y él una falda plisada en un lado. Los semblantes expresaban la serenidad con la que estos creyentes afrontaban la eternidad. Conservaban parte de la pintura original: el blanco de las vestimentas, el negro de las pelucas, el tono amarillento de la piel de la dama y el marrón más oscuro de la de su marido. Las mujeres siempre tenían un color más claro que los hombres, supuestamente, porque pasaban menos tiempo expuestas a los rayos del sol.

Había otra estatua, más pequeña, del príncipe y otra que resultó ser del hijo de éste. Las sacamos a media tarde; ni la mayor de todas tenía un peso comparable con el de la estatua regia.

- Llévalas a casa, Selim -ordenó Emerson mientras se pasaba la manga por la frente.

Nefret nos comunicó su intención de ir unas horas al hospital y se dirigió hacia Mena House, donde había dejado los caballos.

- Yo también me voy -anunció Ramsés en cuanto Nefret estuvo a una distancia prudencial.

- ¿Dónde? -pregunté a la vez que intentaba sujetarlo.

- Tengo que hacer unos recados. Discúlpeme, madre, tengo prisa. Volveré a casa para cenar.

- Ponte el sombrero -le grité.

Se volvió, se despidió con la mano y siguió. Sin sombrero.

Cuando Emerson y yo llegamos a Mena House, comprobamos que Asfur, el caballo que había llevado Ramsés ese día, seguía en el establo.

- Ha tomado el tren -dije entre dientes-. Eso significa…

- Sé lo que significa, Peabody. Monta a Asfur, yo llevaré al otro animal. Y no abras la boca.

Comprendí que debería haber previsto que Ramsés tendría que ponerse en contacto con mucha gente, lo cual no quería decir que me gustara. Mis nervios no se habían recuperado de la ansiedad del día y la noche anteriores. Emerson y yo cabalgamos a paso lento el uno al lado del otro y cada uno concentrado en sus pensamientos. Yo podía adivinar por su expresión que los suyos no eran más agradables que los míos. La superstición no es una de mis debilidades, pero empezaba a pensar que éramos víctimas de una maldición del destino. Todas las pistas que habíamos encontrado desaparecían en cuanto intentábamos seguirlas. Dos de las más esperanzadoras se habían frustrado en las últimas veinticuatro horas: mi desenmascaramiento de Sethos y la captura del espía alemán por parte de Emerson. En ese momento, el Maestro del Crimen estaba libre y sabía cosas que podían ser mortales y el hombre que ordenó la emboscada pronto se enteraría de que había fallado. ¿Qué haría él después? ¿Qué podíamos hacer nosotros después? Emerson y yo comentamos el asunto mientras tomábamos el té y repasábamos el correo. Yo no lo había hecho el día anterior y se habían acumulado bastantes cartas y mensajes.

- Nada del señor Russell -informé-. Habría encontrado una forma de comunicarse con nosotros si hubiera capturado a Sethos.

- Mmm -murmuró Emerson mientras tomaba los sobres que le entregaba.

- Hay uno para ti de Walter.

- Ya lo veo. -Hizo pedazos el sobre-. Han recibido otra comunicación de David -me informó mientras leía con detenimiento la carta.

- Me gustaría poder decir lo mismo. ¿Crees que Ramsés hablará con él esta tarde?

- No lo sé. -Emerson se arrancó de un manotazo las vendas que le sujetaban el brazo-. Maldita sea, ¿cómo voy a abrir los sobres con una mano?

- Yo te los abriré, querido.

- No, no lo harás. Siempre los lees antes. -Emerson destrozó otro sobre-. Vaya, vaya, mira por dónde. Una respetuosa nota del comandante Hamilton en la que me felicita por haberme librado por

los pelos, como él dice, y me recuerda que me prestó un Webley. Me pregunto qué habrá sido de él.

- ¿Dice algo de su sobrina?

- No, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Qué dice Evelyn?

Él había reconocido su pulcra y delicada letra. Yo sabía lo que quería oír y le leí los pasajes en los que me contaba la buena salud de Sennia y su considerable inteligencia.

«Nos da mucho ánimo y felicidad. Últimamente se dedica a vestir a Horas con los vestidos de sus muñecas y a llevarlo montado en un cochecito; te reirías si vieras su cara con los bigotes de punta y un gorrito con chorreras. Horus aborrece cada segundo que pasa de semejante guisa, pero a ella le permite que haga lo que quiera. Gracias a Dios es muy pequeña y podemos mantenerla al margen de todos los horrores que están pasando en el mundo. Todas las noches da un beso a vuestras fotografías; empiezan a estar un poco sobadas, sobre todo la de Ramsés. Hasta Emerson se sentiría conmovido, creo, si la viera de rodillas junto a su cuna y pidiéndole a Dios que cuide de vosotros. Es lo mismo que pide de todo corazón vuestra querida hermana.»

- Aquí hay -dije mientras sacaba un papel doblado en mil pedazos- un mensaje para ti de Sennia.

Los ojos de Emerson tenían un brillo sospechoso. Después de leer las escasas palabras escritas con letra insegura, volvió a doblar la página y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo interior de la chaqueta.

Ese día no hubo mensajes para Ramsés, ni los hubo el día siguiente ni el posterior. Los días se convirtieron en semanas. Ramsés fue casi todos los días a El Cairo. Nunca tuve que preguntarle si había recibido el mensaje que estaba esperando. A pesar del dominio que tenía de sus expresiones, las casi imperceptibles señales alrededor de los ojos y la boca mostraban el estado de tensión de sus nervios, como lo hacían las cada vez más acidas respuestas que daba a preguntas completamente normales. Algunas de las visitas eran a los lugartenientes de Wardani; estaban poniéndose nerviosos y Ramsés reconocía tener dificultades para contenerlos.

Los rumores sobre la situación militar añadían otro motivo de preocupación. En mi opinión, las autoridades hubieran hecho mejor

en dar a conocer los hechos reales, podrían ser menos alarmantes que las historias que se contaban: que si había un ejército de cien mil turcos concentrado cerca de Beersheba y otros doscientos mil se dirigían a la frontera; que si los turcos ya habían cruzado la frontera y avanzaban hacia el Canal de Suez mientras reclutaban hombres entre los beduinos; que si el comandante en jefe de los turcos, Jemal Pacha, había dicho jactanciosamente: «No volveré hasta que haya entrado en El Cairo»; que si el jefe de su Estado Mayor, von Kressentein, tenía una brigada de soldados alemanes; que si los agentes turcos se habían infiltrado entre la tropa de la artillería egipcia y que cuando se produjera el ataque, volverían los cañones contra los británicos.

Algunas historias eran verdad y otras no. El resultado era que El Cairo estaba presa del pánico. Muchas personas habían reservado pasajes en los vapores que salían de la ciudad. Los patriotas más ruidosos discutían estrategias en sus cómodos clubes y participaban en auténticas orgías de persecución de espías. El único resultado práctico de todo ello fue la desaparición de la señora Fortescue; sus conocidos daban por supuesto que le había entrado pánico y había tomado un barco de vuelta a casa; nosotros éramos de los pocos que sabíamos que estaba encerrada. Ello me dio un momento de esperanza, pero también se desvaneció. En los interrogatorios insistió en que no conocía la identidad de la persona a la que había informado.

- Seguramente diga la verdad -dijo Emerson, que fue quien me contó esta pequeña información confidencial-. Hay muchas formas de pasar y recibir instrucciones. Tengo entendido que ese muchacho que vimos en el Savoy, uno de los hombres de Clayton… ¿cómo se llama? En fin… que ese muchacho afirma haber sido quien la desenmascaró.

- Herbert -dijo Ramsés con una levísima sonrisa-. También saca a la luz conspiraciones. Según él, ni siquiera tiene que buscarlas; los descontentos van a él deseosos de traicionarse unos a otros por dinero.

- Uno de ellos no lo ha hecho -dijo Emerson-. ¡Condenados! La jactanciosa e insoportable suficiencia de hombres como Herbert nos va a salir muy cara algún día.

Emerson me contó también que Russell estaba de acuerdo con

sus deducciones y las de Ramsés sobre la ruta que habían seguido los traficantes de armas. Se había avisado a las patrullas del desierto y como se había aumentado su raquítica paga con recompensas por cada captura, se podía esperar que pusieran más empeño. No obstante, reconoció Russell, la corrupción de un solo soldado podía permitir que las armas llegaran a la costa egipcia y que se transportaran en camello hasta un sitio seguro cerca de la ciudad, donde el turco se haría con ellas. Hasta la fecha, Russell no había podido descubrir su rastro.

Un día de la penúltima semana de enero, Ramsés volvió de El Cairo una tarde con las noticias que habíamos esperado con tanta ansiedad. Una mirada me bastó para saber todo lo que tenía que saber. Corrí hacia él y le rodeé con los brazos.

- Gracias madre, pero no he vuelto del infierno, sólo he venido de El Cairo. Sí, Fátima un poco de té fresco me vendrá bien.

Esperé retorciéndome de impaciencia hasta que trajo ella el té y otra fuente de emparedados.

- Habla, rápido -le ordené-. Nefret está en el hospital, pero no tardará en volver.

- No ha ido directamente al hospital. -Ramsés echó una ojeada a los emparedados.

- ¿La has seguido? -Era una pregunta tonta; evidentemente, lo había hecho-. ¿Dónde fue?

- Al Continental. Me imagino que iba a encontrarse con alguien, pero no pude entrar en el hotel.

- No -dijo Emerson mientras miraba con dureza a su hijo-. ¿Te ha dado algún motivo para pensar que estaba haciendo algo que no debiera?

- ¡Por todos los santos, padre! Claro que me lo ha dado. ¡Una y otra vez! Ella… -se calló.

Su oído fuera de lo normal debió avisarle de que alguien se acercaba. Bajó la voz y habló a toda velocidad.

- Mañana por la noche tengo que asistir a ese maldito baile de disfraces.

- ¿De qué maldito baile de disfraces hablas? -preguntó Emerson.

- Te lo dije hace unas semanas, Emerson -le recordé-. No dijiste que no fueras a ir, así que…

- Me has conseguido una peluca bochornosa, ¡por todos los

santos, Peabody!

- No hacía falta que vinieras si no querías, padre -dijo Ramsés con cierta impaciencia.

- Claro que iré -dijo Emerson-. Sobre todo, si nos necesitas. ¿Qué quieres que hagamos?

- Cubrir mi retirada mientras voy a recoger unas cuantas pistolas. Esta tarde recibí el mensaje. -Se abrió la puerta de la sala y él se levantó con una sonrisa-. Vaya Nefret. ¿Cuántas piernas y brazos has cortado hoy? Hola, Anna. ¿Sigues jugando al ángel de la guarda?

Capítulo 12

A lo largo de los años nos habíamos acostumbrado a tomarnos el viernes como día de descanso para adaptarnos a los trabajadores musulmanes. Por lo tanto el *Sabbath* era día laborable para nosotros y Emerson, que no era partidario de ninguna práctica religiosa, se negaba a asistir a los servicios religiosos. Me había dicho muchas veces que estaría encantado de que yo hiciera lo que quisiera, aunque sabía perfectamente que si hubiera querido hacer algo no le habría pedido permiso, pero me resultaba demasiado fastidioso tener que vestirme e ir a El Cairo para lo que no deja de ser una ceremonia vacía si uno no está en el estado espiritual adecuado. Creo que puedo alcanzar un estado adecuado allí donde esté, de modo que me levantaba el domingo temprano y leía algunos pasajes del Libro Sagrado y rezaba algunas oraciones. Lo hacía en alto con la esperanza de que mi ejemplo fuera edificante para Emerson, aunque hasta esa fecha no podía decir que lo hubiera conseguido; al contrario, algunas veces se veía inducido a hacer comentarios críticos.

- No puedo decir que sea una autoridad en la materia, Peabody, pero me parece que esa oración debería hacerse como una súplica llena de humildad, no como una orden directa.

Quizá mis oraciones de ese domingo por la mañana habían tenido un tono algo apremiante, aunque yo estuviera de rodillas. Emerson estaba vistiéndose cuando me puse de pie.

- ¿Has terminado? -preguntó.

- Creo que he tocado todos los puntos que había que tocar.

- Ha sido un sermón muy extenso -concedió Emerson. Terminó

de atarse las botas y se levantó-. Yo creía que eras de la opinión de que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

- Hago todo lo que puedo.

Mi voz quedó amortiguada por los pliegues del camisón que había empezado a quitarme. Emerson me rodeó con los brazos y me estrechó contra él.

- Lo sé, querida. No llores, todo irá bien.

- No estoy llorando, tengo varias capas de ropa sobre la nariz y la boca.

- Ah, eso se soluciona fácilmente -dijo-. ¿Te hago daño? -preguntó Emerson al cabo de un rato.

- Sí. No tengo nada que objetar a lo que estás haciendo, pero podías hacerlo con un poco menos de fuerza. Todos esos botones y corchetes…

- Eso también tiene fácil solución. Me imagino que tendrás algún estúpido disfraz para que me lo ponga esta noche-dijo Emerson. Terminó de atarse las botas y se levantó.

- Sí, tengo un disfraz para ti, pero no voy a enseñártelo hasta que sea el momento de ponértelo. Siempre te quejas y protestas y…

- Esta vez no. Peabody, ¿se te ocurre alguna forma de disimular mi ausencia y la de Ramsés? Es la primera vez que van a dejar las armas para que las recojan en vez de entregarlas directamente. Quiero estar allí.

- ¿Crees que es una trampa, una emboscada?

- No -contestó Emerson un poco precipitadamente-. Es sólo que yo…

- Quieres estar allí. ¿Le has preguntado a Ramsés si puedes acompañarlo?

- ¿Preguntarle si puedo…? -la indignación de Emerson se disipó tan rápidamente como se había producido-. No puedo hacer tal cosa. El muchacho es un poco reacio a aceptar mi presencia, aunque no sé por qué.

- ¿No lo sabes?

- ¡No! Respeto muchísimo sus facultades.

- Y tú, naturalmente, se lo has dicho.

Emerson parecía incómodo.

- No con esas palabras exactamente. ¡Por favor, Peabody! No practiques esa maldita psicología conmigo. Haz alguna propuesta

práctica.

- Muy bien, querido, déjame pensar.

Lo hice a ratos durante el día. Habíamos limpiado la segunda capilla por debajo del nivel del suelo; todas las paredes habían estado pintadas y había una pequeña puerta falsa preciosa, con una estatua de medio cuerpo del difunto tallada en la roca que parecía como si surgiera del otro mundo con las manos extendidas para alcanzar los alimentos que había en la mesa de ofrendas que tenía delante de él. Ramsés iba de un lado a otro leyendo trozos de las inscripciones y comentándolas.

- «Una ofrenda que hace el rey de pan y cerveza, de bueyes y aves, de alabastro y ropa… un millar de cada cosa buena y pura…» Tenían una mentalidad muy pragmática, ¿verdad? Dicen ese «cada cosa» que lo abarca todo por si se les olvidaba algo que pudiera desear el fallecido. «Honrado ante Osiris, Señor de Busiris…» Nada nuevo, las fórmulas habituales.

- Entonces, deja de farfullar y ayuda a Nefret con las fotografías -le ordenó Emerson.

Era un proceso más complicado de lo que podía parecer, ya que las fotografías eran el primer paso del método que Ramsés había ideado para copiar los relieves y las inscripciones. Debían tomarse desde una distancia medida meticulosamente para después poder hacerlas coincidir y que tuvieran la misma escala. Luego se hacía un calco y se comparaba con la pared. La versión final incorporaba no sólo el relieve, sino cada arañazo y desconchón de la superficie. Ramsés no padecía ninguna falsa modestia en lo relativo a sus conocimientos lingüísticos, pero era el primero en reconocer que algún estudioso del futuro podría encontrar algo que a él se le había pasado por alto en esos rasguños aparentemente indescifrables. Era un método extraordinariamente preciso, pero exigía mucho tiempo. Ramsés empezó a fijar las varas para medir. Yo salí para observar a Emerson, que estaba dirigiendo a los hombres que limpiaban la parte sur de la mastaba. El espacio que había entre la nuestra y la contigua estaba cubierto por ampliaciones o tumbas posteriores; había trozos de muros por todos lados, como si fuera un laberinto sin orden ni concierto. El ceño fruncido de Emerson me habría dejado claro, si yo no me hubiera dado cuenta ya, que tenía mucho trabajo por delante para intentar ponerlo en orden.

- ¡Ven! -me gritó a la vez que agitaba la mano.

Fui y empecé a tomar notas mientras él se arrastraba por el suelo midiendo espacios y dándome cifras y breves descripciones.

Se me fue el santo cielo. Había conseguido hablar a solas con Ramsés lo suficiente como para sacarle algo de información. No me dijo dónde tenía que ir esa noche, pero sí me dio un cálculo aproximado del tiempo que tardaría en acabar, más de dos horas y, seguramente, menos de tres.

- Seguramente -repetí.

- Para estar seguro es mejor tirar por lo alto. Lo que propongo…

Lo que propuso era que yo adujera cansancio o una indisposición y pidiera a Emerson que me llevara a casa durante la cena. Cyrus y Katherine estarían encantados de quedarse con Nefret y cuando él no regresara, todo el mundo daría por supuesto que se había ido con nosotros. Debido a la muchedumbre, la confusión y cierta cantidad de alcohol, era probable que la estratagema funcionara.

La única dificultad que quedaba pendiente era cómo ocultar a Ramsés el hecho de que su padre tenía la intención de seguirlo; porque eso era lo que tendría que hacer Emerson si quería evitar una discusión con su hijo o un rechazo frontal. Mi marido podía burlarse de la psicología todo lo que quisiera, pero yo entendía perfectamente el motivo por el que Ramsés era reacio a aceptar su ayuda. Según los especialistas, todos los chicos pasan por esa fase cuando se acercan a la madurez, e intentar estar a la altura de un padre como Emerson pondría a prueba a cualquiera.

Era difícil concentrarse cuando Emerson no dejaba de pedirme que repitiera las cifras que acababa de darme, así que dejé de pensar en eso por el momento. Estaba segura de que se me ocurriría algo, siempre se me ocurría algo.

Dejamos de trabajar antes de lo normal, ya que Cyrus y Katherine venían a comer con nosotros. Se me había ocurrido algo. Sabía que a Emerson no le haría ninguna gracia y hasta yo tenía algunas reservas, pero las dejé a un lado. Me dije que él también tendría que reprimir sus objeciones ya que no pensaba darle tiempo para discutir.

Los Vandergelt llegaron a la hora del té. Después de que se desprendieran de todos los ropajes que exigía el viaje en automóvil,

las mujeres nos retiramos a la azotea y dejamos que Cyrus admirara nuestros últimos hallazgos mientras Emerson le contaba todo lo relativo a ellos y Ramsés rondaba alrededor intentando meter baza. A Nefret le habría gustado quedarse con ellos, creo, pero Anna no hizo nada por disimular su desinterés y mi hija estaba demasiado bien educada (por mí) como para abandonar a una invitada.

Anna prefería hablar de su trabajo de enfermera; una simple pregunta de cortesía por mi parte provocó una avalancha de información, parte de la cual podía habérmela ahorrado. Fue su madre quien le paró los pies.

- No hables de heridas e… infecciones -exclamó Katherine-. Sobre todo a la hora del té.

Anna cerró los labios. Su aspecto físico había mejorado mucho durante las últimas semanas. Nefret le había dado amables indicaciones sobre ropa y peinados, pero el cambio más apreciable había sido el de su expresión. Hasta una mujer normal y corriente puede resultar atractiva cuando está feliz y orgullosa de sí misma. Al comprobar que el rostro de la muchacha recuperaba el aire sombrío y taciturno de antes, pensé que quizá debiera decirle a Katherine que no fuera tan estricta con su hija. Bertie había sido siempre el favorito de Katherine y en esos momentos estaba muy preocupada por el muchacho. Le pregunté si sabía algo de él y ella asintió con la cabeza.

- No se le puede llamar una carta, Amelia. Estaba llena de agujeros que había hecho el censor. ¡Es una injusticia tan estúpida! ¿Qué podría decir que sirviera de ayuda o consuelo a alguien que no fuera yo?

- Me parece que algunos censores se exceden en su celo profesional. Evelyn dice lo mismo de las cartas de Johnny. Las de Willy llegan relativamente intactas, pero siempre ha sido más discreto que su hermano.

- Lo que hace que Johnny sea indiscreto es su sentido del humor -dijo Nefret con una sonrisa cariñosa-. Me lo puedo imaginar fácilmente haciendo un comentario grosero de uno de sus oficiales o una descripción vulgar de la comida.

- Eso socava la moral -intervino Anna, cuyo sentido del humor dejaba mucho que desear.

Por fin, los hombres se unieron a nosotras, seguidos de *Seshat,*

quien, me alegró comprobar, no quiso contribuir a terminar con los canapés y se sentó al lado de Ramsés. Cyrus seguía hablando de la estatua regia, de la que había disfrutado plenamente gracias a sus conocimientos y experiencia.

- Sencillamente, no me parece justo -declaró mientras movía la cabeza-. No digo que os la vaya a quitar, amigos, pero no me importaría encontrar un pequeño tesoro parecido.

- Como una tumba real que no hayan saqueado o un montón de momias cubiertas de joyas… -dejó caer Nefret.

Cyrus y ella eran buenos amigos y a él le gustaba cuando le tomaba el pelo. Su rostro severo se iluminó con una sonrisa.

- Algo así. ¿No os parece que me merezco un poco de suerte? ¡Todos estos años en Luxor sin encontrar nada!

- Discúlpeme, señor, pero eso es una pequeña exageración -dijo Ramsés-. La tumba que encontró en Dra Abu'l Naga era excepcional. El plano arrojó una nueva luz para el conocimiento de la arquitectura del Segundo Periodo Intermedio.

- ¡Pero no contenía nada! -se quejó Cyrus-. Salvo unos pucheros y una momia deshecha.

- ¿Qué tal os va en Abusir? -preguntó Emerson mientras sacaba la pipa.

- Bueno, allí hay algo más. Yo pensé que serían unas tumbas privadas junto a los pobres restos de la pirámide, pero lo que hemos encontrado parece un templo.

- ¿Cómo? -gritó Emerson-. ¿El templo funerario de la pirámide inacabada de Abusir?

- ¡Por Dios bendito! Emerson, lo dices como si fuera la Atlántida -dije yo-. Hay unas cuantas pirámides inacabadas, demasiadas diría yo. Ésta ni siquiera tiene estructura subterránea.

- Y ésa es la única parte de la pirámide que te interesa -dijo Emerson-. ¡Esos pasadizos subterráneos oscuros, polvorientos y estrechos! La existencia de un templo funerario indica que hubo un enterramiento, lo que es más importante que el propio templo. Sólo se han excavado unos pocos y…

- Ahórrate la lección, Emerson -le interrumpí con una sonrisa-. Todos sabemos que prefieres los templos a las pirámides e incluso a las tumbas.

- El día de Navidad ya os lo advertí -nos recordó Cyrus-.

Esperaba que te pasaras a verla.

- Ya… -dijo Emerson apoyando el dedo en la hendidura de la barbilla-. He estado muy ocupado, Vandergelt.

- Me lo puedo imaginar. Entre unas cosas y otras… -Los perspicaces ojos azules de Cyrus pasaron de Emerson a mí. Después de un instante continuó con aparente indiferencia-. El otro día llamé a MacMahon. Yo debería ser neutral en esta guerra; tengo amigos e hijos de amigos en ambos bandos. Pero creo que uno también debe tomar partido y he decidido cuál es el mío. Le dije que le ofrecía mis servicios, los que fueran.

Nos estaba ofreciendo sus servicios a nosotros también. No hacía falta que lo dijera expresamente; la indirecta, dicha por Cyrus que nos conocía bien, era más que suficiente. Si hubiera dependido de mí, les habría contado todo a esos amigos leales, en cuyos consejos y ayuda había confiado tantas veces, pero no podía hacerlo. Yo también obedecía órdenes.

* * *

Tomamos una cena ligera y cada uno fue a preparar su disfraz. Los Vandergelt habían llevado bastante equipaje, ya que les había invitado a pasar esa noche y la siguiente con nosotros. Emerson tuvo la elegancia de alabar el traje que le había preparado; era de cruzado. Yo era su dama; con túnicas vaporosas y un sombrero puntiagudo. A Emerson le gustaron mucho la espada y la barba, pero puso objeciones a mi «cucurucho» ya que decía que se tambaleaba un poco y seguramente acabaría sacándole el ojo a alguien. No hice caso de sus quejas, le tomé del brazo y bajamos a la sala donde nos encontramos con Cyrus y Katherine, que iban vestidos de personajes de la corte de Luis XIV, con pelucas empolvadas y todo.

Ramsés apareció al poco tiempo. Sentí un gran alivio al comprobar que no se había puesto ninguno de sus disfraces más horrendos, como el de mendigo piojoso o el de apestoso conductor de camellos. Naturalmente, tenía suficiente sentido común como para no demostrar que tenía la facultad de adoptar esos personajes. No se había roto la cabeza: un sombrero de ala ancha que le había prestado Cyrus, un pañuelo atado al cuello y dos revólveres a la cintura lo convertían en un apuesto y poco convincente vaquero. Estaba segura de que los vaqueros auténticos no llevaban camisa

blanca y pantalones de montar.

- Por el amor de Dios, Ramsés -exclamé mientras él se quitaba el sombrero y hacía una reverencia-. ¿Vas a entrar en el Shepheard's con esas armas?

- No están cargadas, madre.

- ¿Qué ha pasado con las espuelas? -preguntó Cyrus con los ojos chispeantes.

- He pensado que podían ser un peligro en la pista de baile.

- Ahí te doy la razón -dije.

Nefret había llevado a Anna a su habitación. Entraron juntas.

Anna estaba bastante hermosa vestida de gitana con una falda de colores brillantes y unos grandes pendientes de oro, pero la visión de mi hija hizo que se me escapara un grito de espanto. Llevaba los pantalones y la camisa corta de una mujer egipcia. La camisa era de una tela muy fina y le llegaba justo por debajo de la cintura.

- ¡Nefret! No pensarás ir así en público, espero.

- ¿Por qué no? -Dio un giro y los pantalones se acampanaron. Por lo menos eran de seda gruesa y completamente opacos-. Me tapa más que un vestido de noche normal.

- Pero tú… mmm… tu camisa es… ¿Llevas algo debajo? Cuando un caballero te rodee la cintura al bailar…

- Disfrutará mucho -replicó Nefret.

- Después de todo, a lo mejor tengo que pegarle un tiro a alguien -dijo lentamente Ramsés.

Nefret le sonrió.

- El profesor lleva una espada, puede retar al ofensor. Sería mucho más romántico. Vamos, tía Amelia no se preocupe; llevaré un chaleco y un cinturón ancho.

Fátima, que se reía de la broma, apareció con las prendas y le ayudó a ponérselas. El chaleco era de seda con un delicado tono blanco perlado; era casi transparente, pero por lo menos le tapaba un poco. Emerson cerró la boca que había tenido abierta desde que posó los atónitos ojos sobre su hija, y dejó escapar un suspiro de alivio; me ofreció el brazo y me llevó al automóvil.

No comentaré el baile; fue como cualquier otro, salvo por los uniformes. Eran como manchas de barro caqui entre el brillo y el resplandor de los disfraces. Perdí de vista a Ramsés en cuanto

cumplió con los compromisos de bailar conmigo y con Katherine. Era muy posible que estuviera evitando a Percy, quien había decidido ponerse en nuestro camino, aunque sin cometer la temeridad de dirigirse a nosotros. Cada vez que se acercaba, Emerson se ponía a gruñir y echaba mano a la empuñadura de la espada. Tuve que recordarle que: primero, los duelos estaban prohibidos; segundo, su espada no era autentica; tercero, que no le había hecho nada que justificara que lo retara.

- Todavía no -dijo con cierta esperanza Emerson-. Están tocando un vals, Peabody. ¿Bailas?

- Me prometiste que si te permitía no llevar las vendas no utilizarías el brazo.

- ¡Bah! -dijo Emerson mientras me arrastraba a la pista para demostrarme su fuerza. Los talentos coreográficos de Emerson se limitaban al vals, que bailaba con tanto entusiasmo que mis pies apenas llegaban a tocar el suelo. Después de un giro especialmente vigoroso, miré alrededor y vi que Percy estaba bailando con Anna. Ella tenía las mejillas sonrosadas y lo miraba arrobada y con una sonrisa.

- Mira -le indiqué a Emerson.

En ese preciso instante me arrepentí de haberlo dicho. Emerson se paró en seco en medio de la pista de baile y tuve que emplearme a fondo para que volviera a bailar.

- ¿No sabe nada de ese canalla? -preguntó.

- Quizá no. Katherine y Cyrus están al tanto de sus maniobras maquiavélicas con Sennia, pero Katherine no le habría dicho nada a Anna sin mi autorización. Sin embargo, creo que conviene dejar a un lado la discreción; no creo que esté cortejándola porque la admire.

- Eso no es muy considerado con la chica -murmuró Emerson.

- Sin embargo, es verdad. Ella no es lo suficientemente hermosa, ni lo suficientemente rica ni lo suficientemente… mmm… acomodaticia como para interesarle. ¡Está utilizándola para sembrar cizaña! Anna debería conocer su verdadera naturaleza.

- Eso lo dejaré en tus manos -dijo Emerson-. No creo que importe.

- No dirías lo mismo si estuviera bailando con Nefret.

- Puedes estar segura.

Cuando terminó la música, Percy acompañó a Anna fuera de la pista y la abandonó; un momento después me di cuenta de que también había perdido de vista a Nefret.

Me sentí obligada a buscarla. El primer sitio donde miré fue en el salón morisco. Molesté a algunas parejas que disfrutaban de la intimidad de las salitas en penumbra, pero Nefret no estaba entre ellas. Después de buscar en otras zonas públicas fui al Long Bar; las mujeres no podían entrar, salvo en momentos excepcionales, pero Nefret iba muy a menudo a sitios donde se supone que no podía entrar. No me costó mucho encontrarla; estaba sentada en una mesa al fondo de la habitación. Cuando reconocí a su acompañante, el alma se me cayó a los pies. Kadija tenía razón después de todo. No sé cómo Nefret había conseguido eludir mi vigilancia, pero estaba claro que no era la primera vez que se veía con Percy. Tenían las cabezas juntas y ella sonreía mientras lo escuchaba.

- ¿Madre?

Yo estaba inclinada y miraba desde detrás del marco de la puerta. Me dio tal susto que habría perdido el equilibrio y caído dentro de la habitación si no llega a agarrarme del brazo.

- ¿Qué haces aquí? -le pregunté apremiantemente.

- Lo mismo que usted -dijo Ramsés-. Espío a Nefret. Espero que esté disfrutando tanto como yo.

Su voz equilibrada y tranquila me produjo un escalofrío.

- Prométeme que no vas a acercarte a Percy.

- ¿Cree que le tengo miedo?

- ¡No, no lo creo!

- Pues lo tengo.

- Podrías dejarlo fuera de combate con una mano.

Ramsés dejó escapar un sonido sordo que pudo ser una risa.

- Su confianza me halaga, madre, aunque sea un poco exagerada. Quizá tuviera que usar las dos manos. Pero no me refería a eso.

- No puede volver a engañarnos, Ramsés. Sabemos demasiado bien cómo es. ¿No pensarás que Nefret ha sucumbido a sus halagos e insinuaciones?

- No.

Lo dijo demasiado rápida y vehementemente.

- No -insistí yo-. Él representa todo lo que ella aborrece y

desprecia. Quizá… Claro, sólo puede ser porque ella piensa que Percy está tramando otra vileza e intenta protegerte.

- Es lo que temo -dijo Ramsés-. Retirada, madre, está levantándose.

Volvimos al salón de baile. Nefret entró justo después que nosotros. ¿Nos habría visto? Esperaba que no; habría tenido motivo para enfadarse si creyera que había estado espiándola.

Emerson me dijo, con tono acusador, que había estado buscándome por toda la habitación.

- Devuélvemela, Ramsés -le ordenó-. Los valses son míos, ya lo sabes.

- Sí, señor.

Emerson me tomó del brazo. Yo me di la vuelta y vi que Nefret estaba junto a nosotros. Aunque un poco congestionada, no parecía cohibida. Agarró a Ramsés de la manga.

- ¿Bailas conmigo?

- ¿No tienes comprometido este baile?

- He roto el compromiso. ¿Bailas?

No podía ser tan descortés como para rechazarla. Le ofreció el brazo con una gentil inclinación.

La música era un vals lento y cadencioso que yo no conocía. Emerson, en vez de llevarme a la pista de baile, se quedó mirando a sus hijos.

- Es la primera vez que bailan juntos desde hace mucho -dijo.

- Sí.

- Hacen buena pareja.

- Sí.

Siempre habían hecho buena pareja, pero esa noche bailaban el vals con un hechizo especial, cada movimiento estaba tan perfectamente acompasado que era como si se movieran dirigidos por una sola mente.

Ella se desplazaba con la ligereza de un pájaro en vuelo, las manos apenas se rozaban y con la otra mano le acariciaba el hombro. No se miraban; Nefret tenía la cara inclinada, y la de él era la máscara impasible de siempre; mientras los miraba, comprobé que las demás parejas parecían desvanecerse para dejarlos solos, como unas figuras capturadas para siempre en una campana de cristal.

Me costó librarme de esa fantasía tan turbadora y cuando lo hice comprobé que Emerson y yo no éramos los únicos que observábamos a la pareja. Percy nos les quitaba la vista de encima. Tenía los brazos cruzados y sonreía con satisfacción.

Cuando terminó el baile, se dio la vuelta y desapareció. Nefret no le había visto; dejó la mano en el hombro de Ramsés, lo miró a la cara y dijo algo. Él sacudió la cabeza tranquilo e inexpresivo. Otro caballero se acercó a Nefret y yo creo que lo habría rechazado si Ramsés no llega a apartarse; hizo una inclinación y se alejó.

Emerson me agarró. Yo seguía con la mirada fija en la figura de mi hijo.

- No es un vals, Emerson -dije distraídamente-, es una jiga.

- Ah -dijo Emerson.

Ramsés se abrió paso entre el remolino de bailarines y llegó a la puerta del salón de baile. Se apartó para ceder el paso a una pareja que entraba y pude verle la cara.

- Discúlpame, Emerson.

Ramsés no estaba ni en la sala ni en el Long Bar ni en el salón morisco ni en la terraza. Salvo que se hubiera ido del hotel, sólo había otro sitio donde podía haberse refugiado. Di la vuelta al edificio y fui al jardín.

Oí las voces antes de verlos. Ella debía de haber abandonado a su pareja y seguirlo, como había hecho yo, pero un instinto más certero que el mío le había llevado al sitio indicado: una pequeña hondonada donde un seto de rosas rodeaba un banco de piedra semicircular. Las flores brillaban como madreperla a la luz de la luna y el aroma inundaba el aire inmóvil. Debían llevar un rato hablando, porque las primeras palabras que le oí a Nefret eran la respuesta a algo que él había dicho.

- ¡No seas tan condenadamente correcto!

- ¿Preferirías que te insultara o que te pegara? Me han dicho que eso es una demostración de cariño entre ciertas personas.

- ¡Sí! Cualquier casa menos esta… esta…

- Baja la voz -dijo Ramsés.

Me acerqué lenta y cuidadosamente por el camino de gravilla hasta que llegué a un sitio desde el que podía verlos. Estaban uno frente al otro; de Ramsés sólo podía ver la pechera de su camisa. Ella me daba la espalda; su vestimenta tenía el mismo brillo perlado

que las rosas que la enmarcaban y las joyas del brazalete lanzaron un destello cuando levantó el brazo para apoyarlo en el hombro de Ramsés. Fue un toque muy leve, pero Ramsés se apartó y la mano de Nefret cayó a un lado.

- ¡Lo siento!

- ¿Por qué lo sientes?

- Fuimos amigos. Antes…

- Lo somos todavía, espero. De verdad, Nefret, ¿es necesario que me hagas una escena?

No oí lo que contestó, pero consiguió acabar rompiendo el gélido y desesperante dominio de sí mismo de Ramsés. El la tomó del brazo. Ella se dio la vuelta y se quedó mirándolo, el pecho le subía y bajaba.

- Ésa me la enseñaste tú -dijo ella.

- Efectivamente. Voy a enseñarte otra distinta.

Fue un movimiento tan rápido que sólo pude ver el resultado. Con un brazo la estrechaba contra su costado y tenía el cuerpo arqueado, como un arco en tensión. Le puso una mano debajo de la barbilla, le empujó la cabeza hacia atrás y posó los labios en los de ella.

La besó durante un buen rato. Cuando se separaron, a los dos les faltaba el aliento. Naturalmente, Ramsés se recuperó antes. La soltó y se apartó.

- Ahora me toca a mí disculparme, me parece, pero no debes esperar que ningún hombre se comporte como un caballero cuando estás a solas con él a la luz de la luna. Estoy seguro de que Percy se comporta mejor.

Nefret se llevó la mano al cuello y empezó a hablar, pero él la cortó.

- Sin embargo, tampoco es un perfecto caballero si se esconde entre la maleza para ver cómo besan a una dama en contra de su voluntad. Quizá se haya perdido algo, ¿le damos otra oportunidad?

No pude reprochar a Nefret que quisiera abofetearlo. No fue una bofetada típica de mujer, sino un directo lanzado con toda su fuerza y el puño cerrado (que seguramente le había enseñado él), y que lo habría tumbado si le hubiera alcanzado. No lo hizo. Ramsés levantó la mano para parar el golpe y ella se contuvo. Durante un instante interminable permanecieron quietos como estatuas; ella dejó el

puño apoyado en la palma de la mano de él, luego se dio la vuelta y se marchó.

Ramsés se sentó en el banco y se tapó la cara con las manos.

Naturalmente, si esa escena la hubieran protagonizado dos meros conocidos, yo me habría retirado discretamente sin que supieran que la había presenciado. Dadas las circunstancias, no dudé en participar. Para ser sincera, yo tampoco estaba en un estado muy adecuado para pensar con tranquilidad. ¿Cómo había podido no darme cuenta? Yo que alardeaba de conocer el corazón humano.

Él debió oír el roce de mis ropajes y tuvo tiempo para recomponerse. Cuando salí de entre los arbustos, se levantó y tiró el cigarrillo que estaba fumando.

- Sigue fumando si eso te tranquiliza la conciencia -dije mientras me sentaba.

- ¿Usted también? -preguntó Ramsés-. Debería habérmelo imaginado. A lo mejor dentro de diez o veinte años me considera lo suficientemente maduro como para poder salir sin carabina.

- Vamos, cariño, no finjas -dije. La voz me salió temblorosa; su tono frío y burlón me había herido como no lo había hecho nunca antes-. Lo siento, Ramsés. ¿Desde cuándo…?

- Desde el momento que la vi. La fidelidad -dijo con el mismo tono helador- parece ser un defecto fatal de nuestra familia.

- Vamos -dije mientras aceptaba un cigarrillo que me había ofrecido y le permitía que me lo encendiera-. Vas a decirme que nunca… ejem…

- No, querida madre, no voy a decirle que nunca… ejem… Hace años comprendí que mentirle es un desperdicio de saliva. ¿Cómo lo hace? Mírese, con sus volantes, los guantes inmaculados y echando humo, parece una mujer dragón que se entromete en los secretos más íntimos de una persona. Ahórrese el sermón, se lo ruego. Mis momentos de locura, y debo confesar que hubo unos cuantos, sólo fueron intentos de romper el maleficio. No lo conseguí.

- Pero no eras más que un niño cuando la viste por primera vez.

- Es como un idilio de novela, ¿verdad? Casi todos los autores hablarían de reencarnación y de seres destinados el uno al otro durante siglos… Ni fue tan sencillo como lo he hecho parecer ni tan trágico. La tendencia al melodrama es otra de las debilidades de

nuestra familia.

- Cuéntamelo -le apremié-. No es sano guardarse los sentimientos para uno mismo. ¡Cuántas veces has tenido que anhelar tener a alguien a quien poder hablarle con confianza!

- Mmm… unas cuantas.

- ¿Lo sabe David?

- En parte -Ramsés me miró-. Naturalmente, no es lo mismo que hablar con tu madre.

- Naturalmente.

No dije nada más. Notaba la necesidad que tenía de abrirse; yo tenía bastante experiencia y sabía que un silencio comprensivo era la mejor forma de provocar la confianza. Al cabo de unos segundos empezó a hablar.

- Al principio no pasó de ser un capricho infantil. ¡No podía ser otra cosa! Luego llegó el verano que pasé con el jeque Mohamed. Pensé que si pasaba unos meses lejos de ella… unos meses en los que el jeque me proporcionó todo tipo de distracciones interesantes… -se contuvo un instante-. Cabalgamos, exploramos, hicimos ejercicio hasta el agotamiento -añadió apresuradamente.

- Todo tipo de ejercicio -murmuré-. ¡Condenado viejo! Nunca debí permitir que fueras.

- No se preocupe, madre. Yo me disculparía por referirme, aunque fuera indirectamente, a cualquier materia impropia para una mujer si no supiera que usted está por encima de esas cosas. Cuando David y yo volvimos a El Cairo, creía que lo había superado, pero cuando esa tarde la vi en la terraza del Shepheard's y ella vino corriendo a saludarme y me abrazó… -Arrancó una de las rosas-. Ese día supe que la amaba y que lo haría toda mi vida, pero no podía decirle a nadie cuáles eran mis sentimientos, una declaración de amor eterno por parte de un muchacho de dieciséis años habría provocado o risa o lástima y yo no habría soportado ninguna de las dos cosas. Esperé, trabajé y conservé la esperanza, hasta que la perdí por un hombre cuya muerte estuvo a punto de acabar conmigo. Ella había empezado a perdonarme por el papel que tuve en eso. Creo…

- ¡Perdonarte! -exclamé-. ¿Qué tenía que perdonarte? Fuiste el honor personificado durante ese espantoso asunto. Ella es quien debería pedirte perdón. Ella debería haber tenido fe en ti.

- Y yo debería haber ido tras ella y hacerla comprender. Ahora me doy cuenta de que eso era lo que quería… que quizá tuviera el derecho a esperarlo de mí, sobre todo después…

Buscó las palabras.

- Haber sido tan buenos amigos durante tanto tiempo -dije-. Es lo que tu padre hizo siempre.

- ¿Con usted? Seguro que nunca le dio motivos a padre para…

- ¿Hacerme comprender? -Dejé escapar una risa breve y triste-. Me avergüenza reconocer que más de una vez. Hubo una ocasión; una mujer en concreto… No hace falta que diga que mis sospechas eran completamente infundadas, pero si el amor tiene un efecto nocivo para el sentido común, los celos lo destruyen por completo. Naturalmente, los casos no son idénticos.

- No -replicó; sabía que estaba intentando imaginarse a Emerson haciéndome razonar mientras yo gritaba acusaciones de infidelidad. Era evidente que tenía alguna dificultad para conseguir imaginárselo. Sacudió la cabeza-. Por desgracia, yo no soy como padre, nunca me ha resultado fácil expresar mis sentimientos cuando me enfado, o me ofendo o me meto en mi cascarón. Ése es mi defecto, madre, como los arrebatos lo son de Nefret. Sé que soy estúpido, irritante y egoísta; uno debería darle a la otra parte la satisfacción de ver cómo pierdes los estribos.

- Yo he visto cómo los pierdes más de una vez.

- He estado practicando -dijo Ramsés con una sonrisa forzada-. El año pasado pensé que ella por fin se fijaba un poco en mí, pero empezó todo este asunto y no me atreví a fiarme de ella. Espero que algún día, cuando todo acabe, pueda darle una explicación y empezar otra vez, pero lo que he hecho esta noche ha sido el peor error que podía cometer. Uno no se impone a una mujer como Nefret.

- En mi opinión ha sido un paso claramente positivo -dije-. Un corazón débil no conquista a una mujer hermosa, querido, y, aunque no apruebo el uso de la fuerza física, hay veces en las que una mujer desea íntimamente… mmm. Déjame pensar cómo lo digo: ella puede esperar que la intensidad del afecto de un hombre le haga perder la compostura.

Ramsés abrió la boca y volvió a cerrarla. Me complació comprobar que mi conversación había servido para confortarlo;

cuando recuperó el habla volvió a ser el de siempre.

- Madre, no deja de sorprenderme. Está diciendo en serio que yo debería…

- Ramsés, sabes que nunca me atrevería a inducir a la acción a otra persona, y menos en asuntos del corazón. -Él encendió otro cigarrillo. Debió hacerlo por el filtro, porque empezó a toser. Le di unas palmadas en la espalda-. No obstante, la demostración de un cariño tan intenso que no se puede controlar, sobre todo cuando la hace un caballero que lo ha controlado demasiado bien, en mi humilde opinión causaría buena impresión a la mayoría de las mujeres. ¿Me sigues?

- Creo que sí -dijo Ramsés con un hilo de voz.

Se levantó y me ofreció la mano.

- ¿Volvemos al baile? Pronto servirán la cena y…

- Lo sé. Puedes confiar en mí, pero creo que me voy a quedar un momento. Ve tú.

Dudó un momento.

- La quiero, madre.

Me tomó la mano y la besó. Luego la cerró alrededor de la rosa; le había quitado las espinas.

Yo estaba demasiado conmovida para hablar, pero el cariño de madre no era lo único que me lo impedía. Al verlo alejarse con la cabeza alta y el paso firme, la ira se adueñó de mí. Sabía que tenía que dominarla antes de volver a ver a Nefret, era muy capaz de agarrarla de los hombros y sacudirla mientras le exigía que amara a mi hijo.

Eso habría sido injusto y muy poco digno. Lo sabía, pero tuve que separar las mandíbulas para que no me rechinaran los dientes de furia. Ella tenía que amarlo. Era el único hombre que estaba a su altura en inteligencia e integridad, en bondad… Se dice que bajo las aguas tranquilas se agitan las más turbulentas. Yo, su madre, debería haberme dado cuenta de que esa máscara ocultaba una naturaleza tan profunda y apasionada como la de ella.

La ira dejó paso a un escalofrío premonitorio. Ramsés avanzaba por un sendero lleno de peligros, y un hombre que teme haber perdido lo que más quiere en su vida, actúa con imprudencia. Los jóvenes son especialmente sensibles a esa forma de pesimismo romántico.

Me levanté, me sacudí la falda y saqué pecho. ¡Otra empresa! ¡Estaba preparada! Esos dos se casarían aunque tuviera que encerrar a Nefret a pan y agua hasta que aceptara; pero antes quedaba por resolver que Ramsés viviera lo suficiente como para casarse con ella.

Cuando entré en el salón de baile, empezaba a sonar la última canción antes de la cena. Emerson estaba esperándome.

- ¿Dónde te habías metido? -preguntó-. Es casi la hora. ¿Ha pasado algo? Te rechinan los dientes.

- ¿De verdad? -Así era. Tuve que controlarme rápidamente-. No te preocupes. Se acerca el momento crucial. Pide que nos traigan el automóvil, yo le diré a Katherine que nos vamos.

Tuve la suerte de encontrarla entre el grupo de madres. Estaba segura de que esas cotillas se enterarían de lo que le decía, pero no quería darle explicaciones a Nefret ni enfrentarme con la mirada azul e imposible de engañar de Cyrus. Katherine reaccionó como yo había supuesto y esperado. Casi se anticipó a mi solicitud de que cuidara de Nefret y la llevara de vuelta a casa. No preguntó por Ramsés. Mientras iba al guardarropa pensé que ella y Cyrus sospechaban que nos traíamos algo entre manos. Después de todo, no sería la primera vez que nos metíamos en algún asunto peligroso y secreto. Lo hacíamos casi todos los años. Emerson ya había retirado mi capa. La puso sobre mis hombros.

- Quítate ese maldito sombrero puntiagudo -gruñó.

El automóvil nos esperaba y lo mismo hacía Ramsés, con el sombrero en la mano. Se metió en la parte de atrás, Yo me senté junto a Emerson y lo observé mientras realizaba las operaciones necesarias para poner el automóvil en marcha. Se oyó un chirrido, siempre se oía cuando lo arrancaba Emerson, y empezamos a movernos.

Estábamos varios kilómetros al sur de la ciudad, en la carretera de Helwan, cuando Ramsés le dio un golpecito a su padre en el hombro.

- Déjeme aquí.

Emerson obedeció. Conocía cada palmo de terreno de Egipto incluso en la oscuridad, y estaba muy oscuro.

- ¿Las canteras de Tura? -preguntó.

- Cerca.

Se abrió la puerta y Ramsés se bajó. No olía tan mal como otras veces, pero la *galabiyya* le cubría la ropa y el turbante la cabeza.

- Buenas noches -dijo mientras desaparecía silenciosamente en la oscuridad.

Emerson se bajó del vehículo y dejó el motor en marcha.

- Muy bien, Peabody -dijo mientras empezaba a quitarse la armadura con un ruido de chatarra-, ¿podrías explicarme ese plan tan brillante que tenías? ¿Has quedado con Selim para que te lleve a casa o piensas esperarme aquí o…?

- Nada de eso. -Pasé al asiento que había dejado vacío y agarré firmemente el volante-. Enséñame a conducir este cacharro.

Estaba engañando a mi querido Emerson; Nefret, ante mi insistencia, me había llevado un par de veces y me había enseñado. Luego, por distintos motivos, no había podido seguir con las lecciones, pero una vez aprendidos los fundamentos, el resto era cuestión de práctica. Tuve una pequeña discusión con Emerson, que se habría eternizado si no llego a avisarle de que estaba retrasándose.

- Ya te saca bastante distancia, querido. Es de vital importancia que lo vigiles esta noche.

Le entregué una túnica de rayas que había metido en el bolso.

- ¿Por qué esta noche? Maldita sea, Peabody…

- Fíate de mí, Emerson. ¡Deprisa!

Emerson, dividido entre la preocupación por su hijo y la preocupación por mí (y el automóvil), hizo la elección que yo había esperado. Entre improperios, siguió el camino que había tomado Ramsés. Me sentía rebosante de orgullo. Ningún marido podría haberme ofrecido una demostración de confianza mayor.

Luego me confesó que había llegado a la conclusión de que acabaría con el automóvil en una zanja o estrellado contra un árbol antes de que pudiera alcanzar un poco de velocidad, y que cuando volviera me encontraría esperándolo sin haber sufrido ningún percance grave. Naturalmente, no pasó nada de eso. Me choqué con un par de árboles, es verdad, pero apenas los rocé. Como no confiaba mucho en mi destreza y no me atrevía a dar la vuelta, tuve que llegar hasta Helwan para encontrar una plaza y rodearla en dirección a la ciudad. Fue entonces cuando choqué con el segundo árbol. Ya he dicho que apenas lo rocé.

Entre El Cairo y Helwan había unos treinta kilómetros. Tardé casi una hora en llegar hasta allí; dirigir el cacharro era más complicado de lo que había imaginado y el embrague, creo que lo llaman así, me dio algunos problemas al principio. Afortunadamente, a esa hora no había tráfico en la carretera. Cuando emprendí el camino de vuelta, ya había conseguido hacerme con las riendas y comprendí por qué Emerson insistía en conducir él. ¡Ese trasto era exactamente como un hombre! Siempre inventan excusas poco convincentes para que las mujeres no se diviertan. Tardé un poco más de un cuarto de hora en llegar al puente. No podía perder un minuto. Tenía que estar en casa antes de que llegaran los demás.

Aminoré un poco la velocidad al pasar por el lugar donde había dejado a Emerson, pero no había rastro de nadie y no paré. El vehículo llamaba la atención tanto como un cartel en medio de un camino solitario.

DEL MANUSCRITO H

Apenas había tres kilómetros desde el lugar donde se bajó del coche. Había caminos porque las canteras se explotaban todavía y algunos turistas intrépidos las visitaban; normalmente, iban en burro desde Helwan. La blanca y delicada piedra caliza de Tura era la que había servido como capa externa de las pirámides y con ella habían revestido templos y mastabas durante miles de años. Algunos de los túneles antiguos penetraban profundamente en el interior de la montaña. Todo ello hizo que Ramsés se preguntara por qué habían elegido ese sitio como escondite. Era el más peligroso porque era el que más fácilmente se podía descubrir por casualidad. El cambio de planes también era desconcertante. Había pasado mucho tiempo desde la anterior entrega y el turco había evitado el contacto directo. Tal vez sólo fuera una medida de precaución por su parte, pero se acercaba el momento definitivo y si la persona al mando de la operación recelaba de Wardani, ésa podía ser una buena ocasión de ponerlo a prueba, o de acabar con él.

A esas horas, los insectos y lagartos que infestaban los cortados estaban somnolientos, su temperatura corporal bajaba con el aire frío. Otros animales merodeaban para cazar o ser cazados; oyó el aullido de un chacal y el rodar distante de unos pedruscos bajo los cascos de un antílope o un íbice; todos esos sonidos que tapaban los ruidos que él hacía. Se había puesto unas sandalias en lugar de las botas, pero era imposible avanzar en silencio absoluto; los trozos de huesos blanqueados por el sol se partían bajo sus pies y los cantos rodaban.

Al cabo de un rato, dejó el sendero y entró y salió cautelosamente de algunas hondonadas. Más cantos cayeron

rodando. Cuando salió de la última estaba bastante cerca del punto que indicaba la señal. Las radiantes estrellas del desierto arrojaban una luz tenue que teñía de color marfil los cortados. Unas sombras como brochazos de tinta esbozaban los contornos irregulares y dibujaban agujeros negros en las entradas de las antiguas excavaciones. Se quedó quieto; sabía que la inmovilidad era un buen camuflaje, pero tenía los omóplatos desnudos y no se sintió tranquilo hasta que un hombre se asomó por una de las aberturas y lo saludó con una mano.

- Todo va bien -murmuró David cuando se encontró con Ramsés-. No hay un alma. He encontrado el escondite.

David había llegado por uno de los caminos que se utilizaban para llevar la piedra hasta el río. Le acompañaban un par de pacientes burros y una carreta.

- ¿Está todo? -preguntó Ramsés.

- No lo sé. No he querido empezar a mover las cajas hasta que hubieras llegado. Échame una mano.

- Espera un segundo -se oyó el aullido penetrante y quejumbroso de un perro que añoraba su amor, y Ramsés dijo cuatro palabras antes de que se hiciera el silencio-: Padre, salga de ahí.

David dejó escapar un atropellado improperio.

- No me dijiste…

- Él tampoco me lo había dicho.

No distinguieron la enorme figura de Emerson hasta que se movió; la túnica de rayas blancas y negras se confundía con las luces y sombras que producían las estrellas. Se acercó a ellos con ese paso ligero tan impropio de un hombre tan grande.

- Maldita sea -comentó con tranquilidad-. Creía que no había hecho ruido.

- Es imposible no hacer ningún ruido. Tenía la intuición de que me seguiría. ¿Dónde ha dejado…? ¡Por favor, no me diga que ha venido con ella!

- No, no. -La barba de Emerson se partió en una sonrisa. Era una barba increíble que le tapaba la mitad de la cara y le llegaba hasta la clavícula-. No te preocupes por tu madre. ¡Manos a la obra!

Gracias a su ayuda, el trabajo se hizo en la mitad del tiempo que había previsto Ramsés. Se le puso la carne de gallina al ver lo mal que habían escondido la carga; el montón de piedras que tapaba el

agujero era tan falso que resultaba peligrosamente evidente.

- No ha sido un trabajo muy profesional -comentó Emerson que estaba tumbado boca abajo y sacaba bultos envueltos en lona con una mano.

- No. -Ramsés pasaba los bultos a David quien los ponía en la carreta-. ¿No hay más?

Emerson gruñó y bajó unas cajas de madera con las dos manos.

- Granadas y munición -dijo Ramsés entre dientes-. ¿Qué es eso?

Era más grande y pesada. Emerson la sacó de un tirón.

- Creo que podría aventurar una posibilidad, pero será mejor que la abras.

La tapa cedió con un chirrido espeluznante. Ramsés la abrió lo suficiente como para mirar dentro.

- ¡Santo cielo! Una ametralladora. Creo que es una Maxim.

- Y supongo que esto es el trípode -dijo Emerson mientras sacaba otra caja-. Es la última. Me pregunto cuántas más había y dónde están ahora.

- Lo mismo digo yo -dijo sombríamente Ramsés. Se echó la caja a hombros y la dejó en la carreta-. Alguien más ha pasado por aquí.

- Eso parece. -Emerson se levantó-. Yo llevaré la carreta. Vosotros, seguid vuestro camino.

- Pero padre…

- Si me intercepta una patrulla podré dar una explicación mejor que vosotros.

Ramsés no podía discutir eso. Todo lo que tenía que hacer su padre era identificarse. Nadie se atrevería a preguntarle qué hacía ni qué había en la carreta.

- Pensaba llevarlas a Fort Tura… -empezó a decir Ramsés.

Emerson asintió con la cabeza.

- Está en ruinas y nadie va por allí. Cuando haya descargado, seguiré tranquilamente por el camino; pareceré un pobre campesino con su carreta vacía. ¿Dónde dejo tu carruaje, David?

- Mmm…

Emerson se sentó en el pescante y agarró las riendas. Era evidente que estaba impaciente por marcharse.

- ¿Dónde lo has alquilado?

- Lo he robado -reconoció David con una voz apenas audible-. El propietario cultiva unas cuantas *feddans* cerca de Kashlakat. Tiene

un sueño muy profundo.

- Entonces no notará su falta hasta mañana. -Emerson se rió satisfecho-. La dejaré cerca del pueblo. Acabará encontrándola.

Se dirigió en árabe a los burros, que se pusieron en marcha con un rebuzno. Ramsés y David se quedaron observando cómo se alejaba la carreta.

- No le pasará nada, ¿verdad? -preguntó David con preocupación.

- ¿Al Padre de las Maldiciones? Acabará tirando él de los burros, pero seguro que antes recorre alguna distancia.

Se oyó el crujir de la carreta durante un buen rato. Hasta que se paró. David se puso rígido y Ramsés se rió.

- Te dije que se bajaría y tiraría de los burros.

Ya no habría problemas. Si alguien hubiera planeado algún ataque, ya se habría producido y él estaba seguro de que nadie había seguido a Emerson. La tranquilidad le produjo cierta laxitud. Bostezó.

- Te queda mucho camino por delante -dijo David.

- No tanto como a ti.

- He dormido casi todo el día. ¿Qué tal ha estado el baile?

- Divertido.

- Me lo imagino. ¡Eh, cuidado! -sujetó a Ramsés con una mano.

- Me he tropezado -dijo Ramsés mientras daba un brinco-. Estas condenadas sandalias…

- Vamos al camino. Se anda mejor.

Cuando llegaron al sendero, no había rastro de la carreta ni del automóvil. La superficie polvorienta parecía una cinta pálida a la luz de la luna.

- ¿Qué tal estáis Nefret y tú? -preguntó David.

- ¿Por qué lo preguntas?

- Ha pasado algo -dijo tranquilamente David-. Siempre lo adivino.

- Es verdad. -Estaba cansado y la compañía balsámica de David le soltó la lengua-. La verdad es… yo… es más difícil de lo que me imaginaba, es difícil mantenerse a una distancia prudencial y no querer estar a solas con ella. He tropezado algunas veces. Esta noche me pidió que bailara con ella… no pude negarme… yo habría querido… ¡Dios mío, cuánto lo deseé! Me largué en cuanto pude,

pero ella me siguió hasta el jardín y… no pude contenerme.

- De hacer, ¿qué?

- ¿Qué te imaginas? No tenía muchas posibilidades en esa situación. La besé, eso fue todo.

- ¡Por fin! -exclamó David-. ¿Qué pasó?

- ¡Caray! -protestó Ramsés medio en broma y medio enfadado-. Eres como madre. Me ha dado un montón de consejos. No necesito que tú me des más.

- ¿Sobre Nefret y tú? -preguntó David sorprendido-. Creía que no querías que lo supiera.

- No quería. No quería que hiciese precisamente lo que ha hecho esta noche después de vernos juntos: un sermón, un poco de comprensión, consejos. Estuvo… la verdad es que estuvo muy cariñosa. ¡Y me dijo algunas cosas de ella y padre que me asombraron bastante!

- ¿Le has contado que Nefret y tú…? -David dejó la frase sin terminar por delicadeza.

- ¡Decirle a mi madre que hemos sido amantes…! Por Dios David, ¿has perdido el juicio?

- Me imagino que el profesor tampoco lo sabe.

- Yo no se lo he dicho -dijo solemnemente Ramsés-. Es un caballero victoriano y ya sabes lo que siente por Nefret. De habérselo confesado a alguien habría sido a ti, pero creía que no tenía derecho. Lía tampoco debió decírtelo.

- Me alegro de que lo hiciera. Me ayudó a entender por qué Nefret actuaba de esa forma.

- No me has enseñado la carta que Nefret escribió a Lía.

- Lía tampoco me la ha enseñado a mí, ni debía hacerlo, estaba escrita para que sólo la leyera ella. Aunque me contó lo suficiente. Ramsés eres un perfecto idiota, Nefret estaba locamente enamorada de ti y creo que sigue estándolo. ¿Por qué no le dices lo que sientes? ¿No la has perdonado por dudar de ti?

- La perdoné hace tiempo y le confiaría mi vida. Pero no le confiaría la tuya. Ha estado viendo a Percy, en secreto.

David contuvo la respiración.

- ¿Estás seguro?

- Sí, estoy seguro. Se han visto varias veces y él estaba escondido entre los arbustos mientras… hablábamos. Lo vi antes de perder el

control, pero la única forma que tuve de evitar que las cosas fueran más lejos fue decir algo completamente imperdonable para Nefret.

- Ah -dijo David-, de modo que ella no estaba reacia… Vamos, Ramsés, ¿cuándo vas a dejar de hacerte el mártir?

- En cuanto acabe todo esto. Cuando todo esté claro, le imploraré, me humillaré o la arrastraré del pelo; lo que haga falta. Pero ahora no me atrevo a arriesgarme. Percy no me quita el ojo de encima. No, no es por el asunto Wardani, espero por lo más sagrado que no lo sea, pero sospecha que estoy metido en algo e intenta saber qué es. Por eso me dedica esos extravagantes halagos en público. Seguramente se ha acercado a Nefret con la esperanza de enterarse de más. Percy debe pensar que ella es el eslabón más débil de nuestro círculo. Es un cabrón engreído que se cree que ninguna mujer se le puede resistir.

- Y ella, por su parte, espera sonsacarle algo… Es muy propio de Nefret. Pero hay algo que no entiendo, ¿por qué le importa a Percy lo que tú hagas?

- ¿No se te ocurre ningún motivo?

- ¿Aparte del odio que siente por ti y que no se detendría ante nada con tal de hacerte daño? No tiene ninguna posibilidad. Aunque descubriera lo que estás haciendo, Dios no lo quiera, no podría usarlo en tu contra.

- No entiendes -dijo Ramsés con irritación-. No te das cuenta de las cosas que es capaz de hacer, ni siquiera después de haber visto las cosas que ya ha hecho. ¿Por qué crees que yo quería que Sennia se quedara en Inglaterra este invierno? Yo sabía que estaría ocupado con este asunto y que no podría vigilarla tan de cerca como antes. Percy nos odia a todos nosotros y la venganza que más placer le produciría sería a través de la niña. ¿Te imaginas cómo se quedaría padre si le pasara algo a Sennia?

- Y todos nosotros.

- Sí. Ella está a salvo de él, pero Nefret es otra cuestión. Puedes pensar que me hago el mártir sin motivo, pero anoche no me quedó más remedio. ¿Te has olvidado de lo que pasó la última vez que nos vio a Nefret y a mí en lo que tomó como un abrazo de enamorados? Tiene una vanidad tan inflada y frágil como un globo. Sabe Dios lo que sería capaz de hacerle si pensara que ella está fingiendo con él para engañarlo. Ella es demasiado valiente e imprudente como para

distinguir el peligro, y demasiado impulsiva como para morderse la lengua, justo cuando un tropezón puede ser desastroso, y él siempre la ha deseado, y…

- Basta -David le pasó un brazo por el hombro-. No te hagas esto. Ni siquiera Percy haría daño a Nefret por vengarse de ti.

Ramsés se sintió como Casandra, a quien nadie escuchaba sus advertencias. Se obligó a hablar lenta y tranquilamente.

- Violó a una niña de trece años y dejó que su hija, la hija de él, se educara como una prostituta. Si él no mató a Rashida con sus propias manos, contrató a alguien para que lo hiciera. No se pararía ante nada si piensa que su reputación o su seguridad están amenazadas.

- No se atrevería a hacer daño a Nefret -insistió David-. No es una pobre prostituta, es una dama y la hija adorada del Padre de la Maldiciones. El profesor lo haría pedazos si tocara a Nefret.

Ramsés comprendió que no iba a conseguir que David le entendiera. Era demasiado noble como para ver el mal. ¿O sería él quien no veía la realidad? ¿Su odio hacia Percy se habría convertido en obsesión?

Caminaron en silencio hasta que llegaron a la estación de tren de Babylon. Ramsés se detuvo.

- Estoy cansado -dijo inexpresivamente-. Ahí hay un carruaje. Voy a alquilarlo, a no ser que quieras hacerlo tú.

- No, quédatelo. Yo puedo dormir hasta que me apetezca. ¿Estás enfadado?

- No, sólo me siento un poco en el límite. Todo esto va a estallar durante los próximos días; hay muchos indicios. Tengo que poder dar contigo rápidamente si eso ocurre. ¿Tienes alguna idea?

- Estaré vendiendo las flores marchitas en la puerta del Shepheard's todos los días, como habíamos convenido.

- Está bien si todo sigue así, pero no puedo estar seguro de poder ir durante el día. Dame una alternativa.

David se quedó pensativo.

- Siempre está la posibilidad del café. ¿Te acuerdas del que hay a la salida de Sharia Abu'l Ela junto a la iglesia presbiteriana? A partir de ahora iré todas las noches entre las nueve y medianoche.

- De acuerdo.

David le puso la mano en el hombro.

- Descansa un poco, lo necesitas.

Ramsés despertó al conductor y se metió en el carruaje. Estaba cansado, pero su cabeza no dejaba de dar vueltas a las cosas. ¿Habría regresado su padre a casa? ¿Qué demonios estaría haciendo su madre? Emerson se había negado deliberadamente a contestar cualquier pregunta sobre ella.

Lo peor de todo era que la acumulación de evidencias había hecho que su convicción fuera cada vez mayor. No creía que pudiera convencer a nadie más, sobre todo cuando la pista crucial se la había dado un proxeneta nubio y travestido. ¡Podía imaginarse la cara de Russell cuando se lo dijera!

El había ido a ver a el-Gharbi para que le dijera de dónde había sacado las granadas ese terrorista inútil, pero el-Gharbi no había hecho otra cosa que hablar de Percy. El-Gharbi sabía todo lo que se cocía en el mundo de la prostitución, la droga y la delincuencia, y no había dejado de hablar de su rival, aunque ocultando su verdadero motivo tras una cortina de halagos exagerados y comprensión fingida. El-Gharbi era tan romántico, aproximadamente, como una cobra; la mordedura final, la revelación sobre el papel que había desempeñado Percy para engañar a Nefret y que se casara, estaba pensada para dar a Ramsés un dato de información vital.

La relación de Percy con el marido de Nefret había sido más íntima de lo que nadie sospechaba, lo suficiente como para ser socios en las actividades ilegales de Geoffrey; ¿drogas y antigüedades falsas? Percy había pasado varios meses con Russell en Alejandría cuando el policía intentaba acabar con la importación de hachís a El Cairo desde la costa occidental del Delta. Por algún motivo, Percy conocía los caminos y los hombres que introducían la droga. Ramsés creía que podían ser las mismas rutas empleadas para transportar armas.

Tenía un buen motivo para fundamentar sus sospechas: las granadas no habían llegado a través de los hombres de Wardani. ¿Cómo habían llegado? ¿A través de un soldado británico que tuviera acceso a un arsenal militar? ¿Un hombre que no tuviera escrúpulos para matar a un viandante, para hacerse el héroe e impresionar a la familia de la que estaba apartado?

La pista más irrefutable era el hecho de que Farouk hubiera

sabido lo de la casa de Maadi. Había sido un secreto celosamente guardado por David y Ramsés hasta que éste llevó a Sennia y a su joven madre para ocultarlas de Kalaan. Ramsés nunca supo cómo el chulo la había encontrado; quizá ella misma se hubiera traicionado involuntariamente; quizá hubiera ido al Was'a para visitar a alguna amiga y hubiera alardeado de su nuevo protector que, increíblemente, le había ofrecido seguridad sin pedirle nada a cambio. Rashida estaba muerta, Kalaan no había vuelto a aparecer por El Cairo…, y sólo otra persona había participado en ese plan repugnante.

Percy, quien le dedicaba halagos exagerados e hipócritas y defendía su reputación maltrecha. Si él era el traidor y espía que sospechaba Ramsés, el interés que demostraba por las actividades de su primo se debían a algo más que a la simple curiosidad.

Todo encajaba perfectamente, pero ¿cómo iba a convencer a nadie si hasta David pensaba que su odio por Percy se había convertido en una idea fija? ¿Creería alguien que un miembro de la casta superior, un oficial y un caballero, podría venderse al enemigo?

Sabía que tenía que compartir ese convencimiento con alguien. Pero él no lo perseguiría. No por el momento. No hasta que hubiera salido del asunto en que estaba metido, no hasta que David pudiera volver con Lía, no hasta que hubiera hecho comprender a Nefret y estuviera a salvo. No podría soportar volver a perderla.

Capítulo 13

Después de haber visto a Nefret, a los Vandergelt y a Fátima, que había insistido en esperarlos levantada, me puse la bata y bajé a la sala. Las ventanas daban al camino. Abrí las contraventanas y me senté en el banco con almohadones que había debajo. Era muy tarde, o muy pronto, dependía del punto de vista; era ese momento en el que todo estaba inmóvil y silencioso y parecía que yo era la única persona viva. La luna se había puesto y el camino, más allá de los círculos de luz que proyectaban las lámparas que dejábamos encendidas, yacía sereno a la luz de las estrellas.

No me había dado cuenta de que Ramsés había vuelto hasta que se abrió la puerta y una figura oscura se deslizó dentro. Dos figuras oscuras, para ser exactos; *Seshat* iba pegada a sus talones.

- ¿Te divierte trepar por el emparrado? -pregunté con cierta irritación.

Solía pasarme cuando me sentía aliviada.

Se sentó a mi lado.

- Tenía que presentarme a *Seshat.*

- ¿Cómo has adivinado que estaba aquí?

- Sabía que no estaba en su habitación. Fui a mirar. Espero que me perdone la impertinencia; estaba un poco preocupado por padre.

- Entonces, lo viste -murmuré.

- Lo oí, más bien -me contó brevemente lo que ocurrió-. Espero que no piense que hice mal al dejar que se fuera solo.

- Desde luego que no. Tendrías que haberlo atado de pies y manos para evitarlo.

- ¿Cómo le fue a usted?

- No tuve ningún problema. Llegué a casa mucho antes que los demás. -La zona iluminada parecía muy pequeña en comparación con la oscuridad que la rodeaba-. Le queda mucho camino que recorrer -dije con intranquilidad-. Quizá debiera salir a buscarlo en el automóvil.

Estábamos sentados muy juntos y podíamos hablar en voz baja. Noté una sacudida de su brazo y su hombro.

- ¿Otra vez? -preguntó con voz entrecortada.

- ¿No te lo dijo tu padre?

- No. -Parecía tener problemas para recuperar la respiración-. Me pregunto por qué él… ¡Usted ha conducido hasta casa! ¡Desde Tura! ¿Dónde está el coche?

- En el patio de las cuadras, naturalmente. Toma un vaso de agua, querido.

- Padre diría que la situación exige un whisky -dijo Ramsés-. Da igual, cuénteme qué pasó. Creo que no puedo soportar la intriga.

Se lo conté.

- No entiendo por qué tú y tu padre dais por supuesto que no puedo hacer algo tan fácil -concluí con cierta indignación.

- Creo que usted es capaz de cualquier cosa -dijo Ramsés.

Estaba meditando esa afirmación cuando *Seshat* pasó como un rayo junto a mí y salió por la ventana.

- ¡Tu padre! -exclamé.

- Un ratón -me corrigió Ramsés-. No le conceda más facultades de las que tiene.

- Espero que se lo coma fuera y no te lo traiga. En cuanto al automóvil…

- Shhh. -Levantó la mano.

Según Daoud, Ramsés podía oír un susurro al otro lado del Nilo. Yo había aguzado el oído por la preocupación, pero tardé un rato en distinguir el ruido que le había alertado. No era el sonido de unas botas.

- Un camello -dije sin poder disimular la decepción-. Algún campesino madrugador.

El tal campesino madrugador tenía más prisa de la que suelen tener, pues el camello iba al trote. Cuando alcanzó la zona iluminada, pude ver a Emerson muy tieso y sin sombrero, con las piernas cruzadas sobre el cuello del animal y fumando en pipa.

Tiró de la cuerda que iba a la cabeza del camello para reducir la velocidad y le golpeó en el costado del cuello para que girara hacia el frente de la casa y la ventana. Fruncí el ceño al ver que las rosas que había cultivado con tanto cariño caían bajo las cuatro enormes patas. Emerson dio una orden y el camello se arrodilló cuidadosamente, aunque no sin aplastar unas cuantas petunias y caléndulas. Mi marido desmontó del camello.

- Ah -exclamó al verme a través de la ventana-. Estás ahí, Peabody. Apártate un poco, voy a entrar.

Recuperé al habla.

- ¡Emerson, saca a ese maldito camello de mi jardín!

- Me temo que el daño ya está hecho -dijo Ramsés-. Padre, ¿dónde lo ha comprado?

- Lo he robado. -Emerson se subió al alféizar-. David me dio la idea.

- ¡No puedes dejarlo ahí! -exclamé-. ¿Cómo vas a explicar su presencia? Y su dueño…

- No te preocupes por el camello, ya he pensado en algo. ¿Qué has hecho con el automóvil?

- Está delante de las cuadras, naturalmente.

- ¿En qué estado?

- No perdamos el tiempo con tonterías, Emerson. Lo más importante es que estás aquí; que Ramsés esta aquí; que yo estoy aquí. Propongo que nos vayamos a la cama.

- No tiene sentido. Amanecerá dentro de una hora o dos -dijo mi infatigable cónyuge-. ¿Qué te parece si desayunamos, Peabody?

- Sería una falta de delicadeza despertar a Fátima a estas horas cuando se acostó tan tarde anoche.

- ¡Por todos los santos! No pensaba hacer tal cosa. Haré unos huevos y café y…

- No, no harás nada, siempre quemas los fondos de las sartenes.

- Yo me ofrecería -empezó Ramsés-, pero…

- Pero tú también los quemas.

La idea del desayuno tenía sus atractivos. Yo quería que Emerson me contara cómo había llevado a cabo su misión y él estaría de mejor humor después de desayunar. Las abolladuras del automóvil iban a merecer algún comentario recriminatorio y el faro que se había perdido…

- Bueno, de acuerdo, veamos qué hay en la despensa.

La despensa estaba bastante llena y Emerson atacó un ala de pollo asado con un apetito voraz. Entre bocado y bocado nos contó sus aventuras.

- Todo se desarrolló sin un contratiempo. ¿Qué esperabais? Después de guardar el material, llevé la carreta a Kashlakat y la dejé delante de la mezquita.

- La dejaste y te fuiste andando…

- No había quien moviera a los burros. En cuanto a andar… Decidí que lo mejor era no hacerlo. -Dejó de masticar y me miró con reproche-. Estaba preocupado por ti, querida. Esperaba encontrarte cerca de donde te dejé.

- Ah, realmente esperabas encontrarme allí, ¿verdad?

Mi interés por la narración de Emerson no me había impedido comprobar que Ramsés se había servido muy poco y ni siquiera se lo había comido todo. Apuró la taza de café y se levantó.

- No -dije-. Por favor, Ramsés, no vuelvas a salir.

- Madre, tengo que hacerlo. Debería haberme hecho cargo de la entrega antes, pero quería estar seguro de que padre volvía a casa. Regresaré antes del amanecer.

- Los demás dormirán hasta tarde -dijo Emerson-, pero… mmm… no te retrases más de lo necesario, hijo. ¿Sabes quién fue?

- Qué… -empecé a decir.

Emerson me hizo un gesto con la mano para que me callara.

- No estoy seguro -replicó Ramsés-, pero Rashad es el candidato más probable. Si se despierta y me encuentra agazapado a los pies de su cama y con la mirada furiosa de una gárgola, lo dejaré en el estado perfecto para interrogarlo.

- Qué… -dije.

- Cuénteselo, padre. Debo darme prisa.

- No irás andando, espero -dijo Emerson.

Los labios de Ramsés se curvaron en una sonrisa.

- Me llevaré el camello.

Desapareció. Apoyé los codos en la mesa y me tapé la cara con las manos.

- Vamos, Peabody. -Emerson me dio una palmada en los hombros.

- ¿Hasta cuándo va a durar esto?

- No puede durar mucho más. Si se ha hecho la última entrega *der Tag* debe ser inminente. ¿No crees que él tiene las mismas ganas que tú de que todo esto acabe?

- Ya lo sé. Eso es lo que me asusta. La desesperación lleva a la imprudencia. Supongo que Rashad es uno de los lugartenientes de Wardani. Espero que no sea como Farouk.

- No creo -dijo Emerson con una tranquilidad irritante-. Ha desaparecido parte del cargamento. Alguien llegó antes que nosotros. Eso significa que hay un centenar de rifles y seguramente una ametralladora o dos en paradero desconocido. No es suficiente para ganar una guerra, pero sí para matar a bastantes personas. El sospechoso más probable es ese tal Rashad, quien ya había dado muestras de insubordinación, incitado, sin duda, por Farouk. Ésa ha sido una de las dificultades con las que se ha encontrado Ramsés: dominar a ese grupo de jóvenes radicales. Los conozco, ¡yo mismo fui uno de ellos en tiempos! Ingenuos e idealistas y deseando demostrar su hombría con disturbios en la calle. Las piedras, los puños y los palos pueden hacer un daño limitado, pero un arma de fuego es algo completamente distinto. Hace que un hombre débil se sienta como un héroe y que un hombre fuerte se sienta inmortal, además, acaba con la mínima inhibición que pueda tener un asesino: no tienes que estar cerca de un hombre para meterle una bala. No tienes que verle la cara.

- ¿Tú has sido un radical, Emerson?

- Todavía lo soy, querida. Pregunta a cualquiera en El Cairo. -La sonrisa de Emerson desapareció-. Peabody, Ramsés aceptó esta misión por un único motivo: para evitar que la gente resultase herida, incluso esos jóvenes estúpidos y revolucionarios. No descansara hasta que recupere esas armas. Cuando lo haga, habrá cumplido con lo que se comprometió a hacer y este maldito asunto habrá terminado. Si tengo que hacerme con esas malditas armas y esos malditos estúpidos, yo mismo… Querida, ¿quieres llorar? No te contengas, estás horrible con la cara retorcida.

- Intento no estornudar. -Me froté la nariz-. Tus palabras me han llegado a lo más profundo del corazón, Emerson, me has dado un nuevo ánimo. ¡Estoy dispuesta a actuar cuando tú lo estés!

- Daremos tiempo a Russell para que actúe antes. Aunque tampoco mucho, estaría bueno. Va a pasar algo durante los

próximos dos o tres días. En algunas zonas, los turcos están a menos de diez kilómetros del Canal de Suez; han empezado a atrincherarse al este de Kantara y Kubri y el-Ferda, y eso mientras esa pandilla de Clayton se dedica a levantar mapas y a «analizar cuestiones estratégicas de más envergadura», como dicen ellos. Lo que necesitamos es información precisa: dónde y cuándo se producirá el ataque; cuántos hombres serán; qué tipo de armamento tienen, ese tipo de cosas. Nuestras defensas cuentan con demasiados pocos hombres, pero si supiéramos esas cosas, es posible que pudiéramos contenerlos.

- ¿Es posible? No eres muy alentador, Emerson.

- No te preocupes, querida. -Los maravillosos ojos azules de Emerson miraron el infinito-. Si el enemigo toma El Cairo, nos retiraremos a las montañas y esperaremos a que lleguen refuerzos desde Inglaterra. Las armas que he escondido en Fort Tura…

- Te gustaría, ¿verdad?

- ¿A mí? -La sonrisa soñadora de Emerson se transformó en una mirada de severa desaprobación-. Sólo quiero seguir con mis excavaciones, Peabody. ¿Por quién me tomas?

Me acerqué a él y le rodeé con los brazos.

- Por el hombre más valiente que conozco. Bueno… por uno de ellos. ¡Ay! Emerson, ni se te ocurra besarme con esa barba puesta.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés sabía dónde vivían Rashad y los demás y estaba al tanto de sus cambios de domicilio, que eran bastante frecuentes. No sería la primera vez que aparecía en uno de ellos sin avisar. Prefería esas apariciones súbitas, no sólo por motivos de seguridad, sino porque contribuían a fomentar su leyenda. ¡Wardani lo sabe todo!

Rashad, cuyo padre era un rico terrateniente de Assiut, tenía una habitación para él en un edificio cerca de el-Azhar, donde era un estudiante, al menos en teoría. Fuera por inercia, por confianza o por comodidad, no había cambiado últimamente de escondite y Ramsés decidió que lo mejor era acercarse por la ventana, que daba a una callejuela que salía de Sharia el-Tableta. La ventana estaba en el primer piso con una pared lisa por debajo, pero el camello le ayudaría a superar esa pequeña dificultad si conseguía que el tozudo animal se pusiera en el sitio adecuado.

Como suponía, el camello se apartó en cuanto se agarró del alféizar, así que le costó entrar. Afortunadamente, Rashad tenía un sueño muy profundo. Roncaba apaciblemente cuando Ramsés se colocó a los pies de la cama.

La oscuridad tenía un tinte pálido por la proximidad del alba, y Ramsés decidió, con cierta irritación, que no podía esperar a que ese gandul se despertara. Tenía que largarse antes de que hubiera suficiente luz como para que Rashad pudiera verlo con claridad. La chaqueta y los pantalones de *tweed* eran los mismos que ya había usado otra vez y el sombrero daba sombra al rostro, pero no había tenido tiempo de maquillarse la cara para alterar los rasgos. Bajó el tono hasta conseguir la voz de ultratumba que utilizaba Hakim el Vidente de Misterios (también conocido como Alfred Jenkins), que

hacía un número de lectura del pensamiento en las salas de espectáculos de Londres.

- ¡Rashad!

La reacción habría sido cómica si Ramsés hubiera estado de humor para apreciarla. Rashad dio un grito y un salto hasta quedarse sentado con la espalda pegada a la pared y las rodillas dobladas. La sábana le cubría a medias el cuerpo desnudo.

- ¡Kamil! ¡Cómo…!

- ¿Dónde? -le corrigió Ramsés-. ¿Dónde las has escondido?

No discutió, pero se deshizo en excusas. Ramsés lo interrumpió.

- ¿En la mezquita en ruinas? No tienes mucha imaginación. Hay que cambiarlas de sitio. Yo me ocuparé. Esta vez te perdonaré la insubordinación, Rashad, pero si vuelve a suceder…

Dejó la amenaza en el aire. Sabía que Rashad sí tenía suficiente imaginación como para hacerse una idea de las múltiples posibilidades y se dirigió hacia la puerta. Rashad no sólo la había atrancado sino que había apoyado una silla contra el picaporte. El joven siguió con su letanía de disculpas mientras Ramsés apartaba esos penosos impedimentos. Se fue sin contestar. Estaba seguro de que Rashad no reuniría valor suficiente como para seguirle, sobre todo cuando él había tenido la precaución de «tomar prestada» la *galabiyya* que había dejado en la silla.

No había ni rastro del camello. No perdió el tiempo buscándolo; no estaría solo mucho tiempo y su dueño sería recompensado generosa y anónimamente. Había tenido suerte de deshacerse de esa bestia: andaba como si fuera una mula de tres patas y había intentado morderle en la pierna.

Aceleró el paso y llegó a la mezquita cuando terminaba la llamada para la oración de la mañana. Se quitó el sombrero y los zapatos y entró. Se detuvo en la fuente para lavarse las manos, la cara y los brazos. Había pocos fieles, ya que la mayoría prefería rezar en sus casas. Ramsés se dirigió a un rincón de la izquierda y adoptó todas las posturas prescritas con la esperanza de que no se considerara una profanación. Deslizó la mano dentro de la abertura de la pared y el papel crujió bajo sus dedos.

* * *

Se bajó del tren en la estación de Giza. Ya era pleno día, así que existían las mismas probabilidades de que le vieran trepando por el

emparrado que entrando por la puerta. Optó por lo segundo. Se le hizo la boca agua al oler el beicon frito que le llevó directamente hasta la mesa del desayuno.

Los Vandergelt no habían bajado todavía, pero Nefret estaba sentada con sus padres. Todos se volvieron para mirarlo cuando entró lentamente.

- ¿Has disfrutado del paseo? -le preguntó su padre a la vez que le daba una coartada que no necesitaba.

Nefret bostezó y se tapó delicadamente la boca con una mano.

- ¡Qué vitalidad! A quien madruga… Espero que te ayude en otras cosas porque desde luego no pareces muy descansado.

- Eres muy amable.

- Tienes unas ojeras muy románticas -se explayó Nefret-, pero mi experiencia me dice que indican falta de sueño. Yo creía que anoche volviste pronto.

- También me he despertado pronto y no he podido volver a dormirme, así que me he ido a dar un largo paseo.

Fátima le puso un plato con huevos delante. Se lo agradeció y se dijo a sí mismo que sería mejor que se callara, que estaba dando demasiadas explicaciones.

- Deberías haber ahorrado fuerzas -le dijo su padre con una sonrisa lobuna-. Para una jornada completa de trabajo, me refiero, así que date prisa y termina el desayuno.

Ramsés asintió con la cabeza. Su madre no había dicho nada, pero él se había dado cuenta de los signos de alivio que había mostrado al verlo. Ella siempre tenía el porte de un soldado, incluso cuando estaba sentada, y él se sentía como un canalla al ver que se le hundían los hombros y que la cara inmutable perdía algo de su color. Lo que estaba haciendo era injusto con David y Nefret, pero era inhumano para sus padres. Quizá las noticias que tenía les animaran.

Tuvo que esperar hasta que estuvieron de camino hacia Giza para poder hablar con su madre a solas. Su padre había ido por delante con Nefret, y Ramsés había frenado a Risha para que siguiera el mismo paso trabajoso que la yegua de su madre.

- Sé dónde las ha escondido -dijo Ramsés sin preámbulos.

- ¿Era el hombre que sospechabas?

- Sí. ¡El sólo quería ayudar! Una excusa muy débil, pero no

estaba en el mejor momento para pensar con claridad.

Su madre sí lo estaba. Era ciega como un topo para ciertas cosas, pero de vez en cuando daba en el clavo.

- Los turcos se comunican directamente con él. Tienen que hacerlo o él no sabría dónde estaba el escondite. Tú no se lo dijiste, ¿verdad?

- No. Tienes razón, desde luego. Ellos saben también dónde vive. Le dejaron el mensaje por debajo de la puerta.

- Dudan de ti… de Wardani.

- Siempre han dudado. Ahora que han perdido a su agente, intentan socavar mi autoridad de otra forma. Intuyo que eso significa que se les acaba el tiempo. Esta mañana he recogido otra pequeña misiva.

Ella alargó la mano y Ramsés no pudo evitar una sonrisa.

- La he destruido. Decía: «Estáte preparado. Dentro de dos días».

- Entonces, puedes confiscar las armas y terminar de una vez por todas. Ahora, hoy.

Su madre tiró de las riendas y Ramsés detuvo a Risha y le agarró la mano. En esa situación, ella era capaz de salir a galope tendido hasta el despacho de Russell y de empezar a darle órdenes.

- Déjamelo a mí, madre. Russell está esperando una palabra; actuará en cuanto la reciba. Ya está resuelto. Lo peor ha pasado; no pierda la cabeza ahora.

- ¿Me lo prometes?

- Sí.

- Muy bien -dijo, y reanudaron la marcha.

Al cabo de unos instantes, él oyó que ella aspiraba por la nariz, una vez ruidosamente y otra con más disimulo.

- Lo siento -se disculpó.

- No se preocupe, madre. Maldita sea, ¿está llorando? ¿Qué he dicho?

Después de todo, sólo habían sido dos lágrimas. Ella se las secó con los dedos y sacó pecho.

- Rápido, tu padre debe de estar muy impaciente.

Poco después, mientras medían el perímetro del segundo pozo funerario, Ramsés le contó lo mismo a su padre. Esa vez no fue tan fácil dejarlo contento. Emerson quería detalles de dónde había escondido las armas Rashad y cómo pensaba Ramsés informar a

Russell y muchas otras cosas que seguramente tenía derecho a saber. Por si acaso.

Emerson volvió a dedicarse a la excavación después de haber tenido la deferencia de aprobar todas las decisiones de Ramsés. El joven estaba convencido de que su padre estaba completamente dispuesto a capturar a algunos revolucionarios con sus propias manos y que estaba pensando en la forma de hacerlo, pero tenía la facultad propia de los estudiosos de concentrarse en lo que tenía entre manos.

- También podemos ver qué hay ahí dentro -comentó mientras señalaba la boca del pozo-. Vuelve a trabajar en tus paredes, hijo. Yo ordenaré a los hombres que empiecen con esto.

- Selim está ayudando a Nefret con las fotografías, no me necesitan.

- Ah. -Emerson lo miró de una forma extraña-. Como quieras.

Ramsés no quería acercarse a Nefret. Sería como poner una bandeja llena de caramelos delante de un niño y decirle que no podía tocarlos hasta la cena. Dentro de unos días, quizá dentro de unas horas, él podría confesarlo todo, rogarle que le perdonara y volver a pedirle que se casara con él. Si decía que no, seguiría el consejo de su madre. La idea era tan atractiva que le dio vértigo.

Al final, tampoco fue una jornada completa de trabajo. Su madre los arrastró a casa con la excusa de que sería de mala educación no hacer caso a los invitados. A Emerson no le quedó más remedio que obedecer, aunque no le hizo ninguna gracia; a medida que iban profundizando en el pozo empezaron a encontrar trozos rotos de cerámica y, finalmente, una serie de pequeñas vasijas para ofrendas.

Los Vandergelt habían pensado pasar ese día y esa noche con ellos para disfrutar de lo que su madre llamaba «los tantas veces pospuestos placeres de la relación social con sus queridos amigos». Ella desde luego los disfrutaría y Dios sabía que se merecía un respiro. Katherine Vandergelt tampoco parecía la misma de siempre. La guerra era un infierno no sólo para los hombres que luchaban en el frente sino también para las mujeres que se quedaban en casa esperando noticias.

Ramsés sabía que su padre estaba dispuesto a trabajar esa tarde sin importarle lo que hicieran los demás. La descripción de lo que habían encontrado por la mañana hacía que el descubrimiento

pareciera mucho más atractivo de lo que en realidad era y Cyrus manifestó su intención de acompañarlos.

- Dudo mucho que encontremos un enterramiento intacto -le previno Ramsés-. Esos trozos de barro cocido parecen parte del ajuar funerario.

- Quizá haya quedado algo interesante -dijo Cyrus-. Katherine…

- Supongo que yo también iré -dijo resignadamente su mujer-. No, Amelia, sé que estás deseando saber qué hay ahí abajo y que si me quedo te sentirás obligada a hacerme compañía. ¿Tú qué dices, Anna?

- Yo iré al hospital. -La joven miró de modo desafiante a Nefret.

- No hace falta, Anna. He llamado a Sophia y me ha dicho que todo está tranquilo. También me ha prometido que me avisará si surge algo que exija mi presencia… o la tuya.

- ¿No vienes con nosotros?

- No. Tengo otros planes. Puede prescindir de mi unas horas, ¿verdad, profesor?

- ¿Dónde…? -Emerson se calló y miró a su mujer.

- ¿Volverás para el té? -preguntó ella.

- Sí, creo que sí.

- Diviértete -dijo Anna-. Yo iré al hospital. Siempre hay algo que hacer.

Nefret se encogió de hombros, se excusó y salió de la habitación. Anna y ella debían de haber discutido; las sonrisas tensas y el tono cortante eran el equivalente femenino a una pelea entre hombres.

- Vuelve para la hora del té -ordenó Katherine.

- Me quedaré todo el tiempo que me necesiten -le espetó Anna.

Se levantó de la mesa y dejó la habitación sin pedir disculpas.

- ¿Qué le pasa de repente? -preguntó Katherine- Estos últimos días estaba de mejor humor.

- Se pueden esperar recaídas ocasionales cuando se trata de jóvenes -dijo la madre de Ramsés.

Sólo tardaron media hora en llegar a la cámara funeraria. Ramsés estaba contento de la distracción que le proporcionaba el trabajo. Sabía que había muy pocas posibilidades de encontrar un enterramiento intacto, pero siempre tenía una sensación extraña cuando entraba en una cámara que no había pisado nadie durante miles de años. Ésta se abría hacia el sur del pozo y estaba casi

completamente ocupada por un sarcófago de piedra enorme que, sin embargo, no había ofrecido mucha protección a su propietario: los huesos estaban esparcidos por el suelo que lo rodeaba y la tapa había sido lo suficientemente desplazada como para que los ladrones sacaran el cuerpo. Sólo habían olvidado una joya: un pequeño amuleto en forma de escarabajo que se le debió de caer a alguno de ellos.

- Los muy condenados hicieron un buen trabajo -dijo Emerson cuando salió del pozo.

Emerson, Ramsés y Selim fueron los únicos en bajar; Cyrus no habría hecho caso de las advertencias de su mujer si hubiera habido algo que ver, pero tampoco estaba dispuesto a arriesgarse a bajar por aquellas escaleras de madera para ver unos cuantos huesos secos.

- ¿Quiere que saquemos fotografías? -preguntó Ramsés.

- Eso puede esperar hasta mañana -dijo firmemente su madre-. Ningún ladrón va a molestarse por esos restos. Ya hemos hecho suficiente por hoy. Más que suficiente.

Miró a Ramsés intencionadamente y con cierto reproche. Si le hubieran dejado a ella decidir, él, Ramsés, estaría en El Cairo haciendo las gestiones que había prometido hacer.

Como su hijo había intentado decirle, no era tan fácil. Había llamado a Russell antes de comer, pero le habían dicho que no estaba y que no le esperaban de vuelta hasta última hora de la tarde. Habían concertado una frase en clave: «Dígale que Tewik Bey tiene un camello para él». Dejó el mensaje y si Russell lo recibía, estaría esa noche en el Turf Club.

Todos volvieron a casa, excepto Ramsés que se quedó con Selim para ayudarle a limpiar y tapar el pozo. Cuando entró en el patio, Fátima salió corriendo de la sala y lo detuvo.

- Ha venido alguien a visitarlo -susurró.

Se preguntó por qué se comportaría como una conspiradora de opereta y miró alrededor.

- ¿Dónde está?

- En su habitación.

- ¿Mi habitación? -repitió atónito.

Fátima se retorció las manos.

- Ella me pidió que no se lo dijera a nadie. Dijo que usted la

había invitado. ¿He hecho mal?

- No, está bien -sonrió tranquilizadoramente-. Gracias, Fátima.

Subió las escaleras de dos en dos. No podía imaginarse quién sería esa mujer. ¿Anna? ¿Alguna de las mujeres del pueblo que quería ayuda contra un padre o un marido que la maltrataba? Todo el mundo sabía que los Emerson no toleraban esas cosas y algunas de las mujeres más jóvenes sentían demasiado respeto por su madre o su padre. Evidentemente, a él no le respetaban tanto.

Se le borró la sonrisa de la boca en cuanto vio la pequeña figura que estaba sentada en su cama. Se le disparó el brazo como impulsado por un resorte y cerró con un portazo.

- ¿Qué… haces aquí?

La cara de la niña irradiaba inocencia. Unos surcos atravesaban las mejillas llenas de polvo; podían ser fruto del sudor o de las lágrimas. Vestía un atuendo muy propio para una visita, pero el vestido rosa de cuello bajo estaba arrugado y el pelo despeinado y suelto sobre los hombros. Se había puesto cómoda, con la confianza de una invitada; había dejado el sombrero, el bolso y un par de guantes blancos extraordinariamente sucios en la cama, junto a ella.

- He intentado jugar con la gata -dijo-, pero me ha arañado y se ha ido.

Un maullido grave llegó desde encima del armario, donde se había refugiado *Seshat* fuera del alcance de esas manitas.

- No seas infantil, Melinda -replicó Ramsés muy serio-. Baja conmigo inmediatamente.

Antes de que pudiera abrir la puerta ella se le echó encima como un gatito asustado.

- ¡No! No debes decir a nadie que estoy aquí. Todavía no. Prométeme que me ayudarás. ¡Prométeme que no le permitirás que me mande fuera!

Él puso sus manos sobre las de la niña con la intención de apartarlas, pero ella las apretaba como si fueran garras y no quería hacerle daño. Bajó los brazos y se quedó quieto.

- ¿Tu tío?

- Sí. Quiere mandarme a Inglaterra. ¡No iré! ¡Quiero quedarme!

- Si él ha decidido que tienes que irte, yo no puedo hacer nada por evitarlo, aunque lo intentara. Melinda, ¿no te das cuenta de la situación tan violenta en la que me pones? Si tu tío se enterara de

que has estado aquí, sola conmigo en mi habitación… si alguien nos viera… me culparían a mí, no a ti. ¿Es lo que quieres?

- No…

- Entonces, vamos.

Soltó los dedos poco a poco. Lo miraba fijamente y por un instante aquellos ojos adoptaron un aire de cálculo frío y adulto. Dos mares de lágrimas lo disimularon tan rápidamente que Ramsés pensó que debían haber sido imaginaciones suyas.

- Él me hace daño -dijo ella.

Con un movimiento brusco se bajó el vestido dejando al descubierto el hombro casi hasta el codo. Tenía los huesos frágiles y delicados de una niña, pero el hombro redondeado y los pechos medio desnudos no lo eran. Tenía marcas rojas en el brazo, como las que dejan los dedos.

- No me apartes de tu lado -susurró-. Él me pega. Es cruel conmigo. Quiero estar contigo, ¡te amo!

- Por Dios -murmuró Ramsés entre dientes. No podía retroceder más, estaba contra la puerta y se sintió como un perfecto idiota. Oyó pasos. La caballería había llegado en el momento oportuno.

- Súbete el vestido -le ordenó.

Ella no se movió. Ramsés agarró el picaporte y abrió la puerta.

- ¿Madre? ¿Podría venir, por favor?

La niña no lloraba ya. El no había visto nunca una cara tan joven con una mirada tan implacable. «El infierno no conoce furia parecida a la de una mujer desdeñada», recordó Ramsés. Se volvió con un alivio evidente hacia su madre, que miraba la escena desde la puerta.

- Tenemos una fugitiva entre nosotros-dijo.

- Eso parece. -Cruzó la habitación con unos pasos enérgicos y le puso el vestido en su sitio-. ¿De qué huyes, Melinda?

- De mi tío. Me pega. Le he enseñado los cardenales.

- Te agarró del hombro y te sacudió, espero. No puedo decir que le culpe por ello. Ven conmigo.

Ella dio un paso atrás.

- ¿Qué va a hacerme?

- Darte una taza de té y mandarte a casa.

- No quiero té. Quiero…

- Sé lo que quieres. -Miró a Ramsés con ojos burlones. El notó

que las mejillas le ardían-, pero no puedes tenerlo. Baja a la sala. Ahora mismo.

Ramsés había visto cómo esa voz ponía en acción a una partida entera de trabajadores egipcios. Tuvo un efecto parecido en la niña. Agarró el sombrero, el bolso y los guantes y Ramsés tuvo que apartarse precipitadamente para dejarle paso.

Su madre lo miró de pies a cabeza. Sacudió la cabeza y frunció los labios.

- No. No se puede hacer nada -dijo crípticamente-. Será mejor que te quedes aquí, podré lidiar mejor con ella si no estás presente.

Ramsés, después de haberse dado un baño y de ponerse ropa limpia, remoloneó en el cuarto un rato más antes de reunir el valor suficiente para bajar. Le turbaba que las mujeres lloraran, y ésa ni siquiera era una mujer, sólo una niña pequeña. («Pero considerablemente madura para su edad», oyó que le decía una vocecilla odiosa en lo más recóndito de su cabeza. La enterró bajo un montón de remordimiento). ¿Pero qué otra cosa podría haber hecho? «Debo ser cruel para ser bondadoso.»

Qué hipocresía decir eso a alguien a quien acababa de partir por la mitad. Hamlet siempre le había parecido un poco pedante.

Después de todo, no tuve que lidiar con la joven. ¡Se había atrevido a desobedecerme! Cuando bajé al patio, vi la puerta de la calle abierta y a Alí y Katherine mirando fuera. Katherine se volvió al ver que me aproximaba.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó.

- ¿Qué ha pasado?

- La desbandada de la joven señorita Hamilton. Yo estaba cruzando el patio cuando ella bajó las escaleras como un torbellino; casi me tira en su carrera desbocada hacia la puerta. Yo no sabía que estuviera aquí. ¿La seguimos?

Desde donde yo estaba podía ver el camino en ambas direcciones. No había ni rastro de una figura rosa voladora, sólo los peatones y vehículos habituales. Medité la pregunta de Katherine. La niña había llegado hasta allí por sus propios medios. Por lo que a mí respectaba, también podría volver sin mi ayuda. No era una decisión propia de una buena cristiana, pero en ese momento no sentía ni una pizca de bondad hacia la señorita Molly.

- Creo que no -contesté-. La hemos perdido de vista; no podemos

saber si ha ido a la estación o si ha alquilado algún medio de transporte.

- Salió corriendo hacia el camino y paró un carruaje, *Sitt Hakim* -dijo Alí-. Llevaba dinero; se lo enseñó al conductor.

Las noticias tranquilizaron mi conciencia, que había hecho todo lo posible por hacerse notar por encima de mi enfado más que justificado. Me prometí a mí misma que buscaría algún pretexto para llamar a su tío más tarde y cerciorarme de que había llegado sana y salva.

Katherine tenía el ceño ligeramente fruncido.

- Algo ha debido de molestarla. ¿Qué hacía aquí? -me preguntó mientras volvíamos al patio.

Los demás bajaron a tomar el té. Oí voces en la sala y la risa profunda de Cyrus. No me pareció necesario comentar al asunto con los hombres, de modo que me paré un momento y le di una explicación a Katherine, le dije la verdad, aunque no toda la verdad.

- Su tío quiere mandarla a casa y ella no quiere ir. Ya sabes lo irracionales que pueden ser los niños; tiene la disparatada idea de quedarse con nosotros.

- Es mayor para saber lo que quiere -dijo Katherine.

- Pero muy caprichosa. No hace falta comentar esto a los demás, Katherine.

- Como quieras, querida Amelia.

Ramsés tardó en aparecer. Después de lanzarme una mirada rápida e involuntaria, a la que respondí con un gesto afirmativo de la cabeza y una sonrisa, evitó volver a encontrarse con mis ojos. Creo que no peco de parcialidad maternal si digo que no me extrañaba que esa niña, o cualquier otra mujer, hiciera locuras por él. Era un hombre joven y guapo, con los atractivos rasgos de su padre y la elegancia y agilidad de un atleta, pero había algo más: un resplandor indefinible en su semblante producto de un carácter noble, de la bondad, de la modestia y el valor…

- ¿Por qué sonríe, madre?

Había notado mi mirada de admiración y eso le ponía extremadamente nervioso. Se apretó el nudo de la corbata y se pasó la mano por la cabeza para alisar los rizos rebeldes.

- Estaba pensando en algo muy agradable e íntimo, querido -contesté, aunque no iba a contarlo: se sentiría tremendamente

avergonzado si dijera mis pensamientos en voz alta.

Cuando nos retiramos para vestirnos para la cena, no había vuelto ninguna de las chicas. Anna no me preocupaba, imaginaba que su retraso tenía como objetivo molestar a su madre, pero sí empecé a sentirme un poco intranquila por Nefret. Fátima la había visto salir vestida con la ropa de montar, de forma que fui a los establos, donde me encontré con Ramsés.

- No ha vuelto todavía -dijo.

- Eso veo. ¿Iba sola?

- Sí. Jamal se ofreció para acompañarla, pero ella dijo que iba a encontrarse con alguien.

- Es posible que le dijera eso para que no la acompañara -dije-. Él le ha tomado un cariño casi infantil.

- Es posible.

- Será mejor que vayamos a cambiarnos. Volverá pronto, estoy segura.

Regresamos juntos a la casa. Ramsés subió a su habitación y yo fui al teléfono para llamar al Savoy; cuando pregunté por el comandante Hamilton, el sirviente me dijo que no estaba. No obstante, la señorita Nordstrom sí estaba y hablé con ella. Yo era, si se me permite decirlo, una especialista en obtener información a la vez que daba muy poca. Esa vez no tuve que emplearme a fondo. La pobre señorita Nordstrom estaba en un estado de agitación y desesperación tal que bastó con un comentario para que se pusiera a hablar.

- He oído que usted y la niña a su cargo volverán pronto a Inglaterra.

Ni siquiera me preguntó quién me lo había dicho. Me agradeció efusivamente la cortesía de llamarla para desearle un buen viaje; se disculpó por lo precipitado de la marcha, que no le había permitido hacer las llamadas de despedida adecuadas; se lamentó por las incomodidades de un viaje por mar en invierno y me dijo lo feliz que se sentía por volver a la civilización. Hasta el final de la conversación no mencionó, como un motivo de queja más, que Molly se había escapado esa tarde y no había vuelto hasta la hora del té.

- Puede imaginarse mi estado de nervios, señora Emerson. Estaba a punto de llamar a la policía cuando apareció. Ella estaba

tan tranquila y despreocupada, como si no hubiera estado a punto de matarme del susto. Se negó de plano a decirme dónde había estado.

«Menos mal», pensé. Podía haberme inventado una historia para explicarle por qué Molly había venido a nuestra casa; también podría haberle contado la verdad, excepto la parte que se refería a Ramsés, pero ya no tenía que hacer ninguna de las dos cosas.

- Así que -continuó la señorita Nordstrom-, mañana, gracias a Dios, tomaremos el barco. Es una jovencita muy obstinada y aquí no puedo dominarla adecuadamente. ¡Me dan escalofríos sólo de pensar lo que podría llegar a pasarle en esta ciudad perversa!

Pensé que no era tan perversa como Londres, pero no lo dije ya que tampoco quería alargar la conversación.

Una vez tranquilizada mi conciencia sobre la niña, podía concentrar mi intranquilidad en Nefret. No era raro que fuera a cabalgar sola o con una amiga, pero el hecho de que no hubiera dicho ningún nombre despertaba en mí los temores más sombríos. En vez de subir a mi habitación, me quedé un rato en el vestíbulo arreglando las flores de unos floreros, poniendo rectos unos cuadros y escuchando. No me había dado cuenta de lo preocupada que estaba hasta que oí un aullido interminable de ese perro infernal. El alivio hizo que sintiera una laxitud enorme. El perro sólo saludaba a Nefret de esa forma. Se abrió la puerta y ella se deslizó dentro. Al verme, se paró en seco.

- Pensaba que estaría cambiándose -dijo, y sonó con cierto tono acusatorio.

Yo sólo pude mirarla con consternación. Llevaba el pelo suelto por debajo de los hombros y las manos sin guantes. La chaqueta estaba hecha a la medida, pero no le sentaba bien; estaba mal abotonada. La tomé de los hombros y la llevé a una zona iluminada.

- ¿Has estado llorando? ¿Qué ha pasado?

- Nada, tía Amelia, por favor, no me haga preguntas, deje…

Se calló de golpe y me di la vuelta para ver lo que ella miraba fijamente.

- Has vuelto -dijo Ramsés-. ¿Pasa algo?

No se había cambiado, ni siquiera se había peinado, al contrario, parecía como si se hubiera enmarañado más el pelo. Nefret se puso como un tomate desde el cuello hasta la raíz del pelo al notar que

Ramsés se fijaba en su aspecto desaliñado y su cara cubierta de polvo.

- Me he retrasado. Lo siento. Me daré prisa.

* * *

Si bien desprecio las convenciones sociales en general, también soy la primera en reconocer que algunas de ellas tienen fundamentos juiciosos. Por ejemplo, evitar las cuestiones controvertidas o las discusiones acaloradas durante la comida favorece la digestión. A pesar de todos mis esfuerzos, fui incapaz de que esa noche la conversación tuviera un tono ligero. Anna llegó tan tarde que no tuvo tiempo para cambiarse antes de que Fátima anunciara que la cena estaba lista. Yo estaba segura de que lo había hecho deliberadamente para molestar a Katherine y, quizá, para que los demás nos sintiéramos como unos gandules. El vestido que llevaba para ir al hospital era tan austero como el uniforme de una enfermera. Crucé una mirada con mi amiga antes de que ella hablara y sacudí la cabeza.

- Debemos ir al comedor -dije- o Mahmud quemará la sopa.

Anna, decepcionada por no haber iniciado una disputa, siguió provocando todo lo que pudo. Muchos de los dardos que introdujo en la conversación iban dirigidos a Nefret.

En realidad, yo sabía por qué estaba molesta, ya que accidentalmente, había oído parte de la conversación que habían tenido las dos chicas después de comer. La primera frase fue de Nefret.

- Es por el uniforme, ¿no te das cuenta? Quieres enamorarte de un soldado, de cualquier soldado. No me importa cuántos persigas, pero aléjate de él. Él…

- ¡Eso lo dices porque estás celosa! Te vi entrar con él en el jardín. Lo arrastraste fuera con malas artes. ¡Lo quieres para ti!

- ¿Arrastrarlo fuera con malas artes? Quizá lo hiciera, pero te equivocas sobre todo lo demás. Escúchame, Anna…

- ¡No! Déjame en paz -y se fue corriendo.

No era difícil saber de quién estaban hablando. Yo también había pensado en prevenirla sobre Percy, pero si no estaba dispuesta a hacer caso a Nefret, menos aún iba a escucharme a mí, y yo no pensaba que fuera a haber una relación seria, al menos por parte de Percy. Cyrus, que era un hombre de buen corazón, había

hecho testamento a favor de sus hijastros, pero Anna no era, ni remotamente, una rica heredera.

Quizá fuera que el malhumor de Anna se nos contagiara a los demás, pero lo cierto era que esa noche el ambiente estaba enrarecido; hablar de premoniciones o augurios sería una superstición, y por lo tanto, no lo haré. Estaba claro que había motivos sobrados de preocupación por los acontecimientos de aquellos tiempos. Cyrus fue el primero en mencionar la guerra. A mí me había sorprendido que no lo hubiera hecho antes.

- ¿Se sabe algo del ataque al Canal de Suez?

La pregunta iba dirigida a Emerson, quien sacudió la cabeza y respondió de forma bastante ambigua.

- Se oyen muchas cosas. La mayoría no son más que rumores.

Nefret levantó la mirada.

- La gente abandona El Cairo. Dicen que no hay billetes para los barcos.

- Son los mismos que difunden los rumores -gruñó Emerson-. Nunca se sabe quiénes son los que «dicen» las cosas.

- Pero va a haber un ataque -dijo repentinamente Anna-, ¿verdad?

- No te hagas esperanzas -replicó Nefret-. Los heridos irán a hospitales militares. Además, la mayoría de la tropa que defienden el Canal es india; punyabíes y gurkas. No se ajustan a tu criterio romántico.

El tono fue como una bofetada en la cara y las mejillas de Anna se enrojecieron como si la hubiera recibido de verdad.

- También está el cuarenta y dos de Lancashire -dijo Cyrus, que no había captado la intención-. Y algunas tropas australianas y neozelandesas.

- Y la artillería egipcia -añadió Ramsés-, que está muy bien preparada. Los regulares indios son luchadores de primera.

Intentaba tranquilizar a Katherine; ¿y a mí? Yo había hablado con Emerson y sabía que la situación no era tan esperanzadora como daba a entender Ramsés. El Ejército Británico de Ocupación estaba en Francia y las fuerzas que lo sustituían eran inexpertas y estaban poco preparadas. La seguridad del Canal dependía de la lealtad de las llamadas tropas nativas, muchos de cuyos componentes eran musulmanes. ¿Se cambiarían de bando si el

Sultán les llamaba a la *yihad?*.

- La verdad es que son hombres muy guapos -dijo Nefret-. He visto a algunos de permiso por El Cairo; por la calle, quiero decir. No les permiten entrar en los hoteles y en los clubes, ¿verdad? Me imagino que ninguna dama patriótica de El Cairo se habrá tomado la molestia de facilitarles un sitio decente donde descansar de sus deberes.

- No lo creo -dije-. No hay suficientes instalaciones decentes para todos los soldados. No me extraña que los pobres tengan que ir a los bares o los cafés o… mmm… a sitios con una reputación peor para… divertirse. Haré algo para intentar corregir la situación. Perdona, Ramsés, ¿habías dicho algo?

- No, madre. -Bajó la mirada al plato, pero capté un brillo burlón es sus ojos negros. Entre dientes, había dicho: «Té y emparedados de pepino».

Ése fue el tono predominante durante los tres platos siguientes. Las preguntas que Cyrus hacía a Emerson eran evidentes solicitudes de tranquilidad; yo estaba segura de que se había planteado seriamente la posibilidad de mandar a Katherine a casa; o, al menos, de intentarlo. Anna y Nefret siguieron pinchándose la una a la otra y Ramsés no aportó nada útil a la conversación. Después de cenar, pasamos a la sala, donde Katherine se hundió en una butaca.

- Si alguien vuelve a hablar de la guerra, me pondré a gritar -declaró-. ¿Nefret, te importaría tocar algo? Dicen que la música es como un bálsamo para los corazones irritados y el mío está en carne viva.

Nefret parecía un poco más dócil. Desde luego, ella había contribuido a la incomodidad general.

- Claro. ¿Qué le apetece oír?

- Algo alegre y divertido -propuso Cyrus-. Hay algunas canciones muy graciosas en ese montón que he traído.

- Algo suave, dulce y reconfortante -corrigió Katherine.

- Algo que podamos cantar todos -propuso Emerson.

Nefret estaba sentada en el piano. Se rió y se volvió hacia Ramsés.

- ¿Tienes alguna sugerencia?

- Lo que sea menos una de esas baladas sentimentales y almibaradas que tanto te gustan. Ni una marcha bulliciosa.

A ella se le borró la sonrisa.

- Nada de marchas. Esta noche, no.

Tocó las viejas canciones, que eran las favoritas de Emerson. Ramsés, a petición de ella, se puso a su lado para pasarle las páginas, y si le pareció que las canciones eran demasiado sentimentales para su gusto, no lo dijo. Pedí a Nefret que cantara y de esa forma evité que Emerson lo hiciera. No tenía la voz educada, pero era muy dulce y sincera y a mi marido le encantaba oírla.

Katherine echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

- Ha sido delicioso, querida -dijo en voz baja-. Por favor, sigue si no estás muy cansada.

Nefret buscó entre las partituras.

- Ésta es una de las canciones nuevas de Cyrus. Ramsés, cántala conmigo.

Él la miraba, pero debía de estar pensando en otras cosas porque dio un respingo cuando ella se dirigió a él. Yo sabía que no se olvidaba de que en una hora tendría que marcharse para ver a Thomas Russell.

Sonrió, se encogió de hombros y separó las manos.

- Déjame ver la canción.

- Si vas a ponerte tan exigente…

- Sólo quiero hojearla antes. -Ramsés sabía leer música, aunque no la tocaba. Siempre me había preguntado por qué se habría tomado la molestia. Después de un rápido vistazo, frunció los labios-. Es peor que almibarada, es precisamente ese tipo de propaganda sentimental de la que hablaba el otro día.

- Por favor, Ramsés -murmuró Katherine-. Es tan agradable… y hace tanto tiempo que no os oigo a Nefret y a ti cantar juntos…

La sonrisa cínica de Ramsés se desvaneció.

- Muy bien, señora Vandergelt. Si eso le complace…

Era la primera vez que oía esa canción, aunque se había hecho muy famosa. No mencionaba la guerra, pero la melancólica referencia a la «larga, larga noche de espera» antes de que los amados pudieran volver a caminar juntos por la tierra de sus sueños hizo que el mensaje fuera especialmente conmovedor. Era posible que la música fuera un arma en mano de los belicistas, pero también podía llevar consuelo a los corazones maltrechos.

La tocaron dos veces y ya estaban llegando a las últimas notas

del segundo estribillo cuando la aterciopelada voz de Ramsés se quebró.

- ¡Maldita sea, Nefret! ¿Por qué has hecho eso?

Ella se partía de risa.

- Lo siento, no quería darte una patada tan fuerte, pero tampoco quería que la estropearas con un falsete.

- ¿Prefieres un alarido de dolor? -Se frotaba la espinilla.

- Te ha pedido perdón. *¿Pax?*

Nefret le tendió la mano. Él hizo una mueca con los labios y se echó a reír mientras le cogía la mano.

Se abrió la puerta y apareció Fátima. No se había puesto el velo en la cara y llevaba en la mano un papel muy fino doblado.

- Es del señor Walter -dijo mientras sujetaba el papel como si le quemara los dedos.

¿Cómo lo supo? ¿Cómo lo supimos todos? Todos nos levantamos impulsados por alguna lógica instintiva que nos hacía esperar malas noticias. Los telegramas y los cablegramas se utilizaban sobre todo para transmitir noticias o muy alegres o muy tristes y, después de unos meses de guerra, todos los hogares ingleses habían aprendido a temer que llegara uno de esos trozos de papel. Sin embargo, me parece que era algo más que eso.

Después de un instante, Katherine volvió a hundirse en la butaca sin disimular un suspiro de alivio, y algo avergonzada por ese alivio. Las noticias de su hijo no llegarían a través de Walter. Bertie estaba sano y salvo. Pero el hijo de alguna otra mujer, no.

Fue mi querido Emerson quien se levantó y se hizo con el telegrama. Las arrugas de la cara se le fueron profundizando a medida que lo leía.

- ¿Quién ha sido? -pregunté inexpresivamente.

- El joven John. -Emerson volvió a mirar el papel-. Un francotirador. Murió al instante y sin sufrimiento.

Nefret se volvió hacia Ramsés y ocultó el rostro detrás de su hombro. Él la rodeó con el brazo; fue un abrazo amable, pero casi mecánico. Tenía el rostro tan frío y distante como el de la estatua de alabastro de Kefrén.

- Evelyn lo lleva con entereza -siguió Emerson.

Se quedó mirando el telegrama como si no recordara lo que decía.

- Naturalmente -dijo Ramsés-. Es parte de nuestro código de comportamiento, ¿no? Parte del juego en el que estamos inmersos, como las marchas y las canciones y los epigramas. Muerto al instante y sin sufrimiento. *Dulce et decori est pro patria mori.*

DEL MANUSCRITO H

Ensilló a Risha él mismo y rechazó con un gesto de la mano la oferta de ayuda del mozo de cuadra. El corcel notaba la disposición de ánimo de su dueño como si fuera humano; en cuanto dejaron el patio, Ramsés lo dejó suelto y él galopó veloz como el viento mientras esquivaba los burros y camellos sin disminuir la velocidad. En el puente y en las calles de la ciudad había más tráfico, pero cuando llegaron, Ramsés se había dominado un poco. Frenó a Risha y lo puso al paso.

Eran las once y media cuando llegó al club. Pronto para la cita, pero Russell estaría allí seguramente. Dejó a Risha a uno de los porteros, subió las escaleras a grandes zancadas y entró. Russell le esperaba en el vestíbulo. Estaba solo y leía o fingía leer un periódico. Miraba el reloj, no obstante, y cuando vio a Ramsés, dejó caer el periódico e hizo amago de levantarse. Ramsés le indicó con la mano que no lo hiciera y se sentó en una butaca junto a él.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -le preguntó Russell en un susurro hosco-. He recibido el mensaje. ¿Ha pasado algo?

- Nada que afecte a nuestro asunto, pero ha habido un ligero cambio de planes. Puede vaciar el arsenal cuando quiera, pero tiene que hacerlo en el secreto más absoluto y no debe haber detenciones. Hay más armas escondidas en la mezquita en ruinas que hay cerca de la tumba de Burckhardt.

Russell entrecerró los ojos ante lo perentorio del tono. Estaba acostumbrado a dar órdenes, no a recibirlas.

- ¿Por qué?

- ¿Quiere capturar al hombre que está detrás de todo esto?

- ¿Quieres decir… que sabes quién es?

- Sí.

Se lo explicó con la precisión aséptica de una fórmula matemática y sin hacer caso del escepticismo que se adueñaba de la cara de Russell hasta convertirla en una máscara granítica. Una pequeña grieta apareció en la máscara, pero el policía no dijo nada hasta que hubo terminado.

- Cuando estaba en Alejandría, nos perdimos dos entregas. Al parecer, estaba en el sitio equivocado.

- Entonces me cree. Puede convencer al general Maxwell…

Russell negó lentamente con la cabeza.

- Pudo ser mera incompetencia. Yo pensé que lo fue. Por eso lo relevé y lo mandé de vuelta a El Cairo. Es uno de los niños mimados de Maxwell y no perdonaría mi intromisión.

Ramsés sabía que tenía razón. El recelo entre departamentos era el pan nuestro de cada día y un verdadero incordio.

- Los servicios secretos militares no han sido capaces de sacarle ningún trapo sucio -argumentó el joven-. Por lo menos, déjeme que encuentre alguna prueba.

- ¿Cómo? Tengamos o no razón, no ha dado ni un paso en falso. Hay alguien que mueve los hilos desde dentro, eso hasta Maxwell lo reconoce, pero él nunca creerá que es uno de los suyos. Hemos acorralado a algunos de sus secuaces como la señora Fortescue, pero ninguno ha hablado directamente con él.

- Sin embargo, él tendrá que comunicarse directamente con quien le pague. Seguramente lo haga por radio. Evidentemente, no puede guardar el equipo de radio en el cuartel, lo cual quiere decir que tiene un escondite privado. Creo que sé dónde. A veces lleva mujeres allí.

Russell apretó los labios.

- ¿De dónde has sacado eso? ¿De tu amigo el pederasta?

- Mi *amigo* conoce sus costumbres mejor que Maxwell o usted mismo. Su joven y destacado oficial es muy conocido en Was'a. Maxwell tampoco lo creería. Permítame volver al meollo del asunto, por favor. No tiene ningún sentido hacer una redada en ese sitio, no guardará pruebas que le incriminen. Tengo que cazarlo *in fraganti*. No me interrumpa. El levantamiento está previsto para mañana o pasado mañana. Él aprecia demasiado su pellejo como para quedarse en El Cairo durante una revuelta, de modo que se irá a

algún lugar seguro; seguramente al escondite mencionado. Yo lo seguiré -Ramsés hizo un gesto imperativo con la mano para impedir que Russell hablara-. Por eso no debe hacer nada que pueda alarmarlo. No puede detener al grupo de Wardani sin que él se entere, y entonces haría algo; Dios sabe qué, no soy capaz de predecir lo que puede llegar a hacer ese bastardo. Podría decidir quedarse quieto y no hacer nada. Podría escapar. O podría tomar medidas para liquidar posibles testigos y así protegerse.

- Lo odias con toda tu alma, ¿verdad? -dijo lentamente Russell.

- Mis sentimientos no tienen nada que ver. Le estoy pidiendo un único favor y creo que tengo derecho.

Russell asintió con la cabeza mientras gruñía.

- No tienes por qué hacer esto, ¿sabes? Ya has acabado tu trabajo.

Ramsés continuó como si no hubiera oído nada.

- Me comunicaré con usted mañana por la mañana. Si está, le llamaré y dejaré el mensaje sobre el camello. Si mañana no sabe nada de mí, sabrá que es pasado mañana. -Se levantó-. Hemos hablado demasiado tiempo. ¿Le importaría insultarme un poco o darme una torta? La gente ha estado mirándonos.

Russell dejó escapar una sonrisa que le costó disimular.

- A juzgar por nuestras expresiones, no creo que nadie piense que ha sido una conversación amistosa. ¿Dónde está ese escondite?

Ramsés dudó.

- No lo tocaré hasta que sepa algo de ti -le prometió Russell-. O hasta… que no haya sabido nada de ti. En este caso, tendría que saber dónde buscar…

- ¿El cuerpo? En eso tiene razón.

Describió el sitio y el lugar donde estaba. Russell asintió con la cabeza.

- Hazme un favor; no, que sean dos.

- Usted dirá.

- No te hagas el héroe. Si es el hombre que buscamos, lo atraparemos antes o después.

- ¿El segundo favor?

Russell se pasó la lengua por los labios.

- ¡No se lo digas a tu madre!

Ramsés dio un paso atrás fingiendo estar enfadado o sintiéndose

insultado. Estuvo a punto de soltar una carcajada al ver la cara de espanto de Russell.

Montó en Risha y no se dirigió hacia casa, sino hacia la estación de ferrocarril y las callejuelas de Boulaq. Tenía otra cita. Más difícil que la de Russell.

El café era el punto de encuentro favorito de algunos personajes siniestros, entre los que se contaban algunos de los comerciantes de antigüedades con peor reputación y los ladrones que les suministraban la mercancía. Había sido una buena elección; aunque reconocieran a Ramsés, lo cual era más que probable si se tenía en cuenta la cantidad de conocidos que tenía en el mundo de las antigüedades, todo el mundo daría por supuesto que había ido por asuntos de negocios.

David estaba allí, como había prometido. Llevaba un *tarbush* y un traje barato de *tweed* que le sentaba fatal. Estaba solo en una mesa. No pudo reprimir un sobresalto al ver a Ramsés.

- Mukhtan está aquí. Te ha visto -le dijo en cuanto Ramsés se acercó.

- No importa. Tienes un aspecto muy pulcro y respetable. Para variar -añadió.

- Cuéntame -le apremió David en voz baja.

No tuvo que repetírselo; David sabía que no habría acudido sin disfrazarse si no tuviera un buen motivo. Lo soltó con una frase franca y categórica, antes de que su amigo pudiera esperarse algo peor.

David se quedó sentado un rato sin moverse y mirando al suelo. Johnny había sido su hermanastro antes de convertirse en su cuñado, pero en esos momentos estaba pensado en Lía.

- La semana que viene te montaremos en un barco -dijo Ramsés que no era capaz de soportar un minuto más aquel estoico silencio-. Como sea. Te lo prometo.

David levantó la cabeza. Tenía los ojos secos y la cara no había perdido un ápice de la compostura, lo cual resultaba aterrador.

- No lo harás hasta que esto haya terminado y tú estés libre de toda sospecha.

- Esto ha terminado. He estado con Russell antes de venir aquí y le he dicho que podía actuar. No habrá sublevación.

- ¿Y el Canal de Suez?

- Eso no es asunto nuestro. Yo he cumplido. Y tú.

- Entonces, ¿vas a dejar que Percy se salga con la suya?

Ramsés había alardeado siempre de dominar sus gestos de forma que no expresaran nada, pero para David era como un libro abierto. Intentó hablar, pero David se adelantó.

- He estado pensado en lo que dijiste anoche y en lo que no dijiste porque no te di ocasión. Yo también puedo juntar las piezas: la casa de Maadi; el extraordinario interés de Percy en nuestras actividades; teme que vayas detrás de él, ¿verdad?

- David…

- No me mientas, Ramsés; a mí, no. Me pongo enfermo cuando pienso que está sano y salvo en El Cairo pavoneándose de su inteligencia mientras hombres como Johnny mueren. No vas a dejar que se salga con la suya. Si no me dices qué tienes planeado, mataré a ese bastardo con mis propias manos.

- ¿Crees que Lía te agradecería que te arriesgaras por vengar a Johnny? No conseguirás que vuelva aunque mates a Percy.

- Pero me quedaría mucho más tranquilo.

La sonrisa de David hizo que Ramsés sintiera un escalofrío. Nunca había visto un gesto tan cruel en esa cara tan amable.

- Tengo algunas ideas -reconoció de mala gana.

- No sé por qué, pero me lo imaginaba. -Su sonrisa seguía igual de estremecedora.

No tardó mucho en explicarle el plan. Las manos crispadas de David se fueron relajando a medida que le escuchaba; tenía lágrimas en los ojos, ya podía llorar por Johnny.

Aunque resultara extraño, lo que Ramsés no podía quitarse de la cabeza no era la cara de Johnny, sino la del joven alemán.

DEL EPISTOLARIO B

Querida Lía:

Cuando recibas esta carta habrá pasado por lo menos una semana. ¿De qué sirve una carta? Es todo lo que puedo hacer. Si estuviera contigo, podría abrazarte y lloraríamos juntas. No sirve de nada decir que el dolor se irá pasando y que con el tiempo se hará soportable. No es consuelo para mitigar el sufrimiento que se padece en el momento.

Tú sí estabas cuando te necesité para que me consolaras (era un gusano desagradecido y egoísta) y yo no puedo estar contigo cuando tú me necesitas. Créeme una cosa, Lía; aférrate a ello y no te descorazones: algún día, un día de estos, habrá buenas noticias. No puedo decirte más por carta. Ni siquiera debería decir esto. Recuerda que haría cualquier cosa para que todos volviéramos a estar juntos otra vez.

Capítulo 14

Los Vandergelt se fueron a la mañana siguiente después del desayuno. Se habrían quedado si se lo hubiésemos pedido, pero creo que Katherine entendió que queríamos estar a solas con nuestro dolor. Lo peor era que no podíamos hacer nada por nuestros seres queridos que tanto habían sufrido. Yo les escribí y Nefret hizo lo mismo; Emerson les mandó un cablegrama y Ramsés llevó los mensajes a la oficina central de Correos para que llegaran lo antes posible. No era mucho, pero sí todo lo que podíamos hacer.

Ramsés volvió a tiempo para despedirse de los Vandergelt. Había salido de casa cuando aún no había amanecido, y yo sabía que antes de mandar las cartas había ido a buscar el mensaje que anunciaría el final de su misión. Me hizo un gesto de negación con la cabeza al ver que lo miraba con ansiedad. No sería aquel mismo día, sino al siguiente.

Yo sabía que no había tomado casi nada antes de salir y propuse volver a la cocina para que Fátima tuviera el placer de darnos de comer otra vez. Se le iluminó la cara cuando le pedí que nos preparara más café con tostadas.

- Sí, *Sitt Hakim,* sí. Deben estar fuertes. ¿Van a ir a Giza hoy? He dicho a Selim que a lo mejor no se sentían con ganas.

- No deberíamos trabajar hoy -propuso Emerson con gravedad-. Sería lo más adecuado.

- Dudo que a Johnny le preocupara qué es lo adecuado -dijo Ramsés-, pero podíamos hacer algún tipo de ceremonia. A Daoud y Selim les gustará y los demás querrán expresarnos su respeto y cariño.

- Oh, sí, *Sitt* -intervino Fátima-. Todos querrán ir. Los que no lo conocían habían oído hablar de él; de su risa y su bondad.

- Es muy hermoso -dije intentando ocultar mi emoción-, pero no hoy; quizá dentro de un día o dos podamos tener más fuerza de ánimo para esa ceremonia.

Yo estaba pensando en David. Sería un consuelo infinito tenerlo entre nosotros otra vez. Ramsés no me había explicado cómo se iba a resolver esa parte del asunto, pero si las autoridades no reconocían inmediatamente el valor y sacrificio de David, yo misma tendría que decirle cuatro cosas al general Maxwell.

- Entonces, podemos ir a Giza un rato -dijo Emerson-. Mantenernos ocupados, ¿no? Pararemos a mediodía. Tengo otros planes para esta tarde.

Ramsés enarcó de tal modo las cejas que parecía que se le salían de la frente.

- Padre, ¿puedo hablar con usted un momento?

- Claro que puedes -dijo su padre rotundamente-. Nefret, ese vestido te favorece mucho, pero ¿no sería mejor que te cambiaras? Si vienes con nosotros, naturalmente.

No era un vestido sino una de sus *negligées* con volantes. No le había llamado la atención por bajar a desayunar *en déshabillé;* no tenía buen aspecto, tenía ojeras y las mejillas estaban más pálidas que de costumbre. Sin embargo, manifestó inmediatamente su intención de acompañarnos y subió corriendo a cambiarse. Emerson guiñó un ojo y nos hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiéramos al jardín.

- Estoy completamente harto de estos cuchicheos a escondidas -gruñó-. ¿Qué pasa, Ramsés? Si ahora me dices que el asunto se ha cancelado, puedo perder la paciencia.

- Dios no lo quiera -dijo Ramsés-. No, señor, el asunto no se ha cancelado, pero ha habido un ligero cambio de planes. Russell quiere esperar un día o dos antes de capturar a los rebeldes. Si eso era lo que usted tenía previsto hacer esta tarde, tendrá que olvidarse de ello.

Emerson frunció sus imponentes cejas.

- ¿Por qué?

- Bueno, son bastante inofensivos, ¿no? Están esperando una orden que no recibirán porque yo no se la daré; además, sin armas

no pueden hacer mucho.

Evidentemente, el razonamiento no convenció a Emerson. Estaba deseando romperle los huesos a alguien, o, mejor aún, a más de uno.

- No estarás pensando en avisar a alguno de ellos, ¿verdad? -preguntó a Ramsés con un tono bastante apremiante-. Parece que tienes cierta debilidad por ese tal Asad.

- Estoy pensando que debería dejar esto en mis manos -contestó Ramsés cuyos ojos entrecerrados y mejillas sonrosadas indicaban que estaba empezando a perder la paciencia.

Ante mi sorpresa, Emerson arrastró los pies y se mostró dócil.

- Eh… claro. Lo que tú digas, hijo mío.

- Ahí está Nefret. Vámonos.

Montamos y nos pusimos en camino. Ramsés fue por delante con Nefret bastante cerca. Era una mañana gris y había neblina; el cielo plomizo reflejaba mi estado de ánimo.

- Déjalos que se adelanten -le dije a Emerson-. Quiero hablar contigo.

- Y yo contigo. Tú dirás; las damas primero.

- Me ha sorprendido verte tan sumiso con Ramsés. ¿Vas a aceptar sus órdenes?

- Sí. Y tú también. Se ha ganado el derecho a darlas. Tengo mucho… respeto por él.

- ¿Se lo has dicho? ¿Le has dicho que le quieres y que estás orgulloso de ser su padre?

Emerson pareció sorprendido.

- Por todos los santos, Peabody, los hombres no se dicen esas cosas. Él ya sabe lo que siento. ¿A qué viene esto?

- Estaba pensando en Johnny -suspiré-. Uno siempre desearía haber dicho las cosas, haber expresado más claramente sus sentimientos, cuando ya es demasiado tarde.

- ¡Caray, Peabody, que pensamiento más morboso! Tendrás muchas oportunidades para expresar tus sentimientos a Ramsés y David. Lo único que les queda por hacer es pasar el mensaje definitivo a Russell para que sepa cuándo puede actuar.

- Esta mañana no ha habido mensaje, de modo que será mañana. ¿El ataque al Canal se producirá a la vez?

- No lo sé. -Emerson se frotó pensativamente la barbilla-. No

podemos dar por supuesto que vaya a coincidir con la sublevación. Quizá prefieran que se produzca la pequeña insurrección antes de atacar el Canal. Si adquiere cierta magnitud, mantendrá ocupadas a las fuerzas acuarteladas en El Cairo y a lo mejor hay que traer refuerzos de las tropas que defienden el Canal. ¡Pero que demonios, Peabody! No va a haber una insurrección y si esos idiotas del Estado Mayor no saben que el ataque es inminente es que no se enteran de nada.

- Si tú lo dices, querido.

- Mmm.

- Es tu turno. ¿Qué querías decirme?

Me contestó con otra pregunta.

- ¿Para cuándo espera el niño Lía?

- Para marzo. A no ser que la pena y la preocupación hagan que se adelante el nacimiento.

- Te gustaría estar con ella y con Evelyn, ¿verdad?

- Desde luego.

- Dicen que no hay billetes para los barcos, pero yo tengo alguna influencia. Nos iremos a principios de la semana que viene.

- ¡Emerson! Quieres decir…

- Maldita sea, Peabody, yo quiero estar con ellas también. Quiero alejar a Ramsés de Egipto una temporada. Y quiero ver la cara de Lía cuando vea entrar a David.

- ¿Cerrarías la excavación?

- Eh… mmm… He pensado que podría volver algunos días a finales de marzo. No hace falta que me acompañes si no quieres.

- Espera un momento, Emerson.

Los abrazos a lomos de un caballo no resultan tan románticos como piensan algunos. Pero nos salió bastante bien.

- ¿Estás diciendo que David viajará con nosotros la semana que viene? ¿Es posible, Emerson?

- Va a ser posible -dijo Emerson mientras levantaba la mandíbula con firmeza-. Dado que no se me autoriza a detener revolucionarios, esta tarde llamaré a Maxwell y le ordenaré… le pediré que empiece a resolver los trámites legales. David necesitará un salvoconducto y documentos oficiales.

- Pero hasta entonces, ¿hay alguna razón por la que no pueda estar con nosotros? Ramsés lo vio anoche y le contó lo de Johnny.

Tiene que estar muy afectado. Podíamos ocultarlo, consolarlo y darle de comer. Fátima no diría una palabra.

- Te gustaría, ¿verdad? -Emerson me sonrió-. Vamos a ver qué me dice Maxwell. Si no está dispuesto a colaborar lo haremos como tú dices. Sacaremos del país a David escondido en una caja con una etiqueta que diga: «Trozos de cerámica».

- O disfrazado de Selim con los documentos de Selim. Una caja es muy incómoda. Selim podría esconderse hasta…

- Domina esa imaginación desbordante, Peabody -dijo cariñosamente Emerson-. Al menos por el momento. Lo haremos de una forma u otra.

Un rayo de sol iluminó su rostro sonriente y decidido. El cielo estaba abriéndose. Tuve la esperanza de que podía considerarlo como un presagio positivo.

Los esfuerzos por distraernos con el trabajo fueron un fracaso estrepitoso. Ni siquiera Emerson podía concentrarse. Nefret y Ramsés se enzarzaron en una violenta discusión por una fotografía de la puerta falsa.

- Está mal iluminada -insistía Ramsés-. ¿En qué estabas pensando? Necesito más sombra. La parte inferior de la inscripción de la izquierda…

- ¡Pues hazlo tú mismo!

- ¡Lo haré!

- No lo harás. ¡Dame la cámara!

Yo estaba a punto de intervenir cuando Nefret soltó la cámara y se pasó una mano temblorosa por los ojos.

- Lo siento -murmuró-. Creo que hoy no estoy del mejor humor para trabajar.

- Es muy comprensible, querida -la consolé-. A lo mejor no ha sido una idea muy buena. Le diré a Emerson que será mejor parar.

Fátima había preparado una comida muy copiosa que apenas probamos. Estábamos sentados a la mesa todavía cuando llegó el correo. Se lo entregaron a Emerson, quien repartió los distintos mensajes. Como de costumbre, la mayor parte eran para Nefret. Los hojeó rápidamente y se excusó.

Su deseo de intimidad era sospechoso, así que la seguí. Fátima había hecho lo mismo. Mientras me acercaba las oí hablar.

- ¿Sabe si vendrá a cenar, *Nur Missur?*

- Sí -dijo distraídamente Nefret-. Sí, al parecer, después de todo vendré esta noche.

Había abierto un sobre y tenía una hoja de papel en la mano. Se asustó al verme, incluso me pareció percibir cierta culpabilidad en aquel gesto.

- ¿Tenías una cita para esta noche? -pregunté-. No me habías dicho nada.

Nefret se guardó el papel en el bolsillo de la falda.

- Casi se me había olvidado. Quedé hace tiempo. Llamé antes para cancelarla.

No estaba a la altura de las mentiras normales de Nefret. La cancelación no la había hecho ella sino la otra persona. ¿Percy? Era el único por el que ella mentiría. Por lo menos, no tendría que preocuparme porque estuviera fuera esa noche.

Emerson y Ramsés seguían a la mesa cuando volví.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó el primero-. La has seguido como un sabueso a su presa.

Nefret me había manifestado la intención de subir a su habitación para descansar un rato, de modo que podía hablar tranquilamente. Les conté mis sospechas.

- Estás todo el rato viendo misterios -gruñó Emerson-. ¿No te parece que ya tenemos bastante?

El pétreo semblante de Ramsés se había vuelto más inexpresivo todavía.

- Excúsenme -dijo mientras se levantaba.

- ¿Dónde vas? -pregunté.

- Ya he terminado. ¿Necesito su permiso para dejar la mesa? Estaré en mi cuarto por si quiere algo.

El tono brusco no me afectó. Le sonreí condescendientemente.

- Que descanses bien.

Me hubiera gustado hacer lo mismo, pero no podía tranquilizarme. Es difícil reposar cuando se está preocupado. Cuando no pensaba en Johnny y sus desconsolados padres, me preocupaba por Lía y el efecto de la impresión en el hijo que esperaba; y por David que estaría sufriendo solo en alguna casucha miserable; y por los turcos que estarían avanzando; y por Ramsés… que haría algo que no me iba a gustar. No me fiaba de él. Nunca lo había hecho.

Al cabo de un rato lo dejé y fui a trabajar en el jardín. La jardinería puede ser un alivio para una mente que padece, como dice Shakespeare (aunque él se refiera a otra cosa), pero cuando comprobé lo que había hecho aquel maldito camello a mis flores, perdí la poca paciencia que me quedaba. Lo que esa bestia piojosa no se había comido, lo había aplastado, entre otras cosas varios rosales. Para un camello, las espinas son como un acompañamiento picante.

Fui a buscar al jardinero, lo desperté y lo llevé cargado con distintas herramientas de jardinería hasta el lugar del crimen. Habría que volver a cavar y plantar todo. Noté que necesitaba más alivio y agarré un rastrillo y una azada para hacerlo yo misma. Estaba en ello cuando Nefret apareció corriendo. Llevaba ropa de calle, sombrero y guantes.

- ¡Por fin la encuentro! -exclamó-. ¿Qué hace cavando el jardín?

Clavé la azada y me sequé el sudor la frente.

- Estaba aburrida. ¿Dónde vas? Tenía la idea de que ibas a quedarte a cenar.

- Me ha llamado Sophia; acaban de ingresar a una mujer que a lo mejor necesita una operación. Debo ir inmediatamente. No sé cuándo volveré.

- Buena suerte a las dos, querida.

- Gracias. ¿Estarán esta noche aquí?

- Bueno, sí, creo que sí.

Pareció como si fuera a decir algo, pero se limitó a asentir con la cabeza y se marchó precipitadamente.

La observé hasta que ya no pude verla. Luego, dejé a Jamal que siguiera cavando y entré en casa. Cuando hablé con Sophia, pareció perpleja porque me hubiera tomado la molestia de decirle que Nefret estaba de camino, pero me lo agradeció muy amablemente.

Por lo menos supe que Nefret no me había engañado esa vez. ¿Dónde demonios había estado y, lo que era más importante, con quién había estado la tarde anterior? Tenía que detener lo que estuviera haciendo, fuera por el motivo que fuese. Mi única excusa para evitar un enfrentamiento fue la preocupación por el otro asunto que me traía entre manos, pero eso había terminado ya. Pensé que lo haría esa misma noche, en cuanto ella llegara a casa.

Después del vigoroso ejercicio que había hecho en el jardín, un

baño prolongado no era un capricho sino una necesidad. No había visto a Emerson en toda la tarde; se había encerrado en el despacho para trabajar o para preocuparse en solitario. Decidí sorprenderlo y ponerme uno de los preciosos vestido de tarde que me había regalado Nefret. Él había mostrado preferencia por uno de fina seda amarilla que se abrochaba cómodamente por delante (cómodamente para ponérmelo, quiero decir). El amarillo brillante es siempre un color animado. Nunca he sido partidaria de la costumbre de vestir de negro para mostrar luto; es un pobre recurso para una fe que promete la inmortalidad a los justos.

Cuando Emerson apareció en la sala, comprendí, al ver cómo se le iluminaba la cara, que la elección de mi vestimenta había sido acertada. Estaba a punto de servir el té cuando entró Ramsés.

- Esta noche no vengo a cenar. Ya se lo he dicho a Fátima.

La expresión de su rostro era tan franca que inmediatamente sentí el presagio más sombrío. Llevaba pantalones de montar y botas, chaqueta de *tweed y* camisa caqui, sin cuello ni chaleco; un atuendo pensado como camuflaje.

- No vas vestido para una cena -dije.

- Mi cita es con un suboficial indio. No les permiten entrar en los hoteles, como sabrá; vamos a vernos en un café de Boulaq.

- ¿Para qué? -pregunté con recelo.

- Una lección de idiomas y, quizá, un combate de lucha amistoso. Es lo que pasa cuando se presume de algo. Seguramente me rompa las dos piernas.

- ¿Permiten que los militares como él salgan de permiso cuando los turcos están a punto de atacar el canal? -preguntó Emerson-. ¡Es una completa locura!

- Maxwell cree que el ataque no es inminente todavía, o que sus posibilidades de cruzar son mínimas. Espero que tenga razón. No me esperen levantados, a lo mejor llego tarde.

Fue hacia la puerta.

- ¿Vas a ver a David esta noche?

Se detuvo.

- ¿Está insinuando que debería?

Reconocí su forma indirecta e irritante de evitar una mentira y perdí un poco la paciencia.

- Insinúo que si le ves lo traigas a casa. Ya no es necesario

mantener esa prudencia; si tú lo consideras necesario podemos esconderlo un día o dos.

- No creo que sea necesario -se dio la vuelta para mirarme de frente-. Tiene razón, es hora de que David vuelva a casa. Buenas noches.

DEL MANUSCRITO H

Llegó al café con el crepúsculo. Había luz suficiente para ver por dónde andaba, pero también cierta oscuridad para ocultar sus movimientos. David había puesto objeciones a que fuera solo, pero quería hacer un reconocimiento previo.

- Percy no aparecerá antes de que anochezca, si es que aparece - comentó-. El espectáculo no debería empezar antes de medianoche. Russell hará la redada en el almacén y en la mezquita a las nueve y una vez que tenga las armas en un lugar seguro volverá a su despacho para esperar a tener noticias mías. ¿Crees que no puedo con Percy solo? En cualquier caso, te necesito de centinela. No te asustes ahora, David. Mañana por la mañana todo habrá terminado y Fátima estará preparándote el desayuno.

Y él estaría explicando a sus furiosos padres por qué les había mentido. No tenía intención de hacerlo, pero si llegaban a saber que aquella era la noche clave, no le habrían dejado salir de casa o se habrían empeñado en acompañarlo, lo cual era peor todavía.

El lugar era tan inhóspito en la penumbra que no le extrañaba que los lugareños lo evitaran. Lo construyó a finales del siglo XVIII un *bey* mameluco cuya fama de cruel superaba a la de todos sus pares; se decía que los espectros de sus víctimas rondaban las ruinas acompañados por todo tipo de espíritus malvados y en medio de gemidos y lamentos. Desde luego, había muchos búhos anidando en las murallas. Dejó a un lado la fuente abandonada y las columnas caídas del patio, se abrió paso entre una espesa maraña de hierbas y arbustos y llegó a un pequeño edificio que todavía estaba en buen estado.

Ramsés llevaba una linterna que había tapado de forma que sólo

proyectara un haz de luz mínimo. Inspeccionó con cuidado los cuatros costados del edificio, que parecía haber sido un quiosco de recreo. Las ventanas arqueadas estaban cerradas por contraventanas toscas pero pesadas y la puerta parecía reciente también. Había otra entrada al final de un corto tramo de escaleras que debía llevar a las habitaciones del sótano. Las dos puertas tenían cerraduras para llaves modernas; forzarlas llevaría algún tiempo y dejaría señales. Tendría que abrir una contraventana.

Sin embargo, tenían cerrojos o estaban atrancadas desde el interior. La palanca que había llevado se ocupó de solucionar ese inconveniente. Una vez dentro, recorrió la habitación con la luz de la linterna e hizo un gesto como si fuera a silbar. Parecía una mezcla de burdel y *boudoir;* todo eran sedas y delicadas alfombras. La cama, que ocupaba casi todo el espacio, era como el nido de un pájaro, un puro revoltijo de sábanas de lino y almohadones.

La inspección de la habitación fue rápida y superficial; ni siquiera Percy estaría tan loco como para guardar documentos comprometedores en la habitación donde recibía a sus visitantes femeninas. Lo único que le llamó la atención fue una tira estrecha de seda, como las que llevan algunos vestidos femeninos; se quedó un rato con ella en la mano, luego la dejó y salió de la habitación.

Una puerta al otro lado del estrecho vestíbulo daba a un cuarto que parecía más prometedor. Estaba claro que a Percy le gustaban las comodidades; el suelo y las paredes estaban cubiertos de alfombras orientales y entre el mobiliario había varias butacas que parecían muy cómodas, un mueble bar bien surtido, algunas lámparas y un gran recipiente de bronce que serviría de brasero. ¿Para deshacerse de documentos? Si era así, los había quemado completamente.

No había nada en la habitación que delatara la identidad del hombre que la ocupaba de vez en cuando. Ramsés, que era perfectamente consciente del paso del tiempo, inspeccionó el resto del edificio. Otra puerta en el vestíbulo, entre la del dormitorio y la del despacho, se abría a un tramo de escaleras descendentes. La bodega era más grande que el piso superior. No había nada salvo ratas, paja mohosa y unos trozos de madera, pero el joven sospechaba que alguna vez había albergado las armas destinadas a Wardani y, a lo mejor, a alguien más. Una parte de la bodega estaba

dividida en habitaciones pequeñas como celdas. Todas estaban vacías menos una. La sólida puerta de madera crujió cuando la abrió.

El haz de luz mostró un suelo de tierra prensada y unas paredes de piedra y argamasa. Había dos muebles, una silla y una tosca mesa de madera. Sobre la mesa vio una jarra de barro bastante grande; en la superficie del agua flotaban unas moscas muertas. Sólo había un objeto más, aparte de varios ganchos en la pared de enfrente de la puerta. Colgaba de uno de los ganchos, enrollado y brillante como una serpiente. Lo habían limpiado y le habían puesto aceite, pero cuando miró con más detenimiento, vio las manchas oscuras que habían empapado el suelo y se habían secado. En ese momento comprendió, con una certeza espeluznante, que Farouk había muerto allí. Uno de los ganchos estaba a la altura precisa del suelo.

Volvió a subir las escaleras y se alegró de que David no estuviera con él. Estaba sudando y temblando como una medrosa viejecita. Le invadió la ira contra sí mismo y contra el hombre que había utilizado el *kurbash* mientras volvía al despacho improvisado. Tenía que haber algo en algún lado. Abrió un poco una de las contraventanas antes de empezar una inspección más minuciosa. Siempre convenía tener otra escapatoria a mano y, además, oiría mejor la llegada de un hombre a caballo. No tenía la certeza de que Percy fuera a aparecer, pero si la carta que había recibido Nefret era de él, eso significaba que había cancelado una cita que le retendría en El Cairo esa noche. No demostraba nada, pero era un indicio. David estaba apostado en el cruce cerca de Mit Ukbah; Percy tendría que pasar por allí tanto si iba desde el norte, por el camino de Giza, como si cruzaba el río por Boulaq y, una vez llegado a ese punto, su destino estaba claro. David, que montaba a Asfur, podría fácilmente dejar atrás a Percy y dar la señal de aviso para que Ramsés supiera que su primo se acercaba.

Después de todo, no le fue difícil encontrar el escondite. Detrás de una de las alfombras que colgaban de la pared, había un hueco bastante grande con las paredes desconchadas. Ahí estaba la radio y en una balda que había debajo se veía una cartera llena de documentos. Ramsés agarró uno al azar y lo examinó a la luz de la linterna. Al principio no dio crédito a lo que veía. Era un croquis de

la zona que rodeaba el Canal de Suez, desde Ismailia hasta los lagos. El dibujo era torpe, pero estaban señalados todos los puntos importantes, todas las carreteras y las vías de ferrocarril, incluso las colinas más grandes.

Fue hojeando los demás documentos con incredulidad creciente. Sólo Percy podía ser tan idiota como para guardarlos: copias de los mensajes que había enviado y recibido, tanto en código como sin codificar, memorandos, e incluso una lista de nombres con anotaciones al margen. Ramsés no conocía ninguno de ellos, pero tampoco le sorprendería que alguno de los nombres en clave correspondiera a personas que había conocido. Tres estaban tachados.

¿Qué habría inducido a Percy a conservar unas pruebas tan incriminatorias? ¿No podía recordar los nombres de sus propios agentes? Quizá tuviera pensado escribir sus memorias cuando fuera viejo y senil. A decir verdad, no había nada en esos documentos que le acusara directamente a él. Había disimulado torpemente su letra, y se necesitaría algo más que la dudosa declaración de los grafólogos para convencer a un tribunal militar.

Estaba a punto de cerrar la cartera cuando algo le llamó poderosamente la atención. Sacó uno de los documentos y volvió a leerlo. Eran meras anotaciones, casi todas cifras sin ninguna explicación, pero si un número era una fecha, el otro una hora y las letras indicaban el lugar correspondiente…

Oyó un ruido al otro lado de la alfombra que le heló la sangre. Era el chirrido de una bisagra. La puerta de la habitación se había abierto.

Apagó la linterna y se encontró sumergido en la oscuridad. Tuvo el tiempo justo para maldecirse por su imprudencia y exceso de confianza cuando oyó una voz y se dio cuenta de que no era Percy. Era más profunda y lenta y habló en turco.

- No hay nadie. Se retrasa.

La respuesta llegó en el mismo idioma, pero Ramsés supo por el acento que no era su lengua materna.

- No me gusta este lugar. Podíamos habernos visto en El Cairo.
- Nuestro heroico jefe no se arriesga a tanto.
- No es mi jefe -soltó el otro.
- Tenemos los mismos patronos, tú, yo y él. Él transmite las

órdenes. Esta noche nos dará alguna. Siéntate.

Mientras hablaban, Ramsés cerró la cartera, la dejó en su sitio y se guardó la linterna en el bolsillo. Cuando se hizo el silencio, permaneció completamente inmóvil con la esperanza de que su respiración no sonara tan alta como le parecía a él. Después de todo, no había pasado por alto la señal de David. Era una reunión o, quizá, una celebración; por lo que sabían los conspiradores, la tarea ya estaba hecha. Le pareció haber reconocido a uno de ellos. El turco había tenido su papel también. No era un simple conductor contratado y analfabeto, empleaba el lenguaje de la corte. ¿Quién era el otro hombre? ¿Podía arriesgarse a separar un poco la alfombra?

La luz que se veía por los bordes le indicó que no. Sólo podía hacer dos cosas, permanecer escondido y rezar para que no tuvieran que utilizar la radio o consultar los documentos, o salir corriendo y confiar en que la sorpresa le permitiera escapar. No había llevado pistola. Seguramente no volvería a usar una jamás. De todas formas, no le habría servido de mucho; esa noche había encontrado más de lo que había esperado y las probabilidades en su contra iban en aumento.

Seguir escondido parecía la mejor de las dos alternativas, al menos por el momento. Se ajustó el cinturón que sujetaba el puñal para tenerlo más a mano. Entonces, la puerta volvió a abrirse. Al cabo de un instante de silencio, el recién llegado habló en inglés.

- No ha llegado todavía, ¿eh? Vaya, vaya. Amigo mío, no me apunte con ese rifle. No soy el que esperan, pero sí uno de los suyos.

- ¿Tiene alguna prueba?

- ¿Llevan ustedes documentos que les acrediten como agentes turcos? El hecho de que conozca este lugar debería ser prueba suficiente. Es el inconveniente de esta profesión -comentó en un tono de ligera irritación-. No hay confianza entre los aliados. Ustedes no beben alcohol, supongo. Espero que no les importe si yo lo hago.

Unos pasos lentos y precavidos cruzaron la habitación. Luego se oyó chocar unos vasos. Ramsés permaneció sin mover un dedo. Ya eran tres y conocía al último en llegar; había prescindido del acento escocés, pero la voz era inconfundible. Al final resultaba que su

padre estaba en la pista acertada: Hamilton no sería Sethos, pero estaba a sueldo del enemigo.

La conversación le había dado a Ramsés otra información valiosa: no sería buena idea irrumpir mientras el turco tuviera un rifle en las manos.

Hamilton no había cerrado la puerta. Ramsés oyó los pasos de unas botas que se detuvieron en seco.

- Por fin, ¿qué te ha retrasado? -preguntó tranquilamente Hamilton.

- ¿Qué demonios haces aquí? -replicó apremiantemente Percy.

- Te traigo órdenes nuevas de Berlín -fue la breve respuesta-. No pensarás que el Estado Mayor te confía todos sus pequeños secretos, ¿verdad?

- Pero yo creía que…

- ¿Eras el responsable de El Cairo? Qué ingenuo. Hasta el momento lo has hecho bien; Von Überwald está contento contigo.

Ese nombre no le decía nada a Ramsés, pero Percy lo reconoció.

- ¿Tú… tú le informas a él?

- Directamente. ¿Quieres tomar una copa de brandy?

- Ya está bien -interrumpió el turco-. Vamos a terminar con este asunto.

- No hay prisa -dijo animadamente Percy-. Dentro de unas horas las calles de El Cairo estarán inundadas de sangre. ¡Dios! Hace calor. ¿Os importaría abrir una contraventana?

Ramsés comprendió que le descubrirían al cabo de unos segundos. La contraventana abierta les indicaría que había un intruso y el hueco donde estaba sería el primer sitio en el que mirarían. Además, tal vez no hubiera oído la imitación del ulular de una lechuza que había convenido con David, pero era probable que su amigo hubiese llegado antes que Percy; a lo mejor con tiempo suficiente para ver la entrada de los otros tres. Comprendería que Ramsés estaba dentro, seguramente prisionero, y no tardaría en investigarlo. Por Dios, David, no…

El turco estaba en la ventana con el rifle entre las manos y el dedo en el gatillo. No tenía tiempo; sólo podía abalanzarse sobre el arma. Lo agarró justo cuando se disparó. El estruendo casi le deja sordo y el retroceso hizo que se le escapara de las manos. Se tambaleó hacia delante y se golpeó con un objeto duro en medio de

la frente.

* * *

Cuando volvió en sí, estaba tumbado en el suelo con las manos atadas a la espalda. Le habían cacheado y le habían quitado la chaqueta y el puñal. No le habían tocado los objetos que escondía en los tacones de las botas, pero tampoco podía utilizarlos mientras lo estuvieran observando. Podía ver cuatro pies; un par era del turco, el otro estaba cubierto por unas elegantes zapatillas de cuero. Era de suponer que Hamilton y Percy estaban también, pero no podía verlos sin darse la vuelta. Tenía motivos sobrados para estarse quieto, y además, cada vez que movía la cabeza parecía como si le fuera a explotar. Alguien hablaba; era Percy.

- … preocupáis por nada. Aunque lo sepan no tendrán tiempo para molestarnos esta noche.

- Idiota -era Hamilton; lacónico y cáustico-. ¿No has reconocido al hombre que ha escapado?

- No llegará lejos, está herido. Apenas se sostenía en pie.

Ramsés hizo un esfuerzo para respirar lenta y silenciosamente. Hamilton replicó al instante.

- Era David Todros.

- ¿Quién? Imposible. Está en…

- No lo está. Lo he visto bien. Piensa un poco, si no es demasiado pedirte. Si Todros está aquí es porque los británicos lo han traído. Se parece lo suficiente a tu primo como para hacerse pasar por él. Ya han utilizado ese recurso antes. ¿Por qué crees que iban a utilizarlo ahora, y por qué era tan importante que no se conociera su presencia? ¿Por qué difundieron el rumor de que estaba en India?

Percy no contestó.

- ¡Por el amor de Dios! -exclamó Hamilton con impaciencia-. ¿No te parece evidente? Tú dijiste a ese joven desgraciado que infiltramos con el grupo de Wardani que se deshiciera de él. Fue una buena idea; yo tampoco confiaba en Wardani y si hubiéramos hecho de él un mártir, su gente estaría clamando venganza contra los británicos.

- Era parte del plan. Habría funcionado si Farouk no hubiera sido un pésimo tirador. Sólo lo hirió.

- ¿De gravedad?

- Bueno… bastante, me imagino, según la espeluznante descripción de Farouk. No le vieron durante tres días.

- ¿Dónde se metió durante ese tiempo? ¿Dónde se metió el resto del tiempo? Tú sabías dónde vivían los demás, pero nunca encontraste el escondite de Wardani, ¿verdad? La policía tampoco lo encontró, y te aseguró que lo buscaron con ganas.

- ¡Maldita sea, no me trates con ese aire de superioridad! -gritó Percy-. Sé dónde quieres ir a parar, pero estás equivocado. Sí, oí los rumores, y es verdad que sólo había un hombre que pudiera hacerse pasar por Wardani. No era Ramsés. Mandé a Fortescue a Giza para ver si estaba… si estaba… Dios mío.

- ¿Ya te has dado cuenta? Yo no contaría con que esa pequeña revolución tuya fuera a ocurrir esta noche. La policía ya ha recuperado diez de esas armas.

Percy soltó una ristra de obscenidades. Le pegó una patada a Ramsés en las costillas y lo puso de espaldas.

- Levantadlo -ordenó-. Ponedlo de pie.

Dos de las manos que lo sujetaron eran del turco. El hombre que lo agarró del otro brazo llevaba un *haik* de lana blanca que le cubría el cuerpo y la cabeza. Los senussi eran reformistas religiosos, pero no ascéticos; el caftán de aquel individuo era de seda amarilla con bordados rojos y llevaba una camisola con destellos de oro. Percy había empleado el tono que utilizan los amos con sus sirvientes, el mismo tono que empleaba con todos los que no fueran europeos, y, a pesar de todo, le habían obedecido. En sus caras podía leerse el resentimiento que sentían.

Hamilton, que se apoyaba indolentemente en el respaldo de una butaca con una copa en la mano, captó la mirada de Ramsés y le sonrió. Esa noche había cambiado la falda escocesa por un traje normal y unas botas, pero ésa no era la única diferencia. La cara parecía de otra persona, más cruel y despierta.

- ¿Qué has oído? -le preguntó Percy.

- Bastante -dijo Ramsés con tono de disculpa-. Sé que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación, pero…

Percy le interrumpió con un puñetazo en la boca.

- ¿Fuiste tú? ¿Lo fuiste? ¿No lo fuiste? ¡Pudiste serlo!

Agarró a Ramsés de la pechera de la camisa. El joven lo miró. No tenía ningún interés en prolongar la discusión, pero tampoco se

le ocurría una respuesta. Era una pregunta tan tonta… ¿Qué esperaba Percy que le dijera? ¿Por qué no buscaba la prueba irrefutable que confirmara la teoría de Hamilton?

Ramsés sabía la respuesta. Percy no podía reconocer la posibilidad de que le hubiera engañado, de que todos sus brillantes planes se hubieran venido abajo. Había negado la evidencia hasta que alguien se la había restregado por las narices.

Percy levantó la mano para darle otra bofetada, pero Hamilton se acercó por detrás y le sujetó el brazo. El propio Hamilton le abrió la camisa a Ramsés y le desnudó los hombros.

- ¿Te parece una prueba suficiente? -dijo con sarcasmo.

El turco dejó escapar una expresión sorda. Ramsés se preguntó lo detallada que habría sido la descripción de Farouk. Daba igual, se podían ver las cicatrices, algunas de ellas abiertas todavía.

A Percy se le pusieron moradas las mejillas y puso una cara como si fuese a romper a llorar, como un niño malcriado. Ramsés se esperaba el puñetazo que le dio su primo en el hombro y pudo reprimir un grito. Cuando se le pasó el aturdimiento, comprobó que seguía de pie. Se estaba produciendo una discusión virulenta. El turco era el que más gritaba.

- Entonces, quédate, idiota, y espera a la policía. ¿Crees que ha venido sin que ellos lo supieran? Hemos perdido esta batalla. Es el momento de retirarse y reagruparse.

- No. No podéis marcharos. Tenéis que ayudarme con él -balbuceó Percy.

Ramsés levantó la cabeza y se encontró con la mirada gélida y escrutadora de Hamilton.

- Nuestro amigo turco tiene razón -dijo-. No podemos perder un minuto más. Las preguntas sobran cuando las respuestas son evidentes. Atadle de pies y manos y vámonos de aquí.

Percy se quedó boquiabierto.

- ¿Dejarlo vivo? ¿Estás loco? ¡Me conoce!

- Entonces, mátalo -dijo el turco-. A no ser que la sangre te paralice la mano. ¿Le corto el cuello por ti?

- No te tomes molestias por mí -dijo Ramsés.

Se alegró al comprobar que mantenía firme la voz.

- Muy bien, jovencito. -El turco se rió con ganas-. Es una pena que no vayamos a tener otra ocasión para medir nuestro ingenio.

Ramsés pensó que debía conseguir que siguieran hablando; que siguieran discutiendo y ganar tiempo. No iba a ganar mucho con el turco, era un perro viejo. Sin embargo, quedaba una esperanza si David estaba vivo… y tenía que estarlo, la alternativa era impensable. Paradójicamente, la única esperanza de sobrevivir más de sesenta segundos dependía de Percy.

- Oh, no -dijo Percy-. Llevo años deseando matarlo. Ahora lo deseo más todavía. Llevadlo abajo.

- Llévalo tú mismo. No me des órdenes.

El turco le soltó el brazo y Ramsés cayó de rodillas. «El bueno de Percy», pensó Ramsés, «siempre tan predecible».

- ¡Marchaos entonces! -gritó Percy-. Los dos. Todos. Puedo arreglármelas solo.

- Lo dudo -dijo el turco con desprecio-. Por eso no correré ese riesgo y me aseguraré de que está bien atado e indefenso antes de irme. Es eso lo que quieres, ¿verdad?

El desprecio ni siquiera rozó a Percy.

- Sí -replicó con ansia-. Perfecto. No hace falta que carguéis con él, sólo…

- Él irá a la muerte por su propio pie -dijo inexpresivamente el turco-. Como debe hacer un hombre. Ayúdale a levantarse, Sayyid Ahmad.

Ramsés agradeció el halago implícito, pero mientras lo levantaban deseó que la idea del honor que tenía el turco fuese menos dolorosa.

- No me importaría que me llevarais. Este tipo de cosas son bastante agotadoras -dijo mientras se agitaba entre las manos de sus captores.

El turco soltó una carcajada. Percy se puso rojo de ira.

- No te pondrías tan gallito si supieras lo que te espera.

- Tengo una idea bastante exacta. ¿Qué diría lord Edward? La tortura es una vileza, ya sabes.

Al final tuvieron que sostenerlo. Percy le dio dos puñetazos con toda su fuerza antes de que los comentarios críticos del turco lo detuvieran. Ramsés se dio cuenta vagamente de que lo agarraban de los pies y los hombros y de que lo dejaban tumbado sobre una superficie dura. Cuando le cortaron las cuerdas que le ataban las muñecas, reaccionó como un autómata y empezó a dar patadas y

rodillazos, pero eran cuatro y no les costó mucho reducirlo.

Le goteaba agua de la barbilla cuando recuperó el sentido. Se pasó le lengua por los restos de humedad que tenía en la boca e intentó enfocar la mirada. Estaba donde se imaginaba: en el cuartucho de la bodega, encadenado por la cintura y con las manos atadas a unos ganchos que había por encima de su cabeza. La lámpara le iluminaba con toda claridad. Naturalmente. Percy querría ver lo que estaba haciendo. Su primo dejó la jarra de agua en la mesa y agarró a Ramsés de la mandíbula. Le giró la cara hasta que se encontraron de frente y casi rozándose.

- ¿Cómo has encontrado este sitio? -preguntó con la voz ronca.

- ¿Qué?

- ¿Te lo ha dicho ella? Por eso ella… ¡Contéstame!

Al principio no podía imaginarse lo que su primo quería decir. «Ella» no podía ser el-Gharbi; ese insulto era demasiado sutil para Percy. Entonces lo comprendió y sintió una emoción tan fuerte que casi le hizo olvidar su dolorido cuerpo. Ramsés se había dicho que ella no volvería a dejarse engañar por Percy; lo había creído, pero siempre le había rondado una duda repugnante fruto de los celos y la impotencia. Ya no quedaba ni rastro; había comprendido cuánto se había arriesgado por él. Se apoyó en los pies para aliviar el dolor de los brazos y las muñecas y miró a Percy a los ojos.

- No sé de lo que hablas. Mi informador era un hombre.

- No se podía esperar otra cosa, ¿verdad? Mentirías para mantenerla al margen. ¡Maldita zorra! Ya arreglaré las cosas con ella, voy a…

Soltó una letanía de epítetos y de juramentos que Ramsés escuchó con una indiferencia que le sorprendió a él mismo. La caballerosidad exigía que defendiera a su dama, aunque fuese de palabra, que era lo único que podía hacer en esas circunstancias, pero ella estaba por encima de eso, por encima de las alabanzas y los reproches.

Cuando Percy terminó, no soltaba espuma por la boca, pero lo parecía.

- ¿Bien? ¡Di algo!

- Lo haría si se me ocurriera algo que viniese a cuento -dijo Ramsés. No pretendió reírse; aquél era el tipo de cosas que haría el héroe de un melodrama, pero tampoco pudo evitarlo-. Ahora es tu

ocasión para decir algo brillante -añadió amablemente-. «Quien ríe el último ríe mejor.» «La ira no es una buena consejera» o…

Percy le dio un puñetazo y Ramsés se golpeó la cara contra la pared. Se quitó la chaqueta y la colgó con cuidado del respaldo de la silla; después se quitó los gemelos y se remangó la camisa. Al ver los meticulosos preparativos, Ramsés recordó claramente una escena de su infancia: el cuerpo desollado y sanguinolento de una rata que Percy había torturado en su cuarto sin que Ramsés llegara a tiempo para evitarlo y la expresión de la cara del muchacho con los labios mojados y ligeramente separados y los ojos centelleantes. En aquel momento era idéntica. También intentó culpar entonces a Ramsés de aquella atrocidad…

Hubo un momento en el que Ramsés pensó que temía al *kurbash* más que a cualquier otra cosa en el mundo, más que a la propia muerte. Estaba equivocado. Nunca había estado más asustado en su vida, tenía la boca seca y sudaba, el corazón se le salía del pecho y tenía encogido el estómago, pero no quería morir y tenía una oportunidad, quizá algo más que una oportunidad, si conseguía aguantar lo suficiente…

Percy agarró el látigo, lo bajó del gancho y lo desenrolló. Ramsés volvió la cara hacia la pared y cerró los ojos.

* * *

Emerson y yo cenamos solos y nos retiramos a la sala. Teníamos una noche muy larga por delante; en general, mi marido y yo no teníamos problemas para encontrar temas de los que hablar, pero pude comprobar que él no tenía más ganas de conversar que yo. La perspectiva de ver a David, de tenerlo a salvo conmigo, era una idea alentadora, pero cuanto más se acercaba el momento, más impaciente estaba yo de verlo. Emerson se había refugiado en el periódico y yo volví a dedicarme al zurcido. Apenas había terminado un calcetín cuando Narmer empezó a aullar. La puerta se abrió de golpe y entró Nefret. Arrojó a un lado su capa, que se deslizó al suelo hasta formar un montón azul.

- No están aquí -dijo ella mientras barría con la mirada la habitación tenuemente iluminada-. ¿Dónde han ido?

- ¿Quiénes? -me chupé una gota de sangre del dedo.

Dio una palmada. Tenía los ojos tan dilatados que parecían negros y la cara completamente pálida.

- Sabe quiénes. No me mienta, tía Amelia, en este momento, no. Le ha pasado algo a Ramsés, quizá también a David.

Emerson dejó la pipa a un lado y se acercó a ella.

- Querida, tranquilízate. ¿Qué te hace suponer que les ha podido…? ¡Por todos los santos! ¿Por qué sabes que David…?

- ¿Está en El Cairo? -empezó a ir de un lado a otro mientras se retorcía las manos-. Supe que el hombre que nos llevó a ver Russell no era Wardani en cuanto lo vi. Pensé que sería Ramsés, aunque no se movía como él, pero cuando nos proporcionó la coartada perfecta lo entendí todo. No le reprocho que no me lo dijera; no espero que vuelva a confiar en mí después de lo que hice, pero ustedes sí tienen que confiar en mí, ¡tienen que hacerlo! ¿Creen que haría algo que lo perjudicara? Deben decirme dónde ha ido esta noche -se arrodilló delante de Emerson y le tomó la mano-. ¡Por favor! Se lo ruego.

El expresivo semblante de Emerson reflejó su lástima y su congoja. Él la levantó.

- Querida, tranquilízate y dime qué está pasando -dijo levantándose-. ¿Por qué piensas que Ramsés está en peligro?

Ya estaba un poco más tranquila; se agarró a esas manos firmes y morenas y lo miró a la cara.

- Lo he sabido siempre, desde que éramos unos niños. Es una sensación, un temor… una pesadilla si estaba dormida cuando sucedía.

- ¡Esos sueños tuyos! -exclamé-. Eran…

- Eran siempre sobre él. ¿Por qué cree que volví esa noche de hace unas semanas? Fui directamente a su habitación; quería ayudar y… -Se le quebró la voz con un sollozo-. Darme la vuelta y marcharme fingiendo que creía que no le había pasado nada, que no estaba herido, fue una de las cosas que más me ha costado hacer en mi vida; por lo menos sabía que usted estaba con él, que se ocupaba de él -se agarró las manos y me miró conmovedoramente-. Fue uno de los momentos más difíciles que he pasado, fue peor que cuando estuvo en manos de Riccetti o cuando… no voy a seguir imaginándome cosas. No soy supersticiosa ni una histérica. Lo sé.

Me acordé de las palabras de Abdullah: «Llegará un momento en el que tendrá que creer una advertencia que no tiene más fundamento que estos sueños suyos».

- ¡Emerson! -grité-. Nos ha mentido, ha tenido que hacerlo. Era

esta noche. Algo ha ido mal. ¿Qué podemos hacer?

- Mmm. -Mi marido se pasó el dedo por el hoyuelo de la barbilla-. Sólo hay una persona que pueda saber lo que iba a hacer esta noche. Voy a ver a Russell.

- Llámale por teléfono -le apremié.

- Sería una pérdida de tiempo. No me dirá nada a no ser que me enfrenté a él y le exija la verdad. Esperadme aquí, queridas. En cuanto sepa algo, os lo diré.

Salió corriendo de la habitación. Al cabo de unos minutos, oí el rugido del automóvil. Por una vez, no me importó que Emerson condujera. Tardaría un tiempo récord si no chocaba con un camello antes.

- ¡Espere! -dijo vehementemente Nefret.

Se levantó de un salto y yo pensé que se proponía ir detrás de Emerson. Iba a intentar disuadirla cuando comprobé que estaba quitándose el vestido.

- Ayúdeme -susurró-. Por favor, tía Amelia.

- ¿Qué estás haciendo?

- Voy a cambiarme. Para estar preparada.

No le pregunté nada, pero me acerqué a ayudarla.

Mi cabeza todavía daba vueltas a las asombrosas revelaciones que nos había hecho. Hice un acopio de voluntad y medité las implicaciones de esas revelaciones.

- De modo que durante todo este tiempo has sabido la verdad de lo que hacían Ramsés y David y no has dicho nada…

- Ustedes no me dijeron nada a mí.

- Yo no podía hacerlo; había jurado mantener el secreto. Él… obedecía órdenes, como un soldado.

- Ése no era el único motivo. Tenía miedo de que volviera a traicionarlo, como ya hice una vez. Pero bien sabe Dios que he pagado por ello. Lo he perdido, a él y a nuestro bebé. ¡Y yo soy la única culpable!

Yo creía que ya nada podría sorprenderme, pero esa última revelación hizo que me flojearan las rodillas. Me dejé caer en la butaca más próxima.

- ¡Por el amor de Dios! ¿Quieres decir que cuando perdiste el bebé hace dos años era… era…?

- Suyo. Nuestro. -Las lágrimas le brillaban como cristales en las

mejillas-. Quizá ahora entienda por qué me desmoroné después. Lo quería tanto, los quería tanto a los dos; todo fue culpa mía, ¡desde el principio hasta el final! Si no hubiera perdido la paciencia y no le hubiera contado el secreto de Ramsés a Percy; si no hubiera salido corriendo de la casa sin darle la oportunidad de defenderse; si no me hubiera casado con Geoffrey por despecho; si hubiera tenido la claridad de ideas suficientes como para darme cuenta de que Geoffrey mentía cuando me dijo que estaba mortalmente enfermo… Yo no sabía que estaba embarazada, tía Amelia. ¿Cree que me habría casado con él o que me habría quedado con él si hubiera sabido que esperaba un hijo de Ramsés? ¿Cree que no lo habría utilizado, sin ningún escrúpulo ni vergüenza además, para recuperar a Ramsés?

No le pregunté cómo podía estar tan segura. Malinterpretó el motivo de mi silencio. Cayó de rodillas y me tomó las manos mientras me miraba directamente a los ojos.

- No debe pensar que… que nos escondíamos de usted como furtivos, tía Amelia. Fue una sola vez… -se le sonrojaron levemente las mejillas-. Una noche. A la mañana siguiente fuimos a buscarla para pedirle su bendición, fue entonces cuando…

- Te encontraste con que Kalaan y la niña y su madre estaban con nosotros. Dios mío.

- ¡No puede imaginarse cómo me sentí! Yo había sido tan feliz… Nunca había sido tan feliz. Me sentí como si fuera Lucifer cayendo de golpe desde el paraíso hasta las profundidades del infierno. Aun así, eso no justifica lo que hice. Debería haber confiado en él. Ramsés no me perdonará nunca; no puede hacerlo.

Acaricié la cabellera dorada que tenía apoyada en el regazo.

- Él te ha perdonado. Créeme. Pero estoy muy confundida, querida; entiendo parte de lo que me has contado, pero ¿qué le dijiste a Percy para traicionar a Ramsés?

Nefret levantó la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

- Intenta distraerme, ¿verdad? No quiere que pierda la cabeza y que actúe sin reflexionar como he hecho otras veces, como he hecho demasiadas veces. Fui yo quien le dijo a Percy que Ramsés le había rescatado del campamento de Zaal. David y Lía lo sabían y me lo dijeron; yo les juré guardar el secreto. Un día, Percy se acercó a mí

a escondidas y me puso tan furiosa con sus halagos y los insultos que dijo de Ramsés y… y…

Yo no me atreví a interrumpirla. Sólo pude intervenir cuando se quedó sin respiración.

- Lo entiendo, querida. No debes culparte. ¿Cómo ibas a adivinar la reacción de Percy?

- Ramsés lo intuía. Por eso no quería que Percy lo supiera. ¡Ésa es la cuestión, tía Amelia! ¿No lo entiende? Yo perdí la paciencia y traicioné un secreto. Esa promesa rota fue el principio de todo. Si no se puede confiar en mi palabra…

- Basta -exclamé para interrumpir el rosario de reproches que se hacía a sí misma-. No tenías intención de hacerle daño y en cualquier caso Percy podía haber utilizado a Sennia para hacer daño a Ramsés. Ha odiado a Ramsés desde que eran niños. Sinceramente, Nefret, ¡creía que eras más juiciosa!

Se habría desmoronado si yo hubiera mostrado compasión, lo que necesitaba era mi tono firme pero cariñoso. Se irguió y me sonrió inexpresivamente.

- Lo intentaré -dijo con humildad-. He intentado pensar. Hay un sitio donde han podido ir, pero no sé si Ramsés lo conoce y seguramente él no…

Se levantó y yo hice lo mismo. La agarré con fuerza porque temía que volviera a perder el control.

- No podemos actuar si no estamos completamente seguras, Nefret. Si estás confundida perderíamos un tiempo muy valioso y no estaríamos cuando llamara Emerson.

- Lo sé. No estaba proponiendo… -Se puso tensa y se apartó de mí-. Escuche.

Tenía el oído más fino que el mío. Ya estaba llegando a la puerta cuando yo escuché unos pasos y un grito de Alí, el portero. Seguí a Nefret a través del vestíbulo y alcanzamos la puerta en el momento en que Alí intentaba bajar un cuerpo de un caballo sudoroso y tembloroso. Era un hombre muerto o inconsciente. Nefret fue en ayuda de Alí.

- Agárralo de los hombros, Alí -dijo ella tajantemente-. Vamos al cuarto de estar. Tía Amelia…

Le ayudé a levantar los pies del hombre y entre los tres llevamos a duras penas el cuerpo inerte hasta la habitación y lo dejamos

tumbado sobre una alfombra.

Era David. Sangraba y estaba pálido e insensible como un cadáver, pero estaba vivo, gracias a Dios. Había sangre por todos lados; en mis manos, en las de Nefret y en las ropas de ella. El pobre muchacho tenía la pierna derecha empapada desde la cadera hasta el pie. Nefret se arrodilló a su lado, le quitó el puñal y empezó a rasgar la pernera del pantalón y a dar órdenes mientras trabajaba.

- Llamad a Fátima y a los demás. Quiero una palangana con agua, toallas, mi maletín médico, mantas.

Al cabo de unos segundos, toda la casa estaba movilizada. Fátima se quedó muy impresionada de ver a su querido David gravemente herido, pero juntó fuerzas, como yo sabía que haría, y se puso en acción.

- Es una herida de bala -dijo Nefret mientras apretaba la tira de tela que se había arrancado de la falda-. Ha perdido mucha sangre. ¿Dónde demonios está mi maletín? Necesito vendas. Alí, lleva a Asfur al establo y mira a ver si le ha pasado algo. La bala atravesó el muslo de David, a lo mejor le ha herido. Luego ensilla dos caballos. Fátima, sujeta aquí. Tía Amelia, llame al hospital y diga a Sophia que venga inmediatamente.

Hice lo que me pidió. Cuando volví, Nefret estaba atando el último vendaje.

- Veinte minutos -le dije-. Nefret…

- No me hable ahora, tía Amelia. He detenido la hemorragia; aguantará hasta que llegue. Fátima, obedece todo lo que te diga la doctora Sophia. David… -Se inclinó sobre él y le tomó la cara entre las manos ensangrentadas-. David, ¿puedes oírme?

- Nefret. No puede…

- Sí puede. Tiene que hacerlo. ¡David!

Él separó los párpados. Tenía los ojos velados por el dolor, la debilidad y los efectos de la inyección, pero consiguió enfocar la mirada.

- Nefret, ve a buscarlo. Ellos…

- Lo sé. ¿Dónde?

- Palacio. -La voz era tan débil que apenas pude escucharla-. Ruina. En el camino de…

- Ya sé dónde. No hables más.

- Rápido. He tardado… demasiado…

- No te preocupes. Lo traeré.

Él no la escuchó. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza en las manos de Nefret; ella lo besó en los labios y se levantó. Parecía como si saliera de un matadero. Tenía las manos y la cara empapadas de sangre y la falda le goteaba, pero no derramó ni una lágrima. Tenía los ojos secos y duros como una turquesa.

- Voy contigo -le dije.

Me miró como quien evaluaba un arma para ver si tenía utilidad.

- De acuerdo. Cámbiese. Ropa de montar.

Dejamos a Fátima con David y subimos las escaleras a toda velocidad.

- ¿Vivirá? -le pregunté.

- ¿David? Creo que sí -entró en su habitación.

Me puse los pantalones, las botas, una camisa y el cinturón con mis herramientas. Al parecer, Nefret sabía dónde nos dirigíamos. Me pregunté cómo. David no había dado ninguna dirección precisa. Me dolió tener que abandonarlo, aunque quedara en buenas manos. Más difícil sería para Nefret, que lo quería como a un hermano y tenía los conocimientos médicos que él necesitaba. Sin embargo, en ese momento, sólo tenía una idea en la cabeza; yo estaba segura de que tampoco le habría dedicado más tiempo a mi cuerpo ensangrentado si hubiera tenido que elegir.

Estaba atándose las botas cuando entré precipitadamente en su habitación.

- El cinturón, no, tía Amelia -dijo sin levantar la mirada-. Hace demasiado ruido.

- De acuerdo -dije obedientemente mientras me guardaba por todo el cuerpo algunos utensilios-. ¿No deberíamos ponernos en contacto con Emerson?

- Escríbale una nota. Dígale dónde hemos ido.

- Pero yo no sé…

- Yo lo haré -se levantó y agarró una hoja de papel del escritorio-. Envíe a Alí o Yussuf a buscarlo. Primero al despacho de Russell; si no está allí, que lo busquen. Escribiré otra nota y la dejaré aquí por si el profesor aparece antes de que lo encuentren.

Nefret había pensado en todo. Ya la había visto así otras veces y yo sabía que no pararía hasta que hubiera cumplido su objetivo… o

comprobara que no podía cumplirse. Sentí un escalofrío en todo el cuerpo. ¿Qué sería de ella si no conseguía salvarlo?

¿Qué sería de mí y de su padre?

Le dimos las últimas instrucciones a Fátima. David seguía tambado donde lo habíamos dejado cubierto por mantas. Estaba tan quieto que se me paró el corazón por un instante. Nefret se inclinó sobre él y le tomó el pulso.

- Se mantiene -dijo lacónicamente.

- He mandado a buscar a Daoud y a Kadija-susurró Fátima-. Espero haber hecho bien.

- Muy bien. Kadija tiene manos que curan y Daoud es muy fuerte. Fátima, no te olvides de leerle la nota al profesor si llama en vez de venir.

- Sí. -Esbozó una sonrisa-. Menos mal que aprendí a leer, *Nur Missur*.

Nefret le dio un abrazo.

- Cuídalo. Vamos, tía Amelia.

Los caballos estaban preparados; eran Luz de Luna, el caballo de Nefret, y otro de los árabes.

- ¿No deberíamos llevarnos a alguno de los hombres? Daoud llegará pronto y Alí es… -dije de modo apremiante mientras Nefret se montaba en el caballo.

- No. -Había agarrado las riendas y parecía un sabueso ansioso de ir tras el rastro de la pieza; pero me dio una-. Él no está muerto… todavía no… yo lo sabría… pero si atacáramos abiertamente el lugar lo matarían al instante. Debemos entrar en la casa sin que se enteren y encontrarlo antes de que lleguen los refuerzos… si llegan.

- Si no llegan -dije-, lo haremos nosotras.

Yo había oído hablar de ese sitio, pero no lo habría encontrado si no me hubiesen llevado; tampoco tenía ningún motivo para buscarlo, ya que no tenía interés arqueológico o artístico. No tuve tiempo para preguntarle a Nefret por qué sabía dónde estaba. Lo único que importaba era que lo supiera. Una vez que hubimos pasado el cruce de Mit Ukbeh, el camino se quedó casi desierto y dejó que Luz de Luna fuera a rienda suelta. No se paró ni redujo la velocidad en ningún momento, ni siquiera cuando se desvió del camino y entró en un sendero apenas visible. Al poco tiempo

abandonamos los campos cultivados y el sendero se hizo más inclinado. La luna creciente y las estrellas iluminaban lo suficiente como para mostrarle algunas referencias: unas casas en ruinas, una arboleda… Cuando puso el caballo al paso, vi una masa de contornos tan difusos que no distinguí lo que era. Nos fuimos acercando y empecé a ver algunos detalles, piedras caídas, unos árboles bajos y ¡una luz! Provenía de alguna ventana que estaba más allá de los árboles.

Nefret se paró y desmontó. Me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo y me tapó la boca con la mano al ver que iba a hablar. Luego hizo el suave pero penetrante sonido que empleaba Ramsés para llamar a Risha.

La silueta del caballo apareció enseguida de entre la oscuridad. Se acercó con un paso ligero y silencioso. Nefret lo agarró de la brida y le susurró algo al oído. Si ese noble animal pudiera hablar… Su presencia demostraba que Ramsés estaba allí; en algún sitio de esa oscuridad habitada por ruinas.

Tampoco hacían falta muchas consultas; la ventana iluminada era nuestra guía y destino. Dejamos los caballos y nos arrastramos en esa dirección. Después de tropezarme con una roca que no había visto, agarré a Nefret de la manga y le ofrecí mi linterna. Sacudió la cabeza y me agarró de la mano.

La ventana estaba en la planta baja de un edificio protegido por muros exteriores. En algún momento debió de ser un pabellón o un quiosco. Nos acercamos de cuclillas y con una lentitud desesperante; luego, con la mayor precaución, levantamos las cabezas para mirar dentro.

Era un sitio muy raro para estar en un palacio abandonado del siglo XVIII; parecía una mala imitación del despacho de un caballero con butacas de cuero, alfombras persas y algunos muebles. En el centro había un gran brasero de bronce; debían de haberlo utilizado recientemente porque estaba lleno de cenizas y trozos de papel quemado. Lo verdaderamente interesante fue comprobar que había gente.

Había dos hombres que yo no conocía. Uno era alto y fornido, con barba gris y piel clara como la de un europeo, pero bronceada. El otro llevaba la vestimenta tradicional de los senussi. El tercero…

El pelo castaño claro con mechas grises era una peluca y tenía la

cara vuelta hacia otro lado, pero yo habría reconocido esa figura erguida y ágil en cualquier lado. Sentí una punzada, lo reconozco. Si bien había confesado claramente su traición, yo me había aferrado a la vaga esperanza de que tal vez le hubiera entendido mal. Ya no existía la más mínima duda. Era culpable y si Ramsés estaba prisionero allí, él era uno de sus captores.

- Eso es todo -dijo el hombre de barba gris con un acento muy fuerte pero en un inglés fluido-. ¿Cómo puede ser tan incompetente? Mal está conservar esos documentos, pero dejar que nosotros los destruyéramos mientras él se divierte con el prisionero es inexcusable. Ganas me dan de permitir que los tres veces malditos británicos capturen al tres veces maldito imbécil.

No se oía ni la respiración de Nefret. Yo tampoco necesitaba que me apretara el brazo para saber que debía estar igual de silenciosa.

- Es una verdadera tentación -confirmó el falso escocés.

Yo habría rechinado los dientes si me hubiera atrevido a hacer el más mínimo ruido. Debería haber supuesto que Sethos tenía más de una identidad; ¡no era de extrañar que hubiera aceptado renunciar tan de buena gana al conde! Con su otra personalidad se había esforzado más en evitarme.

Hamilton, que era de quien se suponía que iba disfrazado, siguió hablando con el mismo tono cansino.

- No debemos arriesgarnos a que caiga en manos de la policía. Sabe demasiadas cosas de nosotros y ni siquiera tendrán que golpearlo para sacarle la información; confesará como un cochino.

El senussi frunció los labios.

- Es un cobarde y un idiota. ¿Nos lo llevaremos con nosotros?

- Por la fuerza, si es necesario -dijo Sethos-. Será mejor que salgáis de una vez. Dejad la puerta trasera abierta para que yo pueda salir. Echaré una última ojeada para asegurarme de que no ha dejado nada más que pueda ser comprometedor.

- ¿Qué hacemos con el prisionero? -preguntó el hombre de la barba gris.

- Yo me ocuparé de él cuando salga, si es que ha quedado algo de él.

El hombre de la barba gris asintió con la cabeza.

- Prefiero que lo haga usted.

- ¿Escrupuloso? -preguntó Sethos en voz baja.

- Estamos en guerra y yo mato si es necesario. Pero él es un hombre valiente y merece una muerte rápida.

- La tendrá. -Sethos se abrió la elegante chaqueta y pude ver el puñal que tenía en el cinturón.

No hubo despedidas ni instrucciones. El hombre de la barba gris y el senussi salieron de la habitación y Sethos se quedó junto al brasero humeante. Escuchó durante unos segundos y luego se dio la vuelta con la cabeza inclinada y se arrodilló. Empezó a hurgar entre los papeles medio quemados y los fue tirando por el suelo de cualquier manera después de haberlos examinado. No encontró lo que fuera que estuviera buscando; dejó escapar un «maldita sea» en voz baja pero muy sentida y se levantó.

Nefret estaba temblando, pero no se movió, y su dominio de sí misma, casi sobrehumano, me ayudó a controlar mi furia y mi ansiedad. No podíamos arriesgarnos lo más mínimo, no en ese momento. Yo tenía la pistola y Nefret el puñal, pero Sethos tenía más fuerza y destreza que nosotras dos. Debíamos esperar hasta que dejara la habitación para seguirlo y atacarlo por sorpresa antes de que cumpliera su siniestra promesa.

Sethos dio una patada al brasero que llenó de ascuas la alfombra. ¡Estaba fuera de sí! Sería peor para nosotras o para cualquiera que se cruzara en su camino. Agarró una de las lámparas que había sobre la mesa y salió de la habitación a grandes zancadas y dando un portazo a su paso.

Nefret se subió al alféizar con la facilidad y velocidad de un muchacho y me alargó una mano para ayudarme. A través de la puerta, que había quedado abierta, se veía lo que parecía ser un pequeño vestíbulo y otra puerta enfrente. Se lo señalé a Nefret y enarqué las cejas interrogativamente. Ella apretó los labios y sacudió la cabeza.

- Por aquí -dijo con un susurro mientras me llevaba a un angosto tramo de escaleras de piedra.

La luz de la habitación que habíamos abandonado, y la que subía de abajo, nos permitió bajarlas rápida y silenciosamente. No había ni rastro de Sethos cuando llegamos. Debía de haber entrado en la habitación de donde procedía la luz a través de la puerta abierta.

Nefret salió disparada en esa dirección y yo la seguí pegada a

sus talones. Ni siquiera se detuvo en la puerta; se abalanzó sobre el hombre que perseguía como una piedra arrojada por una catapulta y lo apartó con tal fuerza que le hizo soltar el puñal que llevaba en la mano y se tambaleó hasta casi caerse de espaldas. Yo creo que no lo vio como una persona, sino como un obstáculo entre ella y su meta. De puntillas, sacó su puñal y cortó las cuerdas que ataban las muñecas de Ramsés a los ganchos. Mi pobre hijo tenía la espalda desnuda y cubierta de sangre y marcas de latigazos, su visión era aterradora. Parecía estar inconsciente; cuando tuvo las manos libres, cayó como un fardo en brazos de Nefret.

Apunté con mi pistola al hombre que estaba pegado a la pared.

- ¡No te muevas! Debía haberme imaginado que te encontraría aquí.

- Y yo debería haber previsto que tú aparecerías. -me sonreía con descaro-. Siempre nos encontramos en las situaciones más extraordinarias. A lo mejor algún día…

- ¡Cállate!

Me cambié un poco de posición para poder tenerlo vigilado mientras miraba de reojo la escena que se producía detrás de mí. Ramsés estaba sobre el regazo de Nefret; ella lo estrechaba contra el pecho y él apoyaba la cabeza en su hombro. Mi hijo tenía la cara amoratada y cubierta de sangre y los ojos cerrados, pero vi que movió los labios y dejó escapar un suspiro o un gemido; estaba vivo.

- Intenta reanimarlo, Nefret -le ordené-. Debemos darnos prisa y no creo que podamos cargar con él. Podías intentar… ¡oh!

- Si eso no le reanima, es que es menos hombre de lo que yo suponía -comentó Sethos-. Te aseguro, Amelia, que a mí tus besos me devolverían la vida.

La cabeza inclinada de Nefret tapaba el rostro de Ramsés, pero pude ver que él levantaba un brazo y lo ponía en el hombro de ella. La conversación que vino a continuación fue absolutamente incoherente, como lo son casi todas las de esa naturaleza. Creo que Ramsés no era consciente de dónde estaba ni de por qué estaba allí, pero diré a su favor que fue directamente al grano.

- Te quiero. Fui un estúpido. Perdóname.

- No. Fue culpa mía, ¡sólo mía! Dime que me quieres.

- Te quería. Te quiero. Yo…

Ella elevó el tono de la voz.

- ¿Y te fuiste sin decirme nada cuando sabías que era posible que no volvieras?

- No era… No pretendía… ¡Maldita sea, te dejé una carta!

- ¿Qué me decías? ¿Que me querías pero que sentías mucho estar muerto?

- Sí, bueno, ¿y tú? Que has venido aquí con esa repugnante…

- ¡Basta! -ordené-. Ya tendréis tiempo para eso más tarde. Por lo menos, espero que lo haya. ¡Nefret! ¿Me has oído? ¡Por el amor de Dios, Ramsés!

- Sí, madre -murmuró Ramsés mientras miraba alrededor parpadeando-. Por todos los santos, es usted, madre. ¿Qué está pasando? ¿David está…?

- Se curará -dijo Nefret.

Volvió a besarlo y durante un momento pensé que tendría que volver a gritarles. Sin embargo, Ramsés pareció volver a la realidad. Se apoyó en Nefret y se levantó lentamente.

- Tenéis que amordazar y atar a este canalla mientras le apunto con la pistola -dije.

La sonrisa de Sethos se desvaneció.

- Amelia, estás a punto de cometer un error desastroso. Yo he venido aquí…

- Para matar a mi hijo -grité-. Has traicionado a tu país y has incumplido la palabra que me diste.

- Te equivocas como siempre, mi querida obstinada. ¿Crees que es el momento adecuado para discutir sobre mi forma de ser?

- Seguramente, no -reconocí.

- Rotundamente, no -dijo Ramsés-. Si bien yo no estaba completamente consciente, tengo la impresión de que dos hombres altos y malhumorados se llevaron a mi amable anfitrión. No obstante…

- No obstante -dijo una voz desde la puerta-, ha podido deshacerse de ellos. No pensarías que iba a permitir que fuera otro quien disfrutara del placer de acabar contigo, ¿verdad?

Capítulo 15

A sus elegantes amigos les habría resultado difícil reconocerlo. Tenía rota la chaqueta y manchada de sangre la pechera de la camisa; los rasgos, que alguna vez me parecieron que guardaban cierto parecido con los míos, estaban sombríos y deformados por la cólera y los labios apenas eran una fina línea que dejaba ver todos los dientes.

- Aparte esa ridícula pistola, tía Amelia y sea sincera por una vez: nunca sospechó de mí, ¿verdad?

Evalué rápidamente la situación y no me pareció nada favorable. Percy tenía una de esas espantosas y enormes pistolas alemanas y a esa distancia acertaría sin dificultad en cualquier objetivo. Por el momento, yo parecía ser el elegido. Si le disparaba, Sethos me arrebataría la pistola antes de que pudiera volver a disparar, y eso en el caso de que Percy no me matara antes.

- De esto, no -dije-. No me imaginé que pudieras caer tan bajo.

Ramsés se puso de pie, sólo pude imaginarme el esfuerzo que había tenido que hacer.

- Déjalo, Percy. El juego ha terminado y has perdido.

- ¿Contra ti? -hizo una mueca de ira- No. Ni hablar, ¡maldito seas! Saldré de esta, nadie creerá…

- Russell lo sabe -dijo Ramsés-. Conoce este sitio y si no vuelvo a informarle, mis acusaciones se verán confirmadas.

Las palabras fueron cayendo tan serena y abrumadoramente como si fueran piedras que se amontonaban para formar una sepultura.

Otro hombre le habría hecho caso pero Percy, no. Tenía el rostro

crispado y los ojos entrecerrados con una mirada taimada.

- Volver a informarle -repitió-. Pero no hasta dentro de un rato, ¿verdad? ¿Tía Amelia y la encantadora Nefret son el equipo de rescate? Perfecto. Me sobra tiempo para llegar a la frontera. Todavía puedo serles útil, y la recompensa que me prometieron está esperándome: una maravillosa villa en Constantinopla con todo lo que siempre he deseado. Veamos -siguió, como si pensara en voz alta-. ¿Cómo terminamos con este asunto? ¿Con una bala para tía Amelia y otra para los enamorados, o le quito primero la pistola de un disparo? Puede parecer extraordinariamente doloroso, pero quizá no lo sea tanto como presenciar cómo le meto una docena de balas a su hijo. Luego está Nefret. Tengo una cuenta pendiente con ella por engañarme. El castigo más adecuado sería permitirla vivir… conmigo en esa villa tan agradable. Sí, creo que me la llevaré conmigo cuando me vaya de El Cairo.

- Tendrás que pasar por encima de mi cadáver -exclamé.

- Era exactamente lo que estaba pensando hacer -dijo Percy.

Me agarré al último clavo ardiendo.

- Tu cómplice está desarmado. Lo mataré si no sueltas la pistola.

Sethos, que no se había movido, sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

Percy se rió.

- Adelante. Seguramente fallaría, pero nuestra colaboración estaba a punto de terminar en cualquier caso. Muy bien, Ramsés, viejo amigo, te brindo la oportunidad de morir como un héroe. Quítala de en medio u os atravesaré a los dos con la misma bala.

Percy dirigió la pistola hacia ellos y yo la mía hacia Percy, pero antes de que pudiera disparar me arrebataron el arma y me dieron un empujón. No pude conservar el equilibrio y caí sentada con tal fuerza que me quedé paralizada un instante; tan sólo pude oír una serie de explosiones tan ensordecedoras y rápidas que me parecieron de una ametralladora. Pasaban demasiadas cosas a la vez. No podía enfocar la mirada. ¿Dónde estaba Nefret? ¿Dónde estaba Sethos? Percy gritaba y tenía la mano en el pecho, pero seguía de pie con la pistola en la otra mano. Ramsés saltó sobre Percy y los dos cayeron al suelo. Rodaron y cuando mi hijo cayó de espaldas contra el suelo, soltó un alarido y se quedó inmóvil. Percy estaba agachado a su lado y tanteaba el pavimento buscando la

pistola que se le había caído. Yo me arrastraba a trompicones hacia ellos cuando vi a Nefret con el puñal en la mano. La expresión de su cara me paró de golpe: era tan distante y despiadada como la diosa de la que había sido suma sacerdotisa. Levantó el puñal con las dos manos y lo clavó hasta la empuñadura en la espalda de Percy. Se quedó inmóvil durante un instante. Luego arrugó el rostro como si fuera una niña asustada y se dio la vuelta con un grito para caer en brazos de…

¿Emerson?

¡Emerson! No estaba solo. Unos hombres de uniforme irrumpieron en la habitación. Había más en el pasillo.

Yo seguía a gatas y levanté la cabeza para mirarlos. Sethos, apoyado en la pared y empapado de sangre, tiró a un lado mi pistola y me dirigió una torva sonrisa.

- Como de costumbre, me han robado el protagonismo. No desperdicies una bala conmigo, Radcliffe; me queda muy poco tiempo.

- Tú disparaste a Percy-dije con un jadeo-. Y él…

- Yo le di primero -dijo Sethos con una sombra de su antigua arrogancia-. Dos veces y las dos de lleno. No quisiera parecer crítico, querida Amelia, pero podías plantearte llevar una pistola más grande…

Se dio la vuelta y se habría caído si no llego a apresurarme para sujetarlo. Casi al instante, los poderosos brazos de Emerson me apartaron y sustituyeron a los míos. Cuidadosamente dejó en el suelo a su enemigo.

- Lo mejor sería que hablara rápidamente, Sethos. Los turcos avanzan y diez mil vidas dependen de usted. ¿Dónde y cuándo van a atacar? ¿Kantara?

- ¿De qué estás hablando, Emerson? -exclamé-. Ha dado su vida por…

- ¿Ti? Sin duda, sin duda, pero lo que me preocupa en este momento es que es un agente del servicio secreto británico y que ha venido hasta aquí para conseguir esa información. No te quedes pasmada, Peabody. Está ahogándose con su propia sangre.

Atónita, me senté y puse la cabeza de Sethos sobre mi regazo. Emerson le abrió la chaqueta y le rasgó la camisa ensangrentada.

- Nefret -dijo-, ven, mira a ver qué puedes hacer.

Se acercó, acompañada por Ramsés; estaban entrelazados como hermanos siameses y los dos parecían tan asombrados como yo. Nefret examinó la herida más grave y movió la cabeza de un lado a otro.

- Le ha atravesado el pulmón. Hay que llevarlo inmediatamente al hospital, pero no creo…

- ¿Puede hablar? -El hombre que había hablado era desconocido para mí. A juzgar por el uniforme, era un ayudante del general Maxwell-. Una ambulancia está de camino, pero si pudiera decirnos…

Sethos abrió los ojos.

- No lo sé. Quemaron los papeles. No pude encontrar… -una chispa burlona y maliciosa iluminó las profundidades marrones, grises o verdes-. Puede preguntar a… mi sobrino. Creo que él… sí los vio.

- ¿Quién? -Emerson estaba boquiabierto.

- ¿Quién? -Miré ansiosamente por toda la habitación.

- Creo que yo -dijo Ramsés-. Por eliminación. Había empezado a preguntarme…

- ¡No intentes hablar, Ramsés! -grité.

Apoyaba todo el peso de su cuerpo en Nefret y tenía el rostro demacrado bajo los moratones y las manchas de sangre.

- Creo que será mejor que lo haga -dijo Ramsés antes de inspirar una profunda y costosa bocanada de aire-. Kantara no es más que un señuelo. El ataque principal llegará por Toussoum y el Serapeum, a las tres y media. Tienen pontones de acero para salvar el Canal. Dos brigadas de infantería y seis ametralladoras deben ganar la posición a dos millas al nordeste del Serapeum…

- Tres y media… ¿de hoy? -interrumpió el oficial-. Ya es más de medianoche. ¡Por el amor de Dios! ¿Está seguro? El cuartel general esperaba el ataque mucho más al norte. Tardaremos por lo menos ocho horas en trasladar las reservas de Ismailia al Serapeum.

- Entonces sería mejor que empezara a ponerlas en marcha, ¿no le parece? -dijo Ramsés.

- Maldición -exclamó Emerson-. La única tropa que hay cerca de Toussoum es la infantería india y casi todos son musulmanes. Si no resisten…

- Resistirán. -Ramsés miró al hombre que tenía la cabeza

apoyada sobre mi regazo-. Como decía, empecé a sospechar del comandante Hamilton hace un buen rato. Su propuesta de dejarme con vida me pareció demasiado forzada. Pensé que era un agente doble, recé para que lo fuera, más bien, pero nunca se me ocurrió que fuera… -se le quebró la voz-. ¿El *tío* Sethos?

Emerson estaba pálido.

- Eras el niño que vi entre la nieve. El…

- Sí, el hijo bastardo de tu padre -susurró Sethos-. ¿Nunca te preguntaste por qué te odiaba tanto? Cuando te vi aquella noche… el joven heredero, el señorito en ese magnífico coche de caballos mientras yo luchaba para mantener a una mujer desfallecida en medio del ventisquero… murió a la semana siguiente en un albergue de caridad de Truro y la enterraron en una fosa común.

- Ella te amaba -dijo Emerson con una voz que me atravesó el corazón-. Tú tuviste eso por lo menos. Fue más de lo que tuve yo.

- Soy tan mezquino que me alegro -dijo Sethos con una voz potente-. Tú tuviste todo lo demás. Nos parecemos más de lo que te imaginas, hermano. Tú dedicaste tus talentos al estudio; yo al delito. Me convertí en tu réplica siniestra, en tu rival… Intenté arrebatártela, Radcliffe, pero fracasé, como en todo lo demás…

- Escúchame. -Emerson se inclinó hacia él-. Quiero que sepas esto: intenté encontrarte esa noche. Salí a buscarte cuando mi madre me dijo lo que había hecho. Mandó a dos lacayos para que me llevaran de vuelta a casa y me encerró en mi habitación. Si pudiera hacer algo para compensarte…

- Demasiado tarde. Mejor que sea así; nos encontraríamos con algunos problemas para adaptarnos a esta nueva relación.

- ¿Me darías la mano? -dijo bruscamente Emerson.

- ¿Cómo muestra de mi perdón? Me parece que yo tengo menos que perdonar que tú -alargó una mano temblorosa. Emerson la agarró. Sethos recorrió con la mirada la cara de todos nosotros y volvió a la mía como atraída por un imán-. Qué sentimental -murmuró-. Nunca pensé tener a mi querida familia junto a mí en el último momento… Acerca la luz, Radcliffe. Tengo la vista velada y quiero verla con claridad. Amelia, ¿me concederías un último deseo? Me gustaría morirme con un beso tuyo en los labios. Probablemente sea la única recompensa que pueda recibir por haber salvado la vida de tu hijo, por no decir nada del Canal de

Suez.

Levanté su cabeza entre mis brazos y lo besé. Por un momento, sus labios se juntaron con los míos con una intensidad desesperada; luego, un escalofrío recorrió su cuerpo y su cabeza cayó hacia atrás. Lo dejé suavemente en el suelo y le puse las manos ensangrentadas sobre el pecho.

- Ordenad que los soldados disparen -murmuré- y llevadlo como un soldado al estrado. Pues eso era…

- Amelia, te ruego que dejes de citar mal *Hamlet* -masculló mi marido entre dientes.

Le perdoné el tono brusco porque yo sabía que era una forma de disimular sus emociones. La escena se parecía al último acto del drama; había cuerpos por todos lados y los soldados se amontonaban para ayudar y mirar.

Se llevaron a Percy y a Sethos en camillas a las ambulancias que había requisado Emerson; «por si acaso», había dicho. Ramsés insistía en que podía cabalgar y Nefret no paraba de repetirle que no podía hacerlo, como era evidente; incluso el delicado paso de Risha le habría hecho un daño insoportable en la espalda y, además, las cuerdas le habían cortado muy profundamente las muñecas. Mi hijo seguía de pie y discutiendo con Nefret cuando Emerson y yo nos alejamos, pero dos soldados se acercaron a él y Nefret me garantizó que lo montarían en un vehículo de motor con su participación activa o sin ella.

Emerson y yo nos llevamos los caballos. Fuimos despacio porque teníamos muchas cosas que comentar. Cuando llegamos a casa, comprobamos que los demás ya estaban allí. Ramsés se había empeñado en ver a David que seguía profundamente dormido por los fármacos, pero Nefret nos aseguró que estaba fuera de peligro. Después de que Emerson se fuera a El Cairo, Nefret y yo nos ocupamos de Ramsés, y fue una tarea muy desagradable. Ninguna de sus heridas era mortal, pero eran muy abundantes; iban desde moratones y cortes a las profundas y sanguinolentas señales del látigo.

Nefret tardó poco en pedirme que saliera de la habitación. Lo hizo con mucha delicadeza, pero su mirada traslucía una inquebrantable firmeza que corroboraba la de Ramsés. Fui a mi habitación y me quedé sentada un rato con una sensación muy

extraña. Me dije a mí misma que ya me acostumbraría. Llega un momento en la vida de toda madre…

Ramsés durmió casi todo el día y yo saqué tiempo para echar una cabezada. Me pareció raro tumbarme sin nada que me diera vueltas en la cabeza, aunque me molestaban algunas preguntas sin respuesta, no sentía la ansiedad que me había atormentado cada vez que me despertaba y me volvía a dormir. Seguro que Nefret no durmió nada. Conseguí convencerla para que se bañara y se cambiara las ropas arrugadas y manchadas de sangre y de todo tipo de porquería. Apenas tuve tiempo de colocarle bien a Ramsés las almohadas que le sujetaban de costado, de examinarle la espalda (estaba verde, como había supuesto) y de permitirme unas pequeñas demostraciones de cariño maternal (que no le molestaron lo más mínimo ya que no abrió los ojos) antes de que ella volviera. Se había dejado el pelo suelto y llevaba puesto el vestido de muselina azul claro con flores que alguien más aparte de Emerson debía admirar, como comprendí en ese momento.

Volví a salir de la habitación, sin que nadie me lo pidiera, y cada vez que me asomé a mirar, cosa que hice de vez en cuando, ella estaba sentada en la butaca junto a él con las manos cruzadas y la mirada fija en su rostro dormido. Como era evidente que no me necesitaba, fui a sentarme junto a David para relevar a Fátima de esa tarea. No tenía ningún interés en que la relevara, pero cuando le pedí que preparara una bandeja para Nefret, salió a toda prisa.

David estaba despierto. Me sonrió y me alargó una mano.

- Gracias por rescatarme, tía Amelia. Cada vez que abría la boca intentaba meterme una cuchara.

Me hizo muchas preguntas. Contesté las más importantes; yo estaba segura de que nada le ayudaría tanto a recuperarse como saber que las personas que amaba estaban a salvo y que el peligro había pasado.

- De modo que Nefret y usted han sido las que han conseguido la victoria -murmuró.

Yo negué con la cabeza.

- Podría decirse que ha sido un trabajo conjunto. Si tú no hubieras hecho un esfuerzo heroico por llegar hasta aquí; si Nefret no hubiera sabido adonde ir; si Emerson no hubiera convencido a Russell para que no se retrasara…

- ¡Y si Sethos no hubiera actuado como lo hizo! No entiendo esa parte, tía Amelia. ¿Quién…?

- En otro momento, cariño. Ahora debes descansar.

Era tarde cuando Emerson volvió. Rechazó mi oferta para cenar con un movimiento de la cabeza.

- He tomado algo con Maxwell. Vamos a ver si Ramsés está despierto y puede hablar. Nefret y él también querrán oír las noticias y no tiene sentido que me repita.

La puerta de la habitación de nuestro hijo estaba entreabierta, como yo la había dejado. Di un golpecito antes de asomar la cabeza. Estaba despierto, pero si estaba dispuesto a conversar o no, era otro asunto. Nefret estaba de rodillas junto a la cama. Tenía las manos de él entre las suyas y se miraban a los ojos. Me dio la sensación de que en ese momento les daba igual si los turcos estaban asolando la ciudad.

Sin embargo, estaba segura de que estarían deseando oír las noticias que traía Emerson. Tosí. Tuve que toser varias veces antes de que Nefret apartara la mirada de él.

- ¿Tiene catarro, madre? -preguntó Ramsés.

- Muy gracioso, querido. Me alegró de comprobar que vuelves a ser el mismo.

- Casi el mismo. Nefret no me deja levantarme.

- Naturalmente.

Me senté cómodamente en la butaca que había dejado libre Nefret ya que no parecía que fuera a volver a sentarse en ella.

- Quiero volver a ver a David -insistió Ramsés.

- Quizá por la mañana. Tiene que descansar. Y tú también, pero tu padre ha pensado que a lo mejor querías saber lo que ha pasado. No quiere decirme nada a mí -añadí intencionadamente.

- Qué falta de consideración -dijo Ramsés-. Por favor, siéntese, señor. Supongo que el Canal de Suez estará a salvo o ya lo habría dicho.

- Lo atravesaron -dijo Emerson-. Por el Serapeum y Toussoum. Las fuerzas de reserva no llegaron hasta hace unas pocas horas, pero para entonces un contraataque había despejado casi toda la orilla oriental. Las brigadas indias salvaron el Canal. Tú sabías que lo harían, ¿verdad?

- Pensé que lo harían. Vaya, son buenas noticias. ¿Han

encontrado la pista del turco y su amigo?

Emerson sacudió la cabeza.

- No. Han desaparecido. Seguramente, Percy se puso tan insoportable que lo abandonaron y se fueron a Libia. No necesitarán ayuda por el camino. Tenías razón, el tipo de la túnica amarilla era el propio Sherif el Senussi.

- Lo deduje con brillantez después de que el turco lo llamara por su nombre -dijo Ramsés con el gesto muy serio.

- También tienen una pista del turco -dijo Emerson-. Se ajusta a la descripción de Sahin Bey, quien lleva algún tiempo sin aparecer por sus guaridas habituales.

- Dios mío. -Ramsés abrió los ojos de par en par. Por lo menos uno; el otro lo tenía medio cerrado por un moratón-. Se ha convertido en una especie de leyenda en Siria. Uno de los hombres más importantes y muy apreciado por Enver. No puedo creerme que haya participado personalmente en nuestro pequeño asunto.

- ¿Pequeño? -Emerson frunció el entrecejo y habló vehementemente-. Toda la estrategia turca se basaba en sus esperanzas de un alzamiento en El Cairo. Sin él no tenían ninguna posibilidad de cruzar el Canal. Tú y David… ¿por qué sonríes?

- De algo que me dijo Sahin Bey. No importa. Entonces, ¿debemos esperar que nos honren con desfiles, que la población nos felicite y que el propio rey nos dé las gracias? David se lo merece.

- ¡Ja! -dijo elocuentemente Emerson-. No obstante, David volverá a Inglaterra rehabilitado y sin cargos en cuanto pueda viajar. He estado muy tentado de mandar un telegrama a Lía esta noche, pero no quería darle esperanzas hasta que… David se pondrá bien, ¿verdad?

- La mejor medicina que puede recibir es la perspectiva de volver a verla y estar con ella cuando nazca su hijo -dije.

Nadie dijo nada durante un rato. Emerson sacó la pipa y se dedicó a llenarla. Nefret se había sentado en el suelo junto a la cama. Todavía sujetaba la mano de Ramsés. A él no parecía importarle.

Supongo que nadie quería hablar de lo demás. Los grandes asuntos de las batallas y la guerra era algo remoto, casi impersonal, pero las otras cuestiones pendientes resultaban muy dolorosas.

Nefret fue la primera en romper el silencio.

- ¿Percy?

- Murió camino del hospital -dijo Emerson-. Nefret, no lo mataste tú.

- ¿No? Ésa era mi intención.

Su rostro se ensombreció un instante con aquella mirada distante e inhumana. Tenía los ojos azules muy pálidos; no iba a sentir remordimientos por haber matado a Percy. Quiso detenerlo de la única forma que pudo y si alguna vez algún hombre había merecido la muerte, ése era él.

Las mujeres somos mucho más prácticas en ese aspecto.

- ¡Oh! -dijo Emerson-. Eh. Bueno, recibió dos tiros en el pecho. Una bala de calibre mayor lo habría matado a la primera. Una de las del veintidós debió de seccionarle una arteria. Murió desangrado.

- ¿Y Sethos? -suspiré-. Al final se redimió, como yo había esperado que hiciera. La muerte de un héroe…

- ¡Otra vez! -Los bien dibujados labios de Emerson se torcieron en una mueca-. Empieza a resultar monótono.

- Pero Emerson -exclamé-. No es tu estilo hacer de perro del hortelano.

- ¡Sí lo es! -Emerson se dominó-. Peabody, por favor, no me provoques. Quiero hacerle justicia. Estoy intentado por todos los medios hacerle justicia. Me enteré de la verdad hace sólo tres días y todavía no lo he asimilado.

- Pero usted debía de saber antes que Sethos era el comandante Hamilton -dijo Ramsés.

Me pareció percibir cierto tono de reproche en su voz. Emerson pareció sentirse incómodo.

- No con total seguridad, pero empecé a sospechar por la carta que nos mandó Hamilton.

- Maldita sea -exclamé-. No me digas que reconociste su letra después de tantos años.

Emerson sonrió.

- Si te hace feliz, Peabody, y estoy seguro de que te lo hace, ésa fue una pista que tú nunca tuviste a mano. Yo fui el único que leyó la carta de despedida que te mandó Sethos.

- Sí, la hiciste pedazos después de leerla en voz alta. Te dije en ese momento que no debiste haberlo hecho.

- Era una carta muy enojosa -dijo Emerson-. Pero tenías razón. Yo no podía estar seguro de que la letra era la misma después de tanto tiempo, pero mis sospechas crecieron cuando recordé lo insistentemente que nos había evitado Hamilton. Como soy más sensato que algunos miembros de esta familia, comenté mis sospechas con Maxwell en vez de actuar según ellas como podría haber hecho en otro momento.

«No podéis haceros ni la más remota idea de mi sorpresa cuando me enteré de que Sethos llevaba algunos años siendo uno de los agentes secretos más valorados por el Ministerio de la Guerra. Fue el propio Kitchener quien lo mandó a El Cairo. Conocía todas tus actividades, Ramsés, pero su misión principal era acabar con las filtraciones de información e identificar al hombre que las hacía. Él fue quien desenmascaró a la señora Fortescue, a quien había cortejado con ese estilo suyo tan extravagante y peculiar.

Maxwell me contó todo esto, tuvo que hacerlo para evitar que yo mismo fuera tras Sethos, pero también me dijo, sin pestañear, que Sethos era considerablemente más valioso que yo y que me llevaría al paredón si le decía una sola palabra a alguien. Supe la verdad cuando paramos en el cuartel camino del desierto. Maxwell me había dicho que Sethos estaría allí y me ordenó no acercarme a él, pero… mmm… bueno, maldita sea, tenía curiosidad. Era muy bueno -reconoció Emerson entre dientes-, no le habría reconocido jamás. Naturalmente, yo tampoco tenía un conocimiento profundo de lo sinvergüenza que algunas personas…»

- *Nil nisi bonum,* Emerson -murmuré.

- Ja! -se mofó mi marido.

- Es una pena-dijo Ramsés que había estado observando a su padre en silencio- que no tuviera tiempo para satisfacer nuestra curiosidad sobre algunas cosas. ¿Cómo dio con Percy?

- No lo hizo -el rostro de Emerson se transformó con una mirada de orgullo paternal-. Ese descubrimiento es tuyo y sólo tuyo, hijo mío. Al principio, Russell no estaba convencido de tu razonamiento, pero después de meditarlo un tiempo llegó a la conclusión de que tenía fundamento. Decidió que no tenía derecho a asumir toda la responsabilidad y se dirigió a Maxwell. ¡Me imagino que no debió de ser una conversación muy agradable! Pero Russell no dio su brazo a torcer y Maxwell, después de jurar y gritar, accedió a

colaborar hasta que el asunto se aclarara en un sentido u otro. El general informó a Sethos, quien se ofreció voluntario para ir a ese sitio y echar una ojeada.

- Para mí fue una suerte que lo hiciera -dijo Ramsés.

- Sí -dijo Emerson-. Estoy… en deuda con él por eso… y por otras cosas.

- Si prefiere no hablar de ello… -empezó a decir Nefret.

- Preferiría no hacerlo, pero debo hacerlo. Yo había creído que esa parte de mi vida estaba superada, olvidada, borrada. Estaba equivocado. Uno nunca sabe cuándo aparecerá un fantasma del pasado para atormentarlo.

Se quedó en silencio un rato con la cabeza inclinada y el semblante serio pero tranquilo. No se había mostrado tan impasible esa mañana temprano, cuando cabalgábamos de vuelta a casa y me contó parte de la historia que ahora repetía para ellos.

- Mi madre era hija del conde de Radcliffe. Nunca supe por qué se casó con mi padre que no era más que un caballero rural sin títulos ni fortuna. Habría… debo suponer que habría alguna atracción… que se terminó pronto. Mis primeros recuerdos tienen que ver con las palabras despectivas y los amargos reproches que ella le dirigía por no vivir conforme a lo que esperaba de él. Como supe después, eso habría sido imposible. Sus exigencias eran demasiado grandes y sus ambiciones demasiado elevadas. Creo que mi padre no tenía interés en mejorar su posición en este mundo; como Walter, amable y de trato fácil, pero con un fondo de firmeza; mientras vivió, la vida no fue desagradable del todo. Murió cuando yo tenía catorce años, y entonces…

»Mi madre había decidido que yo tenía que ser el hombre que mi padre había renunciado a ser. Cuando me resistí, intentó distintas formas de dominarme. Lo peor fue lo que le hizo a Walter. Hasta entonces habíamos ido al mismo colegio. Ya sabéis cómo eran, incluso los mejores; la disciplina brutal y las peleas se consideraban casi necesarias para hacer que los niños se convirtieran en hombres. Yo era grande para mi edad y podía defenderme, pero Walter lo habría pasado mal si yo no llego a estar allí para defenderle.

»Ella nos separó. Dijo que mi hermano estaba convirtiéndose en un niño mimado y en un cobarde, y que era hora de que se

defendiera solo. Al año siguiente de que muriera mi padre, cuando volví a casa para pasar las vacaciones de Navidad, llevaba meses sin ver a Walter; ni siquiera le permitían escribirme. Esa noche nevaba mucho y los vi en medio de la nevada; eran una mujer y un niño que luchaban en medio de la ventisca. Sólo vislumbré su cara, tan deformada por el sufrimiento y la ira que era irreconocible. Cuando llegué a casa le dije a ella, a mi madre, que teníamos que encontrarlos y darles refugio. Fue entonces cuando me enteré de que esa mujer había sido la amante de mi padre, de que había ido ante la que fue su amiga para pedirle ayuda y que la habían expulsado. Ya oísteis lo que paso después; me encerró en mi habitación hasta el día siguiente.

»Bien, para resumir, no había forma de que pudiera encontrar su rastro; yo no tenía ni dinero ni poder. Todo fue de mal en peor a partir de aquella noche. Estaba a punto de ir a Oxford cuando me enteré de que estaba concertándome un matrimonio con la insulsa hija de un imbécil aristócrata de la zona. Entonces, como respuesta a mis oraciones, heredé una pequeña cantidad de un primo de mi padre. Me proporcionó unos ingresos suficientes como para poder seguir mis estudios y sacar a Walter de su infernal colegio. Durante años, estuvo dividido entre el temor y la antipatía que sentía por ella y lo que consideraba sus obligaciones como hijo; ella le había dejado claro que tendría que elegir, que si venía conmigo no volvería a verlo ni a dirigirle la palabra. Eso acabó con todo.

»Mucho después, intenté arreglar las cosas -me miró con los ojos menos tensos-Fue por ti y por Ramsés, Peabody; pensé que, queriéndoos como yo os quería, quizá mi madre se arrepintiera de perder a sus hijos y quisiera olvidarse del pasado. Estaba equivocado. Se negó a verme. No mandó a buscarme durante la enfermedad que acabó con ella, aunque sabía cómo encontrarme. Me enteré de su muerte por los abogados. Me dijeron que intentó, hasta el último aliento, que yo no heredara, pero mientras vivió sólo contó con las rentas del dinero de su padre; según la tradición del mayorazgo, el capital era de su hijo mayor. No lo he tocado. Es tuyo, Ramsés, como lo es la casa que fue de la familia de mi padre durante doscientos años. De modo que si estás pensando en… mmm… sentar la cabeza y… eh… Bueno, ahora puedes mantener una familia.

Miró con optimismo a Ramsés y a Nefret. Yo no estaba segura de cuándo había comprendido Emerson la verdadera situación, pero tendría que haber sido ciego, sordo y tonto si hubiese malinterpretado la naturaleza del cariño que los dos se tenían en ese momento. Naturalmente, él afirmaría, como lo hacía siempre, que lo sabía desde el principio. Sólo había un aspecto de esa relación que ignoraba por completo. Ramsés no se lo habría comentado jamás a su padre y Emerson no estaba cuando Nefret se derrumbó y confesó, encontrándose, espero, una comprensión mayor de la que podía haber esperado.

No era probable que Emerson fuera tan comprensivo. Decidí en ese instante que era algo que no le concernía.

Las revelaciones habían asombrado a Ramsés tanto como a los demás, pero tuvo la sensatez suficiente como para no rechazar la oferta.

- Gracias, señor, pero los hijos del tío Walter deben tener su parte. Y… algún otro primo.

No hizo falta que lo explicara. Cuando supe que Sethos y Hamilton eran la misma persona, comprendí quién podría ser Molly.

- No podemos estar seguros -dije pensativamente-. Bertha fue la amante de Sethos, pero la hija que esperaba hace catorce años podría no ser ésta.

- ¿Catorce años? -repitió Emerson-. Dios mío, ¿hace tanto? Entonces no puede ser la misma niña. Tú dijiste que tenía doce años.

- Es lo que ella dijo. Yo pensaba que era llamativamente madura para su edad.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Emerson con la mirada fija.

Tuve la discreción de no mirar a Ramsés, quien había tomado la misma precaución, y decidí ahorrarle esa vergüenza pública. Ya había pasado suficiente durante las últimas veinticuatro horas.

- Te confundieron las espantosas ropas que llevaba la primera vez que la vimos -expliqué con amabilidad-. Estaban pasadas de moda y eran anacrónicas incluso para una niña de doce años; pero también lo era la señorita Nordstrom. En aquel momento no le di más importancia, pero más adelante se vistió más de acuerdo con su edad y no pude evitar darme cuenta… Las mujeres nos damos

cuenta de esas cosas. Algunos hombres también, pero me alegro de saber que no eres uno de ellos.

- Sólo son conjeturas -dijo obstinadamente Emerson-. Seguramente Sethos tenga una docena… De acuerdo, Peabody, te pido disculpas. Fueran quienes fuesen sus padres, la niña no es responsabilidad nuestra. Hace años, cuando entró en el servicio, tomó todas las medidas necesarias para su manutención y Maxwell me ha garantizado que estará bien provista.

- ¿Ha preguntado por ella? -fue Ramsés quien habló. Su rostro era más impenetrable que de costumbre debido a los moratones.

- Naturalmente -farfulló Emerson-. Tenía que hacerlo, ¿no? No podía dejar a la niña sola en el mundo. Tengo que reconocer que me alivió que Maxwell me dijera que Sethos… que me dijera que estaban ocupándose del asunto. Él no sabe nada de… eh… las relaciones familiares y yo no pienso contárselo a no ser que alguno de vosotros me diga un motivo por el que deba hacerlo.

Yo tenía un motivo, pero no dije nada. Quizá otro día, cuando Emerson estuviera en mejor disposición de ánimo, pudiera convencerlo para que llevara a su valiente y desafortunado hermano a yacer junto a sus antepasados en la tumba familiar. ¿En qué lugar desconocido lo enterrarían? ¿Cómo sería su tumba y su epitafio? Yo ya había pensado en la inscripción adecuada para la tumba que, estaba segura, algún día Emerson le levantaría. Era una cita de un texto egipcio: «Y Ra Horajty dijo: permitid que me entreguen a Set para que more conmigo y sea mi hijo. Él hará retumbar el cielo y será temido». Sethos, como su homónimo de la antigüedad, se había redimido y se había hecho uno con el soberano divino del cosmos.

Sin embargo, ése no parecía un momento propicio para hacer la propuesta.

- No pudiste evitarlo, Emerson -dije.

- Evitar, ¿qué? ¡Oh! -Emerson abandonó el intento de encender la pipa-. No. Russell tenía los hombres preparados, pero me costó Dios y ayuda convencerlo de que debíamos actuar sin demora. Yo no podía decirle que mi urgencia se basaba en… mmm…

- Intuición femenina -dijo Nefret mientras volvía la cabeza para mirarlo con una sonrisa-. ¡Puedo imaginarme cómo habría respondido Russell a eso! Sobre todo cuando yo era la mujer en cuestión. ¿Cómo le convenció?

- Llamé a casa como había prometido -explicó Emerson-. Cuando Fátima me contó lo de David, lo aclaró todo. Yo estaba, por decirlo suavemente, algo preocupado al saber que vosotras habíais salido corriendo, pero sólo podía esperar a que Russell reuniera su gente y notificara nuestros planes a Maxwell. Cuando llegamos, no había un alma ni una señal de vida excepto la luz encendida. Encontramos a Risha y a los demás caballos, pero yo no sabía ni dónde estabais ni qué demonios hacíais y temía arriesgarme con un ataque frontal. Cuando oímos el disparo no tuvimos otra alternativa que entrar. Yo pensé que os encontraría… a vosotras… a todos vosotros… muertos o gravemente heridos o…

- Tranquilízate, Emerson -dije delicadamente-. Al final, todo ha salido bien.

- No habrá sido gracias a ti -gruñó Emerson.

- Siento no estar de acuerdo, padre -intervino Ramsés-. Los acontecimientos se precipitaron un poco, pero siempre pasa lo mismo cuando participamos todos, ¿no? Quizá no lo resolviéramos de la forma más eficiente, pero conseguimos el objetivo.

Nefret le miró.

- Espero que no te olvides de lo que ha pasado. Si vuelves a hacérmelo…

- O tú a mí. ¿En qué estabas pensando cuando le permitiste que te llevara a ese sitio? Cuando le permitiste…

- No le permití mucho.

- ¿Cuánto?

Nefret estaba roja como un tomate.

- ¡Deja de hablar como un maldito romano antiguo! ¿Insinúas que mi llamada virtud vale más que tu vida? Habría hecho cualquier cosa, ¡cualquier cosa!, para capturarlo.

- ¿La hiciste?

- ¿Qué harías si dijera que sí?

- Ah. -Ramsés respiró profundamente-. No lo hiciste. No estoy seguro de que hubiera podido soportarlo. Habría tenido que pasarme el resto de mi vida intentando compensarte por ello. Después de un año o dos, las rodillas acabarían doliéndome de tanto suplicar.

¡Era maravilloso volver a oírles discutir! Sin embargo, yo quería saber muchas más cosas.

- ¿Por qué supiste lo de Percy?

- ¿Lo de Percy? -Nefret me miro burlonamente y se rió-. Yo no sabía ni *qué* era él ni lo que pretendía, pero cuando empezó a alabar a Ramsés delante de todo el mundo, supe que tramaba algo y que no era nada bueno; cuando, además, tuvo el descaro de venirme con carantoñas, como si fuera tan ingenua de volver a confiar en él, me puso realmente furiosa. Y me asustó. Yo sabía que Ramsés estaba haciendo el papel de Wardani y que David lo respaldaba, sabía también que Russell participaba en la representación y que era muy peligrosa, pero no tuve ni idea de hasta qué punto lo era hasta la noche anterior a la ópera… -no pudo seguir y se mordió el labio.

Seguía sosteniendo la mano de Ramsés. Él le acarició levemente la otra mejilla. No hizo nada más, pero fue suficiente para confirmarme que habían resuelto todos sus malentendidos.

- Tuve que fingir que no sabía lo malherido que estaba Ramsés -continuó a trompicones-, pero lo conseguí. Lo consigo siempre. Lo hicieron muy bien, todos, pero cuando el profesor contó esa mentira tan ingenua de mandarlo a Zawaiet, comprendí lo que estaba ocurriendo y, claro, reconocí a David esa noche, por mucho que tía Amelia hiciera todo lo posible por distraerme con todo tipo de idas y venidas. Intenté mantenerme al margen para no ser un obstáculo.

- Querida hija -dije conmovida al recordar la cantidad de pequeñas situaciones que en su momento no significaron nada para mí-, semejante discreción en tales circunstancias, y tan impropia de ti, si se me permite decirlo, nos ha facilitado mucho las cosas, pero ha tenido que ser muy difícil de soportar para ti.

- Sí -asintió sin añadir nada más.

Miró a su amado, que era como yo debía considerarlo, con ojos muy tiernos y él sonrió. Ni siquiera las heridas que deformaban su rostro estropearon esa sonrisa.

- Yo no comprendía del todo por qué era tan importante que nadie lo supiera -continuó Nefret-, pero, ya que eso era lo que queríais, ¿qué podía hacer aparte de seguir el juego?

- Me admira tu paciencia y tu entereza -exclamé.

- Era un momento culminante, ¿no os parece? Tenía que demostraros y demostrarme a mí misma que había aprendido la lección. Por dentro estaba muy preocupada. Provoqué a Percy porque era lo único que se me ocurrió que yo podía hacer, pero

hasta después de nuestro encuentro con Farouk no pensé que él podía ser el traidor al que Farouk se proponía traicionar. ¿Cómo si no se había enterado Farouk de lo de la casa de Waadi? Pero tampoco tenía pruebas.

- De modo que fuiste a buscarlas -dije-. Por todos los santos, cariño, fue muy valiente por tu parte, por no decir temerario.

- No tan temerario como puede parecerle -insistió Nefret-. Yo sabía que Percy no tenía escrúpulos y que era un pervertido, pero como él creía que me gustaba, yo no corría peligro. ¡No me costó mucho conseguir que lo pensara! Naturalmente, mi atractivo principal era el dinero y sólo podía llegar a él mediante el matrimonio, así que no creía que él fuera a…

- No creías -repitió Ramsés con una voz gélida.

Nefret le miró primero a él y luego a Emerson en busca de un apoyo que no obtuvo; tenía la barbilla levantada y estaba poniéndose rojo.

- Usted me entiende, tía Amelia -gritó-. Usted habría hecho lo mismo.

Emerson no pudo contenerse más.

- ¿Habría hecho? ¡Ella hizo lo mismo! Se metió en la boca del lobo sin más armas que su parasol y esa maldita seguridad en sí misma; supongo, Peabody, que tú pensarías que él no iba a aprovecharse.

- No es lo mismo -exclamé.

- No -dijo Ramsés con una voz de ultratumba-. Él no quería casarse con usted.

- ¿Te estás riendo de tu madre, Ramsés? -pregunté.

- Intento no hacerlo. Me duele cuando me río.

Sin embargo, lo hizo. Miré a Emerson y le hice un gesto de aprobación; su pequeño arrebato había despejado el ambiente maravillosamente.

- Entonces -dije después de que Ramsés dejara de reírse y de que Nefret le limpiara con ternura la sangre del corte que tenía en el labio-, ¿cómo te enteraste de lo del viejo palacio?

Nefret volvió a sentarse sobre los talones.

- Por Sylvia Gorst. Eso, querida tía Amelia, fue otra de mis penitencias. ¡Hice las paces con Sylvia! Habría estado orgullosa de mí si hubiera visto cómo me disculpé y la adulé. Es la peor cotilla

de El Cairo y estaba segura de que si ella sabía algo para desacreditar a Percy yo podría sacárselo. Él no la llevó nunca a su nido de amor, sólo llevaba a mujeres casadas. Daba por supuesto que ellas nunca dirían nada para no dañar su reputación, pero lo hicieron; sólo a sus amigas más íntimas. Sylvia fingió escandalizarse, pero era un escándalo demasiado sabroso como para callárselo. Luego confirmé la información con Percy. Al principio lo negó todo. Yo lo había previsto y estaba preparada; acabé por convencerle de que yo entendía que los hombres tuviesen unas necesidades especiales y… ¡Ramsés deja de rechinar los dientes, estás sangrando otra vez por el labio!

- Quizá sería preferible que… cortases la narración, Nefret -sugerí yo-. Ya entiendo cómo le convenciste para que te llevara allí. ¿Fue el día que llegaste tarde para cenar? Noté que habías tenido… una experiencia desagradable.

- Me puse roja como una colegiala estúpida -murmuró Nefret-. Me ardían las mejillas, incluso. Tuvo sus momentos desagradables, pero no le dejé…

- Está bien -dijo Ramsés en voz baja-. Lo siento.

Sin ninguna timidez, ella agachó la cabeza y besó la mano de Ramsés.

- Nunca estuve en verdadero peligro. Sé defenderme y tenía el puñal. Pero fue una tarde desperdiciada. No me dejó sola ni un instante. Ni siquiera vi el resto de la casa, sólo el dormitorio.

- Nefret -dije rápidamente-, no hace falta que digas nada más. Tu sacrificio, porque eso es lo que fue, pasara lo que pasara, no fue en vano. Dudo mucho que el pobre David hubiera podido darnos una dirección, no estaba en condiciones de hablar mucho. Es verdad, como ha señalado Ramsés, trabajamos bien en familia. Quizá todos hayamos aprendido una lección muy valiosa con esta experiencia. - La expresión de Emerson indicaba que él no estaba muy seguro. Seguí hablando antes de que expresara esa duda y estropeara la felicidad del momento-. Ramsés debe descansar. Buenas noches mi querido hijo; si no te lo había dicho antes, te quiero mucho y estoy muy orgullosa de ti.

Me incliné sobre él y le di un beso en el único punto de la cara en el que no tenía alguna señal.

- Efectivamente -dijo con énfasis Emerson.

- Gracias -murmuró Ramsés con los ojos como platos y rojo de vergüenza.

Nefret se levantó con un movimiento muy elegante. Vino donde estaba yo, me puso la mano en el hombro y me dio un beso en la mejilla. Se volvió hacia Emerson, se puso de puntillas y le dio otro beso, como hacía cuando era una niña.

- Buenas noches, madre -dijo en voz baja-. Buenas noches, padre.

Mi querido Emerson se quedó tan impresionado que tuve que sacarlo de la habitación. Se cerró la puerta y oí cómo echaban la llave.

Emerson debería haberlo oído también, pero estaba tan emocionado que no reaccionó hasta que llegamos a nuestro cuarto.

- ¡Un momento! -exclamó a la vez que se paraba en seco-. ¿Qué es eso…? ¿Qué han…?

- Ya lo has oído. Yo suponía que te agradaría.

- ¿Agradarme? He esperado media vida para que me llamara padre. Supongo que ella pensaba que no podía hacerlo hasta que se ganara el derecho… Dios mío, Peabody, ¡ha cerrado con llave! El no está en condiciones…

- La verdad, querido, creo que no estás en situación de poder decidirlo tú.

Tiré de él y entramos en nuestra habitación. Le empujé a una butaca. Después de pensarlo un momento, me volví y cerré con llave.

- Van a casarse, ¿verdad? -preguntó Emerson con cierta inquietud-. Cuando volvamos a Inglaterra…

- Vamos, Emerson no seas absurdo, se casarán en cuanto yo pueda ocuparme de los preparativos. No creo que Nefret quiera un traje de novia convencional -empecé a desabrocharme mi vestido-. Quizá quiera llevar una de esas maravillosas túnicas que tiene -seguí diciendo pensativamente-. Fátima insistirá en hacer la tarta. Las flores serán de nuestro jardín, si es que el camello ha dejado alguna; luego recibiremos aquí a nuestros amigos más íntimos. Haremos la ceremonia en la habitación de David si él no puede salir de ella. Los dos querrán que esté presente. A ninguno de los dos les preocupan mucho las formalidades.

La expresión de Emerson dejaba claro que estaba más preocupado de lo que yo había podido imaginar.

- No están casados todavía -dijo desde la butaca-. Por todos los santos, Amelia, ¿cómo puedes permitir que tu hija…?

- ¡Oh, Emerson! -Le rodeé con los brazos y apoyé la cabeza en su pecho-. Se quieren tanto y han sido tan infelices…

- Mmm -dijo Emerson-. Bueno, pero sólo si es una cuestión de días…

- ¿Te acuerdas de una noche en el querido *Philae?* La noche que me pediste ser tu mujer.

- Claro que me acuerdo. Aunque todavía tengo mis dudas sobre quién se lo pidió a quién.

- ¿Nunca vas a dejar de repetírmelo?

- Seguramente no -dijo Emerson mientras me estrechaba contra él.

- ¿Te acuerdas de lo que pasó después?

- ¡Cómo podría olvidarlo! Esa noche me hiciste el hombre más feliz del mundo. Yo no habría tenido el valor de proponértelo.

- Así que te lo propuse yo. ¿Tienes peor concepto de mí por eso?

- ¿Estás ruborizándote, Peabody? -me puso la mano debajo de la barbilla y me levantó la cara-. No, claro que no. Esa noche te quise con toda mi alma y desde entonces te he querido cada día más y seguiré queriéndote… mmm… ¿Has echado la llave?

- Sí.

- Perfecto.

DEL MANUSCRITO H

Nefret sacó a *Seshat* a la balconada. Durante un instante asombroso, se quedó iluminada por la luz de la luna, como si fuese de plata. Cerró las contraventanas y volvió con él.

- Lo primero que haré mañana por la mañana será hablar con el *rais* Hassan para que tenga preparado el *Amelia* para cuando volvamos en abril -comentó ella.

- ¿A quién quieres esquivar, a madre o a *Seshat*?

- A las dos. ¡A todos! -se rió delicadamente y apoyó la cara en el hombro de él-. Me temo que los pobres se habrán escandalizado de que cerrara con llave; la gente de su generación no infringiría las convenciones de esta manera.

Ramsés murmuró algo incomprensible, con la voz amortiguada por el pelo de ella. Había aprendido a no hacer afirmaciones dogmáticas sobre ninguno de sus padres.

- No me importa -susurró Nefret-. Lo único que me importa es estar contigo, para siempre. Hemos perdido mucho tiempo. Si yo hubiera…

- Nefret, querida. -Él le tomó el rostro entre las manos. Estaba demasiado oscuro como para verle los rasgos, pero notó la humedad en las mejillas-. No vuelvas a decir eso jamás. Ni lo pienses. Quizá tuviéramos que pasar esas pruebas para ganarnos…

- Dios mío, ¡hablas como tía Amelia! -Lo besó apasionadamente en la boca. Notó sangre y levantó la cabeza-. ¡Perdona! Te he hecho daño.

- Sí y estás derramando lágrimas sobre mi cara. Para inmediatamente. Madre diría también que el secreto de la felicidad está en disfrutar del presente sin arrepentirse del pasado ni pensar

en el futuro.

- Sé que lo diría, lo he oído una docena de veces. ¿Te parece un momento adecuado para hablar de tu madre?

- Has sido tú…

- Lo sé y ojalá no lo hubiera hecho. La quiero con toda mi alma, pero no voy a permitir que ni ella ni nadie se interponga entre nosotros en este momento.

- Querida mía, nos llevará a una iglesia en cuanto pueda prepararlo todo; no creo que sean más de dos días, si conozco bien a mi madre…

- Vaya, en ese caso a lo mejor prefieres que me vaya y no vuelva hasta después…

- Inténtalo. Yo también he aprendido mi lección.

- Algún día lo haré para que me retengas entre tus brazos y me domines -dijo soñadoramente Nefret-. Creo que me gustaría.

- A mí también. Dame unos días.

Ella dejó escapar un pequeño grito de horror y se apartó.

- Se me olvida todo el rato. Tu pobre cara, tu pobre espalda, tus pobres manos y…

- A mí se me olvida también. Ven conmigo -ella se dejó abrazar y él le apartó el pelo de la cara y le besó la frente y los ojos cerrados-. Mmm… has cerrado con llave, ¿verdad?

- Sí, mi amor.

- Perfecto -dijo Ramsés.

DEL EPISTOLARIO B

Querida Lía:

Estaremos contigo poco después de que recibas esta carta. Tomaremos el barco en Alejandría dentro de dos días. Tengo tantas cosas que contarte que estoy a punto de estallar, pero no haría justicia al asunto con una carta. ¿Que por qué te escribo? Porque quiero que seas la primera persona a quien firmo con mi nombre.

Con todo mi amor, Nefret Emerson

Fin

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
27/05/2010